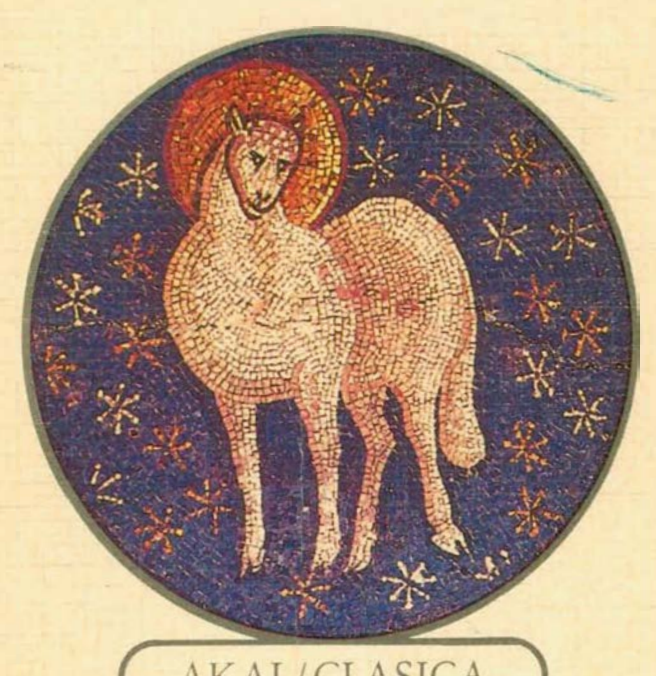
Polémica entre cristianos y paganos

edición de

Eustaquio Sánchez Salor



AKAL/CLASICA

900

AKAL/CLASICA 3

Clásicos Latinos

Director, Enrique Montero Cartelle



Maqueta: R.A.G.



Los Berrocales del Jarama
Apdo. 400 - Torrejón de Ardoz
Teléfs.: 656 56 11 - 656 49 11
Madrid - España
ISBN: 84-7600-100-2
Depósito legal: M. 10.625-1986
Impreso en GREFOL, S. A., Pol. II - La Fuensanta
Móstoles (Madrid)
Printed in Spain

POLEMICA ENTRE CRISTIANOS Y PAGANOS A TRAVES DE LOS TEXTOS

Problemas existenciales y Problemas vivenciales

Edición de E. Sánchez Salor

Catedrático de Lengua y Literatura Latinas
Universidad de Extremadura



AKAL

A Mati
César
Pupe

dice

SEGUNDA PARTE: PROBLEMAS VIVENCIALES

Cuadro cronológico

Autores

a. 124	Cuadrado presenta la primera apología ante Adriano
160-225	Tertuliano
197	Composición del *Apologeticum*
Comienzos del s. III	Minucio Félix
Muere en el 258	Cipriano
¿Siglo III?	Comodiano
303-310	Arnobio: Composición del *Ad nationes*
240-320	Lactancio
339-397	Ambrosio
342-420	Jerónimo
345-410	Rufino
348-410	Prudencio
354-430	Agustín
384?-417?	Orosio

Hechos importantes desde el punto de vista de la polémica.

	Persecuciones:
64	Nerón
95	Domiciano
112	Trajano
177	Marco Aurelio
250	Edicto de Decio
257	Valeriano
284-305	Diocleciano
167	Aparición del «Sobre la muerte de Peregrino» de Luciano
178	Aparición del «Discurso verdadero» de Celso

Finales del s. III	Aparición del tratado contra los cristianos (Porfirio
313	Reconocimiento del cristianismo como re gión oficial
361-363	Reacción anticristiana de Juliano
363-...	Triunfo definitivo del cristianismo con Jovi no, Valentiniano, Graciano y Teodosio
382	Presentación de la *relatio II* de Símaco ante emperador Valentiniano sobre la estatua la diosa Victoria
410	Saqueo de Roma por parte de Alarico

Introducción general

No nos proponemos hacer en esta introducción una ex-
osición teórica sobre la apologética cristiana en los prime-
os siglos. Lo que nos hemos propuesto en la obra que pre-
entamos es hacer una selección de textos de autores latino-
ristianos en torno a la polémica cristianismo-paganismo en
os primeros siglos. Por ello, en esta introducción tratamos
implemente de anunciar el orden y el método seguido en
a selección de textos que ofrecemos sobre el tema propues-
o.

Pues bien, en esta selección hemos operado con los si-
uientes criterios:

— clasificación temática de los motivos apologéticos.
— delimitación cronológica.
— selección de obras y autores.

. Clasificación temática de los motivos apologéticos

Durante los primeros siglos son dos los problemas fun-
lamentales que afectan a los cristianos en su polémica con
os paganos: por una parte, aquello que afecta a la propia
sencia y existencia del cristianismo como doctrina y, por
tra, las formas de vida de los cristianos. De ahí que haya-
nos agrupado esta selección en dos partes:

— Problemas existenciales.
— Problemas vivenciales.

En lo que se refiere a los problemas existenciales, la filo-
ofía pagana acusa a la doctrina cristiana, entre otras cosas,

de ser una doctrina nueva; una doctrina que no tiene la a tigüedad que pueden tener las religiones de pueblos an guos; que no ha hecho nada para engrandecer el imperio r mano; que es, por el contrario, la culpable de los males q están aquejando al imperio; y que, además de ser nueva, una doctrina dividida y compuesta de sectas. Por ello, esta primera parte que trata de los problemas existenciale hemos agrupado los motivos de polémica en tres capítulc

1. Antigüedad de la doctrina.
2. Unidad de la Iglesia, cuya cabeza es Cristo.
3. Los tiempos antiguos y los tiempos cristianos.

Para cada uno de estos capítulos hacemos en su momen una introducción, de forma que no vamos a entrar aquí el desglose de la problemática de cada uno de ellos. Remi mos para ello a la introducción que hacemos en su moment

Con «problemas vivenciales» nos referimos a las form de vida de los cristianos, las cuales sirven muchas veces piedra de escándalo entre los paganos. En este sentido, acusa a los cristianos en un doble sentido: por una parte, todo aquello que está relacionado con sus ritos de inici ción; por otra, en lo que se refiere a sus prácticas, creenci relaciones sociales, etc. Durante el siglo II corrieron ent los filósofos paganos —y en este sentido ocupa un lugar ir portante Frontón, según se desprende de Minucio Félix acusaciones muy concretas sobre los ritos de iniciación e tre los cristianos: se les acusa de relaciones incestuosas y crímenes de sangre, llevados a cabo en sus reuniones. Per aparte de las prácticas en los ritos de iniciación, las dem costumbres y creencias de los cristianos son también obje de burla y crítica entre los paganos: sus costumbres, su de precio a la muerte y al martirio, su falta de respeto a los e peradores y al poder constituido, su ascetismo, etc. Tod estos motivos de polémica son agrupados igualmente en t capítulos:

1. La moralidad.
2. La política.
3. La sociedad.

De la misma forma que en los capítulos de la primera pa

te, también aquí hacemos una pequeña introducción, en su momento, a cada uno de éstos.

2. Delimitación cronológica

Dos momentos clave hay, durante los primeros siglos, en la polémica entre cristianos y paganos: uno ha de ser colocado en el siglo II y III, y el otro a finales del IV y comienzos del V. En estos dos momentos se han producido dos fuertes reacciones del paganismo contra la nueva doctrina y la consiguiente respuesta de los cristianos.

Efectivamente, tras un primer momento de sorpresa e incredulidad ante la nueva doctrina, período que comprendería el siglo I, el paganismo adquiere conciencia clara de que la extensión y alcance del cristianismo es algo serio en el siglo II. Ante esta conciencia se produce la reacción: Frontón, Celso y Porfirio se encargan de dar a la luz todas las incongruencias, contrasentidos y debilidades del grupo cristiano.

Esta primera reacción es la de la filosofía pagana y la de la cultura oficial contra una doctrina nueva todavía no reconocida oficialmente. La respuesta de los representantes de esa nueva doctrina se basa fundamentalmente en retorsiones: todas las acusaciones que se hacen al cristianismo son «retorcidas» y devueltas, por parte de los cristianos, a la filosofía y religión paganas.

A finales del siglo IV y comienzos del V se han cambiado los papeles: la posición de los cristianos es la oficial, mientras que la reacción pagana se produce desde un grupo de filósofos y pensadores de la aristocracia imperial. El prototipo de este antagonismo viene representado ahora por el enfrentamiento entre Símaco y Ambrosio. Los paganos exigen ahora a los cristianos la misma condescendencia y talante liberal que los propios cristianos habían exigido antes para ellos mismos cuando eran perseguidos y atacados desde posiciones oficiales. Eso en lo que se refiere a talante; pero es que además de ello, hay acusaciones concretas que están de acuerdo con el momento histórico: los cristianos han abandonado las viejas tradiciones romanas; se han olvidado de los dioses que encumbraron a Roma hasta el dominio sobre

todo el mundo; ellos son en consecuencia los culpables de los desastres actuales de Roma.

Así pues, nuestra selección de textos, desde el punto de vista de la delimitación cronológica, no tiene problemas en lo que se refiere al término *a quo*. Este término lo representan los primeros apologetas cristianos en lengua latina del siglo II. En cuanto al término *ad quem* lo hemos colocado en los autores cristianos de finales del siglo IV y comienzos del V, que responden a esa reacción pagana tras la victoria y reconocimiento oficial del cristianismo. En este momento destacan autores como Agustín y Orosio, por una parte, y Ambrosio y Prudencio, por otra. En definitiva, nuestra selección abarca desde los primeros escritos apologéticos en latín hasta comienzos del siglo V.

3. Selección de obras y autores

No nos limitamos exclusivamente a obras apologéticas. La apología propiamente dicha es un género literario cristiano de los primeros siglos. Pero los cristianos hacen también apología de su doctrina y de sus posturas en géneros literios que, en principio, no parecían tener ninguna relación con la apologética. Tal sucede, por ejemplo, con la historia y con la exégesis bíblica; incluso hay tratados doctrinales en los que se defiende la doctrina con un tono claramente apologético. Por ello, en esta selección hemos despojado fundamentalmente obras pertenecientes a los siguientes grupos:

— Obras de carácter genuinamente apologético.
— Obras historiográficas.
— Obras exegéticas.

En lo que se refiere a las obras genuinamente apologéticas es evidente que en una selección de textos sobre la polémica entre cristianismo y paganismo las obras de este tipo tenían que ocupar un lugar importante.

En cuanto a la historiografía, hay que decir que la historiografía cristiana se convierte con frecuencia en apologética. En general, las manifestaciones historiográficas cristianas de los primeros siglos tienen alguna de estas finalidades: crear o ensalzar modelos de vida (el mártir, el asceta, el pas-

tor); se trata, en el fondo, de la defensa y enseñanza de los modelos de vida cristianos. Demostrar la antigüedad de la doctrina; es una de las finalidades de los *Chronica*. Demostrar la continuidad de la doctrina; tal es el significado de las Historias eclesiásticas. Y demostrar la utilidad y valores de la doctrina frente a la inutilidad de las religiones antiguas; tal es el caso de Agustín y Orosio. Es evidente que en esto que acabamos de decir hemos reducido de una forma simplista el contenido y finalidad de las producciones historiográficas cristianas de los primeros siglos. Pero lo único que hemos pretendido es poner de relieve el carácter apologético que subyace en dichas producciones. De ahí que en nuestra selección se textos recurramos con frecuencia a las producciones historiográficas de Jerónimo, Lactancio, Agustín, Orosio, etc.

Las exégesis de la Biblia son también con frecuencia respuestas a las acusaciones de los paganos. Basta con recordar el *Comentario a Daniel* de Jerónimo, donde se dan constantemente respuestas a acusaciones de Porfirio. Y es que, por una parte, la autoridad de la Biblia y su propia interpretación han servido muchas veces de crítica por parte de los paganos. Y, por otra, la propia interpretación de los libros sagrados, sobre todo de las profecías, les sirve con frecuencia a los cristianos para defensa de determinados motivos apologéticos: el cumplimiento de las profecías es muchas veces indicio de la autoridad y antigüedad de la doctrina cristiana.

Recogemos a continuación los autores y obras despojados con indicación de la edición utilizada:

S. Ambrosio: Ambr.,*Abr.*(= *De Abraham libri duo:* Los dos libros sobre Abrahán)(ed. C. Schenkl, *Sancti Ambrosii opera. Pars prima; Corp. Script. Eccl. lat.* XXXII, I, Viena, 1897, pp. 449-638).

— Ambr., *Apol. Dav.* (= *De apologia prophetae David ad Theodosium Augustum:* Apología del Profeta David dirigida al Augusto Teodosio) (Ed. C. Schenkl, *Sancti Ambrosii opera. Pars altera; Corp. Script. eccl. latin.*, XXXII, II, Viena, 1897, pp. 297-355).

— Ambr., *Epist.* (= *Epistolae*: Cartas) (Ed. Migne, *Patrologia latina XVI).*

— *Ambr., Hel.* (= *De Helia et ieiunio:* Sobre Elías y el ayuno)

(Ed. C. Schenkl, *Sancti Ambrosii opera. Pars altera; Corp. Scrpt. Eccl. latin.*, XXXII, II, Viena, 1897, pp. 409-465).
— Ambr., *In Luc. (= Expositio evangelii secundum Lucam libri decem*: Diez libros de explicación del evangelio según San Lucas) (Ed. M. Adriaen, *Corpus Christianorum* XIV, Turnholt 1957).
— Ambr., *Parad. (* = De paradiso: Sobre el Paraíso) (Ed. C. Schenkl, *Sancti Ambrosii opera. Pars prima; Corp. Script. Eccl. Latin.* XXXII, I, Viena, 1897, pp. 263,336).
S. Agustín: Aug., Civ (= *De civitate Dei:* Sobre la ciudad de Dios) (Ed. L. Riber, *San Agustín. La ciudad de Dios;* libros I-II, Barcelona 1963, y libros III-V, Barcelona, 1968; ed. E. Hoffmann, *Sancti Augustini opera; Corp. Script. Eccl. Latin.*, Viena, 1898-1900).
— Aug., *Conf. (= Confessiones:* Confesiones) (Ed. L. Verheujen, *Confessionum libri XIII; Corpus Christianorum, Series Latina XXVII,* Turnholt, 1981).
Arnobio: Arn., *Nat. (= Adversus nationes:* Contra los gentiles) (Ed. A. Reifferscheid, *Arnobii opera; Corp. Script. Eccl. Latin.* IV, Viena, 1875; ed. H. Le Bonniec., Arnobe. *Contre les gentils, Livre I,* París, 1982).
S. Cipriano: Cypr., *Epist. (= Epistolae*: Cartas) (Ed. Le Chanoine Bayard, *Saint Cyprien. Correspondance,* París, 1982).
— *Fort. (= Ad Fortunatum de exhortatione martyrii:* exhortación al martirio dirigida a Fortunato) (Ed. R. Weber, *Sancti Cypriani episcopi opera; Corpus Christianorum III,* Turnoholt, 1972, pp. 183-216).
— Cypr., *Unit. eccl. (= De catholicae ecclesiae unitate*: Sobre la unidad de la Iglesia católica) (Ed. M. Bénenot, *Sancti Cypriani episcopi opera; Corpus Christianorum* III, Turnholt, 1972, pp. 249-268).
Comodiano: Comm., *Apol. (= Carmen Apologeticum:* Poema apologético) (Ed. I Martín, *Commodiani carmina; Corpus Cristianorum* CXXVIII, Turnoholt, 1960, pp. 71-113).
— Comm., *Instr. (= Instructiones per litteras versuum primas:* Enseñanzas marcadas mediante versos acrósticos) (Ed. I. Martin, *Commodiani carmina; Corpus Christianorum* CXXVIII, Turnholt, 1960, pp. 1-70).
S. Jerónimo: Hier., *Chron. (= Chronicon Eusebii ab Hieronimo retractatum ad annum Abrahae 2395:* Crónicon de Eusebio continuado por Jerónimo hasta el año 2395 de Abrahán) (Ed. A. Schoene, *Eusebii chronicorum libri duo,* Dublin-Zürich, 1875).
— Hier., *In Dan. (= Commentarius in prophetam Danielem:* Comentario al profeta Daniel) (Ed. F. Glorie, *S. Hieronymi presby-*

teri commentariorum in Danielem libri III; Corpus Christianorum LXXV A, Turnholt, 1964).
Hier., *Epist.* (= *Epistolae:* Cartas) (Ed. J. Labourt, *Saint Jérôme; lettres*, París, 1949-1963).
Hier., *Quaest. Hebr. in Gen.* (= *Liber quaestionum hebraicarum in Genesim:* Libro de cuestiones hebraicas en relación con el Génesis) (Ed. P. de Lagarde, *Sancti Hieronymi presbyteri hebraicae quaestiones in libro Geneseos; Corpus Christianorum LXXV A*, Turnholt, 1964).
ıctancio: Lact., *Inst.* (= *Divinarum Institutionum libri septem:* Los siete libros de Instituciones divinas) (Ed. S. Brandt-G. Laubmann, *L. Caeli Firmiani Lactanti opera omnia. Pars I: Divinae Institutiones et Epitome divinarum Institutionum; Corp. Script. Eccl. Latin.* XIX, Viena, 1890).
- Lact., *Mort. pers.* (= *De mortibus persecutorum:* Sobre las muertes de los perseguidores) (Ed. S. Brandt. G. Laubmann, *L. Caeli qui inscriptus est de mortibus persecutorum liber vulgo Lactantio tributus; Corp Script. Eccl. Latin.* XXVII, Viena, 1897; ed. R. Teja, *Lactancio. Sobre la muerte de los perseguidores*, Madrid, 1982).
[inucio Félix: Min. Fel. (= *M. Minucii Felicis dialogus qui inscribitur Octavius)* (Ed. J. Beaujeu, *Minucius Felix. Octavius*, París, 1964).
[ovaciano: Navt., *Spect.* (= *De spectaculis*: Sobre los espectáculos) (Ed. G. F. Diercks, *Novatiani opera; Corpus Christianorum* IV, Turnholt, 1972, pp. 153-179).
)rosio: Oros., *Hist.* (= *Historiarum adversus paganos libri septem:* Los siete libros de Historias contra los paganos) (Ed. Z. Zangemesiter, *Pauli Orosii Historiarum adversus paganos libri VII; Corp. Script. Eccl. Latin.* V, Viena, 1882).
asiones: *Pass. Carpi.* (= *Passio Carpi, Pamfili et Agathonice:* Pasión de Carpo, Pánfilo y Agatónica) (Ed. H. Musurillo, *The acts of the Christian martyrs*, Oxford, 1972, pp. 22 ss.).
- *Pass. Crisp.* (= *Passio sanctae Crispinae*: Pasión de Santa Crispina) (Ed. H. Musurillo, *op. cit.*, pp. 302 ss.).
- *Pass. Cypr.* (= *Acta proconsularia martyrii sancti Cypriani:* Actas proconsulares del martirio de San Cipriano) (Ed. H. Musurillo, *op. cit.*, pp. 168 ss.).
- *Pass. Fructuos.* (= *Passio Fructuosi episcopi cum sociis:* Pasión del obispo Fructuoso y compañeros) (Ed. Musurillo, *op.cit.*, pp. 176 ss.).
- *Pass. Iren.* (= *Passio sancti Irenaei episcopi sirmiensis:* Pasión de San Ireneo obispo de Sirmio) (Ed. H. Musurillo, *op. cit.*, pp. 294 ss.).
- *Pass. Iuli.* (= *Passio Iuli veterani:* Pasión del soldado licenciado Julio) (Ed. H. Musurillo, *op. cit.*, pp. 260 ss.).

— *Pass. Marcell.* (= *Passio Marcelli centurionis:* Pasión del cent rión Marcelo) (Ed. H. Musurillo, *op. cit.*, pp. 250 ss.).
— *Pass. Marc. Iac.* (= *Passio sanctorum Mariani et Iacobi:* Pasi de los santos Mariano y Santiago) (Ed. H. Musurillo, *op. c* pp. 194 ss.).
— *Pass. Maximil.* (= *Passio Maximiliani:* Pasión de Maximiliar (Ed. H. Musurillo, *op. cit.*, pp. 244 ss.).
— *Pass. Montani.* (= *Passio Montani et Lucii:* Pasión de Monta y Lucio) (Ed. H. Musurillo, *op. cit.*, pp. 214 ss.).
— *Pass. Perp.* (= *Passio sanctarum Perpetuae et Felicitatis:* Pasi de las santas Perpetua y Felicidad) (Ed. H. Murillo, *op. cit.*, p 106 ss.).
— *Pass. Scill.* (= *Passio martyrum Scillitanorum:* Pasión de mártires escilitanos) (Ed. H. Musurillo, *op. cit.*, pp. 86 ss.).
Prudencio: *C. Symm.* (= *Contra Symmachum libri duo*: Ed. Laverenne, *Prudence. Tome III: Psycomachie, contre Symm que,* París, 1948).
— *Perist.* (= *Peristephanon hymnus;* Himno sobre las coron (Ed. M. Lavarenne, *Prudence. Le livre des couronnes,* Par 1963).
Rufino: *Apol. ad Anst.* (= *Apologia ad Anastasium Papam:* Ap logía ante el Papa Anastasio) (Ed. M. Simonetti, *Tyrannii R fini opera; Corpus Christianorum XX,* Turnholt, 1961, p 19-28).
— *Apol. adv. Hier.* (= *Apologia adversus Hieronymun:* Apolo contra Jerónimo) (Ed. M. Simonetti, *op. cit.*, pp. 29-123).
— *Symb.* (= *Commentarius in symbolum Apostolorum*: Come tario al credo de los apóstoles) (Ed. M. Simonetti, *op. cit.*, p 125-182).
Símaco: Symm., *Rel.* (= *Relationes ad principem)* (Ed. M. La renne, *Prudence. Tome III: Psycomachie, contre Symmaque,* I rís, 1948, pp. 107-113).
Tertuliano: Tert., *Apol.* (= *Apologeticus*: Apologético) (Ed. J. Waltzing, *Tertullien. Apologétique,* 3.ª ed., París, 1971; Ed. Dekkers, *Quinti Septimi Florentis Tertulliani opera. Pars Opera catholica; adversus Marcionem. Corpus Christianorum* Turnholt, 1964, pp. 85-171).
— *Nat.* (= *Ad nationes:* Contra los gentiles) (Ed. J. G. Borlef *Corpus Christianorum I,* pp. 341-370).
— *Cult. femin.* (= *De cultu feminarum:* Sobre los adornos de mujeres) (Ed. Aem. Kroymann, *Corpus Christianorum* I, p 341-370).
— *Spect.* (= *De spectaculis:* Sobre los espectáculos) (Ed. E. De kers, *Corpus Christianorum I* pp. 225-253).

Test. anim. (= *De testimonio animae:* Sobre el testimonio del alma) (Ed. R. Willems, *Corpus Christianorum I*, pp. 173-183).
Cor. (= *De corona:* Sobre la corona) (Ed. Aem. Kroymann, *Corpus Christianorum II* 2, Turnholt, 1954, pp. 1037-1065).
Idol. (= *De idolatría) (Ed. A. Reifferscheid-G. Wissowa, Corpus Christianorum II* 2, pp. 1079-1124).

ɔta: Puede llamar la atención el hecho de que en esta relación estén representados fundamentalmente los autores cristianos, pero no los paganos ni sus opiniones. La verdad es que de los autores paganos que sistemáticamente escribieron contra los cristianos conocemos sus nombres (Celso, Porfirio, Frontón, Símaco, etc.) y también sus opiniones (a través precisamente de las citas que los autores cristianos hacen de ellas al defenderse contra las mismas), pero no conservamos prácticamente nada de sus escritos. De todas formas, en la introducción de cada uno de los capítulos de nuestra selección apuntamos cuáles son las acusaciones contra las cuales salen los autores cristianos en el tema en cuestión.

Bibliografía básica

T. D. Barnes: *Tertullian. A historical and literary study*. Oxfo 1971.

R. H. Barrow: *Introduction to St. Augustine «The City of Go* Londres, 1950.

L. Bayard: *Tertullien et Saint Cyprien*. París, 1930.

D. R. S. Bailey: «Lactantiana», *Vigiliae Christianae* 14, pp. 165-1 1960.

H. J. Baylis: *Minucius Felix and his place among the early fath of the Latin Church*. Londres, 1928.

J. Beaujeu: *Minucius Felix. Octavius*, (Cf. la *Introduction* a la e ción y traducción), París, 1964.

C. Becker: *Tertullians Apologeticum*. Munich, 1954.

C. Becker: *Der «Octavius» des Minucius Felix*. Munich, 1967.

G. B. Bertoldi: *M. Minucio Felice e il suo dialogo «Ottavio»*. Ro 1906.

H. Le Bonniec: «Arnobe témoin et juge des cultes païens», *B Assoc. G. Budé*, pp. 201-222, 1974.

R. Braun: *Deus christianorum. Recherches sur le vocabulaire d trinale de Tertullien*. París, 1962.

E. Buonainti: *Il cristianesimo nell'Africa romana. Bari, 1928.*

J. H. S. Burleigh: The city of God. A study of St. Augustine's P losophy. Londres, 1949.

F. Corsaro: *Lactantiana. Sul «De mortibus persecutorum»*. Ca nia, 1970.

P. Courcelle: *Histoire littéraire des grandes invasions germaniq* París, 1964.

F. Cumont: *Les religions orientales dans le paganisme romain.* rís, 1906.

F. Canfora: *Simmaco e Ambrogio o di una controversa sulla to ranza e sull'intoleranza*. Bari, 1970.

A. D'Ales: *La théologie de Tertullien*. París, 1905.

A. D'Ales: *La théologie de S. Cyprien*. París, 1922.

E. Dodds: *Pagan and christian in a age of anxiety.* Cambridge, 1965.
F. H. Dudden: *The life and times of St. Ambrose.* Oxford, 1935.
J. N. Figgis: *The political Aspects of St. Augustine's «City of God».* Londres, 1921.
J. Fontaine-M. Perrin (ed.): *Lactance et son temps.* París, 1978.
F. Gabarrou: *Arnobe, son oeuvre.* París, 1921.
O. Gigon: *La cultura antigua y el cristianismo.* Trad. de M. Carrión Gútiez, Madrid, 1970.
R. Heinze: *Tertullians Apologeticum.* Leipzig, 1910.
P. Hinchliff: *Cyprian of Carthage and the Unity of the Christian Church.* Londres, 1974.
H. Koch: *Cyprian und der römische Primat.* Leipzig, 1910.
P. de Labriolle: *La réaction païenne,* 12 ed. París, 1950.
L. Laguier: *La méthode apologétique des Pères das les trois premiers siècles.* París, 1905.
J. R. Laurin: *Orientations maîtresses des apologistes chrétiens de 270 à 361.* Roma, 1954.
J. Lortz: *Tertullian als Apologet* I-II, Münster, 1927-28.
G. Madec: *Saint Ambroise et la philosphie.* París, 1974.
F. G. Maier: *Augustin und das antike Rom.* Stuttgart, 1955.
H. I. Marrou: *L'ambivalence du temps de l'histoire chez Saint Augustin.* París, 1950.
A. Momigliano (ed.): *The conflict between paganism and christianity in the fourth century.* Oxford, 1963.
P. Monceaux: *Histoire littéraire de l'Afrique chrétienne.* París, 1901-1923.
F. X. Murphy: *Rufinus of Aquileia (345-411).* Washington, 1945.
I. Opelt: *Die polemik in der christlichen lateinischen literatur von Tertullian bis Augustin.* Heidelberg, 1980.
Paganisme, judaisme, christianisme. Influences et afrontements dans le monde antique (= Mélanges offerts a M. Simon). París, 1978.
J. R. Palanque: *Saint Ambrose et l'empire romain.* París, 1933.
A. Paredi: *S. Ambrogio e la sua età,* 2.ª ed., Milán, 1960.
M. Pellegrino: *Studi sull'antica apologetica.* Roma, 1947.
R. Pichon: *Lactance. Etudes sur le mouvement philosphique et religieux sous le règene de Constantin.* París, 1901.
A. Piganiol: *L'Empire chrétien.* París, 1972.
B. Poschmann: *Ecclesia Principalis,* Breslau, 1933.
A. Puech: *Les apologistes grecs du deuxième siècle de notre ère.* París, 1912.
E. Rapisarda: *Arnobio.* Catania, 1946.
R. Roberts: *The theology of Tertullian.* París, 1905.
I. Thelamon: *Païens et chrétiens au IV siècle. L'apport de l'«Histoire ecclesiastique» de Rufine d'Aquilée.* París, 1981.

Breve semblanza de autores

San Agustín:

Vive entre los años 354-430. Es uno de los más grandes doctores de la Iglesia, sobradamente conocido por lo demás.

Sus ideas apologéticas se encuentran fundamentalmente en la famosa obra *La ciudad de Dios*. En esta obra se repiten argumentos y motivos apologéticos comunes a toda la apologética cristiana. Al mismo tiempo se rechaza la idea de que el cristianismo sea el culpable de la decadencia del imperio romano; todo lo contrario: gracias al cristianismo y al Dios de los cristianos el imperio romano ha llegado a donde ha llegado.

San Ambrosio:

Vive entre el 340 y 397. Fue educado en la retórica y elocuencia romana y llegó a ser gobernador de la Italia Superior con sede en Milán. En el 374 es ordenado obispo de Milán.

Su labor apologética se centra, por un lado, en su intervención ante Valentiniano en el asunto del altar de la Victoria y, por otro, en sus obras exegéticas. Sobre el primer asunto conservamos dos cartas al emperador, en las que sale al encuentro de los argumentos de Símaco en favor del restablecimiento de la vieja religión romana; y los argumentos son los mismos de la apologética cristiana: no hace falta volver a los viejos dioses, porque no fueron ellos los que llevaron a Roma al dominio del mundo. En lo que se refiere a las obras exegéticas, en ellas sale con frecuencia en contra

de determinadas críticas que filósofos paganos como Porfirio han hecho sobre mucho de lo que se encuentra escrito en los libros sagrados.

Arnobio:

A caballo entre el siglo III y siglo IV. Fue profesor de retórica en Sica, Africa proconsular. En el 295 se convierte al cristianismo. Al haber dudas en torno a la sinceridad de su conversión, para probarla, escribió siete libros *Contra los paganos*. El primero de ellos sería escrito en el 296-7, cuando todavía era neófito o catecúmeno.

La obra está dirigida contra los paganos que mantenían que Cristo era un mago y que, desde que apareció el cristianismo, el mundo va hacia el colapso y la ruina. Contra estas acusaciones Arnobio hace su defensa con los motivos y argumentos comunes de la apologética cristiana.

Celso:

Filósofo enemigo del cristianismo. No conservamos sus escritos; sólo algunos fragmentos en la obra que Orígenes escribió en griego contra él. En sus críticas se encontraban *El discurso verdadero* aparecido en el año 178. Con los fragmentos reproducidos por Orígenes en su refutación se pueden reconstruir las acusaciones. Su tesis es que la religión romana es indispensable para el imperio y, así, el no profesarla es declararse contrario a él. Lo malo de los cristianos no es tener una religión distinta propia, sino su exclusivismo al rechazar la religión del imperio. Celso conoce perfectamente la doctrina cristiana en sus puntos esenciales y trata de refutarla y ridiculizarla desde el punto de vista pagano. Para él, la doctrina cristiana es una mezcla de locura judaica, de errores nuevos y de algunas prescripciones éticas fundamentales tomadas de los filósofos griegos.

San Cipriano:

Obispo de Cartago muerto en el 258. Fue un retor pagano convertido al cristianismo en el 246; a los dos años fue

elegido obispo de Cartago, habiendo adquirido ya un profundo conocimiento de las escrituras y de los escritos de Tertuliano. Le tocó vivir como obispo de Cartago la persecución de Decio, durante la cual hubo gran cantidad de renegados, no sólo en el Norte de Africa, sino en todo el imperio; muchos problemas se plantearon en torno a la postura que debía adoptar la Iglesia en relación con estos renegados que deseaban volver al seno de la misma. En este sentido la postura de Cipriano y de los obispos del Norte de Africa no coincidía con la del obispo de Roma, de forma que las relaciones entre Roma y Cartago fueron en algún momento tirantes.

A pesar de ello, Cipriano es un constante defensor de la unidad de la Iglesia y protagonista de la organización de la misma en su época. Es en este sentido de defensor de la unidad de la Iglesia y de conocedor de la organización de la misma en el que hemos seleccionado textos de Cipriano.

Frontón:

Es el famoso erudito del siglo II; fue preceptor de M. Aurelio, autor precisamente de una de las persecuciones contra los cristianos. No extraña, pues, que se distinguiera en sus críticas contra la nueva doctrina.

De sus críticas contra los cristianos sabemos algo a través del Octavio de Minucio Félix, quien le cita como uno de sus más duros acusadores; entre sus burlas y críticas contra los cristianos cita Minucio Félix las siguientes: que los cristianos cometían crímenes y corrupciones en sus reuniones y que adoraban incluso el sexo de su maestro. Es probable que en estas acusaciones Frontón se dejara llevar por las noticias que había sobre bacanales en determinados ritos de religiones orientales. A sus acusaciones responden sobre todo Minucio y Tertuliano.

San Jerónimo:

Vive entre el 342 y el 420. Hizo sus estudios en Roma, Tréveris y Aquilea, dirigiéndose pronto a Oriente, donde se dedicó durante largo tiempo a la vida de anacorética en el de-

sierto de Calcis; luego se trasladó a Antioquía, donde fue ordenado sacerdote e hizo estudios especiales de exegética bajo el magisterio de San Gregorio Nacianceno. Precisamente sus grandes trabajos se refieren a comentarios sobre la Biblia. En estos comentarios la exégesis se convierte con frecuencia en apología; apología sobre todo frente a las críticas que filósofos paganos han hecho en torno a determinados libros bíblicos; el comentario al libro de Daniel, por ejemplo, se convierte en un constante alegato contra Porfirio.

Aparte de la exégesis, cultiva también la historiografía. Es el traductor y continuador del *Chronicon* de Eusebio de Cesarea. En general la historiografía cristiana se convierte con frecuencia en apologética; en este sentido, el *Chronicon* se convierte a veces en una demostración histórica de determinados motivos apologéticos, como la antigüedad del pueblo de Israel o la comprobación de que los dioses paganos tuvieron nacimiento y muerte.

Lactancio:

240-320. Fue maestro de retórica en Nicomedia, puesto del que se vio privado al convertirse al cristinaismo en el año 300. Su obra más importante son las *Instituciones divinas,* compuesta entre 304-311: es en definitiva la defensa de la verdad del cristianismo frente a la falsedad de las religiones paganas.

De carácter polémico y antipagano es también su pequeño tratado histórico *Sobre la muerte de los perseguidores,* donde se trata de defender, con ejemplos concretos, que Dios castiga a sus enemigos.

Luciano:

Es el autor de un libelo o panfleto contra los cristianos en el año 167. El título de este libelo es *«Sobre la muerte de Peregrino».* En esta obra se burla del desprecio a la muerte de los cristianos y de su caridad hacia el prójimo, a la que califica de estupidez; Peregrino es un cristiano converso del paganismo y aparece como un estafador y palabrero. En definitiva, Luciano era un espíritu cultivado y selecto con hábil recurso a la ironía y a la sátira.

Minucio Félix:

Vive entre los siglos II y III. Es autor de un diálogo conocido con el nombre de *Octauius*, en el que tras ser expuestas por boca del pagano Cecilio las acusaciones contra los cristianos, éstas son refutadas por el otro interlocutor, que es cristiano y que es el que da nombre al diálogo.

Los argumentos en contra del cristianismo y las respuestas a esos argumentos coinciden en la mayoría de las ocasiones con las ideas aparecidas en el *Apologético* de Tertuliano: se ataca a las supersticiones paganas; se refutan las acusaciones que se han hecho contra la moralidad de los cristianos (incesto, banquete de sangre, adoración del sexo del maestro, etc.) y demás acusaciones lanzadas contra la nueva doctrina: su desprecio a la muerte, sus creencias, etc.

Orosio:

Presbítero español de finales del siglo IV y comienzo del V. Es discípulo de San Agustín y de éste recibe el encargo de componer una historia universal contra los paganos con la siguiente finalidad: demostrar que los tiempos anteriores a Cristo conocieron muchos más desastres y desgracias que los tiempos cristianos. Movido por este encargo de San Agustín, compone una historia universal en siete libros, de los cuales los seis primeros se refieren a los tiempos anteriores a Cristo y el último trata de los *tempora christiana*. La obra en definitiva no es nada más que una larga lista de desastre y calimidades ocurridas a. de C. y de favores y beneficios ocurridos después. Todo ello, para ir contra aquellos que apuntan que los cristianos son los culpables de la decadencia del imperio.

Porfirio:

232-303. Filósofo neoplatónico. Sus investigaciones sobre los sistemas religiosos orientales le llevó a una actitud de escepticismo hacia toda religión popular y especialmente hacia el cristianismo. Contra los cristianos escribió un largo tratado en quince libros, de los cuales sólo conservamos algunos fragmentos. Los puntos fundamentales de su doctri-

na son: Cristo es un maestro, un gran maestro y un gran hombre, pero no es Dios; los apóstoles y líderes de la Iglesia son unos antipatriotas al rechazar la vieja religión romana; en los envangelios no hay nada más que incongruencias y falsedades: en este sentido uno de los más atacados es el libro de Daniel.

Prudencio:

Es el poeta cristiano por excelencia. Vive entre el 348 y el 405.

La labor apologética fundamental de Prudencio se encuentra sobre todo en los libros escritos *Cotra Símaco.* El motivo inmediato para la composición de estos libros fue la solicitud de Símaco para el restablecimiento de la estatua de Victoria en el senado. La idea fundamental de Símaco es que Roma ha llegado a ser lo que es gracias a los dioses romanos; por ello no se debe abandonar a esos dioses. La respuesta de Prudencio se centra sobre todo en un ataque duro y largo a los dioses paganos —son puras estatuas inertes de las que conocemos su fecha de nacimiento— y en una defensa del cristianismo y de su Dios, el cual es eterno y omnipotente.

Rufino:

345-410. Monje, historiador y traductor. Como traductor, traduce y continúa la historia eclesiástica de Eusebio de Cesarea; en este sentido, si bien trata de una obra histórica, participa de ingredientes apologéticos, por cuanto en las *Historias Eclesiásticas* se trata en definitiva de demostrar la sucesión de obispos en las sedes más importantes —en contra de aquellos que dicen que no se sabe cuáles son las sectas cristianas que se remontan realmente a los apóstoles— y de defender formas de vida cristiana.

Aparte de ello, Rufino entró en un momento en polémica con Jerónimo en torno a cuestiones doctrinales. Este asunto le convertiría en sospechoso de cisma: de ahí sus apologías (la presentada ante el Papa Anastasio y la compuesta contra Jerónimo) y su Comentario al Credo de los Apóstoles, don-

de trata de demostrar que él se mantiene dentro de la más pura ortodoxia. En nuestra selección hemos escogido algunos textos de estas obras, ya que en ellas se da respuesta a algunas de las acusaciones que los paganos hacen a los cristianos: que están siempre desunidos y desgajados, que no se sabe cuál es la Iglesia representante auténtica de Cristo, etc.

Símaco:

Abogado, orador y literato nacido después del 340 y muerto alrededor del 402. Procedía de una noble e ilustre familia pagana y ocupó distinos cargos importantes en el Imperio de Occidente durante los reinados de Valentiniano I, Graciano y Valentiniano II. Es el líder de la reacción pagana contra el cristianismo en la segunda mitad del siglo IV. En este sentido se mueven sus escritos *(Relationes)* al emperador, en los que se insiste fundamentalmente en que se deben seguir respetando las viejas costumbres romanas, los viejos ritos y, en definitiva, la religión de siempre.

Tertuliano:

160-225. Nacido en Cartago de familia pagana, recibió una educación a base de la literatura y retórica profanas. Su conversión al cristianismo puede ser datada hacia el 197. Es autor de una larga lista de obras apologéticas, teológicas, polémicas y ascéticas.

En sus obras apologéticas pide tolerancia para con la religión cristiana, ataca las supersticiones paganas, refuta acusaciones que se han hecho contra la moralidad de los cristianos, e insiste en que los cristianos no son un peligro ni para la sociedad romana ni para el Estado.

Su estilo es brillante y en sus argumentaciones recurre a sus conocimientos de retórica y de filosofía, destrozando a veces a sus adversarios con el ridículo.

Primera parte

Problemas existenciales

[. La antigüedad de la doctrina

Del testimonio de los autores cristianos sabemos que una las acusaciones más serias que se hicieron contra el cris-.nismo, por parte fundamentalmente de Celso y Porfirio, e la de que la doctrina cristiana es una doctrina nueva, pla-da de errores nuevos y sin ningún tipo de raíces en los pue-os más poderosos de la antigüedad.

Los autores cristianos, en contra de esta acusación, se es-erzan por demostrar, en primer lugar, su conexión, con el ntiguo Testamento y con el pueblo hebreo, y, en segundo gar, que el pueblo hebreo es de una antigüedad y de una ıtidad ancestral tan digna de consideración como la de cual-ıier otro pueblo de la antigüedad. Al mismo tiempo se in-ste en que el Dios de los cristianos es el mismo Dios que de los hebreos mientras que los dioses de los paganos son oses inventados por los hombres. Concretamente, los au-·res cristianos se preocupan de demostrar lo siguiente:

1. La antigüedad de Moisés y demás profetas.
2. La conexión entre el Antiguo y Nuevo Testamento.
3. El Dios de los cristianos no tuvo principio.
4. Los dioses paganos no son eternos.

La antigüedad de Moisés y demás profetas

En este punto son varias las cosas que debemos tener en ıenta. En primer lugar, que la obsesión de los autores cris-ınos es demostrar que los profetas del pueblo de Israel me-cen por su antigüedad el mismo respeto que cualquier otro : los reyes o héroes, de autoridad y antigüedad reconoci-

da, de pueblos importantes del mundo antiguo. Basta rec dar aquí las siguientes palabras de Tertuliano dirigidas a paganos: «La autoridad de estos documentos está asegu da, en primer lugar, por su gran antigüedad. Vosotros m mos tenéis como prueba de credibilidad de la religión el cho de que es muy antigua» *(Apolog.*, 19).

Ahora bien, para demostrar esa antigüedad de los pro tas del pueblo de Israel, los autores cristianos necesitan gumentos que sean válidos ante los gentiles. Un cristia por su fe, puede creer ciegamente las palabras de su maes y confiar en el testimonio de las escrituras. Un pagano cesita argumentos de otro tipo. Entre ellos, los apologe cristianos recurren a los siguientes:

a) Testimonio de autores profanos. Tertuliano, para mostrar la antigüedad y admiración de los libros sagra de los judíos, cita a Tolomeo Filadelfo, Pisístrato, Demet Falerio, Menedemo y Aristeo *(Apolog.*, 18). Fundamenta aserto de que Moisés es contemporáneo de Inaco de Ar y anterior a Dánao y al desastre de Troya diciendo que ne autores en los que apoyarse *(Apolog.*, 19). Enumera, sistiendo en que la propia enumeración es ya una prueba la veracidad de su afirmación, los autores antiguos que drían apoyarle: Manetón, Beroso, Jerónimo, Tolomeo, M nandro, Demetrio Falerio, el rey Juba, Apión, Talo y F vio Josefo; y recuerda también los archivos que se pue consultar: los egipcios, caldeos y fenicios *(Apolog.*, 19).

Jerónimo demuestra que Moisés vivió en época de In citando a Clemente, Africano, Tatiano, Josefo y Ju *(Chron., Praef).*

b) Isocronismos. Generalmente se recurre a isocron mos entre los profetas del pueblo de Israel y héroes de la tigüedad. De esta forma los autores cristianos dejan cl que el pueblo de Israel se apoya en líderes de la misma toridad y antigüedad que los de cualquier otro pueblo a guo. Tertuliano insiste en que Moisés vivió cuatrocien años antes que Dánao, mil antes de la guerra de Troya que Zacarías vivió durante la época de Ciro, Darío y T de Mileto *(Apolog.*, 19). Del propio Moisés dice que es c temporáneo de Inaco de Argos.

Los maestros del isocronismo, dentro de los autores c

tianos, son Eusebio y su traductor y continuador Jerónimo: insisten en que Moisés es contemporáneo de Inaco; que Abrahán lo es de Semíramis; recuerdan, uno por uno, los distintos reyes y héroes de la antigüedad que son posteriores o anteriores a Moisés e inician su *Chronicon* con un isocronismo múltiple: Abrahán, Nino, Semíramis, Europo y la dinastía tebana de Egipto.

Mientras que los isocronismos de los primeros apologetas y de los cronistas Eusebio y Jerónimo se centran sobre todo en personajes (Moisés y Abrahán por parte hebrea, e Inaco, Cécrope y demás reyes y héroes por parte de los pueblos antiguos), los isocronismos que aparecen en la polémica antipagana de finales del siglo IV y comienzos del V —Agustín y Orosio sobre todo— se centran en pueblos: el pueblo romano, babilonio y hebreo. Ello se encuadra dentro de la teoría de los imperios universales: Dios concedió al pueblo asirio el imperio sobre el mundo y, tras pasarlo a otros pueblos, se lo concedió por fin a los romanos; pero no es momento de insistir aquí en la teoría de los imperios universales. Lo que sí interesa resaltar es que Agustín insiste en que antes de que existiera el pueblo romano, que es un pueblo escogido por Dios para dominar el mundo, ya habitaba en la tierra de promisión el pueblo judío *(Ciu. Dei,* XVIII 22). Un isocronismo muy socorrido entre estos autores es el que tiende a establecer paralelos entre Babilonia y Roma (Aug., *Ciu. Dei* XVIII 22, 1 ss. y 27-28; Oros., *Hist.* I 1).

c) Complicados cálculos matemáticos. Eusebio y Jerónimo tienen auténtica obsesión por este tipo de cálculos. Basta con leer los cálculos matemáticos que hace Eusebio para demostrar que Moisés es contemporáneo de Céprope e Inaco *(Chron., Praef.* Oros., *Hist.*, I 1).

d) Idenficación de pueblos contemporáneos de los autores cristianos como descendientes de personajes bíblicos. Es lo que hace Jerónimo en sus *Quaestiones in Genesim,* 9, 18 ss. donde identifica como descendientes de Jafeth a gálatas, escitas, medos, jonios, iberos, capadocios y tracios; como descendientes de Gomer a reginos, paflagonios y frigios; y así hace con otros pueblos.

e) Historicidad de las acciones del pueblo hebreo. Así por ejemplo, el diluvio universal (Oros., *Hist.* 3, 4 ss).

2. Conexión entre Antiguo y Nuevo Testamento

Demostrar la antigüedad de pueblo hebreo y de sus héroes no les serviría para nada a los apologetas cristianos, si no demostraran la conexión entre la antigua y la nueva doctrina. Ahora bien, aquí se encuentran con un gravísimo problema: y es que los judíos, el pueblo de Dios del Antiguo Testamento, se ha convertido, desde que fueron ellos los que mataron a Cristo, en enemigos acérrimos de los cristianos. Los autores cristianos no pierden ocasión de atacar a los judíos. ¿Cómo congeniar este alejamiento de los judíos, el pueblo de Dios del Antiguo Testamento, con la necesidad de demostrar la conexión entre Antiguo y Nuevo Testamento? Los autores cristianos solucionan el problema por una doble vía: ya olvidándose del pueblo judío como tal e insistiendo en que los cristianos y la doctrina cristiana son los auténticos herederos de la antigua doctrina, ya recordando que el pueblo hebreo fue el auténtico pueblo elegido por el único y verdadero Dios, pero que, al volver ellos sus espaldas a ese Dios, éste se olvidó de ellos. Para ello insisten en los siguientes puntos:

a) El Dios del Antiguo Testamento es el mismo que sigue operando tras la venida de Cristo, a pesar de que la apriorística veneración que siempre tiene el hombre por lo antiguo haga pensar lo contrario (*Passio Perp. et Felic.*, 1; *Passio Montani et Lucii*, 23, 7), y a pesar de que ese Dios ya no esté del lado de los judíos (Min. Fel., 33, 2-5; Aug., *Ciu. Di*, IV 33-34). Lo único que ha hecho Cristo ha sido venir a reformar e iluminar la vieja doctrina (Tert., *Apolog.*, 21).

b) La interpretación correcta de la Biblia y sus profecías. Hemos escogido en esta selección una serie de textos del Comentario de Jerónimo a las profecías de Daniel, donde el presbítero cristiano sale al encuentro de erróneas interpretaciones que Porfirio hace de estas profecías. Con frecuencia los enemigos del cristianismo aducen aparentes incongruencias en la Biblia; contra esas acusaciones de incongruencia salen los autores cristianos: una incongruencia sería el pecado de Adán (Ambros., *De paradiso*, 8, 38); otra, tener como antepasado a un asesino, David (Ambros., *Apolog. Prothetae Dauid*, 2, 2, 5); otra, el hecho de que la cir-

cuncisión fuera aceptada en el Antiguo Testamento y prohibida en el Nuevo (Ambros., *De Abraham*, 1, 4, 29; *Epist. ad Constantium*, 3; *Epist. ad Irenaeum*, 74, 1); y así otras.

c) Conexión entre hechos o personajes del Antiguo Testamento y del Nuevo. El pueblo de Israel y el pueblo cristiano aparecen ya juntos en profecías del Antiguo Testamento (August., *Ciu. Dei*, XVIII 28). A Cristo le vieron los profetas del Antiguo Testamento en espíritu, de la misma forma que le han visto los apóstoles del Nuevo Testamento en cuerpo (Ambros., *In Lucam*, 1, 5-6). Entre Elías y Juan Bautista hay evidentes semejanzas (Ambros., *In Lucam*, 1, 36).

d) El Dios de los cristianos es el mismo que el Dios de los hebreos de Moisés. Mientras los hebreos fueron fieles a ese Dios, El los ayudó, de la misma forma que ahora ayuda a los cristianos. Lo que pasó es que ellos se olvidaron de Dios y éste los abandonó (Aug., *Ciu. Dei*, IV 33-34). Es curioso comprobar a este respecto cómo Lactancio, que defiende esta misma idea, juega incluso con un cambio de nombres; mientras aquel pueblo fue fiel a Dios, se llamó el pueblo hebreo, pero cuando le abandonó, pasó a llamarse pueblo judío (Lact., *Diuin*, *Inst.*, 4, 10, 5 ss). De esta forma salvan el problema del pueblo judío: no es Dios el que abandó a Dios.

3. El Dios de los cristianos no tuvo principio

Dentro de la defensa de la antigüedad de la propia doctrina y como prueba de la misma, ocupa un lugar importante en la apologética cristiana el tema de la divinidad. En este sentido los autores cristianos encuentran campo abonado por cuanto pueden demostrar fácilmente, apoyándose en los textos de los propios autores paganos, que, de los dioses paganos, se conoce su nacimiento, su forma de nacer e incluso su genealogía; es decir, de los dioses paganos se sabe que nacieron. El Dios de los cristianos, sin embargo, no tuvo principio: es eterno. La doctrina de su Dios es, por tanto, más antigua que la de cualquier otro Dios pagano.

Es más, la existencia de un solo Dios eterno y animador del mundo es algo que subyace en las mentes de todos los sabios. En este sentido los autores cristianos utilizan como

arma dialéctica la propia doctrina de los filósofos paganos: todos los filósofos, sean de la escuela que sean, reconocen la existencia de un «algo» que es el animador y creador del universo; lo que pasó es que ese «algo» fue identificado erróneamente con distintas cosas; sólo los cristianos, gracias a la revelación, han identificado ese «algo» con el único y verdadero Dios. De todas formas, la existencia de ese animador y creador del universo es reconocida por poetas y filósofos, quienes siempre hablan de *una sola* fuerza divina, aunque la identifiquen con cosas distintas (Min, Fel., 19). Así lo reconocen nuestas convicciones más íntimas: decimos «lo que Dios depare», «si Dios quiere», pero a los dioses paganos los nombramos siempre con su nombre —Saturno, Júpiter, etc—: el alma, pues, sabe que existe un Dios único; los demás no son dioses, porque conocemos sus nombres (Tert., *De testim. animae*, 2, 1; *Apolog*, 17). Así lo manifestaron constantemente los mártires en sus diálogos con el juez que los va a condenar (*Passio Carpi*, 2; 3, 3; 6, 1; *Passio Scillitanorum*, 1 ss.; *Passio Cypriani*, 1 ss.; *Passio Fructuosi et comitum*, 2 ss.; *Passio Montani et Lucii*, 14; *Pass.io Crispinae*, 1, 7 ss).

Tras la victoria del cristianismo en el siglo IV, los filósofos paganos, entre los cuales ocupará un lugar importante Símaco, van a utilizar la propia arma dialéctica de los cristianos: hay un solo Dios; pero cada pueblo tiene el suyo; ese Dios es el espíritu que ha protegido a ese pueblo a lo largo de toda la historia. En consecuencia, los cristianos no deben imponer su Dios a todos los demás pueblos; que dejen que cada pueblo siga con ese Dios o espíritu que ha tenido a lo largo de su historia. En definitiva, los filósofos paganos del siglo IV exigen a los cristianos el espíritu liberal que parecen haber perdido con Constantino y Teodosio. Así se manifiesta Símaco (*Rel.*, 8; 9; 10). A estos argumentos de Símaco responde Ambrosio en *Epist*, 18, 8 ss.: en principio se puede llegar al conocimiento del único Dios por vía humana; pero una vez que se tiene la revelación, ya no hace falta el esfuerzo de la inteligencia humana: ese único Dios que intuyen todos los hombres es el Dios revelado a los cristianos. Así se manifiesta también Orosio (*Hist.* VI 1) y el propio Ambrosio (*Contra Symm.*, 2, 773 ss.).

4. Los dioses paganos no son eternos

En oposición al único y verdadero Dios, que es eterno y que es el revelado a los cristianos, los dioses paganos no son eternos, sino que tienen principio y fin; principio y fin que, por lo demás, es conocido. Efectivamente, los dioses paganos no nacieron como dioses, sino cono hombres (Tert., *Apolog.*, 10, 2). Eusebio y Jerónimo no se olvidan de recoger en su *Chronicon* el momento de la forma en que nacieron cada uno de los dioses paganos. Esos dioses no son nada más que estatuas, materia inerte (Tert., *Apolog.*, 12); esta idea es un lugar común en todos los apologetas (Min. Fel., 20 ss.; 24, 5 ss.; Arnob., *Ad nat.* 1, 30; 34-35; 36).

En este sentido los autores cristianos explotan con frecuencia una famosa doctrina conocida como *euhemerismo.* Euhemero, había defenfido, en una *Historia Sagrada,* que los dioses no eran sino hombres divinizados por medio del mito y de la poesía; este sistema de Euhemero había sido dado a conocer en Roma por Ennio (Cf. Cic., *Nat. deor.* 1, 119) y será constantemente utilizado por los autores cristianos en su intento de demostrar que los dioses paganos no son eternos, sino que tienen origen y un origen conocido. En el libro primero de las *Diuinae Instituciones* de Lactancio se acumulan todos los argumentos utilizados por los autores cristianos a este respecto.

La defensa de este argumento puede moverse también en el siguiente sentido: los dioses paganos, de la misma forma que las demás cosas del universo, proceden todos del único Dios soberano y es ese Dios verdadero el que ha permitido que sean adorados durante largo tiempo (Arnob., *Ad nat.* 1, 28, 6).

TEXTOS

1. La antigüedad de Moisés y los profetas

Tert., *Apol., 18:*

Pero para que podamos acercarnos con un conocimiento

más profundo y completo, tanto a él mismo,[1] como a sus disposiciones y voluntad, nos ha dado como instrumento un conjunto de obras escritas, por si alguno quiere investigar sobre él, encontrarle tras haberle buscado, creer en él, una vez encontrado, y servirle, una vez que haya creído en él. Efectivamente, desde los primeros tiempos envió a este mundo hombres que, por su irreprochable justicia, eran dignos de conocer y de dar a conocer a Dios, hombres impregnados del espíritu divino; y los mandó para que predicaran que hay un solo Dios que lo ha creado todo y que ha formado al hombre del barro —y es que El es un verdadero Prometeo[2] que ha ordenado la sucesión de los siglos en períodos que comienzan y terminan de acuerdo con leyes invariables—; para que enseñaran las señales de su majestad, que El evidencia a través de la lluvia y del fuego; las leyes que ha impuesto para hacer méritos ante El; y los castigos que ha decretado a los que las ignoran y abandonan, así como los premios destinados a los que las observan. Y lo ha hecho porque, cuando haya acabado este mundo, concederá en juicio a sus fieles el premio de la vida eterna, y a los impíos, un fuego igualmente eterno e inextinguible, una vez que haya reanimado, resucitado y revistado a todos los muertos desde el comienzo del mundo para remunerar a cada uno según sus méritos.

Hubo un tiempo en que yo me reía de estas cosas [3]: soy un hombre como vosotros. Y es que los cristianos se hacen, no nacen.

Estos predicadores a los que acabo de aludir son llamados profetas, ya que su oficio es el de profetizar. Sus palabras y sus obras, cuya manifestación es prueba de la divinidad de su misión, se encuentran en los tesoros de los Escrituras que para nadie están ocultas. Tolomeo[4], al que dan el

[1] El Dios de los cristianos.

[2] Según una versión de la leyenda, es el que creó a los hombres modelándolos con arcilla. En la *Teogonía* aparece simplemente como bienhechor de la humanidad, no como creador. Tertuliano, en este texto, parece interpretar la primera versión.

[3] Tertuliano es un convertido. Hijo de un militar pagano, se había educado en la filosofía y retórica paganas.

[4] Tolomeo II (285-247 a. C.). Hombre culto y mecenas de las letras y li-

sobrenombre de Filadelfo, rey erudito y buen investigador de todo tipo de literatura, el cual, pienso yo, puede ser comparado con Pisístrato[5] en su afición por las bibliotecas, patrocinó la formación de una colección de historias famosas, ya por su antigüedad, ya por su curiosidad; entre otras historias, y por sugerencia de Demetrio Falerio,[6] el más aceptado de los gramáticos de aquella época, y al que había encargado la prefectura de su biblioteca, pidió también sus libros a los judíos, es decir, las obras que eran de ellos y que habían sido compuestas en su lengua, y que sólo poseían ellos. Y es que, en efecto, los profetas habían salido de entre los propios judíos y a ellos sólo habían hablado, es decir, al pueblo adoptado por Dios por la gracia de sus padres. Se llamaba en otro tiempo hebreos a los que ahora conocemos como judíos; de ahí que su literatura y su lengua sea conocida como hebraica. Y para que lo que estaba escrito en los libros no quedara inédito, Tolomeo contrató a los judíos setenta y dos traductores, admirados incluso por el filósofo Menedemo[7], aquel campeón de la providencia, al ver que sus sentimientos coincidían con los de ellos. Es un hecho que podéis encontrar afirmado también por Aristeo[8].

Tert., *Apol.*, 19:

La autoridad de estos documentos está asegurada, en primer lugar, por su gran antigüedad. Vosotros mismos tenéis como prueba de credibilidad de la religión el hecho de que es muy antigua.

Su gran antigüedad es prueba de la autoridad de las Escrituras. Efectivamente, el primer profeta, Moisés, que es el

---

teratos. Bajo su reinado florecieron Estrabón de Lámpsaco, Calímaco, Licofrón, Teócrito, Zoilo y otros. Favoreció los estudios históricos y poéticos; amplió la biblioteca creada por su padre, Tolomeo I, llamado Sóter. Y se preocupó de que hebreos peritos interpretaran los libros sagrados que había enviado a la biblioteca el sumo sacerdote Eleazar.

[5] Tirano ateniense (s. VI a. C.), gran favorecedor de las artes y de las letras. Según Cicerón (*Orat.*, 3, 34, 157) se preocupó incluso de que los poemas homéricos fueran recogidos en una colección.

[6] Ilustre filósofo e historiador griego. En el 297 se refugia, por razones políticas, en la corte de Tolomeo I, Sóter. El fue el propulsor de la biblioteca creada por este rey.

[7] Filósofo rodio, discípulo de Aristóteles (Aulo Gelio, 13, 5).

[8] Historiador de los hechos judíos de la época de Tolomeo Filadelfo.

que nos narra la creación del mundo y la propagación del género humano, y, después, la violencia vengadora de la maldad de aquella época, el diluvio, y que empezó su narración desde el comienzo y la continuó, gracias a sus dotes proféticas, hasta su propia época, y que se convirtió él mismo, con sus propias acciones, en símbolo de sucesos futuros; ese Moisés, en cuya obra la sucesión de los tiempos, puesta en orden desde el principio, nos ha proporcionado la cronología del mundo, resulta que es anterior en unos cuatrocientos años a la época en que Dánao[9], el más antiguo de los vuestros, emigró a Argos. Vivió, en definitiva, unos mil años antes de la guerra de Troya[10] y, como consecuencia, del propio Saturno[11]: en efecto, según la historia de Talo[12], en la cual se nos cuenta la guerra de Belo[13], rey de los asirios, y Saturno, rey de los titanos, con Júpiter, está claro que Belo vivió trescientos veintidós años antes de la guerra de Troya. Es por medio de este Moisés por el que Dios transmitió a los judíos la famosa ley que ellos tienen. Después, otros muchos profetas han hecho otras muchas profecías, profetas que son más antiguos que vuestra literatura; incluso el último que ha profetizado o bien es un poco más antiguo o bien —de ello no hay duda— es contemporáneo de los autores de la sabiduría e incluso de los legisladores. En efecto, Zacarías vivió durante el reinado de Ciro y Darío, que es la época en que Tales[14], el primero de los físicos, respondió, turbado sin duda por la voz de los profetas, que no había nada seguro sobre la divinidad, cuando Creso le preguntó acerca de ella.

---

[9] Rey de Egipto (1474-1425, según la cronología de Agustín, *Ciudad de Dios*, 18, 11). Era hijo de Belo y Anchinoe. Expulsado de su país, llegó al Peloponeso en una nave construida por Minerva.

[10] Si Dánao es colocado en el siglo XV a. C. y Moisés vivió 400 años antes que Dánao, hay que colocar a Moisés hacia el 1850 a. C.; consiguientemente, Tertuliano data la guerra de Troya hacia el 850 a. C.

[11] Padre de Júpiter y tío de los Titanes. Precisamente las luchas entre ellos, en las que interviene también el rey asirio Belo, son el punto de partida de esta cronología.

[12] Poeta de Milo, citado también por Minucio Félix, 21, 4.

[13] Primer rey asirio, padre de Nino.

[14] Vivió entre el 624-547 a. C.

Tert., *Apol.*, 19, 3 ss.:

Moisés —si es que habéis oído alguna vez hablar de él— es contemporáneo de Inaco de Argos[15], casi cuatrocientos años —pues sólo faltan siete para ello— anterior a Dánao, que es uno de vuestros más antiguos reyes; vivió alrededor de mil años antes del desastre de Príamo[16]; puedo incluso decir, teniendo autores en los que apoyarme, que precedió a Homero en quinientos años. Incluso los demás profetas, aunque son posteriores a Homero, ¿no son sin embargo, incluso los más recientes entre ellos, más antiguos que los primeros de vuestros sabios, vuestros legisladores y vuestros historiadores?

Probar todo esto recurriendo a cálculos cronológicos, no es tan difícil como desmesurado, ni tan arduo como prolijo de enumerar por el momento. Habría que recurrir a numerosos documentos y a largos cálculos digitales; habría que despojar los archivos de pueblos antiquísimos como los egipcios, los caldeos y los fenicios; habría que consultar autores que nos proporcionan noticias históricas, como Manetón el egipcio[17], Beroso el caldeo[18], y también Jeromo el fenicio, rey de los tirios; e igualmente, sus continuadores, como Tolomeo de Mendes, Menandro de Efesio, Demetrio Falerio, el rey Juba, Apión, Talo[19], y, en fin, el que sanciona o rechaza todo lo que dicen los anteriores, Josefo el judío, que se ha convertido en el reivindicador autónomo de las antigüedades judías; habría que consultar también a los archivistas de los griegos y confrontar los hechos con su época, para esclarecer el encadenamiento de los tiempos, sin lo cual no se puede aclarar la cronología; habría, en fin, que recorrer la historia y la literatura universal.

De todas formas, acabo de dar, por así decirlo, una parte

---

[15] Mítico rey de Argos; de él se cuenta que era hijo de Io, la cual, al pasar a Egipto, fue llamada Isis.

[16] La caída de Troya.

[17] Célebre historiador egipcio que vivió bajo el reinado de Tolomeo I y Tolomeo II. Escribió en griego tres libros de crónicas sobre Egipto.

[18] Escribió en griego sobre astronomía y filosofía caldea, sobre la corrupción del género humano, el diluvio, el arca de Noé y demás hechos caldeos hasta Nabopolasar y Nabucodonosor.

[19] Todos ellos son historiadores de hechos antiguos, de época alejandrina.

de las pruebas, al indicar brevemente los medios para buscar esas pruebas.

Hier., *Chron.*, *Praef.*:

(La antigüedad de Moisés y demás predecesores del cristianismo es incuestionable.)

Que Moisés, del pueblo hebreo, el cual fue el primero de los profetas anteriores a la venida de nuestro Señor Jesucristo que expuso en escritos sagrados las leyes divinas, vivió en tiempos de Inaco nos lo han transmitido hombres eruditos: entre los nuestros, Clemente, Africano y Tatiano[20]; entre los judíos, Josefo y Justo[21]. Todos ellos dan cumplida réplica a los escritos de historias antiguas. Que Inaco vivió quinientos años antes de la guerra de Troya es un hecho claro. Entre los paganos, ese impío Porfirio en el cuarto libro de la obra que compuso en frívolo esfuerzo contra nosotros, afirma que Moisés vivió antes que Semíramis, la cual reinó en Asiria cincuenta años antes de Inaco. Consiguientemente, según Porfirio, Moisés aparece anterior a la guerra de Troya en casi ochocientos cincuenta años.

Estando así la situación, me pareció necesario investigar con cuidado la verdad: por ello, en el libro anterior expuse, a modo de materia que me sirviera de ayuda en todo, la época de los reyes caldeos, asirios, medos, persas, lidios, hebreos, egipcios, atenienses, argivos, siconios, lacedemonios, corintios, tesalios, macedonios y latinos, los cuales fueron después llamados romanos. En el presente libro a su vez, confrontando entre sí todos esos tiempos y enumerando los años de cada uno de los pueblos, he sincronizado en cuidado orden los hechos que son coetáneos entre sí.

No se me escapa que en los códices hebreos se encuentran fechas que no coinciden entre sí, que esas fechas han sido frecuentemente leídas unas veces en más y otras en menos según los comentaristas y que se debe seguir sobre todo aquello que nos han transmitido fielmente los primeros

[20] Clemente de Alejandría (150-215 d. C.), Julio Africano (160-240) y Tatiano (160...). Los tres son apologetas en lengua griega.

[21] Flavio Josefo y Justo. Este último es también autor de una historia perdida de los judíos, que abarcaba desde Moisés hasta Agripa. Vivió sobre el año 100 después de Cristo.

ejemplares. De todas formas, en la medida en que cualquier autor quiera cómputos; comprobará que en tiempos de Inaco, del que dicen que fue el primer rey de Argos, vivió el patriarca de los hebreos, Israel, del cual tomaron el nombre de Israel las doce tribus de los judíos.

Por otro lado, que Semíramis y Abrahán fueron contemporáneos está claro. Efectivamente, Moisés, aunque es más reciente que los dos últimos que acabamos de citar, es más antiguo sin embargo que aquellos que son considerados por los griegos como los más antiguos: Homero, Hesíodo y la guerra de Troya. Y es con mucho anterior a Hércules, Museo, Lino, Quirón, Orfeo, Cástor, Pólux, Esculapio, Liber, Mercurio, Apolo y demás dioses gentiles; es anterior a los propios vates sagrados; y anterior incluso a las propias gestas de Júpiter, que fue colocado por los griegos en la cima más alta entre los dioses. Y todos estos que acabo de enumerar son incluso posteriores a Cécrope Difies, que ya demostramos que fue el primer rey de Atica. Y la historia presente demuestra que Cécrope es contemporáneo de Moisés que vivió trescientos cincuenta años antes de la guerra de Troya.

Y para que esto no le parezca a nadie dudoso, lo probaré con el siguiente razonamiento. Cristo nació en el año cuarenta y dos del reinado de Augusto y empezó a predicar en el decimoquinto año del reinado de Tiberio. Pues bien, si alguien empieza contar hacia atrás el número de los años y busca en el reinado del rey de los persas Darío su segundo año, en el que fue restaurado el templo de Jerusalém destruido por los babilonios, comprobará que desde Tiberio a Darío hay un intervalo de quinientos cuarenta y ocho años. Efectivamente, el segundo año del reinado de Darío coincide con el primero de la sexagésima quinta Olimpiada y el año quince del reinado de Tiverio entra en la ducentésima primera olimpiada; entre Darío, pues, y Tiberio hay ciento treinta y siete olimpiadas y, computando cuatro años en cada olimpiada, quinientos cuarenta y ocho años.

En ese segundo año del reinado de Darío se cumplía el septuagésimo de la destrucción del templo; y desde ese segundo año de su reinado hasta la primera olimpiada se computan sesenta y cuatro olimpiadas y doscientos cincuenta y seis años: es el mismo espacio de años que hay entre el ci-

tado año de la destrucción del templo y el año quinquagésimo de Ozías, rey de los judíos, bajo cuyo reinado vivieron Isaías y Oseas. Consiguientemente, la primera olimpiada coincide con los tiempos de Isaías y demás profetas que vivieron en su época.

A su vez, si seguimos hacia atrás en el tiempo desde la primera Olimpiada y llegamos hasta el asedio de Troya, encontraremos cuatrocientos seis años, que yo recorrí en mi libro anterior y que han sido historiados por la curiosidad de los griegos. A su vez, según los libros de los hebreos, desde el año citado del reinado de Ozías y desde los tiempos del profeta Isaías hasta Sansón y el año tercero del juez Labdón se computan cuatrocientos seis años. Sansón es aquel del que dicen los descendientes de los judíos que fue semejante a Hércules en la fortaleza de su cuerpo; y, en mi opinión, no deben estar muy distantes en el tiempo, ya que ambos vivieron en torno al sitio de Troya.

Sigue avanzando hacia atrás en el tiempo, y cuando hayas recorrido trescientos veintiocho años, encontrarás al griego Cécrope Difies y al hebreo Moisés.

Efectivamente, desde el año cuarenta y cinco del reinado de Cécrope hasta la caída de Troya y desde el año ochenta de la vida de Moisés, en el cual sacó al pueblo de Israel de Egipto, hasta la época de los jueces Sansón y Labdón, pasaron ciento ventinueve años.

Así pues, sin duda alguna Moisés y Cécrope, que fue el primer rey ateniense, vivieron en la misma época.

Este Cécrope Difies, nacido en la propia Atenas, es aquel bajo cuyo reinado nació por primera vez un olivo en la Acrópolis y recibió la ciudad de los atenienses su nombre a partir del apelativo de Minerva. Este fue el primero que se dirigió a Júpiter, el primero que inventó las estatuas, el primero que hizo un altar y el primero que immoló víctimas; hechos de este tipo no habían sido vistos nunca antes de él en Grecia.

Todos los demás hechos extraños que son conocidos entre los griegos deben ser colocados en años posteriores a Cécrope; y si son posteriores a Cécrope, también lo son a Moisés, que fue contemporáneo de Cécrope. Tras él, pues, se inscribe el diluvio de los tiempos de Deucalión, el incendio

de los tiempos de Fetonte, el reinado de Erictonio, hijo de Vulcano y de la Tierra, y de Dárdano, fundador de Dardania, del cual dice Homero:

> «fue el primer hombre que hizo Júpiter desde la fortaleza del cielo»[22]

Posteriores son también el rapto de Líbera y Europa, la construcción del templo de Ceres y de Isis en la tierra sagrada de Eleusina, la invención de la agricultura por parte de Triptolemo y el reinado de Tros

> «a cuyo hijo Ganímedes raptaron los dioses hasta las estrellas, porque querían que sirviera el vino en la mesa del gran Júpiter»[23],

y en cuya época vivieron también Tántalo y Titio y nació Apolo: efectivamente, es en esa época en la que Latona, esposa de Júpiter, huyó a través de Titia; y Apolo es hijo de Latona y de Júpiter. Tras ellos, reinó en Tebas Cadmo

> «el cual engendró a Semele, de la cual la hermosa prole nacida de ella, Líber, saca un fruto digno de la cría».[24].

Así pues, Líber y los demás que ahora voy a citar vivieron doscientos años después de Cécrope: concretamente, Lino, Zeto, Anfión, Museo, Orfeo, Minos, Perseo, Esculapio, los gemelos Castores, Hércules, en compañía del cual sirvió en la casa de Admeto Apolo. Tras ellos tuvo lugar la destrucción de la ciudad de Troya, a la cual sigue, tras un largo intervalo de tiempo, la aparición de Homero. Homero a su vez es muy anterior a Solón, Tales de Mileto y al resto de los llamados siete sabios. Después vivió Pitágoras, quien prefirió ser llamado, no sabio, como los anteriores, sino filósofo, es decir «amante de la sabiduría». A éste siguió Sócrates, maestro de Platón, por el cual la famosa filosofía fue dividida en partes. A cada uno de estos los coloca-

---

22 *Ilíada*, 20, 215.
23 *Ilíada*, 20, 232 ss.
24 *Ilíada*, 14, 323 ss.

ré en su lugar ordenadamente a lo largo de la historia que sigue.

Así pues, Moisés es anterior a todos los que acabo de enumerar, por cuanto se ha demostrado que vivió en época de Cécrope.

Y si sigues hacia atrás en el tiempo encontrarás que desde el año ochenta de la vida de Moisés y el año de la salida de Israel de Egipto hasta el año primero de la vida de Abrahán hay quinientos cinco años: los mismos que encontrarás desde el año cuarenta y cinco del reinado de Cécrope hasta Nino y Semíramis, los primeros reyes asirios; efectivamente, Nino, hijo de Belo, fue el primero que reinó en toda Asiria, a excepción de la India.

Está, pues, claro que Abrahán fue engrendrado en tiempos de Nino, al menos de acuerdo con los números que nos proporciona la tradición hebrea, números que son más cortos que los proporcionados por la tradición vulgar. Y para que sigas dando riendas sueltas a tu curiosidad —sobre todo cuando leas con diligencia las Sagradas Escrituras—, desde el nacimiento de Abrahán hasta el diluvio universal contarás, yendo hacia atrás, novecientos cuarenta y dos años; y desde el diluvio hasta Adán, dos mil doscientos cuarenta y dos años. Sobre estos años no se encuentra ninguna historia ni griega, ni bárbara ni, para hablar con palabras comunes, pagana.

Por lo cual la presente obra recorrerá los tiempos que van desde Abrahán hasta nuestra época y empezará con el hebreo Abrahán y con los asirios Nino y Semíramis, porque en aquella época todavía no tenía nombre la ciudad de Atenas ni el reinado de los Argivos, ya que sólo vivían en Grecia los Siciones, entre los cuales cuentan que reinaban en época de Abrahán y Nino su segundo rey, Europo. Yo también estoy de acuerdo con esto, según demuestro a continuación.

Si se hacen bien los números, se encontrará que desde el final de Nino hasta la caída de Troya hay ochocientos treinta y cuatro años; igualmente, en la historia de Sición hay, desde el año veintidós del reinado de Europo hasta el año de la caída de Troya, los mismos ochocientos treinta y cuatro años; e igualmente, entre los hebreos, desde el nacimien-

to de Adán hasta los jueces Labdón y Sansón que dirigieron al pueblo hebreo en tiempos troyanos, hay ochocientos treinta y cuatro años; de la misma forma, entre los egipcios, desde la época de Nino y Semíramis, época en la que gobernaban ya en Egipto los tebanos de la decimosexta dinastía, hasta la vigésima dinastía y el rey egipcio Tuoris, llamado Pólibo por Homero, bajo cuyo reinado fue tomada Troya, se enumeran los mismos ochocientos treinta y cuatro años. Consiguientemente, al comienzo mismo del libro, en la misma y única época, colocaremos a Abrahán, Nino, Semíramis, Europo y a los tebanos de Egipto.

Hier, *Quaest. Hebr. in Gen.* 9, 18 ss.

(Muchos de los pueblos de su época son descendientes de los descendientes es de Noé.)

«Eran hijos de Noé, salidos del arca, Sem, Cham y Jafeth»[25]. Con frecuencia, los setenta intérpretes, al no saber transcribir a lengua griega la letra «heth», que suena con una doble aspiración, ponían la letra griega «chi», para darnos a entender de esta forma que palabras de este tipo debían aspirarse; de ahí que en el presente caso hayan transcrito «Cham» en lugar de «Ham», a partir del cual Egipto se llama todavía hoy, en la lengua egipcia, «Ham».

«Engradezca Dios a Jafet y habite éste en las tiendas de Sem»[26]. De Sem nacen los hebreos y de Jafeth el pueblo gentil...

«Los hijos de Jafeth fueron Gomer, Magog, Madai, Javán, Tubal, Mosoc y Tiras»[27]. De Jafeth, hijo de Noé, nacieron siete hijos, que poseyeron toda la tierra de Asia desde los montes Amano y Tauro de Siria Celes y de Cilicia hasta el río Tanais[28]. Gobernaron también en Europa hasta Gadira[29], dejando sus nombres a lugares y pueblos, aunque mu-

---

25 *Génesis* 9, 18.
26 *Génesis* 9, 27.
27 *Génesis* 10, 2.
28 Los antiguos no tenían clara la situación de este río. Para muchos autores antiguos era el límite entre Asia y Europa. Para Jerónimo, Asia empieza en los montes Tauro y Cáucaso. El territorio de Jafet comprendería desde estos montes hasta el río Don.
29 Cádiz.

chos de estos nombres han cambiado después. Los demás permanecen tal como eran. Descendientes de Gomer son los Gálatas, de Magog los escitas, de Madai los medos, de Javán los jonios, llamados también griegos —de ahí lo de «mar Jonio»—, de Tubal los iberos, llamados también hispanos, de los cuales descienden los celtíberos, aunque algunos sospechan que lo hacen de los ítalos; de Mosoc descienden los capadocios: de ahí que su ciudad todavía se llame, en su lengua, Mazaca...; de Tiras descienden los tracios, vocablo que no está muy cambiado. Yo sé que hay alguien que pone en relación a Gog y a Magog, tanto el del presente texto como el citado en el libro de Ezequiel, con los godos que ahora andan errantes en nuestra tierra: si ello es verdad o no, lo deja claro el final de la propia guerra; y, por otro lado, lo cierto es que los eruditos anteriores han preferido llamar Getas a los godos antes que llamarlos Gog o Magog. Todos estos siete pueblos, que según el dicho proceden de la estirpe de Jafeth, habitan en la parte norte.

«Hijos de Gomer fueron Asquenez, Rifat y Togorma»[30]. A los descendientes de Asquenez los griegos los llaman Reginos, a los de Rifat paflagonios y a los de Togorma frigios.

«Hijos de Javán fueron Elisa y Tarsis, Cetín y Dodanín. De éstos se poblaron las islas de las gentes en sus tierras, según sus lenguas, familias y naciones»[31]. De los jonios,[32] es decir de los griegos, nacen los elíseos, llamados también eolios: de ahí que la quinta lengua de Grecia se llame eolia; ellos la llaman «quinto dialecto». De Tarsis piensa Josefo que proceden los cilicios, diciendo que la aspirada «th» terminó por ser pronunciada incorrectamente como «tan»[33]: de ahí que su capital se llame Tarso, famosa por haber nacido allí el apóstol Pablo. De Cetín descienden los citios, cuya ciudad de Chipre todavía hoy es llamada Citio. De Dodanín proceden los rodios: así lo tradujeron en efecto los setenta intérpretes. Leamos los libros de antigüedades de

---

[30] *Génesis* 10, 3.

[31] *Génesis* 10, 4.

[32] Los jonios son descendientes de Javán, según ha dicho un poco más arriba.

[33] En principio era con aspirada: Tharsis.

Varrón y de Sinnio Capitón[34], leamos al griego Flegonte [35] y demás hombres eruditos, y veremos que todas las penínsulas, litorales de todo el orbe y tierras cercanas al mar están ocupadas por colonos griegos, los cuales, como dije más arriba, poseyeron todas las zonas marítimas desde los montes Amano y Tauro[36] hasta el océano británico.

«Hijos de Cam fueron Cus, Misraín, Fut y Canán» [37]. Los hebreos todavía hoy llaman «Cus» a Etiopía, Mesraín a Egipto, Fut a Libia —a raíz de lo cual todavía en los tiempos actuales se llama «Fut» al río de Mauritania y «futense» a toda la región que hay alrededor. Lo dicen esto muchos autores tanto latinos como griegos. No es éste el lugar ni la ocasión de decir por qué el antiguo nombre de Libia se ha mantenido sólo para una parte del continente, mientras que el resto del mismo se llama Africa. Canán obtuvo la tierra que después poseerían los judíos, una vez que éstos expulsaron a los cananeos.

«Hijos de Cus son Saba y Evila, Sabatá, Rehemá y Sabatacá»[38]. De Saba proceden los Sabeos...; de Evila los Gétulos, que viven pegados al desierto en la parte más lejana de Africa. De Sabatá los sabatenos, que hoy se llaman Astabaros. Rehemá y Sabatacá son nombres que poco a poco se han ido perdiendo, de forma que no se sabe cuáles son los nombres actuales que les corresponden.

«Hijos de Rehemá son Sabá y Dadán»[39]. Este Sabá se escribe hoy con la letra «sin», pero antes se escribía con la letra «samech»; de él reciben nombre los sabeos... De Dadán procede el pueblo que habita en la parte occidental de Etiopía.

«Y Cus engendró a Nemrod. Este comenzó a dominar sobre la tierra»[40]. Y poco después: «Y fueron las cabeceras de su reino Babel, Arac, Acad y Calane, en tierra de Senaar»[41]

---

[34] Sinnio Capitón es, como Varrón, un gramático recopilador de antigüedades.

[35] Según Suidas, es un historiador autor de varios tratados históricos. Es conocido como Flegón de Tralles.

[36] De Siria y Cilicia, respectivamente.

[37] *Génesis* 10, 6.

[38] *Génesis* 10, 7.

[39] *Génesis* 10, 7.

[40] *Génesis* 10, 8.

[41] *Génesis* 10, 10.

Nemrod, hijo de Cus, fue el primero que, en su pueblo, practicó una tiranía hasta entonces desconocida; y reinó en Babilonia, que a partir de él se llamó Babel porque en ella se confundieron las lenguas de los que edificaban una torre; Babel, en efecto, significa «confusión». Reinó también en Arac, es decir, en Edesa, y en Acad, que hoy se llama Nísibe, y en Calane, que después recibe del rey Seleuco el nombre de Seleucia: es la ciudad que se llama Ctesifonte.

«De esta tierra salió Asur, que edificó la ciudad de Nínive y Roobot»[42]. En esta tierra tuvo origen el imperio de los asirios, quienes fundaron la ciudad de Nino, llamada así por Nino, hijo de Belo; es una gran ciudad a la que los hebreos llaman Nínive. Toda la profecía de Jonás se refiere a la ruina o penitencia de esta ciudad. En lo que se refiere al hecho de que se diga «la ciudad de Nínive y Roobot» no debe ser interpretado en el sentido de que se trate de dos ciudades, sino que dado que «Roobot» significa «plaza», debe leerse así: «edificó Nínive y las plazas de la ciudad».

«Y Mesraín engendró a los Ludín, Anamín, Labaín, Neftuín, Fetrosín y Casloín, de los cuales nacieron los Filistiín y Captorín»[43]. Exceptuados los Labaín, de los cuales proceden los después llamados libios, conocidos antes como futeos, y los Casloín, llamados después Filistiín, a los que nosotros nombramos erróneamente palestinos, los otros seis pueblos nos son desconocidos, ya que, derrotados en la guerra etiópica, se ha llegado al total olvido de sus antiguos nombres. Poseyeron sin embargo, la tierra que va desde Gaza hasta los últimos territorios de Egipto.

«Y Canán engendró a Sidón, su primogénito, y a los ceteos, jebuseos, amorreos, gergeseos, eveos, araceos, sineos, aradios, samereos y amateos»[44]. De Canán nació en primer lugar Sidón, del cual recibe nombre la ciudad fenicia de Sidón. Después Araceo, quien fundó Arcas, ciudad colocada frente a Trípoli, en la parte baja del Líbano; no lejos de ella hubo otra ciudad de nombre Sino, la cual, destruida por distintos avatares bélicos, dejó su viejo nombre solamente al lu-

---

[42] *Génesis* 10, 11.
[43] *Génesis* 10, 13.
[44] *Génesis* 10, 15-18.

gar. Los aradios son los que se adueñaron de la isla de Arado, separada del litoral fenicio por un pequeño estrecho. De Samareo fue Emisa, noble ciudad de Siria Celes. La ciudad de Amat se sigue llamando todavía en nuestra época, tanto por los sirios como por los hebreos, de la misma forma que la llamaban los antiguos; los macedonios, sin embargo, que reinaron en Oriente tras la muerte de Alejandro, la empezaron a llamar Epifanía. Algunos piensan que es la llamada Antioquía; otros, sin razón, apoyando su teoría en la semejanza del término, piensan en Emas, que es la primera mansión que hay al salir de Antioquía en dirección a Edesa, diciendo que ésta es la misma que los antiguos llamaban Emat.

....

«Los hijos de Sem fueron Elán, Asur, Arfaxad, Ludín y Arán»[45]. Estos poseen la parte de Asia que comprende desde el río Eufrates hasta el océano Indico. Concretamente, de Elán descienden los elamitas, príncipes de la Pérside. De Asur ya he dicho antes que fue el fundador de la ciudad de Nino. De Arfaxad proceden los caldeos. De Ludín deriva el nombre de Lidia. De Arán descienden los sirios, cuya capital es Damasco.

«Hijos de Arán son Hus, Ul, Geter y Mes»[46]. Hus, fundador de Traconitide y Damasco, reinó entre Palestina y Siria Celes; a raíz de su nombre, los setenta intérpretes, al traducir el texto del libro de Job donde se habla de la «tierra de Hus», transcriben como «Husítide» la región llamada «Ausítide». De Ul descienden los armenios. De Geter, los acarnanios o carios; de Mes, nombre que los Setenta transcribieron como Mosoc, proceden los hoy llamados Meones.

«Arfaxad engendró a Sela y Sela engendró a Heber. De Heber nacieron dos hijos: uno se llamó Paleg, porque en su tiempo se dividió la tierra, y otro se llamó Jectán»[47]. Heber, del cual descienden los hebreos, puso a su hijo, en forma de vaticinio, el nombre de Paleg, que quiere decir «división», ya que en su época se dividieron las lenguas en Babilonia.

«Jectán engendró a Helmodat, Salef, Asermot, Jaré, Adu-

[45] *Génesis* 10, 22.
[46] *Génesis* 10, 23.
[47] *Génesis* 10, 24-25.

rám, Uzal, Decla, Ebal, Abimael, Seba, Ofir, Evila y Jobab»[48]. No he podido encontrar los nombres de los pueblos que descienden de éstos: esos pueblos, dado que están muy alejados de nosotros, o bien conservan en el momento presente su nombre primitivo o bien, si lo han cambiado, lo ignoramos. Poseyeron, sin embargo, toda la parte de la India que arranca del río Cofene y que se llama Ieria.

Aug., *Civ*, 18, 22, 1 ss.

(La antigüedad del pueblo judío es mayor que la de Roma.)

Y para no entretenerme demasiado, la ciudad de Roma fue fundada como una segunda Babilonia y, por así decirlo, como la hija de la primera Babilonia; por medio de ello quiso Dios someter el orbe de las tierras y apaciguarlo a lo largo y a lo ancho tras haberlo traído a una comunidad de estado y de leyes; y es que en aquel momento había ya pueblos poderosos, fuertes y ejercitados en las armas, pueblos que no cedían fácilmente y cuya superación exigía enorme peligro, gran devastación por una y otra parte y horribles esfuerzos. Efectivamente, en la sumisión de casi toda Asia por parte del imperio asirio, éste, si bien lo hizo con las armas, tuvo que afrontar muy duras y difíciles guerras, ya que eran pueblos todavía fuertes en la resistencia, aunque no eran muchos ni muy numerosos, ya que, desde aquel enorme y universal diluvio en el que sólo se habían salvado ocho personas en el arca de Noé, no habían pasado nada más que mil años en el momento en que Nino sometió a toda Asia, exceptuando la India. Roma, sin embargo, no pudo someter a todos los pueblos de Oriente y Occidente que ahora vemos sometidos al imperio romano con la misma rapidez y facilidad, ya que por dondequiera que extendía su imperio, al ir creciendo poco a poco, encontraba gentes robustas y belicosas.

Pues bien, en el momento en que Roma fue fundada, el pueblo de Israel habitaba ya en la tierra de promisión desde hacía setecientos dieciocho años... Entonces había en Judá

[48] *Génesis* 10, 26-29.

un rey, cuyo nombre era Achaz o, como computan otros, aquél cuyo sucesor fue Ezequías, rey extraordinario y piadosísimo, del que se sabe a ciencia cierta que reinó en tiempos de Rómulo. En este período del pueblo hebreo, conocido con el nombre de Israel, había empezado a reinar Oseas.

Aug., *Civ.* 18, 27-28:

(Antigüedad de los reyes de Israel).

Recorramos, pues, un poco hacia atrás, en la medida en que podamos hacerlo, los tiempos de los israelitas.

Al comienzo del libro del profeta Oseas, que es el primero de los doce profetas, está escrito esto; «Palabra de Dios dirigida a Oseas en tiempos de Ozías, Joatam, Achaz y Ezequías, rey de Judá»[49]. Amós escribe también que él profetizó en tiempos del rey Ozías[50], y cita también al rey de Israel Hieroboa, que vivió por aquella misma época. También Isaías, hijo de Amós —ya sea este Amós el antedicho profeta, que es lo más probable, ya sea otra persona distinta del profeta, pero con el mismo nombre— cita al comienzo de su libro a los mismos cuatro reyes que citó Oseas y dice que él fue profeta en su época. Miqueas recuerda igualmente que sus profecías tuvieron lugar en la misma época, inmediatamente después de Ozías, ya que nombra a los tres últimos reyes de los cuatro que citó Oseas: Joatam, Achaz y Ezequías. Estos son los profetas de los que sabemos que realizaron profecías en la misma época y al mismo tiempo, de acuerdo con sus propias palabras. A estos hay que añadir a Jonás que profetizó bajo el reinado del mismo Ozías y a Joel que lo hizo bajo el reinado de Joatán, sucesor de Ozías. Hemos podido saber, sin embargo, a partir de las crónicas, y no de sus propios escritos —ya que ellos no hablan de su tiempo—, que la época de estos profetas comprenden dos períodos distintos. Y es que sus días van desde el rey latino Proca[51] o desde el anterior, Aventino, hasta el reinado de Rómulo, ya romano, o, mejor, hasta los comienzos del reinado

---

49 *Oseas* 1, 1.
50 *Amós* 1, 1.
51 Rey mítico de Alba Longa, hijo de Aventino y padre de Amulio y Numitor.

de su sucesor Numa Pompilio —el rey judío Ezequías reinó en efecto hasta la época de este último—; por ello, las, por así decir, fuentes de la profecía salieron a la luz en la misma época en que cayó el imperio asirio y empezó al romano; en otras palabras, de la misma forma que Abrahán vivió en los comienzos mismos del imperio de los asirios —Abrahán, al que se le hicieron promesas claras de que de su semilla habría de nacer la bendición de todos los pueblos—, así también, en los comienzos de la Babilonia occidental, bajo cuyo imperio habría de venir Cristo al mundo —en el cual se cumplieron aquellas promesas hechas a Abrahán— aparecieron las palabras de los profetas, no sólo habladas, sino también escritas, para dar testimonio de ese gran acontecimiento futuro. Y es que, si bien al pueblo de Israel, desde que empezó a tener reyes, nunca le faltaron profetas, éstos sólo hablaban para su propio pueblo y no para las demás naciones; pero el momento en que las profecías se manifestaban más claramente con el fin de que sirvieran también de utilidad a los gentiles tuvo que ser precisamente el momento en que empezó a manifestarse esta ciudad que habría de gobernar sobre todos los gentiles.

Oros., *Hist.* 1, 1:

> (En el establecimiento de una cronología de la historia universal ocupan un lugar importante Abrahán y demás personajes y hechos bíblicos.)

Tanto entre los griegos como entre los latinos, casi todos los escritores que propagaron con sus palabras, en aras de un largo recuerdo, las acciones de reyes y pueblos, comenzaron sus obras con Nino, hijo de Belo, rey de los asirios —los mismos autores que, aunque querían hacer creer, sin demostración, que el origen del mundo y la creación del hombre no tuvieron principio, aceptan, sin embargo, que los reinos y las guerras empezaron con ese rey, como si el género humano hubiese vivido hasta ese momento a modo de animales y sólo entonces por primera vez abriera los ojos como golpeado y despertado a nueva luz—. Por ello, yo he decidido contar el comienzo de las desgracias humanas par-

tiendo del primer pecado humano, escogiendo sólo unos pocos y breves ejemplos.

Desde Adán, el primero de los hombres, hasta el rey Nino «El Grande», como le llaman, época en que nació Abrahán, pasaron tres mil ciento ochenta y cuatro años; años que han sido omitidos o ignorados por todos los historiadores.

Desde Ninoo por otra parte, o desde Abrahán, hasta César Augusto, es decir, hasta el nacimiento de Cristo, que tuvo lugar en el año quadragésimo segundo del reinado de Augusto, cuando, tras firmarse la paz con los partos, se cerraron las puertas de Jano[52] y acabaron las guerras en todo el mundo, se contabilizan dos mil quince años, en los cuales los autores de los hechos y los escritores de los mismos han tratado las posibles actividades del ocio y del no ocio en todo el mundo.

Oros., *Hist.* 1, 3, 4 ss:

(Pruebas de la historicidad del diluvio universal).

Que esto es verdad lo atestiguan incluso aquellos que, a pesar de desconocer las épocas pasadas y al propio autor del tiempo, lo han aceptado sin embargo, deduciéndolo de la prueba y evidencia que suponen las piedras que solemos ver[53], llenas de conchas y de ostras en lo alto de los montes y horadadas en los mares. Y aunque se pueden aducir por nuestra parte todavía otras pruebas de este tipo igualmente dignas de ser contadas e incuestionables por su credibilidad, basten, sin embargo, las ya señaladas como las dos fundamentales sobre la prevaricación del primer hombre, la condena de toda su descendencia y de toda su vida y la perdición, en consecuencia, de todo el género humano; y ello sólo con el fin de que, si los historiadores paganos han tocado de alguna manera nuestra historia, sean aducidas, en el mismo orden en que ellos nos ataquen, estas pruebas y otras para mayor fuerza.

---

52 Es el dios de la guerra: las puertas de su templo se mantenían cerradas en época de paz.

53 En *Génesis* 8 podemos leer que el arca de Noé quedó en el monte Ararat, donde, según Jerónimo, quedaban todavía huellas en su tiempo.

2. Conexión entre el Antiguo y el Nuevo Testamento

Passio Perp. 1 (ed. Musurillo, p. 106):

> (El mismo Dios que operó en el A. T. es el que opera ahora después de la venida de Cristo.)

Si los antiguos ejemplos de fe, que daban testimonio de la gracia divina y edificaban al hombre, fueron escritos en libros para que con su lectura, en una especie de representación de la realidad, Dios fuera honrado y el hombre confortado, ¿por qué los nuevos testimonios, que son igualmente convenientes para una y otra cosa, no van a ser también dados a la luz?; y sobre todo porque estos ejemplos de ahora han de ser viejos en el futuro y serán necesarios para nuestros descendientes, a pesar de que en el momento presente se les da menor autoridad a causa de la apriorística veneración por todo lo antiguo. Pero que aquellos que piensan que la acción saludable del Espíritu Santo es la misma a lo largo de todos los siglos vean cómo cualquier época más reciente, con tal de que sea la más reciente de todas, ha de ser considerada más bienaventurada de acuerdo con la promesa de abundancia de bienes decretada para los últimos días del mundo. Efectivamente, *en los últimos días,* dice el Señor, *derramaré mi espíritu sobre toda carne y los hijos e hijas de éstos profetizarán; y derramaré mi espíritu sobre mis siervos y siervas; y los jóvenes verán visiones y los ancianos soñarán sueños*[54]. Así pues nosotros, que consideramos y honramos como auténticas promesas tanto a las antiguas profecías como a las pruebas que nos hace ver Dios en época reciente y que pensamos que son de utilidad para la Iglesia todos los demás dones del Espíritu Santo —a la cual ha sido enviado el mismo para administrar en todos sus miembros todos sus dones, según los tiene distribuidos el Señor para cada uno—, necesariamente difundimos y celebramos con la lectura para gloria de Dios estos nuevos testimonios con el fin de que los débiles o los que no tienen esperanza en la fe no consideren que la gracia divina ha sido

---

[54] *Hechos de los Apóstoles* 2, 17-18, donde se está parafraseando a *Joel* 2, 28.

conservada sólo en los antiguos testimonios; y los celebramos en la gracia ya de los mártires ya de las visiones, por cuanto Dios siempre cumple lo que prometió para testimonio de los no creyentes y para beneficio de los creyentes.

Passio Montani et Lucii, 23, 7 (ed. Musurillo, p. 238):

¡Oh glorioso testimonio de los mártires! ¡Oh extraordinario sufrimiento de estos testigos de Dios! Ellos han sido escritos con razón para que sean recordados por los siglos venideros con el fin de que, de la misma forma que, mientras aprendemos, tomamos ejemplos de las antiguas escrituras, así también aprendamos algo de estos nuevos.

Min. Fel., 33, 2-5:

(El Dios de los judíos es el mismo que el de los cristianos.)

Pero a los judíos, me dirás, de nada les sirvió adorar con gran superstición a un solo Dios en medio de altares y templos. Te equivocas en tu ignorancia si, ignorando y olvidando los hechos pasados, sólo te acuerdas de los más recientes; los judíos, en efecto (...), adoraron a este mismo Dios nuestro, que es el mismo Dios de todos. Prueba de ello es que, cuando le adoraron casta, inocente y religiosamente, y cuando observaron sus saludables preceptos, pasaron de ser unos pocos a ser innumerables, de pobres a ricos, de esclavos a reyes, y, con la gracia de Dios y la ayuda de los elementos, destruyeron, ellos que eran unos pocos, a un numeroso ejército; ellos que estaban inermes, a un ejército armado; y ellos que iban huyendo, a sus perseguidores. Vuelve a leer sus escritos, o bien, para dejar a un lado las obras más antiguas, los de Flavio Josefo, o bien, si te gustan más los romanos, busca los de Antonio Juliano[55] sobre los judíos; sabrás entonces que por su maldad merecieron esta suerte presente y no les ha ocurrido nada que les haya sido dicho de antemano que les ocurriría si seguían perseverando

[55] Rétor oriundo de España que vive en época de Gelio, el cual habla constantemente de él en su obra.

en su contumacia. Comprenderás entonces que fueron ellos los primeros que abandonaron a Dios y no éste el primero que los abandonó a ellos y que lo que sucedió no fue, como tú dices impíamente, que ellos fueron abandonados juntamente con su Dios, sino que fue este Dios el que los entregó como desertores que eran de su ley.

Tert., *Apol.* 21:

(La misma idea aparece aquí en Tertuliano)

Como acabo de decir que esta nuestra secta se asienta en los más antiguos monumentos escritos de los judíos, mientras que la opinión más corriente, confesada incluso por nosotros mismos, es que se trata de una doctrina algo más nueva, concretamente de los tiempos de Tiberio, quizá convenga discutir por este motivo sobre su naturaleza para ver si, bajo la cobertura de aquella religión judaica, insigne y ciertamente lícita, esta nueva esconde algunas ideas propias; y es que, a excepción de la antigüedad, nosotros no coincidimos con los judíos ni en la abstinencia de ciertos alimentos, ni en los días de fiestas, ni en la señal corporal distintiva, ni siquiera en el nombre; deberíamos coincidir, sin embargo, si es que somos servidores del mismo Dios. Por otro lado, todo el mundo sabe que Cristo, que ciertamente fue hombre, fue juzgado por los judíos: por ello alguien podrá fácilmente pensar que nosotros somos adoradores de un hombre. A pesar de ello, ni nos avergonzamos de Cristo, bajo cuyo nombre nos agrada ser incluidos y ser juzgados, ni tenemos un Dios distinto al que tenían los judíos. Se hace, pues, necesario explicar aquí algo de Cristo como Dios.

Bajo todos los conceptos los judíos tenían privilegios delante de Dios como consecuencia de la extraordinaria justicia y fe de sus primeros padres: de ahí le vino la grandeza de su raza y el poderío de su reino; de ahí también la feliz posibilidad de escuchar la palabra de Dios, la cual les enseñaba los medios para conseguir su favor y les ponía en guardia para que no le ofendieran. Pero hasta qué punto delinquieron, empujados por la confianza en los méritos de sus padres, hacia la relajación de la disciplina que llegó a ser como la profana, lo demostraría, aunque ellos mismos no lo confesaran, la situación a la que han llegado ellos mismos

en nuestros días: dispersos, vagabundos, privados de su tierra y de su cielo, andan errantes por el mundo sin un hombre y sin un Dios como guía; y no les está permitido, ni siquiera a título de extranjeros, saludar ni pisar el suelo de su patria. Las santas profecías, al anunciarles a ellos estas cosas, no cesaban de decirles también que, en los últimos tiempos, Dios escogería para él, de entre todas las gentes, pueblos y lugares, nuevos adoradores mucho más fieles, sobre los cuales derramaría una gracia mucho más abundante a causa de receptividad de una ley más completa.

Vino, pues, el que de acuerdo con las profecías había de iluminar y reformar aquella ley, Cristo, el hijo de Dios. Efectivamente, el autor y el maestro de esta nueva gracia y de esta nueva ley, el iluminador y el regenerador de la raza humana, había sido anunciado como hijo de Dios.

Hier., *In Daniel,* Pról.:

(De los muchos textos que podrían aducirse de Jerónimo sobre la conexión entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, escogemos algunos del comentario a Daniel porque en él se recoge uno de los motivos más frecuentemente utilizados por los autores cristianos para demostrar esa conexión: el cumplimiento de las profecías; y porque contra las profecías de Daniel escribió uno de los enemigos más encarnizados de la nueva doctrina, Porfirio.)

Contra las profecías de Daniel escribió Porfirio su duodécimo libro, diciendo que el libro de Daniel no había sido escrito por el autor bajo cuyo nombre figura, sino por otro autor que vivió en Judea en época de Antíoco, llamado Epífanes, y diciendo también que Daniel, más que narrar el futuro, lo que hace es describir hechos pasados, finalmente que los hechos narrados anteriores a Antíoco eran realmente históricos, pero que las opiniones vertidas sobre hechos posteriores, como quiera que desconocía el futuro, son falsas. A estas acusaciones ya respondieron con agudeza el obispo Eusebio de Cesarea en tres libros, el décimo octavo,

el décimo nono y el vigésimo[56]; y también Apolinar en un gran libro, concretamente en el libro vigésimo sexto[57]; y, antes de ellos, lo hizo en cierta medida Metodio[58].

Pero dado que mi intención no es responder a las calumnias del adversario, las cuales necesitan una larga exposición, sino explicar a los nuestros, es decir a los cristianos, lo que dijo el profeta, advierto ya desde el principio que ningún otro profeta habló tan claramente de Cristo como él: efectivamente, no solamente dijo que Cristo habría de venir —lo cual es algo que dicen también todos los demás profetas—, sino que muestra en qué época concreta habría de venir, recoge por orden los reyes, enumera los años y anuncia señales muy claras. Al ver Porfirio que todas estas profecías se habían cumplido y realizado y al no poder negarlas, cayó, vencido por la verdad histórica, en esta calumnia; que todo aquello que se anuncia para el final del mundo sobre el Anticristo sucedió en tiempos de Antíoco Epífanes; para ellos se basa en algunas semejanzas de los hechos ocurridos en tiempos de ese rey con algo de lo que se dice en las profecías. Su acusación es precisamente testimonio de veracidad: tanta fue la veracidad de las profecías de Daniel que a los infieles les parece que está, no prediciendo el futuro, sino narrando el pasado.

Hier., *In Daniel.* 1, 2, 45-46:

Y al final de todos estos reinos, el de oro, el de plata, el de bronce y el de hierro, *se desprendió una piedra* —el Señor y Salvador— *sin ayuda de mano*[59] —es decir, de un vientre virginal sin coito y sin semen humano— y, destrozados todos los reinos, *se convirtió en un gran monte y llenó toda la tierra*[60]. Esto lo interpretaron mal los judíos y el impío

[56] Entre los tratados apologéticos de Eusebio se encuentran un libro *Contra Hierocles* y dos tratados: *Preparación para el Evangelio* y *Demostración del Evangelio*. Este último constaba de 20 libros. Jerónimo alude aquí a los tres últimos de esta obra.

[57] Apologeta del siglo II. Sus escritos apologéticos son: *Defensa de la fe, Contra los paganos* y *Sobre la verdad*.

[58] Obispo de Olimpo en Licia, autor, según Jerónimo (*Hombres ilustres* 88), de varios libros contra Porfirio.

[59] *Daniel* 2, 45.

[60] *Daniel* 2, 35.

Porfirio al referirlo al pueblo de Israel, del que pretenden decir que al final de los siglos será muy fuerte, someterá a todos los reinos y reinará para siempre.

El Dios grande ha dado a conocer al rey lo que sucederá después[61]. De nuevo dice el profeta que la revelación del sueño no se ha hecho en provecho suyo, sino para que el rey la conociera y supiera que debe ser adorado sólo el único Dios.

Entonces el rey Nabucodonosor cayó sobre su rostro y se prosternó ante Daniel y mandó que le ofrecieran sacrificios y perfumes[62]. En relación con este texto Porfirio lanza una calumnia: que no es posible que un rey tan soberbio se postrara ante un cautivo, como si no fuera cierto que los Licaones[63] intentaron también adorar a Pablo y Bernabé ante la multitud de milagros realizados por éstos; y es que el error de los gentiles, que piensan que cualquier cosa que está por encima de ellos es ya un dios, no debe ser imputado a las Sagradas Escrituras, las cuales cuentan con toda sencillez las cosas tal como ocurrieron. De todas formas podemos decir que el motivo de adorar e inmolar con hostias, sacrificios e inciensos lo expuso el propio rey cuando dijo a Daniel:

En verdad que vuestro Dios es el Dios de los dioses y el señor de los reyes y que revela los secretos, por cuanto tú has podido descubrir este misterio[64]. Así pues, Nabucodonosor adoró no tanto a Daniel, como al Dios que reveló los misterios en la persona de Daniel.

Hier., *In Daniel.* 2, 5, 10:

La reina, ante las voces del rey y de los príncipes, entró en la sala del banquete y, tomando la palabra, dijo[65]. De esta reina dice Josefo que era la abuela de Baltasar y Orígenes que era su madre; que despierte, pues, Porfirio quien debió

---

[61] *Daniel* 2, 45.
[62] *Daniel* 2, 46.
[63] Habitantes del sur de Asia Menor. Entre ellos ejercieron su apostolado Pablo y Bernabé, los cuales fueron considerados por estos habitantes como dioses (*Hechos de los Apóstoles* 14, 1 ss.).
[64] *Daniel* 8, 47.
[65] *Daniel* 5, 10.

soñar que era la esposa de Baltasar y se burló porque supiera más cosas que su marido.

Hier., *In Daniel.* 2, 7, 14b:

Y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron; y su dominio es dominio eterno que no acabará nunca, y su imperio, imperio que nunca desaparecerá[66]. Que diga ahora Porfirio a qué hombre pueden referirse estas palabras o quién es este individuo tan poderoso que derrotó y aniquiló al «cuerno pequeño» que Porfirio identifica con Antíoco. Si responde que los sucesores de Antíoco fueron superados por Judas Macabeo, deberá explicar por qué viene en las nubes del cielo como hijo del hombre, por qué se presenta a un anciano de muchos días, por qué se le da a él el poder y el reino, por qué todos los pueblos y naciones le servirán y por qué su poderío será eterno sin que tenga ningún fin...[67].

Y obtendrán el reino por siglos, por los siglos de los siglos[68]. Si con estas palabras se alude a los Macabeos, que quien esto defiende nos demuestre por qué se dice que su reino será eterno.

Hier., *In Daniel.* 4, 11, 21:

Un hombre despreciable ocupará su puesto, sin estar revestido de la dignidad real; aparecerá a escondidas y se apoderará del reino con intrigas[69]. Hasta aquí se ha seguido el orden histórico de los hechos y no hay ninguna diferencia entre Porfirio y los nuestros. Todo lo que sigue, hasta el final del libro, es interpretado por Porfirio como referido al Anticristo, que él identifica por Epífanes, hermano de Seleuco, hijo de Antíoco el Grande, que reinó en Siria durante once años después de la muerte de Seleuco y que se apoderó de Judea; a su reinado se atribuyen la persecución de la ley de Dios y las guerras de los Macabeos. Nuestros autores sin embargo piensan que todo esto se dice del Anticristo, el cual vendrá al final de los tiempos; y cuando se les objeta que

[66] *Daniel* 7, 14.
[67] *Daniel* 7, 13.
[68] *Daniel* 7, 18.
[69] *Daniel* 11, 21.

cómo es posible que las profecías se hayan saltado tantos años desde Seleuco hasta el final del mundo, responden que también en el periodo histórico anterior, el referido a la época de los reyes persas, la Biblia sólo habla de cuatro reyes persas tras Ciro y que, saltándose muchos reyes intermedios, llega de pronto hasta Alejandro, rey de Macedonia; y que en definitiva esta es la costumbre de las Sagradas Escrituras: no narrarlo todo, sino exponer lo que parece más importante. Y aunque mucho de lo que a continuación vamos a leer y a explicar sobre el Anticristo coincide con la persona de Antíoco, las Escrituras sólo pretendieron hacer de éste un modelo del auténtico Anticristo, de forma que lo que en él se anunció en parte, se colmará totalmente con el Anticristo; y es que esta es la forma de composición de las Sagradas Escrituras: anunciar el futuro mediante símbolos... Sigamos, pues, el orden de los hechos y, al hilo de ambas explicaciones, anotemos brevemente la opinión de nuestros adversarios y la opinión de los nuestros. Nuestros adversarios dicen: «Se colocará en lugar de Seleuco su hermano Antíoco Epífanes, el cual fue el primero, de aquellos que en Siria favorecían a Tolomeo, al que no se concedió el honor regio, sino que consiguió el trono de Siria simulando clemencia... ». Todo esto, que yo acabo de resumir, lo dice en larguísima exposición Porfirio, siguiendo a Sutorio. Los nuestros sin embargo interpretan mejor y más rectamente estas palabras: todo eso lo hará el Anticristo al final del mundo...

Hier., *In Daniel.* 4, 12, 13:

Tú, Daniel, por tu parte, camina hasta el final y descansa y al final de los días te levantarás para recibir tu heredad[70] En lugar de estas palabras, Teodotión[71] lee estas otras: *Tú, por tu parte, vete y descansa y te levantarás en el orden que te corresponda al final de los tiempos.* Con estas palabras se demuestra que toda la profecía de Daniel referida al Anticristo remite a hechos cercanos a la resurrección de todos

[70] *Daniel* 12, 13.

[71] Traductor de la versión griega del Antiguo Testamento en el siglo II. Su versión del Antiguo Testamento tiene mucho en común con la de los Setenta, hasta el punto de que es considerada como una versión libre de los Setenta más que una redacción independiente.

los muertos, cuando también el profeta habrá de resucitar; y se demuestra también que se equivoca Porfirio al pretender que se refiere a Antíoco todo lo que en esta profecía se dice de Antíoco, pero sólo como símbolo del Anticristo. A sus calumnias, según dije, ya respondieron Eusebio de Cesarea, Apolinar de Laodicea y, en parte, aquel erudito mártir llamado Metodio[72]. Quien quiera saber más sobre el tema, lo encontrará en sus libros.

Aug., *Civ.* 4, 33-34:

> (El Dios de los judíos es el mismo que el de los cristianos; y ese Dios ensalzó a los judíos mientras éstos le fueron fieles.)

Aquel Dios, pues, autor y dador de la felicidad, porque sólo Él es el verdadero Dios, es el mismo que concede los imperios terrenales a los buenos y a los malos, y no temerariamente ni, por así decirlo, al azar, porque es Dios y no suerte, sino en virtud de un orden de los hechos y de los tiempos, orden que para nosotros está oculto, pero que para él es conocidísimo; sólo Él no está sometido a este orden de los tiempos, sino que es Él el que, como señor, rige ese orden y, como moderador, lo dispone. La felicidad, sin embargo, sólo se la da a los buenos. Ésta pueden tenerla y no tenerla los esclavos; pueden tenerla y no tenerla los reyes; pero esa felicidad sólo será completa en la vida en la que ya nadie será esclavo. En cuanto a los imperios terrenales, Él los da a los buenos y a los malos, para que los que le reverencian y adoran y son todavía pequeños en el aprovechamiento del espíritu, no apetezcan esos dones suyos como si fueran algo grande. Este es el misterio del Antiguo Testamento, donde el Nuevo estaba latente: que allí las promesas y mercedes son de la tierra, aunque ya entonces las almas espirituales comprendían, aunque todavía no lo predicasen como revelación, qué tipo de eternidad se simbolizaba con aquellas cosas materiales y en qué dones de Dios consistía la verdadera felicidad.

Y así fue cómo, para que se conociese que aquellos bienes

[72] Cf. notas 56, 57 y 58.

terrenos, por los cuales suspiran aquellos que no pueden pensar que existen cosas mejores, dependen de la potestad de ese único Dios, y no de la de esa multitud de dioses falsos que los romanos creyeron hasta ahora que debían ser adorados, multiplicó, de unos pocos que eran, a su pueblo en Egipto y le liberó de aquella nación con extraordinarios prodigios. Y las mujeres de aquel pueblo no invocaron a Lucina[73], cuando, para que aquél pueblo se multiplicara de forma extraordinaria y creciera de forma increíble, Él salvó de las manos de los egipcios, que las perseguían y que querían matar a sus hijos, a los vástagos de ellas. Mamaron sin necesidad de una diosa Rumina[74]; estuvieron en cunas sin necesidad de una diosa Cunina[75]; tomaron comida y bebida sin necesidad de una diosa Educa y Potina[76]; fueron educados sin necesidad de tantos dioses protectores de niños; se casaron sin dioses conyugales; se unieron a sus mujeres sin necesidad de adorar a Priapo; se abrió el mar a su paso sin tener que invocar a Neptuno, mientras que sus enemigos perseguidores fueron sepultados por las aguas que volvieron a su estado natural; cuando recibieron el maná del cielo, no tuvieron que consagrar a ninguna diosa Mania[77]; ni, cuando tras ser golpeada una piedra manó agua para sus bocas sedientas, veneraron a las Ninfas ni a las Linfas[78]; hicieron guerras sin hacer insanos sacrificios a Marte y a Belona; no vencieron sin la diosa Victoria, pero a ésta no la consideraban como diosa, sino como regalo de Dios; recibieron siegas sin Segetia, bueyes sin Bubona, mieles sin Melona, pomos sin Pomona[79], y en definitiva, todo aquello, para cuya consecución los romanos pensaron que se debía suplicar a

---

[73] Diosa que asistía a los partos.

[74] Diosa que protegía a los niños de pecho. Su nombre parece derivar de *rumen*, «estómago».

[75] Diosa que tenía bajo su protección a los niños de cuna.

[76] Diosas, respectivamente, de la comida (cf. *edo*, «comer») y de la bebida (cf. *poto*, «beber»).

[77] Si bien los romanos tenían una diosa Mania, madre de los lares, Agustín no parece referirse aquí a esta diosa, sino que se trata de una creación del propio Agustín a partir de «maná». Mania sería «la diosa del maná».

[78] Divinidades acuáticas.

[79] Diosas que protegían, respectivamente, las mieses, los bueyes, las colmenas y las manzanas.

tan gran multitud de dioses, lo consiguieron con profusión y felizmente del único y verdadero Dios. Y si no hubiesen pecado contra Él, seducidos en su impía curiosidad por una especie de hechizos torciendo su camino hacia dioses falsos y hacia ídolos y, para colmo, dando muerte a Cristo, permanecerían todavía en el mismo reino, si bien no más espacioso, al menos sí más venturoso. Y si ahora andan esparcidos por casi todas las tierras y pueblos, ello se debe a la providencia especial del único y verdadero Dios, para que cuando hoy día por todas partes se derriban simulacros, altares, bosques y templos de falsos dioses y se prohíben sus sacrificios, quede claro de sus libros cómo todo esto fue profetizado con tanta anticipación; y ello con el fin de que no vaya a suceder casualmente que, al leerlo en nuestros libros, piensen que ha sido ficción nuestra.

Lactancio, *Inst.* 4, 10, 5 ss.:

> (El origen del misterio cristiano está en el pueblo hebreo, concretamente en Moisés. Lo que pasó es que, tras abandonar a Dios, los hebreos dejaron de ser hebreos para convertirse en judíos.)

Ahora debemos narrar desde el principio el origen del misterio. Nuestros mayores, que fueron los primeros hebreos, al verse afectados por la esterilidad de sus tierras y la escasez, pasaron a Egipto para conseguir alimentos y, permaneciendo allí largo tiempo, se vieron oprimidos por el inaguantable yugo de la esclavitud. Entonces Dios, apiadándose de ellos, los sacó de allí y los libró del ejército de los egipcios tras cuatrocientos treinta años de esclavitud; salieron bajo la guía de Moisés, por medio del cual les fue después entregada la ley divina. En esta salida Dios mostró el poderío de su majestad. Efectivamente, pasó a su pueblo por mitad del mar Rojo enviando delante a un ángel que cortaba las aguas, para que pudiese pasar a pies enjutos el pueblo, ante el cual, como dice el poeta:

«se pararon las olas a su alrededor plegadas a forma de monte»[80].

[80] Virg., *Geórgicas* 4, 361.

El tirano egipcio, al enterarse de la huida, los persiguió con un gran ejército y, entrando temerariamente en el mar todavía abierto, fue aniquilado con todo su ejército por las aguas que se volvieron a unir. Los hebreos, por su parte, entrando en el desierto contemplaron multitud de maravillas: en un momento en que sufrían de sed, de una roca golpeada por la vara brotó una fuente de agua que alivió a todo el pueblo; en otro momento en que padecían hambre, descendió del cielo una lluvia de alimentos; es más, el viento arrastró hasta su campamento codornices, para que se vieran saciados no sólo por el pan caído del cielo, sino también por comida mejor preparada. A cambio de estos beneficios divinos, no rindieron culto a su Dios, sino que, una vez rechazada la esclavitud y una vez olvidada la sed y el hambre, cayeron en la lujuria y entregaron su alma a los profanos ritos de los egipcios. Efectivamente, cuando Moisés ascendió al monte y permaneció allí cuarenta días, ellos construyeron con oro una cabeza de buey, a la que llaman Apis, para llevarla delante de ellos como bandera. Dios, ofendido por este pecaminoso delito, castigó merecidamente con duras penas a este pueblo impío e ingrato y le sometió a la ley que había entregado por medio de Moisés. Y después, cuando estaban ya asentados en una zona desierta de Siria, perdieron su antiguo nombre de hebreos y, dado que su débil príncipe era ahora Judá, recibieron el nombre de judíos y la tierra que habitaban el de Judea. En un primer momento no estuvieron sometidos al dominio de reyes, sino que unos jueces civiles estaban al frente del pueblo y de la ley, aunque éstos no eran nombrados por un solo año como los cónsules romanos, sino que gozaban de poderío perpetuo. Posteriormente, desparecido el poder de los jueces, apareció el dominio monárquico. De todas formas, mientras los jueces tuvieron en sus manos el régimen de los judíos, éstos aceptaron con frecuencia depravadas supersticiones; y Dios, ofendido por ellos, los sometía otras tantas veces al dominio de extranjeros, hasta que, mitigado de nuevo por la penitencia del pueblo, los libraba de la servidumbre. De nuevo, bajo el régimen monárquico, fueron debilitados por sus delitos con guerras fronterizas y llevados por fin prisioneros a Babilonia pagaron allí en dura servidumbre el castigo de su impie-

dad, hasta la llegada al trono de Ciro, el cual liberó inmediatamente a los judíos con un edicto. Posteriormente tuvieron un régimen de tetrarcas hasta Herodes, que lo fue durante el reinado de Tiberio César; en el año decimoquinto del reinado de éste, es decir en el año del consulado de los dos Géminos, el día veintitrés de marzo, crucificaron los judíos a Cristo. Esta es la letra de los hechos y este es el orden que se encuentra en los arcanos de las Sagradas Escrituras. Pero primero mostraré por qué causa vino Cristo a la tierra, para que quede claro el fundamento y la razón de la religión divina.

(Continúa Lactancio señalando cómo los judíos rechazaban constantemente la ley divina y cómo Dios les envió por fin al propio hijo para ver si aceptaban a éste; y para que no tuvieran excusa, le hizo nacer del propio pueblo judío. Pero éstos siguieron obcecados y terminaron por crucificarle. De todas formas, el Dios de los hebreos es el mismo que el de los cristianos. La diferencia está en que los judíos le han rechazado y los cristianos le han aceptado.)

Ambros., *De paradiso*, 8, 38:

> (Una de las críticas más frecuentes, dentro del capítulo que estamos analizando, contra el cristianismo consistía en atacar la revelación judeo-cristiana. Los autores cristianos defienden la autoridad de la revelación y su congruencia. Una incongruencia: el pecado de Adán.)

Otra pregunta de los paganos: «¿Sabía o no sabía Dios que Adán iba a desobedecer sus mandatos? Si no lo sabía, no se puede hablar de esa potestad divina de la que hablan los cristianos; si lo sabía y aun sabiéndolo ordenó algo que no iba a ser cumplido, hay que decir que no es propio de un Dios dar órdenes superfluas. Pues bien, en vano ordenó a Adán, aquel primer hombre, algo que sabía que ése no iba a cumplir; es así que un auténtico Dios no hace nada en vano; luego las Escrituras no proceden de Dios». Estas son las objeciones de los que no aceptan el Antiguo Testamento y tales son las cuestiones que plantean... Incluso el propio nuestro Señor Jesucristo eligió a Judas, del que sabía que iba

a ser su traidor[81]; y piensan que si lo eligió por imprudencia, se le debe alejar de todo poder divino... Que se callen, pues, estos despreciadores del Antiguo Testamento. Pero como se debe responder, incluso a los gentiles, cuando éstos plantean objeciones, ya que no aceptan los ejemplos y sólo exigen razones, aprendan ahora por qué razón Dios dio órdenes a uno que iba a desobedecerlas y por qué razón el Hijo de Dios eligió a uno que iba a traicionarle...

Ambros., *Apologia Prophetae David,* 2, 2, 5:

> (Otra incongruencia: tener como ancestral a un asesino, David.)

Hablo para los gentiles, hablo para los judíos, hablo para los cristianos. Por ellos me parece que yo debo dividir mi tratado en tres partes distintas: una contra los gentiles, otra contra los judíos y una tercera para los cristianos. Mis primeras palabras son para los gentiles que con frecuencia suelen plantear la siguiente objeción: «¿Cómo es posible que los cristianos practiquen la inocencia, lleven como escudo su fe, veneren la religión y enseñen la castidad, cuando se nos transmite que sus ancestrales practicaron homicidios y adulterios? El propio David, de cuya familia, como decís, decidió nacer Cristo, cantó sus propios homicidios y adulterios. ¿Cómo pueden ser los discípulos que tienen tales maestros?».

Ambros., *De Abraham,* 1, 4, 29:

> (Otra acusación frecuente, en contra de la autoridad del Antiguo Testamento: la falta de acuerdo entre preceptos del mismo y preceptos del Nuevo. Así la circuncisión, permitida en el Antiguo y prohibida en el Nuevo.)

Yo sé que muchos no se sienten seguros ante este texto. Efectivamente, si la circuncisión era buena, debería seguir manteniéndose todavía hoy día; si era algo inútil, no debería haberse impuesto entonces. Pero, como dice el Apóstol

[81] *Juan,* 6, 64.

Pablo, Abrahán aceptó el símbolo de la circuncisión[82], y un símbolo no es la propia cosa, sino que lo es de otra cosa; es decir, el símbolo no es en sí mismo la verdad, sino el indicio de una verdad.

Ambros., *Epist. ad Constantium*, 3:

¿Por qué el Antiguo Testamento va a utilizar como símbolo aquella parte de nuestros miembros que, si se lleva al descubierto, es considerada como inhonesta? O ¿por qué el propio hacedor de nuestro cuerpo, en los comienzos mismos de nuestra generación, quiso que esa obra suya fuera herida y ensangrentada y que fuera cortada una parte que, al hacerla, debió considerarla como necesaria juntamente con los demás miembros, por cuanto todo lo dispuso ordenadamente? Efectivamente, esa porción de nuestro cuerpo o bien es no natural, en cuyo caso no deberían tenerla los hombres, porque ello sería antinatural, o bien es natural, en cuyo caso nunca debió ser amputada, porque está de acuerdo con los principios de la perfección natural.

Ambros., *Epist. ad Irenaeum*, 74, 1:

Hay algunos que dicen: «Cuando Dios entregó a Moisés la ley, ¿por qué en esa ley aparecen muchas cosas que después en los evangelios son prohibidas? Y ¿cómo es posible que el creador de uno y otro Testamento haya empezado a considerar como ilícito en el evangelio lo que consideraba como lícito en la antigua ley? Tal es el caso de la circuncisión, la cual, si bien es verdad que entonces fue instituída como un símbolo que en realidad representaba la circuncisión espiritual, ¿por qué esta circuncisión espiritual tuvo que ser representada precisamente con ese símbolo? ¿A qué vienen diferencias tales como que la circuncisión fuera considerada como un símbolo piadoso en la antigua ley y sea sin embargo considerada como algo impío ahora? Otra diferencia es que el sábado debía ser considerado como día festivo en la antigua ley, de forma que, si alguien llevaba sobre sus hombros una carga de leña, era considerado como reo de

82 Pablo, *Epístola a los romanos* 4, 11.

muerte, mientras que ahora sabemos que en ese mismo día se pueden llevar cargas y realizar negocios sin ningún castigo. Y hay otros muchos preceptos de la antigua ley que en el momento presente parecen haber dejado de ser obligatorios.

Ambros., *In Lucam*, 7, 58:

> (Otra incongruencia entre A. T. y N. T.: en aquél mandó Dios a su pueblo que hicieran sacrificios calzados; en el Nuevo envía a sus discípulos a predicar descalzos.)

Y si alguien se pregunta por qué en Egipto se les mandó llevar el cordero calzados[83], mientras que los apóstoles son enviados a predicar el evangelio descalzos, ese tal debe considerar que los que viven en Egipto todavía hoy deben tener cuidado de las mordeduras de serpiente —y es que tienen mucho veneno las serpientes de Egipto— y que, quien en el Antiguo Testamento celebraba la Pascua, podía estar expuesto a las heridas, mientras que los actuales ministros de la verdad debilitan los venenos y no los tienen miedo. A Pablo le mordió una víbora en la isla de Malta y los habitantes de aquel lugar al ver que la víbora quedó colgando de su mano pensaban que iba a morir de un momento a otro[84]; pero al ver que no recibía daño, pensaban que se trataba de un Dios al cual no podía dañar el veneno. Y para que sepáis que esto es verdad, el propio Señor dice: «Os dí facultad para pisar sobre las serpientes y escorpiones y sobre todo poder enemigo; ellos no os harán ningún daño».

Aug., *Civ.* 18, 28:

> (La relación entre el pueblo cristiano e Israel está ya anunciada en Oseas.)

Pues bien, el profeta Oseas, cuanta más profundidad tiene en sus palabras, con tanta más dificultad es entendido. Pero algo puede ser sacado de sus palabras y ser aducido aquí en relación con la promesa que se nos hizo. Dice: «Y

---

[83] *Exodo*, 12, 11.
[84] *Hechos de los Apóstoles* 28, 3-8.

estará en el lugar en que se les dijo: vosotros no sois mi pueblo; y se dirá de ellos mismos que son hijos del Dios vivo»[85]. Este testimonio profético sobre la vocación de los gentiles, los cuales en un primer momento no pertenecían a Dios, fue entendido incluso por los Apóstoles[86]. Y dado que ese pueblo de los gentiles está ya espiritualmente comprendido entre los hijos de Abrahán —con razón se le llama Israel—, por eso sigue el profeta diciendo: «Y se reunirán los hijos de Judá y los hijos de Israel en un solo pueblo, y se darán un jefe único y se desbordarán de la tierra»[87]. Si queremos seguir explicando estas palabras, el sabor genuino de la profecía se difuminará. Recordemos, sin embargo, aquella piedra angular y supongamos dos paredes: una construida con judíos y otra con gentiles; la primera llevaría el nombre de «los hijos de Judá» y la otra el de «los hijos de Israel»; y ellos serán conocidos bajo el mismo y único liderazgo, apoyándose en ese mismo liderazgo y desbordando la tierra. Pues bien, que éstos que desde el punto de vista de la carne son israelitas —es decir, son hijos de ellos, ya que ocuparán su lugar al morir aquéllos— creerán un día en Cristo aunque ahora no crean en él, lo atestigua el mismo profeta con estas palabras: «Porque los hijos de Israel han de estar muchos días sin rey, sin príncipe, sin sacrificios, sin altar, sin sacerdotes, sin manifestaciones». ¿Quién no ve que esta es la situación actual de los judíos? Pero oigamos lo que añade el profeta: «Y después», dice, «volverán los hijos de Israel y buscarán al Señor su Dios y a su rey David y se atemorizarán ante Dios y ante sus bienes al final de los días»[88]. Nada hay más claro que esta profecía, ya que bajo el nombre del rey David se está aludiendo a Cristo, por cuanto «éste fue engendrado», como dice el Apóstol, «según la carne de la semilla de David»[89]. Anunció también este profeta que al tercer día habría de tener lugar la resurrección de Cristo, y lo hizo con la altura profética con que convenía profetizar he-

---

85 *Oseas*, 1, 10.
86 Cf. Pablo, *Epístola a los romanos* 9, 26.
87 *Oseas* 1, 11.
88 *Oseas* 3, 4 ss.
89 Pablo, *Epístola a los romanos* 1, 3.

cho tan importante, con estas palabras: «El nos sanará a los dos días y al tercero resurgiremos»[90].

Ambr., *In Luc.*, 1, 5-6.

(A Cristo, no en cuerpo sino en espíritu, le vieron tanto los apóstoles como los profetas del A. T..)

San Juan evangelista dice: «Lo que era desde el principio, lo que hemos oído y hemos visto, lo que hemos percibido con nuestros ojos, y lo que palparon nuestras manos del verbo de la vida —porque la vida se ha manifestado y nosotros hemos visto y testificamos y os anunciamos la vida eterna que estaba en el padre y se nos manifestó»[91]. Ves, pues, que el verbo de Dios ha sido visto y oído por los apóstoles; y es que vieron al Señor no sólo según el cuerpo, sino también según el verbo; y vieron el verbo de Dios aquellos que con Moisés y Elías vieron la gloria del verbo. Han visto efectivamente a Jesús aquellos que le han visto en su gloria, pero no le vieron aquellos otros que le vieron solamente en el cuerpo; y es que a Jesús no se le ve con ojos corporales, sino con ojos espirituales. Los judíos, en fin, aunque le veían no le vieron. Abrahán sí le vio, porque está escrito: «Abrahán vio mi día y se alegró»:[92] así pues, Abrahán, aunque no veía a Cristo en cuerpo, le vio en espíritu y es lo mismo que si le hubiera visto en cuerpo... Le vió Isaías, ya que le vio en espíritu y consiguientemente le vio en cuerpo.

Ambr., *In Luc.*, 1, 36.
(Semejanzas entre Elías y Juan Bautista.)

En el desierto estaba Elías, en el desierto estaba Juan; aquél se alimentaba de cuervos, éste de espinos y pisoteando todos los atractivos de los placeres prefirió la tranquilidad y despreció el lujo; aquél no buscó los favores del rey Acad y éste despreció los de Herodes; aquél dividió el Jordán, éste lo ha convertido en bautismo saludable; éste ha tenido relaciones con el Señor en la tierra, aquél aparece con

[90] *Oseas* 6, 2.
[91] Juan, *Epístola* 1, 1, 1-2.
[92] *Juan* 8, 56.

el Señor en la gloria; éste ha sido precursor de la venida del Señor que le antecede, aquél lo fue del Señor que le iba a seguir; aquél, tras tres años, regó la tierra con lluvias, éste, tras tres años, ha regado la tierra árida de nuestro cuerpo con la lluvia de la fe.

Hier., *Quaest. Hebr. in Gen.*, 2, 23.

(Los autores cristianos hacen a veces auténticos esfuerzos para justificar textos bíblicos aparentemente incongruentes. Tal sucede en las dos siguientes explicaciones de Jerónimo a textos del Génesis. Subyace en estas explicaciones un afán apologético, ya que con frecuencia los enemigos del cristianismo sacaban a la luz estas incongruencias.)

«Esto es hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta se llamará *mujer*, porque ha sido tomada del *varón*»[93]. No se entiende, dentro de la lengua griega y latina, por qué se ha de llamar *mujer* por el hecho de que haya sido sacada del *varón*; pero en la lengua hebrea, la etimología sí está clara: en ella, el varón se llama *his* y la mujer *hissa;* con razón, pues, puede ser llamada *hissa* la que ha sido sacada del *his*. De ahí que Símaco intentara con pulcritud mantener la etimología en su traducción griega al escribir: «Esta se llamará *andrís*, porque ha sido tomada del *andrós*», frase que nosotros podríamos poner en latín de la siguiente forma: «esta se llamará *virago*, porque ha sido tomada del *vir*». Teodotión[94] imaginó otra etimología diciendo: «ésta se llamará *asunción* porque ha sido *asumida* del varón».

Hier., *Quaest. Hebr. in Gen.*, 13, 1-4.

«Y ascendió Abrahán de Egipto con su mujer, toda su hacienda y con Lot hacia el desierto. Era muy rico Abrahán en ganados, en plata y en oro; y se volvió de donde vino hacia el desierto hasta Betel». No hay nada en contra de que se diga que «salió liberado de Egipto»; pero en contra de esto está lo que se dice a continuación: ¿cómo podía ser, al

[93] *Génesis* 2, 23.
[94] Cf. nota 71.

salir de Egipto, tan rico como se dice? Esta dificultad se salva si tenemos en cuenta lo que realmente se dice en hebreo; en esta lengua se dice: «Abrahán, enormemente *gravis* (cargado)»; y, efectivamente, iba cargado del peso de Egipto; y aunque el ganado, el oro y la plata parezcan aparentemente ser riquezas, sin embargo, al ser egipcias, eran pesadas *(graves)* para el santo varón.

Oros., *Hist.*, 1, 10.

(Orosio también sale al encuentro de falsas interpretaciones que autores paganos han dado de la salida de Moisés de Egipto.)

En el año 805 antes de la fundación de la ciudad, atestiguan Cornelio y Pompeyo[95] que se extendieron por Egipto infandos males e inaguantables plagas. Estos autores, aunque señalan ambos que estas desgracias han de ponerse en relación con los judíos, me han dejado, sin embargo, un poco perplejo por la diversidad de sus opiniones. Efectivamente, Pompeyo, o Justino[96], dice así: «Los egipcios, en un momento en que sufrían sarna y herpes, aconsejados por un oráculo, echaron del territorio egipcio a Moisés juntamente con los enfermos, para que la peste no se extendiera a más gente. Moisés, convertido de este modo en líder de los exiliados, robó los vasos sagrados de los egipcios; éstos, tras salir a su encuentro con las armas, se vieron obligados a volver a su patria a causa de las tempestades». Por su parte, Cornelio habla de estos mismos hechos así: «Muchos autores están de acuerdo en que, habiendo surgido en Egipto una peste que corrompía los cuerpos, al rey Bocoris, que se acercó al oráculo de Hamón para consultar el remedio, se le ordenó que purgara su reino y que echase a otras tierras a esta raza humana como odiosa que era para los dioses. Dicen también que, una vez que este pueblo, tras ser convocado y reunido, fue abandonado en el desierto, mientras los demás perdían el tiempo llorando, Moisés fue el único de los desterrados que advirtió que no debían esperar ayuda ninguna

[95] Cornelio Tácito y Pompeyo Trogo.
[96] Justino es el epitomador de la obra de Pompeyo Trogo. De ahí que Orosio diga «Pompeyo, o Justino».

de los dioses ni de los hombres, sino que debían confiar en él como guía mandado de los cielos; que no en vano con su ayuda pudieron, en principio, escapar de las desgracias presentes». Así pues, Cornelio dice que por presión de los propios egipcios los judíos fueron echados al desierto, y un poco más abajo añade incautamente que fue con la ayuda de Moisés como escaparon de las desgracias sufridas en Egipto. Queda claro, pues, que se han ocultado las acciones que Moisés valerosamente llevó a cabo.

También Justino afirma que Moisés, expulsado juntamente con su pueblo, robó los vasos sagrados de los egipcios y que, al intentar los egipcios recuperarlos con las armas, tuvieron que volver a su patria, tras ser sorprendidos y rechazados por las tempestades. La verdad es que Justino añade algo más, aunque no todo, de lo que Tácito calló.

Y dado que ambos hablan de aquel gran guía que fue Moisés, dejemos que este mismo nos cuente los hechos tal como fueron realizados y dichos por él. (Lo que cuenta Orosio a continuación es la versión bíblica de los hechos.)

Oros., *Hist.*, 1, 5.

> (También con Tácito entabla polémica Orosio en torno a la explicación sobre la desaparición de Sodoma y Gomorra.)

En el año 1160 antes de la fundación de la ciudad ardió totalmente, con fuego caído del cielo, la región limítrofe a Arabia, que entonces se llamaba Pentápolis; lo atestiguan, entre otros, Cornelio Tácito, quien dice así: «A una pequeña distancia de este lago[97] hay unas llanuras de las que dicen que, fuertes y habitadas en grandes ciudades en otro tiempo, han sido quemadas después por caída de rayos; y que permanecen aún restos del desastre y que la propia tierra, sólida en apariencia, perdió su fuerza fecunda». Y dado que en este pasaje no dice nada, como si lo desconociese, de ciudades quemadas por los pecados de sus habitantes, un poco más abajo, como si se hubiese olvidado ya de sus convicciones, añade y dice: «De la misma forma que no

[97] Tácito, *Historias* 5, 7, 1. El lago a que se refiere es el Mar Muerto.

podría negar que ciudades famosas en otro tiempo ardieron con fuego del cielo, así también pienso que realmente lo que sucede es que la tierra se quema y corrompe por las exhalaciones provenientes del lago». Al reconocer esto, aunque de mala gana, sobre las ciudades quemadas, las cuales sin duda alguna ardieron por culpa de sus pecados, y al confesar que él lo sabe y lo admite, manifiesta públicamente, no que le falte fe en la verdadera interpretación del hecho, pero sí voluntad de expresar su fe en la misma. Lo que realmente sucedió lo explicaré más satisfactoriamente ahora.

En la frontera de Arabia y Palestina, donde las montañas que bajan gradualmente a uno y otro lado terminan en terrenos llanos que están en sus valles, hubo cinco ciudades: Sodoma, Gomorra, Adama, Seboim y Segor. De entre éstas, Segor era pequeña, mientras que las otras eran extensas y fuertes, como quiera que tenían suelo fecundante y que el río Jordán, que corre a través de llanuras y que esté oportunamente repartido, era utilizado para aumentar la fertilidad. La abundancia de riquezas fue la causa de los males de toda esta región, que hizo un mal uso de sus buenos recursos; efectivamente, de la abundancia nació el lujo y del lujo los malos placeres, hasta tal punto que mezclándose los hombres con los hombres cayeron en lo más bajo sin tener en cuenta ni el lugar, ni las condiciones, ni el lugar.

En consecuencia, la ira de Dios provocó sobre esta tierra una lluvia de fuego y azufre y condenó con eterna perdición a toda esta región quemándola juntamente con sus pueblos y ciudades, para que fuera en el futuro testigo de su justicia; hasta tal punto fue así que, aunque todavía hoy se ven los contornos de la zona, se trata, sin embargo, de una zona de ceniza y el mar, extendiéndose por ella, cubre la mitad del valle que antes había regado el río Jordán. Y es que la indignación divina crece tanto con estos pecados que aparentemente son pequeños, que, sólo porque aquellos pueblos, al hacer mal uso de sus bienes, convirtieron los frutos de la misericordia en alimento de sus placeres, la propia tierra que cobijó a estas ciudades, quemada en un primer momento por el fuego y tapada después por las aguas, pereció en eterna condena para ejemplo de todos.

3. El Dios de los cristianos no tuvo principio

Min. Fel., 19:

(Poetas y filósofos han reconocido la existencia de un solo Dios.)

Oigo a los poetas hablar también de un solo padre de los dioses y de los hombres y decir que la mente de los hombres es como la luz, tal como la hizo el creador de todas las cosas. ¿No dijo acaso clara, directa y verazmente el poeta de Mantua, Marón[98], que «en un primer momento el cielo y la tierra» y todos los demás seres del mundo «fueron alimentados interiormente por un espíritu» y «una mente interior los movía, de donde salió la raza de los hombres y de los animales» y todos los otros seres animados? Este mismo poeta, en otro lugar, llama «dios» a esta mente y a este espíritu. Sus palabras son éstas: «... porque Dios se extiende por todas las tierras, por todas las extensiones de los mares y por las profundidades del cielo... De ahí la raza de los hombres y de los animales, de ahí la lluvia y el fuego». ¿Qué otra cosa predicamos nosotros de Dios, sino que es la mente, la razón y el espíritu?.

Repasemos, si os parece, la doctrina de los filósofos: comprobarás que éstos, con palabras distintas, pero con el mismo contenido de fondo, están de acuerdo y coinciden en esta única idea. Paso por alto a aquellos incultos y viejos que merecieron el nombre de sabios por sus sentencias[99]. Pongamos en primer lugar a Tales de Mileto, que fue el primero que razonó sobre los fenómenos celestes; este Tales de Mileto dice que el comienzo de todas las cosas fue el agua y que Dios fue la inteligencia que a partir del agua formó todas las cosas; sea cierto que la teoría del agua y del espíritu es demasiado profunda y elevada como para que el hombre pudiera descubrir lo que nos ha sido revelado por Dios; pero se podrá comprobar que la opinión de este filósofo antiguo coincide totalmente con nuestra doctrina. Posterior-

[98] Minucio cita aquí de memoria, con algunas inexactitudes, tres textos de Virgilio: *Eneida* 6, 724-29; *Geórgicas* 4, 221, y *Eneida* 1, 742.

[99] Se trata de los siete sabios de Grecia.

mente Anaxímenes y luego Diómenes de Apolonia[100] colocan al aire como Dios infinito e immenso: también éstos están de acuerdo con nosotros en lo que se refiere a la divinidad. Anaxágoras por su parte define a Dios como el poder organizador y motor de una inteligencia infinita, y el Dios de Pitágoras es un alma que recorre y se extiende a través de toda la naturaleza, de forma que de ella toman vida todos los seres animados. Es conocido que para Jenófanes Dios es todo lo infinito dotado de inteligencia, que para Antístenes los dioses populares son muchos, pero que la naturaleza tiene un solo Dios principal, y que Speusipo[101] reconocía como Dios a la naturaleza animada que rige todas las cosas. ¿Qué más? ¿No es cierto que Demócrito, si bien es el inventor de los átomos, habla frecuentemente de la naturaleza que difunde las imágenes y de la inteligencia como Dios? También Estratón habla de la misma forma de la naturaleza[102]. Incluso Epicuro, aquel que imagina a los dioses ociosos o inexistentes, colocó por encima de ellos a la naturaleza.

Aristóteles habla siempre de un solo poder pero variando el sujeto de este poder: unas veces llama Dios a la mente, otras al mundo, y otras pone al frente del mundo a Dios. Teofrasto también cambia el destinatario de ese poder: unas veces atribuye el principado divino al mundo y otras a la mente; Heráclides del Ponto también adscribe, aunque variadamente, al mundo una mentalidad divina. Zenón, Crisipo y Cleantes[103] presentan también múltiples aspectos, pero todos terminan por reconocer la unidad de la providencia. Efectivamente, Cleantes identifica a la divinidad unas veces con la mente, otras con el alma, otras con el cielo y, la mayoría de las veces, con la razón; Zenón, maestro del anterior, pretende ver el principio de todas las cosas unas veces en la ley natural y divina, otras veces en el cielo y algunas

[100] Minucio pasa por alto a Anaximandro, cuya hipótesis sobre la existencia de muchos dioses era irreductible al monoteísmo cristiano.

[101] Es un discípulo de Platón.

[102] Estratón de Lámpsaco, físico discípulo de Teofrasto y director de la escuela peripatética entre el 287 y 269.

[103] Son los tres pilares del Pórtico Antiguo. Zenón es el fundador de la escuela estoica y los otros dos son sus discípulos.

en la razón; el mismo, al identificar a Juno con el aire, a Júpiter con el cielo, a Neptuno con el mar, a Vulcano con el fuego y de forma similar a todos los demás dioses del vulgo con distintos elementos, denuncia y rechaza el error comúnmente admitido. Las mismas ideas casi tiene Crisipo: piensa que Dios es una fuerza divina racional, la naturaleza y el mundo, y a veces también la fatal necesidad del destino y sigue a Zenón al aplicar la interpretación naturalista a la poesía de Hesiodo, Homero y Orfeo. El método del babilonio Diógenes[104] consiste también en exponer y explicar que «el parto de Júpiter», «el nacimiento de Minerva» y demás expresiones de este tipo son términos que designan realidades físicas, no dioses. De hecho el discípulo de Sócrates, Jenofonte, dice que no se puede ver la imagen del Dios verdadero y que por ello no debe ser objeto de investigación; el estoico Aristón dice que es absolutamente imposible comprenderle: uno y otro han comprendido cuál es la majestad de Dios al desesperar en su comprensión. Platón, tanto desde el punto de vista del contenido como desde el punto de la forma, habla con más claridad de Dios en un lenguaje que sería todo él celestial si no fuera porque de vez en cuando es ensuciado con consejos políticos. Pues bien, para Platón, en el Timeo, Dios, que aparece con el propio nombre de Dios, es el padre del mundo, el artífice del alma, el creador de las cosas celestes y terrenas, cuyo descubrimiento es difícil a causa de su enorme e increíble potestad y cuya revelación a las gentes, una vez que se ha descubierto, es imposible[105]. Estas ideas de Platón son casi las mismas que nosotros defendemos: nosotros en efecto reconocemos a Dios, le llamamos el padre de todas las cosas y no hablamos públicamente nunca de él, salvo cuando somos interrogados.

He expuesto la opinión de casi todos los filósofos que gozan de fama considerable, los cuales hablan de un solo Dios aunque con distintos nombres, de forma que se puede pensar que o bien los cristianos de ahora son filósofos o bien los filósofos de entonces fueron ya cristianos.

---

[104] Originario de Seleucia, Diógenes, llamado «el babilonio», fue discípulo de Crisipo y dirigió la escuela estoica, a mediados del siglo II a. C.

[105] Minucio traduce del *Timeo* de Platón (28 C).

Tert., *De Testim. Animae,* 2, 1:

No agradamos cuando predicamos a Dios con el nombre de Dios, cuando decimos que es único con un solo nombre, por el cual todo ha sido hecho y bajo el cual todo se mantiene. Dime, alma, tu testimonio si lo sabes, Pues a ti oímos decir, públicamente y con una libertad que a nosotros no nos está permitida, en casa y fuera de casa, cosas como éstas: «Lo que Dios depare», «si Dios quiere». Con esas palabras das a entender que existe alguien del que dices que tiene todo el poder y bajo cuya voluntad te pones y al mismo tiempo niegas que todos los demás sean dioses, ya que te refieres a ellos con sus propios nombres: Saturno, Júpiter, Marte, Minerva.

Efectivamente, sólo aceptas que haya un solo Dios porque sólo a uno llamas Dios, de forma que cuando a los otros llamas algunas vez dioses, das la impresión de que estás usando un nombre ajeno y casi prestado.

Tert., *Apol.,* 17:

Lo que nosotros adoramos es el Dios único, el cual, con la palabra con que lo ordenó, con la razón con que lo dispuso y con el poder con que lo pudo todo, hizo de la nada todo este gigantesco edificio con todo el aparataje de sus cuerpos, de sus elementos y de sus espíritus; y lo hizo para que sirviera de adorno a su majestad; es por ello por lo que los griegos han dado a este mundo el nombre de «cosmos» (adorno). Este Dios es invisible aunque se le vea; impalpable, aunque sus gracias nos lo hagan presente; incomprensible, aunque las facultades humanas lo puedan concebir; todo ello es la prueba de su existencia y de su grandeza. Todas las demás cosas que pueden ser vistas palpadas y comprendidas son más pequeñas que los ojos que las ven, que las manos que las contienen y que los sentidos que las encuentran; aquello sin embargo que es infinito, sólo es conocido por sí mismo; lo que Dios hace comprender es precisamente la imposibilidad de comprenderle; así, la inmensidad de su grandeza es la que le convierte en conocido y al mismo tiempo en desconocido para los hombres; y ella misma se convierte en el colmo del delito para los que no quieren reconocerle, ya que no pueden ignorarle.

¿Queréis que lo comprobemos por sus muchas y extraordinarias obras, gracias a las cuales somos conservados, somos sostenidos, nos alegramos y nos atemorizamos? ¿Queréis que lo comprobemos por el testimonio de la propia alma? Esta, aunque oprimida por la cárcel del cuerpo, aunque rodeada por una mala educación, aunque debilitada por los placeres y la concupiscencia, aunque esclavizada por falsos dioses, cuando vuelve en sí y sale de esa especie de embriaguez, sueño o especie de enfermedad, y se encuentra en su estado normal, llama a Dios con el solo nombre de Dios, ya que éste es el nombre del Dios verdadero; «Dios grande», «Dios verdadero», «lo que Dios depare»: este es el grito de todas las gentes. Ella le reconoce también como juez: «Dios lo ve», «a Dios me encomiendo», «Dios me lo devolverá». ¡Oh testimonio del alma que por naturaleza es cristiana! Y al pronunciar estas palabras mira, no hacia el Capitolio, sino hacia el cielo. Y es que ella conoce la sede del Dios vivo: ella desciende de El y de allí.

Passio Carpi (Recensio latina), 2 (ed. Musurillo, pp. 28-29):

> (En las actas de los mártires es frecuente que en el diálogo entre el juez y el mártir se polemice sobre el Dios verdadero y los dioses paganos.)

El procónsul les dijo: «Sacrificad a los dioses de acuerdo con el mandato del emperador». Carpo respondió: «Que mueran los dioses que no hicieron el cielo y la tierra». El procónsul dijo: «Así lo mandó el emperador». Carpo dijo: «Los vivos no hacen sacrificios a muertos». El procónsul dijo: «¿Crees tú que los dioses están muertos?» Carpo dijo: «Sabrás que están muertos por esto: tienen apariencia de hombres y están immóviles; aparta de ellos tu favor, y como son immóviles, los perros y los cuervos estercolarán sobre ellos». El procónsul dijo: «Te conviene hacer sacrificios». Carpo respondió: «Es imposible eso que dices, porque yo nunca he hecho sacrificios a estatuas sordas e insensibles.» El procónsul dijo: «Apiádate de ti mismo».

Id., 3, 3 (ed. Musurillo, p. 30):

El procónsul dijo: «Inmola a los dioses, o ¿qué dices?».

Pánfilo respondió: «Desde mi juventud sirvo a Dios y nunca he inmolado a estatuas vanas. Yo soy el que me inmolo al Dios vivo y verdadero que tiene potestad sobre toda la carne. Más cosas no podrás oir de mí».

Id., 6, 1 (ed. Musurillo, p. 34):

Después el procónsul mandó traer a su presencia a Agatónice y le dijo: «¿Qué dices tú? ¿Sacrificas a los dioses o te mantienes en la misma decisión que tus maestros?». Ella respondió: «Soy cristiana y nunca he sacrificado a demonios, sino sólo a Dios. Y de buen grado, si lo merezco, deseo seguir los pasos de mis santos y de mis maestros».

Passio Scillitanorum, 1 ss. (Ed. Musurillo, p. 86):

El procónsul Saturnino dijo: «Podéis merecer el perdón de nuestro emperador si entráis en razones». Esperato dijo: «Nosotros nunca hemos hecho mal, no hemos apoyado para nada a la iniquidad, nunca hemos lanzado imprecaciones contra nadie, sino que, aun siendo mal aceptados, hemos dado gracias; por ello respetamos a nuestro emperador». El procónsul Saturnino dijo: «También nosotros somos religiosos y nuestra religión es una; juramos por el genio de nuestro emperador y suplicamos por su salud; vosotros debéis hacer también lo mismo». Esperato dijo: «Si me prestas tranquilamente un poco de atención, te desvelaré el misterio de la simplicidad». Saturnino dijo: «No te escucharé si empiezas a hablar mal de nuestros ritos sagrados; primero, jura por el genio de nuestro señor el emperador». Esperato dijo: «Yo no conozco el imperio de este mundo, sino que sirvo al Dios que ningún hombre ve ni puede ver con sus ojos. Yo no he robado, sino que, si he hecho algún negocio, he pagado la tasa porque conozco a mi señor, emperador de todos los reyes y gentes».

Passio Cypriani, 1 ss. (ed. Musurillo, p. 168):

Durante el cuarto consulado de Valeriano y el tercero de Galieno, el treinta de Agosto el procónsul Paterno le dijo al obispo Cipriano en las oficinas proconsulares de Cartago: «Los reverendísimos emperadores Valeriano y Galieno se han dignado enviarme un documento en el que ordenan que

aquellos que no aceptan la religión romana deben reconocer los ritos romanos. Yo he hecho algunas indagaciones sobre ti. ¿Qué me respondes al respecto?». El obispo Cipriano dijo: «Soy cristiano y obispo. No conozco más dioses que al único y verdadero Dios que hizo el cielo, la tierra y el mar y todo lo que hay en ellos. A este Dios servimos nosotros los cristianos, a este Dios suplicamos día y noche vosotros, por todos los hombres y por la salud de los propios emperadores». El procónsul Paterno dijo: «¿Persistes, pues, en esa decisión?». El obispo Cipriano respondió: «Una buena decisión, basada en el conocimiento de Dios, no puede cambiar».

Passio Fructuosi et com., 2 ss. (ed. Musurillo, p176):

El gobernador Emiliano dijo a Fructuoso: «¿Has oído lo que han ordenado los emperadores?». Fructuoso dijo: «No sé lo que han ordenado. Yo soy cristiano». El gobernador Emiliano dijo: «Han ordenado adorar a los dioses». Fructuoso dijo: «Yo adoro al Dios único que hizo el cielo, la tierra y el mar y todo lo que hay en ellos». Emiliano dijo: «¿Sabes que existen los dioses?». Fructuoso dijo: «No lo sé». Emiliano dijo: «Lo sabrás más tarde». Fructuoso miró al Señor y empezó a orar en su interior. El gobernador Emiliano dijo: «Estos son oídos, éstos son temidos, éstos son adorados; si los dioses no son respetados, tampoco son adoradas las imágenes de los emperadores». El gobernador Emiliano dijo a Augurio: «No hagas caso a las palabras de Fructuoso». Augurio dijo: «Yo adoro al Dios todopoderoso». El gobernador Emiliano dijo a Eulogio: «¿Tú también adoras a Fructuoso?». Eulogio dijo: «Yo no adoro a Fructuoso, pero adoro al mismo al que adora Fructuoso». El gobernador Emiliano dijo a Fructuoso: «¿Eres obispo?». Fructuoso dijo: «Lo soy». Emiliano dijo: «Lo eras». Y mandó quemarlos vivos.

Passio Iraenaei, 2 ss. (ed. Musurillo, p. 294):

Cogido, pues, preso fue llevado a la presencia de Probo, gobernador de Panonia. El gobernador Probo le dijo: «Obedece los preceptos divinos y sacrifica a los dioses». El obispo Ireneo respondió: «Quien sacrifica a los dioses y no a

Dios, será destruido». El gobernador Probo dijo: «Los clementísimos emperadores dieron órdenes de que se debía o bien sacrificar o bien morir bajo tortura». Ireneo respondió «Mis órdenes son aceptar los tormentos antes que negar a Dios y hacer sacrificios a los demonios». El gobernador Probo dijo: «O sacrifica o haré que te torturen». Ireneo: «Me alegro si consigues que yo sea partícipe de la pasión de mi Señor».

El gobernador Probo ordenó que le torturaran, y, cuando más cruelmente era torturado, le dijo el gobernador: «¿Qué dices, Ireneo? ¡Haz sacrificios!». Ireneo respondió: «Con mi confesión de fe, yo estoy sacrificando a mi Dios, al que siempre sacrifiqué».

Passio Montani et Lucii, 14 (ed. Musurillo, p. 226):

Y Montano, robustecido en su cuerpo y en su mente, aunque ya antes de su martirio daba firmes y seguras respuestas, según exigiera la verdad, a todas las personas sin excepción, ahora, a las puertas ya de su martirio, decía con más fuerza estas proféticas palabras: «El que sacrifique a los dioses y no al único Señor será destruido». Y repetía estas palabras con frecuencia insinuando y remachando que no estaba permitido abandonar a Dios para acercarse a las estatuas y a las ficciones hechas por los hombres.

Passio Crispinae, 1, 7 ss. (ed. Musurillo, p. 304):

El procónsul Anulino dijo: «Te mandaré cortar la cabeza si no obedeces las órdenes de nuestros señores los emperadores a los cuales te verás obligada a servir. Toda Africa ha hecho ya sacrificios, y tú no debes dudar en hacerlos». Crispina respondió: «Su situación nunca será tan buena que me obliguen con ella a sacrificar a demonios; yo sólo sacrifico al Dios que hizo el cielo, la tierra y el mar y todo lo que hay en ellos».

Symmach., *Relatio*.

(Tras la victoria política del imperio cristiano, los paganos, principalmente Símaco, aunque también Rutilio Namaciano y Marciano Capela, plantean una

nueva identificación del único y verdadero dios: bajo la influencia del helenismo de Porfirio, dicen que cada pueblo, de la misma forma que cada espíritu, recibe de la Providencia un espíritu guardián que le ha protegido a lo largo de toda su historia. Ese espíritu es el único y verdadero Dios para cada pueblo y consiguientemente debe ser respetado.)

Symmach., *Rel.*, 8:

Cada uno tiene sus costumbres, cada uno tiene sus ritos: la inteligencia divina ha asignado a las diferentes ciudades, como protectores, cultos diferentes. Al nacer, los hombres reciben un alma; de la misma forma, los pueblos reciben cada uno el genio de su destino. Se suma a ello el interés, que es el mejor lazo de unión entre el hombre y los dioses; pues, cuando la razón queda totalmente a oscuras, ¿de dónde mejor nos viene el conocimiento de la divinidad que del recuerdo y de los testimonios de las situaciones favorables? Si la duración en el tiempo es la que da autoridad a las religiones, conservemos una fe que es ya secular y sigamos a nuestros padres, los cuales siguieron a su vez felizmente a los suyos.

Summach., *Rel.*, 9:

(Habla por boca de Roma ese espíritu guardián.)

Imaginemos ahora que Roma está presente y que se dirige a nosotos con estas palabras: «Excelentes emperadores, padres de la patria, respetad mis años; yo he llegado a ellos gracias a piadosos ritos. ¡Dejadme practicar mis antiguas ceremonias, pues no me da vergüenza de ello! ¡Dejadme vivir de acuerdo con mis costumbres, puesto que soy libre! Fue esta religión la que sometió al mundo bajo mis leyes; fueron estos sacrificios los que alejaron a Aníbal de las murallas y a los Senones del Capitolio[106] . O ¿es que yo me he conservado para recibir reproches ahora que ya soy vieja?

[106] Se trata del saqueo de Roma llevado a cabo por los galos senones, bajo la dirección de Breno, en el 390 a. C.

Symmach., *Rel.*, 10:

(No importan los caminos por los que se puede llegar al conocimiento de la divinidad. Cada pueblo ha seguido los suyos.)

Así pues, pedimos que deje en paz a los dioses patrios, a los dioses indigetes. Todo aquello que los hombres adoran, es justo considerarlo como un solo y único ser. Los hombres contemplamos los mismos astros, el cielo nos es común y el mismo universo nos envuelve: ¿qué importa entonces la filosofía con la que cada uno busca la verdad? A tan gran secreto no se puede llegar por un solo camino.

Ambr., *Epist.*, 18, 8 ss.:

(Ambrosio contesta a los argumentos de Símaco.)

«A tan gran secreto», dice, «no se puede llegar por un solo camino». Lo que vosotros ignoráis, eso lo hemos aprendido nosotros de la boca del propio Dios; y lo que vosotros buscáis por medio de conjeturas, nosotros lo poseemos con certeza tras haberlo aprendido de la sabiduría y verdad de Dios. Vuestros métodos, pues, no coinciden con los nuestros. Vosotros pedís a los emperadores paz para vuestros dioses; nosotros pedimos a Cristo paz para los propios emperadores. Vosotros adoráis obras de vuestras propias manos; nosotros consideramos como injuria el pensar que es Dios todo lo que se puede fabricar. Dios no quiere ser adorado en piedras. Por lo demás, vuestros propios filósofos se burlaron ya de ello.

Oros., *Hist.*, 6, 1:

(Orosio, de la misma forma que Ambrosio en el texto anterior, insiste en que el conocimiento del verdadero Dios no se puede llegar sino a través de la verdad revelada. Los esfuerzos de los filósofos que con la luz de la inteligencia han intentado llegar al conocimiento del verdadero Dios son loables y han conseguido ver algo de la verdad, pero no toda.)

Todos los hombres, sean de la escuela filosófica que sean,

tengan el tipo de vida o la patria que tengan, se ven inclinados por una cierta disposición natural hacia el respeto a la sabiduría, de forma que, aunque de hecho no antepongan el elemento racional de su inteligencia a los goces del cuerpo, sin embargo, para sus adentros, saben que se deben anteponer. Esa inteligencia, ilustrada por la guía de la lógica, y puesta en medio de las virtudes, gracias a las cuales, en virtud de una cierta disposición natural, se remonta hacia arriba, aunque vuelva a recaer por culpa de los vicios, mira hacia el conocimiento de Dios cual si de una elevada meta se tratase. Y es que todos los hombres pueden despreciar temporalmente a Dios, pero no pueden olvidar totalmente. A raíz de esa tendencia natural, algunos, porque creen ver a Dios en muchos sitios, fingieron, con indiscriminado temor, muchos dioses. Pero ya hace tiempo que se alejaron de esa creencia gracias a la intervención testimonial de la verdad revelada y gracias también a la lucidez de la propia razón natural. Y sobre todo porque los propios filósofos profanos, por no hablar de nuestros santos, al investigar y estudiarlo todo con el sudoroso esfuerzo de la inteligencia, descubrieron que había un solo Dios, autor de todas las cosas, de forma que hacia él sólo tienen que volver todas las cosas. De ahí que todavía ahora los paganos, que se ven ya derrotados por la verdad revelada, no en su ignorancia, sino en su contumacia, al verse desmoronados por nuestros argumentos, confiesen, no que ellos adoren a muchos dioses, sino que veneran, bajo un solo Dios, a muchos ayudantes de éste. Todavía quedan, pues, confusas discrepancias en torno al conocimiento del Dios verdadero debido a las múltiples conjeturas de la inteligencia, porque, en cuanto a la existencia de un solo Dios, la opinión es ya casi unánime. Hasta aquí ha llegado la inteligencia humana, aunque con esfuerzo. Pero cuando falla la razón, viene en su ayuda la fe. Y es que, si no tuviéramos fe, no lo entenderíamos completamente; es el propio Dios de quien puedes oír y al propio Dios al que puedes creer, lo que de verdad quieras saber de él.

Prud., *Contra Symm.*, 2, 773 ss.:

(Prudencio responde también al intento de los filósofos paganos del siglo IV de conseguir que se acepte

que el verdadero Dios puede ser el Dios de cualquier pueblo.)

Persiste, sin embargo, diciendo que, a la hora de buscar al único Dios, se pueden tomar múltiples y diversos caminos: que partiendo unos de un lado y otros de otro, todos avanzan por distintos caminos independientemente, pero que todos llegan al final a las mismas encrucijadas y se reúnen en un solo lugar. Es más, dicen también que el cielo, la tierra, los vientos, el mar y las nubes, nos han sido dados a todos en común, tanto a los que te adoramos a ti, Cristo, como a los que sacrifican entrañas putrefactas o estatuas esculpidas en piedra.

Yo no niego que el uso del aire, de los astros, del mar, de la tierra y de la lluvia, es común para todos los vivientes. Es más, tanto los justos como los injustos viven bajo el mismo cielo; el mismo aire respira el impío y el piadoso, el casto y el incestuoso, la meretriz y la esposa fiel; el aire con el que mantenemos nuestra vida al tomarlo de la atmósfera, es el mismo, tanto el que pasa por la boca del sacerdote, como el que pasa por la boca del gladiador; la lluvia primaveral cae cuando la empuja el céfiro, pero riega tanto los campos del colono ladrón como del inocente; en verano, tanto el caminante, como el ladrón, pueden acercarse, cansados a las cristalinas corrientes de las gargantas; el mar sirve de utilidad tanto a los piratas como a los mercaderes; las olas ayudan al barco enemigo con no menos diligencia que al barco legítimo que lleva bancos de remeros. Así pues, la naturaleza, capaz de servir tanto al bien como al mal, se ofrece como alimento de los pueblos y no sabe distinguir los méritos de los seres vivos, alimentar a los cuales es lo único que se le ha ordenado. El mundo, en efecto, es esclavo, no juez; esta última función se la ha reservado para sí, y para un momento determinado, el supremo señor de la naturaleza. Por el momento, el hombre tiene a su disposición, en virtud de unas leyes que se dieron de una vez por todas, todos los bienes de la naturaleza: las fuentes manan, los ríos riegan, los mares se abren a las naves de vela, la lluvia cae, la brisa sopla, el aire móvil recrea, y las cosas de la naturaleza están públicamente al dominio de todos, por cuanto los elemen-

tos siguen su curso con obediencia. Así, tanto el bueno como el reo de pena capital gozan de las mismas estrellas y de la misma bondad del cielo propicio; y es que tanto uno como otro gozan del mismo bien común: vivir, aunque no tienen los mismos merecimientos. En fin, los romanos, los dahas, los sármatas, los vándalos, los hunos, los gétulos, los garamantos, los alamanos, los sajones y los galaulas[107] andan todos, por igual, a través de la misma tierra, todos tienen el mismo cielo y todos el mismo océano, que es el que rodea a nuestro universo. Y añado más: los animales beben de nuestras fuentes; el rocío que cae sobre las mies humana es el mismo que cae sobre la hierba del asno; los sucios cerdos nadan sobre nuestros ríos; el mismo aire que por nosotros, es el respirado por los perros y ese mismo aire anima con su soplo los cuerpos de las fieras.

Pero la misma diferencia hay entre romanos y bárbaros que entre cuadrúpedos y bípedos y que entre animales mudos y animales parlantes. Y esa es la misma diferencia que hay entre los fieles servidores de Dios y los partidarios de cultos absurdos y de sus errores. Y es que la participación común en el mismo aire y en el mismo cielo no hace a los hombres iguales a la hora de abrazar una religión: y es que esa participación común lo único que hace es engendrar, alimentar, recuperar y mantener los cuerpos y las semillas renovadoras. Y no importa cuáles sean la especie, la forma o los méritos, con tal de que se trate de cuerpos nacidos de la tierra, por cuanto se trata de cuerpos que reciben vigor de elementos terrenos: y es que la obra del padre creador, sin ningún tipo de discriminación, está a disposición de todos y se extiende sin ningún tipo de reserva, ya que fue regalada antes de que Adán, el primer hombre, cometiera el pecado. Y ese don no disminuye en función del pecado de sus usuarios, ni se aparta de los indignos, ni evita lo torpe y bajo. De la misma forma, los rayos del sol, cuando extendiendo

[107] Los dahas habitaban en Asia, más allá del Caspio; los sármatas, al norte del Cáucaso; los vándalos, en la actual Polonia; los hunos, al norte de los sármatas; los gétulos, al sur de Marruecos; los garamantos, en Tripolitania; los alamanos, en el centro-sur de Alemania; los sajones, en el norte; y los galaulas, posiblemente el suroeste de Marruecos.

su esplendor iluminan todos los lugares, llegan tanto a los techos dorados como a las casas bajas de negro humo; entran en el Capitolio, que brilla en mármoles, pero entran también en las rendijas de las cárceles, en las tétricas fosas donde se encierran los excrementos y en las sucias celdas de lupanares perfumados.

A pesar de todo ello, las oscuras cárceles no serán nunca lo mismo que los regios artesonados que brillan con metal precioso. Con mucha mayor razón, los que buscan a los dioses en las urnas y en las tumbas y aplacan a fantasmas con sacrificios sangrientos no serán lo mismo que quienes veneran al supremo señor del cielo, ofrecen sacrificios a la justicia y adornan el templo de su corazón.

«Pero el secreto profundo de la inteligencia suprema oculta no puede encontrarse sino multiplicando el camino de la búsqueda por distintos senderos y, a través de distintas pistas, trillando, con el carro que va en busca del Dios oculto, múltiples vías».

Nada más lejos de la verdad: la multiplicidad de caminos sólo produce dudosos rodeos y os hace andar errantes, cada vez más perplejos. Sólo carece de error una vía que no sabe desviarse en senderos apartados y que no presenta en cada momento bifurcaciones ambiguas.

Yo no niego, sin embargo, que ante nosotros se presenta siempre un doble camino y que los hombres siempre vamos por dos partes distintas, cuando nos preguntamos a dónde dirige sus pasos nuestra ignorancia. Uno de esos caminos está dividido en múltiples senderos; el otro es simple y único: uno sólo sigue a Dios, el otro adora a muchos dioses y tiene tantas desviaciones como estatuas hay en los templos y como fantasmas andan volando en forma de monstruos aéreos. Es ese camino el que lleva a unos a las fiestas dionisiacas de Baco, portador de tirso; el que atrae a otros hacia las fiestas saturnalias; el que enseña a otros los ritos sagrados que exige para sí el niño Júpiter disimulado en medio de tintineos de bronce[108]; es por ese camino por el que son bus-

[108] Cuando Júpiter niño lloraba, los coribantes golpeaban sobre escudos de bronce para que Saturno no le oyera.

cadas las ramas lupercales y las carreras errantes de jóvenes desnudos[109]; por el que se llama otras veces la atención del eunuco de Cibeles, inflamado en cruel locura, para que dé respuestas oscuras; otros, dispuestos a avanzar por senderos todavía más estrechos, veneran sucios legumbres en los huertos del Nilo, atreviéndose a impòner, como dioses, a las nubes, el puerro o las cebollas y a colocar por encima de los astros del cielo al ajo y la mostaza. Y es que Isis, Serapis, la Simia de gran cola y el cocodrilo son lo mismo que Huno, Laverda[110] y Priapo: a unos rinde culto el Nilo, a otros adora el Tíber. La superstición es la misma, aunque el error no arroja los mismos colores. En otro lugar, de ese camino sale otro sendero cubierto de tenebroso frondaje: es el camino que siguen las bestias, los animales mudos y los que viven ocultos en las selvas; en ese sendero la mente humana queda oculta sin conocer el cielo y viviendo cautiva del cruel tirano[111]; los que van por este sendero piensan que no existe ningún dios, que todo se mueve por azar y que los siglos ruedan sin ningún tipo de control; pues bien, este camino no está muy distante de aquellos otros que vosotros trilláis, vosotros que pensáis que el sumo dios es una multitud de dioses y una infinidad de monstruos.

El conductor del único camino verdadero es Dios; él manda al género humano que vaya por el único camino elevado que él ha construido, a través de una cuesta sin curvas, hasta las más elevadas cimas. Al principio, el aspecto de ese camino es tosco, horroroso, triste y difícil; pero, al final, es hermoso dotado de amplias riquezas, abundante en luz eterna y con posibilidad de recompensar los pasados esfuerzos.

El conductor del camino múltiple es el demonio, el cual, por el lado izquierdo, ha construido multitud de confusas desviaciones: por una de ellas se ha llevado a los barbados sofistas; por otra, a los ricos y poderosos; por otra llama a través de las lenguas de las aves; o engaña por medio de agüeros; o instiga por medio de las ambiguas respuestas de la vie-

---

[109] Las lupercales se celebran el 15 de febrero; tras un sacrificio, tenía lugar una carrera de los lupercos alrededor del Palatino.
[110] Diosa de los ladrones (cf. Horacio, *Epístolas* 1, 16, 60).
[111] El demonio.

ja Sibila borracha; engaña con la astrología; precipita hacia la magia; inquieta con presagios; captura con augurios; aterroriza con entrañas de víctimas. ¿Crees tú que un camino que yerra por tan múltiples desviaciones, que tiene a un guía tal, que no deja caminar hacia el señor de la salvación, sino que muestra a través de desviaciones, el camino de la muerte, que está pintado en sus desviaciones de fugaces alegrías, pero que es triste en su tramo final, y que se precipita súbitamente al fondo del abismo, puede ser el único y verdadero camino? ¡Alejaos, gentiles! No tenéis ninguna comunidad de ruta con el pueblo de Dios; !Marchaos lejos y penetrad en vuestro caos, al que os llama ese vuestro conductor a través de las perplejas desviaciones de la noche infernal! Para nosotros, que buscamos al señor de la vida, el único camino es la Luz, el día claro y la gracia simple. Nosotros seguimos a la esperanza, andamos en la fe, disfrutamos con los bienes futuros, a los que no se llega con el gozo de la vida presente: y es que el placer que ya se ha conseguido y el que se ha de conseguir no marchan por el mismo camino.

4. Los dioses paganos no son eternos

Tert., *Apol.*, 10, 2 ss.:

(Los dioses paganos no nacieron como dioses, sino como hombres.)

A vuestros dioses hemos dejado de adorarlos desde el momento en que supimos que no nacieron como dioses. Lo que vosotros debéis exigir es que probemos que no son dioses y que por tanto no deben ser adorados, porque si fueran dioses, deberían ser adorados; y los cristianos, por no adorar a dioses, porque no los consideran dioses, deberían ser castigados si se demostrara que son realmente dioses. «Pero para nosotros», decís, «son dioses»; apelamos y ponemos por testigo a vuestra propia conciencia; que ella nos juzgue, que ella nos condene, si ella puede decir que todos vuestros dioses no son hombres. Si ella dice que no son hombres, será convencida por el testimonio de sus antigüedades, en las que

ha conocido a sus dioses: y es que todavía hoy las ciudades en las que han nacido los dioses y las regiones en las cuales al actuar han dejado algún recuerdo dan testimonio de los lugares en los que están sepultados.

¿Voy a pasar ahora revista a cada uno de ellos, tan numerosos y tan grandes, dioses nuevos y antiguos, bárbaros y griegos, romanos y extranjeros, propios de Roma o compartidos con otros pueblos, varones o hembras, campestres o urbanos, marinos o guerreros? Es vano enumerar todos sus nombres: para resumir brevemente —y esto lo haré, no para dároslo a conocer, sino para que los recordéis, ya que actuáis como si los hubiérais olvidado— os diré que antes de Saturno no tuvisteis ningún otro Dios; a él remonta el origen de todo aquello que tenéis como más digno y conocido sobre las divinidades; así pues, cualquier cosa que se diga sobre el autor de la divinidad, se podrá decir de sus descendientes. Pues bien, Saturno, en lo que se refiere a testimonios escritos, no es designado sino como hombre, tanto por Diodoro el griego, como por Talo, Casio Severo, Cornelio Nepote[112] y cualquier otro comentarista de antigüedades de este tipo; y si nos fijamos en testimonios de hechos reales, no encuentro ninguno más seguro que la propia Italia, donde, recibido por Jano, o Jane, como quieren los Salios, se asentó tras haber hecho muchas expediciones y tras haber recibido hospitalidad en Atica. El monte en el que se asentó fue llamado el monte Saturnio; la ciudad cuyo recinto trazó, se llama todavía hoy Saturnia; y, en fin, toda Italia, tras haber tenido el nombre de Enotria, fue llamada Saturnia; él fue el primero que inventó las tablas de escritura y las monedas marcadas por una efigie, y de ahí que presida el erario público. Y sin embargo, Saturno, si era un hombre, es porque nació de un hombre; y si nació de un hombre, no nació

[112] La misma relación en Minucio Félix, 23, 9. Se trata de Diodoro de Sicilia, quien habla de Saturno en su *Biblioteca histórica* 5, 7. Talo es un cronógrafo contemporáneo de Tiberio. En cuanto a Casio Severo, no está clara su identificación: tal es el nombre de un orador contemporáneo de Augusto; Minucio Félix habla, en esta misma relación, de Casio, el cual ha sido identificado con L. Casio Hémina, el analista del siglo III a. C. En cuanto a Cornelio Nepote, hablaría de estos problemas en sus *Crónicas*, hoy perdidas.

ciertamente ni del cielo ni de la tierra; lo que pasó es que, como se desconocían sus padres, fue fácil decir que era hijo de aquellos de quienes cualquiera de nosotros podemos parecer hijos: ¿quién, en efecto, no llamará, por respeto y veneración, padre y madre a la tierra y al cielo o porque se deja llevar por una vieja costumbre humana en virtud de la cual se dice que aquellos cuyos padres se desconocen y que han aparecido sin origen conocido han venido del cielo? Por ello, como Saturno apareció de pronto por todas partes, se dijo que era hijo del cielo, de la misma forma que el vulgo llama hijos de la tierra a aquellos cuyo origen es desconocido. Y me callo el hecho de que los hombres eran entonces tan ignorantes que la aparición de cualquier hombre desconocido les sorprendía como si fuera un dios; ello no es extraño, porque todavía hoy, cuando son ya más civilizados, consagran e incluyen en el número de los dioses a hombres de cuya muerte son ellos testigos, ya que les han dado sepultura en medio de duelo público.

Lo que he dicho sobre Saturno ya es bastante, aunque ello sea poco. En lo que se refiere a Júpiter, se podrá demostrar de la misma forma que es un hombre y que ha nacido de un hombre, y que todos sus descendientes son tan mortales como lo fue el que está en el orígen.

Tert., *Apol.*, 12:

> (Los dioses paganos no son nada más que estatuas, materia inerte.)

En lo que se refiere, pues, a vuestros dioses, lo único que veo son nombres de algunos ancianos ya muertos; lo único que oigo son fábulas; y lo único que me explico con esas fábulas es su culto. En cuanto a sus estatuas, yo no veo en ellas otra cosa que una madera como la de los vasos y utensilios comunes; o una madera que incluso procede de esos vasos y de esos utensilios y que ha cambiado, por así decir, su destino gracias a una consagración, gracias a la libertad del arte que la transfigura; aunque la transfigura de una forma tan ultrajante y en una operación tan sacrílega que para nosotros cristianos, que somos entregados a los suplicios a causa precisamente de esos dioses, nos sirve de consuelo de

nuestras penas el hecho de ver a esos dioses sufrir el mismo suplicio que sufrimos nosotros.

Min. Fel., 20 ss.:

> (Insiste también este autor en las mismas ideas que Tertuliano sobre los dioses paganos.)

Acabo de exponer que, en la opinión de casi todos los filósofos que gozan de gloria ilustre, hay un solo Dios aunque designado con múltiples nombres, de forma que cualquiera puede pensar hoy día que o bien los cristianos son filósofos o bien los filósofos de entonces eran cristianos.

Y si el mundo está regido por una providencia y gobernado por la voluntad de un solo Dios, no debe la antigüedad ignorante, deleitada y cautivada por sus falsas historias, inducirnos al error de seguirla, cuando esa misma antigüedad ha sido desmentida por las sentencias de sus propios filósofos, confirmados por la autoridad de la razón y de los siglos. Y es que la creencia en falsedades era tan fácil entre nuestros antepasados que creyeron ciegamente en otras monstruosidades y en puros prodigios: que Escila tenía un cuerpo múltiple, que la Quimera era multiforme, que la Hidra renacía de sus fecundas heridas, que los centauros eran caballos pegados a sus propios jinetes[113] ; creían en fin en cualquiera otra de las historias que a la fama le estaba permitido inventar, historias que escuchaban con placer. ¿Para qué contar aquellas historias de viejas que hablan de hombres convertidos en aves y en fieras o de hombres transformados en árboles y flores? Si esas cosas hubieran ocurrido entonces, seguirían sucediendo ahora; pero, como no pudieron ocurrir, no han ocurrido.

Y de la misma forma que nuestros mayores, irreflexivos,

[113] Escila es un monstruo marino, cuyo cuerpo de mujer tenía, en su parte inferior, seis perros feroces. La Quimera es otro monstruo con cuerpo de león, de cabra y de dragón. La hidra es el monstruo de Lerna derrotado por Hércules: sus numerosas cabezas renacían cada vez que eran cortadas. Los centauros eran mitad hombre y mitad caballo: la explicación que da aquí Minucio es la de la historiografía racionalista griega, que intentó racionalizar cierto tipo de mitos.

crédulos, ignorantes y simples, creyeron en prodigios, también creyeron en dioses. Al adorar a sus reyes con culto religioso, al desear conservar a sus difuntos para verlos en imágenes, al procurar perpetuar su memoria en forma de estatuas, convirtieron en sagrado aquello que habían adoptado como consuelo. En fin, antes de que en el mundo existiera el comercio y antes de que los pueblos intercambiaran sus ritos y costumbres, cada pueblo adoraba a su fundador o a un jefe célebre o a una reina casta, más fuerte de lo que exigía su sexo, o al inventor del algún bien o arte, como ciudadano que merecía un honroso recuerdo: así se daba un premio a los difuntos y un ejemplo a los que habrían de nacer.

Lee los escritos de los historiadores y los de los sabios; comprobarás las mismas cosas que yo. Euhemero[114] enumera a todos los hombres convertidos en dioses gracias a su valor o buenas acciones, recuerda su nacimiento, patria y sepultura y los distribuye por regiones: Júpiter en Dicte[115], Apolo en Delfos, Isis en Pharos, Ceres en Eleusis. Pródico[116] dice que fueron elevados al rango de dioses hombres que, al encontrar nuevos productos de la tierra en sus correrías, sirvieron a los intereses de los hombres. Perseo[117] filosofa en el mismo sentido y reúne bajo el mismo nombre a los productos encontrados y a los descubridores de los mismos, como sucede en aquellas palabras del cómico que dice que «Venus está fría si le faltan Liber y Ceres»[118]. El famoso Alejandro el Magno de Macedonia le dice a su madre en un famoso escrito[119] que un sacerdote, temeroso de su po-

[114] Euhemero de Mesina (alrededor del 300 a. C.) expuso su doctrina en una especie de novela, *La Historia sagrada.* A este autor y a su doctrina, conocida como euhemerismo, recurren con frecuencia los primeros apologetas para demostrar, con un testimonio pagano, que los dioses tuvieron nacimiento y conocieron la muerte.

[115] Creta.

[116] Famoso sofista, célebre por la interpretación naturalista de la religión, que consistía en identificar a los dioses con las cosas útiles a los hombres y no con sus inventores.

[117] Perseo de Citio, filósofo discípulo de Zenón, quien identifica a los dioses con los inventores de cosas útiles para los hombres.

[118] Terencio, *Eunuco* 432.

[119] En realidad la carta es de León de Pela, euhemerista del siglo IV a. C.

der, le reveló el secreto acerca de los dioses hombres: él le pone, al frente de todos los dioses, a Vulcano y después el linaje de Júpiter, y pasa de las espigas de Isis, a la golondrina y al sistro[120] y al sepulcro de tu Serapis y Osiris, vacío porque han desaparecido los restos.

Piensa, en fin, en los propios cultos y misterios; encontrarás fines trágicos, muertes, funerales, duelos y llantos de dioses desgraciados. Isis, en compañía de su Cinocéfalo[121] y de sus sacerdotes calvos, llora, se aflige y busca a su hijo perdido[122], y los desgraciados seguidores de Isis se golpean el pecho e imitan el dolor de su desgraciada madre; después, al encontrar al hijo, goza Isis, exultan los sacerdotes, es honrado Cinocéfalo, que es el que le encontró, y no cesan ningún año de perder lo que encuentran y de encontrar lo que pierden. ¿No es ridículo llorar por lo que se venera o venerar aquello por lo que se llora? Sin embargo, este culto, que en otro tiempo era egipcio, es ahora también romano. Ceres, rodeada de antorchas iluminadas y de una serpiente, anda de acá para allá, angustiada y preocupada, en busca de Líbera que le ha sido arrebatada y perdida: tal es el rito de Eleusis. Y ¿qué decir de los ritos de Júpiter? Su nutricia fue una cabra; le fue sustraído a su padre para que no le devorara y se hace sonar a los címbalos de los coribantes para que su padre no oyera los vagidos del niño. De Cibeles en Díndima[123] me da vergüenza hablar: al no poder seducir —porque ya era deforme y vieja, como madre que era de muchos dioses— a su adúltero, que, para su desgracia, todavía le agradaba, le mutiló y le convirtió en un dios eunuco; por esta leyenda, los gallos[124] llegan a sacrificar su virilidad para honrar a su diosa.

¿Qué más? ¿Acaso no es verdad que la forma y el porte exterior de vuestros dioses evidencian su ridiculez y su indignidad? Vulcano es un dios cojo y enfermo; Apolo, un imberbe a pesar de sus muchos años; Esculapio aparece con una bella barba, a pesar de seguir siendo siempre hijo del

---

120 Atributos de Isis.
121 El dios Anubis, que tenía cabeza de perro.
122 Osiris.
123 Montaña frigia, donde Cibeles recibía culto.
124 Sacerdote de Cibeles.

adolescente Apolo; Neptuno tiene los ojos verdes, Minerva azules y Juno como los de los bueyes; Mercurio tiene los pies alados, Pan ungulados y Saturno entrelazados. Jano tiene dos frentes, como si pudiera marchar para atrás. Diana es unas veces una cazadora con vestidos cortos, otras veces la diosa de Efeso, equipada de numerosos y abundantes pechos, y otras, la diosa de los caminos, horrible por sus tres cabezas y sus muchas manos. ¿Qué más? Vuestro propio Júpiter, unas veces se presenta sin barba y otras se instala con barba; y, cuando se le llama Hamón, tiene cuernos; cuando Capitolino, lleva los rayos; cuando Latiar, está impregnado de sangre; cuando Feretrio, no se le entiende[125] ; y para no seguir más adelante con los muchos Júpiter que hay, diré por fin que cuantos nombres hay de Júpiter, tantos monstruos hay. Erigone[126] está suspendida de un lazo para convertirse en Virgo entre los astros; Castor y su hermano mueren alternativamente para que viva el hermano; Esculapio es fulminado para resucitar bajo la forma de un dios; Hércules, para despojarse de su naturaleza humana, es quemado en los fuegos del Eta.

Estas fábulas y errores, no solamente las aprendemos de nuestros ignorantes padres, sino, lo que es mucho peor, trabajamos en ellas en nuestros estudios y enseñanzas, sobre todo en la lectura de los poetas, los cuales, apoyándose en su autoridad, han hecho un enorme daño a la verdad. Por eso Platón, con toda justicia, echó de la ciudad que él construía en su diálogo a ese famoso, coronado y alabado poeta llamado Homero[127]. Y es que es él sobre todo el que, al escribir sobre la guerra de Troya, ha pintado a vuestros dioses —bien es verdad que en composiciones lúdicas— mezclados en asuntos humanos; es él el que los ha emparejado con los hombres, el que ha representado a Venus herida, y el que ha descrito a Marte encadenado, herido y en fuga. Es él el que habla de Júpiter liberado por Briareo, para que no fuese encadenado por los otros dioses; de Júpiter llorando con lá-

[125] Traducimos *non auditur*. Se trata de un texto corrupto, sobre el cual no se ha dado todavía una lectura correcta.

[126] Hija de Icario que se tumbó sobre la sepultura de su padre y fue transformada en constelación.

[127] Alusión a un célebre pasaje de *La república* de Platón (3, 9, 398 A).

grimas de sangre por su hijo Sarpedón, porque éste no podía escapar de la muerte; de Júpiter, encandilado por la cintura de Venus, abrazarse a su esposa Juno con más ardor que lo hacía con las adúlteras. Otras veces se ve a Hércules sacar el estiércol y a Apolo apacentar el ganado de Admeto. Neptuno, por su parte, levantó unos muros para Laomedonte, pero no recibió, infeliz constructor, ningún pago por su trabajo. En otro lugar se ve cómo se fabrican en un yunque el rayo de Júpiter y las armas de Aneas, cuando el cielo, los rayos y los relámpagos existían ya mucho antes de que naciera Júpiter en Creta y cuando ni el propio Cíclope pudo reproducir las llamas del auténtico rayo ni Júpiter mismo dejar de tenerlas. Y ¿para qué hablar de Marte y de Júpiter, cogidos en flagrante adulterio, o del estupro llevado a cabo por Júpiter, con la bendición del cielo, en la persona de Ganimedes? La transmisión de todas estas historias no tiene otra finalidad que preparar una justificación para los pecados de los hombres.

Con esta y otras fábulas de este tipo y con mentiras agradables son corrompidas las mentes de los niños; y grabándoseles estas historias en sus espíritus llegan con ellas hasta su adolescencia y, desgraciados, envejecen con estas mismas convicciones; y todo ello, cuando la verdad, para los que la buscan, es fácil de encontrar. Efectivamente, de Saturno, que es el primero de esta raza y linaje, dicen todos los escritores de la antigüedad, tanto griegos como romanos, que era un hombre; es un hecho que conocen Nepote y Casio en su historia; y Talo y Diodoro hablan también de ello[128]; este Saturno, prófugo de Creta, llegó a Italia huyendo por miedo de la crueldad de su hijo y, recibido en hospitalidad por Jano, enseñó, como griego y culto que era, muchas cosas a aquellos ignorantes y agrestes hombres: a trazar las letras, a grabar las monedas, a fabricar utensilios. Y a su escondite (*latebra*), porque en él había estado a salvo escondido (latuisset), lo llamó *Latium;* y tanto él como Jano dejaron, como memoria de ambos para la posteridad, el nombre de Saturnia, a la ciudad, y el de Janículo. Era, pues, un hombre, un hombre que huyó y que se escondió, padre de hombre e hijo de hombre; pero se le llamó hijo de la tierra y del cielo,

[128] Cf. nota 112.

porque había llegado a Italia sin tener padres conocidos: todavía hoy se dice «caídos del cielo» a los que llegan inopinadamente y llamamos hijos de la tierra a los humildes y desconocidos. Su hijo Júpiter, tras expulsar a su padre, reinó en Creta, allí murió y allí tuvo hijos; todavía se puede ver la cueva de Júpiter y se muestra su tumba; incluso los propios lugares consagrados a él prueban su naturaleza humana.

Sería ocioso recorrer uno por uno todos los dioses y desenrollar toda su genealogía, ya que el carácter mortal, probado en sus primeros padres, ha pasado a todos ellos por simple transmisión hereditaria. A no ser que penséis en hombres convertidos en dioses después de su muerte, o en Rómulo, convertido en dios por el perjuro Próculo[129] o en Juba[130], divinizado por la voluntad de los mauros; o en los demás reyes convertidos en dioses y a los que se consagra, no porque se crea en su divinidad, sino para honrar su glorioso poder. A todos éstos, en fin, se les atribuye el nombre de dioses en contra de su voluntad: ellos hubiesen preferido seguir siendo hombres, temían ser convertidos en dioses y no lo querían, a pesar de ser viejos. ¿Por qué, en efecto, si los dioses nacieron entonces, no nacen también hoy día? Salvo que Júpiter haya ya envejecido, Juno se haya convertido en estéril y Minerva haya encanecido antes de dar a luz, ¿a qué otra cosa se debe que se haya cortado la generación de dioses, sino al lecho de que ya nadie cree en historias de este tipo? Por otro lado, si los dioses pudiesen procrear y no morir, tendríamos más dioses que hombres, hasta el punto de que no habría cielo para contenerlos, aire para recibirlos, ni tierra para llevarlos. Por todo ello está claro que fueron hombres, sobre cuyo nacimiento tenemos testimonios escritos y cuya muerte conocemos.

Min. Fel., 24, 5 ss.:

(Los ídolos del paganismo son objetos de madera inerte.)

---

[129] Senador que afirmó que se le había aparecido Rómulo y le había dicho que se le adorara como Dios.

[130] Juba II, rey de Mauritania amigo de Augusto.

¿Quién ignora que el público ora y adora públicamente las imágenes consagradas de estos dioses solamente porque la opinión y el espíritu de las gentes ignorantes se dejan engañar por las gracias del arte, el fulgor del oro, la brillantez de la plata y la blancura del marfil? Si tuvieran presentes los instrumentos de tortura y las máquinas con que han sido hechas estas estatuas, enrojecerían de vergüenza por tener miedo a una madera en la que se ha divertido el artista para hacer de ella un dios. En efecto, un dios de madera, un trozo quizá de leño o de palo estéril, es colgado, tallado, limado y alisado; y un dios de bronce o de plata, hecho la mayoría de las veces, como se hizo para un rey de Egipto, de un immundo vasucho, es fundido, torneado con martillos y configurado en el yunque; y un dios de piedra es tallado, esculpido por un hombre sucio, y no se entera ni de la bajeza de su nacimiento, ni de la veneración que recibe después de vosotros. A no ser que casualmente sigan siendo roca, leño o plata, porque ¿en qué momento se convierte en dios? Véis cómo es fundido, fabricado y esculpido; todavía no es dios; véis cuándo es soldado, construido y levantado; y todavía no es dios; véis cuándo es adornado, consagrado y adorado; entonces por fin es dios, es decir, en el momento en que el hombre quiere y le adora.

Realmente, con cuánta más naturalidad se portan con esos vuestros dioses los mudos animales. Los ratones, las golondrinas, los milanos saben y conocen que esos dioses son insensibles: los pisan, se posan en ellos y, si los dejarais, harían sus nidos en la propia boca de nuestros dioses; las arañas tienden incluso sus propias telas en su rostro y cuelgan sus filamentos de su propia cabeza. Vosotros los limpiáis, los laváis, los raspáis y a ellos, hechos por vosotros, los protegéis y teméis, porque ninguno de vosotros se da cuenta de que debería conocer a dios antes de adorarle, porque todos se preocupan de obedecer a sus padres sin pensarlo, porque todos prefieren dejarse llevar por el error ajeno antes que confiar en sí mismos, y, en fin, porque no conocen nada de lo que temen. Así se consagró la avaricia en el oro y la plata, así adquirieron forma las vanas imágenes, y así nació la superstición romana.

Y si pasas revista a sus ritos, ¡qué cantidad de prácticas ri-

dículas, incluso desgraciadas! Corren desnudos en el crudo invierno[131]; otros andan con bonetes en la cabeza y dan vueltas alrededor de viejos escudos[132] ; otros golpean las pieles del tambor[133]; otros llevan a sus dioses de barrio en barrio mendigando[134]; en algunos templos sólo se permite entrar una vez al año[135]; en otros está totalmente prohibido entrar[136]; hay ritos a los que no pueden asistir los hombres y algunos de los que las mujeres quedan excluidas; incluso la participación de un siervo en algunas ceremonias es un escándalo que hay que expiar[137] ; unos objetos sagrados no pueden ser coronados sino por mujeres que tengan un solo varón, otros por mujeres que tengan muchos varones y hay que buscar, con gran religiosidad, a mujeres que puedan contar muchos adulterios en su haber. ¿Qué más? Esos que hacen libaciones con su propia sangre y súplicas con sus propias heridas[138], ¿no les valdría más ser impíos que practicar este tipo de piedad? Y aquellos cuyas partes genitales han sido mutiladas por un tejón, ¡de qué modo ultrajan al dios, ellos que lo que quieren es aplacarle!; y es que, si el dios hubiera querido eunucos, los habría hecho así de nacimiento y no los haría después de nacidos. ¿Quién no se daría cuenta de que sólo locos y gente de mente vacía y perdida pueden disiparse en ritos de este tipo y de que sólo la propia multitud de equivocados es la que sirve de garantía mutua entre ellos? Efectivamente, la única excusa de esta común locura es la multitud de locos que hay.

Arnob., *Nat.*, 1, 28, 6 ss.:

> (Los dioses de los paganos proceden todos ellos del único Dios soberano.)

Si todos admitimos que existe un solo y único soberano

---

131 En las fiestas Lupercales, en febrero.
132 Los salios.
133 Son sacerdotes de Cibeles. Golpeaban con violencia tambores de piel de asno, sobre todo en las procesiones de las fiestas megalesias, en abril.
134 Son sacerdotes medicantes (cf. Apuleyo, *Metamorfosis* 8, 24).
135 Así en el de Demeter, en Arcadia.
136 En el de Poseidón, en Mantinea.
137 Tal sucedía en el culto de la *Mater Matuta*.
138 Los sacerdotes de Cibeles.

el cual no es superado por ninguna otra cosa en antigüedad temporal, hay que aceptar necesariamente que todas las cosas han nacido, salido a la luz y llegado a la naturaleza que designa su nombre después de ese soberano. Si eso ya está claro y admitido, debemos aceptar como consecuencia que vuestros dioses han tenido nacimiento y que el origen de este nacimiento está en ese soberano, que es la fuente de todas las cosas. Y, si han tenido nacimiento y han sido engrendrados, están también expuestos a la muerte y a los peligros. Sin embargo se cree que son inmortales, eternos y no afectados por ningún límite: se debe a un favor y regalo del Dios padre el hecho de que hayan merecido permanecer durante siglos de forma invariable, a pesar de ser por naturaleza caducos y perecederos.

Arnob., *Nat.*, 1, 30:

> (Los dioses paganos no pueden reinar sobre los fenómenos atmosféricos que se les atribuye, porque estos fenómenos existen de siempre y los dioses han tenido nacimiento.)

¿No se os ha ocurrido pensar nunca e investigar de quién son las cosas en las que os encontráis, de quién los bienes en que vivís, de quién esta tierra que trabajáis, de quién este aire que inspiráis y expiráis para vivir, de quién las fuentes que utilizáis, de quién el agua, o quién ha dispuesto los soplos de los vientos, quién ideó las lluviosas nubes, o quién dio a cada semilla poderes reproductores según leyes particulares? ¿Es Apolo acaso el que os llueve? ¿Es Mercurio el que os llueve? ¿Son Esculapio, Hércules o Diana los que han inventado el régimen de lluvias y de tempestades? ¿Cómo podría ocurrir esto, cuando vosotros mismos reconocéis que tuvieron nacimiento y que consiguieron el hálito vital en un determinado momento? Pues bien, si el mundo le precedió en antigüedad temporal y si antes de ellos nacieran la naturaleza conocía ya las lluvias y las tempestades, estos dioses, nacidos más tarde, no tienen nigún poder para hacer llover y no pueden intervenir en unos mecanismos naturales que

se encontraron aquí ya actuando e interviniendo gracias a una fuerza mucho mayor.

Arnob., *Nat.*, 1, 34-35.

(Júpiter no es un dios eterno.)

En vano, dicen los paganos, nos atacáis y lanzáis contra nosotros una acusación falsa y calumniosa; decís en efecto que nosotros negamos la existencia de un dios superior; no, porque nosotros llamamos a ese dios supremo Júpiter, le consideramos como Optimo y Máximo y le hemos construido augustas moradas y gigantescos capitolios. Intentáis mezclar cosas distintas y reducirlas a una sola y única idea, confundiéndolo todo, porque el Dios todopoderoso es reconocido unánimamente, con el consentimiento universal de toda la humanidad, como no engendrado, como no traído a una nueva luz en ningún momento y como no aparecido en ningún momento temporal concreto ni en ningún siglo. Y es que él es la fuente de todas las cosas, el autor de los siglos y de los tiempos; en efecto, las cosas, los siglos y los tiempos no existen por sí mismos, sino que proceden de su eterna eternidad y de su infinita y continua sucesión. Vuestro Júpiter, sin embargo, como decís vosotros mismos, tiene padre, madre, abuelos, abuelas y hermanos[139]; formado en el seno de su madre en fecha reciente y cumplidos y consumados diez meses, salió a una luz desconocida para él dotado de hálito vital. Así pues, si esto es así, ¿cómo puede ser Júpiter ese dios, cuando se sabe que Dios es eterno y se reconoce por vosotros mismos que ese otro dios vuestro ha conocido un día de nacimiento y, asustado por la nueva experiencia, dio vagidos plañideros?

Pero admitamos, como queréis, que Júpiter y nuestro Dios son la misma cosa y que no se diferencian en nada en poderío y majestad divina. ¿Por qué entonces nos perseguís

---

[139] Su padre es Cronos; su madre, Rea. No tiene dos abuelos y dos abuelas, sino un solo abuelo y una sola abuela, ya que sus padres eran hermanos. Arnobio habla de «abuelos» y «abuelas» quizá por descuido. Sus hermanos son Plutón y Neptuno.

con injustos odios? ¿Por qué aborrecéis la mención de nuestro nombre como si fuera un malísimo presagio, si al dios que vosotros adoráis lo adoramos también nosotros? Y ¿por qué pretendéis, en la misma argumentación, que los dioses son amigos vuestros, pero enemigos encarnizados nuestros? Efectivamente, si nosotros y vosotros tenemos una religión común, la ira celeste cesa; pero si los dioses son sólo enemigos nuestros, está claro que ni vosotros ni ellos conocen al verdadero Dios, el cual no es Júpiter, como lo demuestra precisamente esa indignación de las divinidades.

Arnob.,*Nat.*, 1, 36 ss.:

(Muchos dioses paganos han nacido como meros mortales.)

Amigos, si os agrada, decidnos quiénes son esos dioses que creen que es una injuria que nosotros adoremos a Cristo. Son Jano, fundador del Janículo; Saturno, padre de la ciudad Saturnia; Fenta Fatua, la mujer de Fauno, llamada la Diosa Buena, pero que es más buena y más digna de elogio, cuando se trata de beber vino; los Indigetes, esos dioses que se arrastran por los ríos y que en el lecho del río Númico[140] pasan la vida entre las ranas y los pequeños peces; Esculapio y el padre Liber, nacido el primero de Coronis y arrojado el segundo por un rayo del vientre de su madre; Mercurio, nacido del vientre de Maya, de Maya la blanca, que es lo realmente divino[141]; los arqueros Diana y Apolo, llevados en las huidas de su madre por todas partes y apenas seguros en las islas flotantes; Venus, hija de Dioné[142], esposa de un varón troyano y prostituta de sus intimidades; Ceres, nacida en territorio de Trinacria, y Proserpina, secuestrada mientras cogía flores; Hércules, el tebano o tirio:

[140] Arroyo de Nemi, pequeño río del Lacio. En sus orillas estaba enterrado Eneas, que sería uno de esos dioses indígenas, si es que *Indigetes*, a pessar de sus problemas etimológicos, significa realmente «indígenas».

[141] Reminiscencia de Virgilio, *Eneida* 8, 138 ss. Servio, en el comentario a este verso virgiliano, dice que Maya era llamada «blanca», porque era la más brillante de las pléyades.

[142] Arnobio sigue la tradición homérica, en la que Venus es hija de Zeus y Dioné.

si el tebano, sepultado en tierras de Hispania, si el tirio, quemado en las llamas del Oeta; los Castores, hijos de Tíndaro, probado domador de caballos uno y buen e insuperable luchador con el guante de cuero crudo el otro; los Titanes, los Bocores[143] moros y los dioses sirios, nacidos de huevos[144]; Apis, llamado así cuando llegó al Peloponeso, pero que se llama Serapis en Egipto; Isis, ennegrecida por los soles de Etiopía, que llora a su hijo perdido y a su esposo despiezado miembro a miembro; omitimos y pasamos por alto a los regios descendientes de Ope: vuestros autores ya os han revelado en sus libros, para vuestra instrucción, quiénes y cómo son esos dioses. ¿Estos son los dioses cuyos oídos se lastiman cuando escuchan que nosotros adoramos, aceptamos y consideramos como Dios a Cristo? ¿Estos son los dioses que, olvidados de la suerte y condición a la que pertenecían hace poco, no aceptan compartir con otro aquello que les ha sido concedido a ellos gratuitamente? ¿Es esta la justicia de los cielos? ¿Es este el juicio irreprochable de los dioses? ¿No es acaso una especie de envidia y de avaricia, una especie de vileza denigrante el querer que sólo sobresalga la propia suerte y que las cosas de los demás sean rebajadas y pisoteadas con humillante desprecio?

Nosotros adoramos a un hombre que ha tenido nacimiento. Y ¿qué? ¿Vosotros no adoráis a ningún hombre que haya tenido nacimiento? ¿Acaso no adoráis a innumerables hombres que han tenido nacimiento? Es más, todos esos dioses que vosotros tenéis en vuestros templos, ¿no los habéis sacado del número de los mortales y los habéis elevado, vosotros, a la altura del cielo y de los astros? Si por casualidad se os escapa a vosotros que éstos son de común suerte y condición humana, abrid vuestros antiquísimos libros y recorred las obras de aquellos que, cercanos a los viejos tiempos, han revelado, sin ningún afán de complacer, toda la ver-

[143] Si se acepta la lectura *Titanes* y *Bocchores* se trataría de un culto africano de los Titanes, bastante desconocido, y de unos reyes moros divinizados. Los manuscritos transmiten *Tisianes* y *Bucures* que, según Kroll, son dioses africanos, totalmente desconocidos en otros textos.

[144] Es quizá un plural generalizador. Se trata de la *dea siria*, llamada también Atargitis, identificable con Venus: nació del huevo de una paloma según atestigua Nigidio Fígulo.

dad. Inmediatamente sabréis quiénes son los padres de cada uno de ellos, quiénes las madres que los procrearon, en qué región nacieron, entre qué gente, qué hicieron, qué trataron, qué soportaron, en qué se ocuparon, qué hechos adversos o favorables sufrieron en la realización de sus hazañas. Y si, sabiendo que han sido llevados en el vientre de una mujer y que han comido los frutos de esta tierra, seguís todavía echándonos en cara que nosotros adoremos a uno que ha nacido como hombre, actuáis sin duda de una forma demasiado injusta, ya que consideráis como condenable en nosotros lo que vosotros mismos constantemente hacéis y no queréis que esté permitido a otros lo que os permitís como lícito a vosotros mismos.

Pero concedamos, entregándonos por el momento a vuestras opiniones, que Cristo fue uno de nosotros, que tenía el mismo espíritu, la misma mente, la misma alma, el mismo cuerpo, la misma fragilidad y la misma condición, ¿no merece acaso, en reconocimiento de sus inmensos beneficios, que le llamemos Dios y que le sintamos como tal? Y es que, si vosotros consideráis como dioses a Líber por haber descubierto el uso del vino, a Ceres por haber descubierto el del pan, a Esculapio por las hierbas, a Minerva por el olivo, a Triptolemo por el arado, y, en fin, a Hércules por haber superado y domado a fieras, ladrones e hidras de múltiples cabezas, ¡con cúantos más honores debe ser tratado por nosotros aquel que, inculcándonos la verdad, nos sacó de grandes errores; que, a los que ya andábamos como ciegos y sin guía, nos apartó de los precipicios y caminos desviados para llevarnos a lugares más llanos; que nos mostró lo que es más saludable y fructífero para el género humano: qué, quién, cuánto y cuál es Dios; que nos ha permitido y enseñado a comprender —en la medida en que nuestra mediocridad puede hacerlo— y a entender las profundidades insondables e inenarrables de la divinidad...!

Lact., *Inst.:*

(Todo el libro I de las *Diuinae Institutiones* de Lactancio es un ataque a los dioses paganos, tomando sobre todo como base la doctrina conocida como euhe-

merismo. Recogemos aquí algunos textos en este sentido.)

1,9:

El propio Hércules, el cual, famoso y semejante a Africano por sus acciones valerosas, es tenido como un Dios, ¿no es verdad que llenó con estupros, adulterios y placeres el orbe de la tierra que, según se dice, purgó él en sus correrías? Y no es extraño, puesto que ya él había sido engendrado en una acción adúltera de Alcmena[145]. ¿Qué podía haber de divino en quien, enajenado por sus propios vicios, inquieta, en contra de toda ley y con infamia, deshonor y vergüenza, a hombres y mujeres? Pero es que ni siquiera aquellos grandes y maravillosos hechos que llevó a cabo deben ser considerados como tales, de forma que parezcan atribuibles a facultades divinas. ¿Qué tiene de extraordinario vencer a un león y a un jabalí, rechazar aves con flechas, sacar del establo el ganado del rey, vencer a las amazonas, robar un cinturón, o matar a unos caballos salvajes juntamente con su dueño? Esto son acciones, sí, de un hombre fuerte, pero de un hombre. Y es que las cosas sobre las que venció son cosas frágiles y mortales. «No hay nada en efecto», como dice el orador, «de tanta fortaleza que no pueda ser debilitado o roto con la espada o con la fuerza; dominar el espíritu y frenar la ira es propio de un hombre muy fuerte; esto no lo ha hecho ni lo pudo hacer nunca ése; a quien consiga esto yo, no sólo le compararía con los hombres ilustres, sino que le consideraría semejante a un Dios»[146].

1, 10:

En cuanto a Esculapio, nacido en una vergonzosa acción de Apolo[147], ¿qué otra acción divina hizo sino sanar a Hipólito? Tuvo una muerte ilustre, ya que mereció ser fulminado por un Dios. De él dice Tarquitio, al hablar de hombres ilustres, «que nació de padres desconocidos, que fue

[145] Hércules es hijo de Júpiter y Alcmena; ésta fue engañada por Júpiter, quien tomó la apariencia de Anfitrión, marido de ella, y tuvo de él un hijo, Hércules.
[146] Cicerón, *Por Marcelo* 3, 8.
[147] Era hijo de Apolo y de la ninfa Coronide.

abandonado y encontrado por unos cazadores, que fue alimentado con leche de perro, que, encomendado a Quirón, aprendió medicina, y que, si bien nacido en Mesenia, vivió en Epidauro». Tulio señala igualmente que está sepultado en Cinosuro[148].

Y ¿qué decir de Apolo, su padre? ¿No es verdad que, arrastrado por el amor en que ardía, espantó vergonzosamente el rebaño de otro y que, actuando por dinero, dinero que después le pudo ser negado impunemente, construyó unos muros a Laomedonte? El fue el primero en enseñar a un pérfido rey a no cumplir las promesas hechas a los dioses.

El homicida Marte, liberado graciosamente por los atenienses de la pena capital, para que no diera la impresión de que era demasiado fiero y cruel, cometió adulterio con Venus.

Los hermanos Castor y Polux dejaron de ser dos, al intentar raptar a la mujeres de otros. Y es que Idas, irritado por la injuria, atravesó con la espada a uno de ellos; a partir de ahí, según cuentan los poetas, mientras uno vive, el otro está muerto y viceversa; de esta forma sucede, no sólo que no sean dioses, sino que son los más desgraciados de los mortales, ya que tienen que morir varias veces. Sin embargo, Homero, en contra de la común opinión de los poetas, atestigua que ambos murieron juntos; efectivamente, en el pasaje en que nos describe a Helena sentada en los muros reconociendo a todos los príncipes de Grecia y buscando sólo a sus dos hermanos, pone tras sus palabras este verso:

«Mientras ella decía estas cosas, la tierra los tenía a ellos bajo su superficie»[149].

El ladrón y embaucador Mercurio, ¿qué otra dejó para renombre suyo, sino el recuerdo de sus robos? Ciertamente es digno de estar en el cielo, porque enseñó la lucha y fue el primero que inventó la lira.

En cuanto al Padre Líber necesariamente debe gozar de gran autoridad y de prerrogativa en sus opiniones en el senado de los dioses, ya que, a excepción de Júpiter, fue

[148] Tarquitio es el autor de un tratado de presagios etruscos. Cicerón habla de este tema en *Sobre la nat. de los dios., 3, 22, 57.*

[149] *Ilíada* 3, 243.

el único de todos ellos que triunfó, el que condujo un ejército y sometió a los indios. Pero ese general en jefe invicto de la India fue vergonzosamente derrotado por el amor y el placer...

Y ¿qué decir del padre de todos éstos, Júpiter, que en las oraciones solemnes es llamado Optimo y Máximo? ¿Acaso no sabemos que desde su niñez fue un impío y casi un parricida, ya que expulsó y ahuyentó del reino a su padre y no esperó, en su deseo de reinar, a la muerte del ya decrépito anciano? Y una vez que se apoderó por la fuerza y las armas del trono paterno fue atacado en la guerra por los Titanes: este hecho es el comienzo de las desgracias de los hombres; derrotados al fin los Titanes y conseguida para siempre la paz, pasó el resto de su vida en medio de estupros y adulterios. Pasó por alto a la doncellas que violó: esto suele ser considerado como tolerable. Pero lo que no puedo pasar por alto es el caso de Anfitrión y Tíndaro, cuyas casas deshonró y difamó totalmente. Pero su mayor impiedad y crimen fue el rapto de un joven príncipe para cometer en él estupro: y es que ser pecaminoso y sucio en el asalto al pudor de las mujeres puede parecer poca cosa, siempre que no se cometa injuria contra el propio sexo; pero actuar en contra de la naturaleza, eso es un auténtico adulterio. Pues bien, del que hizo esta cosas, se podrá dudar si era o no Máximo, pero lo que está claro es que no es Optimo: esta denominación está muy lejos de poder ser aplicada a los corruptores, adúlteros e incestuosos, a no ser que nosotros, los hombres, al llamar pecaminosos a los que hacen tales cosas y considerar como perdidos y dignos de todo tipo de castigo a los mismos, estemos equivocados...

1, 11:

Pues bien, ¿quién hay tan loco que piense que reina en el cielo aquel que ni siquiera en la tierra debió reinar? Cierto poeta, no sin gracia, nos describe el triunfo de Cupido[150]; y en ese libro nos pinta a Cupido, no sólo como el más poderoso de los dioses, sino incluso como el vencedor de to-

[150] *Fragmentos de poetas romanos* (Ed. Baehrens, p. 405).

dos ellos; efectivamente, tras haber enumerado los amores de cada uno de ellos, amores por los cuales habían caído todos ellos bajo el poder y dominio de Cupido, nos describe una procesión en la cual Júpiter, encadenado al lado de los demás dioses, marcha delante del carro del vencedor. Es cierto que esto son elegantes figuraciones del poeta, pero no distan mucho de la verdad. Y es que, el que carece de virtudes y es dominado por la pasión y los malos placeres, está sometido, no a Cupido, como imaginó ese poeta, pero sí a la muerte eterna.

Pero dejemos las costumbres y volvamos al tema, para que la gente sepa en qué errores están sumergidos los desgraciados. El vulgo dice que Júpiter reina en el cielo: esto, que se evidencia en la religión, en las súplicas, en los himnos, en los templos y en las estatuas, es opinión común tanto entre doctos como entre ignorantes. Pero al mismo tiempo confiesan que es hijo de Saturno y de Rea; ¿cómo puede ser considerado como Dios o, según quiere el poeta, como «creador de los hombres y de las cosas»[151] aquél antes de cuyo nacimiento existieron infinitos miles de hombres? A saber, aquellos que vivieron durante el reinado de Saturno, gozaron de la luz antes que Júpiter. Está claro, pues, que en los primeros tiempos hubo un rey y en los tiempos siguientes hubo otro; en consecuencia, puede suceder que en el futuro haya otro distinto: efectivamente, si en los primeros tiempos hubo un cambio de reinado, ¿por qué no vamos a poder esperar que lo haya en los tiempos futuros? Salvo que sea cierto que Saturno pudo engendrar a uno más poderoso que él y que Júpiter no pueda hacerlo. Pero es que el imperio divino o es siempre inmutable o, si es mutable —cosa que es imposible—, tendrá que ser siempre mutable. ¿Puede, pues, perder Júpiter su reino, como lo perdió su padre? Con toda seguridad. Efectivamente, si bien es cierto que no se abstuvo nunca de doncellas ni de casadas, sí se abstuvo sin embargo de Tetis, porque había un presagio que decía que el que naciera de aquella mujer sería más grande que su padre; y digo «con toda seguridad», primero porque dio pruebas en esto de una ignorancia que no es propia de un

[151] Virgilio, *Eneida* 12, 829.

dios, ya que, si no se lo hubiera dicho la futura Temis, no hubiera conocido este presagio; y si su actuación no es divina, él no era dios, ya que el concepto de «divino» procede de «dios», como el concepto de «humano» procede de «hombre». Y, en segundo lugar, porque tenía conciencia de su propia debilidad, ya que temió a uno que sería mayor que él; y, quien tiene este temor, sabe a ciencia cierta que él no es el más grande, como quiera que puede existir algo mayor que él. Él mismo jura religiosamente por la laguna Estigia

«la única a la que reverencian los dioses»[152].

¿Qué reverencia es ésta o por quién es dada? ¿Es que hay algún poder soberano que castigue a los dioses que perjuran? ¿Por qué los dioses, si son inmortales, tienen tanto miedo a la laguna infernal? ¿Por qué la temen si a ella no llegarán sino los que necesariamente tienen que morir? ¿Por qué entonces los hombres levantan sus ojos al cielo? ¿Por qué tienen que jurar por los dioses, cuando estos mismos dioses se vuelven a los infiernos y encuentran allí objetos de veneración y adoración? ¿Y qué es eso de que existen unos hados a los cuales obedecen todos los dioses y el propio Júpiter? Si el poder de las Parcas es tan grande que están por encima de todos los dioses celestiales y del propio rey y señor de ellos, ¿por qué no se dice que son ellas las que reinan, bajo cuyas leyes y estatutos están necesariamente todos los dioses? ¿Acaso duda alguien de que aquel que está sometido a algo no puede ser el más grande? Porque, si lo es, no acepta, sino que hace hados.

Ahora vuelvo al tema que antes dejé. Sólo se abstuvo de una mujer, a pesar de que la amaba perdidamente, y no porque se dejara llevar por la virtud, sino porque tenía miedo al descendiente. Y este temor es propio de aquel que es mortal, débil y nada, ya que, si hubiera tenido poder, le eliminaría al nacer, como fue eliminado su hermano mayor, el cual, si hubiera podido vivir, nunca habría consentido estar por debajo del menor. Y él mismo, escondido y criado furtivamente, fue llamado «Zeus» o «Zen», y no, como ellos

[152] Virgilio, *Eneida* 12, 817.

piensan, por el resplandor de su fuego celeste, ni porque sea el dador de la vida y el animador de los seres vivos, virtud que es propia sólo de un Dios —¿qué vida puede dar aquel que ha recibido la suya de fuera?—, sino porque fue el primero de los hijos varones de Saturno que sobrevivió. Los hombres podían haber tenido otro Dios soberano, si Saturno no hubiera sido engañado por su esposa.

Pero, dirá alguien, los poetas imaginaron todo esto. Se equivoca quien piensa así. Los poetas hablaban de hombres; lo que pasó es que, para ensalzar a aquellos cuyo recuerdo celebran con alabanzas, dijeron que eran dioses. En consecuencia, puede considerarse como fingido aquello que se refiere a los dioses, pero no aquello que se refiere a los hombres. Ello quedará claro con el ejemplo siguiente. Con el fin de violar a Dánae arrojó abundantemente sobre su regazo monedas de oro: este fue el precio del estupro. Pero los poetas, que hablaban como por boca del Dios, con el fin de no romper la autoridad majestuosa que se le tenía ya concedida, fingieron que él se deslizó sobre el regazo de ella en forma de lluvia de fuego: se trata de la misma figura que aquella consistente en llamar «lluvia de hierro»[153], a las flechas y dardos que caen en gran número.

Se dice que raptó a Catamito[154] en forma de águila: se trata de una figura poética. Pero lo más probable es que o bien le raptó por medio de sus legiones, cuya insignia es el águila, o bien la nave, en la cual fue transportado, tenía como estatua protectora la de un águila, de la misma forma que tenía un toro cuando raptó y transportó a Europa.

De igual forma se nos transmite que Io, la hija Inaco, se convirtió en buey, la cual, para huir de las iras de Juno —estaba ya asediada por sus dardos—, atravesó, según se dice, convertida ya en buey, el mar, llegó a Egipto y, recuperada allí su antigua apariencia, se convirtió en la diosa que ahora se llama Isis...

Así pues, no fueron los poetas los que inventaron estas hazañas —si lo hubieran hecho, serían muy falaces—, sino que

[153] Ennio, *Anales* 287; Virgilio, *Eneida* 12, 284.
[154] Epíteto de Ganimedes.

añadieron cierto color a las hazañas ya transmitidas. Y es que narraban estas cosas, no para denigrar a los dioses, sino por deseo de presentarlas elegantemente. De ahí que los hombres sean engañados, ya que, al pensar que todo esto ha sido inventado por los poetas, no saben realmente lo que adoran. Desconocen, en efecto, cuál es la medida de la licencia poética y hasta dónde les está permitido llegar a los poetas en sus ficciones, cuando el oficio de poeta consiste precisamente en dar otra apariencia, mediante figuras indirectas y con cierta elegancia, a los hechos reales. Aunque fingir todo aquello que se dice es ya propio de ineptos y de falaces y no de poetas.

Pero concedamos que son fingidas todas esas cosas maravillosas que se creen: ¿lo es también todo eso que se dice sobre las diosas y sobre los matrimonios de los dioses? ¿Por qué son así representados en estatuas y son así adorados? ¿Acaso mienten no sólo los poetas, sino también los pintores y los escultores? Y es que, si el Júpiter al que vosotros llamáis dios, es el Júpiter de los pintores y escultores y no el Júpiter que nació de Saturno y Ope, lo lógico sería que en todos los templos estuviera sólo la estatua de él. ¿Qué significan las estatuas de sus mujeres? ¿Qué significa el sexo débil? Si es verdad que este Júpiter cayó sobre las mujeres, las propias piedras confesarían que es un hombre. Pero, dicen, son los poetas los que mienten y creen, sin embargo, a pintores y escultores. Pero la verdad es que los poetas no mintieron; porque los pintores y escultores representan las efigies de los dioses de tal forma que quede claro que es verdad lo que dicen los poetas. Pues ¿qué otro significado tiene el hecho de que la imagen de Catamito y la efigie del águila esté delante de los pies de Júpiter y sean adorados con él, sino que permanezca para siempre el recuerdo de su nefando crimen y de su estupro?

Así pues, lo que nos dicen los poetas no es todo ello invención; quizá cambian algo o lo oscurecen con figuras indirectas, con el fin de ocultar la verdad. Es lo que sucede en el mito del reparto de los reinos. Dicen, en efecto, que a Júpiter le tocó el cielo, a Neptuno el mar y a Plutón los infiernos. ¿Por qué no fue la tierra la tercera parte en entrar a sorteo? Sencillamente porque todo el reparto se refiere ex-

clusivamente a la tierra; la verdad es ésta: se repartieron y sortearon el dominio sobre la tierra de esta forma: el imperio sobre Oriente le tocó a Júpiter; a Plutón, de sobrenombre Agesilaco, le tocó el Occidente y, como a la zona oriental por donde sale el sol se la llama «superior», la de Occidente da la impresión de ser la «inferior»; de esta forma taparon la verdad con una mentira, para que la propia verdad no cercenara las creencias de las gentes; en cuanto al significado de lo que le correspondió a Neptuno está claro: su poder es el mismo que el infinito poder que se concedió a Marco Antonio, al cual concedió el senado el poderío sobre toda la costa marítima, para que persiguiera a los piratas y apaciguara el mar; de esta forma, en manos de Neptuno cayeron todos los mares con sus islas. ¿Cómo se puede probar esto? Lo demuestran las viejas historias. Euhemero[155], antiguo autor de la ciudad de Mesena, recoge las hazañas de Júpiter y de todos los demás que son considerados dioses y compuso una historia a partir de los epígrafes e inscripciones sagradas que se encontraban en los viejos templos y sobre todo en el templo de Júpiter Trifilio[156]; la inscripción del frontispicio de este templo indicaba que la columna que allí estaba había sido colocada por el propio Júpiter; en ella escribió él sus propias hazañas para que sirviera de recuerdo de sus hechos a la posteridad. Esta historia fue traducida y continuada por Ennio; de él son estas palabras: «Júpiter da a Neptuno el imperio sobre el mar y sobre todas las islas y el reino de todos los lugares que hay en las costas marítimas».

Así pues, es verdad lo que dicen los poetas, aunque esté velado por una especie de oscuridad y apariencia. Es posible también que el monte Olimpo fuera el punto de partida de la figura poética consistente en decir que a Júpiter le correspondió el reino de los cielos; y es que «Olimpo» es una palabra de doble significado: significa «monte» y «cielo». La propia historia de Euhemero demuestra que Júpiter habitaba en el Olimpo con estas palabras: «Por esta época Júpiter pasaba la mayor parte del tiempo en el Olimpo y a

---

155 Cf. nota 114.
156 De Trifilia, en la Elide de Peloponeso.

allí venían a resolver todos sus pleitos ante él. Y si alguien encontraba algo que fuera útil para la vida humana, también venía a allí y se lo mostraba a Júpiter».

De esta forma, los poetas nos presentan muchos hechos transformados, pero no con la idea de mentir en lo que se refiere a los dioses, sino para añadir a sus poemas cierta gracia y elegancia mediante figuras poéticas. Quienes no entienden de qué forma, por qué y en qué consisten las figuras, persiguen a los poetas como mentirosos y sacrílegos. En este error han caído incluso los filósofos, los cuales, al ver que las cosas que se contaban de Júpiter no eran dignas de un dios, hablaron de dos Júpiter, uno real y otro imaginario. Acertaron al ver que aquel del cual hablan los poetas es un hombre; pero se equivocaron, dejándose llevar por la vulgar superstición, al hablar del Júpiter real, ya que trasladaron a un dios el nombre de un hombre: y es que Dios, puesto que es único, como ya dijimos, no necesita nombre. Es vana, pues, la creencia de aquellos que atribuyen al Dios supremo el nombre de Júpiter. Algunos suelen justificar su error con esta excusa: que están convencidos de que existe un solo Dios, que ellos no pueden negarlo y que le adoran; pero que les ha parecido bien llamarle Júpiter. ¿Qué más absurdo que esto? Júpiter no puede ser adorado sin la compañía de su esposa e hija. Está claro de ello quién es Júpiter y no puede dársele este nombre si no va acompañado de Minerva y de Juno. Y ¿qué decir del hecho de que el significado de este nombre no expresa una fuerza divina, sino humana? Efectivamente, Cicerón entiende que *Jovem* y *Juno* derivan de «ayudar» *(juvare)* y que *Jup-piter* es algo así como «el padre» *(pater)* «que ayuda» *(juvat)*[157]. Esta interpretación no conviene de ninguna forma a un dios, porque «ayudar» es propio de un hombre que da algo de apoyo al prójimo y algo de pequeño beneficio. Nadie ora a la divinidad así: «Ayúdame», sino así: «guárdame, concédeme vida y salud»; esto último es mucho más y más importante que la simple ayuda. Y, puesto que hablamos de «padre», hay que decir que lo que hace un padre con los hijos no es «ayudar», sino «engendrar» y «educar». «Ayudar» es algo tan insignifican-

[157] Cicerón, *Naturaleza de los dioses* 2, 25, 64; 26, 66.

te que, con esta palabra, no podemos expresar la magnitud del beneficio recibido de un padre. Con mucha mayor razón este verbo no conviene a Dios, que es nuestro verdadero padre, por el cual somos y del cual somos totalmente, por el cual hemos sido creados, animados e iluminados, el cual nos da la vida, nos concede la salud y nos suministra constantemente alimentos. No entiende los beneficios divinos quien piensa que él solamente es «ayudado» por Dios. Así pues, no sólo es un ignorante, sino también un impío, quien infravalora con el nombre de Júpiter los valores de la suprema potestad.

Pues bien, si ya hemos descubierto que Júpiter, por sus acciones y sus costumbres, fue un hombre y reinó en la tierra, nos queda que investiguemos también su muerte. Ennio, tras describir en la *Historia Sagrada*[158] sus hazañas, dice finalmente esto: «Después Júpiter, tras haber recorrido cinco veces la tierra, haber dividido su imperio entre sus amigos y parientes, haber dejado a los hombres leyes y costumbres, haber creado los alimentos y haber hecho otros muchos bienes, dejó, dotado de inmortal gloria y memoria, eternos recuerdos de sí mismo. Cuando ya acababa su vida, cambió de vida en Creta y se marchó junto a los dioses; los Curetes, sus hijos, le cuidaron y adornaron. Su sepulcro todavía está en Creta, en la ciudad de Cnosos, ciudad fundada, según se dice, por Vesta; y en su sepulcro se encuentra escrito con letras griegas antiguas esto: ZAN KRONOU, que en latín quiere decir: «Júpiter de Saturno». Esto es una tradición, no de poetas, sino de escritores de historias antiguas.

1, 15:

Una vez que está claro por todo lo anterior que esos dioses eran hombres, no es difícil saber por qué razón empezaron a ser llamados dioses. Efectivamente, si es cierto que antes de Saturno y Urano no existieron reyes, ya que había muy pocos hombres y éstos llevaban una vida agreste sin nadie que los dirigiera, es indudable que, en tiempos de Satur-

158 Es la obra de Euhemero (cf. nota 114), que fue dada a conocer en Roma por Ennio.

no y Urano, los hombres empezarían a honrar con grandes alabanzas y honores al propio rey y a su familia; y ello hasta tal punto que terminarían por llamarlos dioses, ya por lo extraordinario de sus valores —como maravillosos los consideraban aquellas gentes todavía rudas y simples—, ya, cosa que suele ocurrir, por deseo de adular su poderío, ya por los beneficios de ellos recibidos y gracias a los cuales habían llegado a cierto grado de cultura. Después esos mismos reyes, que terminaron por ser muy queridos por aquellos cuya vida habían culturizado, dejaron tras su muerte una gran añoranza de ellos mismos; por ello los hombres esculpieron sus estatuas, para recibir algún consuelo con la contemplación de sus imágenes; y pasado el tiempo, empezaron por amor a adorar el recuerdo de sus difuntos, para dar la impresión de que eran agradecidos con sus benefactores y para animar a sus sucesores a gobernar dignamente. Esto lo demuestra Cicerón en su libro sobre la naturaleza de los dioses con estas palabras: «La vida de los hombres y las costumbres comunes se encargaron de llevar hasta al cielo, con las palabras y con el corazón, a los hombres que habían sobresalido en la dispensación de beneficios. Ahí tienen su origen Hércules, Castor, Polux, Esculapio, Líber»...[159] Por esta misma razón los romanos hicieron sacrificios a sus césares y los mauros a sus reyes. De esta forma empezaron a surgir poco a poco las religiones.

1, 20:

Paso ahora a la religión genuina de los romanos, puesto que ya he hablado de las religiones comunes. Lupa, la nodriza de Rómulo, es adorada con honras divinas; y yo lo aceptaría, si se tratara del propio animal representado en la figura. Pero es que, según el testimonio de Livio[160], se trata de una efigie de Larentina y, ciertamente, de una efigie, no de su cuerpo, sino de su espíritu y de sus costumbres. Era, en efecto, la esposa de Fáustulo, y, porque tenía su cuerpo a disposición de todo el mundo, los pastores la llamaron «loba», es decir, meretriz. De ahí deriva también la palabra

[159] Cicerón, *Naturaleza de los dioses* 2, 24, 62.
[160] 1, 4.

«lupanar». En esta figura los romanos siguieron el ejemplo de los atenienses: éstos, tras haber matado una meretriz de nombre Leona a un tirano y dado que era impío poner en el templo la estatua de la meretriz, pusieron en el templo la efigie del animal cuyo nombre llevaba aquella meretriz. De esta forma, de igual modo que los griegos hicieron el monumento a partir del nombre de la homenajeada, así los romanos lo hicieron a partir de sus aficiones. En su nombre se instauró un día festivo y se programaron las Larentinalias. Y no sólo a esta meretriz adoran los romanos, sino también a Faula, de la que dice Verrio que era prostituta de Hércules. ¿Qué reputación merece esta inmortalidad que incluso las meretrices consiguen? Flora, tras haber conseguido gran cantidad de riquezas en su profesión de meretriz, nombró como heredero suyo al pueblo y le dejó una cantidad de dinero: los intereses anuales de este dinero son destinados a la celebración de su cumpleaños en unos juegos que reciben el nombre de «Floralia». El senado, a quien esto le parecía vergonzoso, decidió tomar como excusa el propio nombre de la diosa para adosar cierta dignidad a una tradición tan vergonzosa: inventaron que se trataba de la diosa que protegía las flores y que convenía tenerla contenta para que los frutos, árboles y vides florecieran abundante y prósperamente. El poeta, al hilo de esta figura, cuenta en los *Fastos*[161] que en principio era una ninfa famosa llamada Cloris, la cual, casada con Zéfiro, recibió de su marido a modo de dote la potestad sobre todas las plantas. En verdad que estas cosas que se dicen son decentes, pero sería indecente y torpe creerlas, y apariencias de este tipo no deben engañarnos cuando buscamos la verdad. Lo que se celebran son juegos con toda lascivia, convenientemente adaptados al recuerdo de una meretriz: efectivamente, además del libertinaje en las palabras, con las que se desparrama todo tipo de obscenidades, las meretrices, a petición del pueblo, se desnudan; entonces, éstas se dedican a bailar y se detienen con movimientos vergonzosos ante los ojos del pueblo hasta saciar la vista de los impúdicos.

[161] Ovidio, *Fastos* 5, 195 ss.

Tacio[162] consagró en la Cloaca Máxima el busto que encontró de Cloacina y, como no sabía de quién era aquella estatua, le dio nombre a partir del lugar donde la había encontrado.

Tulo Hostilio ideó y adoró a los dioses Pavor y Palidez. ¿Qué puedo decir de esto sino que era lógico que cada uno inventara sus dioses de acuerdo con sus conveniencias?

La consagración por parte de Marco Marcelo de los dioses Honor y Virtud coinciden en el fondo con lo anterior, aunque se trata de nombres muchos más honrosos.

Por la misma ligereza, el senado colocó entre los dioses a la Mente. Y, por cierto, si el senado hubiera tenido mente, nunca habría aceptado ritos de este tipo.

Cicerón dice que los griegos tomaron una gran y audaz decisión, cuando consagraron en los ginmasios las estatuas de Cupidos y Amores[163]. Y es que aquello no sólo no fue una gran decisión, sino que ni siquiera fue una decisión, sino la perdida y deplorable maldad de unos hombres que abandonaron a los placeres de la juventud a unos hijos a los que debían instruir en la honestidad: quisieron que sus hijos adoraran a los dioses de los pecados, y que lo hicieran sobre todo en lugares en que los cuerpos desnudos se abren a los ojos de los corruptos, y en una edad que, por su simpleza y falta de previsión, puede ser engañada y caer en la trampa antes de que pueda prevenirlo. ¿Qué tiene de extraño que manaran maldades de toda esta gente, para la cual los vicios son religión, ya que no sólo no los evita, sino que los cultiva? Por ello Cicerón, como si quisiera vencer a los griegos con inteligencia, añade a la frase anterior esto: «y es que conviene consagrar las virtudes y no los vicios»[164]. ¿No ves, Marco Tulio que, si aceptas esto, sucederá que los vicios entrarán juntamente con las virtudes, por cuanto el mal se pega al bien y termina por dominar en los corazones de los hombres? Y si rechazas esto, los propios griegos te responderán que ellos adoraban a unos dioses para que fueran sus benefactores, y a otros, para que no fueran sus malefactores. Esta

[162] Tito Tacio, uno de los reyes de Roma.
[163] Cicerón, *Sobre las leyes*, frg. 2.
[164] Cicerón, *Sobre las leyes* 2, 11, 28.

es la excusa de aquellos que tienen como dioses a los males: tal es el caso de los romanos con la Herrumbre y la Fiebre. Pues bien, Cicerón, si bien estoy de acuerdo contigo en que no deben ser consagrados los vicios, añado que tampoco lo deben ser las virtudes. Y es que las virtudes no son sabias ni tienen sentimientos por sí solas, ni deben ser colocadas entre paredes ni en pequeños templos hechos de barro, sino que deben ser puestas dentro del corazón y aprendidas en el interior, para que no sean falsas, cosa que sucedería si fueran colocadas fuera de la persona...

Y no dejan de adorar a cosas de las que huyen y a las que odian. Adoran, en efecto, con incienso y con delicadeza cosas que en lo más íntimo de su ser debían horrorizarles. Y este error emana del desconocimiento que tienen del principal y sumo bien. Durante la ocupación de la ciudad por parte de los galos, los romanos, asediados en el Capitolio, construyeron máquinas de guerra con cabellos de mujeres: de ahí consagraron un templo a Venus Calva. Quizás habían aprendido de los lacedemonios que los dioses se inventan a partir de los sucesos; cuando los lacedemonios asediaban a los mesenios, éstos lograron escapar del cerco de los sitiadores y se dirigieron a Lacedemonia para destruirla: allí fueron rechazados y puestos en fuga por las mujeres espartanas; entre tanto, los lacedemonios, tras darse cuenta del engaño de sus enemigos, salieron en su persecución. Sus mujeres, armadas, salieron a su encuentro y al ver que sus maridos se disponían para la lucha, porque pensaban que ellas eran los mesenios, desnudaron sus cuerpos. Y ellos, al conocer a sus esposas y verse impulsados al placer por su aspecto, se aparearon con ellas armados como estaban; y lo hicieron indistintamente —no daba tiempo de distinguir—, como lo habían hecho con las doncellas los jóvenes que ellos habían enviado poco antes; de estas uniones nacieron las Partenias. Como recuerdo de este hecho fundaron un templo y una estatua a Venus Armada. Y, aunque esto tiene un origen bajo, parece más decente consagrar un templo a Venus Armada que a Venus Calva. En esta misma época fue levantado un altar a Júpiter Panadero, porque aconsejó a los romanos durante el sueño que, reuniendo todos los alimentos que tenían, hicieran un pan y lo arrojaran al campamen-

to de los enemigos; una vez hecho esto, los galos levantaron el asedio porque perdieron toda esperanza de poder someter a los romanos mediante agotamiento. ¿Qué burla religiosa es ésta? Si yo fuera defensor de estas creencias, ¿qué otra cosa más gravosa podía soportar que el hecho de que la reverencia debida a mis dioses había llegado a tal punto de desprecio que servía de burla hasta por sus indecentes nombres? ¿Quién no se reirá de la diosa Horno o, más, de que doctos hombres se dediquen a celebrar las fiestas Hornacalia?[165]. ¿Quién, al oír el nombre de la diosa Muda, podrá contener la risa? Esta es, dicen, de quien nacieron los Lares y por ello la llaman Lara o Larunda[166]. ¿Qué puede conceder a sus fieles aquella que no puede hablar? Es adorada también la diosa Caca, que mostró a Hércules el camino para el robo de los bueyes y que consiguió su divinidad por haber traicionado a su hermano; y Cunina, que protege a los niños en las cunas y aleja los hechizos; y Estercuto, que fue el primero que enseñó la forma de estercolar los campos; y Tutino, en cuyo vergonzoso seno se asientan las novias para que parezca que es ese dios el primero que prueba su virginidad; y otros muchos portentos: hasta tal punto que podríamos decir que quienes adoran a todos estos dioses nos parecen más vanos que los egipcios, los cuales veneran a algunas estatuas monstruosas y ridículas.

Y, sin embargo, todos esos dioses tienen alguna estatua. Pero ¿qué decir de quienes adoran a una piedra informe y ruda, a la que dan el nombre de Término? Este es el dios al que dicen que devoró Saturno en lugar de a Júpiter. No sin razón se le atribuye este honor: efectivamente, cuando Tarquinio intentaba hacer el Capitolio, al ver que había allí capillas de muchos dioses, les consultó por medio de augurios si cederían su sitio a Júpiter; y todos se marcharon menos el dios Término. De ahí que el poeta le llame «la roca inamovible del Capitolio»...[167] ¿Qué decir de quienes adoran tales cosas sino que ellos mismos son piedras y estacas?

---

165 Cf. Ovidio, *Fastos* 2, 525-532.
166 Cf. Ovidio, *Fastos* 2, 583-616.
167 Virgilio, *Eneida* 9, 446.

1, 23:

Ahora, una vez que ya hemos hablado del origen de estas supersticiones, nos queda recordar la época en la que vivieron aquellos cuya memoria es adorada. Teófilo, en su libro sobre los tiempos dirigido a Antolico, afirma que Talo dice en su historia que Belo...[168] fue contemporáneo de Saturno y que uno y otro crecieron en la misma época. Esto es cierto, como puede deducirse del propio análisis de los tiempos... De este análisis de los tiempos se deduce claramente que Saturno nació no hace más de mil ochocientos años; y Saturno fue el padre de todos los dioses. No deben, pues, ser venerados por la antigüedad de sus ritos aquellos cuyo origen, motivación y época conocemos perfectamente.

Eus.-Hier., *Chronicon.*

(En el *Chronicon* de Eusebio-Jerónimo se deja constantemente en claro que los dioses paganos tuvieron principio en un momento, lugar o pueblo determinado. Citamos por el año de Abrahán y la página de la edición de Schoene.)

a. 475 (p. 27):

Fue Cécrope el primero que dio a la divinidad el nombre de Júpiter, inmolándole un buey: su patria se llamó, a partir de él, Cecropia.

a. 486 (p. 27):

Se cuenta que el juicio sobre la disputa de la región entre Neptuno y Minerva tuvo lugar ante Cécrope.

a. 488 (p. 27):

Júpiter se unió a Io, hija de Iasis; ésta, convertida, según se cuenta, en buey, es llamada hoy día Bósforo.

---

[168] Talo es un cronógrafo contemporáneo de Tiberio. Teófilo es obispo de Antioquía (160-182), autor de una apología.

a. 505 (p. 29):

Según algunos, Io marcha a Egipto y allí fue llamada Isis; ésta se casó después con Telégono y engendró a Epafo.

a. 506 (p. 29):

Es fabricado el templo de Apolo de Delos por Erisictón.

a. 508 (p. 29):

Hércules, de sobrenombre Desanao, adquiere fama en Fenicia; de ahí que, hasta donde llega mi recuerdo, sea llamado Desanao por los capadocios y helienses.

a. 534 (p. 31):

Durante el reinado de éstos vivió Erictonio, hijo de Vulcano y de Minerva, llamado Ericteo por Homero.

a. 535 (p. 31):

Arcas, hijo de Júpiter y de Calisto, tras someter a los pelasgos, llamó a la región de éstos Arcadia.

a. 558 (p.33):

Busiris, hijo de Neptuno y de Libia, hija de Epafo, ejerce la tiranía en los territorios cercanos al Nilo, matando en cruel acción a los huéspedes que se acercaban a su territorio.

a. 572 (p. 35):

Júpiter se une a Europa, hija de Fénix; a ella se unió después Asterio, rey de los cretenses, teniendo de ella a Minos, Radamento y Sarpedón.

a. 588 (p. 35):

Cadmo reinó en Tebas; de su hija Semele nació Diónisos, es decir, el padre Líber; bajo su reinado vivió el músico Lino de Tebas.

a. 605 (p. 37):

En esta época sucedió lo que se cuenta de Demetra, de la

que dicen que se trata de Isis, y de Danae, la madre de Perseo.

a. 623 (p. 37):

En este año tuvo lugar la historia de Proserpina, contada por Filocoro[169] en el libro segundo de su obra *Atis:* fue raptada por Aidoneo, es decir, Orco, rey de los molosos, cuyo perro, de gran tamaño y de nombre Cerbero, devoró a Peritoo, porque éste había venido a raptar a su mujer juntamente con Teseo; a éste, cuando estaba ya a las puertas de la muerte, vino Hércules a salvarle y por eso se dice que fue sacado casi de los infiernos.

a. 627 (p. 39):

Nace de Semele Diónisos, que en lengua latina es llamado padre Líber.

a. 628 (p. 39):

El tracio Boreas, hijo de Astreo, raptó a Oritia, hija de Erecteo; la falsa historia identifica a Boreas con un viento. En época de éste comenzaron a aparecer los misterios.

a. 660 (p. 41):

Se inició según escribe el poeta Fanocles[170], la guerra entre Troo, padre de Ganimedes, y Tántalo a causa del rapto de Ganimedes. En vano, pues, se ha inventado la historia de Júpiter y del águila raptora.

a. 667 (p. 41):

Titio lucha con Tántalo; y con Titión, Latona, madre de Apolo, quien estuvo en compañía de Hércules al servicio de Admeto.

---

[169] Es un poeta e intérprete sagrado del s. III a. C. Escribió 17 libros sobre la historia de Grecia, además de otras obras.

[170] Poeta griego elegíaco que vivió en época de Filipo y Alejandro. Los seis fragmentos que conservamos pertenecen a un mismo poema: un catálogo donde trata del amor de los dioses y héroes por jóvenes hermosos.

a. 718 (p. 45):

Algunos atribuyen a esta época los hechos del padre Líber y todo lo que se cuenta sobre los indos, Licurgo, Acteón y Penteo. Dinarco, el poeta,[171] no el rétor, nos cuenta cómo Líber, enfrentándose a Perse, murió en la lucha; el que quiera, puede ver todavía en Delfos, junto a Apolo, el sepulcro de oro del padre Líber. A Líber se le pinta con cuerpo femenino y delicado por las mujeres que militan en su ejército; y es que, según dice Filocoro en su libro segundo, atraía a su militancia a mujeres y hombres mezclados.

a. 823 (p. 53):

Hércules, contrayendo una enfermedad pestilente, se arrojó a las llamas para evitar los dolores; de esta forma murió a los cincuenta y dos años de edad. Otros escriben que murió treinta años antes.

Aug., *Civ. Dei*, 3, 12.

(Los dioses romanos son advenedizos.)

Sin embargo, Roma no se dignó contentarse con estos ritos que, en tan gran número, había instituido Pompilio[172] en Roma. Y es que todavía no tenía el soberano templo de Júpiter, pues fue Tarquinio el que creó el Capitolio en Roma. Esculapio deseó venir de Epidauro a Roma para, como médico peritísimo que era, ejercer con más gloria el arte de la medicina en esta nobilísima ciudad; la madre de los dioses vino de no sé dónde: de allá, de por Pesinonte; y es que era una indignidad que, mientras su hijo presidía ya la colina del Capitolio, ella continuase todavía escondida en un lugar sin nombre. Ella, sin embargo, si es verdad que es madre de todos los dioses, no sólo siguió hasta Roma a algunos de sus hijos, sino que precedió a otros que después la habrían de seguir. Me maravillo ciertamente de que ella fuera la madre del Cinocéfalo[173], el cual llegó mucho después desde Egipto. En cuanto a la cuestión de si la diosa Fiebre es hija de

[171] Dinarco, el poeta, no el rétor.
[172] Numa Pompilio, uno de los primeros reyes de Roma.
[173] Anubis, que tenía cabeza de perro.

ella, que lo averigüe su biznieto Esculapio; pero, naciera donde naciera, pienso que los dioses venidos de fuera no se atreverán a llamar innoble a una diosa con ciudadanía romana.

Ambros., *Epist.*, 18, 30:

(En la polémica entablada entre Símaco y Ambrosio, en la que intervienen también Prudencio en su *Contra Symmachum*, uno de los temas debatidos es el de los dioses paganos. Ambrosio recuerda a Símaco que muchos de ellos son advenedizos.)

Si le placían los antiguos ritos, ¿por qué adoptó Roma ritos extranjeros?... Por responder a sus quejas actuales, ¿por qué adoptaron ídolos de ciudades capturadas, dioses vencidos, ritos exóticos, rivalizando así con sus enemigos en las ceremonias de una superstición que les era extraña? ¿De dónde han tomado el tipo de Cibeles lavando sus carros simbólicamente en las orillas del Almo? ¿De dónde han tomado a los adivinos frigios y las divinidades de la enemiga Cartago, siempre odiosas para los romanos? La diosa a la que los africanos llaman Celeste y los persas Mitra, es adorada por la mayoría con el nombre de Venus: el nombre cambia, pero la divinidad es la misma. De la misma forma, han creído que la victoria es una diosa, cuando la victoria ciertamente es un don, pero no un poder; ella no domina, sino que es donada por el servicio de las legiones y no el poder de las religiones.

Prudenc., *Contra Symmachum*, 1:

(En general, todo el libro I del *Contra Symmachum* de Prudencio es un virulento ataque a los dioses del paganismo, en respuesta a uno de los argumentos presentado por Símaco ante el emperador en su *relatio*. Recogemos algunos de los pasajes de este libro I.)

1, 145 ss.:

(Los dioses paganos no son nada más que reyes divinizados.)

En aquella época, la ignorante rudeza del vulgo creía que

todos los reyes eran tan poderosos que cualquier soberano podía pasar, con sus bajezas, al reino eterno que domina las alturas del cielo. Se creía entonces que todo reino y todo poder, aunque fuera pequeño, tenía una fuerza majestuosa y el imperio del cielo; se concedía incluso a los jefes el honor del incienso y de una pequeña capilla; ese honor, al ser aumentado por el miedo, el amor y la esperanza, es arrastrado por las costumbres tradicionales durante largo tiempo en detrimento de desgraciados; y el reflejo de una falsa piedad se extiende, en las brumas del error, a través de generaciones ignorantes. Después, dado que la veneración que se les tuvo a los reyes en vida pasó a su memoria cuando dejaron de vivir y dado que esa veneración convirtió en altares sus urnas fúnebres, la consecuencia fue que empezó a haber escarnios de doncellas, hijos y partos de esas doncellas violadas, amor furtivo entre jóvenes y flagrantes delitos de adulterio: y todo ello porque la gente de la corte se acostumbró a hervir en los vicios de sus reyes y porque los descendientes de los dioses, perdidos en el lujo, se acostumbraron a no acordarse de su antiguo pudor.

1, 42 ss.:

(Saturno.)

¿No es cierto que se cree que Saturno fue el que mejor gobernó a los antiguos latinos, ilustrando los ánimos agrestes y los corazones bárbaros de aquellas gentes con manifestaciones de este tipo?: «Soy un dios, llego como fugitivo, ofrecedme un abrigo secreto, ocultadme, ya viejo y expulsado de mi tierra por la fiereza de mi hijo tirano. He decidido, como fugitivo y tirano, ocultarme aquí y dar el nombre de Lacio[174] a este pueblo y a este lugar. Si os place, yo os forjaré un instrumento curvo para podar las vides y estableceré, sobre la orilla de vuestro río, las murallas saturnias. Vosotros me consagraréis un bosque y —puesto que yo soy de nacimiento celeste— colocaréis en él un altar al que vendréis frecuentemente en gran número para ofrecer sacrificios». Después, las generaciones siguientes de roma-

[174] Del verbo *latet*, «esconderse».

nos esculpieron en bronces nuevos dioses, de los cuales sabemos que sus tumbas están en su patria, dioses que trajo a Italia ese fugitivo, procreándolos en su pasión de caballo: efectivamente, este adúltero fue el primero que, bajo el pretexto de su divinidad, hizo el amor con doncellas de Etruria.

1, 59 ss.:

(Júpiter.)

Después Júpiter, peor que su padre y habitante del selvático Olimpo, depravó a los lacedemonios con sus sucias pasiones: unas veces arrastrando al pecado a su amada montada sobre un buey[175]; otras veces lanzando, con apariencia tierna y más delicada que las plumas, tiernos susurros a modo de cisne que muere cantando melodiosamente, susurros con los que seduce a una joven doncella[176] que se entrega al amor del pájaro; otras, cuando la puerta, sólidamente cerrada por una barra o por serradas cuñas, se muestra sorda a sus plegarias, lanzando desde arriba abundante lluvia de oro que cae sobre el regazo de su amiga[177]; otras, tras haberse preocupado su escudero de cometer un rapto infame, abrazando al desgraciado Ganimedes con sucios apretones, mientras que su hermana se indigna al tener por rival a un joven[178].

La causa y el origen de todo este mal está en la ruda estupidez de los antiguos que colocó la edad de oro durante el reinado de un extranjero y en que Júpiter, con su ingenioso espíritu, multiplicó sus artimañas y engaños hasta el punto de hacer pensar que, cuando él quería cambiar su piel y su aspecto externo, se convertía en un buey, en un águila rapaz, en un cisne seductor, en moneda o en conquistador del regazo de una doncella. ¿Qué no hubiera creído la ruda ignorancia de gentes salvajes acostumbradas a mantener su mente, falta de razón divina, entre animales y ritos salvajes? Aquella infeliz gente prestaba fáciles oídos a cualquier invento sacado por la artera maldad de aquel embustero.

---

175 Europa (cf. Ovidio, *Metamorfosis* 2, 843 ss.).
176 Leda, mujer de Tíndaro, rey de Laconia.
177 Dánae.
178 Juno es a la vez hermana y esposa de Júpiter.

1, 84 ss.:

(Mercurio.)

Al reinado de Júpiter siguió una época todavía más corrupta que enseñó a los rudos labradores a ser esclavos de los vicios. Hasta entonces, los hombres no conocían el arte de robar: Mercurio, hijo de Maya, les inició en este arte. Ahora éste, cuyo ejemplo produjo ladrones, es tenido por un gran dios. Se cuenta además que él, muy imbuido en la magia tesálica[179], resucitaba, con la ayuda de una vara que llevaba, las almas ya muertas y violaba las leyes de la muerte impuestas por el Cocito[180] restableciendo a la tierra las sombras de los muertos que andaban por ahí volando; como contrapartida, se dice también que condenó a muerte a otras almas y las sumergió en el fondo del oscuro Tártaro. Esto demuestra que él era hábil en las dos artes, ya que cubrió su vida con dos crímenes: en efecto, por una parte, sabía con destreza evocar, con un murmullo mágico, fantasmas inconsistentes y dar vida a las cenizas sepulcrales; por otra, su ciencia, culpable, sabía despojar a otros de la vida. La simpleza de los antiguos, admirando a este artífice de crímenes, le dio un rango superior al humano, imaginando que se trasladaba a través de las nubes y que, con sus pies alados, corría entre los vientos.

1, 102 ss.:

(Priapo.)

He aquí también que un hombre griego ha sido incluido en el número de los dioses; tiene estatua de bronce y se levanta fulgurante en la augusta ciudadela de Numa[181]. El fue el activo dueño de un campo bien cultivado y famoso por las riquezas de sus huertos; pero fue también un hombre enormemente deshonesto: lleno de pasión sexual, tenía la costumbre de vejar a las jóvenes de la campiña y de entregarse a obscenas fornicaciones entre los sauzales y espesos

---

[179] Los tesalios pasan por ser magos especialmente hábiles.
[180] Río de los infiernos.
[181] La augusta ciudadela de Numa es Roma.

matorrales. Con su ánimo desenfrenado y siempre dispuesto al pecado, no daba descanso a su sangre ardiente. Este es el dios noble que, desde su patria, el Helesponto, vino a las tierras itálicas trayendo sus vergonzosos ritos sagrados[182]. El recibe todos los años un vaso de leche y tortas votivas; a cambio, guarda los viñedos del campo Sabino, teniendo siempre su verga dispuesta con una indecencia tal que da vergüenza mirarle.

1, 116 ss.:

(Hércules.)

La pasión de Hércules por un joven lascivo es famosa por su ardor amoroso, y la juventud de Argos entró en efervescencia al sentarse sobre el banco de remos. No le dio vergüenza de acostarse con un hombre bajo la piel de Nemea ni de buscar a Hilas, cuando éste ya moría, porque le dejaba viudo[183]. Ahora, la familia Pinaria[184] llena su templo de Salios que cantan en el convexo emplazamiento de la colina del Aventino.

1, 116 ss.:

(Baco.)

Un joven tebano, tras haber dominado la India, se convierte en dios, mientras que él celebra su triunfo divirtiéndose, llevándose el oro del pueblo cautivo, entregándose, enorgullecido por los despojos, al desenfreno en compañía de un cortejo de afeminados y bañándose, ávido de vino, en copiosas libaciones en las que, con la espuma y el Falerno nuevo de su copa adornada de piedras preciosas, riega el dorso húmedo de las dos fieras salvajes que componen su ata-

---

[182] Prudencio piensa quizá en las Ménades de Príapo, de las que habla Juvenal (6, 136) a propósito de los misterios de la *Dea bona*.

[183] Hilas era uno de los jóvenes argivos que acompañaron a Jasón a la búsqueda del vellocino de oro. Al abandonar el grupo para buscar agua, las ninfas, seducidas por su belleza, le introdujeron en el fondo de sus dominios. Hércules, enamorado de él, se dedicó a buscarle.

[184] Según Virgilio (*Eneida* 8, 268 ss.) y Livio (1, 7), dos familias romanas, los *Politii* y los *Pinarii* eran los encargados del culto de Hércules en el *Ara Maxima* situada en el *Forum Boarium*.

laje[185]. Es por tales méritos por los que hoy día se inmola a Baco un macho cabrío en todos los altares y por los que aquellos que quieren tener favorable a Bromio[186] echan por sus bocas verdes quelidros[187]: es esto lo que hacían ya entonces, ante los ojos mismos del rey[188], los locos y ebrios sátiros y es, según pienso, lo que hacían, llevadas por estímulos delirantes, las Ménades, arrastradas por el ardiente vino a todo tipo de crímenes. Escoltado por un coro de ellas, nuestro borracho adúltero encontró en la playa de un retirado litoral el cuerpo de una cortesana de gran belleza, abandonada allí por un joven pérfido[189], cansado ya de un amor impuro. Baco, ardiente como estaba tras haber bebido vino, ordena, una vez que cogió a esta Nerea[190], que le acompañe en las delicias licenciosas de su triunfo y que lleve sobre su cabeza una corona real. Posteriormente, el fuego de Ariadna se suma a las constelaciones celestes; este es el precio que pagó Líber por haber pasado una noche con ella: que una meretriz ilumine vuestra esfera celeste.

Rufino, *Symb.*, 9:

> (Al hablar de la concepción de Cristo en el vientre de María y rebatir a los paganos que consideran esto como algo imposible, les recuerda que se conoce el nacimiento de muchos de sus dioses. Algunos de estos nacimientos son realmente extraños.)

Pero los paganos se suelen reír de nosotros, cuando nos oyen hablar del parto de la virgen; por ellos conviene responder con unas pocas palabras a las acusaciones de éstos. Para que haya parto, pienso, se necesitan tres cosas: que la mujer sea de edad adulta, que haya varón y que no haya impedimento de esterilidad. De estas tres cosas, en el parto que nosotros predicamos, faltó una: el varón; y este requi-

---

185 Dos tigres (cf. Virgilio, *Eneida* 6, 805).
186 Nombre de Baco.
187 Serpientes venenosas.
188 Se refiere a Baco.
189 La doncella es Ariadna y el joven pérfido Teseo, quien abandonó a aquélla en la isla de Naxos.
190 El nombre figura en Virgilio (*Eglogas* 3, 3) y Horacio (*Odas* 3, 4, 21) para designar a los jóvenes amantes.

sito, puesto que el que nacía no era un hombre terreno sino celeste, se cumplió a través del espíritu celestial, quedando a salvo la pureza de la virgen. Y ¿qué de extraño tiene que conciba una virgen, cuando se sabe que el ave de Oriente, llamada Fénix, nace y renace sin que haya cónyuge hasta el punto de que siempre es la misma y siempre se sucede a sí misma naciendo y renaciendo? Todo el mundo sabe que las abejas desconocen el matrimonio y que dan a luz sin cópula. Y se pueden coger otros seres que tienen el mismo tipo de nacimiento. ¿Va a parecer entonces increíble algo que sucedió por virtud divina y para la recuperación de todo el mundo, cuando se ven ejemplos de lo mismo en el nacimiento de los animales? Debe extrañarnos sin embargo que les parezca esto imposible a los paganos, los cuales creen que su Minerva nació del cerebro de Júpiter. ¿Qué más difícil de creer que esto o qué más contranatural? En nuestro caso hay una mujer; en nuestro caso se mantiene el orden natural; en nuestro caso, la concepción y el parto guardan los plazos temporales. En el caso de Minerva, no hay intervención del sexo femenino, sino que sólo hay varón y parto. Quien cree esas cosas, ¿cómo se va a extrañar de lo nuestro? Pero es que incluso dicen que Líber nació del fémur de Júpiter; he aquí otro tipo de portento y, sin embargo, se cree en él. Incluso de Venus, llamada Afrodita, creen que nació de la espuma del mar, como muestra incluso la composición de la palabra[191]. Afirman que Cástor y Pólux nacieron de un huevo y los Mirmidones de una hormiga. Y hay otros miles de seres, nacidos de forma no natural, en los cuales sin embargo creen: así, el lanzamiento de piedras por parte de Deucalión y Pirra y el nacimiento, de ellas, de la raza de los hombres.

Commod., *Instr.*

(Comodiano ataca en distintas composiciones del libro primero de las *Instructiones* la divinidad de diferentes dioses paganos.)

---

191 Una de las etimologías ofrecidas para «Afrodita» pone este nombre en relación con el término griego *aphrós*, «espuma».

I, 4:
Saturno

Si el viejo Saturno es un dios, un dios ¿cuándo envejece? O, si era dios, ¿por qué devoraba a sus hijos? Llevado por el terror —pero ello porque no era un dios— engullía con rabia monstruosa las vísceras de sus hijos. Fue un rey en la tierra, nacido en el monte Olimpo, pero no era divino; lo que pasa es que a hombres de este tipo los llaman dioses. Vino, pobre de espíritu, y se tragó una piedra en lugar de a su hijo. Así escapó el dios que se llama Júpiter[192].

I, 5:
Júpiter

Este Júpiter, nacido de Saturno en la isla de Creta, privó a su padre del reino en cuanto fue adulto. Después se burló de las mujeres y hermanas de personajes ilustres. Además, su cetro fue fabricado por Piragmón, el conocido herrero. Dios hizo el cielo, la tierra y el mar al comienzo de los tiempos; sin embargo, este terrible individuo, nacido en el medio de los tiempos[193], salió, siendo joven, de un antro y fue alimentado a escondidas. Mira la diferencia: otro era Dios y no ese Júpiter.

I, 9:
Mercurio

Sea nuestro Mercurio, al que nos pintáis con caduceo, con sombrero, con una rama de árbol y con alas; por lo demás, desnudo. Veo algo extraordinario: que un dios vuele con un saco... Seguid mirando su figura: cuando os lance él desde lo alto dinero, saltad entonces tranquilos. Tonto, ¿no estás loco al adorar a dioses pintados en un madero? Si no sabes vivir con rectitud, vete a morar con las bestias.

---

192 Al pretender comerse a Júpiter fue engañado por su esposa, la cual, en lugar de a Júpiter, le dio una piedra envuelta.

193 Consiguientemente, tuvo principio.

I, 10:

Neptuno

A Neptuno, hijo de Saturno, lo hacéis dios. Lleva tridente para poder pinchar a los peces... ¿No fue él el que levantó los muros de Troya con Apolo? ¿De dónde que un pobre albañil se convirtiera en dios? ¿No engendró al Cíclope, el monstruo? ¿No fue este mismo un adúltero?

I, 11:

Apolo, falso mago

De Apolo hacéis un citaredo y un mago. En primer lugar, nació de una prostituta en la isla de Delos; después, a cambio de dinero y siguiendo unos planes, construyó para el rey Laomedonte los muros de Troya, y se colocó allí, ese al que, seducidos, consideráis dios. Su amor ardió por los huesos de Casandra y de él se burló astutamente la virgen, siendo engañado a pesar de ser dios...

I, 12:

El padre Líber, Baco

Vosotros mismos decís que el padre Líber fue engendrado dos veces. El Líber nacido en la India de Júpiter y Proserpina luchó contra los Titanes con gran derramamiento de sangre y murió como cualquier otro mortal. De nuevo volvió a su vida en otro vientre. Se hace cargo de este nuevo parto Semele, otra prostituta de Júpiter; al romperse su útero, cuando ya estaba cerca el parto, muere y el hijo es arrancado y dado como alimento a Niso. Al haber nacido dos veces es llamado Dionisio, cuya falsa religión es observada en vano...

I, 14:

Silvano

¿De dónde apareció Silvano dos veces como dios? Una vez, quizá porque toca muy bien la flauta. Pero entonces, ¿cuándo aparece como lar? Pues, si es lar, quizá no debería ser leño. Has comprado un señor que se vende, cuando tú mismo te vendes a él. Mira, ¡ha desaparecido el leño! ¿Qué se le debe? ¿No te da vergüenza, tonto, adorar a tales tablas? Busca al único Dios que dice vivir tras la muerte y apártate de esos que son mortales.

II. Origen y unidad de la Iglesia Católica

Ya Celso, en el siglo II después de Cristo, y en su *Discurso verdadero* redactado contra los cristianos, había insinuado, entre otras muchas cosas, la conexión entre cristianos y judíos. Ahora bien, esta conexión expuesta de relieve por Celso para demostrar que la historia de los cristianos no es nada más que una historia de disidencias: efectivamente, para Celso los judíos no son nada más que egipcios que, en tiempos de Moisés, se desgajaron de su tronco étnico. Es esta una tesis que se encuentra, antes que en nadie, en Posidonio, aunque debe ser aún más antigua, ya que se trata probablemente de una mezcla de observaciones etnológicas auténticas y de pretensiones concretas de los Tolomeos[1]. Y de la misma forma que los judíos fueron una rama violentamente desgajada de la cultura egipcia, los cristianos son también los representantes de un corte revolucionario del tronco judío; y así, si se va siguiendo la historia de la comunidad cristiana, se la ve siempre compuesta de nuevos grupos disidentes brotados de nuevos cortes. La insurrección es, pues, un elemento consustancial del cristianismo.

En este punto Celso está bien informado y es capaz de nombrar, en un solo pasaje, no menos de quince grupos disidentes del cristianismo. De algunos grupos concretos —como los docetas, los marcionistas y los ofitas, influidos por la religión persa de Mitra— se ocupa a fondo, no sin ceder a veces a la tentación de hacer responsable a la gran Iglesia de las doctrinas disidentes.

---

[1] O. Gigon, *La cultura antigua y el cristianismo*, trad. de M. Carrión Gútiez, Madrid 1970, p. 200.

La acusación es seria, por cuanto se está utilizando precisamente el mismo argumento que los propios cristianos utilizaban para demostrar la no validez de la filosofía pagana: el desacuerdo entre los filósofos.

Ahora bien, el problema no debió preocupar en exceso a los autores cristianos, ya que no se insiste mucho por parte de ellos en la respuesta a esta acusación. La cuestión es, efectivamente, planteada y discutida por los autores cristianos bien de una forma coyuntural, bien en contextos históricos, bien tangencialmente.

De una forma coyuntural es tratada por Cipriano; efectivamente, en el caso de Cipriano se da la coyuntura de que en más de una ocasión tuvo problemas con Roma. No vamos a entrar aquí en las relaciones entre Cipriano y Roma. Simplemente recordaremos que, con ocasión de esos problemas, Cipriano defiende la unidad de la Iglesia Católica, cuya cabeza está indiscutiblemente en el obispo de Roma.

En contextos históricos es planteada también esta cuestión. No en vano la acusación es histórica: se dice que los cristianos se han desgajado en multitud de sectas, de forma que es imposible saber cuál es la auténtica secta que entronca con Cristo. En este sentido la historiografía cristiana, que en más de una ocasión se convierte en historia-apología, se encarga de demostrar la continuidad de la Iglesia fundada por Cristo en Roma y en las sedes más importantes.

Tangencialmente, el problema afecta también al propio fundador de la Iglesia, Cristo. La Iglesia es fundada por Cristo y Cristo es Dios. Los ataques de los paganos se dirigen frecuentemente a ese fundador; y contra esos ataques responden los apologetas cristianos.

De estos tres aspectos tratamos en este capítulo.

1. Unidad de la Iglesia Católica con centro en Roma

Ya hemos dicho que es una cuestión que coyunturalmente trata Cipriano. Se insiste en este punto tanto por parte de Cipriano, como por parte de otros autores cristianos, en que la unidad de la Iglesia Católica con la cabeza en Roma se basa en el pasaje del evangelio en que Cristo, dirigiéndose a Pedro, le dice que sobre él edificará su Iglesia. De ahí se deduce que Iglesia no hay más que una y que su cabeza visible

está en Roma. Esta es la idea fundamental del *De ecclesiae catholicae unitate* de Cipriano, obra de la que recogemos algunos textos. En el escrito *ad Fortunatum* toca tangencialmente esta cuestión: al hablar de los que han sufrido persecución por la fe, cita a los siete Macabeos; y, a propósito del número siete, habla de las siete iglesias, todas las cuales tienen como punto común la Iglesia de Pedro, Roma (*Ad Fortun.*, 11). En sus cartas insiste también Cipriano con frecuencia en la idea de que los obispos son colegas y que este colegio es el que forma la unidad de la Iglesia Católica; el príncipe, el *primus inter pares*, de ese colegio es el obispo de Roma: estas ideas aparecen frecuentemente tanto en cartas que tocan problemas de obispos o personas disidentes como en aquellas otras en las que afronta sus difíciles relaciones con el Papa Esteban: a éste le recuerda que es el primero de los obispos, pero que no por ello ha de tener siempre la razón. Recogemos textos de estas cartas.

También Rufino, aunque igualmente de una forma tangencial y coyuntural, defiende la unidad de la doctrina y de la Iglesia Católica. Ante el Papa Anastasio habrían llegado acusaciones en el sentido de que el presbítero Rufino defendía doctrinas heréticas; Rufino, en su *Apologia ad Anastasium*, se defiende de estas acusaciones, reconociendo que la única fe es la de la Iglesia Católica con centro en Roma. También en la *Apología contra Hieronimun* trata del mismo tema. En las exégesis al Credo, *Expositio symboli*, escrita por recomendación, según reconoce el propio Rufino, del Papa Lorenzo, comienza también defendiendo la unidad de la Iglesia con base en los Apóstoles.

Igualmente Ambrosio, en algunas de sus exégesis bíblicas, hace alusión a la unidad de la Iglesia: *Expos. euang. sec. Lucam*, 2, 83 ss.; 6, 97.

2. Continuidad de la Iglesia Católica a través de las sucesiones de obispos

La acusación contra la unidad de los cristianos tenía una base histórica; para Celso, según hemos dicho, el pueblo judío no era nada más que el resultado de una separación violenta de la etnia egipcia y los cristianos no eran nada más que una rama desgajada del tronco cristiano; posteriormen-

te, la historia del cristianismo es toda ella una historia de deserciones y herejías. No es extraño, pues, que, si la acusación se hacía desde una base histórica, la respuesta se dé también desde la historia.

No hay que olvidar que la historiografía cristiana es al mismo tiempo historia y apología. En casi todos los capítulos de la selección de textos que aquí presentamos recurrimos a textos de historiadores cristianos, porque a casi todas las acusaciones que se hacen a los cristianos desde el paganismo se responde, aparte de en obras específicamente apologéticas, también en obras históricas.

En el caso concreto que ahora estamos tratando son sobre todo las *Historias eclesiásticas* las que ocupan un lugar importante: en ellas se trata de establecer la sucesión de los obispos en las sedes más importantes. Si se fija quiénes son los auténticos sucesores de Pedro en Roma y de los demás fundadores de las iglesias más importantes acabarán las dudas en torno a quiénes son los verdaderos sucesores de Cristo y, en consecuencia, quiénes componen la auténtica Iglesia Católica. Esta es la finalidad de las *Historias eclesiásticas:* demostrar la continuidad y los hechos de la Iglesia de Cristo. Este género literario abunda más en el Oriente griego que en el Occidente latino. El primer autor de una historia eclesiástica es Eusebio de Cesarea: los siete libros de su *Historia eclesiástica* narran la sucesión de los obispos en distintas iglesias, desde su origen hasta el siglo IV (Atenas, Laodicea, Cesarea de Palestina, Roma, Antioquía, Alejandría y Jerusalén); aunque se trata de un autor griego, ofrecemos dos textos de esta obra, en los que se pone de manifiesto el programa de la misma. En el siglo V, bajo el reinado de Teodosio II, nos encontramos con el florecimiento de este género literario en Oriente: Sozomeno, Sócrates y Teodoreto son nombres importantes al respecto. Se trata de obras escritas en griego. En el Occidente latino, Rufino de Aquilea traduce la *Historia eclesiástica* de Eusebio y la continúa, añadiendo dos libros más. También Jerónimo tuvo intención —aunque después no lo cumplió— de escribir una historia eclesiástica: en el prólogo de la *Vita Malchi* hace la promesa y, al mismo tiempo, apunta la finalidad: «ver cómo y por medio de quiénes nació y creció la Iglesia de Cristo».

Los *Chronica* son otro género historiográfico cristiano que, si bien no tienen como finalidad fundamental tratar la sucesión de los obispos, sí recogen de pasada dicha sucesión. En el *Chronicon* de Eusebio-Jerónimo se recoge la sucesión de obispos en las sedes más importantes: Jerusalén, Roma, Antioquía y Alejandría. Recogemos en esta selección de textos algunos de dicho *Chronicon* que hacen alusión a estas sucesiones, no por la importancia que dichos textos puedan tener como datos, sino por la importancia que tienen desde el punto de vista de la finalidad que con ellos se pretende conseguir: demostrar la continuidad de obispos en las sedes más importantes de la Iglesia Católica.

3. La divinidad de Cristo, fundador de la Iglesia

La figura del fundador de la Iglesia, Cristo, es uno de los blancos preferidos en el ataque de los paganos contra la doctrina cristiana. Muchas son las incongruencias que en este sentido encuentran los enemigos del cristianismo. Esas incongruencias se pueden agrupar en tres capítulos: la encarnación de Cristo, su divinidad y sus milagros.

Es una incongruencia defender, como hacen los cristianos, la encarnación de Cristo sin intervención de varón. Los autores cristianos hacen auténticos malabarismos dialécticos para demostrar que efectivamente fue así. De todas formas, de esta cuestión trataremos en otro capítulo al hablar de la virginidad de María.

En lo que se refiere a la divinidad de Cristo, los autores cristianos no pueden recurrir al mensaje de las Sagradas Escrituras por cuanto éstas no son aceptadas por sus adversarios. De ahí que recurran a la doctrina de los propios filósofos paganos o a comparaciones de carácter didáctico: es lo que hace Tertuliano en *Apolog.*, 21, 7 ss., donde recurre a la doctrina del *logos* de los filósofos paganos y compara al Cristo y al Padre con el sol y un rayo que sale del mismo: el rayo sigue siendo sol, como Cristo sigue siendo Dios cuando sale del Padre.

Uno de los argumentos más utilizados en favor y en contra de la divinidad de Cristo son sus milagros. Los textos que recogemos en este capítulo responden casi todos a esta temática. En general, los milagros juegan un papel importante en la propaganda de los diversos cultos paganos, sobre

todo en los de Esculapio, Isis y Serapis[2]. Ello determina que la cuestión que se plantea en torno a los milagros no consista en aceptarlos o no aceptarlos, sino en definir su motivación: los paganos aceptan que Cristo pudiera hacer hechos maravillosos, pero ¿son prueba de su divinidad o son simplemente consecuencia de artes mágicas? Para Celso, los milagros del Nuevo Testamento son hechos maravillosos, que no prueban la divinidad de Jesús: como los hechos de los magos egipcios pueden ser simplemente prácticas de poseídos por el demonio. Porfirio admite que los cristianos han realizado algunos prodigios gracias a sus técnicas mágicas, pero añade que ello no tiene nada de extraordinario: también Apolonio, Apuleyo y otros muchos lo habían hecho. En definitiva, los paganos no niegan la existencia de milagros, pero señalan que los mismos no son prueba de divinidad, sino de magia, sobre todo egipcia. En último caso, Jesús era un hombre, un gran hombre ciertamente, pero no Dios.

Los autores cristianos, en contra de esta interpretación pagana de los milagros de Cristo, defienden que éstos son prueba de su divinidad. Apoyan esta defensa en distintas ideas:

— No son hechos casuales, producto de la magia, sino hechos divinos, por cuanto los milagros de Cristo ya habían sido anunciados en las Escrituras (Tert., *Apolog.*, 21, 17; Lact., *Diuin. Inst.*, 4, 15).

— El propio Pilato, al ver los milagros ocurridos en el momento de la muerte de Cristo, reconoció su divinidad (Test., *Apolog.*, 21, 24).

— Cristo, para hacer sus milagros, no necesitó recurrir a artes mágicas: encantaciones, hierbas, plantas, ritos, libaciones, etc.; lo hizo con su sola palabra (Arnob., *Ad nat.*, 1, 43 ss.; Lact., *Diuin. Inst.*, 4, 15). Lo que hizo Cristo y como lo hizo Cristo, no lo han hecho los dioses de otras religiones; además, ¿cuántos enfermos tuvieron que irse a los templos paganos sin conseguir la curación que anhelaban? (Arnob., *Ad nat.*, 1, 48).

— Por otro lado, el poder divino de Cristo está claro desde el momento en que no sólo él realizó milagros, sino

[2] E. R. Dodds, *Pagan and Christian in an age of Anxiety*, Cambridge 1965, pp. 124 ss.

que transmitió incluso sus facultades de hacer milagros a sus discípulos, cosa que no hizo Júpiter con sus flámines (Arnob., *Ad nat.*, 1, 50 ss.).

Aparte de la encarnación, la divinidad y los milagros, en la persona de Cristo hay otras muchas incongruencias que los autores paganos no se olvidan de poner en evidencia. Recogemos aquí algunas de las respuestas de Ambrosio, en sus exégesis evangélicas, a estas acusaciones de incongruencia: el Verbo, Cristo, ha sido separado de Dios y, por tanto, ya no es Dios (*In Lucam*, 1, 12). Cristo es hijo de José, ya que de lo contrario los evangelios expondrían la genealogía de María y no, como hacen, la de José; si exponen la de José es porque es hijo de él (*In Lucam*, 3, 3 ss.); José de acuerdo con la común opinión de la gente de la época y del pueblo, era el auténtico padre de Jesús (*In Lucam*, 3, 2); en la genealogía de Cristo se citan mujeres de mala reputación, como Tamar y otras; ello no parece favorecer la divinidad de Cristo (*In Lucam*, 3, 17 y 30).

TEXTOS

1. Unidad de la Iglesia Católica, con centro en Roma.

Cipr., *Unit. eccl.:*

1. Cuando el Señor nos aconseja y nos dice: «Vosotros sois la sal de la tierra»[3], y cuando nos aconseja que seamos sencillos hasta la inocencia, pero también precavidos dentro de esa sencillez, ¿qué otra cosa, hermanos queridos, conviene que hagamos sino estar atentos y, vigilantes en nuestro solícito corazón, intuir y al mismo tiempo evitar las asechanzas del artero enemigo, para que quienes nos asemejamos a Cristo en sabiduría divina, no demos la impresión de ser torpes a la hora de defender nuestra salud? Y es que no debemos temer sólo aquella persecución que, destruyendo y aniquilando a los siervos de Dios, se manifiesta en abierto enfrentamiento: es fácil estar precavidos cuando el temor es

[3] *Mateo*, 5, 13.

manifiesto y la mente está perfectamente preparada, cuando el adversario se manifiesta como tal. Debemos temer y evitar más al enemigo, cuando éste se acerca arrastrándose ocultamente y cuando, bajo una apariencia pacífica, serpentea engañando con movimientos ocultos de acercamiento; de ahí que reciba también el nombre de «serpiente». Esta es siempre su astuta forma de actuar, ésta su oscura y sombría falacia a la hora de acercarse al hombre; así engañó desde el comienzo mismo del mundo y, alagando con mendaces palabras, alucinó a mentes entorpecidas por su incauta credulidad; así osó tentar al propio Señor acercándose ocultamente a él, como si de nuevo empezara a reptar y a engañar: pero, al ser reconocido y descubierto, su trama fue rechazada y echada por tierra.

3. Hay que estar, pues, precavidos no sólo ante los peligros evidentes y manifiestos, sino también ante los que nos pueden engañar por la sutileza de su astuta apariencia. Y ¿qué más astuto y más sutil que el hecho de que el enemigo, descubierto y derrotado con la llegada de Cristo, y una vez que la luz llegó a los gentiles y su salutífero rayo luminoso brilló para salvar a los hombres —de forma que los sordos pudieron oír el sonido de la gracia espiritual, los ciegos abrieron sus ojos a Dios, los enfermos se restablecieron con una eterna salud, los cojos corrieron hacia la Iglesia, y los mudos pudieron orar con voces y plegarias claras—, al ver que los ídolos habían sido abandonados y sus sedes y templos quedaban desiertos al aumentar el número de los creyentes, ideó una nueva forma de engaño presentándose ante los incautos utilizando el propio nombre cristiano? Encontró el procedimiento de las herejías y cismas para subvertir la fe, corromper la verdad y escindir la unidad: así engaña y rodea a los que no puede detener con la ceguera de su viejo procedimiento; por esta nueva vía arrebata a la propia Iglesia sus hombres y, cuando éstos se creen que han llegado ya a la luz y que han abandonado ya las tinieblas del mundo, les infunde de nuevo, sin que ellos se den cuenta, unas nuevas tinieblas de forma que, a pesar de que no están ya con el evangelio de Cristo ni con su observancia ni su ley, se llaman a sí mismos cristianos y consideran, estando como están en tinieblas, que tienen la luz: y es que el enemigo se

presenta halagador y engañoso, ya que según las palabras del Apostól[4], se transforma en algo así como el ángel de la luz, adorna a sus ministros presentándolos como ministros de la justicia, los cuales siembran noche en lugar de día, muerte en lugar de salud, desesperación en lugar de esperanza, perfidia bajo pretexto de fidelidad, anticristo con el vocablo de Cristo; y lo hacen de forma que, al fingir cosas verosímiles, dan sutilmente la apariencia de decir verdad. Pero esto sucede, hermanos queridos, porque no se va al origen de la verdad, porque no se busca su cabeza, porque no se observa la celestial doctrina del maestro.

4. Si se considera y analiza la cuestión, no hace falta un largo tratado con argumentos. Para los que creen, hay una prueba fácil en el compendio de la verdad, habla el Señor a Pedro y le dice[5]: «Yo te digo que tú eres Pedro y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; y las puertas del infierno no la vencerán; y te daré la llave del reino de los cielos; y lo que atares sobre la tierra quedará atado en el cielo y lo que desatares sobre la tierra quedará desatado sobre el cielo»[6].

Y el mismo Cristo, tras su resurrección, le dijo: «Apacienta mis ovejas»[7]. Sobre él, pues, edifica su Iglesia, a él encarga que apaciente sus ovejas y, aunque a todos los apóstoles atribuyó igual poder, creó sin embargo una sola sede y dispuso, con su autoridad, el origen y la ra-

Edifica su Iglesia sobre un solo apóstol y, aunque a todos los demás les conceda tras su resurrección la misma potestad y les diga:«Como me envió el Padre así os envío yo a vosotros; a quienes les perdonéis los pecados le serán perdonados y a quienes se los retengáis, le serán retenidos»[8], sin embargo, para dar prueba de la

[4] Pablo, *Epístola a los corintios* 2, 11, 14.

[5] *Mateo* 16, 18.

[6] Ofrecemos aquí los dos textos que, en este pasaje, se nos han transmitido: el *textus primatus* en la columna de la izquierda y el *textus receptus* en la de la derecha. Algunos autores piensan que los dos son auténticos de Cipriano: las adiciones del texto más largo serían añadidas por el propio Cipriano en una reedición de su tratado.

[7] *Juan* 21, 17.

[8] *Juan* 20, 2.

zón de la unidad de la Iglesia. Los demás eran también lo mismo que Pedro, pero el primado le es concedido a Pedro, poniéndose de manifiesto una sola Iglesia y una sola sede. Pastores son todos, pero la grey que debe ser apacentada por los apóstoles en comunidad de ánimo, es evidentemente una sola. ¿Cree que se mantiene en la fe quien no acepta este carácter unificador de Pedro? ¿Confía que está en la Iglesia quien abandona la sede de Pedro, sobre la que se asienta toda la Iglesia?

* * *

Esta unidad la debemos mantener y reivindicar sobre todo los obispos que presidimos la Iglesia para demostrar también que el propio episcopado es uno e indiviso. Que nadie engañe a los hermanos con la mentira, que nadie corrompa la verdad de la fe con pérfida prevaricación.

unidad de la Iglesia, dispuso con su autoridad que el principio de esa unidad tuviese origen en un solo apóstol. Los demás apóstoles eran lo mismo que Pedro, estaban dotados de idéntico honor y poder, pero el comienzo de la Iglesia arranca de un único núcleo, para que así quede claro que es una la Iglesia de Cristo. A esta única Iglesia se refiere también el Espíritu Santo, que es la misma persona que el Señor, cuando dice en el Cantar de los Cantares: «Pero es única mi paloma, mi perfecta; es la única hija de su madre, la predilecta de quien la engendró»[9]. ¿Cree que se mantiene en la fe quien no acepta este carácter único de la Iglesia? ¿Confía que está en la Iglesia quien la obstaculiza y se opone a ella, cuando incluso el bienaventurado apóstol Pablo demuestra esto mismo y señala el carácter sagrado de esta unidad diciendo:

«Sólo hay un cuerpo y un espíritu, como también una sola esperanza, la de vuestra vocación. Sólo un Señor, una fe, un bautismo, un Dios»[10].

El episcopado es uno y sus partes son mantenidas con fir-

[9] *Cantar de los Cantares* 6, 8.

[10] Pablo, *Epístola a los efesios* 3, 4.

meza por cada uno de nosotros. La Iglesia es una y se extiende anchamente, en fecundo crecimiento, a multitudes. De la misma forma que los rayos del sol son muchos y una sola su luz, y muchas las ramas de los árboles pero basando su única fuerza en la tenaz raíz, y muchos los arroyos que brotan de una sola fuente —y aunque parezca difundirse su multiplicidad por la generosidad de su desbordante abundancia, se mantiene sin embargo la unidad en origen: arranca el rayo del sol de su cuerpo y la unidad de la luz ya no se dividirá; corta la rama del árbol y ya no podrá germinar; separa al arroyo de su fuente y se secará—, así también la Iglesia, desparramada a partir de la luz del Señor, extiende sus rayos por todo el mundo, pero tiene una sola luz que se reparte por todas partes sin que pierda la unidad con el cuerpo; sus ramos son extendidos por toda la tierra gracias a su abundante fertilidad; sus arroyos, que corren con generosidad, se espanden a todo lo ancho, sin que deje de ser una su cabeza, un origen y una madre, abundante por su feliz fecundidad: de su feto nacemos, de su leche nos alimentamos, de su hálito respiramos.

6. La esposa de Cristo no puede ser adulterada; es incorrupta y casta; sólo conoce una sede y guarda con casto pudor la santidad de su único cobijo. Ella nos conserva para Dios, ella introduce en el reino a los hijos que engendró. Quien separándose de la Iglesia se una a otra adúltera, se separa de las promesas de la Iglesia y no accederá a los premios de Cristo quien abandona la Iglesia de Cristo: es un extraño, es un profano, es un enemigo. Ya no puede tener a Dios como padre quien no tiene a la Iglesia como madre. El Señor nos advierte con estas palabras: «Quien no está conmigo, está contra mí; y quien no recoge conmigo, desparrama»[11]. Quien rompe la paz y la concordia de Cristo, actúa contra Cristo; quien recoge en sitios distintos de la Iglesia, desparrama la Iglesia de Cristo. Dice el Señor: «Yo y el Padre somos una misma cosa»[12], y, a su vez, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo se ha escrito: «Los tres son una sola cosa»[13]. Y ¿quién cree que esta unidad, que emana

[11] *Mateo* 12, 30.
[12] *Juan* 10, 30.
[13] *Juan* 1, 5, 7.

de la firmeza divina y que está unida a los sagrados misterios del cielo, puede ser rota aquí en la Iglesia y puede dividirse por el desacuerdo entre voluntades enfrentadas? Quien no acepta esta unidad, no acepta la ley de Dios, no acepta la fe en el Padre y en el Hijo, no acepta la vida y la salvación.

Ciprian., *Fortuna.*, 11:

(La Iglesia de Roma es la cabeza de las demás Iglesias.)

El apóstol Pablo, teniendo en cuenta la legitimidad y validez de este número (el siete), mandó sus cartas a siete iglesias. En el Apocalipsis[14], el Señor dirigió sus divinos mandatos y celestiales preceptos a siete iglesias y a sus ángeles. Es este el número de nuestras iglesias hermanas; y a estas siete iglesias hermanas sirve de unión la madre, el origen y raíz de todas ellas: la Iglesia que dio a luz a estas siete y que fue la primera y única, fundada con palabras del Señor sobre Pedro.

Ciprian., *Epist.*, 33:

(La unidad de la Iglesia se basa en los obispos, cuyas raíces están en el mandato que hizo Cristo a Pedro de que fundara la Iglesia.)

Nuestro Señor, cuyos preceptos debemos temer y observar, al ordenar aquello que concierne a los honores que se deben a los obispos y aquello que se refiere al plan de su Iglesia, habla en el evangelio y dice a Pedro: «Yo te digo que tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; y las puertas del infierno no la vencerán; y te daré la llave del reino de los cielos; y lo que atares sobre la tierra quedará atado en los cielos y lo que desatares sobre la tierra quedará desatado en los cielos»[15]. A partir de ahí, a través de la sucesión de los tiempos, se sigue la ordenación de los obispos y la organización de la Iglesia, de forma que la Iglesia se apoya sobre los obispos y toda la conducta de la misma es di-

[14] 1, 11.
[15] *Mateo*, 16, 18.

rigida por estos mismos propósitos. Y dado que esto se funda en la ley divina, me quedo atónito cuando veo que algunos[16], con temeraria audacia, me escriben dando la impresión de que lo hacen en el nombre de la Iglesia, cuando la Iglesia se basa en los obispos, el clero y todos los que permanecen fieles.

Ciprian., *Epist.* 36, 4:

> (Los presbíteros y diáconos de Roma contestan a Cipriano aludiendo a un obispo hereje. Insisten en la necesidad de mantener la unidad de la Iglesia.)

En lo que se refiere a Privato de Lambrese[17], tú has obrado de acuerdo con tu costumbre, ya que nos comunicaste el asunto como digno que era de que nosotros nos preocupáramos de él. Conviene en efecto que todos nosotros estemos alerta para cuidar de todo el cuerpo de la Iglesia, cuyos miembros están esparcidos por distintas provincias. Pero ya incluso antes de tu propia carta, no se nos pudo ocultar a nosotros la perfidia de este hábil hombre. Efectivamente, ya antes, uno de su perverso grupo, un tal Futuro, que era el portaestandarte de Privato, vino hasta nosotros e intentó fraudulentamente obtener una carta nuestra: no se nos ocultó quién era y no obtuvo la carta que él quería.

Ciprian., *Epist.*, 59, 7, 2:

Cristo, cuando el resto de la gente se apartaba de su lado, no increpó ni lanzó graves amenazas a sus discípulos, sino que volviéndose hacia ellos les dijo: «¿También vosotros os queréis marchar?»[18], respetando de esta forma la ley en virtud de la cual el hombre, sujeto a su voluntad y sometido a su propio arbitrio, es libre de conseguir para sí mismo la muerte o la salvación. Sólo Pedro, sobre el cual edificó el mismo Señor su Iglesia, habló por boca de todos y respondió en nombre de la Iglesia con estas palabras: «Señor, ¿a quién iremos?».

[16] Se trata de un grupo de *lapsos*.
[17] Había sido condenado como herético por un concilio anterior.
[18] *Juan* 6, 67.

Ciprian., *Epist.*, 59, 14:

Y además de todo eso, los heréticos, tras haber nombrado para ellos mismos un seudoobispo, se atreven a salir a la mar y a llevar a la sede de Pedro y a la Iglesia principal, la cual es el punto de partida de la unidad episcopal, escritos de los cismáticos y herejes. No se dan cuenta de que éstos son los mismos romanos cuya fidelidad alabó el Apóstol y a los cuales no puede tener acceso la perfidia. ¿Qué razón tienen, pues, para ir a Roma y anunciar que han nombrado un obispo contra los obispos? Efectivamente, si tienen razón en lo que han hecho, que se mantengan en su error, y, si no la tienen y se vuelven hacia atrás, saben a dónde tienen que acudir; y es que, dado que ha sido establecido por todos nosotros y es al mismo tiempo equitativo y justo que los pleitos de cualquier persona sean oídos allí donde se ha cometido el pecado, y dado que a cada uno de los obispos se le ha asignado una parte de la grey para que la rija y gobierne con la única obligación de rendir cuenta de sus actos ante el Señor, parece conveniente que aquellos que están bajo nuestro gobierno no anden de acá para allá ni intenten romper con artera y falaz temeridad la concordia entre los obispos, sino que defiendan su postura allí donde puedan tener acusadores y testigos de su pecado, salvo esos pocos ya desesperados y perdidos a los cuales la autoridad de los obispos de Africa les parece poco.

Ciprian., *Epist.*, 73, 7:

Está claro quiénes son los que pueden dispensar los pecados por medio del bautismo. Fue a Pedro, sobre el que el Señor edificó su Iglesia y a partir del cual se justifica y manifiesta la unidad de la misma, al primero que dio Cristo esa facultad.

Ciprian., *Epist.*, 48, 3:

> (En la Iglesia no hay nada más que un episcopado; el poder episcopal está todo él entero, en cada coparticipante; y la unidad del cuerpo episcopal se basa, según Cipriano, en el acuerdo del *collegium* de los obispos.)

Hay sin embargo algunos que con sus palabras confun-

den las mentes y los espíritus, ya que anuncian la verdad de una forma distinta a como es. Nosotros, al dar explicaciones, para que no choquen con ninguna piedra de escándalo, a todos aquellos que se echan a la mar, les hemos exhortado a sabiendas a que reconozcan y tengan como tal a la madre y raíz de la Iglesia Católica (Roma). Pero dado que nuestra provincia se ha extendido mucho y se han unido a ella Numidia y Mauritania, nos ha parecido bien, para evitar que el cisma producido en Roma confundiera con dudas los ánimos de los que están lejos de allí, que todos los obispos —sin apartarnos un ápice de la verdad, buscando con nuestra unión una mayor autoridad que probara la legalidad de tu ordenación y alejando finalmente de nuestros pechos cualquier tipo de escrúpulo— que todos los obispos, repito, de aquí escribieran, tal como lo hacen, cartas en las que reconocen con firmeza y mantienen, todos ellos colegas míos, tu comunión, es decir, la unidad y caridad de la iglesia Católica. Con la gracia de Dios las cosas han sucedido así y nuestra decisión se ha visto coronada por el éxito: de ello nos alegramos.

De esta forma, pues, la verdad y dignidad de tu episcopado no ofrece ninguna duda, y ha recibido la confirmación más evidente y firme: la respuesta de nuestros colegas que nos han escrito desde Roma y el relato y testimonio de nuestros compañeros en el episcopado Pompeyo, Esteban, Caldonio y Fortunato han hecho que todos conozcamos el origen indiscutible y la legitimidad de tu ordenación, así como la integridad honorable de tu vida.

Ciprian., *Epist.*, 55, 24:

En cuanto a Novaciano, hermano querido, sobre el que has manifestado tu deseo de que yo te dijera qué tipo de herejía ha introducido, debes saber en primer lugar que nosotros no debemos tener curiosidad por lo que enseña, desde el momento en que enseña fuera de la Iglesia. Quienquiera que sea ese personaje y sea como sea, no es un cristiano al no estar dentro de la Iglesia de Cristo. Que vocee su filosofía o que predique su elocuencia a grandes voces: que quien no mantiene la caridad fraterna y de la Iglesia, ha perdido todo lo que tenía antes. A no ser que te parezca a ti

que es obispo aquel que, tras haber sido elegido en esa Iglesia otro obispo por dieciséis compañeros en el episcopado, se esfuerza todavía, por ambición y a través de la ordenación de unos desertores, en un obispo falso y extraño. Y, a pesar que desde Cristo hay una sola Iglesia dividida en muchos miembros a lo largo de todo el mundo y de que hay un único episcopado representado por la concorde multiplicidad de los muchos obispos, él, saltándose la tradición divina y la coherente y uniforme unidad de la Iglesia Católica, intenta hacer una Iglesia humana y envía por todas las ciudades nuevos apóstoles suyos para instituir algunos fundamentos recientes de su doctrina. Y, a pesar de que ya por todas las provincias y cada una de las ciudades han sido ordenados obispos, antiguos en edad, íntegros en la fe, fieles en las pruebas, proscritos en la persecución, él se atreve a crear ahora otros seudoobispos... Por otro lado, él no podría mantener el carácter episcopal, aunque hubiera sido nombrado legalmente, si se ha separado del cuerpo de sus compañeros en el episcopado y de la unidad de la Iglesia, y ello porque ya el Apóstol nos amonesta que nos mantengamos todos unidos y que no nos apartemos de la unidad que Dios estableció, diciendo: «Soportándonos recíprocamente en la caridad, procurando conservar la unidad del espíritu en la unión de la paz[19]». Así pues, quien no mantiene la unidad del espíritu ni la unión de la paz y se separa del vínculo de la Iglesia y del Colegio de los obispos, no puede mantener ni el honor ni la potestad de obispo, ya que no quiso mantener ni la unidad ni la paz del obispado.

Ciprian., *Epist.*, 71, 3:

> (Cipriano, en esta carta y en la siguiente, se queja de que el obispo de Roma pretenda tener siempre la razón por ser obispo de Roma. La unidad de la Iglesia se basa en la unidad de los obispos y el de Roma ocupa simplemente el lugar que Pedro ocupaba entre los apóstoles.)

No se deben dar órdenes tomando como base la costum-

[19] Pablo, *Epístola a los efesios* 4, 2, 3.

bre, sino que hay que convencer con la razón[20]. Ni siquiera Pedro, que fue el primero que eligió el Señor y sobre el cual edificó su Iglesia, al no estar de acuerdo con Pablo en el tema de la circuncisión, no reivindicó de forma insolente para él la verdad ni se la apropió con arrogancia: él no dijo que él tuviera la primacía, ni que los recientemente venidos y los menos ancianos debían obedecerle, ni despreció a Pablo por el hecho de que antes hubiera sido perseguidor de la Iglesia, sino que admitió la razón de la verdad y aceptó las legítimas razones que Pablo quería hacer valer. De esta forma nos dio ejemplo de concordia y paciencia, para que no siempre defendamos con obstinación nuestras opiniones, sino para que hagamos nuestras, si son verdaderas y legitimas, las opiniones útiles y buenas sugeridas por nuestros hermanos... Y es que, cuando se nos ofrecen soluciones mejores que las nuestras, no somos derrotados, sino instruidos, y sobre todo en aquellas cosas que atañen a la unidad de la Iglesia y a la verdad de la esperanza y la fe.

Ciprian., *Epist.* 75, 17:

En este punto yo me indigno con razón ante tan clara y manifiesta locura de Esteban, porque él, que se jacta de su sede episcopal y reivindica para sí el honor de ser el sucesor de Pedro, sobre el cual se establecieron los fundamentos de la Iglesia, introduce otras muchas piedras y construye otras muchas iglesias, al prestar al bautismo que se da en las heréticas el apoyo de su autoridad. Son los bautizados sin duda los que completan el número de fieles de una iglesia; por ello, quien aprueba el bautismo de éstos, admite también que hay una iglesia compuesta por estos bautizados. Y no se da cuenta, quien traiciona y abandona de esta forma la verdad, que la verdad de la piedra cristiana está siendo oscurecida y en cierto modo destruida por él... Esteban, quien predica a todos los vientos que él tiene por sucesión la cátedra de Pedro, no se levanta con ningún celo contra los heréticos, concediéndoles, desde el punto de vista de la gracia, no un pe-

[20] Cipriano está aludiendo a Esteban, obispo de Roma, quien había pretendido imponer su criterio en determinadas cuestiones de Iglesia.

queño, sino un gran poder: dice, en efecto, que por el bautismo han limpiado las suciedades del hombre viejo...

Rufino, *Apol. ad Anast.*, 4:

(Rufino se defiende ante el Papa Anastasio, diciendo que la de la Iglesia de Aquilea es la misma que la de Roma.)

Esto es lo que han enseñado sobre la resurrección aquellos que me concedieron el santo bautismo en la iglesia de Aquilea; y eso, creo, es lo mismo que se suele transmitir y enseñar en la sede apostólica (Roma).

Rufino, *Id.*, 8:

Así, pues, yo, en el nombre de Cristo, ni he tenido nunca, ni tengo ni tendré otra fe que esta que la que he expuesto más arriba y que es la fe que tiene la Iglesia de Roma, la de Alejandría y la mía de Aquilea y la misma que se predica en Jerusalén.

Rufino, *Apol. contr. Hieron*, 37:

(La unidad de la Iglesia tiene origen en Roma y en Pedro.)

Pedro estuvo al frente de la Iglesia de Roma durante veinticuatro años. No se puede dudar, pues, de que, de la misma forma que en todo lo demás que atañe a la doctrina, también en lo que se refiere a los libros, los transmitió él a la Iglesia, libros que ya entonces se leían bajo su presencia y magisterio. ¿Qué, pues? ¿Acaso Pedro apóstol engañó a la Iglesia de Cristo y le entregó unos libros falsos y que no contenían ninguna verdad, mientras que sabía que la verdad estaba entre los judíos, y prefirió que los cristianos aprendieran falsedades? Pero quizá alguien dirá que Pedro era un hombre iletrado y que, si bien sabía que los libros de los judíos contenían más verdad que los libros de la Iglesia, sin embargo no podía interpretarlos porque desconocía la lengua? Pero es que, ¿acaso no hizo nada en Pedro la lengua de fuego entregada por el cielo a través del Espíritu Santo? ¿Acaso no hablaban los apóstoles en todas las lenguas?

Pero concedamos que Pedro no pudo hacer lo que ha he-

cho éste hace poco. ¿Qué decir de Pablo? ¿También Pablo era un iletrado? Hebreo nacido de hebreos, fariseo de acuerdo con la ley, instruido a los pies de Gamaliel, ¿no pudo él, puesto también en Roma, suplir las deficiencias de Pedro? ¿Cómo es que aquellos que ordenaban a los dicípulos que estuvieran atentos a la doctrina no dieron ya desde entonces una doctrina corregida y verdadera? Y aquellos otros que ordenan que no hagamos caso de las historias y genealogías judaicas porque se ocupan más de disputas que de edificar, y que al mismo tiempo nos mandan que nos cuidemos y estemos muy precavidos ante los que practican la circuncisión, ¿cómo es que no previeron con la luz del Espíritu Santo que habría de venir una época, pasados casi cuatrocientos años, en que la Iglesia, al darse cuenta de que los apóstoles no le habían trasmitido la auténtica verdad, enviaría legados a aquellos a los que entonces llamaban «circuncisión», para rogarles y pedirles que le dieran algo de esa verdad que sólo está en ellos?, y ¿una época en la que tendría que confesar que ella ha estado en el error y ha desconocido la verdad durante todos estos cuatrocientos años?, que había sido aceptada ciertamente por los gentiles como esposa de Cristo gracias a los apóstoles, pero que éstos no la habían adornado con auténticas joyas; que en un principio consideró que se trataba de piedras preciosas, pero que ahora ha comprendido que no son auténticas piedras preciosas las que los apóstoles de Cristo le entregaron...

No quiero la sabiduría que no enseñaron Pedro y Pablo; no quiero la verdad que no aceptaron los apóstoles. Tuyas son las palabras: tras cuatrocientos años los oídos sencillos de los romanos no pueden dejarse llevar por las voces de nuevas doctrinas.

Rufino, *Symboli*, 2:

> (Los apóstoles, antes de repartirse por el mundo, sellaron la unidad doctrinal de todas las iglesias que se crearan.)

Cuentan nuestros antepasados que tras la ascensión del Señor, cuando lenguas de fuego se posaron con la llegada del Espíritu Santo sobre las cabezas de cada uno de los apóstoles con el fin de que ningún pueblo les fuera extraño y nin-

guna lengua inaccesible e inviable, les ordenó el Señor que marcharan a todas las naciones para predicar la palabra de Dios. Cuando estaban, pues, dispuestos a partir, constituyen antes una norma común de futura predicación, no fuera a ser que, al estar separados unos de otros, predicaran algo distinto de aquello que acerca a la fe de Cristo. Así pues, todos ellos, reunidos y llenos del Espíritu Santo, componen, como dije, este breve símbolo de su futura predicación, reuniendo en una sola composición lo que cada uno de ellos sentía; y deciden enseñar esta regla a todos los creyentes. A esta composición decidieron llamarla, por muchas y justísimas causas, «símbolo». Efectivamente, «símbolo», que es una palabra griega, puede traducirse por «indicio» o «colación»; «colación» es lo que muchos reúnen en una unidad: ello es lo que hicieron los apóstoles en esta composición; reunieron en ella sola los sentimientos de cada uno de ellos. Y es también un «indicio» o «signo» porque en aquella época, según cuenta el apóstol Pablo y se relata también en los Hechos de los Apóstoles, muchos judíos circuncisos simulaban que eran discípulos de Cristo y marchaban a predicar con el fin de conseguir dinero o comida, llevando en su boca ciertamente el nombre de Cristo, pero sin anunciarlo dentro de la línea íntegra de la tradición; por ello, pues, establecieron este indicio para que, por medio de él, se conociera a aquel que realmente predicaba a Cristo de acuerdo con las reglas apostólicas. También en las guerras civiles dicen que se suele observar esto: dado que el aspecto de las armas es semejante, el sonido de la voz idéntico, las costumbres las mismas y las formas de luchar iguales, los jefes militares, con el fin de que no haya ninguna dolosa intromisión, dan a sus soldados «símbolos» diferentes, que en latín se llaman «signos» o «indicios»: así, si alguno se encuentra con otro cuya militancia desconozca, puede preguntarle el «símbolo» y saber si es enemigo o aliado. Y enseñaron por fin que este símbolo no se escribiera en cartas o papeles, sino que fuera retenido en el corazón, para que se pudiera tener la seguridad de que nadie lo había aprendido con la lectura —que es un procedimiento que suele llegar incluso a manos de los infieles—, sino de la tradición apostólica.

Rufino, *Symboli*, 37:

(La Iglesia Católica es una.)

Aquellos que han sido enseñados a creer en un solo Dios bajo el misterio de la Trinidad, deben creer también esto: que la Iglesia santa es una, en la cual hay una sola fe y un solo bautismo, en la cual se cree en un solo Dios que es el Padre, en un solo Señor Jesucristo, el hijo de aquél, y en un solo Espíritu Santo. Esta es la Iglesia santa que no tiene mancha ni arruga. Muchos otros reunieron iglesias; así Marción, Valentín, Ebión, Maniqueo y demás herejes; pero esas iglesias no están exentas de la mancha y de la arruga de la perfidia; por ello, hablando de ellos, decía el profeta: «Odio la iglesia de los malvados y no me sentaré con los impíos»[21]. Escucha sin embargo lo que dice el Espíritu Santo en el *Cántico de los Cánticos* al hablar de esta Iglesia que conserva la fe íntegra de Cristo: «Una es mi paloma y una ha sido hecha para su madre»[22].

Ambros., *In Luc.*, 2, 83 ss.:

(Dios ha construido su Iglesia con su hijo.)

«Aconteció, pues, cuando todo el pueblo se bautizaba, que bautizado Jesús y orando, se abrió el cielo, y descendió el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma, sobre Él, y se dejó oír del cielo una voz: Tú eres mi hijo amado, en ti me complazco»[23]. Así pues, el Señor fue bautizado, con la intención no de ser purificado, sino de purificar las aguas, para que éstas, limpias por la carne de Cristo que no conocía el pecado, tuvieran poder bautismal. Por ello, quien se acerca al bautismo de Cristo, se ve libre de pecados... Así pues, si para la edificación de su Iglesia Dios nos hizo tantas concesiones de su favor divino, hasta el punto de que tras los patriarcas, profetas y ángeles, descendió del cielo su hijo y unigénito y se entregó al bautismo, ¿no vamos a aceptar como verdadera y divinamente referidas a la

[21] *Salmos* 25, 5.
[22] *Cantar de los cantares* 6, 8.
[23] *Lucas* 3, 21.

Iglesia las siguientes palabras: «Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la construyen»?[24]... Pero, por contar hechos históricos, es sabido que el pueblo salió de Egipto y desconocía el camino que le llevaba a la tierra santa. Dios envió una columna de fuego para que el pueblo conociera por la noche el camino y de día le envió una columna de nubes para que no se desviara ni a la izquiera ni a la a derecha. Pero tú, hombre, no eres tal que merezcas una columna de fuego; no tienes un Moisés ni recibes una señal; ahora, tras la venida de Cristo, se exige fe y se esconden los signos externos; teme al Señor y sospecha del Señor: y es que «el ángel del Señor andará entre los que le temen y los sacará»[25]. Ves, pues, que en todas partes los poderes del Señor son comparados con cosas humanas; así se dice que nadie puede «edificar» sin el Señor, que nadie puede «vigilar» sin el Señor, que nadie puede «empezar» nada sin el Señor... *(tras aducir algunas citas del A. T., donde aparece Dios como creador, y entre ellas, la creación del primer hombre y la primera mujer, introduce esta comparación con Cristo y la Iglesia):* el nuevo Adán es Cristo y la costilla de Cristo es la Iglesia; nosotros, pues, «somos miembros de su cuerpo, somos de su carne y somos de sus huesos»[26] . Y quizás es esta la costilla de la que dijo: «Me doy cuenta de que una virtud ha salido de mí»[27]; la costilla que salió de Cristo y no disminuyó su cuerpo; y es que la costilla no es corporal, sino espiritual, y el espíritu no se divide a sí mismo, sino que se multiplica en cada uno de nosotros según su voluntad. Y esta es Eva, la madre de todos los vivos. Si entiendes, pues, la frase «buscas entre los muertos al que vive»[28], entenderás que están muertos aquellos que están sin Cristo, ya que no participan de la vida; y es que esto es no participar de Cristo, por cuanto Cristo es la vida.

En definitiva, la madre de los vivos es la Iglesia que edificó Dios poniendo como piedra angular al propio Jesucris-

---

[24] *Salmos* 126, 1.
[25] *Salmos* 33, 8.
[26] Pablo, *Epístola a los efesios* 5, 30.
[27] *Lucas*, 8, 46.
[28] *Lucas* 24, 15.

to, estructurada en el cual crece en forma de templo toda la estructura de la misma.

Ambros., *In. Luc.*, 6, 97:

(Jugando con los términos *Petrus* y *Petra,* Ambrosio hace una defensa de la permanecencia dentro del seno de la Iglesia.)

Cristo es la piedra —«pues bebían de la piedra espiritual que les seguía y la piedra era Cristo»[29] —, pero Cristo no negó a su discípulo la gracia de este vocablo, ya que le llamó piedra, para que el propio Pedro tuviera, de la piedra, la solidez de la constancia y la firmeza de la fe. Esfuérzate tú en ser también piedra, y, consiguientemente, busca la piedra, no fuera de ti, sino dentro de ti; tu piedra son tus acciones; tu piedra es tu mente; sobre esta piedra se edifica tu casa, para que no pueda ser zarandeada por ninguna tormenta de indolencia espiritual. Tu piedra es la fe y su fundamento es la fe en la Iglesia. Si eres piedra, estarás dentro de la Iglesia, porque la Iglesia está construida sobre la piedra. Y si están en la Iglesia, las puertas del infierno no prevalecerán contra ti. Las puertas del infierno son las puertas de la muerte, y las puertas de la muerte no pueden a las puertas de la Iglesia.

2. Continuidad de la Iglesia creada por Cristo a través de sus apóstoles y de los obispos de las sedes más importantes.

Euseb., *Hist. Eccl.* I 1,1-2:

(Si bien es un autor griego, aunque traducido después por Rufino, conviene citar aquí el programa de su *Historia eclesiástica,* por cuanto éste no es otro que intentar establecer quiénes son los auténticos sucesores de Cristo y de sus apóstoles.)

Las sucesiones de los sagrados apóstoles, cubriendo el tiempo que comprende desde nuestro Salvador hasta nues-

[29] Pablo, *Epístola a los corintios* 1, 10, 4.

tro tiempo... Mi punto de partida no es otro que la primera dispensación de Dios por medio de nuestro Salvador y Señor Jesucristo.

I 1, 4:

Yo voy a intentar dar unidad a todo eso (los hechos recogidos por unos autores y otros) mediante el tratamiento historiográfico, reuniendo las sucesiones, si no de todos, al menos sí de los más distinguidos de los apóstoles de nuestro Salvador a través de las iglesias cuya fama todavía se recuerda.

Hier., *Vita Malchi*, 1:

> (También Jerónimo tenía intenciones de hacer una *Historia* de la Iglesia para ver a través de qué sucesores creció esa Iglesia. Luego no la haría.)

Así, pues, yo, que he estado callado largo tiempo —me ha hecho estar en silencio aquel para el cual mis palabras sirven de suplicio—, deseo en un primer momento ejercitarme en un pequeño libro y limpiar, por así decir, esa especie de herrumbre que pueda tener mi lengua, para poder afrontar después la composición de una historia más larga. Estoy dispuesto, en efecto —si el Señor me da vida y si mis perseguidores dejan de perseguirme y de encarcelarme— a escribir una historia de la Iglesia desde la venida de nuestro Salvador hasta nuestra época, es decir, desde los apóstoles hasta estos sucios días nuestros, para ver cómo y por medio de quiénes nació y creció la Iglesia de Cristo.

Eus.-Hier., *Chronicon:*

> (Uno de los hechos recogidos constantemente en el *Chronicon* es la sucesión de obispos en alguna de las iglesias más importantes.)

Jerusalén:

Chron., 2048:

Es ordenado por los apóstoles, como primer obispo de la Iglesia de Jerusalén, Santiago, hermano del Señor.

Chron., 2140:

En Jerusalén el décimo obispo es Séneca, sucesor de Felipe. Tras él en undécimo lugar, viene Justo, al cual sucedió el duodécimo, Leví; tras éste, el decimotercero es Efrén; el decimocuarto, José; el decimoquinto, Judas. Todos estos obispos regentaron la sede de Jerusalén hasta la destrucción de la misma llevada a cabo por Hadriano.

Chron., 2151:

Es ordenado en Jerusalén el primer obispo nacido de los gentiles, Marco. De esta forma terminan los obispos de Jerusalén de ascendencia judía.

Chron., 2176:

La sede de Jerusalén fue ocupada en decimoséptimo lugar por Casiano, sucesor de Marco. Tras él, la ocupa, en decimooctavo lugar, Publio; el decimonono es Máximo; el vigésimo, Juliano; el vigesimoprimero, Gayano; el vigesimosegundo, Símaco; el vigesimotercero, Gayo; el vigesimocuarto, Juliano; el vigesimoquinto, Capitón.

Chron., 2201:

En Jerusalén es ordenado, como vigesimosexto obispo, Máximo; tras él, el vigesimoséptimo es Antonino; el vigesimooctavo, Valente; el vigesimonono, Duliciano; el trigésimo, Narciso; el trigesimoprimero, Dio; el trigesimosegundo, Germanión; el trigesimotercero, Gordio; el trigesimocuarto, otro Narciso. Al haber habido tantos obispos en Jerusalén, no podemos delimitar el tiempo que duró el episcopado de cada uno de ellos.

Chron., 2283:

La sede episcopal de Jerusalén es ocupada por Himeneo.

Chron., 2316:

En la Iglesia de Jerusalén es ordenado, como trigesimoséptimo obispo, Zabdas.

Chron., 2319:

Está al frente de la Iglesia de Jerusalén, en trigesimoctavo lugar, Hermón.

Chron., 2330:

En Jerusalén es nombrado obispo, en trigesimonono lugar, Macario.

Roma:

Chron., 2058:

El apóstol Pedro, tras fundar en primer lugar la Iglesia de Antioquía, es enviado a Roma. En esta ciudad permanece, como obispo de la misma, durante veinticinco años predicando el evangelio.

Chron., 2084:

Tras Pedro, el primero que dirige la Iglesia de Roma como obispo es Lino. Ocupó la sede durante once años.

Chron., 2096:

El segundo obispo de la Iglesia romana es Anacleto. La dirige durante doce años.

Chron., 2108:

En tercer lugar estuvo como obispo al frente de la Iglesia de Roma, durante nueve años, Clemente.

Chron., 2115:

La sede episcopal de la Iglesia de Roma es ocupada en cuarto lugar por Evaristo. Su episcopado duró nueve años.

Chron., 2125:

En quinto lugar ocupa la sede episcopal de Roma, durante diez años, Alejandro.

Chron., 2135:

En sexto lugar ocupa la sede episcopal de Roma, durante diez años, Sisto.

Chron., 2144:

La sede episcopal de la Iglesia de Roma la recibe, en séptimo lugar, Telesforo. La ocupa durante once años.

Chron., 2154:

La sede episcopal de la Iglesia de Roma la recibe, en octavo lugar, Higino. La ocupa durante cuatro años.

Chron., 2158:

Es ordenado en Roma el octavo obispo, Pío. Su obispado dura quince años.

Chron., 2173:

Ocupa en décimo lugar, durante once años, la sede episcopal de la Iglesia de Roma Aniceto; bajo su episcopado vino a Roma Policarpo, quien apartó a muchos del error herético.

Chron., 2185:

Recibe en undécimo lugar la sede episcopal de la Iglesia de Roma Soter. Su episcopado duró ocho años.

Chron., 2193:

Recibe en duodécimo lugar la sede episcopal de la Iglesia de Roma Eleuterio. Su episcopado duró quince años.

Chron., 2209:

Recibe en decimotercer lugar la sede episcopal de Roma, durante diez años, Víctor; todavía nos quedan sus medianos volúmenes sobre religión.

Chron., 2217:

Recibe en decimocuarto lugar el episcopado de Roma Ceferino.

Chron., 2236:

Recibe en decimoquinto lugar la sede episcopal de la Iglesia de Roma Calisto. Su episcopado duró cinco años.

Chron., 2241:

Es ordenado, en decimosexto lugar, obispo de la Iglesia de Roma Urbano. Su episcopado duró nueve años.

Chron., 2250:

Recibe en decimoséptimo lugar la sede episcopal de la Iglesia de Roma Pontiano. Su reinado duró cinco años.

Chron., 2255:

En Roma es ordenado como decimoctavo obispo Antero. Su episcopado duró un mes. Tras él lo es, en decimonono lugar, Fabiano. Su episcopado duró trece años.

Chron., 2269:

Tras la muerte gloriosa de Fabiano, recibe en vigésimo lugar la sede episcopal de la Iglesia de Roma Cornelio; su episcopado duró dos años, muriendo él mismo en el martirio. Nos quedan ocho epístolas de Cipriano dirigidas a él.

Chron., 2270:

Ocupa, en vigesimoprimer lugar, la sede episcopal de la Iglesia de Roma Lucio. Su episcopado dura ocho meses. Tras él la ocupa durante tres años, y en decimosegundo lugar, Esteban. Conservamos epístolas de Cipriano dirigidas a uno y otro.

Chron., 2273:

Ocupa, en vigesimotercer lugar, la sede episcopal de la Iglesia de Roma Sixto. Su episcopado duró ocho años.

Chron., 2282:

Es constituido, en vigesimocuarto lugar, como obispo de Roma Dionisio. Su reinado duró nueve años.

Chron., 2294:

Recibe, en vigesimoquinto lugar, la sede episcopal de la Iglesia de Roma Félix. Su episcopado duró cinco años.

Chron., 2298:

Recibe, en vigesimosexto lugar, la sede episcopal de la Iglesia de Roma Eutiquiano. Su episcopado duró ocho meses. Tras él sigue, en vigesimoséptimo lugar, Gayo, cuyo episcopado duró quince años.

Chron., 2313:

Recibe, en vigesimoctavo lugar, la sede episcopal de la Iglesia de Roma Marcelino.

Chron., 2321:

En Roma es constituido obispo, en vigesimonono lugar, Eusebio; su episcopado dura siete meses. Tras él ocupa la sede, en trigésimo lugar y durante cuatro años, Milciades.

Chron., 2326:

Es ordenado, en trigesimoprimer lugar, como obispo de la sede episcopal de la Iglesia de Roma Silvestre. Su episcopado duró veintidós años.

Antioquía:

Chron., 2060:

Es ordenado, como primer obispo de Antioquía, Evodio.

Chron., 2084:

Es ordenado, como segundo obispo de Antioquía, Ignacio.

Chron., 2123:

También Ignacio, obispo de la Iglesia de Antioquía, es llevado a Roma y entregado a las bestias. Tras él, es nombrado como tercer obispo Herón.

Chron., 2144:

Es nombrado, como cuarto obispo de Antioquía, Cornelio.

Chron., 2158:

Es nombrado, como quinto obispo de Antioquía, Eros.

Chron., 2185:

Es ordenado, como sexto obispo de Antioquía, Teófilo; todavía nos quedan las abundantes obras de su ingenio.

Chron., 2193:

Es nombrado, como séptimo obispo de Antioquía, Máximo.

Chron., 2206:

Serapio es ordenado como octavo obispo de Antioquía.

Chron., 2227:

Es nombrado, como noveno obispo de Antioquía, Asclepiades.

Chron., 2234:

Es nombrado, como décimo obispo de Antioquía, Fileto.

Chron., 2245:

Es nombrado como undécimo obispo de Antioquía, Zebeno.

Chron., 2269:

Es nombrado, como decimocuarto obispo de Antioquía, Demetriano.

Chron., 2277:

Es nombrado, como decimoquinto obispo de Antioquía, Paulo Samosateno.

Chron., 2288:

Es ordenado, como decimoséptimo obispo de la Iglesia de Antioquía, Timeo.

Chron., 2297:

Es nombrado, como decimoctavo obispo de Antioquía, Cirilo.

Chron., 2319:

Es nombrado, decimonono obispo de Antioquía, Turano.

Alejandría:
Chron., 2080:

Tras Marco evangelista, es ordenado, como primer obispo de la Iglesia de Alejandría, Aniano, quien estuvo al frente de la misma durante veintidós años.

Chron., 2100:

Es constituido, como segundo obispo de la Iglesia de Alejandría, Abilio, quien estuvo al frente de la misma durante trece años.

Chron., 2113:

Al frente de la Iglesia de Alejandría estuvo, como tercer obispo, Cerdón. Su episcopado duró once años.

Chron., 2122:

Es ordenado, como cuarto obispo de la Iglesia de Alejandría, uno que tenía como nombre Primero. Su episcopado duró doce años.

Chron., 2135:

Es nombrado, como quinto obispo de la Iglesia de Alejandría, Justo. Su episcopado duró once años.

Chron., 2146:

Como sexto obispo, estuvo al frente de la Iglesia de Alejandría Eumenes. Su episcopado duró trece años.

Chron., 2159:

Recibe en séptimo lugar la sede episcopal de la Iglesia de Alejandría Marco. Su episcopado duró diez años.

Chron., 2169:

Como octavo obispo, estuvo al frente de la Iglesia de Alejandría Celadión. Su episcopado duró catorce años.

Chron., 2182:

Como noveno obispo, estuvo al frente de la Iglesia de Alejandría Agripino. Su episcopado duró doce años.

Chron., 2195:

Consigue, en décimo lugar, la sede episcopal de la Iglesia de Alejandría, Julián. Su episcopado duró diez años.

Chron., 2205:

Es constituido, como undécimo obispo de Alejandría, Demetrio. Su episcopado duró cuarenta y tres años.

Chron., 2247:

Es ordenado, como duodécimo obispo de la Iglesia de Alejandría, Heracles. Su episcopado duró dieciséis años.

Chron., 2265:

Ocupa, en decimotercer lugar, la sede episcopal de la Iglesia de Alejandría, Dionisio. Su episcopado duró diecisiete años.

Chron., 2281:

Es ordenado, como decimocuarto obispo de la Iglesia de Alejandría, Máximo. Su episcopado duró dieciocho años.

Chron., 2299:

Como decimoquinto obispo, estuvo al frente de la Iglesia de Alejandría, Teonas. Su episcopado duró diecinueve años.

Chron., 2320:

Tras Teonas, es ordenado, como decimosexto obispo de la Iglesia de Alejandría, Pedro, quien después, en el año noveno de la persecución, sufrió glorioso martirio.

Chron., 2327:

Es ordenado, como decimoséptimo obispo de la Iglesia de Alejandría, Aquilas.

Chron., 2338:

Es ordenado, como decimoctavo obispo de la Iglesia de Alejandría, Alejandro. Arrio, expulsado por este obispo de la Iglesia, hace compañeros de su impiedad a otros muchos. El sínodo de trescientos dieciocho obispos, reunidos en Nicea, ciudad de Bitinia, para castigar su perfidia, borró todas las maquinaciones de los herejes oponiendo a su tesis el dogma de la única naturaleza de Cristo.

3. La divinidad de Cristo, fundador de la Iglesia

Tert., *Apol.*, 21, 7 ss.:

Vino, pues, aquél del que ya había anunciado Dios en las profecías que vendría para reformar e iluminar la antigua ley: Cristo, el hijo de Dios. Efectivamente, el autor y maestro de esta gracia y de esta nueva ley, el iluminador y el guía del género humano era anunciado como hijo de Dios; pero él no fue engendrado de forma que tuviera que sonrojarse por su nombre de hijo o por su filiación paternal. Él no tuvo que sufrir la afrenta de nacer como consecuencia del incesto de una hermana ni del estupro de una hija o esposa ajena, ni de tener como padre a un dios cubierto de escamas, disfrazado con cuernos, tapado con plumas o convertido en lluvia de oro como el amante de Dánae. Estas infamias humanas son propias de Júpiter. El hijo de Dios no tuvo una madre convertida en madre a partir de relaciones carnales; incluso aquella que aparentemente es su madre no llegó a casarse. Pero primero hablaré de su sustancia y así se entenderá mejor después el misterio de su nacimiento.

Ya hemos dicho que Dios creó todo el universo con su palabra, su razón y su poder. Es sabido que vuestros propios sabios aceptan que el artífice del universo es el *logos*, es decir, «la palabra y la razón». Zenón[30] le define como el artesano que ha formado todo de acuerdo con un orden; y dice que se le llama también «destino, dios, alma de Júpiter, necesidad de todas las cosas». Cleantes[31] reunió todas esas

---

[30] Zenón de Citio (336-232 a. C.), fundador de la escuela estoica.
[31] Cleantes de Assos (331-332 a.C.), discípulo del anterior.

denominaciones en la de «espíritu», que circula, dice, a través de todo el universo. Y nosotros, a la palabra, a la razón y al poder, por medio de los cuales hizo Dios, según hemos dicho, todas las cosas, los miramos como una sustancia propia espiritual, en la cual, cuando se pronuncia, está la palabra; a la cual, cuando dispone, asiste la razón; y al frente de la cual, cuando realiza, está el poder. Nosotros decimos que Dios ha enviado ese espíritu y que al enviarlo lo ha engendrado, y, por eso, decimos que es hijo de Dios y que es Dios, ya que tienen la misma sustancia: pues Dios también es espíritu. Cuando un rayo sale del sol, es una parte la que sale del todo; pero el sol está en el rayo, porque el rayo es del sol y la sustancia del sol no se separa, sino que se extiende, como la lumbre que se extiende desde la lumbre: la materia madre permanece entera y sin perder nada, aunque ella comunique su naturaleza a través de múltiples canales. De la misma forma, el hijo de Dios, puesto que ha salido de Dios, es Dios y ambos son una misma cosa; y de la misma forma, el espíritu que sale del espíritu y de Dios es Dios: a la hora de contarlos son dos, pero ese número no responde a dos sustancias, sino a distinto grado; y es que el nuevo vástago no se aparta de su matriz, sino que se extiende desde ella. Pues bien, este rayo de Dios, que es como se le llamaba siempre desde hace tiempo, descendiendo al vientre de una virgen y haciéndose carne en el mismo, nace como hombre divino. Su carne, unida al espíritu, se nutre, crece, habla, enseña y actúa: y ése es Cristo.

Tert. *Apol.*, 21, 17 ss.:

> (Los milagros de Cristo son prueba de su divinidad y no de que fuera un mago, como quieren los paganos.)

Por su humildad, le habían tomado solamente como hombre; pero por sus poderes ocurrió que le tomaran como mago: efectivamente, él expulsaba con su palabra a los demonios de los cuerpos de los hombres; devolvía la vista a los ciegos; limpiaba a los leprosos; recuperaba a los paralíticos; y, en definitiva, hacía volver a la vida con su palabra a los muertos. Con ello mostraba que él era el Hijo anunciado en otro tiempo por Dios y nacido para la salvación de

todos; que él era el Verbo de Dios eterno, primogénito, acompañado de su poder y de su inteligencia y apoyado en su espíritu.

Pero ante su doctrina, con la cual eran convencidos, se exasperaron de tal forma los maestros y los notables de los judíos —por el hecho sobre todo de que acudían a él una gran multitud de gentes—, que al final, entregándole a Poncio Pilato, entonces gobernador romano de Siria, le obligaron a éste, con la violencia de sus voces, a que le crucificara. Ya él había predicho que los judíos actuarían de esta forma; y eso es poco, si lo comparamos con el hecho de que ya los profetas lo habían predicho mucho antes. Y sin embargo, estando clavado en la cruz, realizó muchos prodigios propios de una muerte de este tipo: efectivamente, exhaló su alma al mismo tiempo que sus últimas palabras, avanzando de esta forma la actuación del verdugo; en aquel mismo momento desapareció el día, cuando el sol estaba marcando el punto medio de su carrera por el cielo; aquellos que no sabían que esto ya estaba anunciado a propósito de la muerte de Cristo pensaron que se trataba de un eclipse: al no comprender la razón de la desaparición del día, la negaron; y, sin embargo, todavía se conserva en vuestras viejas historias este accidente del mundo. Entonces los judíos, después de haber bajado el cuerpo y haberlo sepultado, lo custodiaron con gran cuidado con soldados, no fuera a ser que, dado que había dicho que al tercer día resucitaría, sus discípulos, sacando el cadáver furtivamente, les engañaran a ellos, que sospechaban que actuaría así. Pero al tercer día, tras haberse removido de repente la tierra y haberse retirado la enorme piedra que tapaba el sepulcro, habiendo huido asustados los guardias y sin que se hallaran allí los discípulos, no se encontró nada en el sepulcro salvo los despojos de la sepultura.

Tert., *Apol.*, 21, 24:

> (El propio Pilato es testimonio de la divinidad de Cristo.)

Todos estos hechos relativos a la muerte de Cristo fueron anunciados al César de entonces, Tiberio, por Pilato, quien en su corazón se había convertido ya en cristiano. Y los propios Césares hubieran creído entonces en Cristo, si los Cé-

sares no hubieran sido necesarios al mundo o si los Césares hubieran podido ser, al mismo tiempo que Césares, cristianos.

Arn., *Nat.*, 1, 42:

(Los milagros de Cristo son una prueba de su divinidad.)

«Adoráis a uno que ha nacido como hombre.» Aunque esto fuera verdad, sin embargo, como se ha dicho más arriba, debería ser llamado e invocado como dios por los muchos y generosos dones que nos han venido de él. Pero dado que en verdad y sin ningún género de dudas es Dios, ¿pensáis vosotros que vamos nosotros a negar que le adoramos y que le consideramos como el jefe de nuestra comunidad? «Así pues», dirá alguno de vosotros, lleno de cólera, de locura y de indignación, «¿ese Cristo es dios?». Sí, es dios, responderemos, y dios de los poderes interiores y además —cosa que es lo que más atormenta con crueles dolores a los que no creen— ha sido enviado a nosotros por el rey supremo para la más importante de las misiones. Quizás alguno de nuestros enemigos, enloquecido y enfurecido todavía más, pregunte si se puede demostrar que esto que nosotros decimos es realmente así como lo decimos. No hay mejor prueba que creer en las acciones llevadas a cabo por él, que la originalidad de sus milagros, que la derrota y desaparición de todos los decretos del destino: todo eso lo han visto con sus propios ojos y sin que nadie lo negara, los pueblos y las gentes; todo eso no se atreven a negarlo como falso ni siquiera aquéllos, de cuyas antiguas y ancestrales leyes Él ha demostrado que estaban llenas de vanidad y de inútil superstición.

Arn., *Nat.*, 1, 43:

(Los paganos reconocen los milagros de Cristo, pero ello no quiere decir sino que Cristo era una mago.)

Es posible que alguno de nuestros enemigos vuelva de nuevo a la carga con otras muchas calumnias, como aquellas

conocidas y pueriles palabras: «fue un mago, todo aquello lo hizo recurriendo a prácticas ocultas; robó de los templos de los egipcios los nombres de ángeles poderosos y doctrinas exotéricas». ¿Qué decís, pobres niños, que sois unos charlatanes por la locuacidad de vuestras temerarias palabras en cuestiones que no habéis investigado y que desconocéis? Así pues, todo eso que El realizó ¿no fueron nada más que prestidigitaciones de demonios y juegos de artes mágicas? ¿Podéis mostrarnos a alguien, apuntarnos, de entre todos los famosos magos que han existido a lo largo de los siglos, a uno que haya hecho, aunque sólo sea en la milésima parte, algo semejante a lo que hizo Cristo? ¿A alguno que lo haya hecho sin necesidad de recurrir a la fuerza de encantaciones, a los juegos de hierbas y de plantas, a la observación preocupada de ritos, libaciones y momentos favorables? Yo ya no insisto ni pregunto sobre aquello que ellos se comprometen a hacer o sobre los tipos de actos en que se suele cifrar toda su doctrina y experiencia. En efecto, ¿quién no sabe que éstos o bien se esfuerzan por predecir lo que ya es inminente, lo que, quiérase o no, está ya a punto de suceder de acuerdo con el orden natural de las cosas; o bien envían una peste mortal a quien ellos quieren[32] o bien rompen los lazos de amistad; o abren sin llaves lo que está cerrado; o tapan las bocas con el silencio; o debilitan, estimulan y ralentizan a los caballos atados a los carros; o introducen en las esposas o hijos de otros, sean varones o mujeres, las llamas y locos deseos de un amor ilícito; o que, si se atreven a hacer algo que parezca útil, no pueden hacerlo por sus propios poderes, sino por los poderes de aquellos a los cuales invocan?

Cristo, por el contrario, todo lo que hizo lo hizo sin ninguna ayuda exterior, sin observar ningún rito ni ninguna prescripción, con las posibilidades que le daba su nombre; y, lo que era propio, conveniente y digno de un dios verdadero, no hizo nada dañino ni nefasto, sino que todo lo que nos dio desde la liberalidad de su generoso poder fue prolífero, saludable y fecundo en recursos.

---

[32] Se trata, en este caso y en los siguientes, de alusiones a determinados tipos de conjuros.

Arn., *Nat.*, 1, 45 ss.:

(Catálogo de los milagros de Cristo y explicación de por qué lo hizo: no por ostentación, sino para probar su divinidad.)

¿Qué más? ¿Acaso era un mortal o uno cualquiera de nosotros aquel ante cuyas órdenes y ante cuya voz, pronunciada con palabra ordinarias y cotidianas, huían las debilidades del cuerpo, las enfermedades, las fiebres y todos los demás tormentos físicos? ¿Era uno cualquiera de nosotros aquél cuya presencia y cuya vista no podía soportar aquella turba de demonios introducida en las entrañas de los hombres y ante el cual esa misma turba, aterrorizada por una fuerza extraordinaria, abandonaba la posesión de los cuerpos? ¿Acaso era uno cualquiera de nosotros aquel cuyo más leve toque hacía que se pararan los flujos de sangre y se cortaran todos los otros flujos anormales? ¿Acaso era uno cualquiera de nosotros aquel ante cuyas manos desaparecía la hidropesía más resistente, ante cuyas manos escapaba ese líquido insidioso y los vientres hinchados expulsaban el aire con saludable sequedad? ¿Acaso era uno cualquiera de nosotros aquel que mandaba correr a los cojos y éstos lo hacían sin mayores dificultades; que mandaba extender la mano a los mancos y las articulaciones de éstos se extendían en movimientos ya naturales; que mandaba levantarse a los paralíticos y éstos, que poco antes eran llevados sobre los hombros de otros, se llevaban a cuestas su propio lecho; que mandaba a los ciegos ver y éstos, incluso aquellos que habían nacido sin ojos, veían ya el cielo y la luz del día?

¿Acaso era, insisto, uno cualquiera de nosotros aquel que, de una sola vez y con una sola intervención, sanaba a cien o más afectados por variadas debilidades y enfermedades? ¿Aquel ante cuya sola voz se rendían los furibundos y desencadenados mares y se apaciguaban los torbellinos y tempestades provocados por tormentas? ¿Aquel que andaba sin mojarse por las altas olas, que pisaba las espaldas del mar, con el estupor de las propias olas y con el sometimiento de la propia naturaleza a su servicio? ¿Aquel que dio de comer con cinco panes a cinco mil personas y que, para que los incrédulos y duros de corazón no pensaran que se trató de un

fenómeno de ilusionismo, hizo llenar doce espartillas con los trozos que sobraron? ¿Acaso fue uno cualquiera de nosotros aquel que mandaba volver a los cuerpos la vida que ya se había escapado, sacar de las tumbas a los ya enterrados y desenvolver las ligaduras del embalsamiento cuando ya el cadáver llevaba tres días enterrado? ¿Acaso fue uno cualquiera de nosotros aquel que veía en el fondo de los corazones taciturnos cuál era la voluntad de cada y cuáles eran sus más oscuros pensamientos? ¿Acaso era uno cualquiera de nosotros aquel que, a pesar de hablar una sola lengua, parecía a los pueblos más diversos y que hablaban las lenguas más diferentes que estaba utilizando palabras que ellos conocían y su propia lengua? ¿Acaso fue uno cualquiera de nosotros aquel que, cuando enseñó a sus discípulos las obligaciones de la verdadera religión, llenó de repente todo el mundo y mostró su grandeza y su naturaleza al revelar la inmensidad de su nombre? ¿Acaso fue uno cualquiera de nosotros aquel que, tras abandonar su cuerpo, se mostró con luz plena a innumerables hombres; que habló, escuchó, enseñó, castigó y aconsejó; que, para aquellos que le escuchaban no pensaran que estaban siendo engañados por vanas ilusiones, se mostró una, dos y más veces hablando familiarmente con los demás; que todavía hoy se aparece, no a través de sueños vanos, sino en visiones simples y claras, a los hombres justos, puros y que le aman; cuyo nombre, al ser oído, pone en fuga a los malos espíritus, impone silencio a los adivinos, hace perder sus clientes a los harúspices, y consigue, no por miedo al nombre, como vosotros decís, sino por el privilegio de un poder superior, que no tengan éxito las acciones de los magos arrogantes?

Yo he hecho esta sumaria exposición de sus hechos no para que se viera sólo en estos poderes la grandeza del que los hizo. Efectivamente, la grandeza o la insignificancia, incluso lúdica, de sus acciones nos serán conocidas cuando nos esté permitido saber de qué reinos ha venido o de qué divinidad es administrador. Lo que sí es cierto es que todo lo que él llevó a cabo y realizó, no lo hizo por vana ostentación, sino que lo hizo para que los hombres de corazón duro e incrédulo supieran que sus promesas no eran falsas y aprendieran a sospechar, por la bondad de sus obras, cuál

es la esencia del verdadero Dios. Al mismo tiempo, al haber hecho una enumeración sumaria de sus hazañas, he pretendido que se supiera, no que Cristo podría hacer las cosas que hizo, sino que superó incluso las decisiones de los hados. Y es que si, como es claro y reconocido, las debilidades y sufrimientos físicos —como las de los sordos, mancos y mudos—, el agarrotamiento de los músculos y la pérdida de la vista son desgracias que ocurren por decisión de los hados y a ellos se atribuyen y si sólo Cristo pudo corregir, restablecer y sanar estos defectos, está más claro que el sol que Cristo tiene más poder que los hados, ya que desató y superó aquello que estaba atado con lazos perpetuos y con inmóvil fatalidad.

Arn., *Nat.*, 1, 48 ss.:

> (Diferencia entre los milagros de Cristo y los de dioses paganos a los que también se atribuyen milagros.)

«En vano», podrá decir cualquiera, «atribuyes a Cristo tanto poder, cuando nosotros sabemos y hemos aprendido que hay otros muchos dioses que han proporcionado remedios a muchos pacientes y han curado las enfermedades y debilidades de salud de muchos hombres». Yo no pregunto ni exijo saber qué dios o en qué momento auxilió a alguien o a qué enfermo restituyó la salud. Yo sólo deseo oír decir si, sin la ayuda de ninguna materia, es decir, de ninguna medicina, y con el sólo toque de sus manos, ordenó y mandó que las enfermedades se alejaran de los cuerpos de los hombres, consiguió que desaparecieran las propias causas de las debilidades y que los cuerpos de los débiles volvieran a su primitivo estado de salud. Se sabe, en efecto, que Cristo, con sólo poner la mano sobre la parte enferma o con la sola orden de su voz, abría los oídos a los sordos, disipaba las tinieblas de los ojos, devolvía la palabra a los mudos, desataba el agarrotamiento de las articulaciones, devolvía la facultad de andar a los paralíticos y sanaba, con sólo sus palabras y sus órdenes, la lepra, la fiebre, la hidropesía y todas las demás enfermedades que, en virtud de no sé qué inopotuna crueldad, tienen que soportar los cuerpos humanos. ¿Qué cosa semejante han hecho todos esos dioses que, según vo-

sotros, han prestado ayuda a los enfermos y a los que estaban en peligro de muerte? Esos dioses, si es que, como se dice, han curado alguna vez a alguien, lo han hecho ordenando tomar algún alimento, o beber alguna bebida de determinadas cualidades, o poner sobre las zonas dolorosas cataplasmas de plantas y hierbas, o hacer ejercicio, o guardar reposo, o privarse de aquello que hacía daño. Que eso no tiene nada de extraordinario ni merece que os quedéis con la boca abierta de admiración está claro, si queréis prestarme atención: así curan los médicos, esas criaturas terrestres que no se basan en la certidumbre de una ciencia, sino que pisan sobre una técnica de conjeturas y dudan a la hora de hacer diagnósticos. Por otro lado, no es ningún milagro alejar las enfermedades con medicamentos: las facultades curativas están en las propias cosas y no en el poder de los curanderos y, si bien es digno de alabanza saber con qué medicina o con qué técnica pueden curarse los distintos enfermos, esa alabanza debe hacerse, no a los dioses, sino a los hombres que saben eso. Y es que, para un hombre, no es vergonzoso recurrir a remedios externos para mejorar la salud de otro hombre, mientras que para un dios es una deshonra el no poder hacerlo por él mismo y tener que conceder la curación y la salud recurriendo a ayuda de medios externos.

Y dado que vosotros habéis comparado las benéficas curaciones de otros dioses con las de Cristo, ¿queréis que os mostremos cuántos miles de enfermos, cuántos miles de afectados por enfermedades corrosivas no encontraron en absoluto ningún remedio cuando se acercaron suplicantes a todos los templos, cuando postrados ante los rostros de los propios dioses barrieron a besos sus umbrales, cuando cansaban con preces e imploraban con misérrimas promesas, mientras les quedaba algo de vida, al propio Esculapio, dador, según dicen, de la salud? ¿Acaso no sabemos que algunos de ellos murieron a consecuencia e sus propios males, que otros envejecieron en medio de los sufrimientos de sus enfermedades, y que otros empezaron a sentirse mucho peor tras haber consumido días y noches en continuas súplicas y a la espera de piedad? ¿De qué sirve mostrar a uno o dos que hayan sido casualmente sanados, cuando hay tantos miles a los que nadie socorrió y cuando están todos los san-

tuarios llenos de desgraciados y desafortunados? A no ser que nos vengáis a decir ahora que los dioses ayudan a los buenos, pero que se olvidan de las degracias de los malos. Cristo, sin embargo, socorrió por igual a los buenos y a los malos y no rechazó a nadie que en la adversidad le pidiera ayuda contra la violencia y los ataques de la fortuna. Esto es, en efecto, lo propio de un verdadero Dios y de un rey poderoso: no negar a nadie sus favores y no sopesar quién lo merece y quién no, ya que la debilidad natural que convierte al hombre en pecador no es una elección de su voluntad, sino una opción de su juicio. Es más, decir que los dioses prestan su ayuda a los desgraciados que lo merecen es poner en discusión y en duda vuestra propia afirmación: por una parte, puede parecer que aquel que está sano ha conservado su salud por casualidad y, por otra, se puede creer que aquel que no lo está, no lo está porque no ha podido alejar su enfermedad a causa de la importencia de los dioses y no a causa de sus deméritos.

Arn., *Nat.*, 1, 50 ss.:

> (Otra prueba de la divinidad de Cristo es que transmitió sus facultades de hacer milagros a sus discípulos, cosa que no hizo Júpiter con sus flámines.)

Y ¿qué decir del hecho de que todos estos milagros, que yo he resumido sumariamente y no como exigía la magnitud de los hechos, no sólo los hizo él mismo por su propio poder, sino que, cosa que es mucho más grande, permitió que otros muchos, con la sola invocación de su nombre, los intentaran y los hicieran? Y es que, como sabía que sus discípulos iban a tener la facultad de hacer las cosas que él hacía y de llevar a cabo acciones divinas, para que no sospechara nadie que aquellos poderes y beneficios los habían conseguido por procedimientos mágicos, escogió, de la inmensa multitud de gentes que le seguía admirando sus poderes, a pescadores, artesanos, campesinos y otros ignorantes de este tipo, los cuales, al ser enviados por todas las naciones, realizaran los milagros sin ningún tipo de superchería ni de ayuda. El, con su sola palabra, amainó los dolores de miembros llenos de gusanos; ellos, con su sola palabra, consiguieron que amainaran las convulsiones de pasiones lo-

cas. El, con una sola orden, expulsó a los demonios de los cuerpos y devolvió a los muertos el uso de los sentidos; ellos, también con una orden semejante, devolvieron una salud duradera a los que estaban atormentados bajo los aguijones de esos demonios. El, con poner su mano encima, hizo desaparecer las señales blancas de la lepra; ellos, con un toque de sus manos no diferente, devolvieron a los cuerpos su aspecto normal. El ordenó a las hidrópicas e hinchadas vísceras que recuperaran su sequedad natural; sus discípulos, de igual modo, pararon a los humores salidos de sus cauces y les ordenaron que, sin causar daño al cuerpo, salieran por sus conductos normales. El, en el tiempo en que decía una sola palabra, frenó al instante la actividad devoradora de las úlceras de inmensa voracidad y que se resistían a la curación; ellos, de igual forma, obligaron a cicatrizar, cortando sus ramificaciones, a los difíciles y crueles cánceres. El concedió la facultad de andar a los cojos, la vista a los ojos ciegos, devolvió a la vida a los muertos; éstos, con no menos eficacia, relajaron la contracción de nervios, llenaron a los ojos de una luz que ya habían perdido y, haciendo volver hacia atrás el cortejo fúnebre, ordenaron a los muertos salir de sus ataúdes. En fin, El no hizo, en medio de la admiración y del estupor de todos, nada cuya realización no permitiera a sus discípulos rústicos y pusiera bajo la potestad de ellos.

¿Qué decís, mentes incrédulas, difíciles y duras? ¿Acaso aquel famoso Júpiter Capitolino concedió poderes de este tipo a alguno de los mortales? ¿Acaso concedió este don a algún curión[33], o algún pontífice máximo o, mejor aún, a un flamen Dial, que era su sacerdote particular? Y no me estoy refiriendo al poder de resucitar muertos, de restituir la vista a los ciegos ni de volver a su estado a los miembros debilitados y paralíticos, sino al poder de curar, con una orden oral o con el toque de sus manos, una herida con pus, un padrastro o una postilla...

¡Ea! ¡Que se presente aquí Zoroastro saliendo, si creemos a Hermipo[34], del interior de la tierra a través de la franja de

[33] Sacerdote de la curia.
[34] Hermipo de Esmirna, autor de biografías de filósofos, escritores y le-

fuego; que venga el famoso Bactriano[35], cuyas hazañas expone Ctesias[36] en el primer libro de sus historias, y Armenio, nieto de Zostriano, y Panfilio, amigo de Ciro[37] y Apolonio[38], y Damígero, y Dárdano,[39], y Belo[40], y Juliano[41], y Bébulo[42], y cualquier otro que, según la tradición, haya tenido poder y fama en tales artes de prestidigitación! ¡Que concedan a uno solo del pueblo, para que pueda cumplir este oficio, la facultad de articular las bocas de los mudos, de abrir los oídos de los sordos, de recuperar el estado natural de aquellos que nacieron sin la luz de los ojos y de devolver la sensibilidad y la vida a los cadáveres que ya llevan largo tiempo fríos. O si esto es una cosa excesiva y no pueden conceder a otros la facultad de hacer tales acciones, ¡que lo hagan ellos mismos y que lo hagan sirviéndose de sus propios ritos! Que aporten todas las hierbas maléficas que produce el seno de la tierra y todas las fuerzas contenidas en los murmullos de sus palabras y en las encantaciones de sus himnos; nosotros no veremos eso mal. Que junten al mismo tiempo todas esas cosas; nosotros no se lo prohibiremos. Nos agrada comprobar y reconocer si pueden conseguir, con la ayuda de sus dioses, lo que rústicos cristianos hicieron constantemente con sencillas órdenes.

Arn., *Nat.*, 1, 54 ss.:

(Autenticidad de los milagros y doctrina cristianos.)

Pero vosotros no creéis en la realidad de estos hechos. Pero quienes contemplaron la realización de estos hechos y vieron con sus propios ojos que se llevaban a cabo, ellos,

---

gisladores. Vivió en el siglo III a. C. Era un recopilador de la escuela peripatética.

35 Este Bactriano es posiblemente el que luchó con Nino, rey asirio (cf. Justino 1, 1, 4-10; Orosio, *Historias* 1, 4, 1-3). Tanto Justino como Orosio llaman Zoroastro a este Bactriano; pero no se trata del famoso reformador, sino de un rey mago.

36 Historiador griego del siglo IV a. C.

37 No se sabe a ciencia cierta quiénes son este Armenio y Panfilio.

38 Taumaturgo neopitagórico de Tiana.

39 Dos magos citados como tales por otros autores antiguos.

40 Es el famoso rey asirio, considerado también como mago.

41 Juliano de Teurga, autor de oráculos.

42 No sabemos nada de este mago.

que son los mejores testigos y los garantes más seguros, creyeron ellos mismos en esos hechos y nos los transmitieron, con pruebas no desdeñables, para que creyéramos en ellos. ¿Preguntáis quizás quiénes son éstos? Las gentes, los pueblos, las naciones y aquella raza de hombres incrédula, los cuales no hubieran prestado nunca el asentimiento de su fe en hechos de este tipo, si no hubieran visto que se trataba de una cosa evidente y más clara, como se suele decir, que la propia luz. ¿Acaso vamos a decir que los hombres de aquella época fueron hasta tal punto vanos, mentirosos, estúpidos y brutos que fingieron haber visto lo que nunca vieron, que transmitieron con falsos testimonios y aseguraron con pueriles afirmaciones cosas que nunca habían sido hechas, y que, cuando podían haber vivido en armonía con vosotros y haber tenido relaciones amistosas, prefirieron granjearse odios gratuitos y ser considerados malditos en boca de todos?

Y si esta versión de los hechos es, como vosotros decís, falsa, ¿de dónde que en tan poco tiempo se llenara todo el mundo de esta religión o que pudieran reunirse bajo una misma creencia pueblos que vivían en regiones separadas y que estaban alejados en los distintos lugares de donde proceden los vientos y en diferentes horizontes del cielo? ¿Acaso han sido seducidos por simples afirmaciones, atraídos a esperanzas vanas, y, temerariamente desesperados, han querido lanzarse espontáneamente a los peligros de la muerte, cuando no habían visto nada que por su carácter novedoso y milagroso pudiera arrastrarles a este culto? Todo lo contrario: dado que ellos vieron cómo todas esas acciones eran realizadas por el propio Cristo y por los discípulos de éste, que enviados por todo el mundo llevaban a las almas de los hombres los beneficios del padre y los dones de Dios, vencidos por la fuerza de la verdad se entregaron a Dios y no les importó nada entregaros a vosotros sus cuerpos y proporcionaros su propia carne para que la devorarais.

Pero, diréis, nuestros autores han hecho promesas vanas, han exagerado en exceso pequeñas acciones y han aumentado, en panegíricos excesivamente ambiciosos, hechos de poca importancia. —¡Ah! ¡Ojalá hubieran podido poner por escrito todo lo que el propio Cristo realizó o todo lo que

cumplieron, con igual derecho y poder, sus discípulos! La fuerza de tantos milagros os haría a vosotros todavía más incrédulos y tendríais quizás la posibilidad de encontrar un texto en el que pudierais verosímilmente demostrar que se han hecho añadidos a los hechos y que se han introducido falsedades en los escritos y comentarios. Pero todo lo que ha sucedido en pueblos ignorados y que no conocían el uso de las letras no ha podido ser consignado por escrito ni ha podido llegar a los oídos de todos; por otro lado, en aquello que ha sido escrito y transmitido, la maldad de los demonios cuya preocupación y afán es interceptar esta verdad y la de hombres semejantes a ellos ha hecho interpolaciones y añadidos y ha producido cambios y omisiones en palabras, sílabas y letras, con el fin de retrasar la adhesión de los instruidos y de corromper la autoridad de los hechos. Pero nunca sucederá que de estos testimonios escritos se pueda deducir cuál es la naturaleza de Cristo, cuya causa ha sido entregada a los escritos por esta sola razón: para que, si se demuestra que son verdad todas aquellas cosas que decimos, se admita, con el asentimiento de todos, que Cristo fue Dios.

No creéis en vuestros escritos. Tampoco nosotros creemos en los vuestros. Nosotros nos hemos inventado falsedades sobre Cristo; también vosotros habéis lanzado ideas vanas y falsas sobre vuestros dioses. Lo cierto es que ningún Dios ha bajado del cielo para redactar con sus propias manos vuestra doctrina ni para derogar la nuestra. Nuestros escritos han sido compuestos por hombres; también los vuestros han sido escritos por hombres y han sido predicados en la lengua de los hombres. Cualquier otra cosa que intentéis decir sobre nuestros escritores, tomadla y tenedla como dicha, con la misma fuerza, sobre los vuestros. ¿Pretendéis que lo que está escrito en vuestros libros es cierto? También tenéis necesariamente que admitir que es cierto lo que está contenido en los nuestros. ¿Acusáis de falsos a nuestros escritos? También nosotros acusamos de falsos a los vuestros. Pero nuestros escritos, decís, son mucho más antiguos y, por ello, son dignos de mayor confianza y contienen más verdad. Como si la antigüedad no fuese una madre llena de errores y como si no hubiese sido ella la inventora de todas esas historias que marcan a los dioses con notas in-

fames en ignominiosas fábulas. ¿Es que acaso hace diez mil años era imposible escuchar y creer cosas falsas o es que no es verosímil prestar crédito a las cosas cercanas y próximas, mientras que sí lo es prestárselo a las que están más distantes en el espacio temporal? Y es que los hechos cercanos se demuestran con testimonios, mientras que los alejados son demostrados con afirmaciones y es mucho más normal que la ficción tenga menor participación en los hechos recientes que en aquellos que se alejan en la oscuridad de los tiempos.

Lact., *Inst.*, 4, 15:

(Los milagros de Cristo son propios de Dios y no de un mago, como generalmente se dice.)

Puesto que hemos aludido a su segundo nacimiento, en el cual se mostró a los hombres en forma carnal, hablemos ahora de sus hechos maravillosos, por los cuales, a pesar de ser indicio claro de su poder celestial, los judíos le consideraron como un mago. Cuando empezó su adolescencia, fue bautizado por el profeta Juan en el río Jordán, para borrar, con este lavado espiritual, no sus pecados, que no tenía, sino los pecados de la carne que llevaba en su cuerpo; de esta forma, de la misma manera que con la circuncisión había salvado a los judíos, salvaba también con el bautismo, es decir, con el purificador derramamiento de agua, a los gentiles. En aquel momento se oyó una voz del cielo: «Tú eres mi hijo; yo te he engendrado hoy»[43]. Estas palabras fueron profetizadas por David. Y descendió sobre él el espíritu de Dios en forma de paloma blanca.

A partir de ese momento empezó a obrar grandes milagros, y no por poderes mágicos, que no tienen nada de verdad ni de seriedad, sino en virtud de una fuerza y facultades celestiales. Estos milagros ya habían sido anunciados desde hacía tiempo por los profetas. Y estas obras son tan numerosas, que un solo libro no sería suficiente para abarcar todas ellas. Las enumeraré, pues, brevemente y de una forma general, sin aludir a personas y a lugares, para poder llegar

[43] Texto contaminado a partir de *Lucas* 3,22 y de *Salmos* 2, 7. No son extrañas contaminaciones de este tipo en los autores cristianos.

a la exposición de su pasión y cruz, que es a donde se dirige con rapidez desde hace tiempo mi propósito de escritor... Y todo esto lo hacía, no con las manos o con algún medicamento, sino con sus palabras y órdenes, como ya había predicho incluso la Sibila:

> «haciendo todo y curando todas las enfermedades con la palabra»[44].

Y no es extraño que hiciera estos milagros con la palabra, puesto que él mismo era la palabra de Dios, apoyada en una virtud y poderes celestiales. Y no hubiera sido suficiente devolver fuerzas a los enfermos, entereza a los débiles, salud a los enfermos y agotados, si no hubiera resucitado y devuelto a la vida, como desde un sueño, a los muertos. Y los judíos, al ver estas cosas, decían que se trataba de portentos demoníacos, cuando sus propios libros antiguos anunciaban que estas cosas habrían de suceder como habían sucedido. Podrían leer, en efecto, además de en otros profetas, estas palabras de Isaías: «Confortaos, manos desencajadas; consolaos, rodillas débiles; no temáis, no tengáis miedo, quienes sois pequeños de ánimo. Nuestro Dios volverá a juzgar, volverá a venir y nos salvará. Entonces se abrirán los ojos de los ciegos y oirán los oídos de los sordos; entonces los cojos correrán como el ciervo y la lengua de los muros se desenredará; y correrá agua en el desierto y ríos en la tierra para los sedientos»[45]. La Sibila cantó estas mismas cosas en estos versos:

> «Los muertos resucitarán, la carrera de los cojos será rápida y el sordo oirá, los ciegos verán y los que no hablan hablarán»[46].

Dado que por estos milagros y acciones divinas le seguía multitud de débiles, enfermos y de gentes deseosas de ser curadas, subió a un monte desierto para hacer allí oración. Tras haber pasado allí tres días y estar la muchedumbre con hambre, llamó a sus dicípulos y les preguntó qué alimentos te-

---

[44] *Oracula sybillana* (ed. Friedlieb, VIII, 272).
[45] *Isaías* 35, 3.
[46] *Oracula sybillana* (ed. Friedlieb, VIII, 205 ss.).

nían. Ellos le dijeron que tenían tres panes y dos peces. Mandó que se los trajeran y que la muchedumbre se distribuyera en grupos de cincuenta. Mientras los discípulos hacían esto, él partía en trozos pequeños el pan y los peces; y el pan y los peces crecían en sus manos. Y, tras ordenar a los discípulos que lo ofrecieran a la gente, se saciaron quince mil hombres y todavía recogieron doce cestos de las sobras. ¿Qué otra cosa más admirable puede decirse o hacerse?... Me pregunto qué hubiera podido hacer en estas circunstancias la magia, la magia cuya técnica sólo es válida aparentemente.

Ambros., *In Lucam.*, 1, 12:

> (La lectura de los evangelios debe hacerse sin malas interpretacines. Y una de las correctas interpretaciones de los evangelios consiste en ver en ellos la prueba de la divinidad de Cristo.)

El evangelio es el mejor regalo; pero procura que en tu ánimo ese regalo no sea consumido por la polilla y el orín. Lo consume la polilla, si a la hora de creer das una mala interpretación a lo que lees bien. La polilla es una herejía; polilla es la interpretación de Fotino[47]; y polilla es la interpretación de Arrio. Rompe el vestido quien separa al verbo de Dios; rompe, pues, el vestido Fotino cuando lee: «En principio estaba el verbo y el verbo estaba junto a Dios y Dios era»[48], ya que el vestido entero es esta lectura: «y Dios era el verbo». Rompe el vestido quien separa a Cristo de Dios; rompe el vestido quien lee «esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único dios verdadero»[49] y, sin embargo, no conoce a Cristo. Y es que vida eterna es no sólo conocer al padre como verdadero dios, sino también conocer a Cristo como verdadero dios, como verdad que participa de la verdad, como dios de dios; eso es la vida sempiterna. Polilla es conocer a Cristo y no creer en su divinidad o en el sacra-

---

[47] Obispo hereje del s. IV. Negaba la preexistencia de Cristo, aunque reconocía que estaba dotado de cualidades sobrehumanas.

[48] *Juan* 10, 30.

[49] *Juan* 17, 3.

mento de su cuerpo. Polilla es Arrio; polilla es Sabelio[50] Y se ven afectadas por esta polilla las almas de los dudosos; se ven afectados por esta polilla quienes no creen que el padre y el hijo son una misma cosa en la divinidad.

Ambros., *In Lucam,* 3, 3 ss.:

> (¿Por qué si Cristo es hijo de María y no de José los evangelios se esfuerzan en exponer la genealogía de José y no la de María?)

El hecho de que se describa la genealogía de José en lugar de la de María, cuando María es la que engendró a Cristo por obra del Espíritu Santo y José parece no tener nada que ver con la concepción del Señor, podría hacernos dudar, si no fuera porque las Escrituras nos tienen acostumbrados a buscar siempre el origen del varón. Así tenemos: Fares, hijo de Judá, el príncipe de las tribus; y Fares «engendró a Esrom; Esrom engendró a Asram; Asram engendró a Aminadab; Aminadab engendró a Naasón; Naasón engendró a Salmón; Salmón engendró a Boos; Boos engendró a Abed; Abed engendró a Jesé; Jesé engendró al rey David»[51] Se busca, pues, la personalidad del varón, que es quien asegura la dignidad en el senado y en las curias de las demás ciudades. ¡Qué vergonzoso sería, dejando a un lado el origen del varón, se buscara el de la mujer de forma que pareciera que aquel que iba a predicar su palabra a los pueblos de todo el mundo no tenía padre! Y digamos, para que no parezca que los evangelistas discrepan unos de otros, a pesar de seguir los mismos esquemas antiguos, que en otros lugares se recorre la genealogía en orden inverso; así tenemos: «Era hijo de Arat y su nombre era Elcana, hijo de Hieremiel, hijo de Helí, hijo de Ozo»[52]. Se puede comprobar que, de acuerdo con las antiguas costumbres, la descripción de una genealogía se puede hacer de padres a hijos y de hijos a padres y se puede comprobar también que las familias se describen siguiendo las genealogías de los varones. No hay que extra-

---

[50] El sabelianismo, en su obsesión por salvaguardar la unidad de la divinidad, llegó efectivamente a posiciones heréticas.

[51] *Mateo* 1, 3-5.

[52] *Reyes* 1, 1, 1.

ñarse, pues, de que Mateo haya ordenado la genealogía partiendo desde Abrahán y llegando hasta José y de que Lucas lo haya hecho partiendo desde José hasta Adán y hasta Dios. Y no hay que extrañarse tampoco de que sea la genealogía de José la descrita.

Ambros., *In Lucam,* 2, 44:

(El Jesús del pesebre, al que los infieles consideran como un niño normal, era Dios, según demuestra la adoración de los magos.)

A este pequeño niño, al que tú, infiel, consideras casi insignificante, le seguían los magos desde Oriente tras recorrer un largo camino, le adoran arrodillándose ante él, le llaman rey y reconocen su futura resurrección al ofrecerle, de sus tesoros, oro, incienso y mirra. ¿Qué significan desde el punto de vista de nuestra fe, estos dones? El oro significa realeza, el incienso divinidad y la mirra muerte; efectivamente, el primero es la insignia de la realeza, el segundo es lo que se ofrece ante el poder de los dioses y la tercera es la que se echa en las sepulturas para que no se corrompa, sino que se conserve, el cuerpo del difunto.

Ambros., *In Lucam,* 3, 2:

(¿No era Jesús hijo de José el carpintero?)

En primer lugar nadie puede negar que en los evangelios está escrito lo siguiente: «De él se pensaba que era hijo de José» [53]. Está bien escrito eso de «se pensaba», porque por naturaleza no lo era; pero «se pensaba» porque le había engendrado María, la cual tenía como marido a José. Se puede leer en efecto: «¿No es este el hijo de José el carpintero?» [54]. Ya hemos dicho más arriba por qué el Señor Salvador quiso nacer de una virgen, por qué quiso nacer de una casada y por qué quiso nacer en un época de empadronamientos; no parece, pues, fuera de sentido que expliquemos también la razón por la cual quiso tener como padre a un carpintero. Con el símbolo de carpintero demuestra que su padre era

[53] *Lucas* 3, 23.
[54] *Mateo* 13, 55.

aquel que, como carpintero de todas las cosas, creó el mundo según está escrito: «En principio hizo Dios el cielo y la tierra» [55]. Y es que, aunque las cosas humanas no se pueden comparar con las divinas, el símbolo, sin embargo, es perfecto, ya que el padre de Cristo trabaja con el fuego y con el espíritu y, como buen carpintero del alma, pule nuestros vicios, moviendo rápidamente el hacha contra los árboles infecundos, sabiendo cortar las pequeñas ramas delgadas, conservar las puntas en las copas, suavizar la rigidez mental con el fuego del espíritu, y formar, para las más diferentes funciones y aplicando a cada uno distintas obligaciones, a todos los hombres.

Ambros., *In Lucam,* 3, 17 ss.:

(¿Por qué en la genealogía de Cristo cita Mateo a mujeres de mala reputación y, sin embargo, no habla de mujeres santas?)

Muchos se extrañan de que Mateo, al hacer la genealogía del Señor, haga mención de Tamar, aquella mujer pública, en opinión de ellos, y de Rut, y de aquella otra mujer que estaba casada con Urías y que una vez muerto su marido se unió a David, cuando a otras mujeres santas, como Sara, Rebeca y Raquel, ni siquiera las cita. Efectivamente, podemos leer esto: «Abrahán engendró a Isaac, Isaac engendró a Jacob, Jacob engendró a Judá y a sus hermanos, Judá engendró a Fares y Zara en la persona de Tamar» [56]. Pienso que no en vano insertó el evangelista el nombre de esta mujer, de la cual pienso que debemos hablar por separado. En primer lugar, si aplicas tu ánimo a la verdad, encontrarás que esta mujer no es más famosa que justa; efectivamente [57], ella no es que buscara el uso temporal del placer, sino que deseó el premio de tener sucesores: y es que era malo no tener hijos, hecho que incluso estuvo multado por las leyes civiles. Judá se la había prometido a su hijo, pero el hijo retrasó largo tiempo el cumplimiento de las bodas pactadas. Mientras retrasaba el cumplimiento de la promesa, murió el esposo.

[55] *Génesis* 1, 1.
[56] *Mateo* 1, 2, 3.
[57] La historia de esta mujer se encuentra en *Génesis* 38.

Eran tiempos anteriores a Cristo y en aquella época todavía no había florecido la gracia de la virginidad y de la viudedad. Dolida por haber quedado sin hijos, tramó, en su afán por engendrar, un engaño y, una vez que se enteró de que había muerto la mujer de Judá, le engañó a sabiendas presentándose a él disfrazada. Puedes comprobar que en nada es reprochable la vida de esta mujer, ya que ni se acostó en el lecho de otra, ni se disfrazó de prostituta con la intención de ser prostituta. No buscó, pues, un placer perdido, sino que, defraudada largo tiempo en las promesas de su suegro, quiso conseguir el fruto de unos hijos, devolviendo el engaño, en aquella familia que había elegido. ¿Quién es más casto? ¿Ella, que esperó largo tiempo el cumplimiento de las promesas, o él, que no pudo aguantarse ante el ofrecimiento amoroso que se le hacía? ¿Ella, que no huyó de la familia de su prometido, o él, que la confundió con una meretriz? ¿Ella, que no abrió las puertas de su cuerpo para una relación carnal a los que lo querían, o él que en una mujer casta y que sólo buscaba la gracia de tener hijos consumó lo que en principio empezó llevado por su afán de pecado? ¿Ella, que no tenía hijos, que temía que ante la tardanza del matrimonio se pasaran los años aptos para la concepción y que eligió la serenidad de una persona madura, o él, que prefirió los pocos años de una adolescente? El propio Judá contestó después a estas preguntas, confesándolo con estas palabras: «Mejor que yo es ella, puesto que no se la he dado a mi hijo Selón» [58]. Así pues, ella quiso probar al propio arrebatador de su castidad. Después de él nunca ya más conoció a varón, sino que tomó, a partir de ese coito, el velo de la viudedad; él, que por la impaciencia de un momento arrebató años de castidad a la joven, rechazó el luto, cambió el vestido, se cortó la cabellera, abandonó la pira, subió al lecho como amante. Pero yo no la defiendo a ella para acusarle a él, sino que defiendo el misterio puesto de relieve por el fruto de aquella cópula. Aquella mujer en efecto engendró a Fares y Zara, es decir, engendró gemelos. De ahí que no sin razón Mateo haya recogido el nombre de los dos, cuando solamente se exigía recoger el nombre de Fares: «Fares en-

[58] *Génesis* 38, 26.

gendró a Esrom, Esrom engendró a Arán» [59] y así sigue por orden uno por uno. ¿Por qué, pues, la serie genealógica de las Escrituras en el caso de Isaac, que tuvo dos hijos, y en el caso de Jacob, que tuvo muchos, sólo menciona a aquellos que desde el punto de vista de la genealogía de Cristo importan, mientras que en este caso hace mención de los dos? Sin duda en los dos hay encerrado un símbolo misterioso.

Ya hemos hablado de la vertiente moral del hecho al decir que ella actuó no como una meretriz, sino que buscó el regalo de la fecundidad, tratemos ahora el aspecto histórico y aireemos el misterioso. No puede estar sin significado misterioso el hecho de que ella recibiera de Judá el anillo, el collar y el báculo. No es una persona cualquiera la que merece recibir como don un adorno, un signo y un poder: el signo de los hechos, el adorno del pecho y la insignia de la libertad real. Sigamos, pues, la historia: leemos que, cuando Tamar dio a luz, sacó primero uno de los mellizos la mano del útero materno y la partera, cogiendo la mano, ató a ella un hilo rojo y dijo: «Este ha sido el primero en salir» [60]. Pero el niño volvió a meter la mano dentro del seno materno y salió al momento su hermano. Dijo entonces la partera: «¿Por qué has roto el cerco?» [61], y le llamó Fares. Después salió su hermano, en cuya mano estaba el hilo rojo, y le llamó Zara. Puedes comprobar la gran cantidad de enigmas que acompañan a este misterio: la mano sacada delante, el hilo atado, la recogida de la mano, las dobles palabras de la partera en el sentido de que uno había salido primero y de que el otro había cortado el cerco. ¿Qué quiere decir el hecho de que uno sacara primero la mano y el otro se adelantara en la salida del seno materno sino que, con este misterio de los gemelos se está aludiendo a la doble vida de los pueblos, una llevada de acuerdo con la ley, otra de acuerdo con la fe, una de acuerdo con la letra, otra de acuerdo con la gracia? Primero es la gracia que la ley y primero es la fe que la letra. Y por ello, el símbolo de la gracia sacó primero la mano,

---

59 *Génesis* 1, 3.
60 *Génesis* 38, 28.
61 *Génesis* 38, 29.

ya que el acto de la gracia fue lo primero que existió, gracia que habitó en Job, Melquisedec, Abrahán, Isaac y Jacob, los cuales vivían en la fe, aunque sin ley...

Ambros., *In Lucam,* 3, 30 ss:

> (Tras haber explicado largamente Ambrosio las razones por las que aparece Tamar en la genealogía de Cristo ofrecida por Mateo, mujer reputada como impura por los paganos, explica las razones de la aparición de Rut.)

Así pues, una vez que sabemos que la aparición de Tamar en la genealogía de Cristo tiene un significado simbólico, debemos pensar que Rut, por las mismas razones, no debía estar ausente de esa genealogía... ¿Cómo es posible que Rut, que era una extranjera, se casara con un judío? ¿Por qué razón el evangelista consideró que debía ser recogido en la genealogía de Cristo el matrimonio de esta mujer, matrimonio que estaba prohibido por la ley? ¿Quiere ello decir que nuestro Salvador nació en un árbol genealógico no legítimo? Aparentemente aquello estuvo mal, a no ser que recordemos las palabras del apóstol [62] que dijo que la ley no fue establecida para los justos, sino para los injustos. Efectivamente, ella, a pesar de ser extranjera y moabita —con la particularidad de que la ley prohibía a Moisés este tipo de bodas y excluía a los moabitas de la Iglesia: está efectivamente escrito que los «moabitas no entrarán en la Iglesia del Señor hasta la cuarta o quinta generación o hasta nunca» [63]— ¿cómo pudo entrar en la Iglesia sino porque era de costumbres santas e inmaculadas por encima de la ley? Efectivamente, si la ley había sido puesta para impíos y pecadores, es evidente que Rut, que se salió de la letra de la ley, entró en la Iglesia, fue considerada como israelita y mereció ser contada entre los antepasados de la familia del Señor, y que sería elegida por su parentesco espiritual y no corporal, nos ofrece una buena prueba de que ella es el símbolo de todos nosotros, que hemos sido escogidos de los gentiles para entrar en la Iglesia del Señor.

---

[62] Pablo, *Epístola a Timoteo* 1, 1, 9.
[63] *Deuteronomio* 23, 3.



III. Los «tempora antiqua» y los «tempora christiana»

Uno de los lugares comunes más repetidos en la polémica cristianismo-paganismo durante los primeros siglos es la relación entre religión y situación del imperio. Para los paganos anticristianos el apogeo del imperio romano se debe a los dioses del paganismo; como consecuencia, cuando las gentes del imperio han comenzado a abandonar a sus dioses para adorar a otros, aquéllos se han olvidado de Roma y ésta ha comenzado su decadencia. En definitiva, la religión cristiana tiene la culpa de la decadencia de un imperio cuyo encumbramiento se debía a los dioses del paganismo. Ésta, que es la idea fundamental, tiene distintas matizaciones: la defensa de las viejas costumbres romanas; de los ritos antiguos; del eclecticismo romano a la hora de adoptar y aceptar las divinidades de los pueblos vencidos; la idea de que los males, desgracias y desastres son mucho mayores desde que existen los cristianos.

Como contrapartida, la defensa de los cristianos se centra en demostrar que el encumbramiento del imperio romano no es obra de los dioses paganos, sino obra de la Providencia del único Dios: que el eclecticismo romano en materia de religión es enormemente ridículo; que los desastres y desgracias de todo tipo fueron mucho mayores antes de la venida de Cristo que después de la propagación del cristianismo.

Los textos seleccionados en este capítulo los agrupamos en los siguientes apartados:

1. Encumbramiento del imperio romano.
2. La teoría de los imperios universales.
3. Los males del mundo en los siglos anteriores a Cristo.

4. Los «tempora christiana».

1. Frente a la idea pagana de que el encumbramiento del imperio romano se debe a los propios dioses paganos, al culto que los romanos les daban y a las buenas costumbres de la ciudad, los autores cristianos tratan de demostrar lo contrario con multitud de contra-argumentos:

a) La historia de Roma es una historia de crímenes, impiedades y vanas supersticiones: los orígenes de Roma se asientan en el asesinato de Remo por parte de Rómulo (Min. Fel., 25), en el rapto de las sabinas (Min. Fel., 25). La impureza de las vírgenes y sacerdotes paganos es evidente (Min. Fel., 25); los augurios de los primitivos romanos son muy ridículos y producto, no de los dioses, sino de los demonios (Min. Fel., 26; Prud., *Contra Symm.*, 564 ss.); en cuanto a la creencia de que fueron los astros y el hado los que decidieron el poderío romano es algo absolutamente insostenible (Aug., *Ciu. Dei*, 5, 1).

b) El crecimiento de Roma se ha hecho a base de las desgracias y desastres de otros pueblos (Min. Fel., 25). Los romanos han conseguido su imperio a base de guerras y victorias, y, en consecuencia, destruyendo a los demás (Tert., *Apolog.*, 25). Que se lo pregunten a Cartago, a Hispania, o a la propia Italia (Oros., *Hist.*, 5, 1). Si Roma se convirtió en imperio gracias a sus dioses, ¿por qué esos mismos dioses, que eran antes los dioses de los pueblos derrotados, abandonaron a los pueblos vencidos? (Ambros., *Epist.*, 18, 4-6).

c) El encumbramiento del imperio sólo se puede deber al verdadero y único Dios: sólo el Dios del que depende el orbe, el Dios que hizo el mundo y todas las cosas es el que puede dispensar el poder y el imperio (Tert., *Apolog.*, 26; Aug., *Ciu. Dei*, 5, 21). Sólo el único y verdadero Dios, cuya existencia aceptan, aunque con distintas interpretaciones, todas las escuelas filosóficas, eligió a un pueblo en principio débil, el romano, para que se convirtiera en el dueño del mundo (Oros., *Hist.*, 6, 1); y eso lo hizo Dios con una finalidad determinada: para que cuando su hijo viniera al mundo y tuviera que extender su doctrina, hubiera un campo abonado que facilitara esa extensión (Oros., *Ibid.*); para

que en el mundo hubiera paz y concordia (Prud., *Contra Symm.*, 2, 578 ss.).

d) Los dioses, los ritos y los tesoros religiosos de los romanos son producto del pillaje (Min. Fel., 25). Ello quiere decir que los romanos han llegado a ser tan poderosos, no porque fueran religiosos, sino porque fueron impunes sacrílegos. Además, si estos dioses, tomados de los pueblos vencidos, no pudieron hacer nada para que sus primeros fieles no fueran derrotados, ¿cómo van a poder ayudar a los romanos? Evidentemente no tenían ningún poder, porque no fueron capaces de defender a sus fieles (Min. Fel., 25; Tert., *Apolog.*, 25; Prud., *Contra Symm.*, 2, 588 ss.).

Además, esos dioses llegaron a Roma cuando ya Roma había empezado a ser grande; consiguientemente, no pudieron ser ellos los que propiciaron la grandeza de Roma (Tert., *Apolog.*, 25); y si se atribuye a los dioses el incremento del poderío romano, ¿por qué admirar a los Curios, Camilos, Fabricios, etc.? (Prud., *Contra Symm.*, 2, 540 ss.).

Tampoco los dioses indígenas pueden ser los responsables del encumbramiento de Roma: estos dioses desaparecieron cuando llegaron los dioses de los pueblos vencidos (Min. Fel., 25; Tert., *Apolog.*, 25).

2. Dentro de la problemática del encumbramiento del imperio romano y de sus causas, ocupa un lugar importante la teoría de los imperios universales.

El contenido de dicha teoría es, en pocas palabras, el siguiente: en la historia de los hombres y de la humanidad ha habido siempre un pueblo que ha imperado sobre todos los demás; ahora bien, ese imperio no ha sido nunca eterno, ya que el mando sobre el resto del mundo ha ido pasando de unos pueblos a otros sucesivamente: primero lo tendrían los asirios, después los medos, los persas, los macedonios, etc. La teoría es muy antigua y se encontraba ya en la historiografía pagana. No vamos a entrar aquí en la historia de la teoría en la historiografía antigua [1], pero sí vamos a señalar dos hechos importantes respecto a la misma:

a) En primer lugar, que esta teoría se convierte fácilmen-

[1] Cf. C. Trieber, «Die idee der vier Weltreiche», *Hermes* 27 (1982), pp. 321-344; J. W. Swain, «The teory fo the four monarchies. Opposition his-

te en un elemento de propaganda de los pueblos dominados contra el dominador o agresor.

b) En segundo lugar, que esa misma teoría, adaptada por los historiadores cristianos, es un recurso fácil en favor de la idea del providencialismo divino: Dios es el que ha creado los imperios y los ha creado con una finalidad determinada.

Es de esto último de lo que nos ocuparemos aquí. En el cristianismo, la introducción de la teoría de los imperios universales remonta al libro de Daniel, donde nos encontramos con ella en el famoso sueño de Nabucodonosor y en la interpretación que del mismo hace el profeta. Sin embargo, está prácticamente ausente de las primeras obras historiográficas de carácter cristiano: el esquema no aparece en la obra cronográfica de Julio Africano; tampoco tiene función importante en los esquemas de la obra historiográfica de Eusebio de Cesarea; está totalmente ausente del *Chronicon* y de la *Historia eclesiástica* y sólo aparece en la *Demonstratio evangelica.* La introducción del esquema de los cuatro imperios universales en la literatura cristiana es obra, parece ser, de Jerónimo, aunque ya antes está apuntada en Minucio Félix (25, 12); y será recogida después por Lactancio y Orosio.

La interpretación de Jerónimo es ya favorable al imperio romano, ya que éste es identificado con el cuarto imperio, poderoso y querido por Dios (*In Daniel.*, 2, 7); el primero es el imperio babilonio, poderoso y cruel; el segundo es el imperio persa, rígido y sobrio y que aglutinó a babilonios, medos y persas; el tercero es el macedónico, veloz e impetuoso; y el cuarto imperio es el romano, que es el que engloba a todos los anteriores.

La interpretación de Orosio es totalmente provindencialista: es la Providencia divina la que ha dispuesto el orden de los cuatro imperios universales (2, 1). Orosio engloba los imperios babilonio y persa en uno solo y coloca a continuación los imperios macedónico, africano o cartaginés y romano; todos ellos son producto de la Providencia divina. Oro-

---

tory under the Roman Empire», *Class. Philology* 35 (1940), pp. 1-21; E. Corsini, *Introduzione alle storie di Orosio*, Torino 1968, pp. 157 ss.

sio, en efecto, trata de demostrar, con la ayuda de determinadas coincidencias cronológicas —el año en que el imperio babilonio pasa a manos de medos y caldeos es el año en que nace Proca, ancestral romano; desde el primer año de Nino hasta el año en que Babilonia empezó a ser construida pasaron sesenta y cuatro años, e igualmente desde el primer año de Proca hasta la fundación de Roma pasaron sesenta y cuatro años—, que la complejidad de las mismas no puede ser algo casual, sino algo querido por Dios.

3. En contra de la acusación pagana consistente en afirmar que los tiempos anteriores a Cristo fueron más felices que los tiempos cristianos, los autores cristianos tratan de demostrar todo lo contrario: que los tiempos anteriores a Cristo fueron peores que los cristianos. Es un lugar común que responde a la acusación pagana de que los cristianos son unos impíos, han abandonado a los dioses y, por ello, se han sucedido los desastres y las desgracias desde que ellos existen.

Tertuliano (*Apolog.*, 40) no opone directamente antigüedad y tiempos cristianos en el sentido de que sólo en la antigüedad hubiera desgracias y sólo en los tiempos cristianos felicidad; lo que hace Tertuliano es insistir en que tanto los males de los tiempos anteriores a Cristo como los de los tiempos cristianos —aunque de los primeros cita ejemplos y de los segundos no—, se deben a la ira de Dios: en el primer caso, a la ira de Dios, porque los pueblos no le conocían; en el segundo, porque, a pesar de ser conocido, hay quienes no le siguen. En *Ad nat.*, 1, 9, trata de demostrar la ridiculez de la pretensión de los paganos, quienes culpan a los cristianos de todo: si llueve y si no llueve; si hay terremotos, hambre, etc.

En Cipriano (*Ad Demetrianum*, 3 ss.) la respuesta a esta acusación tiene otro sentido: los cristianos no tienen la culpa de los males del mundo; éstos se deben única y exclusivamente a que el mundo se está haciendo viejo y se está agotando; los males son, pues, consecuencia natural de la vejez del mundo y no culpa de los cristianos. En último caso, la culpa de los males del mundo no la tendrían los cristianos, sino los paganos, contra los cuales está Dios irritado porque no le adoran (id., 8 y 23).

Arnobio (*Ad nat.*, 1 3-4) insiste en que las desgracias que ahora achacan a los cristianos existían antes de Cristo y, consiguientemente, en aquella época no podían ser cargadas sobre las espaldas de los cristianos.

Agustín llena casi todo su libro tercero del *De ciu. Dei* de desastres ocurridos antes de Cristo; estos desastres no son imputables al Dios verdadero, sino a los dioses paganos. En realidad son Agustín y Orosio los autores que, desde un punto de vista historiográfico, traen con frecuencia a colación y comparan los males y desastres de la época antigua con la felicidad de los *tempora christiana*. Agustín recuerda, por ejemplo, el saqueo de Roma por parte de los galos senones (3, 8), el desgraciado final de los reyes de Roma (3, 15), las desgracias romanas durante los primeros años de las guerras púnicas, recurriendo incluso al testimonio de un historiador pagano como Salustio (3, 17), los desastres ocurridos durante las guerras púnicas (3, 18), etc.

La obra historiográfica de Orosio está toda ella dedicada a este tema: por recomendación de Agustín (*Hist.*, 1. *Pról.* 9 ss.), Orosio se dedica, en los seis primeros libros, a recopilar todos aquellos desastres y calamidades que ocurrieron antes de Cristo; y todos esos desastres y calamidades no son nada más que castigos por los pecados de los paganos. De la multitud de hechos recopilados por Orosio, hechos que son todos interpretados en el mismo sentido, recogemos en esta selección algunos de los más significativos: la caída de Sodoma y comentario a la misma (1, 5, 6 ss.); el diluvio de época de Anfictión, una peste en Etiopía y la conquista de la India por parte de Baco, hechos que ocurrieron, y no casualmente, en la misma época (1, 9); diversas historias griegas (1, 12, 3 ss); tratado con Cartago y desastres que surgen de él (3, 7). Insiste Orosio en acumular desastres, para de esta forma demostrar que no son aislados y casuales, sino azotes enviados por Dios como castigo a los pecados de los hombres (2, 18, 4 ss). A veces, a las personas de su época les podrá parecer que aquellos males no fueron tan grandes como se dice; ello es cierto, pero es apariencia; y es apariencia porque lo que queda lejos en el tiempo, aunque sea terrible, nos parece nimio y más pequeño que el más insignificante mal de la época presente (4, *Pról.*). Si hubo épocas en

la antigüedad en las cuales no ocurrieron desgracias, ellas fueron muy pasajeras (4, 12, 4 ss).

4. En oposición a los tiempos anteriores a Cristo, los tiempos cristianos, que son el punto de mira de las críticas de los paganos, son mucho más felices, aunque no faltan en ellos desgracias. La línea apologética tiene en este sentido una doble dirección: por una parte, se trata de demostrar que los cristianos no son culpables de los desastres que puedan ocurrir en tiempos cristianos; en último caso, son los paganos. Por otro, se insiste en que los tiempos cristianos son mucho más felices que los siglos anteriores a Cristo.

Así Tertuliano (*Apolog.*, 40, 1-2) arremete con gran ironía contra las constantes insinuaciones de los paganos que culpan a los cristianos de cualquier cosa que sucede en su época, y al mismo tiempo trata de demostrar (*Apolog.*, 40, 13 ss) que los desastres son mucho menores en los tiempos cristianos.

Lactancio (*Diuin. Inst.*, 5, 8, 1-11) toca a este respecto una de las fibras más sensibles de la cultura pagana: la de la vuelta de la edad de oro. El apunta la existencia de una remota época de felicidad, conocida como edad de oro; pero esa edad de oro no puede ser obra de los dioses paganos porque éstos no existían cuando tuvo lugar esa época dorada; en aquel momento sólo existía el único Dios. Y la edad de oro volvería ahora, si los dioses fueran buenos, es decir, si fueran como enseña la doctrina cristiana.

Arnobio dedica buena parte de su libro primero del *Ad nat.* a defender los *tempora christiana.*

El tema de los *tempora christiana* y su comparación con los siglos antiguos es el eje fundamental del *De ciu. Dei* de Agustín y de los *Siete libros de Historias contra los paganos* de Orosio, su discípulo. No podemos recoger en esta selección de textos todo lo que Agustín y Orosio aducen al respecto: habría que recoger prácticamente toda la obra de Orosio, puesto que toda ella es una recopilación de hechos históricos con el fin de demostrar la felicidad de los tiempos cristianos frente a los siglos anteriores a Cristo, y gran parte del *De ciuitate Dei* de Agustín. Agustín y Orosio comparan frecuentemente desastres de tiempos cristianos con desastres ocurridos antes de Cristo: en este sentido ocupa un lugar im-

portante el saqueo de Roma protagonizado por Alarico en el año 410, que es comparado con otros saqueos ocurridos en siglos antiguos. Recogemos ésta y otras comparaciones que aparecen en las obras de Agustín y de Orosio.

TEXTOS

1. Encumbramiento del imperio romano

Min. Fel., 6, 2-3:

De esta forma, el poder y la autoridad de los romanos se extendió por todos los rincones del mundo, y su imperio se propagó más allá de la salida y del ocaso del sol y más allá de las fronteras del propio Océano, mientras ejercitaron en la milicia unas virtudes respetuosas con los dioses; mientras defendieron su ciudad con la santidad de los ritos sagrados, con la castidad de sus vírgenes, y con los muchos honores y títulos prodigados a sus sacerdotes; mientras asediados y ocupados por el enemigo, a excepción del Capitolio, siguieron adorando a los dioses que otro pueblo habría ya despreciado al ver airados, y marcharon, desprovistos de armas, pero armados con la práctica de su religión, a través de las filas de los galos, extrañados por la audacia de su piedad; mientras tras tomar ciudades en las guerras y cuando aún estaba reciente la ferocidad de la victoria, siguieron respetando a los dioses de los vencidos; mientras buscaron por todas partes e hicieron suyos a dioses extranjeros; y mientras construyeron altares a dioses incluso desconocidos y a los manes. De esta forma, mientras aceptaron los cultos de todos los pueblos vencidos, merecieron también recibir sus reinos. A partir de entonces se mantuvo sin descanso esta veneración, que no ha sido debilitada, sino fortificada por el paso del tiempo: y es que el paso de los años suele atribuir a las ceremonias y a los templos tanta más santidad cuanta más edad tienen.

Min. Fel., 25:

(Respuesta del cristiano Octavio a las palabras an-

teriores que estaban puestas en boca del pagano Cecilio.)

Sin embargo, se dice, fue esta superstición la que concedió, engrosó y consolidó el imperio romano; y ello porque los romanos eran más poderosos por su religión y piedad que por sus valores humanos. No hay ninguna duda de que el famoso y conocido respeto romano por el derecho empezó ya en la misma cuna del imperio que nacía. ¿No es verdad que se unieron en sus propios orígenes ya con un crimen y crecieron fortificados por la muralla del terror a su crueldad? Efectivamente, los primeros elementos de la plebe se congregaron en el Asilo [2]: allí habían confluido los perdidos, los facinerosos, los infames, los asesinos, los traidores; y el propio Rómulo, jefe y guía de todos ellos, para no ser menos facineroso que su pueblo, cometió un parricidio [3]. ¡Estos son los primeros auspicios de aquella religiosa ciudad! Su segunda acción consistió en raptar, violar y burlarse, en contra de toda costumbre, de unas jóvenes extranjeras ya prometidas y con marido ya designado, y de unas pobres mujeres ya casadas [4]; y al declarar la guerra a los propios padres de ellas, es decir a sus suegros, derramaron sangre de familias aliadas; ¿qué más impío? ¿qué más audaz? ¿qué más seguro que la confianza garantizada por el crimen? A partir de entonces fue procedimiento común para Rómulo, para los demás reyes y para los generales que les siguieron, expulsar a los pueblos vecinos de sus territorios, destruir las ciudades cercanas con sus templos y sus altares, concentrar a los prisioneros, crecer, en fin, a costa de las desgracias ajenas y de sus propios crímenes.

Así pues, todo lo que los romanos tienen, veneran y poseen, es producto de su osadía: todos sus templos proceden de pillajes, es decir, de destrucción de ciudades, de despojos de divinidades y de matanzas de sacerdotes. Esto es insultar y ultrajar: servir a los cultos religiosos de los vencidos y adorar con prácticas religiosas de pueblos derrotados; y es que

[2] Templo construido por Rómulo entre el Capitolio y la ciudadela de Roma. Los que se refugiaban en él eran inviolables.
[3] El asesinato de su hermano Remo.
[4] Las sabinas.

adorar lo que has conquistado por la fuerza es consagrar un sacrilegio, no una divinidad. Los romanos tienen, pues, en su haber tantos actos impíos cuantos triunfos, y tantos despojos divinos, cuantos trofeos humanos. En consecuencia, los romanos han llegado a ser tan poderosos, no porque fueran religiosos, sino porque fueron impunes sacrílegos: efectivamente, en el curso de las guerras no pudieron contar nunca con ayuda de los dioses de pueblos contra los que habían tomado las armas, sino sólo después de haber triunfado sobre los dioses contra los cuales antes se habían dirigido, empezaban a adorarlos. Pero ¿qué van a poder hacer por los romanos estos dioses que no pudieron hacer nada por los suyos en su lucha contra aquéllos?

En cuanto a los dioses indígenas de los romanos también los conocemos: Rómulo, Pico [5], Tiberino [6], Conso [7], Pilumno [8] y Volumno [9] son dioses; Tatio inventó y adoró a la diosa Cloacina [10], Hostilio hizo lo mismo con los dioses Pavor y Palor [11]; después, no sé quién, dedicó un templo a la diosa Fiebre: esta es la superstición que ha alimentado a esta ciudad, las enfermedades y la mala salud. Y es que ciertamente

---

[5] Antiquísimo rey del Lacio que pasaba por ser padre de Fauno y abuelo del rey Latino. Parece haber sido un excelente adivino. Guardaba en su casa un pico, el pájaro profeta por excelencia.

[6] En la tradición aparece con un doble aspecto: por una parte, es el dios del Tíber; por otra, es el rey de Alba, concretamente el décimo descendiente de Eneas, que moriría combatiendo junto al río, tomando de este hecho su nombre.

[7] Dios romano muy antiguo; es el que «aconsejó» a Rómulo el rapto de las sabinas. Es posible que en un primer momento fuera el dios de los silos, encargado de proteger el grano enterrado.

[8] Divinidad muy antigua que protegía a los niños recién nacidos contra los maleficios del dios Silvano. El nombre «Pilumno» parece que procede del mazo con que se golpeaba la puerta al nacer el niño.

[9] Este dios, junto con su homónimo femenino Volumna, era también protector de los recién nacidos.

[10] Diosa protectora de la Cloaca Máxima. Según Tertuliano (*Contra Marción* 1, 18) y Lactancio (Instituciones divinas 1, 20, 11), Tito Tacio encontró una estatua en la Cloaca Máxima y, como no sabía a qué diosa correspondía, le puso el nombre de Cloacina por el lugar donde había sido encontrada.

[11] Tulo Hostilio, en un momento difícil de su lucha contra Veyes, consagró un templo a estos dos conceptos abstractos, la «palidez» y el «pavor», con doce sacerdotes (Livio, 1, 27).

hay que contar también entre las enfermedades y divinidades romanas a Acca Laurentia y Flora, que eran infames prostitutas [12]. Estos son los dioses que engrandecieron el imperio romano en contra de otros dioses adorados en pueblos extranjeros: y es que ni Marte de Tracia, ni Júpiter de Creta, ni Juno de Argos, o de Samos, o de Cartago, ni Diana de Táuride, ni la diosa Madre del Ida, ni las divinidades o, mejor, monstruos, de Egipto, ayudaron en nada a los romanos cuando éstos se enfrentaron a los que los adoraban.

¿Se puede encontrar por casualidad en el pueblo romano más castidad que la de sus vírgenes y más santidad que la de sus sacerdotes? Y es que, de entre esas vírgenes, la mayoría de ellas tuvieron que ser castigadas por incesto al haberse unido a varones sin consultar a nadie o, al menos, sin que Vesta lo supiera; y las demás se libraron del castigo, no porque guardasen mejor su castidad, sino porque tuvieron más suerte a la hora de cometer las desvergüenzas. En cuanto a los sacerdotes, ¿qué otros sacerdotes de otros pueblos cometen más estupros, practican más lenocinios y meditan más adulterios entre los altares y dentro de los templos? En definitiva, las inflamadas acciones sensuales se practican más en las habitaciones de los guardianes de los templos que en los propios lupanares.

Y, por otro lado, ya antes de los romanos, los asirios, los medos, los persas, los griegos mismos y los egipcios fueron dueños durante largo tiempo de imperios dispensados por Dios, a pesar de que no tenían ni pontífices, ni arvales, ni salios, ni vestales, ni augures, ni pollos encerrados en una cueva, cuyo apetito o desgana rigiera los supremos destinos del Estado [13].

---

[12] Acca Laurentia es la mujer de Fáustulo, la que alimentó y amamantó a Rómulo y Remo; la tradición la presenta con frecuencia como una meretriz. En cuanto a Flora, según Ovidio (*Fastos* 5, 195), es la Chloris griega, la cual, por entregarse al Dios Zéfiro, consiguió el poder sobre las flores; según otra versión (Lactancio, *Instituciones divinas* 1, 20), fue una meretriz que dejó todo su dinero al pueblo romano; éste, con los intereses anuales, empezó a celebrar una fiesta en honor de ella: las *Floralia*.

[13] Son los pollos sagrados del Capitolio, cuyo apetito era señal de buen agüero.

Min. Fel., 7, 1 ss.:

(El pagano Cecilio expone que los dioses paganos han protegido a Roma.)

Por otro lado, no es menos cierto que nuestros antepasados —y en este punto me atrevería incluso a exagerar un poco y sobrepasarme para hacer así mejor la demostración— pusieron un extraordinario celo en la observación de los augurios, en la consulta de las entrañas de los animales, en la institución de cultos y en la dedicación de templos. Lee la historia escrita en los libros: descubrirás que ellos iniciaron los ritos de todas las religiones, ya para agradecer un favor recibido de los dioses, ya para alejar su cólera amenazante, ya para aplacar su violencia y su crueldad. Es testigo de ello la diosa Madre del Ida que, con su llegada, pudo comprobar la castidad de una matrona y libró a la ciudad del temor a los enemigos [14]; son testigos también las estatuas de los Hermanos Caballeros consagradas en el lago, tal como aparecieron, con los caballos echando espuma y humo por las bocas, porque anunciaron la victoria sobre el rey Perseo el mismo día que la habían obtenido [15]; es testigo también la repetición de juegos en honor de Júpiter ofendido, celebrados a partir del sueño de un plebeyo [16]; es testigo la ofrenda de los Decios a los dioses infernales [17]; es testigo también Curio, quien con el cuerpo de su caballo y con las ofrendas con que había sido honrado llenó un profundo hueco abierto en

[14] Cuando los etruscos, dirigidos por Porsena, atacaron a Roma y la cercaron acosándola con el hambre, una consulta a los libros sibilinos hizo que se introdujera el culto a Ceres.

[15] Se trata de Cástor y Pólux; en la leyenda romana aparecen participando en la batalla del lago Regilo al lado de los romanos; ellos son los que van a anunciar la victoria a la ciudad abrevando a sus caballos en la fuente Yuturna del foro.

[16] Júpiter se apareció en sueños a un plebeyo, Tito Latinio, advirtiéndole que debía aconsejar a los cónsules reinstaurar los juegos en las fiestas latinas (cf. Livio, 2, 36, 2).

[17] Se trata de P. Decio Mure (cónsul en el 340 a. C.); en la guerra contra los latinos se entregó voluntariamente a las armas enemigas para salvar a su ejército; de su hijo, P. Decio Mure (cónsul por cuarta vez en el 295), muerto en circunstancias parecidas a las de su padre en la batalla de Sentino contra galos y samnitas; y P. Decio Mure, nieto del primero (cónsul en el 279), quien se entregó también al enemigo en la guerra contra Pirro.

la tierra [18]. Incluso con más frecuencia de la que queríamos, el desprecio de los auspicios puso de manifiesto la presencia de los dioses: así, el Alia es un nombre funesto [19]; así, lo de Claudio y Junio fue, no un combate con los cartagineses, sino un funesto naufragio [20]; y el desprecio de los augurios por parte de Flaminio provocó que el lago Trasimeno aumentara y se tiñera con la sangre de los romanos [21]; y el hecho de que Craso tuviera malos presagios y los despreciara determinó que después nosotros tuviéramos que recuperar nuestras banderas de mano de los partos [22]. Dejo a un lado otros hechos antiguos y paso por alto los cantos de los poetas sobre aniversarios, dones y regalos de los dioses; paso de largo también por las predicciones hechas por los oráculos sobre nuestro destino, para que no os parezca que nuestra historia pasada es excesivamente fabulosa. Considerad los templos y santuarios de los dioses, con los cuales la ciudad de Roma está protegida y adornada: son más venerables por los dioses que los habitan, que están allí presentes y que residen en ellos, que ricos por su decoración, adornos y regalos. Desde ellos los adivinos, llenos e impregnados de la divinidad, desentrañan el futuro, proporcionan precaución ante los peligros, remedio a las enfermedades, esperanza a los afligidos, ayuda a los indigentes, solaz a los desgraciados, alivio en los trabajos. Incluso durante el sueño vemos, oímos y conocemos a los dioses que durante el día, por nuestra impiedad, negamos, rechazamos y blasfemamos.

Así pues, dado que en todos los pueblos hay una firme aceptación de los dioses inmortales, aunque no haya acuerdo sobre su naturaleza y su origen, no acepto al que hin-

---

[18] Marco Curio, caballero romano, quien, según cuenta la tradición, se arrojó voluntariamente a una sima abierta en la tierra como señal de expiación (cf. Orosio, *Historias* 3, 5).

[19] El río Alia, pequeño afluente de la margen izquierda del Tíber, junto al cual fue derrotado el cónsul Fabio por los galos senones en el 390 a. C.

[20] Durante la primera guerra púnica, en el 249, los dos cónsules, Publio Claudio Pulcro y Gayo Junio, perdieron sus respectivas armadas junto a Sicilia. En el caso de Junio se trató de un naufragio; en el de Claudio, de un enfrentamiento con la armada cartaginesa.

[21] Gayo Flaminio (cónsul en el 217 a. C.). El propio cónsul murió en la batalla.

[22] Se trata de la derrota de Carras.

chado por la audacia y por una especie de sabiduría impía intenta destrozar y debilitar esta religión tan antigua, tan útil y tan saludable. Permítaseme recordar a aquel Teodoro de Cirene o a su predecesor Diágoras de Melos [23], a quien los antiguos pusieron el sobrenombre de «ateo», los cuales, al negar la existencia de los dioses, arrancaron de raíz el temor por el que se debe regir la humanidad y el respeto; sin embargo, con esta su doctrina impía, nunca consiguieron adquirir la fama y la autoridad de filósofos, ya que sólo lo son en apariencia. Y si los atenienses echaron de su territorio y quemaron en la asamblea todos los escritos de Protágoras de Abdera [24] porque discutía sobre los dioses, no impíamente, sino con la razón, ¿cómo no —tendréis que soportarme en este punto si pongo de manifiesto excesivo ímpetu en la defensa de la causa que he emprendido— cómo no, repito, vamos a lanzar gemidos cuando hombres de una facción deplorable, ilícita y desesperada se abalanza contra los dioses? Estos, recogiendo ignorantes de la clase más baja del pueblo y mujeres crédulas que se dejan llevar por la fragilidad de su sexo, forman una turba de conjurados impíos que, en medio de reuniones nocturnas, de ayunos habituales y alimentos no dignos del hombre, sellan su alianza, no con una ceremonia sagrada, sino con un sacrilegio: es una raza de oscuros y enemigos de la luz, muda ante el público y charlatana en los rincones; desprecian los templos cual sepulcros, escupen a los dioses, se burlan de las ceremonias sagradas, se compadecen, ellos desgraciados —si es que no es un sacrilegio darles este calificativo—, de nuestros sacerdotes, y desprecian, ellos que están medio desnudos, los honores y la púrpura. ¡Ah! ¡Extraña estolidez e increíble osadía! Desprecian los tormentos de esta vida, porque tienen miedo de tormentos inciertos y futuros, y porque tienen miedo de quedar muertos tras la muerte, no tienen miedo de morir en

[23] Teodoro de Cirene es un filósofo discípulo de Aristipo; por negar la existencia de los dioses fue crucificado por Lisímaco, rey de Pérgamo. Diágoras de Melos es un filósofo contemporáneo a Píndaro; negó también la existencia de los dioses (cf. Cicerón, *Sobre la naturaleza de los dioses,* 1, 1, 2).

[24] Es uno de los más célebres sofistas (485-410 a. C.). Su obra sobre la naturaleza de los dioses planteaba, desde el comienzo, sus dudas sobre la existencia de los dioses (cf. Cic., *Sobre el orador* 3, 32, 128).

el momento presente: tan es así que la falaz esperanza en bienaventuranzas nuevas les hace ser menos miedosos.

Min. Fel., 12, 2:

> (El mismo Cecilio dice que los romanos no necesitan al Dios de los cristianos.)

¿No véis que los romanos imperan, reinan, disfrutan de todo el mundo y dominan sobre vosotros sin la ayuda de vuestro Dios?

Min. Fel., 26, 1 ss.:

> (Octavio responde a Cecilio en lo relativo a los augurios.)

Me voy a referir ahora a los auspicios y augurios romanos que tú has aducido diciendo que los has recogido con gran esfuerzo, que quien los desprecia recibe castigo y que quien los observa tiene éxitos. Es cierto que Claudio, Flaminio y Junio [25] perdieron su ejército porque consideraron que no se debía hacer caso al augurio consistente en el hecho de que los pollos comieran con ansia. Pero, ¿y Régulo? [26] ¿Acaso no tuvo en cuenta los augurios y sin embargo fue hecho prisionero? Y Mancino respetó la religión y fue pasado bajo el yugo y entregado al enemigo [27]. También ante la consulta de Paulo se mostraron los pollos voraces y sin embargo cayó en Cannas y, juntamente con él, la mayor parte del poderío romano [28]. Cayo César a pesar de que los augurios y auspicios le impedían que navegara hacia Africa antes del invierno, los despreció: por eso navegó y venció con gran facilidad. ¿Qué cosas y cuántas podría decir si hablara de los oráculos? Tras su muerte, Anfiarao daba respuestas sobre el futuro, él que no supo averiguar con anterioridad que iba a ser traicionado por su mujer a causa de un co-

[25] Cf. notas 20 y 21.

[26] Atilio Régulo, prisionero de los cartagineses durante la segunda guerra púnica.

[27] Firmó un tratado con los numantinos y fue entregado por el senado a éstos.

[28] Lucio Emilio Paulo, cónsul en el 216.

llar [29]. El ciego Tiresias [30] veía el futuro, el que no veía las realidades presentes. La respuesta de Apolo de Pitia a Pirro fue inventada por Ennio, ya que en esa época Apolo ya no hablaba en verso: su famoso oráculo prudente y ambiguo fracasó en el momento en que los hombres empezaron a ser más refinados y menos crédulos. Y Demóstenes, que sabía que sus respuestas eran simuladas, se quejaba de la Pitia deciendo que lo único que hacía era «filipizar».

Sin embargo, se dirá, en alguna ocasión los auspicios y oráculos acertaron con la verdad. Aunque, entre las muchas mentiras, puede que en alguna ocasión la casualidad pudiera tener la apariencia de previsión inteligente, me propongo arrancar de raíz y desenmascarar claramente la fuente misma de este error y falsedad de donde salen todas estas tinieblas.

Existen espíritus impuros, errantes y que han sido privados de su vigor celeste para caer en las debilidades y pasiones terrestres. Pues bien, estos espíritus, una vez que cargados e impregnados de vicios perdieron la pureza de su sustancia, no cesan, para solaz de su desgracia, de perder a los demás, cuando están ya ellos perdidos; de difundir su perversidad, cuando ya ellos están pervertidos; e, introduciendo falsos cultos, de apartar a los demás de Dios, cuando ya ellos están apartados. Que estos espíritus son los demonios lo saben los poetas, lo demuestran los filósofos, lo reconoció Sócrates, aquel que, de acuerdo con la señal y la voluntad del «daimon» que le asistía, rechazaba o emprendía los negocios. Los magos no sólo conocen a los demonios, sino que, cualquiera de los juegos milagrosos con que se divierten, los hacen a través de los demonios: realizan sus ilusiones mediante el soplo e infusión de aquéllos y gracias a ellos hacen visibles las cosas que no lo son e invisibles las que lo son. El primero de estos magos por su facilidad de palabra y por su actividad, Hostanes [31], trata al verdadero Dios con la majestad que se merece y sabe que los ángeles, es decir,

---

[29] Famoso rey, poeta y augur de Argos. Por sus facultades proféticas fue considerado como un dios por los griegos, hasta el punto de que en el lugar donde estaba sepultado se consultaban oráculos.

[30] Célebre adivino de la antigüedad.

[31] Mago famoso entre los persas; acommpañó a Jerjes en su campaña griega (Plinio, *Historia natural* 30, 1, 2).

los ministros y mensajeros de Dios, guardan el trono de éste y se colocan delante de él para venerarle, de forma que tiemblan de temor ante un solo movimiento de cabeza o gesto de la cara del Señor. El mismo Hostanes ha declarado que los demonios son terrenos, errantes y enemigos del género humano. Y el propio Platón, que tenía como actividad el encontrar a Dios, ¿no nos describe sin esfuerzo a los ángeles y demonios e intenta en su *Banquete* definir la naturaleza de los demonios? Pretende en efecto que entre la sustancia mortal e inmortal, es decir, entre el cuerpo y el espíritu, existe una sustancia intermedia, compuesta de una mezcla de gravedad terrena y ligereza celeste; de ella, nos advierte, está formado el Amor, y a partir de ella se desliza a nuestros pechos humanos, mueve nuestros sentidos, modela nuestros sentimientos e infunde en nosotros el ardor de la pasión.

Pues bien, estos espíritus impuros —demonios, según han demostrado los magos, los filósofos y Platón— se esconden tras las estatuas e imágenes consagradas y, extendiendo desde ellas su influencia, consiguen una autoridad semejante a la de una auténtica divinidad: desde ahí inspiran en efecto a los profetas, y residen en los templos, y, al mismo tiempo, animan las fibras de las entrañas de los animales, dirigen el vuelo de las aves, regulan las suertes y producen oráculos en los que se mezcla la verdad con muchas mentiras. Y es que se engañan y engañan, ya que desconocen la auténtica verdad y, cuando la conocen, no la dicen para perdición suya. De esta manera, hacen caer del cielo nuestras almas y las separan del dios verdadero para mezclarlas con la materia, perturban nuestra vida, intranquilizan nuestros sueños, inventan enfermedades que entran en nuestros cuerpos de forma oculta, cual espíritus tenues, aterrorizan nuestras mentes, torturan nuestros miembros para obligarnos a que les adoremos y para que, una vez cebados con la ofrenda de los altares y con los animales inmolados, creamos, tras olvidar las presiones que antes nos hicieron, que se ocupan ahora de nosotros. Ellos son los que empujan a esos locos que véis lanzarse a las calles; ellos son los que empujan a los poetas a volverse locos sacándolos de los templos, a andar como bacantes y a rodar por todos sitios; en ambos casos

el origen de la excitación son los demonios, aunque el tipo de locura es distinto.

Tert., *Apol.*, 25:

(No fueron los dioses paganos lo que encumbraron a Roma.)

Pienso que ya he dado suficientes argumentos sobre la verdadera y la falsa divinidad, ya que he demostrado —como se debe demostrar: no sólo con discusiones y argumentos, sino también con testimonios de los mismos— en qué tipo de dioses creéis; de forma que no hace falta volver atrás en la causa.

Sin embargo, como ha salido a colación la autoridad del imperio romano, no voy a pasar por alto el problema suscitado presuntuosamente por aquellos que dicen que gracias a su diligente espíritu religioso llegaron los romanos y se mantuvieron en el poderío que les permitió dominar el orbe, y que hasta tal punto eran dioses, que aquellos que les rindieron culto olvidando a los otros dioses, han adquirido un poderío por encima de los otros pueblos.

¡Sólo faltaba eso! ¡Que este premio le haya sido concedido al nombre de Roma por esos dioses como prerrogativa! ¡Que Estérculo [32], Mutuno [33] y Larentina [34] sean los que han encumbrado el imperio! Porque no voy a pensar yo que los dioses que tomaron de otros pueblos prefirieron ayudarles a ellos, que les eran extraños, antes que a sus propios fieles y que entregaron a unos extraños el suelo patrio en el que habían nacido, habían crecido, habían sido honrados y estaban enterrados. Concedamos que Cibeles se dio cuenta de que, al amar a la ciudad de Roma, lo hacía en memoria del pueblo troyano, en el que ella había nacido y al que protegió contra las armas de los griegos, y de que se pasó a sabiendas al lado de los que sabía que, como vengadores, iban a someter después a Grecia, la destructora de Frigia; pues bien, una buena prueba de su majestuosa presciencia puesta

[32] Antiguo Dios romano, llamado también Picumno, inventor del arte de abonar los campos.

[33] Primitivo dios de los bosques.

[34] Cf. nota 12.

a favor de la ciudad la dio hace poco, cuando, una vez muerto ya en Sirmio Marco Aurelio el día diecisiete de marzo, el santísimo sacerdote de Cibeles, mientras hacía un sacrificio el día 24 del mismo mes con miembros y sangre impura, hizo las súplicas habituales en favor de la salud de Marco, que ya estaba muerto [35]. ¡Oh mensajeros tardíos! ¡Oh despachos somnolientos! Por su culpa no pudo enterarse Cibeles a tiempo de la muerte del emperador ni pudo evitar la burla de los cristianos. Por otro lado, parece claro que Júpiter no permitiría fácilmente que su propia Creta fuera pateada por las fasces romanas, olvidándose de su cueva del Ida, de los timbales y del agradabilísimo olor de su nodriza: ¿no es verdad que, antes que el Capitolio, hubiese preferido aquel túmulo suyo, con el fin de que fuera más bien la dueña del orbe aquella tierra que cubrió sus cenizas? ¿Cómo iba a querer Juno que su ciudad de Cartago, a la que amaba más que a Samos, fuera destruida por el pueblo descendiente de Eneas? Por lo que yo sé, en aquella ciudad estaban sus armas, allí su carro; aquélla era la ciudad de la que pretendía que fuera, con permiso de los hados, la dueña de los pueblos [36].

Y, sin embargo, ¡aquella pobre «esposa y hermana de Júpiter» no pudo hacer nada contra los hados! Y es que el propio Júpiter está sometido a los hados [37].

A pesar de ello, los romanos no hicieron a los hados, que les entregaron la ciudad de Cartago en contra de lo decidido y querido por Juno, tanto honor como a la sucia loba Larentina.

Es cierto que muchos dioses vuestros han reinado. Pues bien, si además de reinar tienen también la facultad de transmitir el mando, ¿de quiénes han recibido ellos ese poder? ¿A qué dios adoraron a su vez Saturno y Júpiter? Pienso que a un dios Estérculo. Pero éste, con todo su formulario

---

[35] Marco Aurelio había abandonado Roma en agosto del 178 para dirigir su tercera guerra contra los marcomanos; murió aquejado por la peste el 17 de marzo del 180 en Sirmio, villa de la Panonia inferior. El sacerdote de Cibeles había hecho el sacrificio el 24 de marzo, cuando ya llevaba muerto nueve días.

[36] Virgilio, *Eneida* 1, 16-18.

[37] *Ibid.*, 47.

de invocaciones, aparece en Roma bastante después. Es más, si hubo una época en que estos dioses vuestros todavía no reinaban, sino que eran gobernados ellos mismos por reyes que todavía no eran sus adoradores, ya que no eran considerados todavía como dioses, es evidente que fueron otros los que tuvieron que dispensar el poder, ya que había reyes antes de que ellos fueran considerados como dioses.

Es verdad que la religión progresó cuando Roma era ya grande. Pero, ¡qué inconsistente es atribuir la gloria del imperio romano a los méritos de una religión, si esa religión prosperó cuando ya existía como imperio o, mejor, como reino! Efectivamente, si bien es cierto que el celo religioso fue iniciado por Numa Pompilio, también lo es que en aquella época los dioses no tenían todavía en Roma ni estatuas ni templos. La religión era sobria, los ritos pobres y no había en el Capitolio templos que llegaran al cielo, sino altares temporeros elevados en el césped, vasos samios y sacrificios insignificantes: no había dioses por ninguna parte. Y es que los inventos griegos y etruscos todavía no habían inundado la ciudad con sus estatuas. En definitiva, los romanos no fueron religiosos antes que grandes y, por tanto, no fueron grandes porque fueran religiosos.

Además, ¿cómo iban a ser grandes por su religión, si precisamente su grandeza les viene de su irreligiosidad? Si no me engaño, todo reino, en efecto, e imperio se consigue con las guerras y se extiende con victorias. A su vez las guerras y victorias están llenas de constantes capturas y destrucciones de ciudades. Y esto no se puede hacer sin injuriar a los dioses: al destruir murallas, se destruyen templos; al asesinar hombres, se asesina a sacerdotes; y al hacer rapiña de riquezas profanas, se hace también de riquezas sagradas. Los romanos, pues, cometieron tantos sacrilegios, cuantos trofeos consiguieron; alcanzaron tantos triunfos sobre los dioses, cuantos sobre los hombres, y trajeron tantos botines, cuantas estatuas de los dioses todavía les quedan. ¡Esos dioses consienten ser adorados por los enemigos y deciden dar un imperio sin fin a aquellos que deberían haber sido pagados con castigos más que con recompensas! Pero como no tienen sentimientos, se dejan ultrajar sin castigar a los ultrajadores y se dejan adorar sin dar nada a los adoradores. Cier-

tamente no se puede creer que se deba a méritos religiosos el crecimiento de un pueblo que, según hemos dicho, o bien creció ultrajando la religión o bien la ultrajó al crecer. Es más, aquellos pueblos cuyos reinos se fundieron con el imperio romano, siguieron manteniendo su religión, incluso después de haberlos perdido.

Tert. *Apol.*, 26:

(Es del verdadero Dios del que dependen todos los imperios.)

Mirad, pues, si el dispensador de los reinos no es más bien aquel del que depende el orbe, que es gobernado, y también el hombre que lo gobierna; mirad si el ordenador de los cambios de imperios a lo largo de las épocas en este mundo no es más bien aquel que existió antes de todos los tiempos y que hizo de los siglos una suma de tiempos; mirad si el que levanta y hace caer ciudades no es quel bajo cuyo poder estuvieron los pueblos en otro tiempo cuando todavía no había ciudades. ¿Por qué os dejáis llevar por el error? La Roma silvestre es más antigua que algunos de sus dioses; su reino es anterior a la construcción del magnífico recinto del Capitolio. Y los babilonios reinaron antes de los pontífices, los medos antes de los quindecimviros, los babilonios antes de los salios, los asirios antes de los lupercos y las amazonas antes de las vírgenes de Vesta.

Finalmente, si son las religiones romanas las que conceden los reinos, jamás los judíos, que despreciaron a estas vuestras divinidades comunes a muchos pueblos, habrían podido reinar en el pasado. Y, sin embargo, vosotros, romanos, habéis honrado a su Dios con víctimas, a sus templos con dones, y a su pueblo con alianzas; y nunca os hubierais convertido en dueños del mundo, si no hubiera sido porque ellos cometieron en último término un atentado contra Cristo.

Aug. *Ciu.* 4, 33:

(Es Dios el que dispensa los reinos e imperios.)

Ese Dios autor y dador de la felicidad, porque sólo él es el verdadero Dios, es el mismo que da los reinos sobre la

tierra a los buenos y a los malos; y esto lo hace no temerariamente ni al azar —porque es Dios, y no fortuna—, sino según un orden en las cosas y en los tiempos, orden que es desconocido para nosotros, pero conocidísimo para él. Y él no está sometido como siervo a este orden de los tiempos, sino que él mismo los rige como señor y los ordena como moderador. La felicidad, sin embargo, sólo se le da a los buenos. Esta puede estar y puede no estar en manos de los esclavos; y puede estar y puede no estar en manos de los reyes; y ella misma será ya total en aquella vida en la que nadie es ya siervo. Y él da los reinos sobre la tierra tanto a los buenos como a los malos para esto: para que sus fieles, todavía de poca fortaleza de ánimo, no deseen estos regalos enviados por él como si fueran dádiva magnífica.

Aug. *Civ.* 5, 1:

(El origen del poderío romano no lo explican ni el azar ni las estrellas.)

La causa de la grandeza del imperio romano no es ni fortuita ni fatal en el sentido en que entienden estos términos aquellos que opinan que son «fortuitos» aquellos hechos que no tienen ninguna causa o no tienen origen en alguna ordenación racional, y que son «fatales» aquellos que suceden por el imperio necesario de una ordenación cualquiera, independientemente de la voluntad de Dios y de los hombres. No cabe duda de que todos los reinos humanos han sido creados por la providencia divina. Y si alguien se los atribuye al hado, porque da este nombre a la voluntad o poder divino, que mantenga su opinión, pero que corrija su vocabulario. ¿Por qué no empieza diciendo aquello que tendrá que terminar por decir, cuando alquien le pregunte qué quiere decir con «hado»? Y es que, cuando la gente oye la palabra «hado», no entiende, de acuerdo con el uso de la lengua, otra cosa que la fuerza de la posición que tienen los astros cuando un ser humano nace o es concebido; esa influencia es separada por algunos de la voluntad divina, y otros hacen incluso depender de ella a Dios. Pero aquellos que piensan que las estrellas deciden, sin tener en cuenta la voluntad divina, qué es lo que

vamos a hacer, qué felicidad vamos a disfrutar y qué desgracias vamos a sufrir, deben ser desoídos por todo el mundo: no sólo por aquellos que profesan la verdadera religión, sino también por aquellos que pretenden ser seguidores de otros dioses cualesquiera, aunque sean falsos. Pues esta opinión, ¿qué otra consecuencia acarrea sino que no se adore ni ruegue a ningún dios en absoluto? Contra esos, sin embargo, no va dirigido mi discurso, sino contra aquellos que, en defensa de aquellos a los que ellos consideran dioses, se oponen a nuestra religión cristiana. Aquellos, sin embargo, que hacen depender de la voluntad divina la posición de las estrellas, las cuales deciden de alguna forma lo que cada uno va a ser, lo que le va a ocurrir de felicidad o lo que le va a suceder de desgracias, si piensan que esas estrellas tienen esa potestad recibida de la voluntad suprema de El, de forma que con voluntad consciente decreten esas cosas, hacen gran injuria al cielo, porque creen que en su, por así decir, brillante senado y espléndida curia se deciden los crímenes que se tienen que cometer, crímenes tales que, si alguna ciudad terrena los hubiese decretado, habrían sido causa de su destrucción de acuerdo con las leyes del género humano. Además, ¿qué facultad de decisión le queda a Dios sobre los hechos humanos, si están sometidos a la fatal decisión de los astros, a pesar de que El sea el señor de los astros y de los hombres? Y si dicen que las estrellas, con el poder que sin duda han recibido del Dios supremo, no decretan esas cosas de su libre albedrío, sino que a la hora de introducir tales fatalidades, no hacen sino cumplir en todos sus términos las órdenes de El, ¿no habría que sentir ante Dios mismo la indignación que antes sentíamos al hablar de la voluntad de las estrellas? Y si se dice que las estrellas, más que predeterminar esas cosas, lo que hacen es darlas a conocer, de forma que aquella posición de las mismas fuera algo así como una expresión que predice, pero que no predetermina el futuro —esta opinión, en efecto, la han mantenido sesudos hombres de ciencia—, no es esta verdad la forma en que se suelen manifestar los matemáticos, los cuales no dicen, por ejemplo, «Marte, situado así, significa homicida», sino «hace al homicida».

Aug, *Civ.* 5, 21:

(El imperio romano fue obra providencial del verdadero Dios.)

Siendo todo lo anterior así, no atribuyamos la facultad de conceder reinos e imperios sino al Dios verdadero que otorga en el reino de los cielos la bienaventuranza sólo a los piadosos; en la tierra, sin embargo, concede reinos a píos e impíos, según le place, aunque no le place nada que sea injusto. Aunque ya hemos dicho algo que El quiso revelarnos, está sin embargo muy por encima de nosotros y supera con mucho nuestras fuerzas escudriñar los secretos de los hombres y ponderar en claro juicio los méritos de los reinos. Pues bien, aquel único Dios verdadero, que no aparta del género humano ni su providencia ni su ayuda, concedió a los romanos el reino cuando quiso y en la medida que quiso; El fue quien se lo dio a los asirios y también a los persas, los cuales, según consta en su literatura, sólo adoraban a dos dioses, uno bueno y otro malo; y no voy a hablar del pueblo hebreo, del que ya dije cuanto me pareció bien, pueblo que no adoró más que a un solo Dios mientras mantuvo su reino; El fue el que dio a los persas mieses, sin que estos adoraran a diosa «Mies», el que concedió otros frutos de la tierra sin necesidad de que se adorara a tantos dioses como pusieron para amparo de cada una de las cosas —incluso para algunas cosas pusieron más de un Dios—; El fue el que les concedió el imperio sin necesidad de que tuvieran que adorar a aquellas divinidades por cuyo culto creyeron que habían conseguido reinar. Y de la misma forma se comportó con los hombres: El, que concedió el poder a Mario, se lo concedió también a César; El, que se lo dio a Augusto, se lo dio también a Nerón; El, que se lo entregó a los Vespasianos, tanto al padre como al hijo, benévolos emperadores, se lo entregó también a Domiciano, monstruo de la crueldad; y, para no ir recorriendo necesariamente uno a uno todos los emperadores, El, que se lo dio al cristiano Constantino, se lo dio también al apóstata Juliano, cuya extraordinaria índole natural fue estropeada, en su deseo de dominar, por su sacrílego y detestable afán por saber: entregado a los falsos oráculos de este saber, incendió, confiado como esta-

ba en la seguridad de la victoria, las naves que transportaban los alimentos necesarios; después, persiguiendo con pasión empresas desmesuradamente osadas y muriendo, por fin, en pago a su temeridad, dejó en tierra enemiga un ejército hasta tal punto sin recursos, que no pudo salir de allí sino a cambio de cambiar las fronteras del imperio romano, en contra de los auspicios del dios Término, según dije en el libro anterior: el dios Término, que no había cedido ante Júpiter, tuvo que ceder, en efecto, ante la necesidad[38].

Queda, pues, perfectamente claro que es el único y verdadero Dios el que rige y gobierna a su albedrío. Y si bien es verdad que lo hace por motivos ocultos, no por ello los debemos considerar injustos.

Aug. *Civ.* 5, 12:

(Méritos de los antiguos romanos que merecieron de Dios el engrandecimiento de su imperio.)

Veamos, pues, cuáles fueron las costumbres de los romanos y cuál fue la causa por la que el Dios verdadero, bajo cuyo poder están todos los reinos terrenales, se dignó ayudarles para el engrandecimiento de su imperio. Y para poder razonarlo más cumplidamente, escribí ya el libro anterior, cuya finalidad era demostrar que, en este tema, era nulo el poder de aquellos dioses, cuyo culto consideraron necesario incluso para cosas sin importancia; y con esa misma intención he escrito todo lo que va de este libro, que he alargado hasta aquí tratando de que sea desterrada la creencia en el hado, para que nadie, una vez persuadido de que el imperio romano no se extendió ni mantuvo por el culto a aquellos dioses, atribuya ese crecimiento a no sé qué hado antes que a la poderosísima voluntad del Dios supremo.

Pues bien, los viejos romanos, según lo enseña y encarece la historia, si bien adoraban, como los demás pueblos a excepción del de los hebreos, a dioses falsos e inmolaban víctimas, no a Dios, sino a demonios, sin embargo «codiciaban

[38] Efectivamente, cuando los dioses griegos llegaron a Roma, todos los dioses itálicos abandonaron sus lugares para cedérselos a los dioses extranjeros; sólo el dios Término, el dios de la frontera, se resistió y conservó su lugar.

la honra, eran generosos con el dinero y buscaban una gloria grande y unas riquezas moderadas»[39]; apreciaron esa gloria con pasión, por ella quisieron vivir, y por ella no dudaron en morir; todas las demás apetencias fueron presionadas bajo la losa de esta enorme y única pasión. Y dado que les parecía sin gloria el hecho de que la patria estuviera sometida a servidumbre y muy glorioso que dominara e imperara, buscaron apasionadamente con todo tipo de interés, primero, que quedara libre y, después, que se convirtiera en dominadora. Y por ello, al no soportar la tiranía de los reyes, «instituyeron para su gobierno poderes anuales compartidos entre dos personas»[40], a los que llamaron «cónsules» del verbo *consulere* (deliberar), y no «reyes» ni «señores» *(domini)* de los verbos «reinar» *(regnare)* y «dominar»; aunque parece más atinado hacer derivar «reyes» de *regere:* de la misma forma que *regnum* («reino») deriva de *reges* («reyes»), así *reges,* según se ha dicho, deriva de *regere;* pero el fausto regio no fue considerado como manifestación de disciplina de gobernante ni de benevolencia de consejero, sino de soberbia de dominador. Y así fue como, una vez expulsado Tarquinio y constituidos los cónsules, sucedió lo que el mismo autor aduce para alabanza de los romanos, que «es difícil de creer de qué forma aquella ciudad creció en breve tiempo una vez conseguida la libertad; hasta tal punto se había apoderado de ella el deseo de gloria»[41]. Este deseo de honra y esta pasión por la gloria consiguió aquella gran cantidad de hechos extraordinarios, loables y gloriosos, según la estimación de los hombres.

Alaba el mismo Salustio a dos varones importantes y famosos de su época, Marco Catón y Cayo César; y dice que durante mucho tiempo no tuvo la república hombres de gran valor, pero que en sus días vivieron estos dos, de extraordinarios valores, aunque de carácter diferente. Entre las abalanzas de César incluyó la siguiente: «buscaba un mando importante, un éjercito y una guerra nueva donde pudiese hacer brillar su valor»[42]. De esta forma, iba naciendo en el pe-

---

[39] Salustio, *Catilina* 7, 6.
[40] Salustio, *Catilina* 6, 7.
[41] Salustio, *Catilina* 7, 3.
[42] Salustio, *Catilina* 53, 5-6.

cho de aquellos hombres valerosos el deseo de que Belona levantara a la guerra a pueblos desgraciados y los azotase con sangre para que brillara su heroísmo en estas circunstancias. El origen de este deseo era su afán por la honra y su pasión por la gloria. Así que, primero por amor a la libertad, y después por ambición de dominio y por su afán por la honra y la gloria, hicieron grandes hazañas.

(Sigue Agustín poniendo ejemplos de personajes romanos deseosos de honra y gloria.)

13. Por esta razón, tras haber existido durante largo tiempo en Oriente imperios ilustres, quiso Dios que apareciese un imperio en Occidente, posterior en el tiempo, pero más glorioso por la extensión y grandeza de su dominio. Y concedió este imperio, para domar las graves culpas de muchas naciones, a unos hombres que, en aras de la honra, de la alabanza y de la gloria, sólo habían mirado por el bien de su patria: en ella buscaban la propia gloria y no dudaron en anteponer la salud de la misma a la suya propia, sacrificando, ante este único vicio, es decir, ante el deseo de honra, la codicia del dinero y otros muchos vicios (...).

15. Así pues, a aquellos hombres, a los que no había de dar Dios la vida eterna en compañía de sus ángeles santos en su ciudad celeste —a cuya ciudadanía sólo se llega por la auténtica piedad, que no consiste en la servidumbre religiosa que los griegos llaman «latría», sino en la servidumbre hacia el único Dios verdadero— les concedió esta gloria terrena de un imperio extraordinario, para no dejar sin premiar sus buenas artes, es decir, sus virtudes, mediante las cuales se esforzaban por llegar a tan soberana gloria. De hombres de este tipo, que dan la impresión de hacer algo bueno con la finalidad de conseguir gloria entre los otros hombres, dijo ya el Señor: «En verdad os digo que ya han recibido su premio»[43]. Es lo que sucedió a los romanos: ellos despreciaron sus propios intereses particulares en favor del interés común, es decir, el del estado, y en favor del tesoro público; se resistieron a la avaricia; deliberaron libremente en favor de su propia patria; no cometieron, de acuerdo con sus leyes, delitos ni fueron esclavos de los apetitos; con todas estas vir-

[43] *Mateo* 6, 2.

tudes, como por el camino de la verdad, se esforzaron por conseguir honores, imperio y gloria. El premio fue que recibieron honores en casi todas las naciones, impusieron las leyes de su mando a muchas naciones, y, hoy en día, gozan de honrosa fama entre casi todas las gentes gracias a sus monumentos literarios y a su historia. No se pueden quejar de la justicia del supremo y verdadero Dios: «Ya han recibido su premio».

Orosio, *Hist.*, 5, 1;

(El encumbramiento de Roma se hizo a costa de las desgracias de otros pueblos.)

Yo sé que a partir de ahora algunos posiblemente se admiren porque las victorias romanas se intensifican a costa de grandes pérdidas de muchos pueblos y ciudades. Aunque, si observan atentamente la situación, encontrarán que fue mayor el daño que los beneficios; y es que no deben ser olvidadas otras muchas guerras de esclavos, sociales[44], civiles y de desertores, que no acarrearon ningún beneficio y sí muchas desgracias. Pero dejemos que a ellos[45] les parezca que fue tal como ellos quieren; dirán, creo yo, entonces: «¿Qué más feliz que aquella época en que los triunfos fueron continuos, las victorias numerosas, los botines abundantes, los séquitos ilustres, y que, ante el carro del vencedor y en larga fila, eran conducidos grandes reyes y pueblos vencidos?». A éstos se les puede responder brevemente que mientras ellos mismos suelen quejarse ahora de los tiempos, nosotros, en favor de esos mismos tiempos, hemos entablado una discusión; tiempos que evidentemente no afectan a una sola ciudad, sino que son compartidos por todo el mundo. Consiguientemente la misma felicidad que sintió Roma venciendo, fue infortunio para los que, fuera de Roma, fueron vencidos. ¿En cuánto, pues, ha de ser estimada esta gota de trabajada felicidad, a la que se atribuye la dicha de una sola ciudad, mientras que una gran cantidad de infortunios producen la

---

[44] Guerra de los alidos *(socii)*. Hay una guerra concreta que es conocida con el nombre de guerra «social»; es la que protagonizaron, a principios del siglo I a. C., los romanos contra otros pueblos de Italia.
[45] Los paganos.

ruina de todo el mundo? Si se consideran felices aquellos tiempos porque en ellos aumentaron las riquezas de una sola ciudad, ¿por qué no se consideran más bien desafortunados porque en ellos desaparecieron poderosos reinos con lamentable pérdida de muchos y bien desarrollados pueblos? O ¿acaso los consideraba de otra forma Cartago, cuando después de ciento veinte años —en los cuales, a pesar de temblar unas veces ante los desastres bélicos y otras ante las condiciones que se le exigían para la paz, podía cambiar, sin embargo, ya recurriendo a la rebeldía, ya a las súplicas, la paz por la guerra y la guerra por la paz—, terminó por fin toda la ciudad convertida en una pira, al arrojarse al fuego uno por uno todos sus ciudadanos arrastrados por una extrema desesperación? Para ella todavía ahora, cuando ya es pequeña en territorio y sin murallas, es algo triste escuchar lo que fue en otro tiempo. Que dé Hispania su opinión de los tiempos en que, a lo largo de doscientos años, regaba con sangre todos sus campos en toda su extensión y no podía rechazar ni sujetar a un enemigo que lo turbaba todo a sus anchas por todas partes; de los tiempos en que ellos mismos, en sus distintas ciudades y lugares, rotos por los desastres bélicos y agotados por el hambre de los asedios, ponían, como remedio a sus desgracias, fin a su vida, enfrentándose y matándose unos a otros, tras haber ejecutado a su vez a sus esposas e hijos[46]. ¿Qué opinión tendría en aquella ocasión de sus tiempos? Que lo diga por fin la propia Italia[47]: ¿por qué obstaculizó, se opuso y rechazó durante cuatrocientos años a los romanos (que eran también itálicos), si la fortuna de éstos no era un infortunio para ellos, y si el hecho de que los romanos se convirtieran en dueños de la situación no era un obstáculo para el bien común? Y no pregunto a los innumerables pueblos de las distintas razas, pueblos antes largo tiempo libres, pero sometidos entonces en la guerra, separados de su patria, vendidos por dinero y dispersos por la esclavitud; no les pregunto qué hubieran preferido en aquella ocasión, qué opinaban de los romanos, qué pensa-

[46] Es lo que sucedió, por ejemplo, en Numancia.
[47] Se trata de Italia, a excepción de Roma y de los ciudadanos romanos con plenos derechos.

ban de sus tiempos. Paso por alto a los reyes de grandes recursos, de grandes ejércitos, de gran gloria, reyes largo tiempo poderosos, pero hechos un día prisioneros, humildemente encadenados, pasados bajo el yugo, llevados ante el carro del vencedor, destrozados en prisión. Preguntarles a ellos su opinión es tan necio como duro no dolerse de su desgracia.

Orosio, *Hist.*, 6, 1, 5 ss.:

(Aquí, sin embargo, considera Orosio que el poderío romano fue querido por Dios con el fin de preparar la venida de su Hijo.)

Pues bien, ese único y verdadero Dios, cuya existencia aceptan, aunque con distintas interpretaciones, todas las escuelas, como ya dijimos, ese Dios que gobierna los cambios de imperios y de épocas, que castiga también los pecados, ha elegido lo que es débil en el mundo para confundir a lo que es fuerte, y ha fundado el imperio romano, sirviéndose para ello de un pastor de paupérrima condición[48]. Ese imperio, que se mantuvo largo tiempo en manos de reyes y cónsules, tras apoderarse de Asia, Africa y Europa, cayó en toda su administración en manos de un solo emperador, poderosísimo él y clementísimo[49]. Durante el reinado de este emperador, al que casi todos los pueblos honrarían justamente con cariño y temor al mismo tiempo, el Dios verdadero, que ya era adorado, en su inquieta superstición, por los que le desconocían, abrió el abundante manantial de su inteligencia y, con el fin de enseñar más fácilmente bajo la apariencia humana a los hombres, envió a su propio hijo, el cual realizaría milagros que sobrepasarían la condición humana, y demostraría la falsedad de los espíritus a los que algunos habían considerado como dioses; e hizo esto para que los mismos que no habían creído en él como hombre, creyeran en sus obras como obra de Dios; y lo hizo también para que, en medio de aquella gran tranquilidad y de aquella paz que se extendía ampliamente, corriese, sin peligro y rápidamente, la gloria de la buena nueva y la rápida fama de

---

[48] Rómulo fue criado por un pastor, Fáustulo.

[49] Augusto. El imperio de Augusto no fue para Orosio sino una preparación para la venida de Cristo.

la anunciada salvación; e incluso también para que, al ir sus discípulos por todas partes y repartir además los bienes de la salvación entre todos, tuviesen, como ciudadanos romanos que eran, segura libertad para acercarse y discutir entre ciudadanos romanos.

Yo pensé que debía recordar esto porque precisamente este libro sexto se extiende hasta César Augusto, al cual se refiere lo que he dicho. Y por si algunos consideran irrisorio este clarísimo argumento y atribuyen más bien a sus propios dioses, a los que primero eligieron guiados por la luz de la razón natural y posteriormente mantuvieron contentos con importantes cultos, el hecho de que han sido ellos los que han creado este amplio y glorioso imperio para su beneficio —andan en efecto diciendo que ellos mismos con los mejores tipos de sacrificios, merecieron ese gran favor de los dioses y que si hubiesen suprimido y pasado por alto tales sacrificios se hubiesen alejado todos «los dioses, gracias a los cuales se mantiene este imperio, abandonando los templos y altares»[50]— por si sucede esto, y aunque tu reverenda santidad ya ha expuesto contundentemente y con toda evidencia muchos argumentos[51], sin embargo, las circunstancias me obligan a añadir algo. Si es verdad que los romanos, adorando a sus dioses, merecieron el favor de los mismos, y lo perdieron cuando dejaron de adorarlos, ¿quién consiguió con sus oraciones que el propio Rómulo, padre de Roma, se salvase en medio de tantos males como le amenazaron desde su nacimiento? ¿Acaso su abuelo Amulio[52] que lo entregó a la muerte? ¿Acaso su padre, cuya identidad se desconoce?[53] ¿Acaso su madre Rea, reo de impudor? ¿Acaso los antepasados Albanos que persiguieron desde el comienzo los brotes mismos del nombre de Roma?[54] ¿Acaso

[50] Virgilio, *Eneida* 2, 351-352.

[51] Agustín ya había hablado del tema en la parte de su obra, *La ciudad de Dios,* ya publicada cuando Orosio escribe esto.

[52] Era tío abuelo, hermano de Numítor, que era el abuelo de Rómulo. Amulio expulsó, en efecto, del trono a su hermano Numítor y ordenó matar a los hijos de Rea Silvia, hija de Numítor.

[53] Según una versión de la leyenda, Rea Silvia quedó embarazada de Marte. Orosio no lo acepta y habla de padre desconocido.

[54] Alusión a la lucha entre sabinos y latinos, recogida en la leyenda de los Horacios y Curiacios.

Italia en general, que durante cuatrocientos años, mientras pudo cometer osadías, anheló la ruina de Roma?

— No, dicen, sino que fueron los dioses, que sabían que con el tiempo iban a ser adorados, los que salvaron a sus futuros fieles.

— De modo que lo sabían de antemano. Y si lo sabían de antemano, ¿por qué, de entre tantos momentos como pudieron escoger, condujeron a este imperio a la más alta cima de su poderío precisamente en el momento en que aquél quiso nacer entre los hombres y darse a conocer como hombre, tras cuya manifestación fueron totalmente despreciados los dioses de los romanos y desaparecieron, con todo su mundo, aquellos a los que esos mismos dioses habían ensalzado?

— Pero se manifestó, dicen, humildemente y entró en este mundo ocultamente.

— ¿De dónde tan extraordinaria fama, tan indudable crédito y tan evidente poderío de un oculto y humilde?

— Con determinados signos y milagros se apoderó y poseyó las mentes de los hombres ya preocupadas por inquietudes religiosas.

— Pero si él, como hombre, pudo conseguir esto, con mayor razón debieron poder los dioses. ¿Acaso no se llegó por fin, cuando él dijo que su poder lo había tomado del Padre, a la comprensión de aquel Dios, conocido y desconocido, comprensión a la que, como dije, nadie puede llegar sino gracias a la ayuda de ese mismo Dios? Y nadie puede llegar a ella salvo que, tras analizar y olvidar toda su propia naturaleza, volviéndose a la sabiduría de Dios, ponga de acuerdo todo su esfuerzo investigador con la verdad revelada. A pesar de ello, lo voy a tratar de demostrar brevemente a la luz de la razón natural:[55] estos dioses, a los que ellos consideran tan grandes, a pesar de que parece que ayudaron propicios al estado romano y que, cuando ellos se apartaron, ese mismo estado se hundió, eran adorados con gran devoción e intensidad precisamente en el mismo momento —lo cual es claramente evidente— en que Cristo quiso nacer y

[55] Los paganos no aceptan la verdad revelada; por ello Orosio trata de hacer sus demostraciones con la luz de la razón.

empezó a mostrarse a los pueblos. ¿Quiere ello decir que esos dioses, que debían mirar por sí mismos y por sus fieles, no pudieron reprimir o rechazar el culto supersticioso de Cristo, a causa del cual veían que ellos mismos iban a ser despreciados y sus fieles burlados? Aunque, si es que no pudieron impedirlo, hay que excusarles y no debieron ser abandonados; pero si es que sucedió con su consentimiento, hay que aceptar que lo sabían de antemano y, en consecuencia, no debieron ser adorados antes.

Orosio, *Hist.*, 7, 1, 6 ss.:

Pues bien, en lo que se alcanza con el conocimiento de la inteligencia humana, tanto ellos (los paganos) como nosotros vivimos respetando una religión y aceptando y adorando a un poder superior; lo único que nos separa es la creencia concreta; nosotros, en efecto, confesamos que todas las cosas tienen como origen un solo Dios y se mantienen gracias a ese único Dios; ellos piensan que hay tantos dioses como cosas hay en el mundo. Y dicen: si se debe al poderío de ese Dios que predicáis el hecho de que el imperio romano terminara por ser tan grande y poderoso, ¿por qué entonces la paciencia de ese Dios fue un obstáculo para que no lo fuera antes? A éstos se les puede responder con las mismas palabras: «Si se debe al poderío de los dioses que vosotros predicáis el hecho de que el imperio romano terminara por ser tan grande y poderoso, ¿por qué entonces la paciencia de esos dioses fue un obstáculo para que no lo fuera antes?» O ¿es que esos dioses no existían antes?; o ¿era Roma la que todavía no existía?; o ¿es que esos dioses no eran todavía adorados?; o ¿es que Roma no les parecía todavía idónea para coger el mando? Si es que todavía no existían esos dioses, sobra ya toda discusión; pues ¿para qué voy a discutir sobre la indolencia de unos seres desde el momento en que ni siquiera conozco su propia naturaleza Pero si existían ya esos dioses, fueron, o bien su poder, como ellos mismos argumentan, o bien su paciente espera los que tuvieron la culpa[56]: si su paciente espera, porque existió, si su poder, por no ser éste ninguno. Pero si lo que hay que creer es que

[56] De que Roma no fuese grande antes.

existían ya esos dioses, los cuales tenían poderes para encumbrar a su pueblo, pero que los que no existían todavía eran los romanos para poderlos realmente encumbrar, eso no me vale porque lo que yo busco es un poder que pueda crear cosas, no una técnica que perfeccione las ya existentes; y es que la cuestión está planteada en torno a unos dioses a los que ellos llaman grandes, y no en torno a unos malos artesanos, a los que se les acaba el arte en cuanto les falta la materia.

Ambros., *Epist.* 18, 4-6:

> (En la polémica entre Símaco y Ambrosio, polémica en la que interviene también Prudencio con su *Contra Symmachum*, se plantea también el problema del engrandecimiento de Roma, repitiéndose argumentos que utilizaron ya los primeros apologistas.)

En la primera afirmación nos pone en escena a Roma llorando y reclamando el culto de lo que él[57] llama antiguas ceremonias. Fueron aquellos ritos antiguos, dice, los que alejaron a Aníbal de las murallas y a los galos senones del Capitolio. De esta forma, al hablar del poderío de sus ritos sagrados, lo único que hace es desprestigiarlos: efectivamente, Aníbal insultó durante largo tiempo la religión romana y llegó como vencedor hasta los muros mismos de la ciudad, despreciando a los dioses que combatían contra él. ¿Por qué, pues, tuvieron que aguantar un asedio aquellos por los cuales luchaban las armas de sus dioses?

Y ¿qué decir de los galos senones, a los que, al penetrar hasta las entrañas del Capitolio, no hubieran podido resistir los pocos romanos que quedaban, si éstos no hubieran sido despertados por el ruido de un ganso asustado? ¡He aquí quiénes son los guardianes de los templos de Roma! ¿Dónde estaba en aquel momento Júpiter? ¿Acaso era él el que hablaba desde el cuerpo del ganso?

Por lo demás, ¿por qué voy a negar que la religión sagrada de los romanos no les ayudaba en sus guerras? Pero también Aníbal adoraba a los mismos dioses. ¿Qué prefieren,

[57] Símaco.

pues, los romanos? Que elijan: si fue la religión romana la que ayudó a los romanos a vencer, hay que aceptar que esa misma religión fue derrotada en la persona de los cartagineses; y si esa religión triunfó en los cartagineses, de nada les sirvió a los romanos.

Prud., *Contra Symm.*, 2, 488 ss.:

«Muchos dioses», dicen, «han conducido a los romanos a través de grandes prosperidades; a esos dioses los adora por sus propios méritos Roma a cambio de los grandes triunfos que ha recibido».

Pues bien, guerrera[58], dinos qué fuerza sometió bajo tu mando a Europa y a Libia; dinos los nombres de los dioses. Júpiter es el que te concedió, con auspicios favorables, el dominio sobre Creta; Palas, el de Argos; Apolo, el de Delfos; Isis te ha dejado el territorio del Nilo; Citerea, el de los rodios; la doncella cazadora, el de Efeso; Marte, el del Ebro[59]; Bromio[60] te ha cedido Tebas; la propia Juno ha permitido que sus protegidos de Africa fueran esclavos de los descendientes de los frigios y ella misma ordenó que la ciudad de la que pretendía ardientemente, si los hados lo permitían, que fuera la dueña de pueblos sometidos, viviera sometida al yugo de los romanos[61]. ¿Acaso todas aquellas ciudades cayeron por la traición de sus propios dioses indígenas? ¿Acaso por abandonar ellas sus propios altares es por lo que están en ruina? ¡Oh piedad! ¡Oh fidelidad santa! ¡Divinidades desleales han abandonado los lugares en que se criaron y se cree en unos dioses por cuya traición han merecido ser adorados! O ¿acaso esos dioses intentaron defender a sus fieles y luchando largo tiempo pretendieron rechazar los ejércitos enemigos oponiéndose a las tropas romanas, pero un poder más fuerte los derrotó en el lúgubre polvo de los campos de batalla? Sí, seguro que fue esto último: una superstición, falta de toda verdad, fue vencida por las armas y por el coraje y la gloria huyó de su vanidad; y no fue una victoria difícil

[58] Roma.
[59] Es el Ebro de Tracia, país favorito de Marte.
[60] Sobrenombre de Baco.
[61] Cartago es la ciudad protegida de Juno en Africa; los romanos son los descendientes de los frigios a través de Eneas.

ni ardua para un pueblo nacido para la lucha: les resultó fácil derrotar a inútiles y someter los débiles cuellos de los dioses de todo tipo. ¿Acaso se puede llamar guerra la que llevaron a cabo los rudos Samnitas y marsos con mínimo esfuerzo contra los coribantes del monte Dicteo?[62] ¿Acaso era luchar lo que hicieron los etruscos contra los mastigóforos[63] y contra los atletas untados de aceite, expertos en ejercicios gimnásticos? Ni siquiera Mercurio, famoso por su gorro, pudo salvar del desastre, tras la toma de Lacedemonia, sus palestras[64]. Y ¿cómo los soldados de Cibeles, teniendo como jefe del ejército a un sacerdote de la misma diosa, iban a poder, en un enfrentamiento con los infantes del Apenino, defender Asia y el monte Ida? Todo ello fue fácil, a no ser que se considere difícil y laborioso someter, y adueñarse de sus ritos pisoteados, las rosas de Idalia[65], el laurel del profeta citaredo[66] y las flechas y el arco de una doncella cazadora[67]. En la batalla de Accio, a los egipcios les dio la señal de batalla una zampoña y al ejército contrario una trompeta; los barcos de Menfis, al lado de los liburnos con torres, no eran sino débiles barquillas y frágiles canoas: nada pudo hacer el dios Serapis ni el labrador Anubis; pudo más el ejército ardoroso enviado por el Algido[68] desde su fría región bajo el mando de un general de la estirpe Julia[69]; y no fue porque Venus, en armas, ni Minerva, con escudo, vinieran en su ayuda: ninguna divinidad degenerada ni desterrada favoreció a las armas romanas; vencidos ya de antemano no iban a venir en ayuda del ejército enemigo, ni siquiera conservando todavía resentimiento por su anterior derrota.

Pero supongamos, como tú pretendes, que estos dioses eligieron un lugar en el que permaneciera sin fin, con un gran número de adoradores, el culto sagrado a sus templos y que, sin que nadie les obligara, sino sólo por amor hacia

[62] Los coribantes son sacerdotes de Cibeles. El Dicteo es una montaña de Creta donde recibía culto Cibeles.
[63] Portadores de azotes.
[64] Mercurio era el dios de los gimnasios.
[65] La rosa es la flor de Venus e Idalia el lugar de su culto.
[66] Apolo.
[67] Diana.
[68] Monte de Italia; se trata, pues, del ejército romano.
[69] Augusto.

el rey Numa, siguieron voluntariamente las banderas victoriosas de los descendientes de Eneas. ¿Acaso fue por propia voluntad como Palas, tras asesinar a los guardianes de su ciudadela, se pasó a la tienda de Diomedes y al campamento del hábil Ulises, para mostrar allí sus tristezas con el sudor que rezumaba su estatua? O ¿todas las veces que el fortísimo general de los macedonios acumuló cenizas de templos tras derrotar a Grecia, los dioses cautivos se sometieron por propio gusto como botín del vencedor y quisieron por propia voluntad ser llevados a la fortaleza de la asiria Babilonia? Yo no admito que se denigre el nombre romano, ni guerras tan laboriosas, ni honores conseguidos con tanta sangre. Sin duda quita méritos a las invictas legiones y disminuye la honra de Roma aquel que, quitando la palma a los vencedores, atribuye a Venus el mérito de todos los combates victoriosos. En vano, pues, admiramos las cuadrigas colocadas en lo alto de los arcos y a los generales que van sobre los carros: los Fabricios, los Curios, los Drusos, los Camilos, y, bajo los pies de los generales, los cautivos, con la rodilla flexionada, encorbados bajo el yugo, con las manos atadas tras la espalda y los trozos de sus armas suspendidos de sus cuerpos. Todo ello lo admiramos en vano si a Breno, Antíoco, Perseo, Pirro y Mitrídates los derrotaron Flora, Matuta, Ceres y Laurentina.

— «Fue, sin embargo, bajo los auspicios de estos dioses como los presagios favorables nos proporcionaron éxitos agradables y como nos ayudaron las aves de buen augurio.»

— ¿Para qué quiere Corvino el valor y la gloria, si fue el cuervo de Apolo el que le ayudó con sus plumas y su graznar?[70]. Sin embargo, ese mismo cuervo ¿por qué tuvo que faltar precisamente el día fatal en que la siniestra llanura de Cannas se cubrió de cadáveres y en que el cónsul cayó muerto sobre montones de cuerpos? ¿Por qué en las llanuras del Cremera no hubo ningún dios que, por medio de una corneja o de un ave cantora, avisara a los trescientos Fabios de que iban a morir en la siniestra batalla y de que su familia

[70] Se trata de Marco Valerio Corvino; en un combate contra los galos en el 349 a. C., un cuervo se posó sobre su casco y gracias a él, por cuanto era un ave enviada del cielo (Livio, 7, 26, 4), logró vencer. A partir de este hecho recibió el sobrenombre de Corvino.

iba a sobrevivir a duras penas gracias a uno solo de ellos?[71] ¿Acaso se presentó en Carras, de lúgubre memoria, alguna lechuza de Minerva para anunciar a Craso que la diosa estaba presente para ayudarle? ¿Acaso arrastraron allí blancas palomas a Venus, para que los persas se asustaran al ver su dorada cintura?

Yo conozco perfectamente los ejemplos de antiguo valor que a ti te maravillan: dices que todo el mundo fue sometido por tierra y por mar; descubres todos los éxitos y prosperidades; recuerdas por orden miles de triunfos y montones de despojos llevados a través de Roma. ¿Quieres, romano, que te diga la causa que llevó hasta tan alto tus esfuerzos y el sostén en que se apoya una gloria que brilla tan extensa que ha impuesto al mundo el freno de su dominio? Había pueblos de lengua diferente y de civilizaciones distintas. Dios quiso reunirlos y decidió someter a un solo imperio a todos los pueblos civilizados y hacerles llevar, bajo un yugo de paz, llevaderos lazos de unión; y ello lo hizo para que el amor a la religión sujetara los corazones unidos de los hombres; y es que no existiría una unión digna de Cristo si un mismo espíritu no asociara íntimamente a todas las gentes: sólo la concordia conoce a Dios, sólo ella adora, tranquila, y como conviene, al Dios benigno. El acuerdo pacífico entre los hombres es el que convierte a Dios propicio para el mundo; Dios huye de donde haya guerras civiles, se irrita con las guerras crueles, se alimenta con el don de la paz, y se queda donde haya tranquila piedad. La furiosa diosa Belona tenía revueltos a todos los hombres y armadas, para que se mataran mutuamente, sus fieras manos en todas las tierras contenidas entre el océano occidental y el oriente rosáceo por donde sale la brillante aurora; para poner freno a esta locura, Dios enseñó a todos los pueblos a doblegar su cabeza bajo las mismas leyes y enseñó a ser romanos a todos: a los bañados por el Rin y por el Histro, a los bañados por el aurífero Tajo, por el majestuoso Ebro, a los tocados por el cornígero río de las Hespérides[72], a los alimentados

[71] En la primera guerra contra Veyes (477 a. C.) toda una familia, la de los Fabios, fue eliminada junto al río Cremera.

[72] El Tíber.

por el Ganges y a los lavados por las siete bocas del tibio Nilo. Leyes comunes los han convertido en iguales, los han reunido bajo el mismo nombre, y, tras haberlos dominado, los han sometido bajo lazos fraternales. Se vive en todas partes de la misma forma que si una ciudad natal tuviera reunidos, dentro de una sola muralla, a ciudadanos de la misma sangre; y todos estamos unidos por el culto del mismo fuego ancestral. Zonas alejadas entre sí por una gran extensión de terreno y litorales separados por el mar se tocan, ya porque todos confluyen en el único y común foro, ya porque se reúnen en concurridas ferias para intercambiar mercancías y obras de arte, ya porque el lecho nupcial los ha unido en el derecho a matrimonios extranjeros: y es que hoy día, las sangres se están mezclando y se está elaborando una raza única en la que intervienen todos los pueblos.

Con tan grandes éxitos y triunfos del imperio romano, lo que se hacía era esto: se estaba preparando, créeme, el camino para la venida de Cristo; camino que, después de largo tiempo, ha preparado, bajo la dirección de Roma, la concordia pública de nuestra paz. Pues ¿qué lugar podría haber para Dios en un mundo feroz, en pechos humanos en discordia y defendiendo sus derechos con enemistades, como sucedía en época anterior?

2. La teoría de los imperios universales

Daniel 2, 36 ss.:

> (El profeta Daniel desvela a Nabucodonosor el significado de un sueño que éste ha tenido. Algunos autores han visto ya aquí una alusión al imperio romano.)

He aquí el sueño. Daremos también al rey su interpretación. Tú, ¡oh rey!, eres rey de reyes, porque el Dios de los cielos te ha dado el imperio, el poder, la fuerza y la gloria. El ha puesto en tus manos a los hijos de los hombres dondequiera que habitasen; a las bestias de los campos, a las aves del cielo, y te ha dado el dominio de todo; tú eres la cabeza de oro. Después de ti surgirá otro reino, menor que el tuyo, y luego un tercero, que será de bronce y dominará sobre

toda la tierra. Habrá un cuarto reino fuerte como el hierro; como todo lo rompe y destroza el hierro, así él lo romperá todo, igual que el hierro, que todo lo hace pedazos.

Min. Fel., 25, 12:

Y, por otro lado, ya antes de los romanos, los asirios, los medos, los persas, los griegos mismos y los egipcios fueron dueños durante largo tiempo de imperios dispensados por Dios, a pesar de que no tenían ni pontífices, ni arvales, ni salios, ni vestales, ni augures, ni pollos encerrados en una cueva, cuyo apetito o desgana rigiera los supremos destinos del estado[73].

Lact., *Inst.*, 7, 15,13:

Se nos ha transmitido, pues, que tuvieron primero el dominio sobre la tierra los egipcios, los persas, los griegos y los asirios: una vez destruidos estos imperios, pasó todo el poderío a los romanos. (Lactancio mantendrá a continuación que también el imperio romano será destruido por un imperio proveniente de Oriente, imperio que identifica con el reino milenario de Cristo.)

Hier., *In Dan.*, 2, 7:

> (La interpretación de Jerónimo al sueño de Baltasar es ya favorable al imperio romano, ya que es identificado con el cuarto reino, poderoso y querido por Dios.)

Yo miraba durante mi visión nocturna y vi irrumpir en el mar Grande los cuatro vientos del Cielo, y salir del mar cuatro grandes bestias, diferentes una de otra[74]. Los cuatro vientos del cielo pienso que son las cuatro potestades angélicas, a las cuales han sido encomendados los principales imperios... En cuanto a las cuatro bestias que salían del mar y que eran diferentes entre sí, sepamos lo que representaban con ayuda de las palabras del propio profeta que dice: *Esas grandes bestias, las cuatro, son cuatro reinos que se alzan en*

[73] El apetito de los gansos del Capitolio era síntoma de buenos augurios.
[74] *Daniel* 7, 2-3.

la tierra[75]. En cuanto a los cuatro vientos que irrumpían en el mar Grande, son llamados vientos del cielo porque cada ángel actúa en favor del reino que le ha sido confiado...

La primera bestia era como leona con alas de águila. Yo estuve mirando hasta que le fueron arrancadas las alas y fue levantado de la tierra, poniéndose sobre dos pies a modo de hombre, y le fue dado corazón de hombre[76]. El reino de Babilonia, por su sevicio y crueldad y también por su lujuria y vida libidinosa, es llamado, no león, sino leona —dicen en efecto los que han escrito sobre la naturaleza de las bestias que las leonas son más feroces, sobre todo si están alimentando cachorros, y que siempre están deseando el coito—; en cuanto a que tenía alas de águila, se refiere a la soberbia del poderosísimo reino —cuyo rey dice por boca de Isaías: *sobre las estrellas del cielo pondré mi trono*[77] *y seré semejante al altísimo*[78], por lo cual se le dice: *aunque seas llevado a las alturas como el águila, te derrumbaré desde ellas*[79]—. Por otro lado, de la misma forma que el león tiene el mando entre las bestias, así también lo tiene el águila entre las aves. Y habría que añadir esto: de la misma forma que el águila vive mucho tiempo, así también el reino de los asirios dominó durante muchas épocas. Con las alas, que fueron arrancadas, ya a la leona, ya al águila, se está aludiendo a los demás reinos sobre los cuales había dominado y había volado en la tierra. Con *fue levantado de la tierra* se está refiriendo al levantamiento del imperio de los caldeos. En cuanto a *poniéndose de pie a modo de hombre y le fue dado corazón de hombre*, si se refiere a Nabucodonosor, es una frase perspicua, porque éste, tras haber perdido su reino y haberle sido quitado su poderío, fue luego restablecido a su primitiva situación, dándose cuenta de que no era una leona sino un hombre y de que había recuperado el corazón que había perdido; pero si se está refiriendo en general al reino de los caldeos, hay que entender que, una vez asesinado Baltasar y apoderados del imperio los medos y los persas, los babilo-

[75] *Daniel* 7, 17.
[76] *Daniel* 7, 4.
[77] *Isaías* 14, 13.
[78] *Isaías* 14, 17.
[79] *Abdías* 4.

nios se dieron cuenta de que eran nada y de frágil naturaleza. Hay que caer en la cuenta del orden que se sigue: lo que en el sueño se llama «cabeza de oro», aquí se llama «leona».

Y he aquí que una segunda bestia, semejante a un oso y que tenía en su boca entre los dientes tres costillas, estaba a un lado y le dijeron: levántate y come mucha carne[80]. Esta bestia, semejante a un oso, es la misma de la que, en el sueño de la estatua, leemos: su pecho y sus brazos eran de plata [81]; es comparada a un oso por su dureza y ferocidad: efectivamente, el reino de los persas, al modo de los lacedemonios, fue muy rígido y de poca comida; hasta tal punto que sólo comían yerba con sal: ello se puede leer en relación con la infancia de Ciro el Mayor[82]. En cuanto a lo que se dice de que *estaba a un lado*, los hebreos lo interpretaban así: los persas no hicieron nada cruel contra el pueblo de Israel; de ahí que el propio profeta Zacarías los llame «caballos blancos». Las tres costillas o palos que tenían en su boca entre los dientes son interpretadas por algunos así: se quería decir con ello que el reino de los persas estaba dividido entre tres príncipes; así leemos en el texto sobre Baltasar y Darío que había tres príncipes al frente de ciento veinte satrapías. Otros lo interpretan de esta otra forma: dicen que, tras Darío, hubo tres reyes persas, aunque no nos dicen cuáles eran sus nombres. Yo, sin embargo, que sé que tras Ciro, que reinó treinta años, lo hizo su hijo Cambises y sus hermanos hechiceros, luego Darío —en cuyo segundo año de reinado se empezó a edificar el templo de Jerusalén—, en quinto lugar Jerjes, hijo de Darío; en sexto, Artabano; en séptimo, Artajerjes, llamado «el de las grandes manos»; en octavo, Jerjes; en noveno, Sogdiano; en décimo, Darío, de sobrenombre «el bastardo»; en undécimo, Artajerjes, llamado «Mnemón»; en duodécimo, otro Artajerjes, conocido como Oco; en decimotercero, Arses, hijo de Oco, y en decimocuarto, Darío, hijo de Arsamos, que fue derrotado por Alejandro, rey de los macedonios, ¿cómo voy a decir que hubo tres reyes persas, a no ser que elija al azar a los tres

80 *Daniel* 7, 5.
81 *Daniel* 2, 32.
82 Jenofonte, *Ciropedia* 1, 2, 8, 11.

más crueles, elección que no puedo hacer a partir de las historias? Así pues, las tres costillas en la boca del reino de los persas y en sus dientes las debemos considerar como tres reinos: el babilonio, el medo y el persa, que se redujeron a uno solo. Y la frase *y le dijeron: levántate y come mucha carne* alude a la época en que bajo el reinado de Asuero, al que los Setenta llaman Artajerjes, se ordenó matar en un solo día, por sugerencia de Amán Agagita, a todos los judíos[83]. Y, eufemísticamente, no dice *los devoraba*, sino *le dijeron*, como si todo se hubiera quedado en intento y no se hubiera llevado a término la acción.

Seguí mirando después de esto; y he aquí otra tercera, semejante a un leopardo, con cuatro alas de ave y cuatro cabezas. Y a ella le fue dado el poder[84]. Este tercer imperio es el macedonio, del que en la estatua del sueño leemos: *su vientre y sus piernas eran de bronce*[85]; este imperio es comparado con el leopardo, bestia velocísima e impetuosa, de la que se dice que se lanza de cabeza a la sangre y a la muerte en un salto. *Y tenía cuatro alas:* efectivamente, nada más rápido que la victoria de Alejandro, quien recorrió, con victorias más que con guerras, el territorio que hay entre los mares Ilírico y Adriático, por una parte, y el océano Indico y el río Ganges por otra, y quien en seis años sometió a su dominio parte de Europa y toda Asia. Las cuatro cabezas aluden a los cuatro generales de Alejando que le sucedieron en el imperio: Tolomeo, Seleuco, Filipo y Antígono. Y con la frase que se añade, *y a ella le fue dado el poder*, se muestra que el imperio se debió no a la fortaleza de Alejandro, sino a la voluntad del Señor.

Seguía yo mirando en la visión nocturna, y vi la cuarta bestia, terrible, espantosa y enormemente fuerte. Tenía dientes de hierro, con los que comía y trituraba, machacando las sobras con los pies[86]. El cuarto imperio, que es el que ahora domina el mundo, es el imperio romano, del cual en la estatua del sueño se dice: *sus piernas eran de hierro y sus pies,*

---

83 Cf. *Ester* 3, 13.
84 *Daniel* 7, 6.
85 *Daniel* 2, 32.
86 *Daniel* 7, 7.

parte de hierro y parte de barro[87]. Ahora, sin embargo, se habla de otra parte de hierro, ya que se dice que tenía grandes dientes de hierro. Me extraña bastante que, frente a los otros tres reinos, a los que comparó con una leona, un oso y un leopardo, al imperio romano no lo compare con ninguna bestia, a no ser que, para pintarnos una fiera terrible, callara a sabiendas su nombre, con el fin de que identificáramos al imperio romano con la mayor ferocidad que podamos imaginar en las bestias. Los hebreos piensan que lo que se calló aquí, se dice en los Salmos: *un jabalí salido de la selva la devastó y una fiera extraordinaria la devoró* —en la versión hebrea lo que se dice es: *todas las bestias la despedazaron*[88]—; efectivamente, sabemos que en el imperio romano fueron acumulados todos los imperios que antes estaban separados. En cuanto a la frase siguiente, *machacando las sobras con sus pies*, significa que todos los pueblos fueron o bien eliminados por los romanos, o bien sometidos a tributo y esclavitud. *Era, sin embargo,* dice, *una bestia distinta a las que había visto antes*[89]. Efectivamente, en las anteriores había sólo sendas partes, en ésta estaba todo.

Aug. Ciu., 20, 23, 25 ss.:

(Agustín recoge también la interpretación del sueño de Daniel.)

Y dijo: la cuarta bestia es el cuarto reino sobre la tierra, que prevalecerá sobre todos los otros reinos y devorará toda la tierra y la hollará y la triturará. Los diez cuernos son diez reyes que en aquel reino se alzarán, y tras ellos se alzará otro que superará en maldad a todos los anteriores, y humillará a tres de estos reyes. Dirá palabras arrogantes contra el Altísimo, y quebrantará a los santos del Altísimo, y pretenderá cambiar los tiempos y las leyes: y se le concederá ese poder un tiempo, tiempos y medio tiempo[90]. *Pero se sentará el tribunal y le quitarán el poderío hasta su exterminación y des-*

---

87 *Daniel* 2, 33.
88 *Salmos* 79, 14.
89 *Daniel* 7, 7.
90 Para Agustín parece ser que «tiempo» = 1 año; «tiempos» = 2 años; «medio tiempo» = medio año.

trucción total. Y entonces el reino, el poderío y la grandeza de todos los reyes que estén en la tierra será dado a los santos del Altísimo. Y su reino será eterno; y todos los príncipes le servirán y obedecerán...[91]. Algunos han explicado que esos cuatro reinos son el de los asirios, el de los persas, el de los macedonios y el de los romanos. Quienes deseen saber si esta explicación es correcta, que lean el comentario del presbítero Jerónimo al libro de Daniel, libro escrito con erudición y diligencia.

Oros., *Hist.*, 2, 1:

(La providencia de Dios ha dispuesto el orden de los cuatro imperios universales.)

Pienso que no hay nadie que no sepa que Dios puso al hombre en medio de este mundo. Por ello, cuando el hombre peca, el mundo se ve envuelto en la acusación, y, al mismo tiempo que se reprime nuestra incontinencia, es castigada la tierra en que vivimos con la desaparición de los demás animales y con la esterilidad de sus propios frutos. En consecuencia, si somos producto de la acción de Dios, con razón somos también objeto de su preocupación providencial; pues ¿quién puede amar más una obra que aquel que la hizo?, y ¿quién puede administrarla con mayor orden que aquel que la hizo y la aprecia?, y ¿quién puede gobernar y regir los hechos con mayor sabiduría y firmeza que aquel que prevé lo que se debe hacer y lleva a cabo lo que prevé? Por ello, el que todo poder y todo gobierno emanan de Dios, lo intuyen quienes no lo han leído y lo reconocen quienes lo han leído[92]. Y si es verdad que los poderes emanan de Dios, con cuánta mayor razón emanarán de él los reinos, de los cuales proceden los otros poderes; y si también nacen de él los distintos reinos, con cuánta mayor razón lo hará el reino más grande de todos, al cual está sometido todo el poderío de los demás reinos. Reinos grandes de este tipo han sido, en un primer momentos el babilónico, después el macedónico, a continuación el africano[93] , y , por fin, el roma-

[91] *Daniel* 7, 15 s.
[92] En las Sagradas Escrituras.
[93] El cartaginés.

no, que todavía se mantiene; y gracias a esa misma inefable providencia, estos mismos reinos, distribuidos por los cuatro puntos cardinales, han conocido cuatro supremacías sobre los demás, aunque sobresaliendo cada uno de ellos en grado distinto; efectivamente, el imperio babilónico se extendió por el Este, el cartaginés por el Sur, el macedónico por el Norte, y el romano por el Este; y de estos cuatro, entre el primero y el último, es decir, entre el babilónico y el romano, como colocados entre un padre anciano y un hijo pequeño, se interponen, en medio, el africano y el macedónico, que son cortos; estos dos últimos surgieron, por así decir, como tutores y administradores[94] , impuestos más por presión de las circunstancias que por derecho de herencia[95]. Trataré de explicar claramente si esto es realmente así.

El primer rey asirio que consiguió sobresalir por encima de los demás fue Nino. Muerto Nino, su esposa Semíramis, reina de toda Asia, fundó la ciudad de Babilonia y decidió que fuese la capital del reino de los asirios. El imperio asirio se mantuvo durante largo tiempo con poderío intocable. Pero una vez que Arbato, a quien otros llaman Arbaces, prefecto de los medos y él mismo de origen medo, asesinó en Babilonia a su rey Sardanápalo, trasladó el nombre y el mando del imperio a los medos[96].

De esta forma, el imperio de Nino y Babilonia pasó a los medos precisamente el mismo año en que comenzó a reinar entre los latinos Proca[97], padre de Amulio y Numitor y abuelo de Rea Silvia, que fue la madre de Rómulo. Y como prueba de que todo esto fue dispuesto por los inefables misterios y meditadísimos designios de Dios y que no sucedió por intervención humana o por casualidad, puedo señalar

---

[94] Del viejo, el babilonio, y del nuevo, el romano.

[95] Para Orosio los imperios babilonio y romano son los más grandes; ellos se suceden uno a otro, como un hijo a un padre; los imperios del medio, el cartaginés y el macedónico, sólo son tutores hasta que el romano sea adulto.

[96] Se refiere aquí Orosio al final del imperio asirio que tiene lugar efectivamente tras la muerte de Asurbanipal (668-626? a. C.), al que él llama Sardanápalo; en esta época, medos y caldeos cogen la herencia asiria.

[97] En la larga lista de reyes que, según la tradición, reinaron en el Lacio desde Ascanio hasta Rómulo, nos encontramos, ya en los últimos lugares, a Proca, que efectivamente es padre de Numítor y Amulio (Cf. Livio 1, 3, 6-10).

que todas las historias antiguas comienzan en Nino y que todas las historias de Roma parten de Proca. Además, desde el primer año del reinado de Nino hasta el año en que Babilonia empezó a ser construida por Semíramis, pasaron sesenta y cuatro años; y desde el primer año del reinado de Proca hasta la fundación de Roma, llevada a cabo por Rómulo, pasaron igualmente sesenta y cuatro años. De esta forma, durante el reinado de Proca, se echó la simiente de la futura Roma, aunque todavía no se veía el brote.

Por otra parte, en el mismo año del reinado del propio Proca terminó el imperio de Babilonia, a pesar de que la propia ciudad de Babilonia siguió aún existiendo. Efectivamente, al pasarse Arbato al lado de los medos, los caldeos, reivindicando para ellos, en detrimento de los medos, la ciudad de Babilonia, retuvieron en su poder parte del imperio. De esta forma, si bien el poderío teórico sobre Babilonia lo tenían los medos, su propiedad real estaba en manos de los caldeos[98]; estos, sin embargo, por respeto a la antigua dignidad de la ciudad regia, prefirieron decir, no que la ciudad era suya, sino que ellos eran de la ciudad. Debido a la situación en que quedó Babilonia, sucede que Nabucodonosor y los demás reyes que le siguieron, hasta Ciro, a pesar de que se puede leer que fueron poderosos gracias a las fuerzas de los caldeos y famosos por el nombre de Babilonia, no son tenidos, sin embargo, ni en la lista ni en la cabeza de los reyes ilustres. De esta forma, en el mismo año en que Babilonia fue humillada bajo la prefectura de Arbato, Roma, bajo el reinado de Proca, fue, para hablar con propiedad, sembrada.

Por último, Babilonia fue destruida por Ciro en la misma época en que Roma fue liberada por primera vez de la tiranía de los reyes Tarquinios[99]. Consiguientemente, en una e idéntica coincidencia temporal, cayó Babilonia y resucitó Roma; aquélla, sufriendo entonces por primera vez el dominio de estos pueblos; ésta, rechazando entonces, también por

[98] Orosio utiliza aquí los términos *proprietas* y *potestas*. Los medos tenían la *potestas*, es decir, el mando teórico sobre Babilonia, pero el control real, la *proprietas*, estaba en manos de los caldeos.

[99] Se trata del final del dominio etrusco en Roma, que la tradición hace coincidir con el último rey etrusco, Tarquinio el Soberbio.

primera vez, la fastidiosa tiranía de los suyos; aquélla, moribunda o poco menos, dejó la herencia; ésta, adolescente ya, se reconoció a sí misma como heredera. En este momento termina el imperio de Oriente y comienza el de Occidente.

Oros., *Hist.* 7, 2:

Al comienzo del libro segundo, al tratar, de acuerdo con la marcha de la obra, los tiempos de la fundación de Roma, señalé muchas analogías que se verificaban entre Babilonia, la ciudad de los asirios, que en otro tiempo fue dueña de los pueblos, y Roma, que igualmente es hoy dueña de los pueblos. Dije entonces que aquél había sido el primero y éste el último de los imperios; que aquél iba poco a poco viniendo a menos y que éste iba poco a poco afianzándose; que aquél había perdido su último soberano en el mismo momento en que nacía el primero para éste; que Babilonia llegaba entonces, por así decirlo, a la muerte, con la invasión de Ciro, cuando Roma, levantando confiadamente la cabeza tras la expulsión de los reyes, comenzaba a regirse con leyes libres; es sobre todo la misma época en que, mientras Roma reivindicaba su libertad, el pueblo de los judíos, que había sido esclavo de los reyes de Babilonia, volvió a la ciudad santa de Jerusalén tras reconquistar su libertad y restauró el templo del Señor, tal como había sido anunciado por los profetas.

Dije también que, entre el imperio babilonio, que se situaba en Oriente, y el romano, que surgía en Occidente y recogía la herencia del de Oriente, aparecían los imperios macedónico y africano: éstos desempeñaron por el Sur y por el Norte las funciones por así decir de tutor y administrador, en un espacio más corto de tiempo. Nadie, que yo sepa, ha dudado nunca de que los imperios babilonio y romano reciben con razón el nombre de imperios de Oriente y de Occidente. En cuanto al hecho de que el imperio macedónico se extendió por el Norte lo prueban tanto su propia posición geográfica como los altares de Alejandro Magno[100]

[100] En Cilicia.

que se encuentran todavía en la base de los montes Rifeos; y en cuanto al hecho de que Cartago dominó sobre toda Africa y extendió los dominios de su imperio no sólo a Sicilia. Cerdeña y demás islas de alrededor, sino también a Hispania, está testimoniado en la historia y en los monumentos de las ciudades.

Se dice también ahora que incluso, hasta la devastación de Babilonia por los medos y el saqueo de Roma por los godos, pasó casi idéntico número de años desde sus respectivas fundaciones[101].

Yo, por mi parte, voy a añadir ahora la siguiente, para que quede aún más claro que Dios es el único árbitro de todos los tiempos, los imperios y los lugares: el imperio cartaginés, desde su fundación hasta su destrucción, se mantuvo poco más de setecientos años; e igualmente el imperio macedónico, desde Carano[102] hasta Perses, se mantuvo algo menos de setecientos; uno y otro, sin embargo, tienen como límite ese número compuesto de siete, número por el que se rigen todas las cosas. También la propia Roma, si bien es verdad que llegó a la plenitud de su poderío en el momento de la venida de nuestro Señor Jesucristo, sin embargo, cuando cumplió precisamente ese número de años, se tambaleó un poco; en efecto, en el año setecientos de su fundación un incendio, que no se sabe de dónde salió, arrasó catorce barrios de la misma, y nunca antes, como dice Livio, había sido asolada por un incendio mayor; tan grande fue el incendio, que unos años después César Augusto, para recuperar lo que entonces se había quemado, tuvo que gastar gran cantidad de dinero del erario público. Yo podría mostrar cómo Babilonia duró el doble número de años, ya que fue tomada finalmente por el rey Ciro cuando tenía mil cuatrocientos años y un poco más; pero me veo obligado a mirar a la situación presente.

---

101 Este sería uno de los argumentos de los catastrofistas en favor de la idea de que el Imperio Romano terminaba ya.

102 Según la leyenda, fundó la dinastía argiva en Macedonia a mediados del siglo VIII a. C. Perses, a su vez, fue el último rey de Macedonia; mantuvo continuas luchas con los romanos (171-168) y murió cautivo en Italia.

3. Los males del mundo en los siglos anteriores a Cristo.

Tert., *Apol.*, 40:

(Las calamidades anteriores a Cristo fueron peores que las sucedidas después de Cristo.)

Yo os pregunto: antes de Tiberio, es decir, antes de la venida de Cristo, ¿cuántas calamidades cayeron sobre el orbe y sobre la urbe? Leemos que las islas de Hiera, de Anafe, de Delos, de Rodas y de Cos se hundieron juntamente con miles de personas. Platón cuenta que una parte más grande que Asia y Africa fue tragada por el océano Atlántico. Un terremoto secó también las aguas del golfo de Corinto y la violencia de las olas separó a Lucania de Italia, recibiendo el trozo arrancado el nombre de Sicilia. Y todo esto no pudo ocurrir sin daño de los habitantes de esas tierras. Y ¿dónde estaban, no digo ya los cristianos, que desprecian a vuestros dioses, sino esos mismos dioses vuestros, cuando un cataclismo destruyó la tierra entera o, como piensa Platón, al menos las tierras llanas? Y es que, que vuestros dioses son posteriores a esa desgracia del diluvio, lo atestiguan las propias ciudades en las cuales nacieron y moraron y a las que incluso ellos mismos fundaron, porque, de lo contrario, no subsistirían todavía hoy, es decir, si no hubieran nacido después de aquella calamidad. Todavía no había recibido Palestina al pueblo judío tras la salida de éste de Egipto, ni se había asentado allí lo que sería el germen de la secta cristiana, cuando las zonas limítrofes, Sodoma y Gomorra, fueron quemadas por una lluvia de fuego. Todavía huele la tierra a fuego, y si hay algún fruto sobre los árboles, sólo lo son en apariencia, ya que, en cuanto son tocados, se convierten en cenizas. Pero es que ni Tuscia ni Campania podían quejarse todavía de los cristianos, cuando un fuego del cielo destruyó la ciudad de los Vulsinios y un fuego de su propia montaña destruyó a la de los Pompeyos. Nadie adora todavía en Roma al Dios verdadero, cuando Aníbal, en Cannas, medía por celemines los anillos romanos como consecuencia del desastre que les había infringido. Todos vosotros adorabais

a vuestros dioses cuando el propio Capitolio fue ocupado por los Senones[103].

Y es una suerte que, cuando ocurría alguna desgracia a las ciudades, el desastre era el mismo en templos y murallas, para que con ello pueda yo demostrar que esas desgracias no podían provenir de aquellos mismos que las sufrieron. En toda época el género humano ha hecho méritos ante Dios: en un primer momento, en efecto, como infiel que era a sus deberes para con él, ya que, si bien le conocía en parte, no sólo no siguió investigando sobre su naturaleza para respetarle, sino que se inventó rápidamente a otros a los que adorar. Después, porque, al no buscar un modelo de inocencia y un juez y vengador del crimen, cayó en todo tipo de vicios y maldades. Pero si hubiese investigado su naturaleza, le hubiese conocido tras buscarle, y una vez conocido lo habría adorado, y una vez adorado habría probado su benevolencia, y no su ira. Así pues, ese Dios que todavía hoy el hombre verá airado, es el mismo que lo estaba siempre, antes de que fuera conocido el nombre de los cristianos.

Tert., *Nat.*, 1, 9:

Es necesario que yo las enumere (vuestras vanas acusaciones), para que, al reconocerlas, contempléis hasta qué grado de estulticia habéis llegado, acusándonos a nosotros de todas las desgracias y desastres públicos. Si el Tíber se desborda, si el Nilo no se desborda, si el cielo se para, si la tierra se mueve, si una peste de verano asola, si el hambre aprieta, al momento dicen todos: «¡Culpa de los cristianos!» . Como si los que no temen a Dios, tuvieran que tener miedo a una insignificancia o a otra cosa.

Concedo que nosotros, que despreciamos a vuestros dioses, somos los que provocamos estos castigos suyos. Pero, como dije más arriba, nuestra doctrina no alcanza todavía los doscientos años. ¿Cuántas desgracias cayeron sobre el universo entero, en cada una de las ciudades y provincias, antes de esta época? ¿Cuántas guerras externas e internas?

---

[103] En el 390 a. C.

¿Cuánta peste, hambre, fuego, abismo y terremoto afectó a este mundo? ¿Dónde estaban los cristianos, cuando los hechos romanos dieron ocasión a tantas historias de calamidades suyas? ¿Dónde estaban los cristanos, cuando las islas de Hiera, Anafe, Delos, Rodas y Cea se hundieron en el mar juntamente con muchos miles de hombres? ¿O cuando, según cuenta Platón, se sumergió en el océano Atlántico un continente más grande que Asia y Africa? ¿Cuánto fuego caído del cielo asoló la ciudad de los Vulsinios[104] y un fuego de su propia montaña a la ciudad de los Pompeyos? ¿Cuándo desapareció el mar Corintio de un terremoto? ¿Cuándo un cataclismo barrió a todo el universo? ¿Dónde estaban, no digo ya los cristianos, que desprecian a vuestros dioses, sino esos mismos dioses vuestros, de cuya existencia posterior a aquella desgracia son prueba los lugares y ciudades en los cuales moraron, fueron sepultados e incluso fundaron? Y es que esas ciudades no subsistirían hoy día, si no fueran posteriores a ese cataclismo.

Cipriano, *Ad Demetrianum,* 3 ss.

Tú has afirmado que todos estos hechos que convulsionan y oprimen ahora al mundo ocurren por culpa nuestra y deben ser atribuidos a nosotros, porque no honramos a vuestros dioses. A este respecto tú, que no conoces la revelación divina y que estás muy lejos de la verdad, debes saber que el mundo se está haciendo viejo y que no se mantiene con las mismas energías con que se mantenía hace tiempo: no tiene el vigor y la fuerza que tenía en un primer momento. Aunque no aportáramos ni citáramos ningún texto de la Sagrada Escritura y de la predicación divina, el propio mundo lo está evidenciando; y lo haría con la evidencia de aquello que va hacia su propia ruina hasta el final. Durante el invierno no cae la lluvia suficiente para fecundar las simientes; por el verano falta el acostumbrado calor que haga madurar las mieses, e igualmente la primavera no goza de su moderada temperatura; en otoño los árboles no ofrecen frutos abundantes. De las cavernas de los atormentados montes ya no se sacan más bloques de mármol; las minas,

[104] En Etruria.

totalmente agotadas, ya no dan más plata ni oro y los filones auríferos se empobrecen cada vez más de día en día. En el campo disminuyen y llegan a faltar los colonos romanos; otro tanto pasa en el mar, donde faltan marinos, y en los campamentos, donde faltan soldados; en el foro no hay honestidad; en los tribunales no hay justicia. Falta la concordia entre los amigos, la habilidad en las artes, la disciplina en las costumbres. ¿Y piensas tú que puede tener fuerzas aquello que se está haciendo viejo? ¿Mantienes que puede tener la misma vitalidad que cuando estaba nuevo y lleno de vida? Todo aquello que llega a su fin, está destinado necesariamente a desaparecer y a acabar del todo. Así, el sol, en su ocaso, despide unos rayos con una luz menos luminosa y menos cálida; así, la luna disminuye también al final de su carrera, cuando aparecen los cuernos; lo mismo se puede decir de los árboles, los cuales, si bien es verdad que en un primer momento están verdes y dan frutos, cuando sus ramas empiezan a secarse se convierten en estériles e inútiles: y es que se hacen viejos... Se trata de una sentencia que tiene fijada la naturaleza y de una ley querida por Dios: todo aquello que tiene comienzo debe morir y todo aquello que crece envejece; todo lo que es fuerte se convertirá en débil y todo lo que es grande se convertirá en pequeño; y, una vez que se convierta en débil y pequeño, morirá.

Si las cosas, pues, envejecen todas, ¿se va a culpar a los cristianos porque el mundo envejezca? También los ancianos podrían echar las culpas a los cristianos de haber perdido energías, de no oír como antes, de no ser tan esbeltos en el caminar, de no ver tan bien como antes, e incluso de no tener vigor ni fuerza vital y de no gozar de la robusted de sus propios miembros. Mientras que en otro tiempo la vida de los hombres duraba mucho y superaba los ochocientos o novecientos años, ahora sólo algunos llegan a los cien años. Ahora podemos ver ya que los propios niños tienen cabellos blancos y que los cabellos caen antes de crecer. La vida de los hombres no se desarrolla hasta llegar a la vejez, sino que desde el primer momento se es ya viejo. Así, desde el momento mismo del nacimiento, parece que la vida corre hacia el final; así, todo lo que comienza ahora a existir va a menos, por cuanto el mundo se ha convertido en viejo. Por eso

nadie debe extrañarse de que las cosas, todas, empiecen a faltar en el mundo, dado que el mundo está todo él en una definitiva decadencia y se encuentra en su final.

Si las guerras se suceden con mayor insistencia, si la esterilidad y el hambre aumentan nuestras preocupaciones, si la salud, con la furia de las enfermedades, es cada vez menor, y el género humano está asolado por la peste, debes saber que todo ello había sido ya predicho. Está profetizado que en los últimos tiempos se multiplicarán todo tipo de enfermedades y adversidades. Está predicho que, al acercarse el día del juicio, el castigo y la venganza de Dios aumentarían para castigar al género humano. Estas cosas ocurren, no porque nosotros no adoremos a vuestros dioses, como tú dices a voces en tu falsa acusación y en tu incapacidad de conocer la verdad, sino porque vosotros no adoráis al verdadero Dios. Si Él es el señor del mundo, si Él lo gobierna, si regula todas las cosas de acuerdo con su arbitrio y voluntad, si no sucede sino aquello que Él quiere y permite, es evidente que esos males que sobrevienen como manifestación de la ira y venganza divina no suceden por culpa nuestra, que adoramos a Dios, sino que vienen ordenados por culpa de vuestros delitos y de vuestros merecimientos.

Id., 8:

(Son los paganos los que tienen la culpa de los males de la época por no adorar al verdadero Dios.)

Te lamentas porque ahora las fuentes son menos ricas en agua, porque el aire es menos saludable, porque la lluvia es menos frecuente y la tierra menos fértil; te lamentas porque los elementos no se prestan como antes a tus intereses y placeres. Pero si eres tú el que debes someterte a Dios; es Él el que ha puesto todo a tu disposición; y, en consecuencia, eres tú el que debes someterte a Dios, por cuanto es por su voluntad por lo que el mundo está sometido a ti. Tú exiges a tus esclavos sumisión; tú, hombre, exiges a otro hombre que te obedezca y se someta a ti. Los dos habéis nacido en este mundo y los dos moriréis; los dos tenéis el cuerpo hecho de la misma materia; los dos tenéis las mismas facultades espirituales; los dos habéis entrado en este mundo y saldréis de él de acuerdo con el mismo derecho y las mismas

leyes. Y, a pesar de ello, si un esclavo no se somete a tu servicio de acuerdo con tu capricho, si no obedece y no respeta tu voluntad, tú, en tu poderosa soberbia, exiges el servicio del otro y le haces flagelar, golpear y atormentar con el hambre y la sed; lo dejas desnudo, o lo torturas con hierro y encarcelas. Pues bien, tú, que ejerces en este mundo tu poder de patrono, ¿no reconoces al Señor tu Dios?

Id., 23:

> (De los males del mundo no son culpables los cristianos.)

... No andéis diciendo que los males ocurren en el mundo porque vuestros dioses no son adorados por nosotros. Sabed por el contrario que es Dios el que se encoleriza y castiga, para, por lo menos, ser reconocido por sus castigos, ya que no lo es por sus beneficios.

Arnob., *Nat.* 1, 1:

> (Se acusa a los cristianos de ser los causantes de los males del mundo.)

Una vez que he descubierto que algunos que se creen ser los más sabios en sus convicciones enloquecen, deliran y dicen, como si se tratara de una revelación oracular, que, desde que empezaron a aparecer los cristianos en este mundo, el orbe de las tierras ha desfallecido, el género humano se ha visto afectado por multitud de desgracias, y que los propios dioses, tras haber sido abandonados los cuidados rituales gracias a los cuales en otro tiempo solían preocuparse de nuestras cosas, han sido incluso echados de las regiones terrestres, he decidido, en la medida de mi capacidad y de mi mediocre elocuencia, salir al encuentro de esa malevolencia y refutar esas calumniosas acusaciones, para que no se crean que, al decir palabras que son vulgares, dicen algo importante, ni piensen, al abstenernos nosotros de entrar en la discusión, que han ganado una causa que está ya perdida por su propio defecto y no porque haya sido abandonada en el silencio de sus defensores. Yo no podría negar, en efecto, que esta acusación es muy grave y que nosotros somos dignos de ser odiados como ene-

migos públicos, si constara claramente que en nosotros está la culpa de que el mundo se haya apartado de sus propias leyes, de que los dioses hayan sido abandonados y de que generaciones de hombres hayan tenido que soportar tan gran cantidad de desgracias.

Arnob., *Nat.*, 1, 3-4:

(Las desgracias anteriores a Cristo fueron mayores que las ocurridas en tiempos cristianos.)

Las pestes, dicen, las sequías, las guerras, la escasez de frutos, las langostas, los ratones, los granizos y todas las demás calamidades en las cuales ha caído el devenir humano, nos las envían los dioses exasperados por vuestras injurias y ofensas. Si no fuese de tontos entretenerse demasiado en cosas que están claras y que no necesitan de defensa, yo demostraría ahora sin duda alguna, desplegando las historias de los siglos anteriores, que estas desgracias a que aludís no eran desconocidas, y que estos desastres no aparecieron de repente, ni irrumpieron en el mundo después de que nuestra gente mereciera ser nombrada con el feliz nombre que tiene, ni empezaron entonces a asolar a la humanidad con toda suerte de peligros. Efectivamente, si somos nosotros los causantes y si estas desgracias fueron tramadas para castigo de nuestro crimen, ¿de dónde que la antigüedad conociera los nombres de estas miserias? ¿de dónde que diera un significado a la palabra guerra? ¿con qué significado pudo llenar palabras como «peste» y «granizos»? ¿cómo pudo introducirlas entre las palabras con las que construía sus frases? Pues, si estos males son recientes y tienen su motivación en ofensas recientes, ¿cómo pudo suceder que la antigüedad creara palabras para cosas de las que no se tenía experiencia y sobre las cuales no se sabía que hubieran sido realizadas en ninguna de las épocas de los antepasados?

Dicen: la escasez de frutos y la falta de alimentos nos afectan cruelmente. Pero es que ¿los siglos antiguos e incluso los más vetustos se vieron alguna vez libres de esta necesidad? ¿No es verdad que los propios términos con los que se designan estos males testifican y claman que ningún mortal se vio nunca libre de ellos? Y si esto fuera de

difícil credibilidad, podríamos traer aquí el testimonio de autores sobre el número de pueblos, el número de veces y los pueblos concretos que experimentaron lo horrendo del hambre y que murieron en repetidas asolaciones.

— Ocurren frencuentísimas caídas de granizo que lo trituran todo. —Pero ¿es que no comprobamos que está reseñado y expuesto en los escritos antiguos que siempre azotaron a todas las regiones lluvias de piedras.

— Horribles lluvias hacen desaparecer las mieses y producen esterilidad en las tierras. —Pero ¿acaso la antigüedad se vio libre de estos males, cuando sabemos que enormes ríos lo barrieron todo dejando tras ellos montones de barro seco?

— Las pestes y contagios queman a los hombres. —Recorred lo que está escrito en los anales, redactado en distintas lenguas: aprenderéis que todos los pueblos fueron asolados multitud de veces y se vieron privados de sus habitantes.

— Langostas y ratones afectan y corroen todo tipo de frutos.

— Acudid a vuestros libros de historias e instruiros en ellos sobre estas pestes: sobre cuántas veces los siglos anteriores se vieron afectados por ellas y cuántas llegaron a la miseria de la pobreza.

— Las ciudades, que tiemblan a causa de poderosísimos terremotos, se tambalean hasta peligrar. —Y ¿qué? ¿Acaso los tiempos anteriores no vieron cómo sus ciudades, con sus ciudadanos, eran tragadas por enormes abismos?; o ¿es que su suerte se vio libre de tales desastres?

¿Cuándo fue aniquilado el género humano por un diluvio? ¿No fue antes de los cristianos? ¿Cuándo el mundo, incendiado, se convirtió en ascuas y cenizas?[105]. ¿No fue antes de los cristianos? ¿Cuándo enormes ciudades fueron cubiertas por olas del mar? ¿No fue antes de los cristianos? ¿Cuándo se guerreó con las fieras y se batalló con los leones?[106]. ¿No fue antes de los cristianos?

---

[105] Alusión al mito de Faetonte.

[106] Según algunos historiadores antiguos, toda una población de Numidia fue exterminada por leones.

¿Cuándo la destrucción afectó a pueblos envenenados por serpientes?[107]. ¿No fue antes de los cristianos?

Y es que, como estáis acostumbrados a echar sobre nuestras espaldas las frecuentes guerras, las devastaciones de ciudades, las invasiones de germanos y escitas —digámoslo sin ánimo de ofenderos y con vuestro permiso—, no os dáis cuenta, por la pasión que ponéis en vuestras calumnias, cuál es el alcance de lo que decís.

Cuando hace diez mil años salió de la isla llamada «Atlántica de Neptuno», según cuenta Platón, un gran ejército de hombres[108], que borró y aniquiló totalmente un gran número de pueblos, ¿fuimos nosotros los culpables? Cuando en otro tiempo, entre asirios y bactrianos, bajo el mando de Nino y Zoroastro, se llevaron a cabo enfrentamientos no sólo con armas y hombres, sino también con prácticas ocultas de magos y caldeos, ¿sucedió esto por nuestra culpa? Cuando el rapto de Helena, llevado a cabo bajo la dirección e impulso de los dioses, se convirtió en un cruel vaticinio para aquellos y para futuros tiempos, ¿se atribuyó ello al crimen de nuestra religión? Cuando aquel bárbaro Jerjes lanzó al mar contra las tierras y pasó el mar a pie seco, ¿se hizo como consecuencia de la cólera que suscita nuestro nombre? Cuando de los territorios de Macedonia salió un adolescente que sometió a cautividades y esclavitud a pueblos y reinos de Oriente, ¿fuimos nosotros los que provocamos y suscitamos motivo para ello? Cuando hace poco los romanos, cual río torrencial, aniquilaron y asolaron a todos los pueblos, ¿fuimos nosotros los que enloquecimos a las divinidades?

Pues bien, si no hay nadie que pueda atreverse a culpar a estos nuestros tiempos cristianos de desastres que ocurrieron en tiempos pasados, ¿cómo vamos a ser nosotros los culpables de los desastres presentes, cuando nada de lo que ocurre ahora es nuevo, sino que todo es ya viejo y no desconocido por ningún pueblo de la antigüedad?

---

107 Varrón, Plinio y Servio hablan de Amiclas, villa del Lacio destruida por serpientes.

108 Alusión al ataque de los habitantes de la Atlántida contra Grecia (Platón, *Timeo* 24 ss.)

Aug., *Civ.* 3, 1:

> (En general, todo el libro III está lleno de desastres ocurridos antes de Cristo. Sólo recogemos la introducción a este libro III y algunos de los desastres imputables, no al Dios verdadero, sino a los dioses paganos.)

Pienso que ya he dicho bastante sobre los males de las costumbres y de las mentes humanas —que son los que debemos evitar sobre todo—, en relación con los cuales los falsos dioses no se preocuparon, en favor del pueblo que los adoraba, de evitar que éste se viera oprimido por montones de ellos, sino que más bien trataron sobre todo de que se viera agobiado por ellos. Ahora veo que debo hablar de esos otros males —que son los únicos que ellos no quieren padecer—, como el hambre, la enfermedad, la guerra, el pillaje, el cautiverio, la degollación y algunos otros semejantes de los que ya hicimos mención en el libro primero. Estos desastres son los únicos considerados como malos por los malos, a pesar de que por ello no se hacen malos; y no se avergüenzan, con tal de vivir en medio de los bienes que ellos alaban, de continuar siendo malos esos mismos que alaban a esos bienes; y se molestan más si su finca no es próspera, que si no lo es su vida, como si el mayor bien del hombre fuera que todo le sea bueno, a excepción de él mismo.

Pero es que ni siquiera estos males, que son los únicos que ellos temen, les fueron escamoteados por sus dioses cuando éstos eran libremente adorados por ellos. Porque cuando el género humano, a lo largo de épocas distintas en diversos lugares, era triturado antes de la llegada del Redentor por innumerables, y algunas de ellas increíbles, desgracias, ¿a qué dioses, sino a ésos, adoraba entonces el mundo, con la única excepción del pueblo hebreo y algunas personas no pertenecientes a ese pueblo, las cuales, por el muy secreto y muy justo juicio de Dios, fueron dignas de la gracia divina en distintos puntos del mundo? Pero, para no extenderme demasiado, pasaré por alto los gravísimos desastres de otros pueblos, estuvieran donde estuvieran; sólo recogeré lo que atañe a Roma y al imperio romano, es decir, lo que afecta a la ciudad y a todas aquellas otras tierras unidas a

ella confederadamente o sometidas condicionalmente; en relación con estas últimas recogeré sus padecimientos anteriores a Cristo y posteriores a su reintegración en esa especie de cuerpo de la república.

Aug., *Civ.*, 3, 8:

(Los dioses romanos, traídos de Troya, se enteraron tarde de la invasión de los galos senones y, cuando llegaron en defensa de Roma, ya sólo pudieron salvar el Capitolio.)

¿En virtud de qué lúcida decisión fue puesta Roma bajo la protección de los dioses troyanos después de la experiencia de la propia Troya? Alguien podrá decir que esos dioses habitaban ya en Roma cuando Fimbria destruyó en un asalto a Troya. Si es así, ¿por qué se siguió manteniendo la estatua de Minerva? Por otro lado, si es verdad que ya vivían en Roma cuando Fimbria destruyó Troya, habrá que pensar que esos dioses estaban de viaje a Troya casualmente, cuando Roma fue tomada e incendiada por los galos; pero, como tienen el oído muy agudo y son además muy rápidos, en cuanto oyeron el graznido de los gansos volvieron inmediatamente para, al menos, defender la colina del Capitolio, que era lo único que había quedado intacto; pero, para defender el resto de la ciudad, los gansos les avisaron demasiado tarde[109].

Aug., *Civ.*, 3, 15:

(El desgraciado final de los reyes de Roma.)

Y de estos mismos reyes ¿cuál fue su final? En lo que se refiere a Rómulo, que lo diga la aduladora historia falsa, según la cual fue recibido en el cielo; que lo digan, si no, algunos historiadores romanos que cuentan que, a causa de su crueldad, fue descuartizado en el senado y que, después, un tal Julio Próculo fue sobornado para que dijera que se le había aparecido Rómulo y que le había dicho que convenciera a los romanos de que tenía que ser adorado como dios, y

[109] Alusión al saqueo de Roma por parte de los galos senones en el 390 a. C.

que por ello el pueblo romano, que había empezado a levantarse contra el senado, se reprimió y apaciguó: y es que por aquellos días tuvo lugar un eclipse de sol, el cual el vulgo común, que no sabía que aquello ocurría por indeclinables leyes de su curso, lo atribuyó a la intervención de Rómulo; como si aquella desaparición del sol, si es que ocurrió, no debiera ser interpretada más bien como indicio del asesinato y del propio crimen denunciado con la desaparición de la luz diurna, tal como sucedió de hecho cuando el Señor fue crucificado por la crueldad e impiedad de los judíos: esta última está claro que no sucedió de acuerdo con el curso regular de los astros, como lo demuestra el hecho de que entonces era la pascua de los judíos, la cual se celebra solemnemente en días de luna llena, y los eclipses normales del sol no ocurren sino en días de cuarto menguante. También Cicerón da claramente a entender que la admisión de Rómulo entre los dioses es más imaginaria que real[110]...

En lo que se refiere a los demás reyes romanos, a excepción de Numa Pompilio y Anco Marcio que acabaron de muerte natural, ¡cuán horrendas muertes tuvieron! Tulo Hostilio, vencedor y destructor de Alba, como ya dije, fue abrasado, juntamente con su casa, por un rayo. Tarquinio Prisco fue asesinado por los hijos de su antecesor. Servio Tulio fue eliminado en una impía y criminal acción de su yerno Tarquinio el Soberbio, que le sucedió en el trono; y, a pesar de ello, aquellos dioses de los que dicen que abandonaron Troya y la entregaron a los griegos para que fuera arrasada e incendiada irritados por el adulterio de Paris, no «se marcharon abandonando templos y altares»[111] ante tan gran parricidio perpetrado en la persona del mejor rey que tuvo jamás el pueblo romano; es más, a este impío parricida le vieron esos mismos dioses, no desde lejos, sino estando ellos presentes y permaneciendo a su lado, mientras reinaba tras haber matado a su suegro y, para colmo, mientras conseguía gloria en guerras victoriosas y mientras fabricaba con el botín el templo del Capitolio, y consintieron que su propio rey, Júpiter, les gobernara y reinara desde aquel alto tem-

---

110 Cicerón, *República* 2, 17.
111 Virgilio, *Eneida* 2, 352.

plo, es decir, desde aquella obra de un parricida... Y si más adelante los romanos le echaron del trono y le desterraron, no fue porque tuviese culpa en el estupro de Lucrecia, sino que fue obra de su hijo.

Aug., *Civ.* 3, 17, 2:

(Desgracias de la república romana en los primeros años.)

Cuán miserable haya sido aquella república, en tan largo espacio de tiempo y a lo largo de todos los años hasta la segunda guerra púnica, con guerras externas que no le daban punto de reposo y, dentro de ella, con discordias internas y revoluciones civiles, ha sido contado brevemente por Salustio. Consiguientemente, aquellas victorias no fueron momentos de gozo con suficiente base como para que fueran felices, sino vanos instantes de reposo de gente desgraciada y halagüeños incentivos, propios de quienes no conocían la quietud, para afrontar más y más acciones estériles y malvadas. Y que los buenos y sensatos romanos no se enfaden conmigo porque diga estas cosas; aunque, en este tema, no tengo por qué hacerles esta petición y recomendación, ya que es cosa cierta que no se van a enfadar conmigo en forma alguna: y es que yo no digo cosas más graves ni con más acritud que sus propios autores, yo que estoy por debajo de ellos en estilo y en tiempo disponible; ellos, sin embargo, se esforzaron y aún obligan a sus hijos a que se esfuercen en aprenderlas. Quienes se enfadan conmigo, ¿cómo me iban a soportar si dijera las cosas que dice Salustio: «Se originaron muchos alborotos, sediciones y, a la postre, guerras civiles, ya que un grupo reducido de poderosos, ante cuyo prestigio habían cedido los demás, ambicionaba el poder bajo el honesto pretexto de favorecer a los senadores y al pueblo; se era bueno o mal ciudadano, no por los méritos contraídos para con el estado, puesto que todos estaban igualmente corruptos, sino que, quien tenía mayores riquezas y mayor poder para dañar, porque defendía la situación vigente, era considerado buen ciudadano»[112] ...

---

[112] Salustio, *Historias*, Frg. 1, 12.

¿Dónde estaban, pues, aquellos dioses que, según ellos piensan, deben ser adorados por la exigua y falaz felicidad de este mundo, cuando los romanos, a los que aquellos dioses vendían su culto con falsísima astucia, se veían aquejados por tantas calamidades? ¿Dónde estaban cuando el cónsul Valerio fue asesinado por defender el Capitolio incendiado por desterrados y esclavos[113], resultando que fue más fácil que él pudiera ser útil al templo de Júpiter que el que aquella turba de divinidades, trayendo a la cabeza a su óptimo y máximo rey, cuyo templo él había liberado, viniera en ayuda suya? ¿Dónde estaban cuando la ciudad, fatigada ya por continuas sediciones, fue asolada por una grave pestilencia y hambre, mientras, tras conseguir un pequeño período de paz, esperaba la vuelta de los embajadores enviados a Atenas para tomar prestada las leyes de esta ciudad?[114]. ¿Dónde estaban cuando el pueblo —otra vez el pueblo—, en un momento en que pasaba hambre, nombró primero a un prefecto de la anona y cuando, después, al aumentar el hambre, Espurio Melio, por dar generosamente trigo a las masas famélicas, fue acusado de pretender el reino y, a instancias del mismo prefecto y por orden del dictador Lucio Quintio, viejo ya y decrépito, fue asesinado por el general de la caballería Quinto Servilio en medio de un enorme y peligroso levantamiento de la ciudad? ¿Dónde estaban cuando, al producirse una gran pestilencia, el pueblo, enormemente fatigado ya desde hacía tiempo, decidió ofrecer a sus inútiles dioses nuevos sacrificios consistentes en banquetes a sus estatuas, cosas que nunca antes habían hecho? Efectivamente, preparaban unos «lechos» en honor de sus dioses, de donde esta ceremonia sacra, o mejor sacrílega, tomó nombre[115]. ¿Dónde estaban cuando el ejército romano soportó, entre derrotas, constantes y enormes desastres ante los de Veyes a lo largo de diez años seguidos, hasta que vino en

---

[113] Publio Valerio Publícola, cónsul en el 460 a. C. Este episodio se inserta en las luchas de los plebeyos por sus reivindicaciones frente a la aristocracia; los plebeyos estuvieron dirigidos en esta ocasión por el sabino Apio Herdonio.

[114] Las Leyes de las XII Tablas.

[115] Se trata del sacrificio conocido como *lectisternium:* se ponían en los templos camas de tablas con sus almohadas, sobre las cuales colocaban las estatuas de los dioses alrededor de una mesa bien servida.

su ayuda Furio Camilo, al que después condenó la ciudad en un acto de ingratitud?[116]. ¿Dónde estaban cuando los galos tomaron, espoliaron, incendiaron y llenaron de cadáveres la ciudad de Roma?[117]. ¿Dónde estaban cuando ocasionó enorme estrago aquella famosa peste en la que pereció también aquel Furio Camilo, quien, en un primer momento, había defendido al ingrato estado contra los de Veyes y, después, lo salvó de los galos? Durante esta peste introdujeron los juegos escénicos, otra nueva peste, no para los cuerpos de los romanos, sino, lo que es mucho peor, para sus costumbres. ¿Dónde estaban cuando surgió aquella otra peste, debida, según se creyó, a venenos de muchas y nobles matronas, cuya moralidad se averiguó que era increíblemente mucho más grave que todas las pestes juntas?[118]. ¿O cuando en las Horcas Caudinas los dos cónsules[119], asediados juntamente con su ejército por los samnitas, se vieron obligados a firmar con aquéllos un vergonzoso pacto en términos tales que, tras dejar como rehenes seiscientos caballeros romanos, los otros, tiradas las armas, despojados de lo demás y privados de sus escudos, tuvieron que pasar bajo el yugo de los enemigos, cubiertos sólo con sus vestidos? ¿O cuando, mientras unos pocos se veían afectados por una grave peste, la mayoría pereció en el ejército fulminada por rayos?[120]. ¿O cuando, en otra insoportable peste, Roma se vio obligada a traer de Epidanro y a invocar como dios de la medicina a Esculapio[121], por cuanto Júpiter, el rey de todos los dioses, que ya moraba desde hacía tiempo en el Capitolio, no había tenido quizá tiempo de aprender la medicina debido a que en su adolescencia se había dedicado sólo a come-

---

[116] Se trata de la tercera guerra contra Veyes (406-396 a. C); la tradición nos la presenta como un sitio decenal en torno a Veyes. La operación estuvo dirigida por el dictador Furio Camilo, desterrado después por sus conciudadanos.

[117] Ocurrió después de la guerra con Veyes, concretamente en el 390.

[118] Orosio, *Historias* 3, 10, coloca este envenenamiento provocado por las matronas en el 331 a. C.

[119] Tito Veturio Calvino y Espurio Postumio Albino. El hecho tiene lugar en el año 321 a. C., durante la segunda guerra samnítica.

[120] Estos hechos están registrados durante la guerra con Pirro, entre el 280 y 276.

[121] La traída de Esculapio a Roma es puesta en relación con una peste del 293 a. c. (Cf. Orosio, *Historias* 3, 22, 4-5).

ter múltiples estupros? ¿O cuando, en un levantamiento al unísono de los enemigos lucanos, brutios, samnitas, etruscos y galos senones, fueron en un primer momento ejecutados por ellos los legados romanos y fue después aplastado el ejército con su pretor muriendo con él siete tributos y trece mil soldados?[122]. ¿O cuando tras largos y graves levantamientos en Roma, al final de los cuales se retiró la plebe en hostil ruptura al Janículo, llegó a ser tan grave la calamidad de este desastre que, por su causa, se nombró —cosa que se solía hacer en casos de extremo peligro— un dictador en la persona de Hortensio, el cual, tras reducir a la plebe, murió sin acabar su mandato, cosa que no había sucedido antes a ningún dictador y que, estando ya presente Esculapio, se convirtió para aquellos dioses en el más bochornoso fracaso?

Por aquella época proliferaron por todas partes tan gran cantidad de guerras que, debido a la escasez de soldados, fueron inscritos en el ejército los proletarios aquellos que, al no poder prestar servicio por su pobreza, recibieron este nombre porque estaban libres para producir «prole». También en aquella época, traído por los tarentinos, se convirtió en enemigo de los romanos Pirro, rey de Grecia, celebrado entonces por su enorme fama... ¡Cuál fue y cuán horrendo el desastre de uno y otro ejército! En él, sin embargo, Pirro llevó la mejor parte, de forma que podría haber dicho que Apolo había acertado en su oráculo, si no fuera porque después, en otro enfrentamiento, iban a ser los romanos los vencedores. Y, en medio de tan grandes estragos bélicos, apareció también una grave peste entre las mujeres: efectivamente, antes de llegar los partos a sazón, morían estando aún embarazadas; a este respecto, yo pienso que Esculapio se excusaba diciendo que él era el primero de los médicos, pero no una comadrona. Morían igualmente también los animales, de forma que se llegó a pensar que iba a desaparecer la especie animal. ¿Qué más? Aquel inolvidable invierno, que se ensañó con tan increíble dureza que persistió hasta permanecer las nieves durante cuarenta días hasta la altura

[122] Los hechos ocurren en el 283 a. C. La batalla tuvo lugar en Etruria. El pretor en cuestión es conocido como Cecilio.

del foro y congelarse incluso el Tíber: si esto hubiera ocurrido en esta nuestra época, ¡qué cosas y cuántas dirían estos! ¿Qué más? También aquella enorme peste, ¡cuán largo tiempo se ensañó! ¡a cuántas personas mató! Y como se extendiera con mucha mayor virulencia al año siguiente, ante la ineficaz presencia de Esculapio, se recurrió a los libros sibilinos. En este tipo de oráculos como dice Cicerón en sus libros *Sobre la adivinación*[123] , los que más credibilidad suelen conseguir son los intérpretes que descifran las dudosas respuestas como pueden o como quieren. En aquel momento se dijo que la causa de aquella peste era el hecho de que muchas personas privadas ocupaban múltiples edificios sagrados: de esta forma Esculapio se seguía librando de la acusación de impericia e indolencia.

Aug., *Civ.*, 3, 18:

(Desastres ocurridos durante las guerras púnicas.)

Pasando ya a las guerras púnicas, en las cuales se mantuvo la victoria largo tiempo dudosa e incierta entre uno y otro imperio y dos poderosos pueblos se lanzaron mutuos ataques en un alarde de violencia y recursos, ¡cuántos pequeños reinos fueron aplastados! ¡Cuántas ciudades ampulosas y famosas fueron asoladas! ¡Cuántas afligidas! ¡Cuántas perdidas! ¡Cuántas regiones y tierras fueron devastadas a lo largo y a lo ancho! ¡Cuántos vencidos por un lado y vencedores por otro! ¡Cuántas personas murieron, ya soldados con las armas en las manos, ya gentes inermes! ¡Cuántos recursos navales fueron destruidos en las batallas marítimas y fueron hundidos en distintas tempestades! Si yo intentara narrarlo y enumerarlo todo, me convertiría en un simple autor de historias. En aquel tiempo la ciudad de Roma, enormemente atemorizada, se precipitó en busca de vanos y ridículos remedios. Se instauraron, de acuerdo con una autorizada consulta a los libros sibilinos, los juegos seculares, cuya celebración tenía lugar, institucionalmente, cada cien años; posteriormente, en épocas más felices, desaparecieron en medio del olvido. Restauraron también los pontífices los

---

[123] Cicerón *Sobre la adivinación* 2, 116.

juegos consagrados a los dioses infernales, juegos que fueron también abolidos en años más felices de época ya pasada...

Y no faltaron en aquella época gravísimos desastres dentro de la ciudad. Efectivamente, en un desacostumbrado desbordamiento del río Tíber, fueron arrasadas todas las partes bajas de la ciudad: unas, arrastradas por la violencia de las aguas; otras, podridas y caladas, como si hubieran estado largo tiempo bajo una laguna. A esta desgracia siguió después un fuego más arrollador, ya que, tras haber prendido en los edificios más altos de alrededor del foro, no perdonó siquiera a su familiarísimo templo de Vesta, donde las vírgenes vestales, no tan honradas como condenadas, le alimentaban constantemente cambiando con diligencia la leña; en esta ocasión el fuego no sólo se mantenía, sino que se encrudecía; al no poder las vestales, aterrorizadas por la violencia del fuego, salvar del incendio las nefastas divinidades que ya habían oprimido tres ciudades en las que habían morado, fue el pontífice Metelo quien, olvidándose de su propia seguridad, irrumpió y las sacó a cambio de salir él medio quemado. Y es que el fuego no le reconoció, o había realmente allí una divinidad que, si efectivamente hubiera estado allí, no habría podido escapar. Así pues, este hombre pudo servir de más provecho al templo de Vesta que el templo de Vesta a él. Y si estos dioses no pudieron alejar el incencio de sí mismos, ¿cómo iban a poder ayudar a aquella ciudad cuya salud creían defender contra aquellas inundaciones e incendios? Los propios sucesos dejaron bien claro que efectivamente no pudieron hacer nada. Yo no plantearía estas objeciones, si ellos aceptaran que crearon aquellas ceremonias sagradas, no para proteger sus bienes temporales, sino para apuntar hacia los eternos; si aceptaran esto último, podría pensarse que, aun desapareciendo lo temporal y visible, ello no afectaría para nada a los bienes para cuya defensa fueron instituidas y que en cualquier momento podían ser restauradas en favor de los mismos. Pero la verdad es que piensan que, con aquellas ceremonias perecederas, pudieron conseguir que no pereciera la salud física de la ciudad y su felicidad en este mundo. Consiguientemente, cuando se les demuestra que, aun estando en vigor aquellas ceremonias sa-

gradas, les alcanzó la pérdida de salud o el infortunio, les da vergüenza cambiar una creencia que ya no pueden defender.

Aug., *Civ.*, 3, 30-31:

> (Tras haber enumerado la multitud de desgracias que aquejaron a Roma antes de la venida de Cristo, concluye que las mismas no pueden ser achacadas a los cristianos, sino a los dioses paganos.)

Así pues, ¿con qué rostro, con qué entrañas, con qué desvergüenza, con qué ignorancia o, mejor, mentecatez, no imputan todos aquellos desastres a sus dioses y sin embargo imputan estas actuales a nuestro Cristo? Aquellas crueles guerras civiles, que en oponión de sus propios autores son más amargas que las guerras contra enemigos externos, y por culpa de las cuales se pensó que aquel estado estaba, no afligido, sino totalmente perdido, ocurrieron mucho antes de la venida de Cristo en una concatenación de criminales motivaciones: de la guerra de Mario y Sila se pasó a la de Sertorio y Catilina, el primero de los cuales había sido proscrito por Sila y el otro era su cachorro; de esta última, se pasó a la de Lépido y Catulo, el primero de los cuales deseaba abolir lo hecho por Sila y el segundo mantenerlo; de ésta, a la de Pompeyo y César, de los cuales, Pompeyo había sido partidario de Sila, cuyo poderío había ya igualado o incluso superado, mientras que César no podía tolerar la pujanza de Pompeyo —pero ello, sólo mientras él no lo tuvo, porque, una vez vencido y eliminado aquél, la superó—; de ésta, pasaron al otro César, llamado después Augusto, bajo cuyo reinado nació Cristo. Y hablo de Augusto porque también él protagonizó guerras civiles con muchos conciudadanos y también en ellas murieron muchos ilustres hombres, entre los que se encuentra Cicerón, aquel elocuente artífice del régimen del estado: y es que a Cayo César, el vencedor de Pompeyo, que había usado con clemencia su propia victoria perdonando la vida y la dignidad a sus propios adversarios, so pretexto de la libertad del estado, le apuñalaron en la propia curia unos nobles senadores conjurados como presunto apetecedor del poder monárquico; posteriormente, al poder de éste pareció aspirar Antonio, muy distinto a aquél en costumbres y mucho más contaminado y corrompido por todo

tipo de vicios, al cual se oponía Cicerón con vehemencia, en aras de aquella misma libertad del estado; en este momento emergía aquel otro César, joven de admirables condiciones, hijo adoptivo de Cayo César, el que, como ya dije, sería después llamado Augusto; Cicerón estaba del lado de este joven César, con el fin de que su poder aumentara frente al de Antonio, con la esperanza de que este joven, una vez sacudido y aplastado el despotismo de Antonio, iba a instaurar la libertad del estado. ¡Hasta tal punto Cicerón estuvo ciego y falto de previsión que no vio que aquel joven, cuya dignidad y poder favorecía, iba a permitir después, en una especie de pacto de concordia, que él mismo fuese asesinado, e iba a poner bajo su propía autoridad aquella libertad del estado por la que él mismo tanto había clamado!

Que acusen ya a sus dioses de tantos males quienes son ingratos con nuestro Cristo por tantos bienes. Es un hecho histórico, que mientras sucedían aquellas desgracias, los altares de los dioses ardían en incienso de Sabá y exhalaban olor de guirnaldas recientes, que los sacerdocios estaban en su apogeo, que los templos resplandecían, que se sacrificaba, se festejaba, se enloquecía en los templos; y, mientras tanto, se derramaba gran cantidad de sangre de ciudadanos a manos de conciudadanos, y no sólo en otros lugares, sino incluso entre los propios altares de los dioses. No escogió Cicerón templo donde asilarse, porque en vano lo había escogido Mucio; éstos, sin embargo, que ahora difaman los tiempos cristianos, han tenido ocasión de huir a lugares consagrados a Cristo o han sido metidos en ellos por los propios bárbaros para que así salvaran su vida.

Esto es lo que yo sé y lo que reconocerá conmigo cualquiera que no se deje llevar por su pasión partidista —dejo a un lado los muchos acontecimientos que ya enumeré y otros muchos cuya enumeración pensé que sería excesivamente larga—: si el género humano hubiera recibido antes de las guerras púnicas la doctrina cristiana y hubieran ocurrido tantos desastres cuantos arrasaron durante aquellas guerras a Europa y a Africa, ninguno de estos idólatras que tenemos que aguantar ahora dejaría de atribuir aquellos males a la religión cristiana. Y serían mucho más inaguantables sus gritos si —limitándonos a los hechos romanos— la in-

vasión de los galos, o la devastación causada por el desbordamiento del río Tíber, o la producida por los incendios, o —lo que es el más grande de los males— aquellas famosas guerras civiles hubieran sucedido después de la aceptación y propagación de la religión cristiana. Y todos aquellos otros males, que hasta tal punto fueron increíbles que eran tenidos por prodigios, ¿en qué espaldas los habrían puesto como carga criminal, sino en las de los cristianos, si hubieran ocurrido en tiempos cristianos? Y paso por alto todos aquellos sucesos que, más que calamidades, fueron casos portentosos: bueyes que hablaban; niños nonatos que pronunciaban palabras desde el vientre materno; serpientes que volaban; hembras —gallinas y mujeres— convertidas en machos; y otros hechos de este tipo que, leídos en libros, no de fábulas, sino de historias, proporcionan a los hombres, sean verdaderos o falsos, no calamidades, sino estupor: aunque, cuando llovió tierra, cuando llovió arcilla, cuando llovieron piedras —no granizo, que con este nombre suele ser designado, sino piedras auténticas—, también pudieron causar graves daños. Leemos en autores romanos que , al correr ríos de fuego desde la propia cima del monte Etna hasta al litoral más cercano, hirvió el mar hasta tal punto que se abrasaron las rocas y se derritió la brea de los barcos: esto tampoco fue una calamidad pequeña, aunque increíblemente prodigiosa; escribieron también que, en otra ocasión, la erupción de esos mismos fuegos cubrió a Sicilia con tal nube de cenizas que los techos de la ciudad de Catania cayeron abrumados y oprimidos por el peso: movidos por esta calamidad, los romanos, en un alarde de misericordia, perdonaron aquel año a los catanienses el pago del tributo; reflejaron igualmente en sus escritos que en África, cuando ya era provincia romana, hubo tal plaga de langostas que pareció un prodigio : efectivamente, dicen que esa plaga, tras agotar todos los frutos y las hojas de los árboles, se lanzó, en una enorme e incalculable nube, al mar; y que, una vez muertas en el mar y devueltas al litoral, corrompiéndose a raíz de ello el aire, se produjo tal peste que, sólo en el territorio de Masinisa, se dice que murieron ochocientos mil hombres y muchos más en las tierras próximas al litoral; está confirmado que en aquella ocasión quedaron en Utica sólo

diez mil jóvenes de los treinta mil que había. Vanidad tal como la que soportamos nos obliga a responder con esta pregunta: ¿cuál de estos males no habrían atribuido a la religión cristiana, si hubieran ocurrido en tiempos cristianos?

Y, sin embargo, no los imputan a sus dioses, cuyo culto ahora reclaman para no padecer estos o menores males, cuando antes los soportaron mucho mayores quienes les adoraban.

Oros., *Hist.* 1. Pról., 9 ss.:

> (La obra de Orosio responde a una orden de Agustín de recopilar las desgracias acaecidas antes de Cristo.)

Me ordenaste que escribiera contra la vana maldad de aquellos que, ajenos a la ciudad de Dios[124], son llamados «paganos» por los pueblos y villas del campo en que viven, o «gentiles», porque gustan de las cosas terrenas, los cuales, si bien no se preocupan del futuro y, por otra parte, olvidan o desconocen el pasado, atacan, sin embargo, a los tiempos actuales como si éstos estuvieran infestados de males más de lo debido, sólo porque ahora se cree en Cristo y se adora a Dios, mientras que sus ídolos son menos adorados; me ordenaste, pues, que de todos los registros de historias y anales que puedan tenerse en el momento presente, expusiera en capítulos sistemáticos y breves de un libro todo lo que encontrase: ya desastres por guerras, ya estragos por enfermedades, ya desolaciones por hambre, ya situaciones terribles por terremotos, insólitas por inundaciones, temibles por erupciones de fuego volcánico, o crueles por golpes de rayos o caída de granizo, o incluso las miserias ocurridas en siglos anteriores a causa de parricidios y otras ignominias. Y pensando sobre todo que no merecía la pena entretener con una obra liviana a tu reverencia ocupada en la redacción del undémico libro contra estos mismos paganos — ya los primeros rayos de los otros diez, en cuanto han salido de la atalaya de tu clarividencia en cuestiones de iglesia, han brillado

[124] Alude a la obra de Agustín, de la que ya se había editado el libro 10º, cuando Orosio escribe esto.

por todo el mundo— y dado que tu hijo espiritual, Julián de Cartago[125], siervo de Dios, exigía que se satisfacieran sus deseos en este asunto con las garantías que él pedía, puse manos a la obra y me sumí yo mismo en la mas profunda confusión; y ello, porque antes, cuando consideraba este asunto, me parecía que las desgracias de los tiempos actuales hervían por encima de toda medida y porque ahora he comprobado que los tiempos pasados no sólo fueron tan opresores como estos actuales, sino que aquéllos fueron tanto más atrozmente desgraciados cuanto más alejados estaban de la medicina de la auténtica religión; de forma que con razón, tras mi análisis, ha quedado claro que reina la sangrienta muerte, cuando la religión, enemiga de la sangre, es olvidada; que mientras la religión brilla, la muerte se oscurece; que la muerte termina, cuando la religión prevalece; que la muerte no ha de existir en absoluto, cuando impere sólo la religión. Hay que exceptuar, por supuesto, y dejar a un lado[126] los últimos días del fin del mundo y de la aparición del Anticristo o incluso del juicio final, para los cuales nuestro Señor Jesucristo, por medio de las Sagradas Escrituras e incluso con su propio testimonio, predijo la existencia de desgracías tales cuales nunca antes existieron, cuando, de acuerdo con aquello que ahora y siempre es criterio de discriminación, pero que actuará entonces con una separación más clara y rigurosa, los santos tendrán la aceptación en virtud de sus tribulaciones de otros tiempos, y los malvados, la perdición.

Oros., *Hist.*, 1, 5, 6 ss.:

(Caída de Sodoma. Comentario a la misma.)

En la frontera de Arabia y Palestina, donde las montañas que bajan gradualmente a uno y otro lado terminan en terrenos llanos que están en los valles, hubo cinco ciudades: Sodoma, Gomorra, Adama, Seboim y Segor. De entre éstas,

[125] Las presiones de Julián de Cartago sobre Orosio para que escribiese lo que Agustín le había mandado no están suficientemente claras, ni tenemos más datos de los que señala aquí Orosio.

[126] De esta comparación entre los tiempos antiguos y los tiempos cristianos.

Segor era pequeña, mientras que las otras eran extensas y fuertes, como quiera que tenían suelo fecundante y que el río Jordán, que corre a través de llanuras y que está oportunamentre repartido, era utilizado para aumentar la fertilidad. La abundancia de riquezas fue la causa de los males de toda esta región, que hizo un uso malo de sus buenos recursos. Efectivamente, de la abundancia nació el lujo y del lujo los malos placeres, hasta tal punto que mezclándose los hombres con los hombres cayeron en lo más bajo sin tener en cuenta ni el lugar, ni las condiciones, ni la edad.

En consecuencia, la ira de Dios provocó sobre esta tierra una lluvia de fuego y azufre y condenó con eterna perdición a toda esta región quemándola juntamente con sus pueblos y ciudades, para que fuera en el futuro testigo de su justicia...

Así pues, ahora, si les place, que aquellos que lanzan todos los esputos que llevan dentro contra Cristo, al que nosotros presentamos como juez de los siglos, hagan diferencia entre Sodoma y Roma y comparen sus castigos; castigos que no deben ser tratados por mí, porque todo el mundo los conoce.

Oros., *Hist.*, 1, 9:

> (Las desgracias, producto de la ira de Dios, no se acumularon casualmente en los siglos anteriores a Cristo.)

En el año 810 antes de la fundación de Roma reinaba en Atenas Anfictión[127], el tercer rey después de Cécrope. En su época una inundación asoló la mayor parte de los pueblos de Tesalia, librándose muy pocos en los refugios de las montañas, sobre todo en el monte Parnaso, en cuya cima reinaba entonces Deucalión[128], quien, tras recibir a los que acudían a él en navíos, les ayudó y cuidó a lo largo de las cimas del Parnaso. Por ello dicen que el género humano fue recuperado por este rey.

[127] Personaje mitológico que, según algunas tradiciones, dio nombre a Atenas y la consagró a la diosa Atenea. Fue efectivamente el tercer rey, después de Cécrope y Cranao.

[128] Es el Noé de la mitología griega.

En esta misma época también, según el testimonio de Platón, se extendieron por Etiopía, hasta dejarla casi desolada, muchas pestes y crueles enfermedades.

Y para que nadie crea que la época en que se manifestaron la ira de Dios y la locura de las guerras se repartieron casualmente, es ésta la misma época en que el padre Líber empapó de sangre a la sometida India, la llenó de asesinatos y la manchó de pecados[129].

Oros., *Hist.*, 1, 12, 3 ss.:

Por otra parte, yo no tengo ahora necesidad de enumerar las tristes acciones, que narradas son aún más tristes, de Tántalo y Pélope. Entre ellas está la historia de Tántalo, quien, tras raptar infamemente a Ganimedes, hijo de Troo, rey de los Dárdanos, le retuvo a su lado, lo cual acarreó una consecuencia aún más infame, según atestigua el poeta Fanocles[130], quien recuerda que se inició un gran conflicto precisamente por esto; otra versión pretende presentarnos a este mismo Tántalo como sirviente de los dioses, ofreciendo, en familiar lenocinio, al joven raptado para placer de Júpiter; es el mismo Tántalo que no dudó en entregar a su propio hijo Pélope como manjar a Júpiter[131].

Tampoco me agrada contar las heroicas luchas, cualesquiera que sean, del propio Pélope contra Dárdano y los troyanos[132]; estas luchas, puesto que suelen ser contadas en falsas historias, son escuchadas con poca atención.

Paso también por alto lo que se cuenta, según el testimo-

[129] Una de las etapas de la vida errante de Baco fue la India: se trata, según la leyenda, de una expedición mitad guerrera y mitad divina, en la que sometió a aquella tierra con la fuerza de las armas y también con encantamientos y poder místico.

[130] Poeta griego elegiaco que vivió en época de Filipo y Alejandro. Los seis fragmentos que conservamos pertenecen a un mismo poema: un catálogo donde trata del amor de los dioses y héroes por jóvenes hermosos.

[131] El castigo de Tántalo se debe, según una versión de la leyenda, a que fue él el que raptó a Ganimedes para entregárselo a Júpiter; según otra, a que sirvió a su propio hijo como manjar a los dioses.

[132] Según ciertos autores, Pélope y su padre Tántalo lucharon contra los fundadores de Troya (Dárdano e Ilo), porque éstos los expulsaron del territorio tras haber raptado e Ganimedes.

nio de Paléfato[133], sobre Perseo, Cadmo, los tebanos y los espartanos, mezclados en laberínticas vueltas de desgracias alternantes.

No hablo de los crímenes de las mujeres de Lemnos[134]; dejo a un lado la vergonzosa huida de Pandión, rey de los atenienses[135]; me olvido también de los odios, violaciones y parricidios, mal vistos incluso por los dioses, de Atreo y Tiestes[136]; dejo también a un lado la historia de Edipo, asesino de su padre, marido de su madre, hermano de sus hijos[137] y padrastro de sí mismo[138]; prefiero también callar cómo Eteocles y Polinices se esforzaron atacándose mutuamente por ser cada uno de ellos asesino del otro[139]; no quiero recordar a Medea, herida de amor cruel y gozosa con la muerte de sus pequeños vástagos[140]; ni de nada de lo que se perpetró en aquellos tiempos. En relación con ello, es lícito preguntarse cómo los hombres pudieron aguantar lo que se dice que incluso los astros han evitado.

Oros., *Hist.*, 3, 7.:

Pienso que hay que citar también entre los males antiguos, en primer lugar, el tratado firmado con los cartagineses, que tuvo lugar en esta época; principalmente porque a partir de él surgen tan grandes desastres que dan la impresión de que arrancan de él.

Efectivamente, en el año 402 de la fundación de la ciudad fueron enviados a Roma legados cartagineses que firmaron un tratado. La veracidad de la historia, por una parte, y, por

---

[133] Escribió, quizá en el siglo IV a. C., una obra de la que queda un solo fragmento y en la que ponía en relación diversos mitos.

[134] Mataron a los hombres de la isla para verse libres de sus leyes.

[135] Fue expulsado del trono de Atenas por unos primos suyos.

[136] Los dos eran hermanos y se vengaron mutuamente con multitud de crímenes.

[137] Al casarse con su madre, los hijos nacidos de ambos eran también hermanos suyos, como hijos que eran de la misma madre.

[138] Al ser segundo marido de su madre, que le había engendrado con su primer marido, Edipo era padrastro de sí mismo.

[139] Hijos ambos de Edipo, expulsan a éste de Tebas cuando se enteran del incesto de su padre. Este los maldice vaticinándoles que se darán muerte el uno al otro. Para evitar esto deciden reinar alternativamente.

[140] Herida por haber sido repudiada por su marido Jasón, se vengó de éste matando a los hijos de ambos y envenenando a su rival.

otra, la mala reputación de los lugares y lo abominable de la época en que se gestó este tratado, ponen de manifiesto que a esta entrada cartaginesa en Italia iba a seguir una granizada de desgracias y una eterna oscuridad de continuas miserias. En aquel momento, la noche incluso pareció alargarse hasta hora avanzada del día y una lluvia de piedras, cayendo de las nubes, azotó con auténticas pedradas a la tierra. Para colmo, en estos mismos años nació Alejandro Magno, aquel grande y auténtico abismo de desgracias y atroz torbellino de todo Oriente. Es la misma época también en que Oco, llamado también Artajerjes, tras llevar a cabo en Egipto una ingente y larga guerra, condujo en cautividad a multitud de judíos y les obligó a vivir en Hircania junto al mar Caspio.

Oros., *Hist.*, 2, 18, 4 ss.:

> (Tras narrar una serie de guerras civiles en Grecia y en Persia, comenta que aquello no pudo ocurrir sino porque el verdadero Dios estaba airado.)

He aquí cómo yo, en un pequeño libro, y en pocas palabras, he ido no desarrollando las acciones de las distintas provincias, pueblos y ciudades, sino sobre todo relacionando los distintos grupos de desastres. Pues, ¿quién podría abarcar totalmente con palabras los males y las desgracias de aquella época o quién podría apagar con lágrimas aquellos dolores? Sin embargo, ahora aquellas mismas desgracias, por cuanto ya no son tan agudas al haber pasado mucho tiempo desde que ocurrieron, se han convertido para nosotros en ejercicios literarios y en agradables tópicos de nuestras historias. Y si alguien se fija atentamente, se mete con toda su mente en los propios hechos y guerras y, después, colocado por así decirlo en una atalaya para mirar el espectáculo, compara aquella época y esta nuestra con sus respectivas cualidades, yo diría que está en buenas condiciones para pensar que aquella época no pudo ser tan desgraciadamente turbia y revuelta sino porque Dios estaba airado y olvidado, y que esta nuestra es tan feliz porque cuenta con un Dios propicio y misericordioso.

Oros, *Hist.*, 4, Pról.:

> (Por qué las desgracias de siglos anteriores a Cristo les parecen pequeñas a las gentes de la época de Orosio.)

Cuenta Virgilio que Eneas consolaba a los compañeros que tristemente se quejaban, tras pasar él mismo peligros y naufragios los suyos, con estas palabras: «Quizás en otro tiempo nos agrade incluso recordar estas desgracias»[141]. Esta frase, que fue concebida con gran propiedad en una ocasión, lleva consigo siempre un triple significado por los distintos efectos que produce, a saber: uno, con relación al pasado, cuando éste es considerado tanto más agradable en palabras cuanto más triste se nos transmite en los hechos; otro, con relación al futuro, porque éste es considerado siempre mejor, por cuanto se nos hace más apetecible por hastío del presente; y con relación al propio presente no puede establecerse ninguna comparación justa con desgracias de ninguna otra época, precisamente porque el presente, cualquiera que sea, nos afecta con mayor molestia que el pasado o que el futuro, los cuales, aunque se nos pinten muy exagerados, no existen en ese momento. Es como si alguien, molestado en la noche por pulgas y sin poder por ello dormir, recuerda casualmente otros insomnios que sufrió largo tiempo en otra ocasión a causa de fiebres altísimas; soportará sin duda peor la molestia de las pulgas que el recuerdo de otros insomnios. Pero, aunque de acuerdo con el sentido común pueda parecer que esto es así en consonancia con las circunstancias, sin embargo, ¿habrá alguien acaso que diga abiertamente, incluso en medio de la propia molestia, que las pulgas son más peligrosas que las fiebres? ¿O que acepte de peor grado el tener insomnio estando sano que el no haber podido dormir porque está a las puertas de la muerte? Dado que esto es así, yo, a estos nuestros contemporáneos, delicados y quejumbrosos, les concedo, en último caso, que consideren excesivamente graves, porque las sufren, estas desgracias con

[141] Virgilio, *Eneida* 1, 207.

las cuales ahora, porque así conviene, somos advertidos[142]; sin embargo, no acepto que las consideren también más graves al compararlas con las pasadas. Es lo mismo que si alguien, al levantarse por la mañana de un lecho blandísimo y de una alcoba comodísima, ve que la superficie de los lagos está helada por el frío de la noche y que el campo está blanco y, tomando como base esta inesperada visión, dice: «hoy hace frío»; este hombre me parecería a mí que no debe ser corregido, porque lo ha dicho siguiendo el uso común o bien su propia convicción. Pero si, tembloroso, vuelve a la alcoba y se cubre tapándose aún más en el lecho, diciendo que sin duda hace tanto frío cuanto no hizo en otro tiempo en los Apeninos cuando Aníbal, atrapado y agobiado por la nieve, perdió elefantes, caballos y gran parte de su ejército, entonces yo a este hombre, que se asusta con la misma facilidad que un niño, no sólo no lo soportaría cuando dice estas cosas, sino que lo sacaría de su propio lecho, testigo de su vagancia, para llevarlo ante el pueblo y la muchedumbre: y le mostraría, una vez que estuviera fuera, a los niños jugando, disfrutando y sudando en y con el hielo, para que su vana locuacidad, viciosamente alimentada de molicie, aprendiera que no es violencia lo que hay en el tiempo, sino pereza en él; y para que este mismo charlatán, cuya locuacidad ha de ser valorada en contraste con la realidad, se convenza, no de que las molestias que sus mayores soportaron fueron pequeñas, sino de que es él el que no es capaz de soportar ni siquiera las pequeñas.

Pero todo esto lo probaré con mayor evidencia trayendo a la memoria las propias desgracias de los antepasados.

Oros., *Hist.*, 4, 2, 1:

> (Las desgracias romanas se sucedían constantemente antes de Cristo.)

Pero las desgracias romanas no tienen tregua. Los intervalos entre las guerras son consumidos por las desgracias de las enfermedades y cuando en el exterior se cesa en la lucha, en el interior se desata la ira del cielo.

[142] Los males presentes no son castigos, sino advertencias de Dios.

Oros. *Hist.*, 4, 12, 4 ss.:

> (Y si alguna vez no ocurrieron desgracias fue de forma muy pasajera.)

En este año[143] se cerró la puerta del templo de Jano, ya que durante el mismo no se guerreó en ningún momento, lo cual sólo había sucedido durante el reinado de Numa Pompilio.

Ahora por primera vez yo debo callarme y pasar en silencio una época con la cual no se puede comparar la nuestra; y ello, para no animar a los que critican los días de estos sus tiempos a saltar con mayor estrépito del que ahora lo hacen ellos mismos. Efectivamente, las puertas de Jano se cerraron; en el exterior los romanos no guerrearon. Roma no tuvo que llorar por ninguno de sus hijos a los que ahora retenía tranquilos en su regazo. Pero esto, ¿cuándo sucedió?: después de la primera guerra púnica; ¿tras cuánto tiempo?: tras cuatrocientos cuarenta años; ¿durante cuánto tiempo?: durante un solo año; y ¿qué sucedió en el siguiente?: por callar otras cosas, tuvo lugar la guerra con los galos y llegó Aníbal con la segunda guerra púnica. ¡Oh! ¡Cómo me avergüenza, incluso a mí[144], el haber conocido y descubierto estos hechos! Esta paz de un solo año o, mejor, esta sombra de paz, ¿fue un alivio de las desgracias o más bien un incentivo de nuevos males? Aquel goteo de aceite que caía en medio de una gran llama, ¿apagó la yesca de tan gran fuego o la alimentó? El poco de agua fresca bebida con las fiebres altas ¿sanó al enfermo o le quemó aún más? Durante casi setecientos años, esto es, desde Tulo Hostilio hasta César Augusto, sólo durante un año el interior de Roma no sudó sangre; y en medio de todo ese tiempo, representado en largos siglos, esa desgraciada ciudad o, mejor, esta desgraciada madre sólo en una ocasión se vio libre del temor a las desgracias, por no decir de las propias desgracias. Si algún hombre hubiese tenido a lo largo de toda su vida un descanso tan pe-

---

[143] 235 a. C.

[144] El, que debería alegrarse de haber descubierto estos hechos, por cuanto vienen muy bien a su argumentación: que los tiempos pasados no fueron mejores.

queño, ¿se podría decir que esa persona ha vivido? O si una persona enferma sufre a lo largo de todo un año con dolores y tormentos y, en medio de ese mismo año, pasa un día tranquilo y sin problema, ¿recibirá acaso por ello alivio en sus males y no considerará calamitoso a todo el año?

Comm., *Apol.*, 149 ss.:

(La ira de Dios por los pecados de los hombres fue la causa de los desastres de la antigüedad.)

Dios hizo al primer hombre para que fuese eterno; pero éste, al despreciar los mandatos divinos, se precipitó hacia la muerte... Todo el género humano empezó a caer en el crimen sin tener en cuenta quién era su creador. Por ello, Dios excelso castigó aquella indignidad y decidió eliminar a casi todos los seres creados. Así lo hace eligiendo, para liberarlo de las aguas, a Noé; todos los demás perecieron en el diluvio por la ira celeste. Después, como al principio, se fue la tierra llenando otra vez. Los hombres no volvieron a su antiguo pecado, pero apareció una nueva calamidad: emprendieron, como locos, la construcción de una torre que llegara a los astros, para, por así decir, llegar hasta el cielo a través de ella. Cuando vio Dios que lo hacían hablando una sola lengua, descendió e hizo que hablaran en lenguas distintas *(y así continúa Comodiano recordando los distintos pecados humanos y los correspondientes castigos divinos, aunque limitándose sólo a los sufridos por el pueblo judío y narrados en el Antiguo Testamento; no en vano el Apologeticum de Comodiano está también dirigido a los judíos).*

4. Los *tempora christiana*

Ter., *Apol.*, 40, 1-2:

(Los cristianos no son los culpables de los males que se les imputan.)

Realmente, para defenderse contra el odio, ponen como pretexto (los paganos) esa condición y vana defensa: la convicción de que desde el primer momento fueron los cristianos los culpables de todos los desastres del estado y de to-

das las desgracias nacionales. Si el Tíber se desborda y llega hasta las murallas de la ciudad, si el Nilo arroja sus aguas sobre los campos, si el cielo se queda inmóvil, si la tierra tiembla, si hay hambre y peste, inmediatamente gritan: «¡Los cristianos al león!». ¿Tantos hombres a un solo animal?

Tert., *Apol.*, 40, 13 ss.:

(Desde que hay cristianos las desgracias son mucho menores.)

Y, sin embargo, si comparamos las desgracias de otro tiempo con las de ahora, veremos que las que ocurren desde que el mundo aceptó a los cristianos enviados por Dios, son mucho más llevaderas. Desde ese momento empezó, en efecto, la inocencia a temperar las iniquidades del mundo y empezaron a existir intercesores ante Dios. En fin, cuando un invierno caluroso se ve privado de lluvias y la cosecha del año está amenazada, vosotros os hartáis de comer y estáis dispuestos a comer en cualquier momento, vuestros baños, tabernas y lupanares están en plena actividad, ofrecéis sacrificios a Júpiter para obtener la lluvia, ordenáis al pueblo que haga procesiones con los pies desnudos, buscáis el cielo en el Capitolio, esperáis que os caiga la lluvia de los techos de vuestros templos, mientras que apartáis vuestros ojos del auténtico Dios y del cielo; nosotros, sin embargo, escuálidos por los ayunos, mortificados con todo tipo de continencia, apartados de todo tipo de disfrute de la vida y andando por ahí entre sacos y ceniza, rivalizamos en golpear al cielo y en molestar a Dios; y, cuando somos nosotros los que hemos conseguido la misericordia divina, resulta que vosotros seguís honrando a Júpiter y despreciando a Dios.

Lact., *Inst.*, 5, 8, 1-11:

(Si el Dios de los cristianos es aceptado, existe la posibilidad de que retorne la primitiva edad de oro y la justicia que la caracterizaba.)

Aquellos que mantienen que no existen justos, tienen la justicia delante de sus ojos y no quieren verla. ¿Por qué ha-

blan con tanta precisión, en sus poesías y en sus discursos, lamentándose de la ausencia de justicia, cuando les es muy fácil, si lo quisieran, ser justos? ¿Por qué seguís representando una justicia sin ningún contenido...? La tenéis delante de vosotros: cogedla, si estáis en disposición de ello, y colocadla en la habitación de vuestro corazón, dejando de pensar que ello es difícil y que no va con vuestro tiempo. Sed justos y buenos y esa justicia que andáis buscando vendrá por añadidura. Alejad de vuestro corazón todo mal pensamiento e inmediatamente vendrá para vosotros aquella edad de oro que no podrá retornar si no comenzáis a adorar al verdadero Dios; vosotros queréis que retorne sobre la tierra esa justicia, mientras seguís adorando a los dioses; y eso de ninguna forma puede suceder. Es más, eso no pudo suceder, en contra de lo que pensáis, ni siquiera en el pasado, porque esos dioses a los que ahora adoráis no habían nacido todavía cuando existió la primitiva edad de oro[145]; lo único que se había extendido sobre la tierra era el culto al único Dios, aquel que aborrece la maldad y exige la bondad, cuyo templo no estaba construido de piedra y de barro, sino del hombre mismo que lleva la imagen de Dios, un templo que no está adornado con los dones perecederos de oro y piedras preciosas, sino con los frutos imperecederos de la virtud. Si os queda algo de inteligencia os daréis cuenta de esto: los hombres son malvados e injustos porque adoran a los dioses; males de todo tipo se abaten sobre la humanidad cada día en mayor medida, porque el Dios creador y director de este mundo ha sido abandonado, porque se han aceptado religiones impías y contrarias a la verdadera religión que se debe acoger, y, en fin, porque no permitís que ni siquiera el verdadero Dios sea adorado al menos por unos pocos. Si fuera adorado el único Dios, no habría discordias ni guerras, por cuanto los hombres sabrían ser hijos de un solo Dios y estarían consiguientemente unidos en un sagrado e inviolable vínculo de parentesco; no existirían insidias, por cuanto conocerían el castigo que Dios reserva a los asesinos de las almas, ya que El ve perfectamente los crímenes e incluso los

[145] Lactancio coloca la edad de oro inmediatamente después del diluvio (cf. *Instituciones divinas* 2, 13, 4).

pensamientos; no se entregarían a la rapiña, sino que se mantendrían fieles al mandamiento de Dios de que cada uno se debe contentar con lo suyo y con poco, de forma que se debe preferir aquello que es sólido y eterno antes que lo que es frágil y perecedero; no existirían adulterios, estupros ni prostituciones, si todos supieran que Dios condena las pasiones que sobrepasan el instinto de la procreación; y las mujeres no se verían obligadas a profanar su propio pudor a cambio de conseguir un vergonzoso sustento, desde el momento en que los hombres supieran refrenar sus propias pasiones, por cuanto el que lo tiene todo vendría en ayuda del que no tiene nada con la oferta de la piedad y de la religión. En suma, repito, no existirían sobre la tierra todos estos males, si todos estuvieran vinculados a la ley de Dios y si todos se comportaran como se comporta ahora sólo nuestro grupo. La condición humana sería feliz y áurea, si la mansedumbre, la piedad, la paz, la inocencia, la justicia, la templanza, la lealtad fueran estables en todo el mundo. No harían falta, en fin, para gobernar a los hombres, tantas y tan variadas leyes, desde el momento en que una sola ley, la de Dios, bastaría para asegurar una inocencia perfecta. No harían falta cárceles, ni penas capitales emanadas de los gobernantes, ni amenazas de sanciones, desde el momento en que los saludables preceptos celestiales, enraizados en el corazón de los hombres, le amaestraran espontáneamente a realizar la justicia. Los hombres de ahora son malvados porque no conocen la honestidad y el bien. Esto lo vio claramente Cicerón, quien al tratar de las *Leyes* dice: «De la misma forma que el mundo, en virtud de una sola y misma naturaleza, se mantiene compacto y se conserva gracias a la armonía de todas sus partes entre sí, así los hombres, mezclados a la fuerza por naturaleza, están en constante desacuerdo entre sí a causa de su maldad y no comprenden que son de la misma carne y que están sometidos a una sola tutela: si los hombres lo supieran, llevarían la vida de los dioses»[146]. Así pues, todos los males con que es atormentada la humanidad derivan del culto a los dioses, que no conoce ni la justicia ni la piedad. Y ¿cómo van a poder conservar la piedad aquellos

[146] *Las leyes*, frg. 1.

que, traicionando la fe y rebelándose gracias a la libertad de que disfrutan, han renegado de Dios, el padre común de todos?

Arnob., *Nat.*, 1, 2:

(La situación en el mundo es mucho mejor desde que existe el cristianismo.)

Examinemos, pues, el espíritu de esta opinión *(la de los paganos que defienden que desde que existen los cristianos las cosas han ido a peor)* y el sentido de lo que dicen y, dejando a un lado todo tipo de polémica, la cual suele oscurecer y dificultar la contemplación de las cosas, sopesemos, con un análisis profundo de los respectivos argumentos, si esto que se dice es verdad. Y es que, siguiendo un razonamiento lógico, quedará sin duda claro que los impíos no somos nosotros, sino que los que aparecen como reos de este crimen son aquellos que se confiesan adoradores de las divinidades y seguidores de los cultos tradicionales.

En primer lugar, yo les planteo, con palabras familiares y con calma, la siguiente cuestión: desde que ha aparecido sobre la tierra el nombre de la religión cristiana, ¿qué fenómeno insólito, desconocido o contrario a las principales leyes ha conocido o sufrido la naturaleza de las cosas, por emplear el término con que se la nombra y llama? ¿Acaso aquellos elementos primarios, de los cuales se acepta que están compuestas todas las cosas, se han transformado para tomar características opuestas? ¿Acaso la estructura de esta máquina y mole, en la cual estamos todos cobijados y contenidos, se ha resentido o roto por alguna parte? ¿Acaso el movimiento circular de este mundo, rechazando la regularidad de su primitivo ritmo, ha empezado a dar vueltas con más lentitud o a lanzarse a una vertiginosa rotación? ¿Acaso han empezado los astros a salir por la parte por la que antes se ponían o las constelaciones a descender por el lado por donde antes ascendían? ¿Acaso el propio príncipe de las estrellas, el sol, con cuya luz se visten todas las cosas y con cuyo calor todo se alimenta, se ha abrasado, se ha enfriado y ha cambiado a hábitos contrarios la regular temperatura que antes solía tener? ¿Acaso la luna ha dejado de renovarse constantemente y de recobrar formas anteriores renovando cons-

tantemente las formas que en cada momento tiene? ¿Acaso han desaparecido los fríos, los calores y las temperaturas medias en una desigual confusión de estaciones? ¿Acaso ha empezado el invierno a traer días largos y las noches de verano a retrasar la llegada del día? ¿Acaso los vientos han exhalado su último soplo y, muertas las brisas, ya no se condensan las nubes en el cielo ni prosperan los campos al ser regados por las lluvias? ¿Rechaza la tierra las semillas que en ella se echan y han renunciado los árboles a echar brotes? ¿Ha cambiado el sabor de los frutos comestibles y de los jugos de la uva? De las bayas de las aceitunas, ¿se saca ya sangre negra y no se alimenta con ellas las lámparas ya extinguidas? Los animales terrestres y acuáticos, ¿ya no se aparean, ya no conciben ni cuidan, de acuerdo con sus costumbres y sus leyes, de las crías que han llevado en sus senos? Los propios hombres, en fin, esparcidos desde su primer e incipiente nacimiento por las partes habitables de la tierra, ¿ya no se unen en matrimonios según los ritos solemnes de justas bodas? ¿No practican ya ellos actividades públicas, ni privadas, ni familiares? ¿No aplican ya ellos sus talentos, según le place a cada uno, a las distintas artes y ciencias ni recogen los frutos de su diligente actividad? ¿No reinan, no gobiernan aquellos a los que la suerte ha confiado tales cargas? ¿No crecen cada día más en dignidades y en poderes, no presiden ellos los debates de los tribunales, ni interpretan las leyes y el derecho? Y todas las otras actividades, en las cuales se ciñe y contiene la vida humana, ¿acaso no son ya practicadas por todos los hombres, en sus propias naciones y según las reglas establecidas por costumbres ancestrales?

Arnob., *Nat.*, 1, 6:

> (Frente al procedimiento retórico del texto anterior, en éste Arnobio dice, de una forma positiva, que las guerras han disminuido en crueldad desde que existen los cristianos.)

Aunque, en lo que se refiere a esas guerras, de las que decís que han sido promovidas por culpa de nuestra religión, no es difícil demostrar que las mismas, después de que Cristo ha dejado oír su voz en el mundo, no sólo no han au-

mentado, sino que incluso han disminuido en buena parte, por cuanto las acciones locas han sido reprimidas. Efectivamente, desde que nosotros, que somos ya un grupo importante, hemos aprendido de su magisterio y preceptos que no es conveniente devolver mal por mal, que es mejor ser injuriado que injuriar, derramar la propia sangre que manchar las manos y la conciencia con la sangre de otro, este mundo ingrato, por fin después de mucho tiempo, no ha recibido sino beneficios de Cristo, gracias al cual la rabiosa crueldad se ha suavizado y ha empezado a apartar sus manos hostiles de la sangre del hermano. Y si todos aquellos que saben que son hombres, no por el aspecto de sus cuerpos, sino por el poderío de su inteligencia, quisieran prestar oídos a sus saludables y pacíficos preceptos y si, dejando su hinchada pompa y arrogancia, dieran más crédito a los consejos de aquél que a sus propios caprichos, haría ya tiempo que todo el mundo, convirtiendo sus usos del hierro en obras más pacíficas, viviría en las más pacífica tranquilidad y, respetando las cláusulas de los tratados, se uniría en una salvadora concordia.

Arnob., *Nat.*, 1, 13 ss:

> (Arnobio demuestra aquí con hechos concretos que, desde que existen los cristianos, han aumentado los hechos felices.)

Hace trescientos años —poco más o poco menos— que empezamos a existir los cristianos y a ser censados en el mundo. ¿Acaso durante todos estos años fueron continuas las guerras, ininterrumpidos los períodos de esterilidad, nula la paz en la tierra y nula, en fin, la utilidad y la abundancia de bienes? Aquel que nos acusa lo primero que debe hacer en efecto es demostrar que estas calamidades fueron continuas y constantes, que ningún mortal tuvo ningún momento de respiro y que, sin ningún tipo de ferias, como ellos las llaman, han soportado múltiples pruebas de toda suerte.

Sin embargo, vemos que en medio de estos años y de estos tiempos han sido innumerables las victorias conseguidas sobre nuestros enemigos, se han ensanchado las fronteras del imperio y han sido sometidas a nuestro poderío naciones cuyo nombre antes se desconocía; que han existido con fre-

cuencia años de enorme prosperidad y beneficios y abundancia de bienes tan grandes que se han paralizado todas las transacciones comerciales ante la caída de los precios. Y es que ¿cómo habrían podido continuar los negocios y sobrevivir hasta nuestra época el género humano, si la fecundidad de la naturaleza no hubiera suministrado todo aquello que exigían sus necesidades?

Es verdad, sin embargo, que hubo de vez en cuando algunos momentos de penuria; pero en seguida fueron compensados de nuevo con períodos de abundancia. Es verdad que se produjeron algunas guerras en contra de nuestros deseos; pero fueron después reparadas con la victoria y el éxito. Y además, ¿qué quiere decir eso? ¿Diremos por ello que los dioses unas veces se acordaban y otras se olvidaban de nuestros pecados? Efectivamente, si en relación con las épocas en que hay hambre, se dice que los dioses estaban airados, habrá que concluir que en épocas de abundancia no están airados ni intratables; y de esta forma llegamos a una situación en la que los dioses, en caprichosas alternancias, unas veces deponen y otras recuperan su ira y recobran su estado normal siempre que se acuerdan de nuestras ofensas.

Aunque el sentido de esto que vosotros decís no puede ser comprendido de una forma clara. Si los dioses han querido la derrota de los alamanos, persas y escitas, porque entre ellos habitaban y vivían cristianos, ¿por qué concedieron la victoria a los romanos cuando también entre éstos habitaban y vivían cristianos? Si permitieron que en Asia y en Siria aparecieran frecuentes pestes de ratones y langostas porque entre sus gentes habitaban igualmente cristianos, ¿por qué no apareció nada de eso en la misma época en Hispania y en la Galia, cuando en estas provincias vivían innumerables cristianos? Si enviaron por esa misma razón a los gétulos y tingitanos una sequía y miseria abundante, ¿por qué ese mismo año regalaron fertilísimas cosechas a los moros y númidas, cuando en estas regiones se practicaba la misma religión? Si, en una ciudad cualquiera, han hecho morir de hambre, por odio a nuestro nombre, a muchas personas, ¿por qué en ese mismo lugar, a causa de la carestía de alimentos, han permitido que se hagan ricos y opulentos no sólo personas que no son de nuestro grupo, sino también al-

gunos cristianos? Así pues, o bien la humanidad entera no debería haber conocido ningún momento de prosperidad, si es que somos nosotros la causa de las desgracias, por cuanto estamos en todos los pueblos, o bien dejad ya, al ver que los momentos de prosperidad se mezclan con los de adversidad, de echarnos la culpa de aquello que lesiona vuestros intereses, por cuanto no somos ningún obstáculo para vuestra felicidad y prosperidad. Pues, si yo soy el culpable de que una cosa salga mal, ¿por qué no voy a ser un obstáculo a que salgan bien? Si mi nombre de cristiano es la causa de una gran escasez, ¿por qué no voy a ser el impedimento de una gran fertilidad?

Aug., *Civ.*, 1, 1:

> (Uno de los temas más explotados por Agustín y Orosio para demostrar la felicidad de los *tempora christiana* es el saqueo de Roma del año 410 por parte de Alarico: muchos romanos se salvaron gracias a los cristianos y a sus templos.)

¿Acaso no es verdad que odian el nombre de Cristo aquellos mismos romanos cuya vida perdonaron los bárbaros por reverencia de Cristo? Son testigo de ello las capillas de los mártires y las basílicas de los apóstoles, las cuales, en aquel saqueo de la ciudad[147], recibieron en su seno a los que en ellas buscaron refugio, tanto a los suyos como a los ajenos. Hasta sus puertas llegaba la crueldad del enemigo; en ellas se ponía fin a su locura carnicera; a ellas eran conducidos por los propios enemigos compadecidos aquellos a los que, encontrados fuera de estos lugares, habían perdonado la vida, para que no cayesen en manos de aquellos que no se sentían movidos por la misma misericordia; incluso estos mismos, sin embargo, que en otros lugares eran sanguinarios y crueles a estilo de enemigos, cuando llegaban a estos lugares, donde les estaba prohibido lo que por derecho de guerra se les permitía en otros sitios, veían frenada toda su crueldad de acometida y roto su deseo de botín. Así lograron escapar muchos que ahora ultrajan a los tiempos cris-

[147] En el 410.

tianos y culpan a Cristo de los males que la ciudad ha soportado, mientras que la suerte de seguir viviendo, que les fue concedida gracias a Cristo, la atribuyen, no a nuestro Cristo, sino a su hado, cuando deberían más bien, si es que tienen algo de sentido común, atribuir las dificultades y asperezas recibidas de los enemigos, a esa providencia divina que suele corregir y castigar con las guerras las corrompidas costumbres de los hombres y al mismo tiempo ejercitar en tales pruebas su justa y loable vida, y, una vez probada, traspasarla a otra mejor o dejarla todavía en esta tierra para ulteriores destinos. Y en lo que se refiere al hecho de que aquellos truculentos bárbaros, en contra de toda costumbre de guerra, les perdonaran la vida ya por reverencia al nombre de Cristo si les cogían en un lugar cualquiera, ya gracias a los lugares dedicados al nombre de Cristo, lugares muy amplios y elegidos con capacidad de multitudes para poder así dispensar más misericordia, deberían atribuirlo a los tiempos cristianos y deberían, por ello, dar gracias a Dios y correr sinceramente a la aceptación de su nombre para así escapar del suplicio del fuego eterno; nombre que en aquella ocasión utilizaron muchos de ellos con mentira para librarse de las penalidades de la presente destrucción. Efectivamente, entre los que ahora ves que con petulancia y procacidad ultrajan a los siervos de Cristo, hay muchos que no hubieran escapado de aquella matanza y desastre, si no hubieran fingido que eran siervos de Cristo. Y ahora, con ingrata soberbia y sacrílega locura, oponen resistencia en su perverso corazón al nombre de Cristo —al cual recurrieron con palabras engañosas para seguir gozando de esta luz temporal—, para terminar siendo castigados con las tinieblas eternas.

Id., *Civ.*, 1, 7:

Así pues, todo lo que de devastación, carnicería, robo, incendio y aflicción se cometió en este reciente saqueo de Roma, se hizo de acuerdo con la costumbre de las guerras; por el contrario, en lo que se refiere a lo que se hizo de acuerdo con una nueva costumbre —el hecho de que la crueldad de los bárbaros, en una inusitada faz de las cosas, se mostrara tan mansa que escogió y señaló las basílicas más

capaces para llenarlas de las gentes a las que se perdonaba la vida, basílicas en las que nadie debía ser herido, de las que nadie debía ser sacado a la fuerza, a las que serían llevadas muchas personas por los compasivos bárbaros para su liberación, y de las que los crueles enemigos no pudieron sacar a nadie para la cautividad—, quien no vea que eso debe ser atribuido al nombre de Cristo, quien no vea que debe ser atribuido a los tiempos cristianos, está ciego; y quien lo vea y no lo alabe es un ingrato; y quien se oponga y contradiga al que lo alabe, está loco. No quiera Dios que persona alguna cuerda atribuya esto a la fiereza de los bárbaros. El que aterrorizó a las truculentas y crueles mentes de los bárbaros, el que las frenó, el que las moderó de forma admirable, fue aquel que ya mucho antes había dicho por boca de su profeta: «Visitaré con vara sus iniquidades y con azotes sus pecados, pero no apartaré de ellos mi misericordia»[148].

Oros., *Hist.*, 2, 19, 13 ss.:

(Comparación entre el saqueo de Roma por parte de los galos en época republicana y el saqueo del 410.)

En verdad que estos dos saqueos[149] son paralelos y se pueden comparar entre sí; aquél se ensañó con Roma durante seis meses; éste ha durado tres días; los galos, tras aniquilar al pueblo y destruir la ciudad, persiguieron incluso el propio nombre de Roma quemándola hasta el final; los godos, tras abandonar sus intenciones de botín, han conducido a sus hordas, sin que éstas se dieran cuenta, al refugio de la salvación, es decir a lugares santos; en aquel caso apenas se puede encontrar un senador que escapara, incluso de los que estaban ausentes; ahora apenas se puede encontrar uno que haya muerto ni siquiera casualmente, mientras se escondía. En verdad que con razón podría asegurar, a la hora de hacer la comparación, que el número de supervivientes en aquel momento fue el mismo que el de desaparecidos ahora. Claramente debemos confesar lo que los hechos evidencian: que en este desastre de nuestra época ha sido Dios el que

[148] *Salmos* 88, 33-34.
[149] El de los galos en el 390 a. C. y el de Alarico en el 410 d. C.

más se ha encolerizado y los hombres los que menos, ya que, al hacer El mismo lo que los hombres no pudieron hacer, ha mostrado la razón por la cual envió a estos enemigos. En efecto, como quiera que el incendio de las vigas de bronce y la destrucción de los edificios de grandes estructuras era una labor que sobrepasaba las fuerzas humanas, ha sido una caída de rayos del cielo la que ha destruido el foro con sus vanas estatuas, que con miserable superstición engañan a Dios o a los hombres; y lo que es más lamentable de todo: que el fuego arrojado por el enemigo no se extendió, mientras que el enviado por el cielo es el que produjo destrucción.

Aug., *Civ.*, 3, 29:

(La misma comparación.)

La verdad es que los galos pasaron a cuchillo a los senadores y a todos los que pudieron encontrar en la ciudad, a excepción de los que se refugiaron en la fortaleza del Capitolio que, de la forma que fuera, logró defenderse ella sola; e incluso a los que se refugiaron en esta colina les vendieron a cambio de oro su vida, la cual, aunque no podían quitársela con las armas, sí podían agotársela con el asedio. Los godos, por el contrario, perdonaron la vida a tantos senadores que lo que más extraño resulta es que se la quitaran a algunos.

Oros., *Hist.*, 7, 39:

(La descripción del saqueo de Roma por parte de Alarico se convierte, por obra y gracia de los cristianos, en una procesión piadosa de bárbaros y cristianos juntos.)

Se presenta Alarico, asedia, aterroriza e invade a la temblorosa Roma, aunque había dado de antemano la orden, en primer lugar, de que dejasen sin hacer daño y sin molestar a todos aquellos que se hubiesen refugiado en lugares sagrados y sobre todo en las basílicas de los santos apóstoles Pedro y Pablo; y, en segundo lugar, de que, en la medida que pudiesen, se abstuvieran de derramar sangre, entregándose sólo al botín. Y para que quedase más claro que aquella in-

vasión de la ciudad se debía más a la indignación de Dios que a la fuerza de los enemigos, sucedió incluso que el obispo de la ciudad de Roma, el bienaventurado Inocencio, cual justo Lot sacado de Sodoma, se encontraba en Rávena por la oculta providencia de Dios; de esta forma no vio la caída del pueblo pecador. En el recorrido que los bárbaros hicieron por la ciudad, un godo, que era de los poderosos y de religión cristiana, encontró casualmente en una casa de religión a una virgen consagrada a Dios, de edad ya avanzada; y cuando él le pidió de una forma educada el oro y la plata, ella, con la seguridad que le daba su fe, respondió que tenía mucho, prometió que se lo mostraría y sacó todo a su presencia; y cuando se dio cuenta de que el bárbaro, a la vista de todas aquellas riquezas, quedó atónito por su cantidad, su peso y su hermosura —a pesar de que desconocía incluso la calidad de los vasos—, la virgen de Cristo le dijo: «Estos son los vasos sagrados del apóstol Pedro; cógelos, si tienes el suficiente valor; si lo haces, tú tendrás que responder; yo, dado que no puedo defenderlo, no me atrevo a mantenerlo». El bárbaro, empujado al respecto a la religión ya por temor a Dios, ya por la fe de la virgen, mandó un mensajero a Alarico para informarle de estos hechos; Alarico dio órdenes de que los vasos sagrados fueran llevados tal como estaban a la basílica del apóstol y que, bajo la misma escolta, fuese también la virgen y todos aquellos cristianos que quisieran unirse. La casa, según dicen, estaba bastante lejos de la basílica y había que atravesar toda la ciudad. Por tanto, mientras todos miraban aquel gran espectáculo, los vasos de oro y plata son públicamente trasladados llevando cada persona uno en su cabeza. La piadosa procesión es cortejada en todo su recorrido por una escolta con las espadas desenvainadas; romanos y bárbaros, unidos en un solo coro, cantan públicamente un himno a Dios; el sonido de la trompeta de salvación suena a lo largo y ancho en medio del saqueo de la ciudad, e invita y anima a todos, incluso a los escondidos en lugares ocultos. De todas partes los vasos de Cristo[150] se unen a los vasos de Pedro, y también muchos paganos se mezclan con los cristianos en una misma manifestación, aun-

[150] Los cristianos.

que no con la misma fe; de esta forma, esos paganos logran salvarse momentáneamente para mayor confusión suya. Y cuanto más numerosos son los romanos que se juntan para huir, con tanto más empeño los rodean los bárbaros para defenderlos. ¡Oh sagrada e indecible discriminación obrada por el juicio divino! ¡Oh santa y saludable riada humana esta que, salida de una pequeña casa, mientras tiende en su feliz lecho hacia la morada de los santos, arrastra con piadosa rapacidad al seno de la salvación a las almas errantes y en peligro! ¡Oh trompeta gloriosísima de la milicia cristiana que, invitando a la vida con su dulcísimo son a todos sin discriminación, abandonó a la muerte, sin posibilidad de excusa, a los que en su desobediencia no atrajo a la salvación! Fue un profundo misterio este del transporte de vasos, del canto de himnos y de la conducción del pueblo; fue algo así, pienso, como un gran tamiz por el cual, de toda la masa del pueblo romano, como si de un gran montón de trigo se tratase, pasaron por todos los agujeros, saliendo de los escondidos rincones de todo el círculo de la ciudad, los granos vivos, conducidos ya por la ocasión, ya por la verdad; sin embargo, fueron aceptados todos aquellos granos del previsor granero del señor que creyeron poder salvar su vida presente, pero los restantes, como si se tratase de estiércol o paja, juzgados ya de antemano por su falta de fe y su desobediencia, quedaron allí para ser exterminados y quemados. ¿Quién podría ponderar suficientemente estos hechos, por muchas maravillas que dijese? ¿Quién podría proclamarlos con dignas alabanzas?

Al tercer día de haber entrado en la ciudad los bárbaros se marchan espontáneamente, no sin provocar el incendio de unos cuantos edificios, pero no un incendio tan grande como el que en el año 700 de la fundación de la ciudad había provocado el azar.

Aug., *Civ.*, 1, 5.:

> (Agustín y Orosio son muy dados a hacer, para defender los *tempora christiana,* comparaciones entre hechos ocurridos antes de Cristo y hechos sucedidos

en época cristiana. Así esta comparación de Agustín entre Troya y Roma.)

La misma Troya, como dije, madre del pueblo romano, no pudo, en los lugares consagrados a sus dioses, librar a sus ciudadanos del fuego y de las armas de los griegos, a pesar de que adoraban a los mismos dioses. Es más

> En el propio templo de Juno, unos guardianes escogidos, Fénix y el cruel Ulixes, custodiaban el botín: allí estaban amontonadas por todas partes las riquezas de Troya sacadas de los templos incendiados, los altares de los dioses, cráteres de oro macizo y despojos de los cautivos. Alrededor, en larga hilera, están los hijos y las madres aterrorizados[151].

Y es que fue escogido este lugar consagrado a tan gran diosa, no para evitar que de él pudieran ser sacados los cautivos, sino para permitir que fueran encerrados en él. Compara ahora ese templo, no de una diosa secundaria cualquiera o perteneciente al rebaño común de los dioses, sino de la misma hermana y esposa de Júpiter y de la reina de todos los dioses, con los templos conmemorativos de nuestros apóstoles. A aquel lugar eran llevados los despojos arrancados a los templos incendiados y a los dioses, y no para ser donados a los vencidos, sino para ser repartidos entre los vencedores; a éstos de ahora ha sido llevado en cambio, con honras y religiosísima reverencia, todo lo que se sabía que pertenecía a esos lugares sagrados. En aquél se perdió, en éstos se ha conservado la libertad. Allí quedó encerrada, aquí prohibida la cautividad. Allí eran oprimidos los destinados a ser esclavos de los enemigos, aquí eran conducidos los destinados a ser libres por los propios misericordiosos enemigos. En fin, aquel templo de Juno fue escogido por la avaricia y soberbia de los tornadizos griegos, mientras que estas basílicas de Cristo han sido escogidas por la misericordia y humildad incluso de los inhumanos bárbaros. A no ser que casualmente los griegos, en aquella su victoria, perdonaran los templos de los dioses comunes y no se atrevieran a herir y cautivar a los des-

[151] Virgilio, *Eneida* 2, 761-767.

graciados y derrotados troyanos que se refugiaran en ellos; pero la verdad es que Virgilio, en estilo poético, nos dice que eso es mentira. Es más, él nos describió el estilo de los enemigos en la destrucción de ciudades.

Oros., *Hist.*, 2, 14:

(Comparación entre la situación de Sicilia antes de Cristo y después de Cristo.)

Sicilia fue en un primer momento patria de cíclopes[152] y, tras éstos, fue siempre nutricia de tiranos y muchas veces también prisionera de esclavos[153]; de todos éstos, los primeros se alimentaban con carne humana, los segundos con torturas y los últimos con muertes. Hay que exceptuar aquellos casos en que en épocas de guerras externas de otros países, Sicilia era considerada unas veces como botín y otras como premio. Esta isla, por decirlo en pocas palabras, no ha conocido lo que es la ausencia de desgracias hasta que no ha llegado esta época nuestra; es más (para explicar con claridad los cambios en las situaciones de los tiempos), de la misma forma que en épocas anteriores Sicilia, siempre sola, sufrió luchas tanto internas como externas, así también ahora es la única que no está sola. Y es que, hasta el propio Etna —por no hablar ya del largo tiempo que duró la desgracia por la que fue oprimida en otras épocas, o de esta paz de que disfruta ahora—, que en aquella época vomitaba frecuentes erupciones con la consiguiente ruina de ciudades y campos, ahora sin embargo sólo humea en inocente espectáculo para dar prueba de lo que fue en otro tiempo.

Oros. *Hist.*, 3, 2, 12 ss.:

(Tras hablar de las guerras entre griegos durante el siglo IV a. C., compara aquella época con la presente.)

Y ahora que hablen mal de esta época nuestra y alaben a

---

[152] Tucídides señala, en efecto, que en época muy antigua habitaban en una parte de Sicilia los cíclopes (6, 2).

[153] Aparte de las tradicionales sublevaciones de esclavos, posiblemente hay también aquí una referencia a Micito, un esclavo de Regio, que en el 476 a. C. desempeñó la regencia como tutor de los jóvenes hijos del rey.

aquella otra pasada quienes no sepan que todas las gentes de estas mismas ciudades y provincias envejecen ahora sólo en los juegos y teatros, de la misma forma que antes también se consumían, pero fundamentalmente en la milicia y en los campos de batalla. Aquella floreciente ciudad de los lacedemonios, que incluso pretendía conseguir entonces todo el imperio oriental, apenas pudo contar con cien ancianos: y es que, rodeada de incesantes desgracias, consumía míseramente la vida de los jóvenes. Y ¿se puede quejar ahora la gente, cuyas ciudades, llenas de ancianos y niños, se ven enriquecidas con la segura presencia de los jóvenes y consiguen en pacíficas profesiones el precio de los placeres de la paz? A no ser que por casualidad (dado que todo lo presente suele cansar a la mutable naturaleza humana) a los que sienten comezón por las novedades tanto a la hora de actuar como a la hora de escucharlas, les sirva de hastío incluso la propia vida...

Oros., *Hist.*, 3, 20, 10 ss.:

(Comparación de las acciones de Alejandro con las de época cristiana.)

Por otra parte, si piensan que la época de Alejandro puede ser alabada por el valor con que éste se apoderó de todo el mundo y no censurada por la ruina en que todo el orbe se vio derrumbado, también tendrá que haber ahora muchos que consideren loable esta nuestra época, porque los bárbaros han conseguido muchas victorias y consideran como suerte propia las desgracias de los demás. Pero quizá alguien diga: «Pero estos enemigos de ahora lo son de la Romania»; se le puede responder: «Esto se pensaba también de Alejandro con relación a todo Oriente, y también los romanos han dado a otros esa misma impresión cuando han atacado con guerras a pueblos tranquilos y lejanos». «Pero los romanos y Alejandro conquistaban reinos, mientras que los bárbaros lo que buscan es destruirlos.» Con estos argumentos se están separando, de una parte, las inevitables ruinas de las guerras y, de otra, las decisiones del vencedor; los romanos, es verdad, atacaron primero con guerras a los mismos pueblos que después educaron con sus leyes. Pero también los bárbaros, a los pueblos que ahora turban con la guerra, si

consiguen dominarlos (lo cual no lo permita Dios), tratarán de reconstruirlos con sus costumbres y terminarán por ser llamados grandes reyes por los siglos venideros, quienes ahora son juzgados como crueles enemigos por nosotros.

Llámense como se llamen tales acciones, se llamen desgracias o se llamen valor, lo cierto es que comparadas con las pasadas, las de ahora son menores. De esta forma, cualquier interpretación nos favorece a nosotros en comparación con Alejandro y los persas: si lo consideramos como valor, el de estos enemigos de ahora es menor; si lo consideramos como desgracia, la de los romanos es también menor.

Oros., *Hist.*, 3, 23, 65 ss.:

> (Al terminar de hablar de las luchas entre los sucesores de Alejandro, hace Orosio el siguiente comentario.)

Y ahora, que se sonrojen con el recuerdo de hechos pasados quienes saben que viven en compañía de enemigos y no sufren ataques, y ello gracias sólo a la intervención de la fe cristiana y teniendo en medio sólo el carácter sagrado de un juramento. Y para ellos debe quedar esto suficientemente claro, y no porque suceda lo que en otro tiempo cuando «... el sacrificio de una cerda sancionaba las alianzas»[154], sino porque ahora, al poner por testigo entre los romanos y los bárbaros a su Dios y creador, los evangelios ante los cuales se jura hacen guardar tanta fidelidad, cuanta en aquella época no pudo salvaguardar la propia naturaleza entre padres e hijos.

Oros., *Hist.*, 4, 6, 34 ss.:

> (En medio de la narración de las guerras púnicas, hace este otro.)

¡Oh dolor! ¿No leen acaso estos desastres de los antiguos quienes ahora se quejan de los recientes? Sí los leen, pero no los explican con equidad, sino con envidia. Se ven agui-

[154] Virgilio, *Eneida* 8, 641.

joneados en efecto por ese gran e inexplicable aguijón que ni ellos mismos comprenden: no porque éstos sean tiempos malos, sino porque son tiempos cristianos; y la consecuencia de esta ulcerosa envidia es que, cualquier cosa que suceda en circunstancias detestables, de antemano parece ser más atroz. De la misma forma, también en nuestro ambiente, a los ojos de los enemigos suele parecer que aquellos a quienes odian no hacen ni en palabras ni en hechos nada que no sea depravado, nada que no sea vergonzoso, nada que no sirva sino para herirles; y esto lo piensan con toda tranquilidad. Y es que la envidia tuerce tanto el corazón del que se apodera, como odia al que es recto por naturaleza. Estos contemporáneos nuestros pertenecen a este tipo de envidiosos; pero son mucho más dignos de misericordia por cuanto son enemigos de Dios y consiguientemente enemigos de la verdad; de ellos digo yo estas cosas llorando; a ellos les recrimino piadosamente, si es que se dejan, con el fin de sanarlos a ellos, que miran a esta nuestra época con ojos enfermizos y, en consecuencia, los males que ven les parecen el doble de males; ellos que, confundidos por la niebla de la maldad, caen en el vicio de ver más cuando menos ven, a pesar de que no pueden ver la realidad tal como es; ellos, que consideran más graves los azotes de un padre que los incendios del enemigo; ellos, que llaman más duro al Dios que invita amablemente, que aconseja y redime, que al diablo que persigue, domina y destroza. Pero si ellos entendieran de las obligaciones de un padre, se alegrarían de su castigo; y si vieran de antemano los frutos de la ciencia, les parecería llevadero el aprendizaje; y por la esperanza que ahora se da a los pueblos y que antes no se dio, considerarían más leves los males, aunque tuvieran que soportarlos más duros; incluso el desprecio a las desgracias pueden aprenderlo también de sus conciudadanos, entre los cuales los más grandes males son tenidos como grandes bienes con tal de conseguir la célebre e ilustre gloria de la fama; gracias a éstos podemos nosotros, a quienes se nos promete una eternidad bienaventurada, colegir cuántos males deberíamos soportar en esta vida, cuando ellos pudieron aguantar tantos en aras de la fama.

5. Los cristianos no se asocian contra el imperio.

Min. Fel., 7, 4.:

(Los cristianos forman una facción clandestina.)

Los cristianos, reclutando de los lugares más bajos a hombres ignorantes y a mujeres crédulas e inclinadas, por la debilidad de su sexo, a dejarse caer, forman una turba de conjurados impíos que, en reuniones nocturnas y en ayunos periódicos y de alimentos indignos del hombre, se alían, no por medio de una ceremonia sagrada, sino por medio de un sacrilegio: es una raza amiga de la oscuridad y enemiga de la luz; muda cuando está delante del público y charlatana en los rincones; desprecian los templos como si fueran tumbas, blasfeman contra los dioses, se burlan de los ritos sagrados, tienen misericordia, ellos dignos de misericordia —si es lícito decir esto—, de los sacerdotes, y desprecian, estando ellos semidesnudos, honores y púrpuras.

Min. Fel., 31, 6:

(Contestación a la acusación anterior.)

No estamos formados, el grupo de los cristianos, de la plebe más baja, porque rechacemos vuestros honores y púrpuras; ni somos un grupos faccioso, porque tengamos todos el mismo excelente ideal manteniendo siempre la misma tranquilidad tanto si estamos reunidos como si estamos aislados; ni somos charlatanes en los rincones, porque vosotros os avergonzéis y temáis oírnos en público.

Tert., *Apol.,* 38.:

(Los cristianos no se asocian contra el imperio.)

Consiguientemente —por hablar con palabras suaves— no era necesario considerar a esta nuestra secta entre las facciones ilícitas, ya que ella no comete ninguna de las temibles acciones que cometen las facciones ilícitas. En efecto, si yo no me engaño, es evidente que el motivo por el que se prohíben esas facciones no es otro que defender el orden del estado, para que la ciudad no se divida en partes: por ese camino se revolucionan fácilmente, en choques de pasiones ri-

vales, los comicios, las reuniones, la curia, las asambleas e incluso los espectáculos, máxime en una época en que los ciudadanos han empezado ya a rivalizar en su violencia venal y mercenaria. Pero nosotros, que nos mantenemos totalmente fríos ante el ardor de la gloria y de los honores, no tenemos ninguna necesidad de coaliciones ni hay ninguna cosa que nos preocupe menos que los asuntos políticos. Nosotros no conocemos ningún otro estado, único para todos, que el mundo.

Tert. *Apol.*, 39.:

> (Los cristianos se unen sólo con una finalidad religiosa y caritativa.)

Es este el momento de que diga yo ya las ocupaciones de la facción cristiana, para, tras haber demostrado que no son malas, dejar claro que son buenas: y ello incluso ateniéndome sólo a la verdad.

Nosotros somos un cuerpo que compartimos la misma religión, estamos unidos por la misma disciplina y aliados en la misma esperanza. Formamos una coalición y una congregación para asediar a Dios con nuestras súplicas, a forma de batallón cerrado. Esta nuestra fuerza le es grata a Dios. Rogamos incluso por los emperadores, por sus funciones y sus poderes, por el estado actual del mundo, por la paz de las cosas y porque tarde en llegar el final. Nos reunimos para rememorar las Sagradas Escrituras por si la situación de los tiempos presentes nos obliga a encontrar en ellas premoniciones o explicaciones de algunos hechos. Lo cierto es que, gracias a sus santas palabras, alimentamos nuestra fe, levantamos nuestra esperanza, aseguramos nuestra confianza y aumentamos nuestra disciplina mediante la inculcación de los preceptos...

Segunda parte
Problemas vivenciales

I. La moral

No pretendemos en este capítulo hacer una selección de textos relativos a la moral entre los primeros cristianos. Sería una vana pretensión, porque el tema de las costumbres cristianas en los primeros siglos exigiría por sí solo una selección de textos. Nos limitamos a seleccionar algunos textos relativos a la moral cristiana y cuyo contenido sea apologético.

Con frecuencia los paganos se burlan de determinadas prácticas morales de los cristianos y los autores cristianos se defienden contra esas burlas. Es en función de este tipo de dialéctica como escogemos los textos que ofrecemos en este capítulo.

Dos apartados distinguimos en el mismo:

1. La sexualidad.
2. La *humanitas* cristiana frente a *inhumanitas* pagana.

1. La sexualidad

En lo que se refiere a la sexualidad, los textos apologéticos de los autores cristianos se mueven fundamentalmente en estas direcciones:

a) Defensa contra las acusaciones de acciones impuras.

El carácter secreto de las primeras reuniones de los cristianos y el espíritu de solidaridad entre ellos, así como quizá también algunas actuaciones heterodoxas aisladas, facilitaron a los paganos la posibilidad de hacer determinado tipo de acusaciones en este sentido.

Una de estas acusaciones es la de que los cristianos adoraban el sexo de sus maestros (Min. Fel., 9, 4). La acusación ha sido puesta en relación precisamente con un grupo hete-

rodoxo: se trataría del culto rendido a Cristo bajo el símbolo de un falo por ciertas comunidades que se autodeterminaban cristianas en el siglo II. A esta acusación, atestiguada solamente en Minucio Félix, responde éste (28, 10 ss.) con una retorsión poco convincente: alude a ciertas prácticas sexuales paganas que, si bien son impúdicas, no tienen nada que ver con la religión.

Otra acusación, atribuida por Minucio Félix a Marco Aurelio Frontón, el conocido erudito romano del siglo II, es la de que los cristianos protagonizaban banquetes y reuniones incestuosas. La acusación se hacía incluso con detalles, detalles que recogen tanto Minucio Félix (9, 6 ss.), como Tertuliano (*Apolog.*, 6, 11; *Ad nat.*, 1, 16): los cristianos se reunían alrededor de un candelabro al que tenían atado un perro; en un momento determinado arrojaban un trozo de pan al perro de forma que la longitud de la cuerda con la que estaba atado al candelabro no le permitía llegar a él; el perro tiraba del candelabro al ir en busca del trozo de pan y, como consecuencia, se producía un apagón; es el momento en que los reunidos se entregan a relaciones carnales entre ellos de una forma indiscriminada; la oscuridad y el hecho de no conocer a la pareja determinarían que en muchos casos las relaciones fueran incestuosas. Tanto Minucio Félix como Tertuliano responden a esta acusación. Minucio (31, 1-5) responde que esa acusación es obra de demonios y utiliza de nuevo una retorsión: son los paganos los que han recurrido a esas prácticas, según cuenta la historia en relación con persas, atenienses y egipcios, según se puede ver en las tragedias y en los mitos de los dioses y según se desprende de la proliferación de niños expósitos, con cuyos descendientes, al no conocerlos, es posible que cometa incesto cualquier familiar e incluso el propio padre. Tertuliano (*Apolog.*, 9, 16; *Ad nat.*, 1, 16) responde con los mismos argumentos; en *Apolog.*, 19, 3 ss., el mismo Tertuliano pinta un cuadro de la vida anterior de las comunidades cristianas, con el que sale al encuentro de las acusaciones de sospechosas relaciones entre los cristianos.

b) Defensa de las prácticas de pureza y virginidad frente a la impureza pagana.

Los autores cristianos no dejan de recordar siempre que pueden, que las mujeres romanas han perdido aquellas vie-

jas costumbres de pureza y fidelidad a su marido de las antiguas matronas: las severas y sobrias costumbres republicanas han desaparecido (Tert., *Apolog.*, 6, 4 ss.). Pero no sólo las mujeres en general, sino incluso aquellas o aquellos que por su profesión —vírgenes y sacerdotes— deberían guardar con más cuidado la virtud de la castidad, se dejaban llevar por los más vergonzosos desenfrenos (Min. Fel., 25, 10-11). En este sentido, los autores cristianos recurren con frecuencia a los datos que les suministra la historia sobre vírgenes vestales que han roto su voto de castidad (Oros., *Hist.*, 3, 9, 5; 4, 2, 8; 4, 5, 9; 5, 15, 22; 2, 8, 13), e insisten también en comparaciones entre las vírgenes vestales paganas y las vírgenes cristianas: esto último es uno de los motivos de discusión en la polémica entre Símaco y Ambrosio (Symm., *Relat.*, 11; Ambros., *Epist.*, 18, 11-12), polémica en la que también interviene Prudencio (*Contra Symm.*, 2, 1064 ss.); se llega incluso a comparaciones entre vírgenes heroínas de la filosofía pagana y vírgenes cristianas (Ambros., *De uirgin.*, 1, 4, 17).

Las relaciones adúlteras entre los dioses paganos son también un constante motivo apologético en este sentido.

c) El pudor de la mujer cristiana.

Frente a la inmoralidad de las diosas, mujeres y vírgenes paganas, la mujer cristiana practica la sobriedad y la pureza.

El lujo y los aderezos femeninos no son nada más que un impedimiento para la virtud femenina (Tert., *De cultu feminarum,* 1, 1, 2 ss.); incluso ese lujo de las mujeres fue la causa de la caída de los ángeles malos (Tert., *Ibid.;* Commod., *Instruct.*, 1, 3). Por eso la mujer cristiana debe evitar las pinturas y demás adornos femeninos (Hier., *Epist.*, 38, 3).

En lo que se refiere concretamente a la pureza, los autores cristianos la defienden sobre todo en las viudas y en las vírgenes: las viudas deben olvidarse de sus pasadas relaciones conyugales (Hier., *Epist.*, 64, 4 y 6). Las vírgenes han de evitar las comidas abundantes, que despiertan la libido, y los alimentos de cualidades eróticas (Hier., *Epist.*, 64, 10), el más pequeño contacto con los jóvenes (Hier., *Epist.*, 64, 13) y, por supuesto, el acostarse o convivir con hombres (Cipr., *Epist.*, 4).

d) Capítulo importante en el tema de la pureza de las vír-

genes cristianas es precisamente el de la encarnación de Cristo en María sin intervención de varón. Es evidente que los paganos encontraban aquí un argumento fácil en contra de la doctrina cristiana: María no pudo concebir sin intervención de varón y, consiguientemente, no se puede creer en su virginidad y pureza. Los autores cristianos se defienden por varias vías:

— En la mitología pagana se encuentran casos de nacimiento sin intervención de alguna de las partes interesadas en toda concepción: el hombre o la mujer. El ave Fénix nace y renace sin que haya cónyuge; Minerva nació del cerebro de Júpiter, sin que interviniera, no un hombre, como es el caso de Cristo, sino ni siquiera una mujer; Líber nació del fémur de Júpiter, sin intervención también de mujer; y en el caso de Venus no hay intervención de mujer ni de hombre, ya que nació de la espuma del mar. Y así otros ejemplos (Rufino, *Expos. Symb.*, 9).

— En la propia naturaleza hay animales que pueden concebir con el soplo del viento o de la brisa (Lact., *Diu. Insti.*, 4, 12); las abejas desconocen matrimonio y dan a luz sin cópula (Ruf., *Expos. Symb.*, 9).

— En las profecías: ya siglos antes se había predicho por parte de los profetas que Cristo sería encarnado sin intervención de varón (Lact., *Diu. Inst.*, 4, 12). Si había sido predicho antes de que ocurriera es porque esto evidentemente podía ocurrir.

— En la omnipotencia de Dios: Dios lo puede todo y, consiguientemente, puede encarnarse en una virgen (Lact., *Diu. Inst.*, 2, 1 y 14).

2. La *humanitas* cristiana frente a la *inhumanitas* pagana

Las acusaciones de los autores paganos contra los cristianos en el sentido de que éstos practican costumbres poco humanas —sobre algunas de estas acusaciones volveremos en el capítulo sobre la sociedad— merece por parte de los cristianos una doble respuesta: por una parte, en forma de retorsión, se responde que son realmente los romanos los que practicaron costumbres crueles e impías. Por otra, desde un

punto de vista positivo, se ponen de relieve las virtudes de los cristianos.

Así, Minucio Félix (25) insiste en que el pueblo romano nació ya con un crimen y así ha continuado a lo largo de toda su historia: su engrandecimiento se ha hecho a base de crímenes y de vergonzosas acciones para con los pueblos vencidos e incorporados al imperio. En contraposición, la virtud de los cristianos es la que hace que la nueva doctrina tenga cada día más adeptos.

Una cruel costumbre, de la que eran acusados los cristianos, era la de hacer un infanticidio en el rito de iniciación (Min. Fel., 5; Tert., *Ad nat.*, 1, 7, 23 ss.). Los cristianos responden aquí de nuevo con una retorsión: son los paganos los que cometen crímenes rituales; y para demostrarlo recurren a testimonios proporcionados por la historiografía pagana (Tert., *Apolog.*, 9; Min. Fel., 30).

Un motivo utilizado por Agustín y Orosio en defensa de la *humanitas* cristiana es el saqueo de Roma protagonizado por Alarico en el 410: la clemencia de los bárbaros en este saqueo se debe exclusivamente a los cristianos.

Por último, en lo que se refiere a costumbres, los cristianos, para criticar la relajación de las mismas entre los romanos, encuentran un buen apoyo en la historiografía pagana de carácter moralista, sobre todo en Salustio. Agustín (*Ciu. Dei*, 2, 18) dedica un largo capítulo a recoger testimonios de Salustio en este sentido.

TEXTOS

1. La sexualidad

a) *Los cristianos se defienden contra acusaciones de acciones impuras.*

Min. Fel., 9, 4:

> (Los cristianos son acusados de adorar el sexo de sus sacerdotes.)

Otros dicen que los cristianos adoran las partes genitales

de sus jefes religiosos y de sus sacerdotes y que las adoran como si fueran el sexo de sus padres[1] ; yo no sé si esto es falso, lo que sí sospecho es que es ciertamente apropiado a sus ceremonias clandestinas y nocturnas.

Min. Fel., 28, 10 ss:

(Octavio contesta a la acusación anterior diciendo que son los paganos los que rinden culto al sexo.)

Y ese que se ha inventado contra nosotros lo de la adoración de las partes genitales de nuestros sacerdotes, está intentando trasladar a nosotros vicios que son suyos. Efectivamente, este tipo de impudor es muy probable que forme parte de los ritos sagrados de aquellos que ponen los órganos sexuales delante de todos los demás órganos del cuerpo, que dan a todos los tipos de impudor nombres refinados, que envidian la libertad de las prostitutas, que lamen a los hombres en la mitad del cuerpo, que se pegan a las partes sexuales con boca libidinosa; son hombres que tendrían mala lengua, aunque no hablaran; hombres cuyas acciones impúdicas les produce, no vergüenza, sino mal sabor. ¡Oh sacrilegio! Admiten en ellos mismos una mala acción que ni la excusa de la edad podría aceptar en la juventud más muelle ni podría ser impuesta a la servidumbre más ruda.

A nosotros no sólo no nos está permitido oír hablar de estas y otras torpezas de este tipo, sino que es ya vergonzoso que nos sigamos defendiendo con más palabras. Y es que nosotros no creeríamos que podrían hacerse todas esas cosas que os habéis inventado contra personas castas y púdicas, si no hubierais demostrado que las hacéis vosotros mismos.

Min. Fel., 9, 6 ss.

(Los cristianos son acusados de incestuosos.)

En lo que se refiere a sus festines, es notorio que en ellos hablan todos un poco; un testimonio de ello, entre otros, es

[1] La acusación puede ser puesta en relación con un culto rendido a Cristo bajo el símbolo de un falo por unas comunidades que se autodenominaban cristianas en el s. II.

el discurso de nuestro conciudadano de Cirta[2]. En el día fijado se reúnen para el banquete con todos sus hijos, sus hermanas, sus madres: se juntan así gentes de todos los sexos y edades. Allí, tras un copioso banquete, cuando el festín ha adquirido ya un cierto calor y el ardor de la pasión incestuosa ha inflamado a los comensales ya borrachos, se azuza a un perro, que tienen atado al candelabro, para que salte y se lance a por un trozo de carne que le ha sido lanzado más allá del círculo al que está atado; una vez que de esta forma ha caído y se ha apagado la luz que hasta ahora servía de testigo, protegidos por el impudor de la oscuridad, mezclan los lazos de su repugnante pasión dejándose llevar por el azar de la suerte. De esta forma se convierten todos en incestuosos, si no de hecho, sí al menos por complicidad, ya que con el acuerdo de todos se llega a aquello que pueda suceder en cada uno de los actos individuales.

Min. Fel., 9, 2:

Se reconocen (los cristianos) por señales y marcas ocultas y se aman entre ellos, por así decir, antes de conocerse; por lo demás, practican, un poco por todas partes, una especie de culto a la lujuria entre ellos; llegan hasta el extremo de llamarse indistintamente hermanos y hermanas: de esta forma, al acto carnal corriente le dan, al recurrir a estos término sagrados, el nombre de incesto.

Min. Fel., 31, 1-5:

(Respuesta a las acusaciones anteriores de incesto.)

En lo que se refiere a banquetes incestuosos, una coalición de demonios se ha inventado una exagerada leyenda contra nosotros: de esta forma han manchado nuestra gloriosa castidad derramando sobre ella la mancha de una vergonzosa infamia y han apartado de nosotros, antes de descubrir la verdad y por el efecto terrorífico de esta abominable fama, a los hombres. En este tema, tu compatriota Frontón[3], entre otros, se ha convertido, no en la persona garante

---

[2] Frontón, el conocido erudito romano del s. II, el cual, según este testimonio de Minucio, pronunciaría un discurso en contra de los cristianos.

[3] Solamente Minucio cita a Frontón como fuente de esta acusación.

que afirma un testimonio, sino en el orador que desparrama una injuria. En realidad, estas prácticas proceden más bien de pueblos de vuestra especie. Entre los persas está permitido unirse a las madres y entre los egipcios y atenienses los matrimonios con hermanas son legítimos[4]. Los incestos se han convertido en la gloria de vuestras historias y tragedias[5], que vosotros leéis y oís de buen grado. Al mismo tiempo, adoráis a dioses incestuosos que se han unido con su madre, con su hija o con su hermana[6]. En definitiva, entre vosotros es normal que se descubran frecuentemente y que se admitan siempre actos incestuosos[7]. Es más, sin vosotros saberlo, desgraciados, podéis ser lanzados a la ejecución de actos ilícitos: a repartir por todas partes vuestros amores, a dejar hijos por todos sitios, a dejar en manos de la misericordia ajena a los hijos nacidos en vuestras propias casas. Por todo ello es necesario que caigáis sobre gente de vuestra propia sangre y que cometáis errores en las personas de vuestros propios hijos. De esta forma, vosotros os habéis inventado la historia del incesto, cuando no tenéis conciencia de que vosotros lo estáis cometiendo. Nosotros, por el contrario, mostramos nuestro pudor, no en el rostro, sino en la mente: nos atamos de buen grado al vínculo de un solo matrimonio y sólo conocemos a una mujer o a ninguna, y ello llevados sólo por el deseo de procrear. Nosotros celebramos banquetes que son no sólo púdicos, sino incluso sobrios: efectivamente, nosotros no nos entregamos a la comida ni prolongamos el banquete con vino, sino que moderamos nuestra alegría con la seriedad, con conversaciones castas y con un cuerpo todavía más casto; muchos de nosotros recibimos ventajas, más que gloria, con la virginidad perpetua de un cuerpo intacto. En definitiva, el deseo de incesto está tan alejado de nosotros que incluso las relaciones virtuosas producen en algunos vergüenza.

---

4 Estos hechos parecen remontar a la tradición de Herodoto (3, 31). Tanto Minucio como Tertuliano parecen tomarlos de Ctesias, historiador griego de alrededor del 400 a. C.

5 En Edipo, por ejemplo.

6 Zeus, por ejemplo, se unió a Rea, su madre; a Perséfone, su hija, y a Hera, su hermana.

7 Como consecuencia de la proliferación de niños expósitos sucedía que con el tiempo se podía caer fácilmente en incesto.

Tert., *Apol.*, 6, 11-7, 1 ss.

(Acusación de incesto.)

Ahora voy a responder a la infame calumnia que se nos hace de crímenes ocultos, a fin de prepararme el camino para discutir los crímenes públicos.

Nosotros, se dice, somos los más grandes criminales, a causa del rito de infanticidio, a causa de nuestros banquetes de sangre y a causa de nuestros actos incestuosos celebrados después de esos banquetes; incestos organizados, se dice, a través de perros que apagan las luces, es decir, a través de auténticos procuradores de tinieblas, y que preparan esos actos incestuosos para arrojar un velo discreto sobre esas acciones impías.

Tert., *Apol.*, 9, 16 ss.:

(Respuesta de Tertuliano a la acusación de incesto.)

En cuanto a incestuosos, ¿quiénes lo pueden ser más que aquellos a quienes se lo enseñó el propio Júpiter? Los persas, según cuenta Ctesias[8], se mezclaban con sus propias madres. También son sospechosos de ello los macedonios, ya que, cuando vieron por primera vez la tragedia «Edipo», les produjo risa el dolor del rey incestuoso, y gritaron «¡vamos! ¡sobre nuestras madres!» Pensad ahora cómo vuestros errores contribuyen a que vosotros cometáis incestos, por cuanto vuestra pasividad en materia de lujuria multiplica las ocasiones. En primer lugar, vosotros exponéis a vuestros hijos para que sean recogidos por cualquier extranjero misericordioso que pase, o bien los emancipáis para que sean adoptados por padres mejores. En estas condiciones es inevitable que se pierda el recuerdo de su familia que ya les es extraña. Y una vez que el error ha echado raíces, ese mismo error se convertirá en el transmisor del incesto al aumentar la familia con el crimen. Finalmente, en cualquier lugar, en casa, en el extranjero o más allá de los mares, os acompaña siempre la pasión libidinosa, cuyos saltos, dados por todas partes, pueden fácilmente plantear en distintos sitios descen-

[8] Historiador griego de alrededor del 400 a. C.

dientes sin que vosotros los sepáis o en mujeres que tienen parte de vuestra sangre, de forma que una raza extendida así a través de las relaciones entre los hombres cae sobre sus propios miembros, sin que, en la ignorancia de que se trata de una sangre incestuosa, reconozca a los mismos.

Nosotros estamos libres de hechos de este tipo gracias a una castidad vigilante y fiel, de modo que, de la misma forma que estamos al abrigo del estupro y de excesos de todo tipo tras el matrimonio, también lo estamos de casuales incestos. Algunos de nosotros lo están todavía con más seguridad, ya que, con una continencia virginal y permaneciendo como niños cuando ya son viejos, alejan de su vida todo peligro de un error de este tipo.

Tert., *Apol.*,39, 3 ss.:

> (Cuadro de la vida interior en las comunidades cristianas, en el que Tertuliano sale al encuentro de las acusaciones que se hace a los cristianos en torno a sospechosas relaciones entre ellos.)

Nos reunimos para la lectura de las Sagradas Escrituras por si el curso de los tiempos presentes nos obliga a ver una premonición del futuro o una explicación del pasado. Cultivamos con palabras santas la fe, alentamos la esperanza, aseguramos la confianza y fortalecemos la disciplina inculcando los preceptos. En estas reuniones tienen también lugar exhortaciones, castigos y censuras en nombre de Dios; y es que en ellas se hacen juicios con gran seguridad, como quiera que estamos seguros de estar en la presencia de Dios, y esos juicios se convierten en un seguro antecedente de lo que será el juicio final para aquellos que han cometido un pecado tal que han sido separados de la comunión de la oración, de la asamblea y de toda relación con las cosas sagradas.

Presiden estas reuniones ancianos intachables que han conseguido este honor, no con dinero, sino con las pruebas de su virtud: y es que ninguna cosa de Dios se compra con dinero. Si bien tenemos una especie de caja común, ésta no se ha formado con dinero pagado por aquellos que acceden a los puestos de honor, como si la religión se comprara; cada uno paga una pequeña cantidad un día fijado al mes o cuando le va bien; y ello, si quiere y si puede, ya que nadie es

obligado, sino que cada uno contribuye libremente. El dinero reunido es como un depósito piadoso: efectivamente, no se gasta en comidas, ni en bebidas, ni en lugares improductivos, sino en alimentar y enterrar a los necesitados, en socorrer a muchachos y a muchachas que se han quedado sin fortuna y sin padres, a siervos que ya han llegado a viejos, a náufragos; y todos aquellos cristianos que sufren, por seguir a nuestro Dios, en las minas, en las islas o en las cárceles, se convierten también en beneficiados de su propia religión.

Es sobre todo la práctica de una caridad de este tipo la que, en boca de algunos, nos imprime una marca infame; «Mira», dicen, «cómo se aman entre sí»; ellos se detestan unos a otros; «y mira cómo están dispuestos a morir unos por otros»; ellos están más dispuestos a matarse unos a otros. Y en cuanto al hecho de que seamos censurados porque nos llamamos «hermanos» entre nosotros, yo creo que enloquecen en esa crítica por la única razón de que todos los nombres de parentesco que se dan entre ellos se los dan simplemente como resultado de una simulación afectada. Sin embargo, ¿somos incluso hermanos vuestros, porque tenemos una misma madre, que es la naturaleza?; aunque vosotros sois poco hombres, por cuanto sois malos hermanos. ¿Con cuánta mayor razón son llamados y tenidos como hermanos aquellos que tienen como único padre a Dios, que han bebido el mismo y único espíritu de santidad y que, salidos del mismo y único útero de la ignorancia, han explotado hacia la única luz de la verdad? Pero quizá somos considerados menos legítimos por el hecho de que ninguna tragedia habla de nuestra fraternidad o porque somos hermanos que compartimos en familia todos nuestros bienes, bienes que son precisamente los que casi siempre suelen romper entre vosotros los lazos fraternales. En definitiva, puesto que compartimos el espíritu y el alma, no dudamos en compartir también nuestros bienes. Todo lo tenemos en común, salvo las mujeres; en este punto rompemos la comunidad, que es precisamente el punto en el que la ejercen el resto de los hombres, los cuales no sólo se apropian de las mujeres de sus amigos, sino que prestan pacientemente las suyas a los suyos, siguiendo en ello, pienso yo, la enseñanza

de sus antepasados y de sus sabios, el griego Sócrates y el romano Catón, quienes entregaron a sus amigos las mujeres con las que se habían casado para procrear, sin duda, hijos fuera del matrimonio. Yo no sé si ellas lo hacían en contra de su voluntad, pero ¿qué preocupación podían tener ellas por una castidad que regalaba tan fácilmente su marido? ¡Oh ejemplo de sabiduría ática y de sesudez romana! ¡Un filósofo y un censor convertidos en proxenetas!

¿Qué tiene de extraño que vivamos en medio de tan gran caridad? Vosotros criticáis nuestros banquetes no sólo como infames por los crímenes que en ellos cometemos, sino como exagerados. Es a nosotros sin duda a los que se refiere Diógenes cuando dice estas palabras: «los megarienses banquetean como si fueran a morir mañana mismo y edifican como si no fueran a morir nunca»[9]. Pero todo el mundo ve más fácilmente la paja en el ojo ajeno que la viga en el suyo[10]. Cuando las tribus, curias y decurias eructan, el aire huele a aceo; cuando los salios se ponen a cenar necesitan un crédito abierto; los gastos de las décimas y convites ofrecidos a Hércules tendrían que ser contabilizados por contadores profesionales; en las fiestas apaturias[11], dionisiacas y en los misterios áticos se hacen glebas de cocineros; y si alguien ve el humo de los banquetes en honor de Serapis en seguida despertará a los bomberos. Pero ¡sólo se habla de los banquetes de los cristianos!

Tert., *Nat.*, 1, 16:

(Respuesta a la acusación de banquetes incestuosos.)

Y llegamos a la hora de las lámparas, del servicio de los perros y de las artimañas de las tinieblas[12]. En este punto temo deslizarme; pues ¿con qué acción vuestra semejante me quedaré? De todas formas, lo que debéis hacer es alabar nuestros vergonzosos incestos, porque al menos buscamos noches ficticias con el fin de no contaminar ni el día ni la

---

[9] Las mismas palabras en Jerónimo, *Epístolas* 123, 14, 6.
[10] Cf. *Mateo* 7, 3; *Lucas* 6, 41.
[11] Fiestas en honor de Venus.
[12] Alusión a la acusación de banquetes incestuosos, de la que se ha hablado en textos anteriores.

auténtica noche; porque hemos decidido prescindir de las luces terrenas; porque engañamos incluso a nuestra propia conciencia; porque de lo que hacemos, si queremos, sólo hay sospechas. Vuestras acciones incestuosas, sin embargo, disfrutan libremente de todo tipo de luz, de todo tipo de noche y de todo el conocimiento del cielo y, para que todo sea más feliz, sólo vosotros ignoráis las acciones incestuosas que son conocidas por todo el cielo; nosotros, en cambio, podemos reconocer nuestros pecados, incluso siendo realizados en tinieblas.

Los persas, según cuenta Ctesias[13], lo hacen con sus propias madres con tanta conciencia como horror. Los macedonios es público que practicaron el incesto, porque lo aprobaron: efectivamente, cuando entró por primera vez en un escenario de sus teatros Edipo con los ojos desencajados, le recibieron con risa y mofa; entonces el actor, consternado, se quitó la máscara y dijo: «¿Acaso, señores, os he molestado en algo?»; respondieron los macedonios: «No, tú lo has hecho muy bien; es el autor el que es un necio si lo escribió así o Edipo el que es un loco si actuó así»; y después, se decían unos a otros: «¡Vamos! ¡Sobre nuestras madres!». ¿Acaso son pequeñas las manchas de uno y otro pueblo en todo el orbe? Nosotros, en efecto, hemos infectado toda la tierra y hemos polucionado todo el mar. Pues bien, presentadme una nación que esté libre de aquello que arrastra a todos los hombres a cometer acciones incestuosas; si hay algún pueblo que esté libre de relaciones carnales y de los apremios de la edad y del sexo, por no decir del placer y de la lujuria, ese será el pueblo que esté libre de hechos incestuosos; si hay algún pueblo, privado de la naturaleza humana, y que esté tan lejos de la naturaleza que no esté expuesto ni a la ignorancia, ni al error, ni a la casualidad, ese es el único que puede responder con fuerza a los cristianos.

Mirad, pues, la lujuria que flota entre errores y vientos: a ver si hay pueblos a los que todavía no hayan lanzado a este tipo de pecado los anchos y ásperos vados del error. En primer lugar, al entregar a vuestros hijos en manos de la misericordia de personas extrañas o para que sean adoptados

[13] Cf. notas 4 y 8.

por padres mejores, ¿os olvidáis de que estáis proporcionando una gran materia para acciones incestuosas y de que estáis abriendo muchas ocasiones a la casualidad?[14]. Lo cierto es que o practicáis la severidad aplicando alguna disciplina u os priváis, en cualquier lugar, en casa o en el extranjero, del acto carnal como medida preventiva de resultados de este tipo: de lo contrario, el desparramamiento de vuestro semen y los saltos, aquí y allá, de la lujuria os darán hijos sin que lo sepáis; sobre ellos saltarán después sus propios padres y otros hijos, cuando aquéllos hayan sido alejados del placer por la moderación de la edad. Cuantos adulterios, estupros y actos de público placer «puedan hacerse» en las residencias habituales o en los viajes, tantas mezclas de gentes de la propia sangre, uniones de gentes de la misma familia y, consiguientemente, actos incestuosos habrán. Hasta tal punto es así que de este tema beben las venas argumentales en las composiciones de mimos y en la comedias[15]; en este tema toma su punto de partida también esta tragedia representada para la ciudad siendo prefecto de la misma Fusciano:

«Pusión, nacido en una familia honorable, dejado fuera de la puerta por la fortuita negligencia de sus cuidadores y llevado por unos que pasaban por allí, desapareció de su casa: el que le cuidó era un griego o bien, desde que le cogió en el umbral, se le atrajo educándole a la manera griega... Después cuando ya tenía otra edad, es traído a Roma para ser vendido. Lo compra su imprudente padre y le utiliza como griego que era; a continuación, dado que la dueña «se sirvió» de él, como adolescente que era, fue enviado por el dueño al campo con cadenas. Allí estaban pagando castigo, desde hacía ya tiempo, el pedagogo y la nodriza. A todos ellos se les viene a la memoria todo el asunto y recuerdan mutuamente todos sus avatares hasta llegar a la situación que han llegado: el pedagogo y la nodriza recuerdan que habían perdido al niño; el niño recuerda que él se había perdido desde la niñez y que, por lo demás, todos habían llegado al mismo final; que había nacido en una casa honorable y que quizá

[14] Efectivamente, puede ocurrir que con el tiempo la casualidad haga que un joven que fue abandonado de pequeño o algún descendiente suyo se una, sin saberlo, a un pariente.

[15] Tal es el argumento de las comedias de reconocimiento.

algunos signos podían ponerlo de manifiesto. De esta forma sucede que un error mantenido durante tanto tiempo sale a la luz: desde aquel día se remueve el asunto; los años pasados concuerdan con su edad; se recuerda algo, incluso los rasgos de sus ojos; son identificadas algunas propiedades de su cuerpo. A los dueños, mejor dicho, a los padres ya, les preocupa la diligencia de la investigación que se está llevando a cabo. Se investiga ante el que le vendió y desgraciadamente se llega a la verdad. Descubierto todo el pecado, encuentran la solución ahorcándose; el prefecto deja todos los bienes al hijo, desgraciado sobreviviente, y se los deja no como herencia, sino como pago del estupro y del incesto.»

Esto que acabo de contar es suficiente ejemplo del descubrimiento de maldades de este tipo, ocultas entre vosotros. Nada ocurre una sola vez en las cosas de los hombres: lo que sí puede ocurrir es que salgan a la luz una sola vez.

b) *Los cristianos defienden la práctica de la pureza y la virginidad, como algo propio.*

Tert., *Apol.,* 6, 4 ss.:

(Las mujeres romanas de su época ya no practican la sobriedad de las de antaño.)

En lo que se refiere a las mujeres, ya cayeron aquellas viejas costumbres de los antepasados, costumbres que protegían la modestia y la sobriedad; en aquella época ninguna mujer llevaba oro, salvo en un solo dedo, precisamente el dedo que el esposo había tomado en prenda con el anillo nupcial; en aquella época, las mujeres hasta tal punto se abstenían de beber vino que los parientes de una de ellas la mataron de hambre sólo por haber abierto las puertas de una bodega de vino, y en época de Rómulo una matrona fue impunemente matada por su marido sólo por haber probado el vino. En aquella época sólo besaban a sus parientes cuando había necesidad de ello: de esta forma eran juzgadas sólo por sus intenciones. ¿Dónde está aquella felicidad de los matrimonios, favorecida incluso por las buenas costumbres, gracias a la cual, durante casi seiscientos años desde la fundación de la ciudad, ninguna casa conoció el repudio? Pero ahora las mujeres, a causa del oro, no tienen ningún miem-

bro sin peso; a causa del vino, no dan ni un solo beso puro; y el divorcio lo practican en cuanto quieren como un fruto normal del matrimonio.

Min. Fel., 25, 10-11:

(Inmoralidad de las vírgenes y sacerdotes paganos.)

¿Se puede encontrar por casualidad en el pueblo romano más castidad que la de sus vírgenes y más santidad que la de sus sacerdotes? Y es que, de entre esas vírgenes, la mayoría de ellas tuvieron que ser castigadas por incesto al haberse unido a varones sin consultar a nadie o, al menos, sin que Vesta[16] lo supiera; y las demás se libraron del castigo, no porque guardasen mejor su castidad, sino porque tuvieron más suerte a la hora de cometer las desvergüenzas. En cuanto a los sacerdotes, ¿qué otros sacerdotes de otros pueblos cometen más estupros, practican más lenocinios y meditan más adulterios entre los altares y dentro de los templos? En definitiva, las inflamadas acciones sensuales se practican más en las habitaciones de los guardianes de los templos que en los propios lupanares.

Aug., *Civ.*, 3, 3:

(Las relaciones adúlteras entre dioses paganos y hombres eran frecuentes.)

No hay, pues, ninguna causa por la que los dioses, gracias a los cuales se mantuvo el imperio troyano, según dicen, se sintieran airados porque éstos habían quebrantado el juramento, cuando está demostrado que los troyanos fueron derrotados por los griegos porque éstos eran más poderosos. Ni tampoco hay ninguna causa, según tratan de defender algunos con terquedad, por la que tuvieran que irritarse por el adulterio de Paris hasta el punto de abandonar Troya: y es que esos dioses acostumbran a ser autores y maestros, y no vengadores, de pecados semejantes... Por otro

[16] Se trata de las vírgenes vestales.

lado, si es que los dioses consideraron que se debía castigar el adulterio de Paris, con mayor razón los romanos, o al menos también ellos, deberían ser castigados, ya que la madre de Eneas cometió este mismo pecado[17]. Pero ¿cómo iban a despreciar ese pecado en Paris quienes no habían despreciado en su compañera Venus —por no hablar de otros— el pecado que cometió con Anquises y que la hizo madre de Eneas? O ¿acaso deberían despreciar aquél porque se cometió con la indignación de Menelao y no hacerlo con éste porque se hizo con la complacencia de Vulcano? Y es que los dioses, pienso yo, no cuidan de sus esposas, hasta el punto de que se dignan compartirlas incluso con los hombres.

Symma., *Relat.*, 11:

(La comparación entre las vírgenes vestales romanas y las vírgenes cristianas es uno de los temas de la polémica entre Símaco y Ambrosio.)

¿Qué beneficio ha sacado vuestro sagrado tesoro con la supresión del privilegio de las vestales? ¿Es que emperadores generosísimos van a prohibir aquello que permitieron emperadores más duros? Además, en esa pequeña paga que se da a las vestales, que es una especie de paga a su castidad, sólo hay un rasgo simbólico[18]; de la misma forma que las cintas de su cabeza son un adorno, así también el estar exentas de impuestos es una señal de su sacerdocio. Ellas no reclaman nada más que una pura inmunidad de palabra, ya que su pobreza les dispensa de toda contribución. Así pues, quienes les quitan algo de lo que tienen, aumentan su propia honra, ya que su virginidad consagrada al imperio aumenta en méritos cuando no tiene ninguna remuneración.

Ambros., *Epist.*, 18, 11-12:

«Que tengan», dice, «las vírgenes vestales la immunidad que siempre han tenido». Que digan esto aquellos que son

[17] Eneas es hijo de la diosa Venus y del mortal Anquises.
[18] Sin embargo, Ambrosio dirá, en respuesta, que son enormemente ricas.

incapaces de creer lo que puede ser la virginidad gratuita; que provoquen esa virginidad con dinero quienes no confían en las virtudes. ¿Cuántas vírgenes, sin embargo, consiguieron ellos con los premios prometidos para ellas? Apenas siete jóvenes son tomadas como vestales. He aquí el número que han podido reunir las bandas que adornan la cabeza, los adornos de vestidos de púrpura[19], los enormes privilegios, la litera rodeada por un cortejo de servidores, las enormes ganancias[20] y, en fin, el hecho de que su castidad no sea de por vida.

Que levanten los ojos de su mente y de su cuerpo, que vean lo que es una plebe de pudor, un pueblo de integridad y una asamblea de virginidad. Nuestras vírgenes no tienen cintas para decorar su cabeza, sino un velo insignificante para el uso, pero importante para la castidad; no buscan, sino que rechazan, los atractivos de la belleza; no llevan insignias de púrpura ni lujosas delicadezas, sino que practican el ayuno; no tienen privilegios ni ganancias; en fin, se trata de una vida tal que, al verlas practicar su forma de actuar, lo único que se te ocurrirá sería apartarlas de sus aficiones. Pero cuanto más practican su forma de vida, tanto más interés tienen por ella y su castidad se va acumulando cuanto más pierden de sí mismas. No es virginidad aquella que se compra con el dinero y no se posee gracias a la afición por la virtud; no es auténtica integridad aquella que, como si se tratase de una especie de subasta, es pujada por las ganancias que ofrece en un corto período de tiempo. La primera victoria de la castidad es la victoria sobre los placeres de las riquezas, ya que el deseo de lucro es ya una tentación para el pudor. Concedamos, sin embargo, que se debe dar paga a las vírgenes; ¿qué paga habría que dar entonces a las vírgenes cristianas? ¿qué tesoro público podría soportar tal gasto? Y si piensan que sólo se debe dar paga a las vírgenes vestales, ¿no les da vergüenza a ellos que, bajo el reinado de emperadores gentiles lo reinvidicaron todo para ellos y que ahora, bajo el reinado de príncipes cristianos, piensan que no se nos debe dar a nosotros el mismo trato?

---

19 Indumentaria externa de las vestales.
20 Símaco, en *Relación* 11, hablaba de su pobreza.

Ambros., *De virginibus,* 1, 4, 17:

(Comparación entre vírgenes del pitagoreísmo y vírgenes cristianas.)

Tengamos los ojos abiertos no sea que por casualidad las propias doctrinas filosóficas se hayan inventado una virgen que reivindique sólo para ella el magisterio de todas las virtudes. La fábula celebra a una virgen pitagórica de la cual se dice que, al ser obligada por el tirano a declarar un secreto, para que no se pudiera hacer contra ella nada, ni siquiera con tormentos, que la obligara a confesar, se cortó de un mordisco la lengua y la escupió al rostro del tirano, para que quien no ponía límite a las preguntas no tuviese ya a quién preguntar. Esa virgen, sin embargo, de fuerte ánimo, pero de vientre hinchado, ejemplo de taciturnidad y despilfarro de castidad, fue vencida por los placeres, a pesar de que no había podido ser derrotada por los tormentos... Pero cuánto más fuertes son nuestras doncellas, que vencen incluso a poderes a los que no ven y cuya victoria es no sólo sobre la carne y la sangre, sino sobre el propio príncipe del mundo y rector del siglo.

Prud., *Contra Symm.,* 2, 1064 ss.:

(La virginidad de las vestales no tienen mérito.)

Voy a discutir ahora cuál es la nobleza de la virginidad de las vestales y de acuerdo con qué ley se rige toda la gloria de su pudor. En primer lugar son elegidas muy pequeñas, en sus años tiernos, antes de que la libre elección de su voluntad personal, inflamada por la honra de la castidad y por el amor a los dioses, condene los legítimos lazos de la unión matrimonial. Esa castidad, prisionera, es entregada a unos altares ingratos; y el placer de su cuerpo intacto no es que sea despreciado por estas desgraciadas, sino que les ha sido quitado. Por lo demás, su espíritu no se conserva virgen ni tienen descanso en la cama, en la que estas mujeres no casadas suspiran su pena escondida y sus bodas perdidas. Pero, dado que la esperanza, todavía no perdida, no ha apagado totalmente el fuego —con el tiempo en efecto les estará permitido encender las antorchas apagadas y tapar, cuando estén

ya viejas, sus cabellos con velos de fiesta—, Vesta, que ha exigido un cuerpo puro durante un tiempo determinado, rechazará al fin en la vejez la virginidad. Mientras el vigor apropiado para el tálamo estuvo en su apogeo, ningún amor fecundó su vientre inútil para convertirla en madre; se casa ya vieja cuando ha desempeñado su función sagrada y cuando ha abandonado el fuego al que sirvió en su juventud, trasladando sus arrugas veteranas al lecho conyugal y aprendiendo, recién casada, a entibiarse en un gélido lecho[21].

Hasta entonces, mientras la venda enrollada envuelve sus cabellos flotantes y enciende, sacerdotisa célibe, los carbones fatídicos, es llevada por medio de las plazas, como si se tratara de una procesión pública, en un cómodo carro; y esta virgen se muestra con el rostro descubierto a las miradas de los atónitos ciudadanos. Después, este venerable pudor y esta piedad desconocedora de los ardores de la sangre va a las gradas del circo para ver sangrientos combates y muertes de hombres y para contemplar con sus ojos sagrados las heridas con las que los luchadores compran su alimento. Se sienta llamando la atención por los venerables colgantes de sus vendas y disfruta viendo a los entrenadores de los gladiadores. ¡Oh alma tierna y dulce! Se levanta ante los golpes, y, cada vez que el vencedor clava la espada en el cuello del vencido, dice que disfruta como si lo estuviera haciendo ella; y esta virgen modesta, inclinando el pulgar hacia abajo, ordena destrozar al derrotado, para que no quede en las profundidades vitales del cuerpo ni un ápice de vida, mientras que el cuerpo del herido palpita con la espada profundamente introducida. Así pues, ¿consiste el mérito de las vestales en que mantienen, según se dice, continua vigilancia en defensa de la majestad del Palatino romano, en que salvan la vida del pueblo y la salud de los grandes, en que sacuden con elegancia sus cuellos con sus cabellos, en que ciñen elegantemente sus sienes con cintas estrechas, en que adornan sus cabellos con hilos, y en que inmolan bajo la tierra, en presencia de las sombras, víctimas lustrales dejando caer su sangre sobre la llama y murmurando plegarias? O ¿acaso

[21] Tenían que guardar su virginidad durante 30 años. Después, podían ya casarse.

consiste en que, sentadas en la mejor parte de la tribuna del anfiteatro, contemplan cuántas veces es lanzado y golpea en el rostro cubierto de máscara de bronce el hastil del tridente, o qué parte de la arena ha sido manchada por la sangre que sale de las heridas abiertas, o qué cantidad de sangre va manchando los pasos del herido en su huida?

Oros., *Hist.:*

(Orosio no se olvida de recoger en su historia contra los paganos todos los casos de vestales condenadas por actos impuros.)

3, 9, 5:

En el año que siguió a éste[22], Minucia, virgen vestal, fue condenada y enterrada viva en el campo que aún hoy se llama «criminal» por haber cometido incesto.

4, 2, 8:

En esta misma época también[23], fue enterrada viva junto a la puerta Colina la virgen vestal Sextilia, convicta y condenada por adulterio.

4, 5, 9:

En esta misma época[24] murió ahorcada la virgen vestal Caparonia, acusada de adulterio; su corruptor y los siervos que ocultaron el hecho fueron también llevados al suplicio.

5, 15, 22:

Pasado un pequeño intervalo de tiempo tras este hecho[25], el caballero romano Lucio Veturio cometió furtivamente adulterio en la persona de la virgen vestal Emilia. Para colmo, la propia Emilia presentó y entregó a unos compañeros de su corruptor a otras dos vírgenes vestales, atrayéndolas

---

22 339 a. C.
23 274 a. C.
24 266 a. C.
25 La caída de un rayo sobre una joven romana. El hecho ocurre en el 107 a. C.

para hacerlas partícipes del incesto. Descubiertos por un siervo, se les condenó a todos a muerte.

2, 8, 13:

Es la misma época[26] en que fue enterrada viva la virgen Popilia a causa de un pecado de estupro.

c) *El pudor de la mujer cristiana.*

Tert., *De cultu feminarum,* 1, 1, 2 ss.:

(La mujer es la raíz de todos los males.)

Tú (la mujer) eres la puerta del diablo, tú eres la que tocaste aquel árbol prohibido, tú eres la primera que abandonaste la ley divina; tú destrozaste con toda facilidad al hombre Adán, que era imagen de Dios; por lo que conseguiste con ello, es decir, la muerte, tuvo también que morir el hijo de Dios. Y ¿piensas adornarte además de llevar túnicas de piel? Veamos; dado que ya desde el comienzo del mundo los milesios hacían tejidos de lana, los seres[27] de fibras de árboles, que los tirios teñían telas, que los frigios las cosían, que los babilonios las tejían, abrillantaban con margaritas y adornaban con piedras preciosas, que el propio oro salía ya de la tierra con prodigalidad y que ya entonces se podía mentir incluso a los espejos, ¿deseó Eva todo esto cuando ya había sido expulsada del paraíso y estaba muerta? Pienso que no. Consiguientemente tampoco lo debe desear ni conocer ahora, si es que desea resucitar. Lo que no había tenido ni conocido cuando vivía en la gracia de Dios, se ha convertido en un impedimento de la mujer condenada y muerta, impedimento dispuesto para, por así decir, su pompa fúnebre.

Incluso aquellos que inventaron todas estas cosas, condenados a la pena de muerte, fueron depurados; son precisamente aquellos ángeles que cayeron del cielo para ir en busca de mujeres, de forma que en éstas se acumula este nuevo hecho ignominioso.

---

[26] Es la época de las guerras médicas.

[27] Pueblo de la India oriental (cf. Virgilio, *Geórgicas* 2, 121; Plinio, *Historia Natural* 6, 54).

Comm., *Instr.*, 1, 3:

(La última idea de Tertuliano de que fueron las mujeres las que corrompieron a los ángeles caídos del cielo, la recoge también Comodiano.)

Cuando el Dios omnipotente adornó la naturaleza del mundo, quiso que la tierra fuese visitada por los ángeles; pero éstos, enviados desde el cielo, despreciaron los preceptos de Dios. La belleza de las mujeres era tal, que les hizo caer.

Hier., *Epist.*, 38, 3.

(La mujer cristiana debe evitar las pinturas y demás adornos femeninos.)

Una viuda, que está ya libre del lazo marital, no debe hacer otra cosa sino perseverar en su estado. Pero, dirá alguien, un vestido demasiado sombrío puede escandalizar a algunos. ¿Acaso escandalizó Juan, que fue el más grande de los nacidos de mujer, que, considerado él mismo como un ángel, bautizó al propio Señor, y que, vestido con piel de camello, se ceñía con un cinturón de cuero? Los malos alimentos, se dirá también, desagradan; nada hay más bajo que los langostos[28]. Las que realmente escandalizan a los ojos de los cristianos son las que se pintan la cara y los ojos con rojo y con no se sabe qué ungüentos, aquellas cuyo rostro enyesado y deforme por su excesiva blancura engañan incluso a los ídolos, aquellas en cuyo rostro cualquier gota de lágrima que surja causalmente y de improviso marca un surco, aquellas de las que ni siquiera el número de sus años puede delatar que son viejas, aquellas que adornan sus cabezas con cabellos ajenos y que, con arrugas de vieja, disimulan una juventud ya pasada; aquellas, por fin, que, rodeadas de un tropel de nietos, aparentan, mientras tiemblan, ser unas jóvenes doncellas. Que enrojezcan aquellas mujeres cristianas que fuerzan su belleza natural, y aquellas que cuidan su cuerpo para la concupis-

[28] El alimento de Juan en el desierto.

cencia, en la cual, si se vive, no se puede agradar a Cristo, según dice el Apóstol[29].

Antes, nuestras viudas se pasaban las horas muertas adornándose y estaban todo el día ante el espejo preguntándose los detalles que les faltaban. Hoy día, sin embargo, se dicen a sí mismas: «Todas nosotras, con los rostros descubiertos, contemplamos la gloria del Señor y nos transformamos en su misma imagen, de gloria en gloria, a medida que obra en nosotros el espíritu del Señor»[30]. Antes, las jóvenes doncellas se colocaban sus pelos y recogían su cabeza inocente con cintas brillantes; ahora saben que su pelo les sirve lo mismo aunque esté descuidado, por lo cual lo llevan tapado. Antes, incluso la blandura de las plumas les parecía dura y a duras penas soportaban tumbarse sobre cojines amontonados; ahora se levantan de madrugada para orar y a la hora de modular su voz para cantar el aleluya, élla[31] se adelanta a todos los demás para alabar a su Señor. Doblan sus rodillas sobre la desnuda tierra y lavan su rostro, antes afeado por la cera, con constantes lágrimas. Tras la oración suenan los salmos y sólo el cansancio de su cabeza, la vacilación de sus rodillas y el sueño que hace cerrar sus ojos consiguen a duras penas, debido al excesivo ardor de su espíritu, que se retiren a descansar. Su túnica es de color negro: así se ensucia menos cuando se tumban sobre la tierra. El calzado es malo: el dinero que se deberían gastar en zapatos dorados se los dan a los pobres. Su cinturón no está adornado con oro ni con piedras preciosas, sino que es de lana y absolutamente simple y, más que ceñir, lo que hace es sujetar simplemente el vestido.

Hier. *Epist.*, 64, 4:

(La viuda cristiana debe olvidarse de las pasadas relaciones conyugales.)

Tú misma has comprobado, cuando estabas casada, las estrecheces que lleva consigo el matrimonio y tú misma te hartaste hasta la náusea, de la misma forma que los hebreos se

---

[29] Pablo, *Epístola a los gálatas* 1, 10.
[30] Pablo, *Epístola a los corintios* 2, 3, 18.
[31] La virgen cristiana.

hartaron de carne de codornices[32]. Tu propia boca probó una amarga bilis, has conseguido alejar de ti los alimentos ácidos y malsanos y has aliviado tu estómago inflamado: ¿y quieres ahora volver a comer lo que te hizo tanto daño? «El perro vuelve a sus vómitos y el cerdo al revolcadero de lodo.» Ni siquiera los animales ni las aves migratorias, a pesar de estar privados de razón, vuelven a donde estaban las trampas y redes.

Id., 64, 6:

Imita más bien —y esto te lo repetiré mil veces— a tu santa madre[33]: cada vez que me acuerdo de ella, me viene a la mente su ardor hacia Cristo, su palidez producto de los ayunos, sus limosnas a los pobres, su humildad de corazón y de vestido y sus palabras, mesuradas en todas las circunstancias. En cuanto a tu padre —al cual yo recuerdo en honor, no de su calidad de cónsul y patricio, sino de su calidad de cristiano— le deseo que realice totalmente su nombre y que se alegre de haber engendrado una hija para Cristo y no para el mundo; es más, que se duela por haberte hecho perder inútilmente la virginidad, ya que no has conseguido ningún fruto de tu matrimonio. ¿Dónde está el marido que él te dio? Por muy amable y bueno que fuera, su muerte ha terminado con todo y su desaparición ha roto el vínculo de la carne.

Aprovecha, te ruego, la ocasión y convierte la necesidad en virtud. Entre los cristianos no importa el comienzo, sino el final: Pablo empezó mal, pero acabó bien; los comienzos de Judas son loables, pero su final traidor le condena.

Id., 64, 10:

(Las vírgenes cristianas han de evitar las comidas que provoquen malos deseos.)

Sucede que algunos, que buscan una vida casta, sucumben en mitad del camino, ya que, considerando que la abs-

---

[32] *Exodo* 10, 13.

[33] La carta está dirigida a Furia, noble cristiana de Roma. Entre sus antepasados cita Jerónimo en esta misma carta a M. Furio Camilo, el vencedor de Veyes, y a los Gracos.

tinencia sólo se refiere a la carne, se hartan de legumbres, las cuales, tomadas incluso con moderación y en poca cantidad, son ya dañinas. Y tengo que decirte lo que pienso, pues prefiero correr el peligro de ponerme rojo ante ti a quedarme corto en la explicación de las cosas: nada enciende más los cuerpos ni nada provoca tanto a los miembros genitales como una comida indigesta y los eructos que producen espasmos. Cualquier cosa que sea origen de placer considérala como un veneno. Es preferible tomar pocos alimentos y tener constantemente el vientre con hambre a pasarse tres días de ayuno; y es mucho mejor comer todos los días un poco que hartarse de tarde en tarde. La mejor lluvia es aquella que cae poco a poco sobre la tierra; la lluvia repentina y excesiva arrasa los campos.

Id., 64, 13:

(Las vírgenes cristianas deben evitar el contacto con los jóvenes.)

Evita las reuniones con los jóvenes. Que los techos de tu casa no vean a jóvenes bien peinados, bien arreglados y lascivos. Rechaza a los cantantes como seres malvados; expulsa de tu casa, cual a mortíferos cantos de sirena, a las tocadoras de lira o de cítara y a todas las demás de este tipo, que en definitiva son el coro del diablo. No salgas frecuentemente a pasear en público ni quieras ser llevada en litera, rodeada de un ejército de eunucos, con la libertad que lo hacen las viudas mundanas. Es una malísima costumbre el hecho de que la debilidad de sexo y de la vejez permitan todo aquello que se quiera y el hecho de que ellas piensen que les está permitido todo lo que les venga en gana. «Todo», en efecto, «les está permitido, pero no todo les viene bien»[34] ... Busca la compañía de vírgenes santas y viudas y, si tienes que hablar por necesidad con hombres, no evites la presencia de testigos y procura hablar siempre con tal naturalidad que, si entra alguien, no tengas que asustarte ni enrojecerte.

[34] Pablo, *Epístola a los corintios* 1, 6, 12.

Cipr., *Epist.* 4:

(Las vírgenes cristianas no deben acostarse con varones.)

Cipriano saluda al hermano Pomponio[35].

He leído, hermano querido, la carta que me enviaste por medio de nuestro hermano Paconio en la que me pides con insistencia mi opinión acerca de las vírgenes que, tras haber decidido mantener su estado con continencia y firmeza, han sido sorprendidas después yaciendo en el mismo lecho con varones, alguno de los cuales era incluso diácono; sin embargo, ellas mismas aseguran, tras confesar que efectivamente han dormido con varones, que se mantienen intactas. A este respecto, y puesto que deseas saber mi opinión, has de saber que yo no me aparto de los preceptos evangélicos y apostólicos, en los que se nos dice que cuidemos con fortaleza y constancia de nuestros hermanos y hermanas y que se observe la disciplina eclesiástica por todos los procedimientos útiles y saludables...

Así pues, hermano querido, y en primer lugar, tanto nosotros las jerarquías como los fieles tenemos la obligación de temer a Dios y de observar totalmente sus preceptos divinos, y de no consentir que nuestros hermanos pequen ni vivan a su arbitrio y gusto; sino que debemos mirar fielmente por la vida de cada uno de ellos y no consentir que las vírgenes habiten con los varones: y no me refiero a que no duerman juntos, sino a que no vivan ni siquiera juntos; y es que la debilidad del sexo y la fragilidad de la edad aconsejan que se les ponga, por todos los medios, freno y dominio de nuestra parte, para no dar ocasión al diablo, que anda siempre acechando y deseoso de ensañarse cruelmente...

Y que no piense ninguna de ellas que le va a valer la excusa de que se puede examinar y comprobar que sigue siendo virgen, porque sabemos que las manos y los ojos de las parteras se equivocan muchas veces, de forma que, si bien puede ocurrir que se demuestre que es virgen incorrupta en aquella parte, por la que puede ser mujer, también puede ocurrir, sin embargo, que haya pecado con otra parte de su

[35] Obispo de Dionisiana, al norte de Africa.

cuerpo, con la cual se puede pecar y, sin embargo, no se puede controlar. Lo cierto es que compartir el mismo lecho, los abrazos, las conversaciones y la sucia y fea acción de dormir los dos juntos, ¡cuán vergonzoso y pecaminoso es! ¿No es cierto que un marido, si al llegar sorprende a su esposa acostada con otro, se enfada, brama y saca quizá la espada, llevado por su celoso dolor? Si esto es así, Cristo, nuestro señor y juez, cuando vea que una virgen dedicada a él y destinada a su santidad se acuesta con otro, ¡cómo se ha de enfadar y airar y con qué penas amenazará a las que practican incestuosas uniones de este tipo!

Por ello, hermano querido, has hecho muy bien y has obrado con vigor al apartar de la comunión al tal diácono que se ha acostado frecuentemente con una virgen; pero también has actuado bien al hacer lo mismo con los demás que se han acostado habitualmente con vírgenes. Ahora bien, si hacen penitencia por su ilícito concubinato y no vuelven a estar juntos, que las vírgenes sean analizadas diligentemente por parteras; y si se encuentra que siguen siendo vírgenes, sean admitidas a la iglesia tras recibir la comunión; con esta amenaza: que, si vuelven a juntarse posteriormente con varones o si viven con ellos en la misma casa o bajo el mismo techo, serán separadas con una pena mayor de forma que en lo sucesivo ya no serán aceptadas tan fácilmente en la iglesia. Y, si se encuentra alguna que ha perdido su virginidad, que haga penitencia total, ya que, la que ha cometido tal pecado, es adúltera, no de un marido, sino del propio Cristo; y después, tras haber hecho penitencia el tiempo que se considere justo, vuelva a entrar en la iglesia haciendo confesión de su pecado.

d) *Concepción de Cristo y virginidad de María*

Lact., *Inst.*, 4, 12:

Así pues, ese espíritu santo de Dios, descendiendo del cielo, eligió el vientre de una virgen santa para introducirse en él. Y ella, preñada por el soplo del espíritu divino, concibió y su vientre virginal se hinchó de pronto sin que hubiera sido tocado por ningún varón. ¿Por qué hay quienes se extrañan de que digamos que la Virgen fue preñada por el espíritu de Dios —para el cual es fácil hacer cualquier cosa

que quiera—, cuando todo el mundo sabe que algunos animales pueden concebir con el soplo del viento o de la brisa? Por otro lado, la encarnación de Cristo podría parecer increíble, si no hubiera sido predicha siglos antes por los profetas.

Ambros., *In Luc.*, 2, 1:

«En la misma época envió el Señor al ángel Gabriel a la ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen casada con un varón de nombre José; el nombre de la virgen era María»[36]. Los misterios divinos quedan ocultos y los hombres no pueden fácilmente comprender, a partir de las palabras de los profetas, las decisiones de Dios; pero, por los demás hechos y por los preceptos de Dios, podemos entender que esta decisión saludable y sopesada tenía esta finalidad: escoger como madre del Señor a una mujer casada con un varón. ¿Por qué no concibió a Cristo antes de que estuviera casada? Quizá para que no se dijera que había concebido en adulterio. Con razón las Escrituras dejaron clara una y otra cosa: que era casada y que era virgen; que era virgen, para que quedara claro que no conocía relaciones con varón; que estaba casada, para que no fuera quemada con la infamia de una virginidad perdida, aquella cuyo vientre, al hincharse, podría dar la impresión de portar el signo de la corrupción. Prefirió, pues, el Señor que la gente dudara de su propio nacimiento antes que del pudor de su madre —sabía en efecto que las doncellas suelen ser vergonzosas y que la fama de su pudor es resbaladiza— y pensó que la creencia en su nacimiento no debía construirse sobre injurias a su madre. Así pues, la virginidad de Santa María es conservada tan libre de pudor como intachable en la opinión de los demás.

Ambros., *In Luc.*, 2, 14:

«Y María dijo al ángel: ¿Cómo sucederá esto si no conozco varón?»[37]. Da la impresión, si no se analiza con profundidad, que María en esta ocasión no tuvo fe; pero es que no es justo que la elegida para engendrar al hijo unigénito de

[36] *Lucas* 1, 26-27.
[37] *Lucas* 1, 34.

Dios parezca ser incrédula. ¿Cómo pudo suceder —salvo que se conceda una prerrogativa a María, a la cual se le debe conceder lo máximo; pero de la misma forma que se le debe conceder una prerrogativa mayor, también su fe debe ser mayor—, cómo pudo, pues, suceder que Zacarías, que no creyó, fuera condenado al silencio, y que María, por el contrario, fuera ensalzada con el derramamiento sobre ella del Espíritu Santo, si no creyó? Pero no es lógico que María al mismo tiempo, por un lado, no creyera y, por otro, usurpara temerariamente algo: no creyera al ángel y usurpara una prerrogativa divina. Y la verdad es que no era fácil comprender el misterio escondido desde siglos en la mente de Dios[38], misterio que ni siquiera los poderes superiores pudieron comprender. Y sin embargo no negó su asentimiento, no rechazó sus obligaciones, sino que acomodó sus sentimientos y prometió su colaboración. Y es que, cuando dice «¿cómo sucederá esto?», no duda del resultado, sino que pregunta la forma con que se llegará a ese resultado. ¡Cuánto más mesurada la respuesta de María que la del sacerdote! Ella dijo: «¿Cómo sucederá esto?»; él dijo: «¿Cómo sabré esto?»[39]. Ella pasa directamente a hablar del asunto; él todavía duda sobre el mensajero. El dice que no cree, puesto que dice que no lo sabe y espera algo así como un nuevo garante para prestar su credibilidad; ella promete que lo hará y no duda de que se hará, por cuanto pregunta de qué modo puede hacerse; el texto, en efecto, es éste: «¿Cómo sucederá esto si no conozco varón?»... Que una virgen dé a luz es una señal misteriosa divina, y no humana.

Rufino, *Symb.*, 9:

> (La prueba de que Cristo pudo nacer sin intervención de varón está en el hecho de que tanto en la mitología pagana como en la propia naturaleza hay casos de concepciones sin intervención de alguna de las partes.)

Pero los paganos se suelen reír de nosotros, cuando nos

[38] Pablo, *Epístola a los efesios* 3, 9; *Epístola a los colosenses* 1, 26.
[39] *Lucas* 1, 18.

oyen hablar del parto de la Virgen; por ello conviene responder con unas pocas palabras a las acusaciones de éstos. Para que haya parto, pienso, se necesitan tres cosas: que la mujer sea de edad adulta, que haya varón y que no haya impedimento de esterilidad. De estas tres cosas, en el parto que nosotros predicamos, faltó una: el varón; y este requisito, puesto que el que nacía no era un hombre terreno sino celeste, se cumplió a través del espíritu celestial, quedando a salvo la pureza de la Virgen. Y ¿qué de extraño tiene que conciba una virgen, cuando se sabe que el ave de Oriente, llamada Fénix, nace y renace sin que haya cónyuge hasta el punto de que siempre es la misma y siempre se sucede a sí misma naciendo y renaciendo? Todo el mundo sabe que las abejas desconocen el matrimonio y que dan a luz sin cópula. Y se pueden coger otros seres que tienen el mismo tipo de nacimiento. ¿Va a parecer entonces increíble algo que sucedió por virtud divina y para la recuperación de todo el mundo, cuando se ven ejemplos de lo mismo en el nacimiento de los animales? Debe extrañarnos, sin embargo, que les parezca esto imposible a los paganos, los cuales creen que su Minerva nació del cerebro de Júpiter. ¿Qué más difícil de creer que esto o qué más contranatural? En nuestro caso hay una mujer; en nuestro caso se mantiene el orden natural; en nuestro caso, la concepción y el parto guardan los plazos temporales. En el caso de Minerva no hay intervención del sexo femenino, sino que sólo hay varón y parto. Quien cree estas cosas, ¿cómo se va a extrañar de lo nuestro? Pero es que incluso dicen que Líber nació del fémur de Júpiter; he aquí otro tipo de portento y, sin embargo, se cree en él. Incluso de Venus, llamada Afrodita, creen que nació de la espuma del mar, como muestra incluso la composición de la palabra[40]. Afirman que Cástor y Pólux nacieron de un huevo y los Mirmidones de una hormiga. Y hay otros miles de seres, nacidos de forma no natural, en los cuales sin embargo creen: así, el lanzamiento de piedras por parte de Deucalión y Pirra y el nacimiento, de ellas, de la raza de los hombres.

---

[40] Una de las etimologías ofrecidas para «Afrodita» pone en relación este nombre con la palabra griega *aphrós*, «espuma».

2. La *humanitas* cristiana frente a la *inhumanitas* pagana.

Min. Fel., 25:

(Los romanos vivieron en medio de supersticiones y crímenes.)

Sin embargo, se dice, fue esta superstición la que concedió, engrosó y consolidó el imperio romano; y ello porque los romanos eran más poderosos por su religión y piedad que por sus valores humanos. No hay ninguna duda de que el famoso y conocido respeto por el derecho comenzó ya en la primera cuna del imperio que nacía. ¿No es verdad que se unieron en sus propios orígenes ya con un crimen[41] y crecieron fortificados por la muralla del temor a su crueldad? Efectivamente, los primeros elementos de la plebe se congregaron en el Asilo[42]: allí habían confluido los perdidos, los facinerosos, los infames, los asesinos, los traidores; el propio Rómulo, jefe y guía de todos ellos, para no ser menos facineroso que su pueblo, cometió un parricidio. ¡Estos son los primeros auspicios de aquella religiosa ciudad! Su segunda acción consistió en raptar, violar y burlarse, en contra de toda costumbre, de unas jóvenes extranjeras ya prometidas y con marido ya designado, y de unas pobres mujeres ya casadas[43]; y al declarar la guerra a los propios padres de ellas, es decir, a sus suegros, derramaron sangre de familias aliadas; ¿qué más impío? ¿qué más audaz? ¿qué más seguro que la confianza garantizada por el crimen? A partir de entonces fue procedimiento común para Rómulo, para los demás reyes y para los generales que les siguieron, expulsar a los pueblos vecinos de sus territorios, destruir las ciudades cercanas con sus templos y sus altares, concentrar a los prisioneros, crecer, en fin, a costa de las desgracias ajenas y de su propios crímenes.

Min. Fel., 31, 7:

(En contraposición, la virtud de los cristianos es la

[41] El de Rómulo sobre Remo.

[42] Templo inviolable construído por Rómulo entre el Capitolio y la ciudadela de Roma. Quienes se refugiaban en él eran intocables.

[43] Las mujeres sabinas.

que hace que la nueva doctrina tenga cada día más adeptos.)

Y si el número de los nuestros aumenta cada día más, ello no es prueba de error, sino testimonio de mérito; efectivamente, nuestra noble forma de vida hace que los que ya están dentro se mantengan y perseveren cada día más y que los que no están se adhieran.

Min. Fel., 32:

(Lo importante de los cristianos es su forma de vida, de mente y espíritu puro.)

¿Pensáis, por otro lado, que nosotros, si no tenemos templos ni altares, es porque ocultamos el objeto de nuestro culto?... ¿No es acaso mejor dedicarle como templo nuestro espíritu?, e igualmente ¿consagrar su presencia en nuestro corazón? ¿Acaso le voy a ofrecer yo a Dios, como hostia y víctima, los animales que él me ha dado para mi uso, y le voy a devolver el regalo que él me ha dado? Ello sería ingrato; y mucho más cuando la hostia más honesta es un corazón puro, una mente limpia y un pensamiento sincero. Así pues, quien cultiva la inocencia, está dirigiendo plegarias a Dios; quien la justicia, está haciendo libaciones a Dios; quien se abstiene de robos, está siendo propicio a Dios; quien libra a otro hombre de peligros, está inmolando la más preciosa de las víctimas.

Tert., *Apol.*, 9:

(Son los paganos, no los cristianos, los que cometen crímenes rituales.)

Para refutar mejor todas estas calumnias, demostraré que sois vosotros los que cometéis esos crimenes, unas veces en secreto, otras en público; quizá por eso es por lo que creéis que los cometemos también nosotros.

En Africa eran inmolados niños[44] hasta el proconsulado de Tiberio, el cual hizo colgar vivos en cruces expiatorias a estos sacerdotes en los propios árboles que había a la puerta

[44] Al dios Ba'al Hamman de Cartago le eran sacrificados niños.

del templo, árboles que con su sombra tapaban sus crímenes: de ello son testigos los soldados de mi padre, que ejecutaron esta orden del procónsul. Pero todavía hoy se sigue cometiendo este crimen en secreto. No son los cristianos los únicos que os desprecian: no hay ningún crimen que se pueda erradicar para siempre ni dios que cambie sus costumbres...

Entre los galos eran los ancianos los sacrificados a Mercurio[45]. Dejo para sus teatros las tragedias de la Táuride[46]. Pero es que incluso en esa religiosísima ciudad de los descendientes de Eneas hay un cierto Júpiter, al que lavan en sus juegos con sangre humana[47]. «Pero es sangre de cuidadores de animales», decís. Será, pienso yo, que esa sangre es de menor calidad que la de un hombre. ¿Pero no es acaso mucho peor que sea precisamente la sangre de un hombre malvado? Sea lo que sea, lo cierto es que se trata de un homicidio.

Aug., *Civ.*, 1, 6-7:

(La fiereza de los conquistadores romanos frente a la *humanitas* de Alarico en el saqueo de Roma: esta *humanitas* se debe a los cristianos.)

¿Para qué, pues, voy a recorrer en mi historia la multitud de pueblos que protagonizaron guerras entre ellos y que en ningún lugar perdonaron a los vencidos asilados en los templos de sus dioses? Miremos a los propios romanos; recordemos, digo, y fijémonos en los propios romanos, para alabanza de los cuales se dijo:

«Perdonar a los abatidos y abatir a los soberbios»[48]

y que

---

[45] Cicerón (*La república* 3, 9) recoge una serie de pueblos y reyes que tenían por costumbre inmolar seres humanos: los tauros, Busiris de Egipto, los galos y los cartagineses. El Mercurio citado aquí podría ser el Teutates galo citado por Lucano 1, 444; es el dios protector de cada tribu.

[46] Artemis de Táuride pasa por ser, junto con Busiris de Egipto, una de las reinas más crueles de la antigüedad. La crueldad de ambos es un lugar común en la literatura antigua.

[47] Es Júpiter Latiar, el protector de la confederación de pueblos del Lacio. La tradición del sacrificio humano a este dios es exclusivamente de autores cristianos.

[48] Virgilio, *Eneida* 6, 853.

«tras recibir una injuria, preferirían perdonarla antes que vengarla»[49].

Que se nos diga qué templos solían servir de refugio a aquellos que libremente se escondían en ellos en la época en que los romanos, para extender su imperio, asaltaron y tomaron tantas y tan grandes ciudades. ¿O es que ellos efectivamente practicaban ese respeto, pero los escritores de sus acciones no lo recogen? ¿Se puede creer que quienes buscaban con diligencia todo aquello que podía servir de alabanza, pasarían por alto estos, para ellos, ilustres indicios de piedad? Se dice de Marco Marcelo, aquel egregio y famoso romano que tomó la floreciente ciudad de Siracusa[50], que, antes de tomarla, lloró por su inevitable caída y que, antes de verter la sangre de sus ciudadanos, vertió lágrimas por ella; procuró también que se observase para con los enemigos el más honroso de los respetos: efectivamente, antes de que, como vencedor, diera la orden de entrar en la ciudad, publicó un bando para que ninguno de sus soldados hiciera violencia contra ninguna persona libre. A pesar de todo ello, la ciudad fue asolada a la usanza bélica. Y en ninguna historia se lee que existiera un caudillo tan casto y tan generoso que ordenara no hacer daño a nadie que se refugiase en este o aquel templo. De haber sido así, de ningún modo lo habrían pasado por alto, cuando no han podido callarse su llanto y sus edictos en el sentido de que no fuera violada la honestidad. Fabio, que asoló la ciudad de Tarento[51], es alabado porque se abstuvo de saquear las sagradas imágenes; efectivamente, cuando su secretario le preguntó cuáles eran sus órdenes en relación a las muchas estatuas de dioses que habían tomado, condimentó su continencia con una respuesta graciosa; preguntó, en efecto, cómo eran y, cuando se le respondió que eran no sólo muy grandes, sino que estaban también armadas, dijo: «Dejemos a los tarentinos sus dioses enojados».

[49] Salustio, *Catilina* 9, 5.

[50] M. Claudio Marcelo toma Siracusa en el 213 a. C. en plena segunda guerra púnica (Livio 25).

[51] Fabio Máximo Verrucoso, cónsul por cuarta vez en el 209 a. C. En ese año toma al asalto la ciudad de Tarento, que se había apartado de Roma en la lucha con los cartagineses.

Así pues, si los escritores de los hechos romanos no pudieron silenciar el llanto de aquél ni la gracia de éste, ni tampoco la casta misericordia del primero ni la graciosa continencia del segundo, ¿cómo, si en alguna ocasión los romanos hubiesen perdonado la vida a las personas en honor de cualquiera de sus dioses, prohibiendo matar o hacer cautivos en los templos, lo iban a pasar por alto?

Así pues, todo lo que en el reciente saqueo de Roma se ha perpetrado de desolación, matanza, robo, incendio y aflicción, se ha hecho por la usanza bélica; sin embargo, lo que se ha hecho de una nueva manera, a saber, que la crueldad bárbara, cambiada la faz de las cosas, haya aparecido tan mansa que escogió y señaló las basílicas más capaces para que se acogiese y se salvase el pueblo en ellas, donde no se matase a nadie, de donde a nadie se sacase a la fuerza, a donde los enemigos compasivos llevasen a muchos para su liberación, de donde los crueles enemigos no pudiesen sacar a nadie para la cautividad, todo eso hay que atribuirlo al nombre de Cristo y a los tiempos cristianos: quien no vea esto, está ciego; quien lo vea y no lo celebre, es un ingrato; y quien se oponga al que lo alabe, es un mentecato. No quiera Dios que ninguna persona cuerda atribuya esto a la fiereza de los bárbaros. Quien aterrorizó, quien frenó, quien moderó admirablemente las truculentas y crueles mentes de los bárbaros, fue aquel que, desde hace ya mucho tiempo, dijo por boca del profeta: «Me acercaré con vara a sus iniquidades y con azotes a sus pecados; pero no apartaré de ellos mi misericordia»[52].

Aug., *Civ.*, 2, 4:

> (Los dioses paganos no se preocuparon siquiera de que sus fieles vivieran con sanas costumbres.)

En primer lugar, ¿por qué los dioses de ellos no quisieron preocuparse de que sus fieles no tuvieran costumbres insanas? El Dios verdadero con razón despreció a aquellos que no le adoraban; sin embargo, esos dioses, de cuyo culto lamentan verse privados los ingratos paganos, ¿por qué no hi-

[52] *Salmos* 88, 33-34.

cieron nada, mediante preceptos, para que sus fieles vivieran santamente? En verdad que era justo que, de la misma forma que los fieles se preocupaban de su culto, ellos se preocuparan de la vida de sus fieles. A esto responden que cada uno es malo por propia voluntad. ¿Quién puede negar esto? Sin embargo, los dioses, a quienes consultaban sus fieles, tenían la obligación de no ocultar a los pueblos que les adoraban las normas del bien vivir; es más, tenían la obligación de enseñárselas con palabras claras, de manifestar su aprobación o su desaprobación, si pecaban, por medio de sacerdotes, de amenazar públicamente con castigos a los que vivieran mal, y de prometer premios a los que vivieran rectamente. ¿Cuándo resonó jamás en los templos de aquellos dioses una voz rápida y elevada que pregonase tales enseñanzas?

Aug., *Civ.*, 2, 18:

(De las malas costumbres romanas antes de la venida de Cristo.)

Así pues, tendré en cuenta y aduciré solamente el testimonio de Salustio, quien adujo en alabanza de los romanos estas palabras que han servido de punto de partida a nuestra discusión: «Entre ellos florecían la justicia y la bondad, no por ley, sino por inclinación natural»; decía estas palabras al referirse a la época en que, expulsados los reyes, la ciudad creció florecientemente en breve espacio de tiempo. Pero él mismo, en el libro primero de su *Historia* y en el propio prólogo de la misma, confiesa que, poco tiempo después de que el gobierno del estado pasase de los reyes a los cónsules, surgieron los desmanes de los poderosos y, como consecuencia, el alejamiento de la plebe del lado de los nobles, así como otras disensiones. Efectivamente, tras haber recordado que, entre la segunda y tercera guerra púnica, el pueblo romano vivió con extraordinarias costumbres y buena concordia, y tras haber dicho que la causa de esta felicidad no fue el amor a la justicia, sino el miedo que tenían a que, mientras Cartago estuviese en pie, la paz sería insegura

—de ahí que aquel famoso Nasica[53] , para reprimir la maldad y conservar las buenas costumbres, no quisiera destruir Cartago, ya que, mientras ésta estuviese en pie, el miedo reprimiría los vicios—, tras haber dicho esto, inmediatamente continúa Salustio con estas palabras: «Pero la discordia, la avaricia, la ambición y demás vicios que suelen aparecer en situaciones favorables tuvieron un prodigioso crecimiento tras la destrucción de Cartago»[54]; y dice «prodigioso crecimiento», para darnos a entender que también antes aparecían y crecían. Después, para explicar por qué dice esto, continúa: «Y es que los desmanes de los poderosos y, como consecuencia, el alejamiento de la plebe del lado de los poderosos, así como otras disensiones internas, existieron ya desde el principio, y no mucho después de la expulsión de los reyes: sólo mientras duró el miedo a Tarquinio y la dura guerra contra los etruscos, se vivió con moderación y equidad»[55]. Puede verse cómo también en aquel breve espacio de tiempo tras el destierro o expulsión de los reyes, se vivió con alguna equidad y honradez. Pero mira lo que añade a continuación: «Después», dice, «los patricios sometieron al pueblo al yugo de la servidumbre; tomaban decisiones sobre su vida y sus espaldas a modo de reyes; los expulsaban del campo y se mantenían ellos solos en el poder, sin ninguna otra participación. El pueblo, oprimido por tales crueldades y, sobre todo, por las deudas, tras haber aguantado en continuas guerras tributos y servicio militar al mismo tiempo, tomó en armas los montes Sagrado y Aventino; con ocasión de ello, instituyó para sí mismo tribunos de la plebe y otras magistraturas. El fin de estas discordias y de estas luchas fue la segunda guerra púnica»[56]. ¿Te das cuenta en qué espacio de tiempo —concretamente muy poco después de la caída de los reyes— y en qué se convirtieron aquellos romanos de los cuales dice Salustio que «la justicia y la bon-

---

[53] Publio Cornelio Escipión Nasica, cónsul en el 191 a. C. Es el mismo que se opuso a la construcción de un teatro, argumentando que éste sólo serviría para aumentar la lascivia entre los jóvenes.
[54] Salustio, *Historias frg.* 1, 11.
[55] *Ibidem.*
[56] *Ibidem.*

dad dominaba entre ellos, no en virtud de leyes, sino en virtud de su disposición natural»?

Y si sabemos que fueron así aquellos tiempos en los cuales se dice que la situación romana gozó de gran hermosura y bondad, ¿qué habrá que decir o pensar de la época siguiente, en la que, por usar palabras del mismo historiador, «cambiando poco a poco, se convirtió, de hermosa y buena que era, en pésima y sucia»[57], y ello, según dice el mismo autor, tras la caída de Cartago? Puede leerse en la historia de Salustio la breve recopilación y descripción que hace de esta época, y la presentación de las inmoralidades, nacidas en la prosperidad, con que se llegó hasta las guerras civiles. «Desde ese momento», dice, «las costumbres de nuestros antepasados se precipitaron, no paulatinamente como antes, sino a modo de torrente; y la juventud fue hasta tal punto corrompida por el lujo y la avaricia que con razón se dice que en aquella época nacieron quienes no podían tener patrimonio familiar ni soportar que otros lo tuviesen»[58]. Dice después Salustio otras muchas cosas sobre los vicios de Sila y demás bajezas del estado. Otros autores, aunque con distinta elocuencia, coinciden en estas afirmaciones.

Puedes ver, pues, según pienso, —y cualquiera que repare en ello lo verá con toda claridad— en qué lodazal de malas costumbres había caído aquella ciudad en la época anterior a la llegada de nuestro rey. Todas estas cosas sucedieron no sólo antes de que Cristo empezara a mostrarse en cuerpo y carne, sino incluso antes de que naciera de la Virgen.

---

[57] Salustio, *Catilina* 5, 9.
[58] Salustio, *Historias frg.* 1, 16.

II. La política

Dentro el género literario de la apología ocupan un lugar no pequeño las relaciones de los cristianos con el poder constituido, concretamente con los emperadores. En este sentido existía una teoría que era no sólo cristiana, sino también pagana: hay emperadores malos y emperadores buenos. Para la historiografía pagana el emperador malo era fundamentalmente el emperador antisenatorial, tal como recogerá perfectamente la *Historia Augusta.* Para la apologética cristiana el emperador malo suele coincidir con el emperador malo de la historiografía pagana, pero con una nueva característica: la de ser perseguidores de los cristianos. Como contrapartida, emperadores buenos son los que de alguna forma han sido condescendientes con los cristianos o los que abiertamente han aceptado la nueva doctrina.

En primer lugar, pues, recogemos en este capítulo textos relativos a emperadores perseguidores y a emperadores condescendientes con la doctrina cristiana o favorecedores de la misma. Después, recogeremos textos sobre el respeto de los cristianos al poder constituido y sobre su postura ante la milicia.

1. Perseguidores

En este sentido, a la hora de seleccionar textos, se llevan la palma algunas obras historiográficas: concretamente el *De mortibus persecutorum* de Lactancio y el libro VII de las *Historiae aduersus paganos* de Orosio. Aunque también en otros textos pueden encontrarse alusiones a este tipo de emperadores.

En general dos ideas dominan en esta línea apologética: que los emperadores en cuestión han sido malos emperadores y que han conocido una muerte no natural, repentina o cruel.

Ya en las actas de los mártires encontramos alusiones a este tipo de perseguidores. Al final de las Actas del martirio de Cipriano se recuerda que el que condenó al obispo murió a los pocos días. En la Pasión de Fructuoso se señala que el propio Fructuoso, tras su martirio, se apareció a Emiliano, que era el que le había condenado, para increparle y burlarse de él. En ambos casos se trata de una venganza contra el perseguidor.

Tertuliano (*Apolog.*, 5, 3-4) sienta las bases de lo que es un perseguidor: son injustos, impíos, infames y hombres cuya condena por parte de todo el mundo no es nada más que motivo de rehabilitación para los cristianos. Efectivamente, si el perseguidor es «malo» para los propios paganos, como es el caso de Nerón (*Ad nat.*, 1, 7, 8), será también malo cuando decreta y ejecuta la persecución.

Lactancio recuerda que Nerón murió de repente y no se ha encontrado su sepultura (*De mort. pers.*, 2, 5 ss.); que Domiciano no fue castigado mientras se ensañó con sus súbditos, pero sí lo fue en cuanto persiguió a los cristianos (3); que Decio ni siquiera recibió sepultura, sino que fue pasto de fieras y aves (4). Hay que advertir aquí que Lactancio pasa por alto a los perseguidores del siglo II: y es que sólo recoge a aquellos emperadores que, además de ser perseguidores, eran tachados como emperadores «malos» por la tradición pagana. De Decio pasa a Valeriano, del que dice que sufrió la más vergonzosa servidumbre en la corte del rey persa Sapor (5). A Aureliano no le dio ni siquiera tiempo de consumar la persecución, por cuanto fue asesinado en el inicio mismo de sus locas acciones (6). De la cruel enfermedad de Galerio hace Lactancio una macabra descripción (33-35). Muertes propias de perseguidores tuvieron también, por fin, Diocleciano (42, 2 ss.), Maximino Daya (49) —ambos murieron locos— y los familiares de Galerio (50).

Orosio, en sus *Historias contra los paganos*, recoge también el triste fin, providencialmente enviado por Dios, de todos aquellos que han perseguido a los cristianos. Empieza

ya con Pilato, quien había pronunciado la sentencia contra Cristo y quien terminó atravesándose con su propia espada (7, 5, 8). De todas formas, en Orosio aparece un nuevo detalle, que no está en Lactancio y que aumenta el castigo del perseguidor; este nuevo detalle viene a sumarse al de su muerte infame: y es que a una persecución sigue siempre un cúmulo de desgracias para el imperio, cuyo representante es en definitiva el emperador perseguidor. Este esquema —muerte cruel y desastres— se repite en muchos casos. Nerón: tras la persecución sigue una peste, una derrota en Britania, otra en territorio parto y un terremoto en Asia; en cuanto a Nerón, terminó suicidándose (7, 7). Domiciano: muere asesinado en su propio palacio y su cadáver no recibe sepultura (7, 10). Trajano: tras la persecución, a pesar de que la suavizó al final, la casa áurea de Roma fue destruida en un incendio, un terremoto asoló algunas ciudades de Asia y Grecia, el Panteón de Roma fue destruido por un rayo y un terremoto destruye la ciudad de Antioquía (7, 12). Marco Aurelio: como consecuencia de la persecución, hay una epidemia por provincias y una peste asoló a Italia (7, 15, 4 ss.). Pértinax: tras su persecución, sigue una guerra civil (7, 17). Maximino: después de perseguir a los cristianos, muere asesinado en Aquilea (7, 19). Decio: muere asesinado a manos de bárbaros (7, 21). Valeriano: muere en la más vergonzosa esclavitud en la corte del rey persa y, además, hay una invasión de pueblos bárbaros contra el imperio y una serie de conspiraciones en el interior (7, 22). Aureliano: tras firmar el decreto de persecución, cae ante él un rayo y, poco después, muere asesinado en un viaje (7, 23, 3 ss). Diocleciano, Maximiano y Galerio: a propósito de la persecución de estos emperadores, Orosio hace una larga comparación entre los diez castigos que envió contra los egipcios en forma de plagas y los diez castigos que han seguido a las diez persecuciones contra los cristianos (7, 25, 13 ss.). Juliano: tras programar una masacre de cristianos en Jerusalén, muere asesinado antes de que pudiera llevar a cabo sus planes.

El hecho de que Orosio introduzca en el tratamiento de los emperadores malos y perseguidores, además del ingrediente de su muerte cruel y no natural, el ingrediente de las desgracias ocurridas a Roma y al imperio tras la persecución

tiene su explicación: por un lado, la aparición de desgracias y desastres es algo que cuadra perfectamente en la finalidad de la obra orosiana; en ella se pretende recoger todo tipo de desastres enviados por Dios a los hombres como castigo por sus pecados; consiguientemente, se recogen no sólo las muertes no naturales, sino también los otros desastres, que son igualmente castigo divino. Por otro lado, si en la relación de emperadores perseguidores se recogieran sólo los que han conocido una muerte cruel y los que fueron considerados como «malos» en la historiografía pagana, quedarían fuera de esa relación emperadores que fueron perseguidores, pero que murieron de muerte natural y que son considerados como «buenos» en la tradición pagana. Entonces, introducir el ingrediente de algún desastre o desgracia ocurrida durante su reinado no es nada más que un hábil recurso para que en la relación no quedara fuera ningún perseguidor. Es lo que ocurre, por ejemplo, con algunos de los perseguidores del siglo II, como Trajano y Marco Aurelio. Curiosamente, estos emperadores no figuran en la relación de perseguidores de Lactancio.

2. Los condescendientes o favorecedores del cristianismo

Estos son el polo contrario de los anteriores. Generalmente son considerados como buenos emperadores y, generalmente también, se recogen los hechos felices que, como consecuencia de su buen talante para con los cristianos, ocurrieron durante su reinado. Hay que distinguir dos grupos de emperadores en este apartado: por un lado, los que vivieron antes del reconocimiento oficial del cristianismo y, por otro, los que reconocieron al cristianismo como doctrina oficial.

Entre los primeros nos encontramos con los siguientes:

Augusto: es generalmente considerado, no como favorecedor expreso del cristianismo, sino como persona elegida por Dios para preparar la unidad del mundo y favorecer así la venida de Cristo. De él se dice que no quiso ser llamado «señor», porque el auténtico «señor» era Cristo, que nació en su reinado; y de su reinado se recogen toda serie de hechos felices (Tert., *Apolog.*, 34, 1: Oros., *Hist.*, 6, 22; 7, 2, 16).

Tiberio: Entre los autores cristianos existe la tradición de que quiso favorecer a los cristianos y reconocer a Cristo como Dios; fue el senado el que se opuso; precisamente a esta oposición del senado achacan los autores cristianos el cambio de carácter de Tiberio, quien en un primer momento gobernó como gran príncipe. Los autores cristianos recogen, pues, la tradición de la historiografía pagana sobre Tiberio —primero fue buen emperador y después malo—, pero la adaptan a sus conveniencias: el cambio se debe a sus relaciones con la nueva doctrina (Tert., *Apolog.*, 5, 1-2; Hier., *Chron.*, 2051; Oros., *Hist.*, 7, 4, 5 ss.). *Vespasiano* y *Tito:* en la apologética cristiana, el gran mérito de estos dos emperadores es haber acabado con los judíos, los asesinos de Cristo. Como consecuencia, Dios premió su reinado con la paz, con la ampliación de provincias y con una gran tranquilidad en la administración del Estado (Tert., *Apolog.*, 5, 7; Oros., 7, 9), *Adriano:* su reinado es alabado precisamente porque prohibió las persecuciones contra los cristianos. Como consecuencia, tiene felices éxitos en su reinado; y termina por ser reconocido como «padre de la patria» (Tert., *Apolog.*, 5, 7; Hier., *Chron.*, 2142 y 2144; Oros., *Hist.*, 7, 13). *Antonino Pío:* de él recuerdan los autores cristianos sencillamente que no fue perseguidor (Tert., *Apolog.*, 5, 7; Oros., *Hist.*, 7, 14). *Marco Aurelio:* si bien es protagonista de una de las persecuciones contra los cristianos, los historiadores cristianos le salvan en cierto sentido por el hecho de que, tras haber protagonizado su ejército una acción gloriosa gracias a los cristianos, suavizó la persecución (Tert.., Apolog. 5, 5-6; Hier., *Chron.*, 2194; Oros., *Hist.*, 7, 15, 6 ss.). *Filipo:* según la tradición de Jerónimo pasa por ser el primer emperador cristiano. Es posible, sin embargo, que ello no sea nada más que una invención cristiana para hacer coincidir el milenario de la fundación de Roma con el reinado de un emperador cristiano en ella; esto lo insinúa incluso el propio Orosio, quien recoge la tradición de Jerónimo (Hier., *Chron.*, 2261-2; Oros., *Hist.*, 7, 20; 7, 28, 1).

De los emperadores que reconocieron oficialmente la doctrina hacen los historiadores cristianos auténticos elogios: *Constantino:* él es el modelo del emperador feliz, cuyas notas son en la apologética cristiana las siguientes: largo rei-

nado; muerte natural; desaparición de enemigos internos y externos; dejar herederos; humildad, justicia y amor a Dios (Aug., *Ciu. Dei*, 5, 24-25; Oros., *Hist.*, 7, 28, 14 ss.). *Valentiniano:* fue colocado en el trono por Cristo y eliminó a un grupo de oposición liderado por Procopio (Oros., *Hist.*, 7, 32). *Teodosio:* es el más favorecido por la pluma de los autores cristianos (Aug., *Ciu. Dei*, 5, 26). Goza de todas las prerrogativas de un buen emperador: ha tenido descendencia que le ha sucedido en el trono; ha derrotado a enemigos externos; ha eliminado a los usurpadores en el interior (Máximo, Eugenio); y muere tranquilamente dejando el imperio en paz (Oros., *Hist.*, 7, 34, 2 ss.; 7, 35). Prudencio hace igualmente un largo elogio de Teodosio (*Contra Symm.*, 1, 1 ss. y 408 ss.).

3. Al César lo que es del César

Los cristianos no adoran al emperador y, por ello, son frencuentemente acusados de lesa majestad. Esta acusación es el fundamento jurídico en el que se basan muchas de las sentencias contra los mártires. De ahí que la defensa contra la misma esté atestiguada en las propias actas de los mártires y en los primeros textos apologéticos. La defensa de los cristianos contra esta acusación se basa en los siguientes argumentos:

a) Los cristianos cumplen para con el emperador sus obligaciones de ciudadanos y de cristianos, pero no le adoran porque sólo adoran a Dios. No hablan mal del emperador; le respetan; pagan impuestos y tasas; y le rinden el honor que se merece como César, pero no como Dios (*Passio sanct. Scillitan.*, 1 ss.). Incluso piden a su Dios por la salud del emperador, piden para él un imperio tranquilo, una corte segura, unas tropas valerosas, un senado fiel, un pueblo leal, un universo apaciguado y todo aquello, en fin, que pueda desear un hombre y un César (Tert., *Apolog.*, 30). Y los cristianos reconocen que ellos respetan al emperador, piden por él y le desean felicidad en su gobierno, no para granjearse el favor del mismo, sino por otras razones: en primer lugar, porque su propio Dios les ha ordenado pedir por sus enemigos; en segundo lugar, porque la felicidad y tranqui-

lidad del emperador y del imperio favorece también a los cristianos, que en definitiva son ciudadanos del imperio (Tert., *Apolog.*, 31, 32, 1); y en tercer lugar, porque el emperador ha sido puesto en el trono por Dios y, consiguientemente, el cristiano debe aceptar lo que Dios ha hecho; en este sentido el César es sobre todo César de los cristianos, porque ha sido elegido por el Dios de los cristianos, que es el que da todos los poderes (Tert., *Apolog.*, 32, 2-3; 33, 1-2).

b) Adorar al emperador es cometer impiedad contra el verdadero Dios e incluso contra los propios dioses que no son verdaderos. Por eso, los romanos, al temer y adorar al emperador, aparecen como irreligiosos para con sus propios dioses, ya que temen más a un señor humano que a ellos (Tert., *Apolog.*, 28, 3 ss.).

c) Sólo se debe adorar a aquel del que puedes conseguir la salvación eterna. Ni los dioses paganos, ni el emperador pueden dar esa salvación; consiguientemente, no hay por qué adorarles; son ellos, los emperadores, los que tendrían que adorar a aquel del que reciben la salvación (Tert., *Apolog.*, 39, 1-4). El emperador es, en definitiva, un hombre: si se le da el título de Dios, ya deja de ser emperador, porque para ser emperador hay que ser hombre (Tert., *Apolog.*, 33, 3-4; 34).

d) Los cristianos no manifiestan su respeto al emperador con festejos externos, sino con súplicas internas (Tert., *Apolog.*, 35, 1; 36, 2).

4. El cristianismo y el servicio militar

La postura de la primitiva Iglesia a este respecto no parece estar muy clara; hay a veces incluso aparentes contradicciones: por un lado, como hemos dicho en el apartado anterior, los cristianos piden a Dios por el emperador, para que tenga, entre otras cosas, un ejército valeroso; hay incluso testimonios de autores cristianos que recogen cómo la presencia de soldados cristianos en el ejército de emperadores cristianos sirvió para que éste terminara victorioso: es el caso de una victoria de Marco Aurelio en Germania (Tert., *Apolog.*, 5, 5-6; Oros., *Hist.*, 7, 15, 6 ss.); y hay también testimonios en el siglo IV de cómo los autores cristianos tratan

de forma distinta al ejército del emperador cristiano que porta el signo de la cruz y al ejército del pagano (Constantino-Majencio, Licinio-Maximiano, Teodosio-Máximo, Teodosio-Eugenio). Frente a ello, hay pasiones de cristianos soldados que son martirizados por no querer seguir la milicia y hay textos teóricos, de Tertuliano y Lactancio, que testimonian un rechazo a la milicia.

¿Cómo congeniar ambas posturas? Parece que la postura oficial de la primitiva Iglesia no estuvo nunca en contra de la milicia. La postura de rechazo a la milicia por parte de mártires soldados es individual y, a veces, el rechazo no parece ser sino una excusa del soldado para conseguir antes, en una especie de ansia fanática por llegar al cielo, la corona del martirio: éste podría ser el caso de la pasión de Maximiliano. En cuanto a Marcelo, su rechazo a la milicia tiene un punto de partida en una fiesta pagana, contra las cuales sí estaban abiertas y oficialmente los cristianos. Y Julio, otro soldado mártir, sufre martirio, no porque se negara a militar, sino porque se negó a inmolar a los dioses paganos.

En cuanto a la no aceptación de la milicia por parte de Tertuliano (*De idolatria*, 19; De corona, 1, 12, 4) parece ser también una postura individual, quizá resultado del excesivo rigor de Tertuliano en la interpretación de la letra de la doctrina cristiana. En oposición a ello, el propio Tertuliano, desde un punto de vista práctico, reconoce en el *Apologeticum* que los cristianos piden para que los emperadores tengan unas tropas valerosas. Algo parecido ocurre con Lactancio: desde un punto de vista teórico, al hablar de la justicia en las *Diuinae Institutiones,* rechaza la milicia porque lleva al asesinato; sin embargo, en el *De mortibus persecutorum* no se olvida de recoger los felices resultados en las batallas protagonizadas por emperadores cristianos gracias precisamente a su carácter de cristianos y a la ayuda de Dios.

TEXTOS

1. *Persecutores*

Pass. Cypr., 5 (ed. Musurillo, p. 174):

(Al final de la pasión se recuerda cómo poco tiempo

después de la pasión de Cipriano murió el que le condenó).

De esta forma sufrió pasión Cipriano y su cuerpo fue puesto en un lugar próximo para curiosidad de los gentiles; durante la noche sin embargo, su cuerpo fue retirado de allí: entre cirios y antorchas, y entre plegarias y en triunfo, fue llevado y escondido en un terreno del procurador Macrobio Candidiano, que está en la vía Mapaliense, junto a unos estanques. A los pocos días murió a su vez el procónsul Galerio Máximo.

Pass. Fructuosi, 7 (ed. Musurillo, p. 184):

También a Emiliano, que era el que los había condenado, se apareció Fructuoso en compañía de sus diáconos con vestiduras de gloria para decirle con increpaciones y burlas que de nada le había servido creer vanamente que estaban desnudos bajo tierra ellos, a los que ahora veía llenos de gloria.

Tert., *Apol.* 5, 3-4:

(Nerón y Domiciano.)

Consultad vuestras obras de historia y en ellas encontraréis que fue Nerón el primero que se enfureció con la espada imperial contra la secta de los cristianos que entonces empezaba a nacer en Roma. Que tal individuo haya sido el iniciador de nuestras persecuciones nos sirve incluso de gloria: y es que quien le conozca, podrá entender que aquello que Nerón condenó no puede ser sino un gran bien. También intentó perseguirnos Domiciano, aquel medio Nerón por su crueldad; pero, como hombre que era, reprimió pronto sus proyectos iniciales, haciendo volver incluso a los que antes había exiliado. Nuestros perseguidores fueron siempre como éstos: injustos, impíos, infames, hombres a los que vosotros mismos estáis acostumbrados a criticar y cuya condena es motivo de rehabilitación para vosotros.[1]

[1] El hecho de que el emperador perseguido sea considerado como malo por los no cristianos es una prueba de que la persecución fue injusta. Y ello, en virtud de una generalización: todo lo que hace ese emperador es malo.

Tert., *Nat.*, 1, 7, 8:

(Nerón.)

El nombre cristiano nació bajo el principado de Augusto, su doctrina salió a la luz en tiempos de Tiberio y se fortaleció con la persecución de Nerón, de forma que podéis valorarla a partir de la personalidad de su perseguidor: si él fue un príncipe piadoso, nosotros los cristianos somos los ímpios; si él fue justo y casto, nosotros somos los injustos e impuros; si él no fue un enemigo público, somos nosotros los enemigos públicos. Nuestro propio perseguidor demostró cómo somos nosotros.

Lact., *Mort. pers.*:

(Dentro del providencialismo de los autores cristianos, es una constante considerar que todos los perseguidores de los cristianos recibieron su castigo de parte de la Providencia divina. En este sentido se mueve la obra de Lactancio, de la cual recogemos el caso de algunos emperadores.)

Nerón: 2, 5 ss.:

Cuando ya era emperador Nerón, llegó a Roma Pedro y, tras hacer algunos milagros, milagros que hacía en virtud del poder que el propio Dios le había dado, convirtió a muchos a la doctrina cristiana y levantó a Dios el indestructible templo de la fe. Nerón, enterado de este asunto y advirtiendo que no sólo en Roma, sino en todas partes y a diario gran número de gentes se alejaba del culto de los ídolos y se pasaba, despreciando la vieja religión, a la nueva, se lanzó, como tirano execrable y cruel que era, al exterminio del nuevo templo divino y a la destrucción de la religión cristiana; y él, convertido en el primer perseguidor de los siervos de Dios, mandó crucificar a Pedro y ejecutar a Paulo.

Pero esto no quedó impune, ya que Dios advirtió la vejación de su pueblo. La consecuencia fue que Nerón, arrojado del trono imperial y convertido, de todopoderoso, en tirano impotente, desapareció de repente, de forma que no

se ha podido encontrar la sepultura en que se encuentra tan malvada bestia.[2]

Domiciano. 3:

Pasados algunos años tras la muerte de Nerón, aparece otro tirano no menor que él, Domiciano. Este, a pesar de practicar una odiosa tiranía, estuvo pasando sobre las cabezas de sus súbditos durante mucho tiempo y reinó sin ser inquietado hasta que levantó sus impías manos contra el Señor. Efectivamente, en cuanto se vio incitado por el impulso de los demonios a perseguir al pueblo cristiano, inmediatamente pagó sus crímenes cayendo en manos de sus enemigos. Y no fue castigo suficiente el que fuera asesinado en su propia casa: fue borrado incluso el recuerdo de su nombre. Y es que, a pesar de haber construido magníficos edificios y haber levantado el Capitolio y otros muchos monumentos, el senado persiguió su recuerdo hasta tal punto, que no dejó vestigio alguno de sus estatuas ni de sus inscripciones, e incluso, una vez muerto, lo estigmatizó con severísimos decretos que sirviesen de eterna ignominia.

Decio. 4:

En efecto, tras muchos años surgió, para perseguir a la Iglesia, el execrable animal Decio. Pues ¿quién sino un malvado puede ser perseguidor de la justicia? Y, como si hubiese sido elevado al trono imperial con esta finalidad, empezó pronto a volcar su cólera contra Dios, para caer también pronto. Efectivamente, en una expedición contra los carpos,[3] que habían ocupado Dacia y Mesia, fue rodeado por los bárbaros y destruido con gran parte de su ejército. Ni siquiera pudo ser honrado con la sepultura, sino que despojado y desnudo, como correspondía a un enemigo de Dios, quedó abandonado en el suelo para pasto de fieras y aves.

Valeriano. 5:

No mucho después, Valeriano, arrebatado por una locura

---

[2] Otra tradición (Suetonio, *Nerón* 50) refiere que estaba enterrado en el mausoleo de los Domicios en el Pincio.

[3] Se trata de godos conducidos por el rey Kniva (Aurelio Víctor, 29, 5).

semejante, levantó sus impías manos contra Dios y, aunque en poco tiempo, derramó gran cantidad de sangre cristiana; pero Dios le castigó con un nuevo y singular tipo de castigo, a fin de que sirviese a la posteridad como ejemplo de que los enemigos de Dios reciben siempre un pago digno de su crimen.

Hecho prisionero por los persas, perdió no sólo el trono, del que había usado con insolencia, sino también la libertad, la misma que él había quitado a los demás, y vivió el resto de su vida en humillante servidumbre. Efectivamente, el rey persa Sapor, que era el que le había hecho prisionero, cuando quería subir al carro o montar a caballo, mandaba al romano que se inclinase y le ofreciese su espalda y, poniendo el pie sobre ella, le decía entre risas, en plan de burla, que ésta era la realidad verdadera y no la que los romanos pintaban en tablas y murales. De esta forma vivió sirviendo de vez en cuando de magnífico trofeo triunfal, de forma que durante mucho tiempo el nombre romano fue motivo de mofa y burla entre los bárbaros. Y para mayor castigo, le sucedió esto: a pesar de tener un hijo emperador,[4] no encontró ningún vengador de esta su cautividad y servidumbre extrema; ni siquiera fue reclamado. Y, una vez que acabó su vergonzosa vida llevada en medio de aquella deshonra, le fue arrancada la piel y el cuero, arrancado de la carne, fue pintado de rojo y colgado en el templo de los dioses bárbaros, para que sirviese de conmemoración de tan brillante victoria y para que la contemplación de los despojos de este emperador cautivo en el templo de sus dioses bárbaros sirviese a nuestros embajadores de advertencia perenne, para que los romanos no confiasen demasiado en sus fuerzas.

Aureliano. **6:**

Aureliano, que era de natural alocado y violento, si bien se acordaba del cautiverio de Valeriano, olvidó sin embargo cuál había sido el pecado y subsiguiente castigo de éste y provocó la ira de Dios con sus acciones criminales. Pero ni siquiera le dio tiempo de llevar a cabo sus maquinaciones,

[4] Galieno.

sino que fue asesinado en los inicios mismos de sus locas acciones.

Galerio. 33-35:

> (Tras describir las acciones de Diocleciano y Galerio, entre las que se encuentran las persecuciones contra los cristianos, Lactancio describe, con exagerado realismo, la cruel enfermedad que Dios, como castigo, envió a Galerio.)

Cuando ya cumplía el decimoctavo año en el poder, Dios le hirió con una enfermedad incurable. Le sale una úlcera maligna en la parte inferior de los genitales que se va extendiendo. Los médicos cortan, limpian. Pero cuando ya había cicatrizado, se abre de nuevo la herida y, al romperse la vena, se produce una hemorragia que le pone en peligro de muerte. Sin embargo, aunque con dificultad, se corta la hemorragia. Se vuelve a iniciar de nuevo totalmente el proceso de curación. Por fin, vuelve a cicatrizar. Pero de nuevo, en el más leve movimiento del cuerpo, vuelve a reproducirse la herida: se produce un derrame de sangre mayor que el anterior. El está cada vez más pálido y, al irse consumiendo sus fuerzas, se va debilitando, pero se logra cortar, por fin, el río de sangre. La herida comienza a no responder a la medicación: el cáncer invade las partes cercanas del cuerpo y, cuanto más se le corta, más extensamente se ensaña; y cuanto más se le cura, más crece. «Los médicos, Filírides, Quirón, Amitanonio y Melampo, se rinden».[5]

Se hace venir de todas partes a médicos famosos, pero la mano humana no consigue nada. Se recurre a los ídolos: se ruega y se pide la curación a Apolo y Asclepio.[6] Apolo da un remedio, pero el mal va cada vez a peor. La muerte, que se había apoderado de toda la parte inferior del cuerpo, ya no estaba lejos. Las entrañas se manifiestan al exterior putrefactas, y toda la parte afectada se convierte en una podredumbre. No desisten los infelices médicos en intentar la curación, aunque sin la esperanza de vencer el mal. Este, re-

---

[5] Virgilio, *Geórgicas* 3, 549-550.
[6] Ambos son dioses de la medicina.

chazado de la superficie por los medicamentos, penetra en el interior y afecta a las entrañas, produciendo gusanos. El hedor se expande no sólo por el palacio, sino también por toda la ciudad. Cosa no extraña, puesto que ya salían mezcladas heces y orina. El cuerpo va siendo devorado por los gusanos y se va descomponiendo en medio de dolores insoportables. «Levanta a los astros horrendos alaridos, cual los mugidos que da el toro cuando huye del altar».[7]

Se aplicaban a la parte que supuraba carnes de animales cocidas y aún calientes, a fin de que el calor echase a los gusanos. Una vez eliminados éstos, surgía de nuevo un enjambre incalculable y la fecunda descomposición de las vísceras putrefactas engendraba un número mucho mayor de gusanos. Las partes del cuerpo habían perdido ya su forma al ser invadidas por el mal. Toda la parte superior del cuerpo, hasta la úlcera, se había secado y la piel, de una escualidez que daba pena, se acumulaba en arrugas en los espacios comprendidos entre los huesos; en cambio, la parte inferior, estaba hinchada a modo de odres, hasta el punto de que la forma de los pies resultaba irreconocible.

Esta situación se prolongó sin interrupción durante un año, hasta que finalmente, doblegdo por el mal, se vio forzado a hacer confesión de Dios. En el intervalo de un ataque de dolor a otro declara que tiene intención de restituir el templo de Dios y de reparar convenientemente su crimen. Ya en trance de muerte, publicó un edicto en estos términos:

«...».

Este edicto es hecho público en Nicomedia el día 30 de abril, siendo cónsules él por octava y Maximino Daya por segunda vez. Entonces, al abrirse las prisiones, Donato querido, juntamente con otros confesores, saliste de la cárcel, tras haber sido ésta tu morada durante seis años.

Sin embargo, no por ello alcanzó éste el perdón de su crimen por parte divina, sino que unos pocos días después, tras poner bajo la protección de Licinio a su esposa e hijo, cuando ya los miembros de todo su cuerpo se descomponían, murió consumido por la horrenda putrefacción.

---

[7] Virgilio, *Eneida* 2, 222-224.

Diocleciano. 42, 2 ss:

Así pues, Diocleciano, al observar en vida lo que no le había sucedido a ningún otro emperador,[8] afectado por una doble enfermedad,[9] decidió que debía morir. Iba de un lado a otro con su espíritu turbado por el dolor que no le dejaba dormir ni comer. Todo eran suspiros y gemidos, constantes lágrimas y continuo retorcimiento de su cuerpo, unas veces en el lecho, otras en el suelo. Fue así como este emperador, colmado por la fortuna durante veinte años, relegado por Dios a una vida oscura y humillado por los ultrajes, llegó a odiar la vida y se consumió finalmente en hambre y angustia.

Maximino Daya. 49:

Ante la persecución de Licinio y su ejército, el tirano se batió en retirada y se dirigió de nuevo a los desfiladeros del monte Tauro. Allí intentó obstaculizar el avance de Licinio construyendo torres y fortificaciones, pero fue desalojado por los vencedores que destruyeron todas las construcciones, y finalmente huyó a Tarso. Allí, al verse asediado por tierra y mar y sin esperanza alguna de ayuda, angustiado y temeroso, recurrió a la muerte, como remedio a los males que Dios había acumulado en su cabeza. Pero previamente se sació de comida y se anegó de vino, como suelen hacerlo aquellos que piensan que lo van a hacer por última vez; en estas condiciones, ingirió veneno. Pero su efecto, contrarrestado por el estómago lleno, no pudo ser fulminante, sino que su maligna acción acabó en una debilidad semejante a la que produce la peste, de forma que su vida se prolongó durante algún tiempo entre dolores. Después comenzó a intensificarse el efecto del veneno, con lo que sus entrañas comenzaron a arder con un dolor tan insoportable que terminó en la locura. Llegó a tal extremo que por espacio de cuatro días, preso de locura, devoraba como un hambriento puñados de tierra seca. Después, tras sufrir muchos y agudos tormentos, al golpear su cabeza contra las paredes, se le salieron los ojos de sus órbitas. Por último, perdida ya la vis-

[8] Destrucción de sus propias estatuas.
[9] La enfermedad física y mental. La locura es uno de los denominadores comunes que los cristianos atribuyen a los perseguidores.

ta, empezó a tener visiones en las que contemplaba a Dios juzgándole rodeado de servidores vestidos de blanco. Daba los gritos que suelen dar los que son sometidos a tortura y declaraba que no lo había hecho él, sino otros. Finalmente, como si hubiese cedido ante los tormentos, reconoció a Cristo, suplicándole e implorándole que se apiadase de él. De este modo, exhalando gemidos como si le estuvieran quemando, entregó su espíritu en una muerte deleznable.

Familiares de Galerio. 50:

De este modo terminó Dios con todos los perseguidores de su doctrina, de modo que no quedó de ellos ni huella ni raíz. Efectivamente, Licinio, una vez que se hizo dueño de todo el poder, mandó matar, primero, a Valeria[10], a la que no se había atrevido a ejecutar el enloquecido Maximino, ni siquiera después de su huida cuando veía que su muerte estaba ya próxima; después, a Candidiano, hijo de una concubina, al que Valeria había adoptado porque era estéril. Valeria, sin embargo, cuando conoció la victoria de Licinio, se había introducido en la comitiva de éste con un ropaje disfrazado, para tratar de conocer la suerte de Candidiano, ya que éste se había presentado en Nicomedia y parecía ser tenido en consideración; pero cuando menos lo esperaba, fue asesinado. Ella, al enterarse del final de éste, se dio inmediatamente a la fuga. También a Severiano, hijo de Severo, de edad ya adulta, que había seguido a Maximino desde el campo de batalla en su fuga, le condenó a la pena capital bajo la acusación de aspirar a la púrpura tras la muerte de aquél.

Todos los anteriores, que temían *a priori* a Licinio como si fuera un malvado, habían preferido ponerse del lado de Maximino; todos menos Valeria, la cual se opuso a Maximino de la misma forma que a Licinio, por cuanto éste pretendía entrar en posesión, por derecho de herencia, de todos los bienes de Galerio.

Asesinó también al hijo mayor de Maximino, de ocho años, y a su hija, de siete, que había sido prometida a Candidiano. Previamente, la madre de ambos había sido arroja-

[10] Hija de Diocleciano y esposa de Galerio.

da al Orontes[11], el mismo lugar en el que muchas veces ella había hecho arrojar a mujeres honestas.

De este modo todos los impíos, en un justo y verdadero juicio de Dios, recibieron los mismos castigos que ellos habían infligido.

Oros., *Hist.*

(En sus *Historias* Orosio recoge también el triste fin, providencialmente enviado por Dios, de todos aquellos que han perseguido a los cristianos.)

Pilato: 5, 8:

El gobernador Pilato, por su parte, que era el que había pronunciado la sentencia de muerte contra Cristo, después de haber sufrido y provocado muchas revueltas en Jerusalén, se vio tan acuciado por las apremiantes presiones de Cayo[12] que, atravesándose con su propia espada, encontró en una rápida muerte la abreviación de todas sus maldades.

Nerón: 7, 7:

En el año 808 de la fundación de la ciudad subió al trono, en quinto lugar después de Augusto, Nerón César y se mantuvo en el mismo catorce años no completos[13]. Continuador y superador incluso de su tío Cayo Calígula en todo tipo de vicios y crímenes, practicó la petulancia, la pasión, el lujo, la avaricia y la crueldad con todo tipo de acciones malvadas...

Aumentó aún más este conjunto de crímenes su osado desprecio hacia Dios. Fue, en efecto, el primero que, en Roma, sometió a los cristianos al martirio y a la muerte y ordenó que se les persiguiese y atormentase igualmente por todas las provincias; y, en su intento de extirpar el propio nombre cristiano, ejecutó a los bienaventurados apóstoles de Cristo, Pedro y Pablo: a uno en la cruz y a otro con la espada.

Inmediatamente agobiaron a la ciudad montones de de-

---

[11] Río de Antioquía.
[12] Calígula.
[13] 54-68.

sastres que surgían por todas partes. Efectivamente, en el otoño siguiente se apoderó de Roma una peste tan cruel que en el cómputo de la muerte se contabilizaron treinta mil funerales. Inmediatamente después tuvo lugar un desastre en Britania, donde dos importantes ciudades[14] fueron saqueadas con la consiguiente e importante ruina y matanza de ciudadanos y aliados romanos. Por otro lado, en Oriente, perdidas ya las grandes provincias de Armenia, las legiones romanas fueron obligadas por los partos a pasar bajo el yugo y sólo con dificultades se pudo mantener Siria. En Asia fueron arrasadas por un terremoto tres ciudades: Laodicea, Hierápolis y Colosas.

En cuanto a Nerón, tan pronto como se enteró de que en España el ejército había nombrado emperador a Galba, cayó en un desánimo y desesperación total. Y dado que tramaba increíbles crímenes para perturbar o, mejor, para minar totalmente los cimientos del estado, fue declarado por el senado enemigo público y, dándose vergonzosamente a la huida, se suicidó a cuatro millas de Roma. Y con él se acabó toda la familia de los Césares[15].

Domiciano: 7, 10:

Domiciano, hermano de Tito, sucedió a su hermano en el trono, siendo el noveno emperador a partir de Augusto. Este, durante quince años[16], llegó poco a poco, pasando por distintos grados, a tal extremo de maldad que incluso intentó osadamente derribar la Iglesia de Cristo, asentada ya por todo el mundo, promulgando por todas partes edictos en los que ordenaba cruel persecución...

Y este mismo, embrutecido por la soberbia, empujado por la cual pretendía ser adorado como Dios, ordenó, el segundo después de Nerón, que se llevara a cabo una persecución contra los cristianos. En esta época fue incluso exiliado a la isla de Patmos el bienaventurado apóstol Juan. Se ordenó también que fueran sometidos a crueles interrogatorios y

---

[14] *Camulodunum* y *Veralanium*, ciudades ocupadas y masacradas por las tribus rebeldes.

[15] La familia Julio-Claudia.

[16] 81-96.

ejecutados con duros tormentos todos los judíos pertenecientes a la raza de David; y ello, porque se tenía envidia de los auténticos profetas y se creía que todavía había de venir de la sangre de David el que se apoderaría de su reino.

Pero inmediatamente después muere Domiciano, cruelmente asesinado por los suyos en palacio. Su cadáver fue llevado en un vulgar ataúd por los sepultureros y deshonrosamente sepultado.

Trajano: 7, 12:

En el año 847 de la fundación de la ciudad tomó las riendas del imperio, de manos de Nerva, y en undécimo lugar después de Augusto, Trajano, de familia española; y las conservó durante diecinueve años[17]. Tomó los distintivos imperiales en la ciudad gala de Agripina[18]. Inmediatamente repone en su antigua situación a la Germania transrenana; al otro lado del Danubio sometió a muchos pueblos. Convirtió además en provincias las regiones de más allá del Eufrates y del Tigris. Se apoderó de Seleucia, Ctesifonte y Babilonia.

Cayó, es verdad, el tercero después de Nerón, en el error de perseguir a los cristianos, ya que ordenó que, dondequiera que se les encontrase, fueran obligados a hacer sacrificios a los dioses y que, los que se opusiesen, fueran ejecutados; y, cuando ya habían sido ejecutados muchos cristianos, advertido por el informe de Plinio Segundo, quien juntamente con otros jueces, había sido nombrado perseguidor, de que estas gentes, si se exceptuaba su aceptación de Cristo y sus irreprochables reuniones, no hacían nada en contra de las leyes romanas y de que, por la confianza que les daba la inocencia de su confesión, a ninguno de ellos les parecía la muerte algo duro y temible, suavizó inmediatamente su edicto con rescritos menos duros. A pesar de ello, la casa áurea de Roma[19], construida por Nerón a base de agotar totalmente haciendas privadas y públicas, fue destruida inmediatamente después por un incendio repentino, para que se viera

[17] 98-117.
[18] La *Colonia Agripina*, actual Colonia.
[19] Construida por Nerón sobre las ruinas de su morada.

que una persecución, aunque continuada por otro, es castigada sobre todo en los monumentos construidos por aquel que inició las persecuciones, y castigada también en la persona del propio culpable de ella. Cuatro ciudades de Asia, Elea, Mirina, Pitane y Cime, y dos de Grecia, Opuntioro y Orítoro, fueron arrasadas por un terremoto; en este terremoto cayeron también tres ciudades de Galatia; el Panteón de Roma fue quemado por un rayo; un terremoto casi destruye toda la ciudad de Antioquía.

Marco Aurelio: 7, 15, 4 ss:

Tras su muerte, quedó solo al frente del estado Marco Antonio. Pero en los días de la guerra contra los partos tuvieron lugar, por mandato suyo, y por cuarta vez ya tras Nerón, crueles persecuciones contra los cristianos en Asia y en Galia: muchos santos merecieron la corona del martirio. Como consecuencia hubo una epidemia que se extendió por muchas provincias y una peste tan grande asoló a toda Italia que por todas partes las villas, campos y ciudades se convirtieron en ruinas y en lugares salvajes al quedarse desiertos, sin cultivadores y habitantes.

Pértinax: 7, 17:

En el año 944 de la fundación de la ciudad, Severo, africano de la ciudad tripolitana de Leptis, que quiso llamarse Pértinax a partir del nombre del emperador de cuya muerte se había tomado justa venganza, se apoderó, en decimoséptimo lugar tras Augusto, del trono que estaba vacío; y lo conservó durante diociocho años[20]...

Atormentó a los cristianos en la quinta persecución después de Nerón; y muchos santos merecieron la corona del martirio a lo largo de las distintas provincias. Este sacrílego ataque de Severo contra los cristianos y la Iglesia de Dios mereció castigo divino, que vino inmediatamente. Severo, en efecto, es atraído, o mejor, arrastrado desde Siria a la Galia a una tercera guerra civil; tercera porque ya había protagonizado una en Roma contra Juliano[21] y otra en Siria contra

[20] 193-211.

[21] Dídimo Juliano, emperador del 193, que obtuvo el trono gracias a los

Pescenio[22]; la tercera la provocaba Clodio Albino, aliado de Juliano en el asesinato de Pértinax[23], que se había nombrado a sí mismo César en la Galia[24].

Maximino: 7, 19

En el 987 de la fundación de la ciudad, el ejército, después de haber llevado a feliz término una campaña militar en Germania, nombró emperador, en contra de la voluntad del senado, a Maximino[25], el vigesimosegundo después de Augusto; éste llevó a cabo, en sexto lugar tras Nerón, una persecución contra los cristianos. Pero inmediatamente después, en concreto en el año tercero de su reinado, su asesinato, llevado a cabo por Pupieno en Aquileya, puso fin a la persecución y a su vida.

Decio: 7, 21

En el año 1004 de la fundación de la ciudad, Decio, provocador y moderador de la guerra civil, tras asesinar a los Filipos, se apoderó del trono en vigesimoquinto lugar tras Augusto, y lo conservó durante tres años[26]. Inmediatamente después —en lo cual demostró que había matado a los Filipos[27] también por esto— promulgó, el séptimo después de Nerón, crueles editos para la persecución y muerte de los cristianos; envió así a muchos santos, desde las cruces, a la recepción de la corona de Cristo. Eligió como César a su hijo, con el cual encontró inmediatamente después la muerte acorralado por los bárbaros.

Valeriano: 7, 22

En el año 1010 de la fundación de la ciudad fueron nom-

---

pretorianos.

[22] Pescenio Nigro Justo, cónsul en el 190 y gobernador de Siria en este momento. En Siria fue proclamado emperador por sus legiones.

[23] Helvio Pértinax, el antecesor del Pértinax del que habla aquí Orosio.

[24] Claudio Albino era un africano de noble familia; fue proclamado emperador por su ejército en el 196 en Bitinia; desde aquí pasa a la Galia con la esperanza de apoyarse en las legiones germanas para ir contra Roma.

[25] 235-238.

[26] 249-251.

[27] Padre e hijo; emperadores el primero desde el 244 al 249 y del 247 al 249 el segundo.

brados, en vigesimoséptimo lugar tras Augusto, dos emperadores: Valeriano es proclamado Augusto en Retia por su ejército, mientras que en Roma Galieno es nombrado César por el senado[28]; Galieno permaneció tristemente en el trono durante quice años, cuando el género humano se veía ya un poco aliviado de aquella epidemia desacostumbradamente larga y cruel. Los malos, olvidadizos, provocan su propio castigo; y es que los impíos sienten ciertamente los azotes, cuando son atormentados, pero, obstinados, no saben por quién son flagelados. Por no hablar de persecuciones anteriores, tras producirse la persecución de Decio contra los cristianos, una gran epidemia azotó a todo el imperio. Los malvados son falsos para consigo mismos, ya que, por su propia perdición, se engañaron con la falsa creencia de que la peste era de común incidencia y de que la muerte provocada por la enfermedad era un fin natural y no un castigo. Como consecuencia, de nuevo y en breve tiempo, provocan por sus impías acciones la ira de Dios para recibir así un castigo del que se ven obligados a acordarse durante algún tiempo.

Y es que Valeriano, en cuanto se hizo con el poder, ordenó, en octavo lugar tras Nerón, que los cristianos fueran arrastrados con tormentos a la idolatría y que fueran ejecutados los que se negasen, derramando sangre de santos a todo lo largo del imperio romano.

Inmediatamente después, Valeriano, autor de ese cruel edicto, fue capturado por el rey persa Sapor y envejeció, él que era emperador del pueblo romano, en vergonzosa servidumbre entre los persas, ya que fue condenado, mientras vivió, a este continuo castigo: a levantar al rey, inclinándose en tierra, y no con la mano sino con la espalda, siempre que éste se disponía a subir a su caballo. Y Galieno, aterrorizado por tan manifiesto juicio divino y asustado ante el triste ejemplo de su colega, devolvió la paz, en angustiosa reparación, a las comunidades cristianas.

Pero la cautividad de un solo impío, aunque sea perpetua y sobremanera abominable, no colma, si se tienen en cuenta tantos miles de santos atormentados, la medida de

[28] Valeriano gobierna del 253 al 260; Galieno, del 253 al 268.

la injuria y de la venganza; y la sangre de los justos, que clama a Dios, pide ser vengada en la misma tierra en que ha sido derramada. Y es que no se exigía solamente, en justo juicio, el castigo del autor del edicto, sino que era también de justicia que fueran alcanzados por el mismo castigo de la venganza los ejecutores materiales, los delatores, los acusadores, los espectadores y jueces y finalmente todos los que asentían a tan injusta crueldad, aunque sin manifestar su voluntad —y es que Dios conoce todos los secretos—, la mayor parte de los cuales se extendía por todas las provincias.

De repente, con el consentimiento de Dios, se sueltan por todas partes los pueblos que habían sido convenientemente colocados y puestos alrededor de las fronteras del imperio y, rotos los frenos, se lanzan contra todos los territorios romanos. Los germanos, tras atravesar los Alpes, Retia y toda Italia, llegan hasta Rávena; los alamanos, en su expedición a las Galias, pasan también a Italia; Grecia, Macedonia, el Ponto y Asia son destruidas por una invasión de godos; y en lo que respecta a la Dacia de más allá del Danubio, se pierde para siempre; los cuados y sármatas asolan los territorios de Panonia; los germanos de los territorios más lejanos barren y se apoderan de Hispania; los partos toman Mesopotamia y arrasan Siria; quedan todavía por las distintas provincias, entre las ruinas de las grandes ciudades, pequeños y míseros lugares que conservan señales de sus desgracias y el recuerdo de su nombre; entre ellas, incluso en Hispania recuerdo yo ahora, para consuelo de mi reciente desgracia, a nuestra Tarragona[29].

Y para que no escapase de este despedazamiento ninguna parte del cuerpo romano, en el interior conspiran los usurpadores, resurgen las guerras civiles, se derrama por todas partes gran cantidad de sangre romana en la cruel lucha entre romanos y bárbaros; pero en seguida la ira de Dios se convierte en misericordia y, en lo que se refiere a la venganza por él iniciada, debe ser considerada total sólo en apariencia, no como auténtico castigo.

---

[29] Orosio era, si no de Tarragona, al menos sí de la Tarraconense.

Aureliano: 7, 23, 3 ss.

En el año 1027 de la fundación de la ciudad consiguió el trono Aureliano, vigésimonono emperador, conservándolo durante cinco años y seis meses[30]; era un hombre sobresaliente en técnica militar.

Finalmente, al decretar, en noveno lugar tras Nerón, que se hiciera una persecución contra los cristianos, cayó ante él un rayo con gran consternación de los que estaban a su lado; y, no mucho después, fue asesinado en un viaje.

Diocleciano, Maximiano y Galerio: 7, 25, 13 ss.

Entretanto Diocleciano en Oriente y Maximiano Herculio en Occidente ordenaron, en décimo lugar tras Nerón, asolar las iglesias y destruir y ejecutar a los cristianos; esta persecución fue más larga y cruel que casi todas las llevadas anteriormente a cabo, ya que, durante diez años, se alimentó de incendios de iglesias, de proscripciones de inocentes y de matanzas de mártires. Hubo después un terremoto en Siria, a causa del cual se derrumbaron en Tiro y Sidón todas las casas una por una y quedaron enterrados muchos miles de hombres; en el segundo año de la persecución Diocleciano exigió a Maximiano, en contra de la voluntad de éste, el abandono simultáneo de la púrpura y del imperio y el pasar la vejez en privada tranquilidad después de que gente más joven les hubiese sustituido en el gobierno. De esta forma abandonaron al mismo tiempo el poder y el culto imperial, Diocleciano en Nicomedia y Maximiano en Milán[31].

Los augustos Galerio y Constancio fueron los primeros que dividieron el imperio romano en dos partes: a Galerio Maximiano le correspondió el Ilírico, Asia y Oriente, y a Constancio Italia, Africa y las Galias. Pero Constancio, que era un hombre apacible, se contentó sólo con la Galia (e Hispania) y cedió a Galerio las demás partes. Galerio elige dos Césares: Maximino, a quien puso en Oriente, y Severo[32], al que entregó Italia, quedándose él en el Ilírico. El augusto

---

[30] Marzo del 270 a agosto del 275.

[31] Mayo del 305.

[32] Gayo Valerio Galerio Maximino, de sobrenombre Daya, y Flavio Valerio Severo.

Constancio, a su vez, hombre de extraordinaria mansedumbre y dignidad en los asuntos de gobierno, encontró la muerte en Britania. Y dejó nombrado emperador de las Galias a su hijo Constantino, nacido de la concubina Helena.

En el año 1061 de la fundación de la ciudad, Constantino, trigesimocuarto emperador, recibió las riendas del imperio de su padre Constancio, riendas que conservó felizmente durante treinta y un años[33].

He aquí que ahora, de pronto, se sale al encuentro mío y se salta sobre mí en una especie de danza.

«¡Ea!, me dicen, por fin has caído, después de esperarlo mucho tiempo en nuestra trampa. Aquí esperábamos que vinieras a parar, aquí te aplastamos una vez que has caído, aquí te tenemos confundido. Hasta ahora te hemos aguantado cuando, de una manera en cierta forma ingeniosa y astuta, ponías en relación los cambios fortuitos de los tiempos con venganzas de los cristianos. Y durante todo ese tiempo nosotros, asustados ciertamente ante la apariencia de verosimilitud —y es que somos desconocedores de los secretos divinos—, palidecimos de terror. Pero ahora, nuestro Maximiano ha descubierto toda la comedia de tu falsa historia y, cual columna inexpugnable, ha hecho brillar la antigüedad de nuestra religión. Durante diez años han sido destruidas vuestras iglesias, como tú mismo confiesas; a lo largo de todo el orbe han sido despedazados con torturas y agotados por la muerte los cristianos. Tú mismo eres para nosotros la prueba de que ninguna otra persecución anterior fue tan cruel y tan larga. Y, sin embargo, he aquí que en esta época hay tranquila prosperidad y, en medio de ella, está también la inusitada felicidad de los propios emperadores que han protagonizado estas persecuciones: nada de hambre en el interior, nada de peste, nada de guerras en el exterior salvo las voluntariamente provocadas, las cuales sólo pueden ser un ejercicio para las fuerzas, no un peligro; ha sucedido además algo hasta ahora desconocido para el género humano: el condescendiente consorcio y extraordinaria concordia de muchos reyes al mismo tiempo, junto a la existencia de un poder común que, antes nunca, pero ahora sí, mira por el

[33] 306-337.

bien común. Y además algo de lo que hasta ahora tampoco hay noticias entre los mortales: aquellos emperadores, realmente grandes, y perseguidores, se convirtieron, tras abandonar el poder y aceptar una vida tranquila, en personas privadas, cosa que los hombres consideran como el bien más feliz y más grande de la vida justa; y eso lo consiguieron los autores de la persecución como un premio en un momento en que la persecución, enconada, se endurecía estando todavía en la mitad de lo que iba a ser su duración por todo el orbe. O ¿acaso afirmas también que esta felicidad fue un castigo para esta época y pretendes que nos aterroricemos también por ello?»

A éstos podría humildemente responderles que yo, armado con la enorme preocupación que arranca de mi amor paternal, pretendo sólo hacer advertencias sobre peligros ciertos y no aterrorizar con falsos peligros. Diez persecuciones ha sufrido la Iglesia de Cristo desde Nerón hasta Maximiano[34]; nueve venganzas, como yo las he calificado, o calamidades, como ellos mismos no niegan, siguieron inmediatamente después. Y no quiero discutir ya más sobre si debe considerarse que han sido castigos merecidos o cambios fortuitos; sin embargo, lo que aceptamos, ellos y yo, es que fueron desastres. En la décima, estos pobres y ciegos enemigos, que no ven que ésta ha sido para ellos tanto más grave cuanto menos comprendida, piensan que Dios ha vacilado. Y es que el impío es flagelado y no se da cuenta. Pero cuando ello quede claro, ellos, aunque de mala gana, tendrán que confesar ante la evidencia de los hechos que las heridas, por las cuales todavía ahora se duelen y se duelen tanto que incluso dan gritos y nos empujan a nosotros, que nos preocupamos por la forma de hacerlos callar, a gritar también,

[34] Sobre el número de persecuciones cf. V. Grumel, «Du nombre des persécutions paiennes dans les anciennes chroniques», *Rév. des Etud. August.* 2 (1956), pp. 56-60. En lo que se refiere al número de persecuciones hay notables diferencias entre los padres occidentales: en un primer momento prevalece la idea de que son seis (*Prólogo del cómputo pascual* 343-353; Lactancio, etc.); con Sulpicio Severo el número asciende a nueve; Próspero de Aquitania y Jerónimo suman una más: la del Anticristo al final de los tiempos. Orosio hace un reajuste y llega hasta diez, más la del Anticristo. Este número se mantiene a partir de Orosio.

no son sino consecuencia del enorme castigo que mereció la persecución de Maximiano.

En el libro I[35] expuse que Pompeyo Trogo y Cornelio Tácito habían mencionado, aunque en verdad que no con detalle —nuestro Moisés, sin embargo, hombre digno de crédito según el testimonio de ellos mismos, lo contó con fidelidad y detalle— que los egipcios y su rey fueron azotados por diez durísimas plagas cuando, en su obcecación por impedir la religión del pueblo de Dios, hicieron volver a los trabajos del barro y de la paja a ese pueblo que intentaba y estaba dispuesto a servir a su Dios. Y que después, aplacados por la violencia de los desastres, no sólo le forzaron en su rápida huida, sino que incluso le cargaron con sus propios vasos de plata y de oro. Y que luego, olvidados de sus plagas y deseosos de un botín que no les pertenecía, y arrastrados también por el odio a una religión extranjera, murieron absolutamente todos, tragados en último término por el mar Rojo, cuando perseguían ansiosamente a inocentes.

Yo refiero y recuerdo esto ahora, aunque mis enemigos no lo van a aceptar como verdad revelada, pero sí lo tendrán que aceptar como aprobado por sus resultados, porque estos hechos sucedieron como un avance de lo que nos iba a pasar a nosotros. Uno y otro pueblo son de un solo Dios; única es la causa de uno y otro pueblo. La comunidad de los israelitas estuvo sometida a los egipcios, la iglesia de los cristianos está sometida a los romanos. Los egipcios fueron perseguidores; también los romanos lo son. Allí hubo diez negativas a Moisés; aquí diez edictos contra Cristo. Varias plagas conocieron entonces los egipcios; varias calamidades han conocido ahora los romanos. Intentaré comparar entre sí los propios desastres, en la medida, sin embargo, en que las distintas formas aparentes pueden ser comparadas:

En Egipto, el primer castigo consistió en que gran cantidad de sangre manó de los pozos y corrió por los ríos; aquí, en época de Nerón, la primera plaga consistió en que por todas partes había sangre de muertos, sangre ya corrompida en la ciudad por las enfermedades, ya derramada en el orbe por las guerras.

[35] 1, 10.

En Egipto, la segunda plaga se manifestó en forma de ranas que, croando y saltando en los lugares más recónditos, causaron entre los habitantes la falta casi total de alimentos y el exilio; aquí, en época de Domiciano, el segundo castigo mostró igualmente cómo casi todos los ciudadanos romanos se vieron reducidos a la escasez y dispersados por el destierro a causa del malvado y desenfrenado ir y venir de los guardias y soldados que cumplian órdenes del cruel príncipe.

En Egipto, el tercer castigo trajo consigo mosquitos, es decir, moscas pequeñísimas y crueles, como las que, apiñadas muchas veces por lugares sucios en montones vibratorios en medio del verano, suelen moverse en un vuelo sonoro e introducirse con crueles mordiscos entre los cabellos de los hombres y las crines de los animales; aquí de nuevo, en época de Trajano, la tercera plaga soliviantó a los judíos, los cuales, a pesar de que hasta ese momento habían permanecido, dispersos por todo el mundo, hasta tal punto tranquilos que daba la impresión de que no existían, se levantaron ahora con repentino furor lanzándose cruelmente por todo el orbe contra aquellos mismos en cuya compañía vivían; y ello sin contar los enormes destrozos producidos en muchas ciudades que fueron arrasadas en esta época por frecuentes terremotos.

En Egipto, durante la cuarta plaga, aparecieron tábanos, auténticos pupilos de la podredumbre y productores de gusanos. Aquí, en época de Marco Antonino, hubo también una cuarta plaga: una peste, que se extendió por muchas provincias, fue la causante de que toda Italia, juntamente con la ciudad de Roma, y el ejército romano, al que repartido por lugares lejanos y distintos cuarteles de invierno le hacía falta ya muy poco para fenecer, terminaran por ser pasto de la podredumbre y de los gusanos.

En Egipto, el quinto castigo se cumplió con la repentina muerte de animales domésticos y de carga; aquí también, en la quinta vanganza divina, en época del perseguidor Severo, fueron diezmadas por las fortísimas guerras civiles las entrañas y la vida propia del Estado, es decir los pueblos de las provincias y las legiones de soldados.

En Egipto, el sexto tormento produjo tumores que hervían y pústulas eruptivas. Aquí, en Roma, hubo también un

sexto castigo, que tuvo lugar tras la persecución de Maximino, quien había mandado atormentar, prescindiendo del pueblo llano, a los obispos y clérigos sobre todo, es decir a los líderes de las iglesias: este castigo consistió en una creciente ira y envidias que suspiraron con frecuencia, no por la muerte del pueblo llano, sino porque fueron perseguidos y muertos los emperadores y poderosos.

En Egipto se enumera una séptima plaga: granizo producido por condensación del aire, que produjo la muerte de hombres, animales y cosechas. Igualmente hubo aquí una séptima plaga en época de Galo y Volusiano, que habían sucedido al perseguidor Decio tras la muerte de éste: se extendió una peste que corrompió el aire, la cual, a lo largo de todos los territorios del imperio romano, desde Oriente a Occidente, no sólo produjo la muerte de casi todos los hombres y animales, sino que sobre todo «ensució los lagos e infestó los pastos con sangre corrompida[36]».

En Egipto, el octavo castigo lo protagonizaron langostas que se levantaron por todas partes y que agarraban, trillaban y tapaban todo. Igualmente aquí pueblos soliviantados por todas partes, que barrieron todas las provincias con matanzas e incendios, se levantaron para traer la octava destrucción del mundo romano.

En Egipto, la novena plaga consistió en duraderas, espesas y casi palpables tinieblas; fue una plaga que amenazó más peligro del que en realidad produjo; aquí también hubo una novena plaga cuando, ante Aureliano, mientras firmaba el decreto de persecución, cayó a sus pies, en funestos remolinos, un terrible y siniestro rayo que mostró cuál sería el poder de vengador tan grande —si es que éste no se dejaba llevar por su clemencia y paciencia—, en el momento en que se decidiese a hacer cumplir la auténtica venganza; y la verdad es que en los seis meses siguientes perdieron la vida por diversas causas tres emperadores sucesivos: Aureliano, Tácito y Floriano.

En Egipto, por fin, hubo una décima plaga, que fue también la última de todas: la muerte de todos los primogénitos. Aquí también, el décimo, es decir, el último castigo,

[36] Virgilio, *Geórgicas* 3, 481.

consiste en la caída de todos los ídolos, a los cuales, construidos en época primitiva, ellos apreciaban sobremanera.

En Egipto un faraón conoció, probó y temió el poderío de Dios y por ello permitió marchar en libertad al pueblo de Dios; aquí el emperador ha conocido, ha probado y ha aceptado el poder de Dios y, por ello, ha permitido que el pueblo de Dios fuera libre. En el caso de Egipto, el pueblo de Dios nunca después volvió a la esclavitud; aquí, el pueblo de Dios nunca después ha sido arrastrado a la idolatría. En aquella ocasión las copas lujosas de los egipcios fueron entregadas a los hebreos; aquí, los más importantes templos de los paganos pasaron a ser iglesias cristianas.

Pienso ciertamente, como dije, que se debe poner en evidencia esto: que, de la misma forma que los egipcios intentaron perseguir a los hebreos, después de haberlos dejado marchar tras las diez plagas, siendo ya eternamente destruidos por el mar, así también nosotros, que ahora peregrinamos con toda libertad, tenemos reservada una nueva persecución pagana, que sobrevendrá en cualquier momento, antes de que pasemos, llevando como guía y juez a nuestro Señor Jesucristo, el mar Rojo, es decir el fuego del juicio. Pero hasta entonces, los que representan el papel de los egipcios tendrán, por un poco de tiempo, la facultad de endurecerse y perseguir, con el permiso de Dios, a los cristianos; sin embargo, esos mismos enemigos de Cristo, con su jefe el Anticristo [37], caerán en el estanque del fuego eterno, en el cual se cae sin verlo, debido a la tupida niebla que lo cubre, y alcanzarán la eterna perdición ardiendo en medio de suplicios que no acabarán nunca.

....

28, 9 ss.: Herculio Maximiano, perseguidor y usurpador después de haber sido Augusto, intentó despojar a su hijo, asentado ya en el trono, el vestido y poder real; pero asustado por los alborotos y tumultos públicos de sus soldados marchó a la Galia, para, por medio igualmente de intrigas, quitar el poder a su yerno Constantino. Pero sorprendido

---

[37] Esta persecución del Anticristo será la última, la undécima. La figura del Anticristo, que aparecerá al final del mundo, se encuentra, aunque de forma diversa, ya desde Pablo (*Epístola a los tesalonicenses* 2, 2, 4-12); para unos, será un individuo con poderes satánicos; para otros, será una persona.

y traicionado por su hija y puesto posteriormente en fuga, fue alcanzado y eliminado en Marsella[38].

A continuación Galerio, muerto Severo, nombró emperador a Licinio. Y tras haber endurecido con edictos más crueles la persecución iniciada por Diocleciano y Maximiano y haber vaciado las provincias de todo tipo de personas durante diez años, se le corrompió el pecho por dentro y se le deshicieron las entrañas; y dado que, sobrepasando el horror de cualquier desgracia humana, echaba incluso gusanos y sus médicos, que no podían aguantar ya más el hedor, morían frecuentemente por orden suya, un médico, sacando fuerzas de lo desesperado de la situación, le increpó diciéndole que su castigo era consecuencia de la ira de Dios y que, por consiguiente, no podía ser curado por médicos; entonces hizo volver a los cristianos de sus destierros enviando edictos por todas partes. Y él mismo, al no poder aguantar ya los dolores, se quitó violentamente la vida.

De esta forma, el estado cayó entonces bajo el mando de cuatro nuevos príncipes: Constantino y Majencio, hijos de Augustos [39], y Licinio y Maximino, que no procedían de familias ilustres [40].

Constantino concedió la paz a las comunidades cristianas tras diez años de persecuciones. Posteriormente, estalló una guerra civil entre Constantino y Majencio. Majencio, tras haber sido agotado en múltiples combates, fue finalmente derrotado y eliminado junto al puente Milvio. Maximino, incitador y ejecutor cruel de una persecución contra los cristianos, murió en Tarso, mientras preparaba una guerra civil contra Licinio. Licinio, sacudido por una repentina rabia, mandó expulsar de su palacio a todos los cristianos. A continuación estalla una guerra entre el propio Licinio y Constantino. Constantino, en un primer momento, derrotó a Licinio, esposo de su hermana, en Panonia; posteriormente le acosó en Cibalas [41] y, tras apoderarse de toda Grecia, sometió por fin a Licinio, quien, en sus frecuentes levantamientos por tierra y por mar, había sido siempre rechazado.

---

[38] Año 310.
[39] De Constantino y Maximiano.
[40] Nombrados los dos por Galerio.
[41] En Panonia.

Y Constantino, recordando el caso de su suegro Herculio Maximiano, temiendo por ello que Licinio tomara de nuevo, para perdición del estado, la púrpura que ya había depuesto, ordenó ejecutarle ya como ciudadano privado. Y es que, aunque habían ya desaparecido todos los representantes de la cruel persecución, también este hombre, que fue perseguidor en la medida en que pudo mostrar su poder, merecía un castigo justo.

Juliano: 7,30:

En el año 1116 de la fundación de la ciudad, Juliano, que ya era César desde hacía tiempo, pero que se hizo ahora dueño de la situación como trigesimosexto emperador tras Augusto, ostentó él solo el poder durante un año y ocho meses[42]. En sus ataques a la religión cristiana llevados a cabo más con saña que con violencia, intentó que se negara la fe de Cristo y se volviera al culto de los ídolos, tratando más de provocar esta vuelta con honores que de conseguirla a la fuerza con tormentos. Lo que sí hizo abiertamente, sin embargo, fue ordenar en un edicto que ningún cristiano fuese profesor de artes liberales. Pero, a pesar de ello, según sabemos por nuestros mayores, en todas partes casi todos los afectados por los términos de esta orden prefirieron perder su profesión antes que su fe. Juliano, a su vez, en los preparativos de la guerra contra los partos, durante los cuales reunió para su propia perdición —ya que estaba predestinada— fuerzas romanas traídas de todas partes, ofreció a sus dioses la sangre de los cristianos, prometiendo que perseguiría públicamente a las comunidades cristianas si lograba conseguir la victoria. Y, efectivamente, mandó levantar en Jerusalén un anfiteatro, en el que, a su vuelta de los partos, pensaba arrojar entre las bestias, cuya fiereza sería deliberadamente provocada, a los obispos, monjes y todos los santos de este lugar, en tanto que él sería espectador del despedazamiento. Pues bien, tras haber iniciado la expedición en Ctesifonte, fue arrastrado por los engaños de un desertor al desierto; mientras su ejército moría aquejado por la violen-

[42] Noviembre del 361 a junio del 363.

cia de la sed, por el ardor del sol y también por el esfuerzo que suponía andar sobre la arena, el emperador, cuando angustiado por una situación tan peligrosa erraba sin vigilancia por las amplitudes del desierto, murió asaltado por un jinete enemigo que le encontró y atravesó con su lanza.
De esta forma, Dios misericordioso desbarató las impías decisiones con la muerte del impío.

2. *Fautores*

Augusto. Es generalmente considerado, no como favorecedor expreso del cristianismo, sino como persona elegida por Dios para preparar la unidad del mundo y favorecer así la venida de Cristo.

Tert., *Apol.*, 34, 1:

> (Augusto no quiso ser llamado «señor», porque el auténtico «señor» era Cristo.)

Augusto, el fundador del imperio, no quiso ser llamado «señor», porque éste era realmente el sobrenombre de Dios.

Oros., *Hist.*, 6, 22, 4:

> (Recoge el mismo hecho citado por Tertuliano en el texto anterior.)

Rechazó, como hombre, la denominación de «señor». Efectivamente, en una ocasión en que encontrándose como espectador en unos juegos se pronunció en la representación de una farsa la frase «oh, Señor justo y bueno», y todos los espectadores, como si eso se hubiese dicho refiriéndose a él, se levantaron con gritos de aprobación, él, por el momento aquietó con un gesto de las manos y del rostro aquellas alabanzas de las que no se consideraba digno y, al día siguiente, lo denunció en un durísimo decreto, no volviendo a consentir ni siquiera a sus hijos o nietos que le llamasen «señor» ni en broma ni en serio[43].

---

[43] La anécdota recogida por Tertuliano y Orosio es interpretada por ellos

Oros., *Hist.*, 6, 22:

Así pues, en el año 752 de la fundación de la ciudad, César Augusto, tras juntar bajo una misma paz a todos los pueblos desde Oriente a Occidente, desde el Norte al Sur y alrededor de todo el océano, cerró él mismo entonces por tercera vez las puertas del templo de Jano[44]. Y estas puertas, cerradas desde ese momento en tranquilísima quietud durante casi doce años, se llenaron incluso de herrumbre, y no se volvieron a abrir hasta los últimos años de Augusto, empujadas por una sedición de los atenienses y una agitación de los dacios. Pues bien, una vez que cerró las puertas de Jano, disponiéndose con interés a alimentar y a engrandecer con la paz el estado que había conseguido con la guerra, promulgó muchas leyes, por medio de las cuales pretendía que los hombres fuesen disciplinados viviendo en respetuosa libertad. Rechazó, como «hombre», la denominación de «señor»... En aquella época, pues, concretamente en el año en que César consiguió establecer, por disposición de Dios, una paz estable y auténtica, nace Cristo; esa paz tuvo por objeto favorecer la venida de Cristo, en cuyo nacimiento los ángeles hicieron oír a los hombres su canto de júbilo: «Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad»... Y también en ese mismo año en que el propio Dios se dignó mostrarse y ser como hombre, el mismo César, a quien Dios había predestinado para estos tan grandes misterios, ordenó entonces por primera vez que se hiciera un censo de todas y cada una de las provincias y que

---

mismos como un rechazo de Augusto a un título que sólo Cristo tendría: «Señor». Augusto, como hombre que era, no lo aceptaba. Quizá en el fondo hubiese otras razones: la connotación peyorativa de *dominus* en un contexto esclavista podría ser una de ellas. Lo que es evidente es que Augusto no sabía que ese título estaba reservado entre los cristianos para Cristo.

[44] Las puertas del templo de Jano estaban abiertas, cuando había guerra y se cerraban en tiempos de paz. Augusto las cerró por primera vez en el 29 a. C., a su vuelta de Oriente y tras acabar las guerras civiles (Orosio, *Historias* 6, 20, 1); hacía doscientos años que no se cerraban (Orosio, *Histo.* 6, 20, 8). Las volvió a abrir para ir a la guerra contra cántabros y astures en el año 28 (*íd.*, 21, 1); tras su victoria cantábrica fueron cerradas de nuevo (*íd.*, 21, 11). Volverían a ser abiertas con la guerras que se sucedieron en provincias (Dalmacia, Panonia, Tracia, Germania, etc.), dirigidas por Druso, Varo y Agripa. Tras la pacificación de las provincias, las cerró por tercera vez en el año 2 a. C.; esta paz coincidiría con el nacimiento de Cristo.

fueran censadas todas las personas. En esta época, pues, nació Cristo e inmediatamente después de nacer fue inscrito en el censo romano. Esta es la primera y más famosa declaración que selló, con la realización de esta inscripción, a César como Señor universal y a los romanos como dueños del mundo individual y colectivamente considerados; con esta inscripción, aquel que había creado a todos los hombres, quiere darse a conocer como hombre y hacerse contar entre los hombres. Tal privilegio, desde la creación del mundo y desde el origen del hombre, no había sido concedido en tal medida ni al imperio babilonio ni al macedónico, por no citar otros más pequeños. Y no cabe duda de que todos los que tengan inteligencia, fe y capacidad de discernimiento están en condiciones de ver claramente que ha sido nuestro Señor Jesucristo el que, tras hacer crecer por su voluntad esta ciudad y defenderla, la ha llevado al culmen de su poderío, por cuanto desde el momento en que llegó a este mundo quiso, por encima de todo, ser ciudadano de ella, ya que en verdad que debe ser llamado ciudadano romano, en virtud de su inscripción en el censo romano.

Oros., *Hist.*, 7, 2, 16:

En cuanto a la cantidad, novedad y rareza de los bienes de que abundantemente gozó este año, pienso que está suficientemente claro, aunque yo no lo diga: en todo el orbe de las tierras hubo paz, ya que no es que cesaran todas las guerras, sino que fueron prohibidas; las puertas del templo de Jano, de dos caras, fueron cerradas por cuanto fueron extirpadas, y no sólo reprimidas, las raíces de las guerras; tuvo lugar el primer censo, censo que fue el más importante de todos por cuanto en él juraron en nombre de un único César todas las personas de los pueblos más importantes y se convirtieron, gracias a la comunidad del censo, en pertenecientes a la misma comunidad.

Tiberio. Entre los autores cristianos existe la tradición de que quiso favorecer a los cristianos y reconocer a Cristo como Dios. Fue el senado el que se opuso. Precisamente a esta oposición del senado achacan los autores cristianos el cambio de carácter de Tiberio, quien en un primer momento gobernó como un gran príncipe.

Tert., *Apol.*, 5, 1-2:

Había un viejo decreto en virtud del cual un emperador no podía nombrar un dios sin la aprobación del senado. De ello sabe bastante Marco Emilio a propósito de su dios Alburno[45]... Pues bien, Tiberio, en cuya época se dio a conocer al mundo la doctrina cristiana, presentó ante el senado, anunciando de antemano su voto favorable, una proposición para que se considerara a Cristo como Dios, ya que las noticias que llegaban de Siria Palestina revelaban la veracidad de esta divinidad. El senado se opuso con la excusa de que no había comprobado tales hechos. El César se mantuvo en su convicción y amenazó con castigar a los que acusaron a los cristianos.

Hier., *Chron.*, 2051:

Pilato trae noticias a Tiberio sobre la doctrina de los cristianos. Tiberio las traslada al senado con el fin de que la nueva doctrina fuera incluida entre los demás ritos sagrados. Pero dado que la decisión de los senadores fue la de expulsar a los cristianos de la ciudad, Tiberio, por medio de un edicto, amenazó con la muerte a los acusadores de los cristianos. Esto lo cuenta Tertuliano en el *Apologético.*

Oros., *Hist.*, 7, 4, 5 ss.:

Por otro lado, una vez que nuestro Señor Jesucristo sufrió la pasión y resucitó de los muertos y envió a sus discípulos a predicar, Pilato, gobernador de la provincia de Palestina, dio cuentas al emperador Tiberio y al senado de la pasión y resurrección de Cristo y de los subsiguientes milagros que o bien habían sido realizados públicamente por él mismo o bien eran hechos ahora por sus discípulos en nombre de él, y dio cuenta también del hecho de que, al crecer cada vez más la fe de muchas gentes, se le consideraba como Dios. Tiberio, basándose en el gran apoyo popular que recibía Cristo, propuso al senado que fuera considera-

[45] Poco se conoce de este hecho y de este Dios. La única fuente es Tertuliano y los que después le copian. El hecho probablemente haya que remontarlo al 115 a. C., año del nacimiento de M. Emilio Scauro y de M. Cecilio Metelo.

do como Dios. El senado, indignado por el hecho de que no se le hubiera propuesto antes, según era su costumbre, que decidiera sobre la aceptación o no de la nueva religión, rechazó la aceptación de Cristo como ser sagrado y ordenó en un edicto —sobre todo porque se oponía obstinadamente a la aceptación de la nueva religión el prefecto de Tiberio, Sejano— que fueran expulsados de Roma los cristianos. Tiberio, sin embargo, en otro edicto amenazó con la muerte a los que acusasen a los cristianos. De esta forma aquella loable mesura de Tiberio César fue cambiando poco a poco en odio contra el senado que continuamente se le oponía. Y es que para él, como rey, se convertía en pasión cualquier cosa que nacía de su voluntad, y de un rey moderado se convirtió en una cruel bestia.

Vespasiano y Tito. En la apologética cristiana, el gran mérito de estos dos emperadores es haber acabado con los judíos, los asesinos de Cristo.

Tert., *Apol.*, 5, 7:

¿Qué pensar de esas leyes impías que han lanzado contra los cristianos sólo emperadores impíos, injustos, rastreros, crueles, vanos y dementes; leyes que en parte eludió Trajano al impedir que se buscara a los cristianos; leyes que jamás aplicó Vespasiano, el cual, por el contrario, fue el destructor de los judíos.

Oros., *Hist.*, 7, 9:

En el año 825 de la fundación de la ciudad, una vez disipada aquella tempestad de tiranos, ciertamente breve, pero turbulenta, volvió la pacífica calma bajo Vespasiano[46]. Efectivamente, retrotrayéndome un poco en el tiempo, los judíos, alejados totalmente de la gracia de Dios tras la pasión de Cristo, seducidos, a pesar de que estaban rodeados por todas partes de todo tipo de males, por ciertas creencias conocidas en el monte Carmelo[47] que predecían que jefes na-

[46] Año 69; el año anterior es el año de los tres emperadores: Otón, Galba y Vitelio.
[47] Cf. Tácito, *Historias* 2, 78, donde señala que es el lugar de un oráculo. Es una montaña conocida en la historia judía como lugar de oración.

cidos de Judea habrían de ser los dueños del mundo, y aplicándose esta predicción a ellos mismos, se rebelaron con enorme vehemencia. Y, tras asesinar a la guarnición romana, pusieron en fuga al legado consular de Siria, que acudía en ayuda de la guarnición, apoderándose de un águila y destrozando sus tropas. Contra ellos envió Nerón a Vespasiano, quien nombró entre sus lugartenientes a su hijo mayor Tito; y es que llevó consigo a Siria muchas y poderosas legiones. Pues bien, tras haber asediado, una vez tomadas muchas de sus fortalezas, a los judíos en Jerusalén, donde se habían congregado a causa sobre todo de sus fiestas[48], al enterarse de la muerte de Nerón, se hizo cargo del imperio, aconsejado por muchos generales y gobernadores y sobre todo por las palabras de Josefo, jefe de los judíos, quien, capturado, no había dejado de asegurar, mientras le cargaban de cadenas, según cuenta Suetonio[49], que muy pronto le libertaría Vespasiano, pero hecho ya emperador; y, dejando en el campamento a su hijo Tito al frente del sitio de Jerusalén, marchó a Roma a través de Alejandría. Pero enterado del asesinato de Vitelio se detuvo un poco en Alejandría. Tito, por su parte, tras un duro y largo asedio contra los judíos, sirviéndose de todo tipo de armas y de instrumentos bélicos, rompió por fin los muros de la ciudad no sin grandes pérdidas por parte de los suyos. Y para tomar al asalto la fortaleza interior del templo, defendida por una multitud de sacerdotes y nobles que en ella se habían refugiado, necesitó mayor violencia y tiempo. Pero después que, una vez sometido, contempló admirado este templo en su arte y su antigüedad, dudó durante largo tiempo si lo incendiaría para acicate de los enemigos o lo reservaría como testimonio de su victoria. La verdad es que, como la Iglesia de Dios germinaba ya por todo el mundo, este templo, a juicio de Dios, tenía que ser ya destruido como algo sin fuerza, sin sentido y sin ninguna validez práctica. Y así fue: Tito, aclamado como general triunfante por su ejército, incendió y arrasó el templo de Jerusalén, el cual, desde el día de su primera construcción hasta el día de su última destrucción, había estado

[48] Era la Pascua.
[49] *Vespasiano* 5.

en pie mil ciento dos años. Arrasó todos los muros de la ciudad. Cornelio y Suetonio[50] cuentan que en esta guerra murieron seiscientos mil judíos; Josefo, por su parte, que era judío, y que tuvo en esta guerra un papel importante y había merecido el perdón y la gracia de Vespasiano a cambio de haberle profetizado su subida al trono, escribe que murieron entonces, entre heridos y hambrientos, un millón cien mil judíos, y que los demás judíos, exiliados en distintas condiciones, se dispersaron por todo el mundo: el número de éstos se dice que fue de alrededor de novecientos mil. Vespasiano y Tito entraron como «emperadores» en Roma celebrando magníficamente su triunfo sobre los judíos. El espectáculo fue algo hermoso y no visto por nadie en ninguno de los trescientos veinte triunfos que se habían celebrado desde la fundación de la ciudad hasta ese momento: que un padre y un hijo, montados en un solo carro triunfal, celebrasen una gloriosa victoria sobre aquellos que habían ofendido al Padre y al Hijo. Ellos, terminadas todas las guerras tanto en el interior como en el exterior, en seguida proclamaron públicamente la paz de todo el mundo y decidieron ellos mismos, por sexta vez tras la fundación de Roma, encerrar a Jano Gémino[51] echando el cerrojo a sus puertas.

Con razón, pues, la venganza por la pasión del Señor fue pagada con los mismos éxitos que fueron atribuidos a su natividad[52].

A continuación, el imperio romano se amplía enormemente sin ningún levantamiento bélico: efectivamente, Acaya, Licia, Rodas, Bizancio, Samos, Tracia, Cilicia y Comagena, convertidas entonces por primera vez en provincias romanas, se sometieron a los jueces y leyes romanos.

En el año 828 de la fundación de la ciudad, Tito subió al trono como octavo emperador a partir de Augusto, si no

---

[50] Tácito, *Historias* 5, 13. Suetonio no dice nada de ello.

[51] Cf. nota 44. Orosio recoge sólo otras cuatro veces en que fueron cerradas las puertas de Jano: el 235 a. C., en que hubo una pausa en las guerras púnicas (*Historias* 3, 8, 4; 4, 12, 2); las otras tres corresponden al reinado de Augusto.

[52] La paz.

contamos a Otón y Vitelio; reinó durante dos años[53] tras Vespasiano. En su reinado hubo tanta tranquilidad que se dice que en la administración del estado no derramó la sangre de un solo ciudadano.

Hadriano. Su reinado es alabado, precisamente porque prohibió las persecuciones contra los cristianos.

Tert., *Apol.* 5, 7:

¿Qué pensar de esas leyes impías que han lanzado contra los cristianos sólo emperadores impíos, injustos, rastreros, crueles, vanos y dementes? Leyes que en parte eludió Trajano al impedir que se buscara a los cristianos; leyes que jamás aplicó Vespasiano, el cual, por el contrario, fue el destructor de los judíos; ni tampoco Hadriano, a pesar de que era un agudo investigador de todas las cosas.

Hier., *Chron.*, 2142:

Cuadrado, discípulo de los apóstoles, y Arístides[54] el ateniense, filósofo nuestro, entregaron a Hadriano unos libros que habían compuesto en defensa de la religión cristiana; al mismo tiempo, Sereno Granio, legado y hombre de alta prosapia, envió una carta al emperador en la que le decía que era injusto conceder al vocigerante vulgo la sangre de unos inocentes y condenarlos, sin ninguna culpa, por el simple hecho de tener un nombre y pertenecer a una secta. Hadriano, conmovido por estas presiones, dio órdenes al procónsul de Asia, Minucio Fundano, de que no se condenara a ningún cristiano sin que hubiera por medio crimen. Todavía conservamos en nuestra época un ejemplar del escrito donde da estas órdenes.

Hier., *Chron.*, 2144:

(Inmediatamente después de recoger el hecho anterior, recoge este otro):

Hadriano recibe el título de «padre de la patria» y su mujer el de «Augusta».

---

[53] 79-81.
[54] Apologetas del s. II.

Oros., *Hist.*, 7, 13:

(De la misma forma que Jerónimo, Orosio coloca yuxtapuestos, sin ningún tipo de transición, la orden de Hadriano de no condenar a los cristianos y su reconocimiento como «padre de la patria».)

En el año 867 de la fundación de la ciudad, Hadriano, hijo de una prima de Trajano[55], consiguió el trono en duodécimo lugar tras Augusto; reinó durante veinte años[56]. Este, instruido y versado en los libros que trataban de la religión cristiana por medio de Cuadrado, discípulo de los apóstoles, de Arístides ateniense, hombre de gran fe y sabiduría, y del legado Sereno Granio, ordenó en una carta dirigida a Minucio Fundano, procónsul de Asia, que a nadie se le permitiese condenar a los cristianos sin que hubiera de antemano una acusación o unas pruebas: y a continuación recibe en el senado el título de padre de la patria sobrepasando las costumbres de los antepasados, y su mujer recibe el de «Augusta».

Hadriano gobernó el estado con justísimas leyes; guerreó contra los saurómatas y los derrotó. Y a los judíos que enloquecían por culpa de la inquietud a que les sometían sus propios crímenes y que asolaban a la en otro tiempo a provincia, Palestina, los sometió en el que sería ya el último golpe contra ellos; y de esta forma vengó a los cristianos, a los cuales los judíos, mandados por Coqueba, atormentaban, porque no les ayudaban en su lucha contra los romanos; y ordenó que, una vez dejada la ciudad de Jerusalén sólo para los cristianos, no se permitiese la entrada en ella a ningún judío. Restauró incluso él mismo los muros de esta ciudad, dejándolos en un estado inmejorable y ordenó que fuera llamada Elia a partir de su *prenomen*.

Antonino Pío.

Tert., *Apol.*, 5, 7:

¿Qué pensar de esas leyes impías que han lanzado contra

[55] Espartiano, *Adriano* 1, dice que el padre de Adriano fue Elio Adriano, de sobrenombre Afro, que fue primo del emperador Trajano.

[56] 117-138.

los cristianos sólo emperadores impíos, injustos, rastreros, crueles, vanos y dementes; leyes que en parte eludió Trajano al impedir que se buscara a los cristianos; leyes que jamás aplicó Vespasiano, el cual, por el contrario, fue el destructor de los judíos; ni tampoco Hadriano, a pesar de que era un agudo investigador de todas las cosas; ni tampoco Pío.

Oros., *Hist.*, 7, 14:

En el año 888 de la fundación de la ciudad fue nombrado emperador, en decimotercer lugar después de Augusto, Antonino, de sobrenombre Pío; juntamente con sus hijos Aurelio y Lucio, gobernó tan pacífica y honradamente el estado durante veintitrés años[57] no completos que con razón recibió el título de Pío y «Padre de la patria». En su época, sin embargo, vinieron a Roma el heresiarca Valentín[58] y Cerdón[59], maestro de Marción. Pero el filósofo Justino[60] entregó a Antonino el libro que había compuesto en defensa de la fe cristiana y consiguió que éste mirara con buenos ojos a los cristianos.

Antonino murió enfermo a doce millas de Roma.

Marco Aurelio. Si bien es protagonista de una de las persecuciones contra los cristianos, los apologetas le salvan en cierto sentido por el hecho de que, tras haber protagonizado su ejército una acción gloriosa gracias a los cristianos, suavizó la persecución.

Tert., *Apol.*, 5, 5-6:

Por lo demás, de todos los príncipes que han existido hasta hoy y que hayan sido entendidos en cosas divinas y humanas, citadme uno solo que haya hecho la guerra a los cristianos. Nosotros podemos aducir algunos protectores: en-

[57] 138-161.
[58] Fundador y líder de un grupo de agnósticos en tiempo de Adriano.
[59] Agnóstico sirio poco conocido. Más conocido es su discípulo Marción.
[60] Justino el mártir, el más importante de los apologetas del s. II. La referencia que aquí se hace posiblemente es a la primera de sus apologías, escrita en el 148.

tre ellos, Marco Aurelio, sabio emperador, como lo demuestra el análisis de su carta, en la que atestigua que una situación de sed a la que estaban sometidas sus tropas en Germania fue superada gracias a que las súplicas de sus soldados, casualmente cristianos, consiguieron la lluvia. Y si bien no abandonó abiertamente la persecución contra los cristianos, al menos neutralizó sus efectos de otra forma: imponiendo un castigo, incluso más riguroso que el dado a los cristianos, a los acusadores.

Hier., *Chron.*, 2194:

Los emperadores (Marco Aurelio y Cómodo)... moderaron sus anteriores y severas leyes con nuevas disposiciones.

Oros., *Hist.*, 7, 15, 6 ss.:

Dicen que el ejército romano y todas las legiones, distribuidos en campamentos de invierno extendidos a lo largo de todo el imperio, se agotaron hasta tal punto que, según noticias, la guerra contra los marcomanos, que estalló inmediatamente después, no se pudo llevar a cabo sino con un nuevo reclutamiento de soldados que llevó a cabo Marco Antonino durante tres años ininterrumpidos en Carnuntio[61]. Que esta guerra fue dirigida providencialmente por Dios lo prueba clarísimamente, entre otros argumentos, sobre todo una carta de este prudente y honrado emperador. Efectivamente, al sublevarse estos pueblos de crueldad bárbara y de cantidad innumerable, esto es, los marcomanos, los cuados, los vándalos, los sármatas, los suevos y casi toda la Germania, y al peligrar el ejército, que había avanzado y había sido rodeado en territorio de los cuados, peligro que se debía más a la sed, ya que faltaba el agua, que al enemigo, se produjo, ante la invocación del nombre de Dios, invocación que de pronto hicieron públicamente unos cuantos soldados que se abandonaron a las preces con extraordinaria fe, se produjo una lluvia tan intensa que los romanos se vieron larga y justamente reconfortados, mientras que los bárbaros, asustados por la constante caída de rayos, y so-

[61] Ciudad de Panonia.

bre todo porque muchos de ellos perdían la vida, se dieron a la fuga. Los romanos, persiguiendo hasta la aniquilación a los fugitivos, lograron, con un inexperto y pequeño número de soldados, pero con la poderosa ayuda de Cristo, una victoria gloriosísima y digna casi de ser antepuesta a todas las glorias de los antepasados. Se dice que todavía ahora conservan muchas personas la carta del emperador Antonino, donde confiesa que la superación de aquella sed y la superación de la victoria se debió a los soldados cristianos con su invocación al nombre de Cristo.

El mismo Antonino asoció en el trono a su hijo Cómodo; perdonó también en todas las provincias los tributos impuestos en época anterior, ordenó que fueran reunidos y quemados en el foro todos los documentos relativos a asuntos fiscales y moderó con nuevas disposiciones las leyes excesivamente rigurosas.

Filipo. Primer emperador cristiano, según la tradición de Jerónimo. ¿No será una invención de la historiografía cristiana, para hacer coincidir el milenario de la fundación de Roma con el reinado de un emperador cristiano en ella?

Hier., *Chron.*, 2261-62:

Filipo asoció en el trono a su hijo Filipo[62]. Este fue el primero de los emperadores romanos que fue cristiano.

Durante su reinado se cumple el milenario de la fundación de la ciudad; con motivo de esta solemnidad fueron matadas en el circo magno multitud de fieras salvajes y se celebraron durante tres días y noches seguidos, sin que el pueblo se fuera a dormir, representaciones teatrales en el campo de Marte.

Oros., *Hist.*, 7, 20:

En el año 997 de la fundación de la ciudad, Filipo, nombrado emperador en vigesimocuarto lugar tras Augusto, asoció al trono a su hijo Filipo y permaneció en él durante siete años. Este fue el primer emperador cristiano y, tras el tercer año de su reinado, se cumplió el año mil de la fundación

---

[62] Reinaron juntos desde el 247 al 249.

de Roma. De esta forma, este aniversario, el más majestuoso de todos los pasados, fue celebrado con magníficos juegos por un emperador cristiano. Y no hay duda de que Filipo ofreció los favores y honores de esta tan gran conmemoración a Cristo y a su Iglesia, por cuanto ningún autor transsmite que haya habido procesión al Capitolio ni que se hayan inmolado víctimas según la costumbre.

Ambos, sin embargo, fueron asesinados, aunque en distintos lugares, traicionados por Decio en un motín militar.

Oros., *Hist.*, 7, 28, 1:

Volviendo a los hechos, una vez que murió Constancio en Britania, fue nombrado emperador, como dije, Constantino, el primer emperador cristiano si exceptuamos a Filipo, el cual me parece a mí que fue colocado como emperador cristiano, precisamente en un espacio de pocos años, concretamente para esto: para que el milenario de la fundación de Roma fuera dedicado a Cristo y no a los ídolos.

Constantino

Aug., *Civ.*, 5, 24-25:

Nosotros no consideramos felices a determinados emperadores cristianos por el hecho de que hayan reinado largo tiempo, o porque, tras una muerte tranquila, hayan dejado el imperio a sus hijos, o porque derrotaran a los enemigos del estado, o porque pudieran guardarse y derrotar a los conciudadanos rebeldes que se han levantado contra ellos[63]. Estos y otros beneficios y consuelos, propios de esta vida calamitosa, los merecieron también emperadores idólatras, los cuales, sin embargo, no pertenecen al reino de Dios, al que sí pertenecen los emperadores cristianos; y esto lo hizo Dios así, en su misericordia, para que los emperadores cristianos no buscaran esos bienes como la más grande de las fortunas.

Sino que los consideramos felices, porque reinan con justicia; porque no se hinchan, sino que recuerdan que son

[63] La verdad es que estas características son notas comunes, entre los apologetas, de los emperadores «buenos»; las contrarias son las de los perseguidores.

hombres, en medio de las lenguas que los ensalzan y de las lisonjas que los adulan rastreramente; porque ponen todo su poder al servicio de la majestad de Dios para dilatar lo más posible su culto; porque temen, aman y adoran a Dios; porque aman más aquel reino, en el que no tendrán que compartir la felicidad; porque son tardos en la venganza y fáciles en el perdón; porque ejercen el castigo por las necesidades inherentes al gobierno y defensa del estado y no por deseo de saciar sus odios y enemistades; porque reparten indulgentemente el perdón, y no para favorecer la impunidad del pecado, sino la esperanza de enmienda; porque, cuando se ven obligados frecuentemente a tomar decisiones duras, las suavizan con la blandura de la misericordia y la generosidad de las mercedes; porque mantienen a raya sus antojos y sobre todo aquellos antojos que más podrían desmandarse; porque prefieren mandar sobre sus desordenados apetitos antes que sobre cualesquiera pueblos; porque hacen todas estas cosas, no para conseguir una gloria vana, sino por amor a la eterna bienaventuranza; porque no se olvidan de inmolar al verdadero Dios, en expiación de sus pecados, sacrificios de humildad, misericordia y oración.

De tales emperadores cristianos es de los que decimos que son felices; y lo son ahora en la esperanza; después, cuando llegue aquello que esperamos, lo serán en la realidad.

Y es que la bondad de Dios —con el fin de que no pensara la gente que a Dios se le debe adorar con vistas sólo a la vida eterna, y no creyera esa misma gente que las alturas y reinos de este mundo no los puede conseguir nadie, salvo por intercesión de los demonios, los cuales tienen gran poder en estas cosas— colmó al emperador Constantino, que no rezaba a los demonios, sino que adoraba al verdadero Dios, de tantas buenas venturas terrenales, cuantas nadie se atreviera a desear; y le concedió incluso que fundase una ciudad, asociada al imperio romano, como hija de la misma Roma, pero sin ningún templo ni imagen de demonios. Reinó muchos años[64]; mantuvo y defendió, él solo como Augusto, la unidad universal del mundo romano; en la realización y ejecución de guerras resultó siempre victorioso; en la

[64] 306-337.

represión de impostores estuvo siempre afortunado; murió ya anciano, por vejez y por enfermedad; dejó a sus hijos el imperio.

Pero Dios, para que ningún otro emperador abrazara el cristianismo con la esperanza sólo de ser tan feliz como Constantino —y es que se debe ser cristiano sólo con vistas a la vida eterna—, se llevó a Joviano mucho antes que a Juliano y permitió que Graciano muriera a manos de un impostor, aunque mucho más humanamente que el gran Pompeyo, cuya muerte fue inhumana, como adorador de dioses romanos que era. Efectivamente, Pompeyo no pudo ser vengado por Catón, a quien en cierto modo dejó como herencia la guerra civil; Graciano, sin embargo —por más que las almas piadosas no necesitan este consuelo—, ha sido vengado por Teodosio, a quien había hecho partícipe del reino, a pesar de tener un hermano pequeño, más deseoso de tener un buen compañero a tener excesivo poder.

Oros., *Hist.*, 7, 28, 14 ss.:

De esta forma, el estado cayó entonces bajo el mando de cuatro nuevos príncipes: Constantino y Majencio, hijos de Augustos, y Licinio y Maximino, que no procedían de familias ilustres[65].

Constantino concedió la paz a las comunidades cristianas tras diez años de persecuciones. Posteriormente estalló una guerra civil entre Constantino y Majencio. Majencio, tras haber sido agotado en múltiples combates, fue finalmente derrotado y eliminado junto al puente Mulvio. Maximino, incitador y ejecutor cruel de una persecución contra los cristianos, murió en Tarso, mientras preparaba una guerra civil contra Licinio. Licinio, sacudido por una repentina rabia, mandó expulsar de su palacio a los cristianos. A continuación estalla una guerra entre el propio Licinio y Constantino. Constantino, en un primer momento, derrotó a Licinio, esposo de su hermana en Panonia; posteriormente le acosó en Cibalas y, tras apoderarse de toda Grecia, sometió, por fin, a Licinio, quien en sus frecuentes levantamientos y escaramuzas por tierra y por mar había sido siempre rechaza-

[65] Cf. notas 39 y 40.

do. Y Constantino, recordando el caso de su suegro Herculio Maximiano, temiendo por ello que Licinio tomara de nuevo, para perdición del estado, la púrpura que ya había depuesto, ordenó ejecutarle ya como ciudadano privado; y es que, aunque habían desaparecido ya todos los representantes de la cruel persecución, también este hombre, que fue perseguidor en la medida que pudo mostrar su poder, merecía un castigo justo...

Pero en medio de estos sucesos, quedan oscurecidas las causas[66] por las cuales el emperador Constantino volvió contra sus propios seres queridos la espada destinada a castigar y vengar a los impíos. Mató efectivamente a su hijo Crispo y a Licinio, el hijo de su hermana. Por otra parte, sometió a muchos pueblos en distintos combates. Fue el primero y el único de los soberanos romanos que fundó una ciudad con su propio nombre[67]. Esta ciudad, la única exenta de ídolos, llegó en muy poco tiempo —y es que había sido fundado por un emperador cristiano— a tal extremo de gloria que con razón podía igualarse, ella sola, en hermosura y poderío, a Roma, que había crecido a lo largo de gran cantidad de siglos y gran cantidad de reveses.

Inmediatamente después, Constantino cambió, él el primero, el orden anterior en un nuevo orden justo y sagrado: ordenó en efecto que se cerraran los templos de los paganos sin ejecutar a ninguna persona.

A continuación destruyó, en las propias entrañas del territorio bárbaro, es decir, en la región de los sármatas, a los poderosos y numerosos pueblos de los godos. Eliminó a un tal Calocero, que pretendía una revolución en Chipre. En el treinta aniversario de su reinado eligió como César a Dalmacio[68].

Y mientras preparaba una guerra contra los persas, murió

---

[66] «Oscurecidas» para Orosio, ya que aquí no puede aplicar la causa que ha aplicado siempre: las desgracias y crueldades de los emperadores son consecuencia de su mala actuación con los cristianos; como Constantino ha dado libertad a la Iglesia, sus desgracias y crueldades no pueden ser un castigo divino. Por ello para Orosio quedan oscurecidas las causas de la crueldad de Constantino.

[67] Constantinopla, a donde trasladó la capital del imperio. Era la antigua ciudad de Bizancio que fue ampliada y reconstruida.

[68] Nieto suyo, a quien dejó la península balcánica.

en una residencia oficial en Nicodemia, dejando a sus hijos un estado bien organizado.

Valentiniano

Oros., *Hist.*, 7, 32:

En el año 1118 de la fundación de la ciudad fue nombrado emperador, por un acuerdo de los soldados tomado en Nicea, Valentiniano, que será el trigesimoctavo; y se mantuvo en el trono once años[69]. A éste, que era cristiano, cuando en época del Augusto Juliano cumplía con absoluta fidelidad sus obligaciones militares como tribuno de la guardia de corps, le ordenó el sacrílego emperador o bien que inmolase a los ídolos o bien que abandonase la milicia; y él abandonó voluntariamente su profesión, porque sabía que el juicio de Dios es duro, pero sus promesas son mejores. De este modo, pasado un corto espacio de tiempo tras la muerte de Juliano y una vez muerto Joviano, el que había perdido el tribunado por el nombre de Cristo fue colocado por Cristo en el lugar de su perseguidor, subiendo de esta forma al trono. Este emperador nombró después como colega suyo en el imperio a su hermano Valente[70]; eliminó luego al usurpador Procopio y a muchos de sus satélites...

Valente, bautizado y convencido por el obispo Eudoxio, que era un defensor del dogma arriano, cayó en una violenta herejía; pero durante largo tiempo, mientras se vio reprimido por la autoridad de su hermano todavía vivo, se abstuvo del error de una persecución y no puso su poder en manos de sus deseos. Y es que con relación a su hermano tenía muy en cuenta la violencia que éste podría manifestar a la hora de vengar un ultraje a su fe, cuando, siendo en otro tiempo soldado, dio pruebas de tanta constancia a la hora de retenerla.

---

[69] 364-375. Compartió el poder durante estos años con Valente y Graciano.

[70] 364-378. Valente quedó en Oriente. Procopio era un pariente de Juliano, que se había proclamado emperador en Constantinopla. Su enfrentamiento fue con Valente.

Teodosio

Aug., *Civ.*, 5, 26:

Teodosio guardó hacia Graciano la fidelidad que le debía no sólo en vida, sino también después de muerto. Efectivamente, tras la muerte de Graciano acogió en su territorio, como cristiano que era, a Valentiniano, hermano menor de aquél, quien había sido expulsado del imperio por Máximo, el asesino de Graciano. Cuidó con afecto paternal a su pupilo, del cual, indefenso como estaba, podría haberse deshecho sin ninguna dificultad: pero es que en su pecho ardía más el caritativo deseo de hacer bien que la ambición de reinar. A partir de ese momento, acogiéndolo y conservándole la dignidad imperial, le consoló con exquisita humanidad y gracia. Después, cuando Máximo enloqueció a causa de estos acontecimientos, Teodosio no se dejó llevar, en esos angustiosos momentos de preocupación, a ilícitas y sacrílegas consultas, sino que envió una embajada a Juan, eremita del desierto de Egipto, del que sabía, por la fama que sobre él crecía cada día más, que era un siervo de Dios dotado del espíritu de la profecía; a través de éste supo con toda seguridad que la victoria sería para él. Luego, tras haber dado muerte al usurpador Máximo, restableció, con misericordiosísima veneración, a Valentiniano, todavía niño, en la parte del imperio de donde había sido echado. Y al poco tiempo, muerto el mismo Valentiniano en celada o en cualquier otro incidente, tras haber recibido otro aviso profético, firme en su fe, aniquiló a un nuevo usurpador, Eugenio, quien había ocupado ilegítimamente el puesto de Valentiniano: contra el fortísimo ejército de Eugenio luchó más con la oración que con la espada. Unos soldados que estuvieron en aquel combate me han contado que un fuerte huracán que salía de las filas de Teodosio en dirección a las del contrario les arrebataron sus armas arrojadizas, y que no sólo empujaba velozmente las armas que eran lanzadas contra ellos, sino que hacía volver contra ellos mismos los dardos que ellos habían lanzado. Por este hecho el propio poeta Claudiano, a pesar de no ser cristiano, cantó estos versos en alabanza de Teodosio:

«Oh sobremanera amado de Dios, en tu favor mi-

lita el cielo, y los vientos, conjurados, vienen en tu ayuda al son de las trompetas»[71].

Tras la victoria, de la que él estaba de antemano convencido según se le había anunciado, desmanteló unas estatuas de Júpiter, que contra él, no sé con qué ritos, habían sido levantadas y consagradas en los Alpes; los rayos de estas estatuas eran de oro y sus adalides, jocosamente —cosa que permitía el éxito del momento—, decían que querían ser fulminados por aquellos rayos; él, donosa y benignamente, se los regaló. A los hijos de sus enemigos, los cuales, a pesar de no ser cristianos, se habían refugiado en las iglesias, no llevados por una orden del emperador, sino arrastrados por el torbellino de la guerra, los aceptó, en esta coyuntura, voluntariamente como cristianos y los amó con caridad cristiana; y no les privó de sus bienes, sino que les aumentó sus honores. Después de la victoria no permitió que nadie vengara rencillas personales. En las guerras civiles no se condujo como Cina, ni Mario, ni Sila, ni otros como ellos, quienes no quisieron terminarlas, ni siquiera una vez terminadas, sino que se dolió de que estallaran, y, una vez terminadas, no permitió que dañaran a nadie. Entre todas estas actividades, ya desde los comienzos de su imperio no cejó, mediante leyes contra los impíos, inspiradas en la más estricta justicia y la más blanda misericordia, de aportar alivio y socorro a la doliente Iglesia que el hereje Valente, favorecedor de Arrio, atribulara con grave aflicción; Teodosio estaba más contento por ser miembro de esta Iglesia que por ser emperador de las tierras. Mandó derribar de sus pedestales, dondequiera que estuvieran, las estatuas de los gentiles: y es que estaba convencido de que ni siquiera los dones terrenales están en las manos de los demonios, sino en el poder del verdadero Dios. ¿Qué cosa se vio más edificante que su religiosa humildad, cuando, por la tumultuosa actitud de algunos cortesanos, muy cercanos a él, se vio obligado a castigar y a reprimir con la disciplina eclesiástica un gravísimo crimen de los habitantes de Tesalónica, a quienes por interce-

[71] Claudiano, *Panegírico en el tercer consulado del emperador Honorio* 96-98. Tanto Agustín, como después Orosio, prescinden de un verso de Claudiano, el 97, donde se cita a Eolo.

sión de los obispos había ya prometido perdón? Hizo tal penitencia que el pueblo, rogando a Dios por él, tuvo, al ver a su majestad imperatorial postrada, ahora más sufrimiento que miedo cuando vio esa misma majestad enojada por el delito. Estas y otras buenas acciones como éstas, cuya enumeración sería prolijo hacer, se llevó consigo al salir de esta tierra, efímera, lléguese al culmen y altura que se quiera; el premio de estas obras es la eterna felicidad, cuyo dador es Dios, quien se la dispensa sólo a los auténticamente piadosos. Todas las demás cosas de este mundo, ya sean pompas o regalos, como el propio mundo, la luz, el aire, la tierra, el agua, los frutos, el alma y el cuerpo del hombre mismo, los sentidos, la inteligencia y la vida, los da Dios tanto a los buenos como a los malos; entre estos bienes está también la grandeza de cualquiera de los imperios, grandeza que dispensa el propio Dios según su ordenación de los tiempos.

Oros., *Hist.*, 7, 34, 2 ss.:

Graciano, al ver que la situación del imperio era ruinosa y casi moribunda, eligió también él, con la misma visión con que en otro tiempo Nerva había elegido a un hispano, Trajano, gracias al cual el estado se recuperó, a un hombre igualmente hispano, Teodosio; y, porque había que restaurar necesariamente el estado, le vistió de púrpura en Sirmio y le puso al mismo tiempo al frente de Oriente y de Tracia[72]. Su visión fue más perfecta que la de Nerva por lo siguiente: porque, si bien en todas las virtudes propias de los hombres Teodosio era semejante a Trajano, por la fe que había jurado y por la religión que profesaba le aventajaba sin ninguna posibilidad de comparación; y es que aquél fue un perseguidor y éste un propagador de la Iglesia. Por ello, a Trajano no se le concedió ni siquiera un hijo propio, en el cual pudiera alegrarse como sucesor suyo; la gloriosa descendencia de Teodosio, sin embargo, domina al mismo tiempo por Oriente y Occidente, a través de sucesivas generaciones, hasta nuestros días.

Pues bien, Teodosio pensó que el estado, que estaba en ruinas por la ira de Dios, debía ser restaurado por la mise-

[72] En el 379.

ricordia de Dios; y poniendo toda su confianza en la ayuda de Cristo, venció, agrediéndoles sin parar en muchas y singulares batallas, a los pueblos escitas, enormes en número y temidos por todos nuestros antepasados, pueblos dejados a un lado incluso por el famoso Alejandro Magno, según atestiguan Pompeyo y Cornelio[73], y que ahora, tras la desaparición del ejército romano, estaban equipados con caballos y armas romanas; en una palabra, venció a alanos, hunos y godos.

Oros., *Hist.*, 7, 35, 1 ss.:

(La victoria de Teodosio sobre Máximo se consiguió sin sangre gracias a la intervención de Dios.)

En el año 1138 de la fundación de la ciudad, tras el asesinato de Graciano a manos de Máximo, consiguió el mando de todo el imperio romano Teodosio, cuadragésimo primer emperador, permaneciendo en él durante once años[74] sin contar los seis años que, en vida de Graciano, había reinado ya en Oriente. Pues bien, empujado a la guerra civil por causas justas y necesarias, ya que, de los dos hermanos que habían sido Augustos[75], la sangre del asesinado exigía venganza y la desgracia del desterrado reclamaba la reintegración, puso su esperanza en Dios y se lanzó contra el usurpador Máximo, al que superaba sólo en la fe —ya que, si se comparaban los contingentes bélicos era con mucho inferior. Por entonces Máximo se había asentado en Aquileya, donde estaba disfrutando de la victoria. Su general Andragatio llevaba todo el peso de la guerra: éste, a pesar de haber fortificado increíblemente, con abundantes tropas y con una estrategia que superaba la propia fortaleza de sus numerosas tropas, todas las entradas de los Alpes y de los ríos, abandonó espontáneamente, gracias a los inefables designios de Dios, la propia barrera que él había puesto delante y se dispuso a anticiparse y a salir al encuentro del desprevenido enemigo en una expedición naval. De esta forma Teodosio, sin que nadie se diera cuenta, por no decir sin que

[73] Pompeyo Trogo y Cornelio Tácito.
[74] Hasta el 395.
[75] Graciano y Valentiniano.

nadie se le opusiera, pasó los Alpes que estaban desguarnecidos y, llegando de improviso a Aquileya, encerró, capturó y ejecutó, sin traiciones y sin discusiones, a Máximo, aquel gran enemigo, hombre cruel, y que conseguía, por el solo miedo a su nombre, tributos e impuestos, incluso de las salvajes tribus germanas. Valentiniano recuperó el trono de Italia. El general Andragatio, enterado de la muerte de Máximo, se arrojó al mar desde la nave y se ahogó. Teodosio consiguió una victoria sin sangre gracias a la ayuda de Dios.

He aquí cómo terminan, cuando no se pueden evitar, las guerras civiles bajo emperadores cristianos y en época cristiana. Se llegó sin más a la victoria, se entró en la ciudad, fue reducido el usurpador. Y esto es poco. Por otro lado, también fue vencido el ejército enemigo, y el general del usurpador, más cruel que el propio usurpador, se vio obligado a darse muerte; todas sus grandes insidias fueron anuladas y burladas, todos sus enormes preparativos fueron reducidos a la nada; y todo ello, sin embargo, sin que nadie tramara traiciones, sin que nadie preparase una batalla, sin que nadie por fin, si es que puede decirse, sacara su espada de la vaina. Esta terrible guerra acabó en victoria sin sangre y, en el momento de la victoria, terminó sólo con la muerte de dos personas. Y para que nadie piense que esto sucedió por casualidad y para que el poder de Dios que gobierna y juzga todos estos hechos, arrastre con la pública propagación de su testimonio hacia la confusión y hacia la aceptación de la fe a las mentes de sus detractores, haga mención de una cosa desconocida por todos, pero conocida también por todos: desde esta guerra, en la cual perdió la vida Máximo, hasta nuestros días, Teodosio y su hijo Honorio se vieron mezclados, como todos sabemos, en muchas guerras tanto externas como civiles; y, sin embargo, casi todas esas guerras que han tenido lugar hasta ahora, terminaron en la paz, con el fruto de una victoria sencilla y pura, sin derramarse ninguna o muy poca sangre.

Oros., *Hist.*, 7, 35, 11 ss.:

> (En el enfrentamiento de Teodosio con Eugenio y su general Arbogastes, resulta también vencedor el primero gracias a la ayuda de Dios.)

Muerto el Augusto Valentiniano, Arbogastes, al nombrar osadamente a un usurpador, Eugenio,[76], lo único que hizo fue elegir a una persona para imponerle el título de emperador, ya que era él mismo en realidad el que iba a llevar las riendas del poder; él, un hombre bárbaro, pero sobrado de espíritu, de buen sentido, de fuerza, de audacia y de poder; y reunió de todas partes innumerables e invictas tropas, ya de las guarniciones romanas, ya de las tropas auxiliares bárbaras, sirviéndose, unas veces de su poder y otras de sus relaciones.

No hace falta ya ampliar con palabras unos hechos conocidos incluso personalmente por muchos, hechos que conocen mejor que yo los que fueron testigos oculares de ellos. De que fue gracias al poder de Dios y no gracias a la autosuficiencia humana por lo que resultó siempre vencedor Teodosio son buena prueba las dos situaciones de este Arbogastes: en época anterior, cuando estaba bajo el mando de Teodosio, capturó él mismo, a pesar de estar escaso en fuerzas, a Máximo, que estaba protegido por enormes defensas; y ahora, cuando tras reunir tropas galas y francas se ha levantado contra el mismo Teodosio, ha sucumbido con absoluta facilidad a pesar de apoyarse en un particular culto a sus ídolos.

Eugenio y Arbogastes habían colocado a sus ejércitos perfectamente ordenados en el campo de batalla[77]; habían ocupado los estrechos costados de los Alpes y sus inevitables entradas, poniendo astutamente delante insidiosas trampas; y aunque fueran inferiores en número y fuerzas, aparecían sin embargo como vencedores por la posición que tenían de cara a la batalla. Teodosio, por su parte, que había tomado posiciones en la zona alta de los Alpes, privado de alimento y de descanso, sabedor de que había sido abandonado por los suyos, pero desconocedor de que estaba cercado por enemigos, oraba, tendido su cuerpo en tierra pero fija su mente

[76] 392-394.

[77] En el año 374, en la frontera entre Italia septentrional e Iliria. Teodosio se decidió a intervenir claramente en Occidente tras la proclamación de Eugenio como emperador de Occidente en el 392, ya que éste empezó a proteger al paganismo.

en el cielo, él solo, al único Señor, Cristo, que lo puede todo. Después, tras haber pasado la noche sin dormir en continuas preces y dejar como testigo poco menos que lagunas de lágrimas, que era el precio que pagaba a la ayuda celestial, cogió él solo con absoluta confianza las armas, sabiendo que no estaba solo. Con la señal de la cruz dio la señal de ataque y se lanzó a la lucha como seguro vencedor, a pesar de que nadie le seguía. Su primera posibilidad de salvación la tuvo en Arbitión, general de los enemigos: éste, al caer el emperador en las trampas colocadas en los alrededores, de las cuales no se había dado cuenta, conmovido respetuosamente ante la presencia del Augusto, no sólo le libró del peligro, sino que incluso le proveyó de guardia.

Por otro lado, cuando los ejércitos llegaron a lugares aptos para entablar combate, inmediatamente cayó sobre los rostros de los enemigos el ya conocido inefable[78] y fuerte torbellino de los vientos. Volaban por los aires los dardos enviados por los nuestros y, llevados a través del extenso vacío a una distancia superior a la de un lanzamiento humano, no tenían por así decir permiso para caer sin clavarse en los enemigos. Por otra parte, los rostros y pechos de los enemigos unas veces eran azotados al chocar fuertemente el continuo torbellino de aire en los escudos; otras, eran bloqueados con el tapón producido por la obstinada presión del aire sobre aquellos; otras, quedaban al descubierto al serles arrancados con violencia y quedar sin nada; y otras eran arrastrados a la fuerza a ponerse de espalda al darse la vuelta completamente los escudos. Incluso los dardos que ellos mismos lanzaban con violencia, al ser cogidos por la fuerza contraria del viento y vueltos hacia atrás, se clavaban tristemente en ellos mismos. Aterrorizados con el pavor propio de una conciencia humana miraron por su propia salvación, por cuanto inmediatamente el ejército enemigo se postró ante el vencedor Teodosio dispersándose sólo un pequeño grupo de ellos; Eugenio fue hecho prisionero y ejecutado; Arbogastes se suicidó.

[78] «Conocido e inefable», porque ya en otras ocasiones lo ha enviado Dios contra los enemigos de los suyos. Orosio hace intervenir frecuentemente a los fenómenos naturales como agentes de Dios.

De esta forma, también ahora esta guerra civil terminó con la muerte de dos personas, sin contar los diez mil godos a los que, enviados delante por Teodosio, se dice que aniquiló totalmente Arbogastes: el haber perdido a éstos fue sin duda una ganancia, y su derrota, una victoria[79].

Yo no me burlo de nuestros detractores. Pero que citen ellos, desde la fundación de la ciudad, una sola batalla que fuera emprendida por una causa tan necesariamente digna[80], que fuera llevada con un éxito tan propio de Dios, que terminara con una bondad tan indulgente, una batalla en la que el choque no llevara consigo una gran matanza; y entonces, yo quizá les conceda que esto de ahora no parece deberse a la fe del general cristiano. Aunque a mí no me preocupa que aduzcan un testimonio de este tipo, cuando uno de ellos, gran poeta sin duda, pero obstinado pagano, dio testimonio a Dios y a los hombres con estos versos: *«Oh sobremanera amado de Dios, en tu favor milita el cielo, y los vientos, conjurados, vienen en tu ayuda al son de las trompetas»*[81].

Este es el juicio del cielo en los pleitos entre aquellos que esperan humildemente sólo en Dios sin contar siquiera con la ayuda de los hombres y aquellos otros que presumen con arrogancia de sus propias fuerzas y de sus ídolos.

Y Teodosio, estando el estado en orden y tranquilidad, murió mientras se encontraba en Milán.

Prudencio, *Contra Symm.*, 1, 1 ss.:

(Los romanos estaban enfermos por su culto a los dioses paganos. Teodosio los ha salvado.)

Yo pensaba que Roma, que antes estaba enferma por los vicios del paganismo, había escapado ya totalmente de los peligros de su antigua enfermedad y que, desde que la me-

---

[79] Orosio no considera como desgracia ni como pérdida la muerte de diez mil godos. En otras ocasiones tampoco considerará como tal la muerte de esclavos. Las desgracias del enemigo no son calamidades humanas, sino castigos de Dios.

[80] La de defender la Iglesia Católica contra el pagano Eugenio.

[81] Cf. nota 71.

dicina del emperador[82] había calmado en ella los terribles dolores, no quedaba ya ningún resto del mal. Pero dado que esa peste, renovada[83], intenta perder la salud de los romanos, debemos implorar de nuevo la ayuda del Padre, para que no consienta que Roma vuelva a caer en su antigua torpeza ni que la toga de los patricios vuelva a teñirse de humo y sangre.

¿Acaso no ha servido de nada que nuestro ilustre Padre de la patria y gobernador del mundo prohibiera el antiguo error, en virtud del cual se creía que la divinidad consistía en difusas figuras bajo la noche oscura o se adoraba, en lugar de a la majestad suprema, a los elementos naturales, que son obra del Padre que lo creó todo? El fue el único que se preocupó de que la herida moral del pueblo no cicatrizara sólo externamente en la piel, mientras que, bajo esa superficie cerrada, prosperara, al faltar el médico, una corrosiva herida profundamente impresa y totalmente descompuesta por una pútrida pus; en lugar de ello, se preocupó de que la parte más generosa del hombre tuviera vida interior y supiera guardar del veneno interno a su alma limpia de la peste mortal. Antes de él, la única medicina de los tiranos había sido ésta: preocuparse del estado actual de las cosas presentes y perecederas y no preocuparse del futuro. ¡Ay! ¡qué mal servicio hicieron ellos al pueblo y a los propios patricios, a los que dejaron caer de cabeza en el Tártaro en compañía de Júpiter y de una gran multitud de dioses! El, sin embargo, ha extendido su imperio en una extensión como nunca habrá, con el deseo de asegurar la salvación de los suyos. Son hermosas, sin duda, las palabras de un gran sabio: «*El estado*, dice, *será afortunado cuando los reyes sean sabios o cuando los sabios sean reyes*»[84]. Pues bien, ¿no pertenece acaso éste al número de esos pocos que han alcanzado la diadema y al mismo tiempo cultivan la sabiduría más elevada? Efectivamente, al género humano y al pueblo que lleva toga les ha caído en suerte un emperador sabio. Nuestra república romana florece feliz bajo el cetro de la justicia.

---

[82] Teodosio.
[83] Reacción pagana de finales del siglo IV.
[84] Platón, *Rep.* 473 D.

¡Obedeced al maestro que tiene el cetro! El os ordena que desterréis el abominable error y la superstición de vuestros antepasados y que se considere solamente como Dios a aquel que sobresale por encima de todas las cosas y que ha creado la inmensidad del vasto mundo.

Prudencio, *Contra Symm.*, 1,408 ss.:

(Tras describir las barbaridades de los dioses paganos, Prudencio hace un largo elogio de Teodosio.)

He aquí en medio de qué laberinto de cultos languidecía, desde los orígenes de sus antepasados, la capital del más grande de los imperios, hasta que un emperador, vencedor por dos veces con la eliminación de dos usurpadores[85], contempló con su rostro triunfal las hermosas murallas de esta ciudad. El se dio cuenta de que ésta estaba cubierta por negras nubes: las tinieblas de una noche oscura alejaban de las siete colinas la limpia pureza del cielo. El, lleno de piedad, gimió y dijo estas palabras:

«Oh madre fiel[85b], arroja tu triste vestido. Es verdad que eres famosa por tu rica civilización, que levantas una cabeza insigne por tus extraordinarios botines, que estás nadando en abundante oro; pero la diadema de tu elevada cabeza, rodeada por nieblas que le dan la vuelta, produce horror; la poca luz apaga la brillantez de las propias perlas; y la espesura del día y el humo desparramado ante tu rostro apagan el brillo de la diadema de tu frente. Veo que oscuras sombras te rodean y que a tu alrededor revolotean amarillentas almas e ídolos negros. Me da la impresión de que, mientras levantas tu sublime rostro hacia los aires, hundes tus pies en nebulosos elementos. El mundo entero está bajo tus pies: así lo quiso Dios, por cuya voluntad eres la dueña, mandas sobre el mundo y pisas, poderosa, sobre la cabeza de todos los hombres. No concuerda con tu grandeza que tú, reina, contemples con los ojos bajados la caduca tierra y que busques a la divinidad en las partes más humildes de las cosas, partes por encima de las cuales estás tú misma. No consentiré que bajo mi reinado conserves antiguas liviandades ni

[85] Máximo y Eugenio.
[85b] Se dirige a Roma.

que veneres monstruos de dioses podridos. Esos monstruos o bien son piedra, en cuyo caso se descomponen con los años o se rompen ante el más pequeño golpe; o bien son estatuas cubiertas por una fina capa de metal, el cual poco a poco desaparece al fallar la goma; o bien estatuas construidas con placas de bronce lijadas por la lima, en cuyo caso o bien sus huecos miembros se curvan hacia alguna parte por el exagerado peso, o bien son atacadas por la herrumbre terminando por ser totalmente consumidas o rotas por abundantes agujeros. Que tu Dios no sea tampoco la tierra, que tu Dios no sea un astro del cielo, que tu Dios no sea el océano, ni la fuerzas ocultas en las profundidades y condenadas a estar bajo tinieblas por sus lamentables pecados. Pero que tampoco sean tu Dios las cualidades de los hombres, ni las errantes formas, que son impalpables, de las almas y de los espíritus. Lejos de ti el considerar como Dios a una sombra, a un genio, a un lugar o a un fantasma que vuela por las auras ligeras. Que sean las aldeas de los bárbaros las que tengan estas divinidades gentiles: entre ellos es sagrada cualquier cosa ante la que el miedo hace temblar; a ellos, horribles prodigios les obligan a creer en dioses terroríficos; a ellos les gustan los festines sangrientos, en los que pingües víctimas son devoradas en el interior de los bosques tras haber sido rociadas sus entrañas de abundante vino. Pero en tí, que diste a los pueblos dominados leyes y derecho, que decidiste suavizar a lo largo de todo el mundo los feroces ritos militares y morales, sería indigno y miserable pensar, en materia de religión, lo mismo que piensan feroces pueblos de costumbres salvajes y lo mismo que practican los ignorantes en su irracionalidad. A mí me pueden esperar futuras batallas, o me puede esperar la misión de dictar en la paz serenas leyes, o celebrar el triunfo en medio de la ciudad pisando las cabezas cortadas de los dos usurpadores; pero lo que es necesario es que tú, reina, aceptes de buen grado mi señal, la cruz, cuya efigie o bien brilla adornada de piedras en mis banderas o bien está fabricada con oro sólido en la punta de mis lanzas. Con esta señal el invicto Constantino, tras haber atravesado los Alpes, rompió, vengador, la miserable servidumbre, cuando Majencio te oprimía con su infame corte. Tú llorabas entonces, lo sabes bien, a cien

senadores condenados a una larga prisión. En la época en que un prometido, por quejarse de que un satélite del príncipe había interceptado y roto sus pactos con la amada, había sido encerrado en la cárcel y atado a duras cadenas; o la época en que, si una esposa era obligada a subir al lecho del rey y se disponía a saciar la impura locura del señor, las protestas del marido eran castigadas con la muerte; en que las cárceles del cruel príncipe estaban llenas de padres de muchachas jóvenes; en que si un padre, al serle quitada su hija, murmuraba o gemía con tristeza, no quedaba impune esta manifestación de dolor o de suspiros más o menos manifiestos. El puente Mulvio, al precipitar a las aguas del Tíber al tirano que pasaba sobre él, es testigo del carácter de cristiano del general que avanzaba hacia Roma, de en qué divinidad se apoyaban las armas victoriosas, de qué signo llevaba la diestra del vengador, de qué insignias radiales adornaban a las lanzas: era el anagrama de Cristo, cosido en oro y en piedras, el que adornaba el estandarte; era Cristo el que había escrito las insignias en los escudos; era la cruz la que brillaba sobre la cresta de los cascos. La ilustre clase de los senadores todavía lo recuerda; esos senadores que entonces iban con los cabellos largos, atados con cadenas de prisión o unidos entre sí por amplios grillos y que, abrazando los pies del vencedor, se postraron ante los estandartes victoriosos. En aquel momento el senado adoró la insignia del ejército vencedor y el nombre venerable de Cristo que lucía en las armas.

Así pues, cuídate, ilustre capital del mundo, de seguir creyendo, como lo hacías, en tus antiguos cultos, que los dioses son vanos monstruos, y de despreciar, una vez que ya lo has probado, el poderío del verdadero Dios. Yo quisiera que dejaras ya las fiestas pueriles, los ritos ridículos, y los sacrificios indignos de un imperio tan grande. Lavad, próceres de Roma, esos mármoles teñidos de rocío sangriento. Que puedan las estatuas, obra de grandes artistas, permanecer limpias; que ellas se conviertan simplemente en hermoso adorno de nuestra patria, pero que un mal uso de las mismas no convierta en viciosos a los monumentos artísticos.»

La ciudad, instruida por estos edictos, rechazó los antiguos errores y alejó de su antigua frente las nubes oscuras,

dispuesta ya en su nobleza a buscar el camino de la eternidad, a seguir a Cristo a la voz de su magnánimo emperador y a poner su esperanza en la eternidad. Entonces, por primera vez, Roma, dócil en su vejez, enrojeció pensando en su pasado, se avergüenza de la época anterior y desprecia los años ya pasados en medio de vergonzosas supersticiones. Después, cuando recuerda que los campos cercanos, rodeados de fosas, rezuman sangre de justos y contempla con envidia los miles de tumbas que hay alrededor, se arrepiente aún más de su severo juicio, de su tiranía desenfrenada y de su excesiva ira a la hora de defender los cultos profanos. Ella desea compensar las horribles heridas que ha hecho a la justicia por medio de una obediencia tardía y por medio de la petición de perdón. Y para que un imperio tan grande no siguiera teniendo la mancha de la crueldad —cosa que sucedería si rechazaba la piedad— busca los procedimientos de expiación que se le han enseñado y se entrega a la fe en Cristo con total dedicación.

Los laureles de la victoria de Mario cuando trajo, entre el aplauso del público al númida Yugurta, y el beneficio que te proporcionó, Roma, el cónsul de Arpinate[86] cuando encarceló justamente a Cetego, fueron mucho menores que el bien que ha buscado y te ha concedido este extraordinario emperador en esta nuestra época: éste ha expulsado de nuestra patria a muchos Catilinas dispuestos a provocar, no crueles incendios a las casas ni yugulaciones para los senadores, sino negros tártaros para las almas y tormentos para el espíritu de los hombres. Los enemigos pululaban por los templos y por las casas; eran los dueños del foro romano y del alto Capitolio; tramaban entre sí asechanzas contra el corazón mismo del pueblo; y, deslizando su veneno en el interior de las almas, acostumbraban a introducir la peste hasta lo más profundo de la médula.

Pues bien, este triunfador de un enemigo oculto, vestido de toga[87], arrastra importantes trofeos sin derramar sangre y acostumbra al pueblo de Quirino, a ser eternamente poderoso. No ha puesto meta ni límites temporales[88]; enseña

[86] Cicerón.
[87] Signo de la paz.
[88] Virgilio, *Eneida* 1, 278-9.

a Roma a poseer un poder sin fin, de forma que el poder de Roma no será nunca viejo y que la gloria que ha conseguido no conocerá jamás la vejez.

Prudencio, *contra Symm.* 1, 608 ss.:

> (Tras seguir hablando, en el texto anterior, de la conversión de los senadores y del pueblo, Prudencio termina con un elogio a Teodosio.)

Mira cómo los bancos de nuestro senado, llenos, deciden expulsar de nuestra ciudad, ya limpia, el infame culto de Júpiter y todo tipo de idolatría. Los senadores en gran número se dirigen libremente con sus pies —y en este caso los pies están de acuerdo con el corazón— a allí donde les llama la voz del extraordinario emperador. Y no hay lugar para la envidia; nadie tiene miedo a la violencia. Para todos está claro cuál es la voluntad del emperador y todos siguen, llevados por la sola razón, lo que es no una orden, sino algo aprobado por todos. Finalmente, él paga con justas recompensas los méritos terrestres, concede, como jefe excelente, grandes honores a los adoradores de Dios y les deja incluso que rivalicen en la práctica de la religión; y no prohíbe a los paganos acceder a los honores de este mundo, cuando ellos lo merecen, porque las cosas del cielo no son un obstáculo para los habitantes de la tierra que quieren seguir un camino terrenal. A ti mismo, Símaco, te ha concedido la magistratura consular y el derecho a sentarte en un tribunal; te ha concedido el derecho a vestirte de toga dorada; y lo ha hecho él con cuya religión no estás de acuerdo tú, adorador de dioses perecederos; tú que eres el único en pedir que deben ser restituidos los engaños de Vulcano, de Marte y de Venus, las estatuas del viejo Saturno, las locuras de Febo, los juegos megalienses de la madre troyana, las orgías báquicas de Nisa, las bufonadas de Isis siempre llorando la pérdida de Osiris, sus ridículas fiestas protagonizadas por sus fieles calvos, y todos los fantasmas, en fin, que suelen estar encerrados en el Capitolio.

3. Al César lo que es del César

(Los cristianos no adoran al emperador y, por ello,

son acusados de *lesa majestad.* Ellos se defienden diciendo que no adoran al emperador porque adoran a su Dios; pero ello no quiere decir que no respeten al poder constituido: cumplen sus obligaciones para con él en el terreno humano.)

Pas. Scill., 1 ss.:

Durante el segundo consulado de Presente y el primero de Claudiano, el día 17 de julio, fueron llevados ante el gobernador en Cartago Esperato, Nazalo, Citino, Donata, Segunda y Vestia. El procónsul Saturnino dijo:

—Si sois razonables podéis conseguir el perdón de nuestro Señor, el emperador.

Esperato dijo:

—Nunca hemos hablado mal del emperador; no hemos hecho nada malo contra él. Y no sólo no hemos hablado mal, sino que, a cambio del mal recibido, damos gracias, porque nosotros respetamos a nuestro emperador.

El procónsul Saturnino dijo:

—También nosotros somos religiosos y nuestra religión es única; y juramos por el genio de nuestro señor el emperador y pedimos por su salud. También vosotros debéis hacer lo mismo.

Esperato dijo:

—Si me prestas oídos, te explicaré el misterio de la única religión.

Saturnino dijo:

—Si vas a empezar a hablar mal de nuestra religión, no te prestaré oídos. Lo que debes hacer es jurar por el genio de nuestro señor el emperador.

Esperato dijo:

—Yo no conozco el imperio de este mundo; más bien sirvo al Dios a quien ningún hombre ve ni puede ser visto con estos ojos. Yo no he robado. Y si algo compro, pago la tasa, porque conozco a mi señor, emperador de todos los reyes y naciones.

El procónsul Saturnino dijo:

—Abandonad las ideas de éste.

Esperato dijo:

—El mal es cometer homicidio y decir falso testimonio.

El procónsul Saturnino dijo:
—No seáis partícipes de la locura de éste.
Citino dijo:
—Nosotros no tenemos otro señor al que temer, sino a Dios que está en los cielos.
Donata dijo:
—El honor que damos al César es el que se merece como César. Pero temer, sólo tememos a Dios.

Tert., *Apolog.*, 28, 3 ss.:

Pasemos, pues, a la segunda acusación, la de *lesa majestad*, pero de una majestad más augusta, ya que vosotros teméis al César con mayor miedo y timidez que al propio Júpiter del Olimpo. Y en verdad que con razón, si lo pensáis a conciencia, pues ¿qué vivo, sea la persona que sea, no es más poderoso que los muertos?[89]. Pero lo que pasa es que, en este asunto, vosotros actuáis no tanto por reflexión como por respeto a un poder constantemente dispuesto a actuar. Así pues, también en este punto aparecéis como irreligiosos en relación con vuestros dioses, ya que teméis más a un señor humano que a ellos. En fin, vosotros estáis dispuestos a cometer perjurio con el nombre de todos vuestros dioses antes que hacerlo con el genio de un solo César.

Tert., *Apol.*, 29, 1-4:

(El César no es digno de adoración porque él no puede dar la salvación. Los cristianos no pecan, pues, de *lesa majestad*.)

Que quede bien claro desde el principio si esos a los que vosotros sacrificáis pueden conceder la salvación a los emperadores o a cualquier otro hombre; y así, acusadnos de *lesa majestad*, si es que los ángeles o demonios, espíritus malvados por naturaleza, hacen realmente algún bien, si es que los seres perdidos pueden salvar, si es que los condena-

---

[89] Los diosess están muertos (este es uno de los motivos apologéticos más repetidos en los autores cristianos), mientras que el César está vivo.

dos pueden liberar, si es que por fin —lo cual subyace en el fondo de vuestras creencias— los muertos pueden proteger a los vivos.

Efectivamente, si esto fuera así, empezarían por defender sus propias estatuas, imágenes y templos, los cuales, pienso, no deben su salvación sino a los soldados del César que los guardan. Pienso incluso que los propios materiales de que están hechos vienen de las minas del César y que todos los templos subsisten por la voluntad del César. Muchos dioses probaron incluso las iras del César; y más a mi favor está todavía si probaron su benevolencia en forma de regalo o de privilegio. Y es que aquellos que están bajo el poder del César, aquellos que son totalmente suyos, ¿cómo van a poder cuidar de la salud del César? Daría la impresión de que estaban devolviendo la misma salud que ellos mismos habían recibido con toda facilidad del César.

Así pues, nosotros somos efectivamente culpables de *lesa majestad* para con los emperadores; pero lo somos en el sentido de que no los ponemos debajo de aquellas cosas que son de la propiedad de ellos; en el sentido de que no eludimos la obligación de rezar por su salud; en el sentido de que pensamos que su salud no está en unas manos de plomo. Por el contrario, vosotros sois religiosos porque buscáis su salud donde no está, la solicitáis a quienes no la pueden dar, despreciáis a aquel que la puede dar, e incluso hacéis la guerra a aquellos que saben pedirla y que, además, pueden conseguirla, porque saben dónde pedirla.

Tert., *Apol.*, 30:

> (No es pecado de *lesa majestad* hacer súplicas al verdadero Dios en favor del emperador.)

Nosotros, en efecto, rogamos por la salud de los emperadores al Dios eterno, al Dios verdadero, al Dios vivo, cuyo favor prefieren los propios emperadores al de todos los demás dioses. Ellos saben quién les ha dado el imperio; ellos saben, como hombres que son, quién les ha dado el alma; son conscientes de que el único Dios es aquél, bajo cuyo poder están ellos, tras el cual van ellos en poderío, y van los primeros, delante y por encima de todos los demás dioses.

¿Cómo no va a ser así cuando ellos están por encima de todos los hombres, los cuales a su vez, como seres vivos que son, están por encima de los muertos? En cuanto recapacitan hasta dónde llegan las fuerzas de su imperio, comprenden que Dios existe: contra el cual no tienen ningún poder, gracias al cual saben que tienen su poder. ¡Que intente el emperador hacer la guerra al cielo, que intente traer cautivo al cielo en su triunfo, que intente enviar centinelas al cielo, que intente poner tributos al cielo! No podrá. El emperador es tan grande, precisamente porque es más pequeño que el cielo; y es que él es propiedad de aquel de quien es el cielo y de quien son todas las creaturas. Consiguientemente él es emperador gracias a aquel que le hizo hombre antes que emperador. Su poder, pues, tiene el mismo origen que su alma.

Es a ese Dios al que nosotros los cristianos, con las manos extendidas, porque las tenemos limpias, con la cabeza descubierta[90], porque no tenemos nada de que avergonzarnos, sin que nadie nos sople, porque las palabras nos salen del corazón, oramos constantemente por la salud de todos los emperadores y pedimos para ellos una larga vida, un imperio tranquilo, una corte segura, unas tropas valerosas, un senado fiel, un pueblo leal, un universo apaciguado y todo aquello, en fin, que pueda desear un hombre y un César. Y yo no puedo pedir esas cosas sino a aquel de quien sé que las puedo conseguir, ya que ése es el único que las da y yo el único que las puedo conseguir, por cuanto soy su siervo, soy el único que le adoro, el que muero por su doctrina y el que le ofrezco la hostia más rica y mayor, la hostia que él mismo exigió: la plegaria que sale de un cuerpo puro, de un alma inocente, de un espíritu santo, y no granos de incienso que valen un as, ni lágrimas de un árbol de Arabia, ni dos gotas de vino puro, ni sangre de un buey desechado que está ya pidiendo la muerte, ni, tras todas estas suciedades, una conciencia también sucia. ¡Cómo me admiro al ver cómo vuestros viciosos sacerdotes, al analizar las víctimas, examinan las entrañas de las víctimas antes que los corazones de los propios oferentes!

De esta forma, a nosotros, que nos hemos abierto al ver-

[90] Los romanos oraban con la cabeza cubierta (cf. Virgilio, *Eneida* 3, 405).

dadero Dios, que nos descarnen los garfios, que nos cuelguen en la cruz, que las llamas nos consuman, que las espadas nos degüellen, que las bestias nos pateen: el cristiano que está acostumbrado a orar está preparado para todo tipo de suplicio.

¡Seguid, pues, excelentes gobernadores, atormentando el alma de los que suplican a Dios por el emperador! ¡Seguro que el crimen está ahí donde está la auténtica devoción a Dios!

Tert., *Apol.*, 31:

> (Los cristianos piden por la salud del emperador, no para granjearse su favor, sino porque Dios les mandó pedir por sus enemigos.)

¿Todo lo que he dicho antes lo he dicho para adular al emperador y fingir unos deseos con el fin de evitar los tormentos? Pues sí, ciertamente este engaño nos ha dado resultado: vosotros, en efecto, habéis aceptado todas las pruebas que nosotros hemos aducido en nuestra defensa. Pero, en fin, si pensáis que nosotros no nos preocupamos de la salud del emperador, escuchad las palabras del propio Dios, leed nuestras escrituras: nosotros no las escondemos y cualquier azar puede llevarlas a manos no cristianas. Sabed por ellas que a nosotros —a tal extremo de bondad llegamos— se nos ha dado el precepto de pedir a Dios por nuestros enemigos y de solicitar la felicidad para nuestros perseguidores... Es más, de una manera clara y precisa se dice: «Orad por los reyes, por los príncipes y autoridades, a fin de que disfrutéis de una situación tranquila»[91]. Y es que, cuando un imperio se tambalea, se tambalean también todos sus miembros, de forma que incluso nosotros los cristianos, aunque no tenemos nada que ver con las turbas paganas, nos vemos envueltos de alguna forma en la catástrofe.

Tert. *Apol.*, 32, 1:

> (Otra razón por la que los cristianos piden por los emperaddores: a ellos les interesa, para la extensión

[91] Pablo, *Epístola a Timoteo* 1, 2, 2.

de su doctrina, la tranquilidad y amplitud del imperio.)

Hay incluso otro motivo, de mayor necesidad, por el que nosotros pedimos por los emperadores e incluso por la prosperidad del imperio y del poderío romano: nosotros sabemos que la terrible catástrofe que amenaza a todo el universo y que el final de los tiempos, que irá acompañado de horribles calamidades, ha sido retrasado por respeto al imperio romano. Nosotros, los cristianos, no queremos conocer esa terrible experiencia y, al pedir que se retrase, estamos favoreciendo la larga duración del imperio.

Tert., *Apol.*, 32, 2-3; 33, 1-2:

(Los cristianos no juran en nombre del emperador, pero le respetan, porque, en definitiva, ha sido puesto por Dios.)

Pero nosotros juramos, y si bien no lo hacemos por el genio de los emperadores, sí lo hacemos por su salud, la cual es mucho más augusta que todos los genios. ¿Acaso desconocéis que los genios son llamados «daimones», o por emplear el diminutivo, «demonios»? Nosotros, en relación con los emperadores, respetamos el juicio de Dios: y él fue el que los puso al frente de los pueblos. Sabemos que ellos son lo que Dios quiso y nosotros respetamos la voluntad de Dios, ya que la consideramos como un solemne juramento. En cuanto a los «daimones», es decir, los genios, tenemos la costumbre de conjurarlos para expulsarlos del cuerpo de los hombres, pero no tenemos la costumbre de jurar en su nombre ni de darles el rango de divinidad.

Pero ¿para qué voy a hablar más de nuestros sentimientos religiosos y de nuestra piedad para con el emperador, al que necesariamente tenemos que aceptar por cuanto ha sido nuestro Dios el que le ha elegido, hasta el punto de que con razón podríamos decir: «El César es sobre todo nuestro, ya que ha sido elegido por nuestro Dios»? Así pues, puesto que es emperador mío, yo contribuyo mucho más a su salud, no sólo si la pide de aquel que la puede conceder o si la pido yo que tengo méritos para conseguirla, sino también si coloco su majestad debajo de la majestad de Dios y le enco-

miendo así al único Dios al que le someto; y le someto a aquel con el cual no puedo igualarle.

Tert., *Apol.*, 33, 3-4; 34:

> (Lo que los cristianos no aceptan es que el emperador sea «dios» o «señor».)

Lo que no puedo hacer es llamar «dios» al emperador, ya porque no sé mentir, ya porque no me atrevo a burlarme de él, ya porque ni siquiera él mismo quiere ser llamado «dios». Si es hombre, le interesa como hombre estar debajo de Dios. Ya tiene bastante con ser llamado emperador: éste es ya un gran título por cuanto es un título concedido por Dios. Decir del emperador que es un «dios» equivale a negarle el propio título de emperador, ya que no puede ser emperador, si no es hombre. Su condición humana le es recordada incluso en los momentos del triunfo, cuando marcha sobre el elevado carro; efectivamente, desde detrás se le grita: «Mira para atrás; recuerda que eres hombre». Y de esta forma, el gozo de brillar con tan gran gloria es mucho mayor: tan grande que ha sido necesario recordarle su condición humana. Esa gloria sería mucho menor, si en ese momento se le llamara «dios», ya que eso no sería verdad. Es mucho mayor aquel al que hay que recordarle que no debe creerse un dios.

Augusto, el fundador del imperio, no quiso que se llamara ni siquiera «señor». Y es que éste es el sobrenombre de Dios. Realmente, yo no tengo inconveniente en llamar al emperador «señor», pero con su significado común y cuando no me veo obligado a identificar el título de «señor» con el de «dios». Por lo demás, yo no estoy atado a él, ya que mi único señor es el Dios omnipotente y eterno; el mismo que es señor del propio emperador. ¿Cómo aquél que es «padre» de la patria va a ser también su «señor»? Es más, es mucho más agradable el título basado en la piedad que el basado en el poder; incluso en el ámbito de la familia, se utiliza más el título de «padres de familia» que el de «señores de familia».

Aún hay otra razón por la cual no se le debe llamar al emperador «dios»: porque eso no se puede hacer, sino en una

vergonzosa, es más, perniciosa adulación. Si teniendo ya un emperador le das ese título a otro, ¿acaso no cometes una enorme y terrible ofensa hacia aquel que antes tenías, ofensa que será más temible incluso para aquel al que ahora has llamado emperador?

Sé, pues, religioso para con Dios, si es que quieres ser propicio a tu emperador. Deja de creer en otro ningún dios y de llamar «dios» al que tiene necesidad de Dios.

Tert., *Apol.*, 35, 1 y 36, 2:

> (Los cristianos no manifiestan su respeto al emperador con festejos externos, sino con súplicas internas.)

Los cristianos son llamados enemigos públicos porque no rinden a los emperadores honores vanos, insinceros y temerarios, y porque, como hombres de verdadera religión que son, celebran las solemnidades de los emperadores en la conciencia, no en la lascivia.

La piedad, el espíritu religioso y la fidelidad hacia los emperadores no se manifiesta en homenajes de ese tipo, en los cuales, con intenciones ocultas, lo que se hace es practicar la hostilidad, sino en la conducta que la divinidad nos manda tener para con ellos, de la misma forma que nos la manda tener para con todos los hombres. Efectivamente, los buenos sentimientos no los debemos testimoniar sólo para con los emperadores. Nosotros hacemos el bien sin exceptuar personas, porque lo hacemos por nosotros mismos, ya que no esperamos de los hombres el pago de la alabanza o del premio, sino de Dios, que es el juez y el remunerador de las buenas acciones sin distinción. Gracias a Dios, nosotros somos para con los emperadores los mismos que para con nuestros prójimos. Sea la persona que sea, tenemos siempre prohibido desearles mal, hacerles mal, hablar mal y pensar mal. Y lo que no nos está permitido para con el emperador, no nos está permitido para con nadie. Y lo que no nos está permitido hacer a nadie, mucho menos quizá nos está permitido hacérselo al emperador, por cuanto, si él es tan grande, es porque Dios así lo ha querido.

4. El cristiano y el servicio militar

Passiones

(El rechazo de la milicia por parte de los soldados mártires, cuyas actas conservamos, no parece que sea el reflejo de una postura oficial de la Iglesia.)

Passio Maximiliani, 1-2:

(Maximiliano no acepta el servicio militar, pero parece tratarse de una postura personal. En sus argumentos no hay ninguna alusión a ninguna autoridad ni doctrina de la Iglesia.)

Tebesa, doce de marzo del año del consulado de Tusco y Anulino. Se presentan en el foro Fabio Victor juntamente con Maximiliano, actuando como introductor Pompeyano. El introductor dice:

—Fabio Víctor, recaudador de tasas del representante imperial, Valeriano Quintiano, se presenta con su hijo Maximiliano, excelente principiante[92]. «Puesto que viene bien recomendado, te ruego que sea tallado.»

El procónsul Dión dijo:

—¿Cómo te llamas?

Maximiliano respondió:

—¿Por qué quieres saber mi nombre? No me está permitido militar, porque soy cristiano.

El procónsul Dión dijo:

—Prepárale.

Mientras estaba siendo preparado, Maximiliano respondió:

—No puedo militar; no puedo hacer mal; soy cristiano.

El procónsul Dión dijo:

—Que sea tallado.

Una vez que fue tallado, dijo el oficial:

—Tiene cinco pies y diez onzas.

Dión dijo al oficial:

[92] El texto latino correspondiente a este párrafo es corrupto.

—Que se le ponga la señal[93].
Maximiliano, mientras se resistía, dijo:
—No lo hago; no puedo militar.
Dión dijo:
—Milita, si no quieres morir.
Maximiliano respondió:
—No milito. Córtame la cabeza, pero yo no sirvo con las armas a este mundo. Sólo sirvo a mi Dios.
El procónsul Dión dijo:
—¿Quién te ha convencido de esa actitud?
Maximiliano respondió:
—Mi ánimo y aquel que me ha llamado.
Dión dijo a Víctor, padre de Maximiliano:
—Hazle a tu hijo entrar en razones.
Víctor respondió:
—El ya es responsable y tiene formada su opinión sobre lo que mejor le conviene.
Dión a Maximiliano:
—Milita y acepta la señal de soldado.
Respondió:
—No acepto la señal. Ya tengo la señal de Cristo, mi Dios.
Dión dijo:
—Muy pronto te voy a mandar con tu Cristo.
Respondió:
—Quisiera que lo hicieras inmediatamente. Esta es mi gloria.
Dión dijo al oficial:
—Ponle la señal.
Maximiliano, mientras resistía, dijo:
—No acepto la señal de este mundo; si me la pones, la romperé, porque no me vale para nada. Soy cristiano y no me está permitido llevar en el cuello un trozo de plomo después de haber recibido la saludable señal de mi Señor Jesucristo, hijo de Dios vivo, al que tú no conoces, quien sufrió por nuestra salvación, y a quien nos mandó Dios por nuestros pecados. A él servimos todos los cristianos. A él seguimos como guía de nuestra vida, como autor de nuestra salvación.

[93] Una fíbula de plomo al cuello.

Dión dijo:

—Milita y acepta la señal, si no quieres, desgraciado, morir.

Maximiliano respondió:

—No moriré. Mi nombre está ya junto a mi Señor. No puedo militar.

Dión dijo:

—Date cuenta de lo joven que eres; milita. Es lo que debe hacer un hombre joven.

Maximiliano dijo:

—Mi milicia está junto a mi Señor. No puedo servir a este mundo Ya lo he dicho: soy cristiano.

El procónsul Dión dijo:

—En la guardia de nuestros señores Diocleciano y Maximiano, Constancio y Máximo, hay soldados cristianos y militan.

Maximiliano dijo:

—Ellos saben lo que mejor les conviene. Yo, sin embargo, soy cristiano, y no puedo hacer mal.

Dión dijo:

—¿Qué mal hacen los que militan?

Maximiliano respondió:

—Tú sabes lo que hacen.

Pasio Marcelli, Recensio M:

(El rechazo de Marcelo a la milicia parece tener como punto de partida una fiesta profana, contra las cuales sí que estaban abierta y oficialmente los cristianos.)

En la ciudad de Tingis, siendo gobernador Fortunato, el día del cumpleaños del emperador[94]. Cuando todos banqueteaban sobre las mesas, Marcelo, uno de los centuriones[95], rechazó el festejo profano y, arrojando el cíngulo militar so-

[94] De Diocleciano; el 21 de julio, posiblemente del 298.
[95] De la *legio II Traiana*.

bre los estandartes de la legión que estaban allí, dio este testimonio con clara voz:

—Yo sirvo a Jesucristo, que es el rey eterno; desde ahora dejo de servir a vuestros emperadores; también rechazo la adoración a vuestros dioses de madera y de piedra, ya que son ídolos sordos y mudos.

Los soldados, estupefactos al oír estas cosas, le prendieron y le pusieron bajo custodia, y dieron la noticia al gobernador Fortunato[96]. Este, tras oírla, mandó que fuera encarcelado. Y una vez acabado el festejo, se constituyó en consistorio y ordenó que fuera traído a su presencia. Una vez que Marcelo fue traído, el gobernador Anastasio Fortunato le dijo:

—¿Cuál fue tu intención cuando, en contra de la disciplina militar, arrojaste el cíngulo y la vara de centurión?

Marcelo respondió:

—El día veintiuno de julio, delante de los estandartes de esta legión, cuando celebrabais la fiesta de vuestro emperador, dije públicamente con claras palabras que era cristiano y que no podía servir al juramento de esta milicia, sino a Jesucristo, hijo de Dios Padre Omnipotente.

El gobernador Fortunato dijo:

—No puedo pasar por alto esta acción temeraria tuya; por ello, debo comunicárselo a los emperadores y al César, y a ti te enviaré, custodiado por el oficial Cecilio Arva, a la presencia de mi superior Aurelio Agricolano, vicario de los prefectos del pretorio.

El día treinta de octubre, en Tingis, es presentado en la corte el centurión Marcelo. El oficial dijo:

—El gobernador Fortunato ha trasladado a tu jurisdicción el caso del centurión Marcelo. Aquí hay una carta de él, carta que leeré con tu permiso.

Agricolano dijo:

—Que sea leída.

Fue leída por el oficial: «A ti, señor, de Fortunato, etc.».

Una vez leída dijo Agricolano:

—¿Es cierto que has dicho todo esto que se relata en el acta del gobernador?

---

[96] El *praefectus legionis* en Tingis.

Marcelo respondió:
—Lo he dicho.
Agricolano dijo:
—¿Servías con el rango de centurión de primer orden?
Marcelo respondió:
—Sí.
Agricolano dijo:
—¿Qué locura te ha entrado para rechazar el juramento y decir tales cosas?
Marcelo respondió:
—No están locos quienes temen a Dios.
Agricolano dijo:
—¿Has dicho todas y cada una de las cosas que están contenidas en el acto del gobernador?
Marcelo respondió:
—Las he dicho.
Agricolano dijo:
—¿Arrojaste las armas?
Marcelo respondió:
—Las arrojé, porque no era digno que un cristiano militara en la milicia de este mundo; un cristiano sirve a su Señor, Cristo.

Pasio Iuli veterani:

(Es otro soldado mártir, pero su pasión no se debe a que se negara a militar, sino a que se negó a inmolar a los dioses, crimen que es, jurídicamente, la causa de otros muchos martirios. De las actas se deduce además que Julio había sido un soldado honesto y leal.)

En época de persecución, cuando los gloriosos martirios de los fieles esperaban recibir las promesas de eternidad, fue prendido Julio por unos guardias y llevado ante el gobernador Máximo[97]. El gobernaddor Máximo dijo:
—¿Quién es éste?
Los guardias dijeron:

[97] Julio era un veterano del ejército en Mesia Inferior.

—Es cristiano y no quiere cumplir las leyes.

El gobernador dijo:

—¿Cómo te llamas?

Respondió:

—Julio.

El gobernador dijo:

—Bien, Julio, ¿qué dices? ¿Es verdad eso que dicen de ti?

Julio respondió:

—Sí. Efectivamente soy cristiano; no voy a negar que soy lo que soy.

El gobernador dijo:

—¿Acaso ignoras las órdenes de los emperadores que mandan hacer sacrificios a los dioses?[98]

Julio respondió:

—No las ignoro; pero soy cristiano y no puedo hacer eso que tú quieres, ya que no es digno que yo olvide a mi Dios, verdadero y vivo.

El gobernador Máximo dijo:

—¿Qué de malo tiene que ahora ofrezcas incienso y después te vayas tranquilamente?

Julio respondió:

—No puedo despreciar los preceptos divinos y aparecer como infiel ante mi Dios. Ni siquiera antes, cuando equivocadamente servía en una milicia aparente, nunca fui llevado, en los veintisiete años que serví, como malvado o revoltoso ante el juez. Yo he militado en siete campañas militares, nunca me quedé detrás de nadie ni ninguno me superó en valentía. Mi jefe nunca me cogió en falta alguna. ¿Piensas que ahora yo, que fui siempre fiel en el pasado, puedo ser infiel en unas circunstancias mucho mejores?

El gobernador Máximo respondió:

—Háblame de tu servicio militar.

Julio respondió:

—He servido en el ejército y he dejado mi grado como veterano. Siempre he temido y adorado al Dios que hizo el cielo y la tierra, del cual también me considero ahora siervo.

El gobernador Máximo dijo:

[98] Se trata probablemente del edicto de Diocleciano, dado en enero o febrero del 304.

—Julio, veo que eres un hombre prudente y sensato. Hazme caso y haz sacrificios a los dioses, para poder conseguir así un gran premio.

Julio respondió:

—No haré lo que deseas para no incurrir en una pena eterna.

El gobernador Máximo dijo:

—Si piensas que eso es pecado, que caiga sobre mí el castigo. Yo te obligo para que no dé la impresión de que lo haces por propia voluntad. Después, te irás tranquilamente a tu casa cobrando la paga de diez años. Y de aquí en adelante nadie te molestará.

Julio respondió:

—Ni ese dinero de Satanás ni tus arteras palabras podrán privarme de la luz eterna. Y es que no puedo negar a mi Dios. Pronuncia, pues, contra mí la sentencia como cristiano que soy.

Prudencio, *Perist.* 1, 31 ss.:

> (El canto que hace Prudencio de los soldados que pasan de la milicia del César a la milicia de Cristo no es tanto un rechazo de la vida militar como una alabanza a la milicia cristiana.)

Su vida anterior no había estado exenta de duros trabajos, ya que habían sido soldados. Pero Cristo los llamó a la milicia eterna. Su valor, acostumbrado a la guerra y a las armas, sirve ahora a nuestros altares.

Abandonan los estandartes del César, eligen la señal de la cruz; y en lugar de lanzar al viento con sus manos estandartes con dragones pintados en ellos, llevan el glorioso leño[99] que sometió al dragón[100].

Consideran inútil lanzar dardos con sus ágiles brazos, romper muros a golpe de arietes, abrir zanjas alrededor del campamento, manchar sus impías manos con sangrientas carnicerías.

Casualmente, en aquella época el líder de la corte mun-

[99] El leño de la cruz.
[100] El demonio.

dial había ordenado a los segundos israelitas[101] presentarse en los altares, sacrificar a los negros ídolos y ser desertores de Cristo.

La peste de la persecución, armada de espada, apremiaba así a la fe libre; por ésta se entregaba voluntariamente y con coraje a las torturas, al hacha y a los garfios de hierro; el amor a Cristo le quitaba el miedo.

Tert., *De idolatria*, 19:

(Desde un punto de vista teórico, Tertuliano rechaza la milicia de los cristianos.)

Sobre el tema de la milicia la cuestión se cifra en si un fiel puede entrar en la milicia o si un militar puede ser admitido en la fe; y nos estamos refiriendo incluso al rango más oscuro y bajo de la milicia, en el que no es necesario hacer inmolaciones ni ejecuciones. No hay acuerdo entre un juramento divino y uno humano, entre el signo de Cristo y el signo del diablo, entre el campamento de la luz y el campamento de las tinieblas; una misma persona no puede servir a dos señores: a Dios y al César. Sin embargo, se dirá, Moisés llevó la vara, Aarón la fíbula, Juan se ciñó la correa, Jesús Navé condujo el ejército, el pueblo guerreó: y todo ello, si querían estar tranquilos. Pero, ¿cómo guerrearon? Lo hicieron incluso en tiempos de paz, pero sin espada, espada que les fue arrebatada por el Señor. Y es que, si bien al lado de Juan había soldados que habían aceptado una norma a observar, y si bien es verdad también que el centurión creyó, el Señor, en la acción de desarmar a Pedro, simbolizó el desarme de todos los soldados. No nos está permitido tomar un hábito para realizar con él acciones ilícitas.

Tert., *De corona*, 1:

Sucedió hace poco: en el campamento se estaba llevando a cabo la entrega de premios por parte de los generosos y extraordinarios generales; estaban presentes los soldados galardonados. Es presentado un soldado, que era más bien soldado de Dios y más constante que los demás hermanos que

[101] Los cristianos. Los primeros israelitas serían los judíos.

habían presumido que ellos podían servir a dos señores; sólo él se presentó con la cabeza descubierta y con el galardón, que no le servía, en la mano; se había divulgado que era cristiano y que sobresalía en esta doctrina. Todos le apuntaban, se reían de él desde lejos y le enseñan los dientes desde cerca. De pronto, un murmullo: «Le han dado al tribuno el nombre y le han señalado quién es». Ya sale de la fila; le dice el tribuno: «¿Por qué tienes un aspecto tan distinto al de todos?». Dice que a él no le estaba permitido estar como los demás; al preguntársele la causa, respondió: «Soy cristiano». ¡Oh glorioso soldado de Dios! Se discutió luego el asunto, se tomó acta del hecho y fue llevado como reo ante los prefectos.

Tert., *De corona*, 12, 4:

Eres un idólatra si vendes a Cristo por una corona dorada, de la misma forma que Judas le vendió por plata; ¿acaso el «no podéis servir a Dios y a las riquezas» quiere decir «echar mano a las riquezas y estar al lado de Dios»? ¿Acaso el «dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» quiere decir «no entregar el hombre a Dios y quitar el denario al César»?

Tert., *Apol.*, 30, 4:

(Desde un punto de vista práctico, sin embargo, a los cristianos les interesa que el emperador tenga un ejército fiel.)

Es a ese Dios al que nosotros los cristianos, con las manos extendidas, porque las tenemos limpias, con la cabeza descubierta, porque no tenemos nada de que avergonzarnos, sin que nadie nos sople, porque las palabras nos salen del corazón, oramos constantemente por la salud de todos los emperadores y pedimos para ellos una larga vida, un imperio tranquilo, una corte segura, unas tropas valerosas...

Tert., *Apol.*, 5, 5-6:

(Una de las honras de Marco Aurelio es precisamente el hecho de que en su ejército había soldados

cristianos. Gracias a ellos logró precisamente ganar una batalla.)

Por lo demás, de todos los príncipes que han existido hasta hoy y que hayan sido entendidos en cosas divinas y humanas, citadme uno solo que haya hecho la guerra a los cristianos. Nosotros podemos aducir algunos protectores: entre ellos, Marco Aurelio, sabio emperador, como lo demuestra el análisis de su carta, en la que atestigua que una situación de sed a la que estaban sometidas sus tropas en Germania fue superada gracias a que las súplicas de sus soldados, casualmente cristianos, consiguieron la lluvia. Y si bien no abandonó abiertamente la persecución contra los cristianos, al menos neutralizó sus efectos de otra forma: imponiendo un castigo, incluso más riguroso que el dado a los cristianos, a los acusadores.

Lact., *Inst.*, 6, 20, 16-17:

(La postura de Lactancio también es contradictoria: mientras en las *Diuinae Institutiones* considera que el cristiano no debe servir en la milicia, en el *De mortibus persecutorum* justifica el servicio militar, si se trata de hacerlo bajo la bandera de emperadores cristianos.)

Tampoco le está permitido servir en la milicia al justo, cuya única milicia es la justicia, ni acusar a nadie de un crimen que merezca la pena capital: y es que no hay diferencia alguna entre matar a alguien con la espada o hacerlo con la palabra: lo que está prohibido es el asesinato en sí. Así pues, en este precepto no hay ningún caso excepcional que impida que sea injusto matar a un hombre, al que Dios quiso hacer animal sagrado.

Lact., *Mort. pers.*, 44:

(Constantino vence a Majencio gracias a la intervención divina.)

Ya se había iniciado entre ellos la guerra civil. Y aunque Majencio permanecía en Roma, porque había recibido el presagio de que moriría si salía de Roma, llevaba sin embargo

la guerra por medio de hábiles generales. Majencio tenía mayor número de soldados, ya que había recibido el ejército de su padre de manos de Severo y había engrosado recientemente el suyo mediante reclutamientos hechos entre los mauros y gétulos. Se inicia la lucha y, en un primer momento, se imponen los soldados de Majencio, hasta que Constantino, con ánimo renovado y dispuesto a todo, movió sus tropas hasta las proximidades de Roma y acampó al lado del puente Mulvio. Se acercaba el aniversario de la toma del poder por parte de Constantino, que era concretamente el 27 de octubre, y se acababan las quinquenales[102]. Constantino fue advertido en un sueño de que grabase en los escudos el signo celeste de Dios y se lanzara de esta forma a la batalla. Hace lo que le había sido ordenado y, curvando el rasgo superior de la X, una vez invertida[103], graba el nombre de Cristo en los escudos. El ejército, protegido con este símbolo, toma las armas. El enemigo avanza sin su general y atraviesa el puente. Los dos ejércitos chocan frente a frente y se lucha con gran violencia por una y otra parte; «ni unos ni otros tenían lugar por donde escapar»[104]. En la ciudad se levanta un motín y se increpa al emperador por haberse despreocupado de la salvación del estado; y al aparecer en público —celebraba en efecto unos juegos circenses con motivo de su cumpleaños—, el pueblo grita con una sola voz que Constantino no puede ser vencido. Afectado por estos gritos, abandona el circo y, reuniendo a algunos senadores, ordena que se consulten los libros sibilinos: en ellos se descubre que ese día había de morir el enemigo de los romanos. Convencido de la victoria ante esta respuesta, se levanta y se dirige al campo de batalla. El puente se corta a sus espaldas. Los soldados, al ver esto, recrudecen la batalla y la mano de Dios se extiende sobre el combate. Los soldados de Majencio son presa del pánico; él mismo, iniciando la huida corre hacia el puente, que estaba cortado, y, arrastrado por la masa de los que huían, se precipita en el Tíber.

[102] Las fiestas del quinto aniversario.

[103] Es el signo ⳨. Es al menos lo que parece deducirse del texto: la «X invertida» sería +, que, curvado su rasgo superior, sería ⳨.

[104] Virgilio, *Eneida* 10, 757.

Lact., *Mort. pers.*, 46:

(Licinio derrota igualmente a Maximino con la ayuda de Dios.)

Al acercarse, pues, los ejércitos uno a otro, parecía que el día de la batalla estaba ya cercano. Entonces Maximino hizo una promesa a Júpiter en este sentido: si conseguía la victoria, destruiría y borraría totalmente el nombre de los cristianos. Y a Licinio, la noche siguiente, se le apareció en sueños un ángel de Dios diciéndole que se levantara inmediatamente y que hiciera oración a su Dios juntamente con todo su ejército; que, si lo hacía, la victoria sería suya. Tras estas palabras le pareció que, mientras él se levanta, permanecía al lado el que le había hecho el aviso y le enseñaba cómo y con qué palabras debía orar. Después, al despertar, mandó traer un notario y le dictó estas palabras tal como él las había oído: «Dios sumo, a ti rogamos; Dios santo, a ti rogamos: en tus manos ponemos toda justicia; en tus manos ponemos nuestra salvación; en tus manos ponemos nuestro imperio; por ti vivimos; por ti alcanzamos la victoria y la felicidad. Dios sumo y santo, oye nuestras preces; a ti levantamos nuestros brazos; óyenos, Dios santo y sumo». Estas palabras son escritas en muchos ejemplares y son enviadas a oficiales y tribunos para que se las enseñen a sus soldados. Todos elevaron su ánimo, en la creencia de que desde el cielo se les había anunciado la victoria. El emperador había fijado el combate para el día primero de mayo, fecha en que se cumplía el octavo año de la usurpación de Maximino, con el fin de que fuese derrotado precisamente el día de su aniversario, de la misma forma que el otro lo había sido en Roma[105]. Maximino quiso adelantar la fecha y preparó a su ejército el día antes por la mañana, a fin de celebrar el día siguiente su aniversario como vencedor. Llega al campamento de Licinio la noticia de que Maximino se ha puesto en movimiento. Los soldados toman sus armas y salen al encuentro. Entre ambos ejércitos había un campo yermo y pelado, llamado «Sereno»[106]. Estaban ya los ejércitos uno a la vista

[105] Majencio.
[106] R. Teja (*Lactancio. Sobre la muerte de los perseguidores. Introducción.*

del otro. Los soldados de Licinio se despojan de los escudos, se quitan los yelmos, elevan sus manos al cielo con los oficiales delante de ellos y recitan la plegaria precedidos por el emperador. El ejército que iba a perecer escucha el murmullo de los que oran. Estos, llenos de valor tras haber recitado tres veces la plegaria, vuelven a colocar los yelmos en sus cabezas y toman los escudos. Avanzan los emperadores para dialogar. No fue posible que Maximino aceptara la paz: y es que despreciaba a Licinio y pensaba que sus soldados le abandonarían, ya que éste era tacaño en sus repartos, mientras que él era generoso y había iniciado la guerra en la idea de que, tras hacerse con el ejército de Licinio sin combate, se dirigiría inmediatamente contra Constantino con sus efectos redoblados.

Así pues, los ejércitos se van acercando cada vez más, suenan las trompetas, avanzan las banderas. Los licinianos en su ataque arrollan al enemigo; éste, aterrorizado, no puede desenvainar sus espadas ni arrojar sus dardos. Maximino recorre el campo de batalla y tienta a los soldados licinianos unas veces con súplicas y otras con ofertas de recompensa. En ninguna parte se le escucha. Se produce una carga contra él y se refugia entre los suyos. Su ejército era aniquilado sin poder responder y un número tan grande de legiones y una fuerza militar tan grande es sometida por unos pocos. Nadie se acuerda de su nombre, de su valor, de las viejas recompensas: daba la impresión de que habían venido no a un combate, sino a una muerte ritual. De esta forma el Dios supremo los entregó como holocausto a sus enemigos.

---

traducción y notas, Madrid 1982, p. 199, n. 445, lee y traduce *Ergeno*, localizándolo entre Tzurulum y Crusipara, en la Turquía europea.

III. La sociedad

Que los cristianos son considerados socialmente como unos seres extraños en los primeros siglos es un hecho sobradamente conocido. Ello es consecuencia de que rompen con todos los moldes sociales a los que estaban acostumbrados los hombres de la sociedad en la que ellos nacen: tanto sus reuniones, como sus creencias y sus prácticas, son totalmente nuevas para los romanos. De ahí que se les considere como seres extraños y raros.

En este capítulo hemos recogido textos que se refieren fundamentalmente a dos cuestiones capitales: el problema de los espectáculos, a los que tan acostumbrados estaban los paganos, y la acusación concreta de que son seres extraños y raros, basada en distintos aspectos que después veremos.

1. Los espectáculos

En lo que se refiere a la condena, por parte de los cristianos, de los espectáculos paganos, aquéllos se encuentran con frecuencia con que no hay preceptos expresos en los textos sagrados que condenen abiertamente espectáculos como el circo. Esta ausencia de preceptos expresos es la que sirve de excusa, incluso a algunos cristianos, para acudir impunemente a los mismos. Junto a esta falta de condena expresa de los espectáculos en los textos sagrados, hay, por parte de los partidarios del mantenimiento de los mismos, un argumento positivo: Dios quiere que los hombres se diviertan; Dios ha creado todas las cosas para disfrute de los hombres; consiguientemente, los espectáculos no son nocivos, siempre que en ellos no se ofenda a Dios; si los cristianos rechazan

los espectáculos, dicen los paganos, es porque, en el colmo de su rareza, se están acostumbrando a romper sus lazos con esta vida, ya que se trata de una gente nacida para disfrutar con la muerte.

A estas ideas responde Tertuliano en el *De spectaculis.* En el capítulo primero sale al encuentro de la idea de que todas las cosas son obra de Dios y, consiguientemente, lo son también las cosas que intervienen en un espectáculo; efectivamente, dice Tertuliano, todo es obra de Dios, pero cuando algo ofende a Dios, deja de ser obra de él: el hierro es obra de Dios y, sin embargo, el hierro mata. En el capítulo III responde a los propios cristianos que no condenan a los espectáculos porque, dicen, no están expresamente condenados en la Biblia; Tertuliano cita un texto de David donde, si no expresamente, al menos sí tácitamente son condenados los espectáculos. Novaciano (*De spectaculis* 2 ss.) responde también a estos mismos cristianos: en la Biblia no está expresamente prohibida la asistencia a espectáculos, pero esa prohibición se sobreentiende.

Junto a los malabarismos que hacen los autores cristianos para encontrar en la Biblia argumentos en contra de los espectáculos, hay otros argumentos claros, no expresamente bíblicos, pero sí en conexión con la doctrina cristiana. Entre ellos están:

a) Los espectáculos tienen una estrecha conexión con los ritos paganos y, por tanto, son idolatría.

Efectivamente, el análisis de cada uno de los juegos romanos viene a demostrar que, en origen, están todos ellos en relación con algún Dios o ídolo pagano (Tert., *De spectac.*, 5 s.; Min. Fel., 37, 11; Novatianus, *De spectac.*, 4). Es más, han sido los propios dioses los que han presionado a los hombres para que éstos instituyeran los juegos y representaciones (August., *Ciu. Dei*, 1, 32; 2, 8; 4, 26).

b) Inmoralidad de los juegos.

Los espectáculos son una especie de placer, de forma que, de la misma forma que están prohibidas la gula, la pasión, etc., así también lo están los espectáculos (Tert., *De spectac.*, 14). El teatro es la vitrina donde se exponen todo tipo

de impudores (Tert., *De spectac.*, 17; Min. Fel., 37, 12; Novat., *De spectac.*, 6; August., *Ciu. Dei*, 7, 32), donde se representan todos los mitos y acciones indignas de los dioses (Tert., *Apolog.*, 15; August., *Ciu. Dei*, 2, 8; 4, 26).

c) *Crueldad de los juegos.*

Si las representaciones teatrales son el escaparate donde se exponen todo tipo de impudores, el circo es el lugar donde se dan riendas sueltas a las más crueles atrocidades: desde la locura, fanatismo y forofismo de los espectadores (Tert., *De spectac.*, 16; Min. Fel., 37, 11), hasta las más atroces matanzas. Son condenados concretamente el boxeo, las luchas, el atletismo y la gimnasia; todo ello es inútil y, a veces, inhumano (Tert., *De spectac.*, 18). Son condenadas las luchas a muerte de los gladiadores (id., 19; Min. Fel., 37, 11).

También el teatro es cruel: en él aprenden los criminales sus artes (Tert., *Apolog.*, 15, 4; Novat., *De spectac.*, 5).

Por otro lado, la crueldad de los espectáculos es una especie de veneno para el espectador, de forma que una vez que se ha asistido a una representación, el espectador desea con más ardor asistir a otra y desea que cada vez haya más sangre en el espectáculo: es lo que le pasó a Alipio, según cuenta Agustín (*Conf.*, 6, 8, 13). Hasta las propias vírgenes vestales se enardecían contemplando la sangre y la muerte en el anfiteatro (Prud., *Contra Symm.*, 2, 108 ss.).

2. Acusaciones de infanticidio, banquetes de sangre y reuniones clandestinas

Los ritos de iniciación en el cristianismo fueron en los primeros tiempos blanco de las críticas de los paganos. Entre estas críticas están las siguientes:

Los cristianos se inician con el sacrificio de un niño (Min. Fel., 9, 5 ss). Minucio responde diciendo que no hay hombre que sea capaz de matar a un niño, ni hombre que pueda creer que eso puede suceder; sólo lo pueden creer quienes lo hacen; y los que lo hacen son los paganos, según demuestra la historia y determinadas costumbres sociales como la del aborto o la del sacrificio de un criminal en honor de Júpiter Latino en las Fiestas Latinas (Min. Fel., 40). Tertulia-

no exige a los paganos el testimonio de alguien que haya visto alguna vez el sacrificio de un niño entre los cristianos; no habrá nadie que pueda testimoniarlo, porque la acusación es falsa y producto de una calumnia; son los paganos los que cometen esos crímenes (*Apolog.*, 7, 1 ss.; *Ad nast.*, 7, 23 ss.; 15).

Los cristianos forman una facción clandestina en contra de la sociedad y del estado romanos (Min. Fel., 8, 4; 10, 1-2). Respuesta: los cristianos no forman una facción clandestina por el hecho de que no hablen en público o por el hecho de que no tengan templos y altares visibles donde sacrificar a su Dios; no hablan en público, porque los paganos no quieren escucharlos; no tienen altares donde sacrificar, porque su sacrificio son las buenas acciones (Min. Fel., 32, 1-3).

3. Los cristianos son seres extraños: impasibilidad ante la muerte

La postura de los cristianos ante el martirio y en general su desprecio a la muerte fue piedra de escándalo para los paganos en los primeros siglos. Minucio Félix recoge la crítica de los paganos en este sentido (8, 5; 12, 2 ss) y responde: aceptar los sufrimientos no es nada más que aceptar una milicia que fortalece el espíritu; esto es algo que hicieron los propios héroes paganos y muchos hombres ilustres romanos (Escévola, Aquilio, Régulo) (36, 8 ss.). Este tema es una constante en las pasiones de los mártires, de las cuales hemos seleccionado algunos textos.

En este contexto de impasibilidad ante la muerte por parte de los cristianos hay algo que no se olvidan de recordar los paganos: si el martirio es algo buscado por los cristianos y algo a lo que ellos van voluntariamente, ¿por qué se quejan entonces de las persecuciones?, y ¿por qué odian a los perseguidores? Más bien deberían amarlos, porque gracias a ellos consiguen lo que buscan. Tertuliano responde que ellos prefieren el martirio, pero de la misma forma que un soldado quiere la guerra: para llegar a la victoria; y a propósito de ello recuerda los ejemplos de ilustres hombres que soportaron el sufrimiento para conseguir un bien mayor (Es-

cévola, Empédocles, Régulo, Dido, Anaxarco) (*Apolog.*, 39, 4).

4. Los cristianos son seres extraños: prácticas ascéticas

Las prácticas ascéticas de los cristianos fueron motivo de burla para los paganos. Las siguientes palabras de Minucio Félix resumen con claridad esta crítica: «No cubrís vuestras cabezas con flores; no honráis vuestro cuerpo con perfumes; reserváis los ungüentos para los funerales y no ponéis corona ni siquiera a vuestros muertos; estáis pálidos, temblorosos y no sois dignos de misericordia, pero de la misericordia de nuestros dioses. Con vuestro comportamiento, lo estáis pasando mal mientras vivís y, por otro lado, desgraciados, no resucitáis nunca» (12, 6).

La respuesta de los cristianos, ante estas burlas, se mueve en las direcciones siguientes:

Los cristianos no desprecian las cosas de este mundo; ellos saben apreciarlas, pero no las utilizan con afán de lujo, como hacen los paganos (Min. Fel., 38, 2).

El rechazo al lujo de las cosas de este mundo no quiere decir que los cristianos sean una raza inútil e inservible a la sociedad (Tert., *Apol.*, 42).

Como contraataque, los cristianos rechazan las acciones carnavalescas y afeminadas de los paganos (Cipr., *Epist.*, 2); y el abuso de la bebida (Ambros., *De Helia et ieiunio*, 17, 62).

En último caso, a los cristianos no debe importarles la postura crítica de los paganos en este sentido: que digan lo que quieran (Hier., *Epist.*, 38, 5; 64, 2 ss.); ni siquiera la postura crítica de determinadas jerarquías de la Iglesia, que en un primer momento aceptaron con reservas e incluso con hostilidad las manifestaciones ascéticas de los primeros siglos (Hier., *Epist.*, 54, 5).

Las prácticas ascéticas son algo que está ya en el Antiguo Testamento; tienen, pues, la sanción de la ley antigua. Y no hay aparentes contradicciones entre el Antiguo y el Nuevo Testamento al respecto: el hecho de que Rebeca aceptara pendientes y brazaletes de oro no está en contradicción con el ascetismo cristiano (Ambros., *De Abraham*, 1, 89); el

ayuno y la penitencia están ya atestiguados desde los primeros días de la creación (Ambrosio, *De Helia et ieiunio,* 4, 6).

5. Creencias ridículas de los cristianos

De la misma forma que las prácticas ascéticas y la impasibilidad ante la muerte, hay algunas creencias cristianas que provocan grotescas burlas entre los paganos. Si los cristianos soportan con alegría y de buen humor las prácticas ascéticas y si se presentan con absoluta tranquilidad ante la muerte es porque creen en una vida feliz en el más allá y en la resurrección de los muertos al final de los tiempos. Tanto la creencia en una vida de ultratumba como la creencia en la resurrección de los cuerpos al final de los tiempos son rechazadas por los paganos. Pero es sobre todo la última la que más extrañeza produce: ¿cómo es posible que los cuerpos, tras haber sido desintegrados en la muerte, puedan volver a resucitar en su estado normal en algún momento? Y además, es también extraño que en el día de la resurrección de los muertos se produzca un cataclismo del universo: ¿cómo es posible que este universo, cuyo orden es eterno, pueda algún día desintegrarse? (Min. Fel., 11).

Este último argumento polémico —el del cataclismo del mundo al final de los tiempos— está sin embargo atestiguado sólo en Minucio. Es extraño que los paganos argumentaran contra esta idea cristiana, cuando ella coincidía con determinadas creencias estoicas. Posiblemente Minucio ha forzado esta acusación, para encontrar la ocasión de una respuesta fácil (34, 1-4); en esta respuesta Minucio mezcla la doctrina estoica, epicúrea y platónica con la de la Biblia: todo lo que nace muere; y cuando se consuman todas las humedades del mundo, éste se secará y arderá.

Para la defensa de la doctrina de la resurrección de los muertos, Minucio empieza también tomando como punto de apoyo la doctrina de algunos filósofos paganos como Protágoras y Platón (34, 6); además, desde el punto de vista de la doctrina cristiana, la defensa es clara: si Dios hizo una vez al hombre de la nada, ¿por qué no va a poder recomponerlo cuando él quiera? (34, 9). En tercer lugar, los elementos formantes de nuestro cuerpo pueden haber desaparecido de nuestra vista, pero pueden igualmente estar escondidos en al-

gún lugar (34, 10). En cuarto lugar, hay ejemplos en la naturaleza de cosas que mueren y renacen: el sol, los árboles, las semillas (34, 11). Una defensa parecida se encuentra en Tertuliano (*Apol.*, 48). Ambrosio, en su Comentario al Evangelio de Lucas, en el *De excesu fratris* y en el *De bono mortis,* defiende también, en contra de los paganos, la doctrina de la resurrección de los muertos.

TEXTOS

1. Los espectáculos

a) *Los espectáculos no son propios de cristianos*

Tert., *De spectaculis,* 1:

(En contra de la opinión de los paganos, los espectáculos son un obstáculo para la verdadera religión.)

Siervos de Dios, conoced, sobre todo los que ahora os acercáis a Dios, y reconoced, los que dáis testimonio y confesáis que ya os habéis acercado para que nadie pueda pecar disimulando ignorancia, qué estado de nuestra fe, qué razón de nuestra verdad y qué precepto de nuestra disciplina prohíbe, entre otros errores mundanos, los placeres de los espectáculos. Y es que la fuerza de los placeres es tan grande que convierte la ignorancia en ocasión de pecar y la conciencia en disimulo. Con uno y otro error condescienden las opiniones de los paganos que, en este asunto, acostumbran a argumentar contra nosotros de la siguiente forma: que la diversión externa de los ojos y de los oídos no es ningún obstáculo, ni en el ánimo ni en la conciencia, para la religión y que Dios no se ofende con las diversiones de los hombres, cuyo disfrute no es un crimen con tal de que quede a salvo el temor a Dios y el honor del espectador y con tal de que tengan lugar en el momento y lugar oportunos.

Pues bien, yo intento demostrar sobre todo esto: que estas diversiones no están de acuerdo con la verdadera religión ni con las verdaderas obligaciones que tenemos para con el verdadero Dios. Hay algunos que piensan que los cristia-

nos, raza pronta para la muerte, con su renuncia a los placeres se entrenan para, cortados por así decir los vínculos con la vida, despreciar y no echar de menos una vida que ya han convertido en vana...

Por otro lado, no hay ningún pagano que no argumente de la siguiente forma: que todas las cosas han sido instituidas por Dios, que todo ha sido regalado a los hombres, como nosotros mismos predicamos, y que todo, como quiera que procede de un buen autor, es bueno; entre estas cosas se encuentran todas aquellas con las que se programan los espectáculos: por ejemplo, el caballo, el león, las fuerzas del cuerpo y la suavidad de la voz; consiguientemente, no puede ser considerado como ajeno ni contrario a Dios aquello que se sabe que es de condición divina, ni puede ser rechazado por los adoradores de Dios aquello que, al no ser ajeno a Dios, no es contrario a él. Y lo mismo puede decirse de las construcciones de los lugares de espectáculos, ya que las rocas, el cemento, los mármoles y las columnas son cosas de Dios, porque él fue el que equipó a la tierra de ello. Incluso las propias acciones de los espectáculos son acciones realizadas bajo un cielo que es de Dios.

¡Qué sabia defensora de sí misma parece la ignorancia humana, sobre todo cuando tiene miedo de perder algunos de semejantes placeres y frutos de este siglo!... Nadie niega, porque nadie lo ignora, que la naturaleza espontáneamente nos sugiere que Dios es el creador del universo y que este universo es tan bueno como propio del hombre. Pero como los paganos no conocen totalmente a Dios, sino que lo conocen a partir de un conocimiento natural y no familiar y lo conocen de lejos, no de cerca, tienen necesariamente que ignorar de qué modo manda Dios que se administren las cosas que él creó y qué significado de esas cosas, el hacer mal uso de ellas, se convierte en rival de la condición divina: y lo tienen que ignorar porque quien no conoce a una persona no puede conocer su voluntad y su no voluntad.

No se debe, pues, tener en cuenta solamente quién es el autor de todas las cosas, sino también quién es el que las utiliza. De esta forma quedará claro para uso de quién han sido creadas y para uso de quién no. Hay mucha distancia entre algo íntegro y algo corrupto, ya que hay también mucha dis-

tancia entre el autor y el interpolador. Por otro lado, todos los otros males, que los paganos prohíben y rechazan sin ninguna duda, son también evidentemente obra de Dios. Se puede comprobar que los homicidios se hacen con hierro, con veneno y con sortilegios mágicos: y el hierro es una cosa de Dios, de la misma forma que lo son las hierbas y los ángeles; sin embargo, ¿hizo acaso Dios estas cosas para matar a los hombres? Todo lo contrario: Dios prohíbe todo tipo de homicidio con un solo y fundamental precepto: «No matarás». Además, ¿quién sino Dios, autor de este mundo, puso en él el oro, el bronce, la plata, el marfil, la madera y cualquier otra materia utilizada para fabricar ídolos? Sin embargo, ¿lo puso acaso para que estos ídolos fueran adorados en contra de él mismo? Todo lo contrario: para él la idolatría es una gran ofensa. De las cosas que ofenden a Dios, ¿cuál de ellas no es de Dios? Pero, cuando ofenden a Dios, dejan de ser de él, y, cuando dejan de serlo, le ofenden. El propio hombre, autor de todas las maldades, es no sólo obra de Dios, sino incluso imagen suya; y, sin embargo, se aparta en cuerpo y en espíritu de su creador. Y no hemos recibido los ojos para la concupiscencia, ni la lengua para la maledicencia, ni los oídos para la recepción de esa maledicencia, ni la garganta para el abuso de ella, ni el vientre para que sea compañero de la garganta, ni las partes genitales para los excesos impuros, ni las manos para la violencia, ni las piernas para andar por caminos errados, ni nuestro espíritu ha sido colocado en el cuerpo para convertirse en el tramador de insidias, engaños y maldades. Estoy seguro de que no; y es que si Dios, autor de la inocencia, odia toda maldad y odia sobre todo la maldad premeditada, necesariamente debe estar claro que todo lo que hizo no lo hizo para la realización de aquellas obras que él condena, aunque estas obras se lleven a cabo con las cosas que él creó; y ello porque el sentido de toda condena divina no es otro que la mala administración de lo creado por parte de los también creados.

Tert., *Spect.*, 3:

(No sólo los paganos, sino también algunos cristia-

nos defienden los espectáculos, porque no están expresamente prohibidos en la Biblia.)

La fe de algunos de los nuestros es tan simple o tan escrupulosa que buscan la condenación de los espectáculos en la autoridad de las escrituras y se hunden en un mar de dudas porque en ellas no se prohíbe a los siervos de Dios la asistencia a los espectáculos ni expresa ni nominalmente. Es cierto que nunca encontramos preceptos tan claros como éstos: «No matarás», «no adorarás a ídolos», «no cometerás adulterio ni robo»; nunca encontramos claramente dicho: «no irás al circo, al teatro, a las luchas, ni presenciarás representaciones». Pero encontramos que a ellos se refieren aquellas primeras palabras de David: «feliz el hombre», dice, «que no va a las reuniones de los impíos, que no se para en el camino de los pecadores y que no se asienta en la silla de la peste»[1]. Y es que, aunque parece que aquí está hablando David de aquel justo que no participó en las reuniones y asambleas de los judíos cuando deliberaban acerca de la muerte del señor, sin embargo, las sagradas escrituras, dondequiera que dan preceptos disciplinarios con un sentido muy concreto, pueden tener también un significado más amplio, de forma que las palabras anteriores pueden servir también para condenar los espectáculos: efectivamente, si llamó reunión de impíos a unos pocos judíos, ¡con cuánta mayor razón llamará así a tan grandes aglomeraciones de paganos! ¿Acaso los paganos son menos impíos, menos pecadores y menos enemigos de Cristo que lo eran entonces los judíos? Las otras palabras de David van muy bien al tema de los espectáculos. Efectivamente, en los espectáculos los espectadores se sientan en las sillas y se paran en el camino: y es que llaman caminos a las vías que hay entre las gradas, porque por ellas se anda, y a los espacios que hay entre el público, ya que por ellos se sube y se baja; y llaman silla al propio lugar que tiene cada uno para sentarse.

Novaciano, *Spect.*, 2 ss.:

(Arremete también contra aquellos que no ven en

[1] *Salmos* 1, 1.

las escrituras una condena expresa de los espectáculos.)

«¿Dónde?», dicen, «está escrito esto? ¿Dónde está prohibido? Es más, el propio Elías fue un auriga[2] y el mismo David dio saltos ante el arca[3]. En la Biblia leemos que se tocaba el salterio, instrumentos musicales en los entierros, tímpanos, trompetas, cítaras y que había coros... ¿Por qué, pues, no le va a estar permitido mirar al fiel cristiano lo que estuvo permitido escribir en las Sagradas Escrituras?» En este punto me atrevería a decir, no sin razón, que mejor les hubiera sido a éstos no saber leer que leer así... Efectivamente, en lo que se refiere al hecho de que Elías fuera auriga de Israel no está a favor de la asistencia a los espectáculos circenses, ya que Elías no concurrió en ningún circo; y en cuanto al hecho de que David dirigió coros en presencia de Dios, no justifica en nada a los fieles cristianos que se sientan en el teatro, ya que David no contorneaba sus miembros en obscenos movimientos ni bailaba ninguna historia libidinosa griega. El salterio, los instrumentos musicales de los entierros, las trompetas, los tímpanos y las cítaras cantaron a Dios, no a los ídolos. En consecuencia, en la Biblia no se dice que se asista a espectáculos ilícitos. Es el diablo el que convierte lo santo en ilícito. Que el pudor, pues, les sirva a éstos de obstáculo, ya que no pueden hacerlo las Sagradas Escrituras. Y es que las Sagradas Escrituras prohíben algunas cosas sin un mandamiento expreso; por vergüenza, prohíbe algunas cosas sin citarlas y precisamente porque no las cita, ya que, si desciende a esos detalles, daría la sensación de pensar mal de sus propios fieles. Es más, en lo que se refiere a algunos preceptos, es más útil callar. Así pues, las amonestaciones de la Biblia muchas veces no son nada más que prohibiciones...

Pues bien, ¿qué prohibieron las Escrituras? Prohibieron mirar aquello que prohibieron hacer. Digo yo entonces que prohibieron todos esos tipos de espectáculos, cuando prohibieron la idolatría que es la madre de todos los juegos y de la que proceden todos esos monstruos de vanidad y li-

---

[2] Cf. *Reyes* 4, 2, 12.
[3] Cf. *Reyes* 2, 6, 14.

viandad. Efectivamente, ¿qué espectáculo hay sin ídolo? ¿Qué juego sin sacrificio? ¿Qué combate no está consagrado a la muerte? ¿Qué hace entonces el fiel cristiano, si es que debe apartarse de la idolatría, en medio de estos juegos? ¿Qué placer puede tomar de hechos criminales el que ya es un santo? ¿Por qué acepta, en contra de la voluntad de Dios, supersticiones que acepta desde el momento en que asiste a ellas? Sepa, por lo demás, que todo esto es invento de los demonios y no de Dios. Es una vergüenza que maldiga en la iglesia a los demonios y que alabe los placeres de éstos con su presencia en los espectáculos; y si al renunciar a él en el bautismo ha roto con todas su cosas, al ir a los espectáculos del demonio tras haber aceptado a Cristo, lo único que hace es renunciar a Cristo como si éste fuera un diablo. La idolatría, como ya he dicho, es la madre de todos los juegos, la cual, para atraerse a los fieles cristianos, se presenta a éstos con suavidad a través de los placeres de los ojos y oídos.

b) *Motivos de condena de los espectáculos por parte de los autores cristianos*

A. Conexión con el paganismo

Tert., *Spect.*, 5 ss.:

Quedan muchos autores que han investigado sobre este tema (el origen de los juegos). Ellos nos hablan del siguiente origen: Timeo[4] cuenta que los lidios, venidos de Asia al mando de Tirreno, se asentaron en Etruria; este Tirreno había cedido ante su hermano en la lucha por el reino. Pues bien, entre otros ritos propios de sus supersticiones, instituyen también en Etruria, bajo el pretexto de que era un rito religioso, los espectáculos... Pero no voy a hablar ya más de los orígenes del término, por cuanto el tema es el carácter idolátrico del hecho. Pues bien, cuando los juegos empezaron a ser llamados *Liberalia,* recordaban claramente que se

[4] Célebre historiador nacido en Sicilia en el siglo IV a. C. Entre sus obras historiográficas destacan una *Historia Siciliae* y una *Historia Pyrrhi.*

hacían en honor del padre Líber: y es que en un primer momento los campesinos los hacían en honor de Líber por los beneficios del vino que, en su opinión, se debían a este dios. Después, los juegos se llamaron *Consualia,* ya que se hacían en honor de Neptuno: y es que a este dios le llaman también Conso[5]. Posteriormente Rómulo los llamó *Ecurria* por los équidos, en honor de Marte, aunque también algunos atribuyen a Rómulo los *Consualia,* ya que, según pretenden, Rómulo se los dedicaría al dios Conso en agradecimiento por el consejo, por medio del cual tramó el rapto de las doncellas sabinas para casarlas con sus hombres... Después, el mismo Rómulo instituyó en el Tarpeyo unos juegos en honor de Júpiter Feretrio: estos juegos, según nos transmite Pisón[6], son llamados juegos tarpeyos y capitolinos. Tras Rómulo, Numa Pompilio creó juegos en honor de Marte y de Anublo —y es que incluso convirtieron en Dios al anublo de las mieses—. Los juegos creados y los dioses en honor de los cuales fueron creados posteriormente por Tulo Hostilio, Anco Marcio y demás reyes que les siguieron, están recogidos por Suetonio Tranquilo o por aquellos de los cuales lo tomó Tranquilo. Pero lo señalado ya es suficiente para demostrar el pecaminoso origen de los juegos en conexión con la herejía.

Aparte del testimonio de la antigüedad se suma el de la época siguiente que nos ofrece el significado originario de los juegos a través del título que tienen en el momento presente; por medio de este título se nos apunta con qué ídolo y con qué superstición están en relación los juegos de uno y otro tipo... *(Tertuliano se sigue extendiendo largamente en buscar conexiones, en origen, de los espectáculos con la idolatría.)*

---

[5] Conso es el dios que da *consilium,* que «aconseja». Concretamente, es el Dios que aconsejó a Rómulo llevar a cabo el rapto de las Sabinas y la forma de llevarlo a cabo. Es frecuentemente identificado con Neptuno, pero un Neptuno jinete *(eques);* de ahí que, como dice Tertuliano, fueran después llamadas *ecurrias* o *equirias.*

[6] Hay dos Pisones que son historiadores: uno, Cayo Pisón, citado por Plutarco; su historia comienza por la muerte de Mario; y otro, Lucio Calpurnio Pisón Frugi, del siglo II a. C., autor de unos Anales (cf. Cic., *Brut.* 27, 106); es a éste al que se refiere aquí Tertuliano.

tes que adorar a semejantes dioses; y es que aquellos dioses no eran mejores que su pontífice. ¡Estad, pues, atentos, si es que vuestra mente, borracha por haber bebido errores durante tanto tiempo, os permite pensar algo sano! Fueron los dioses los que, con la excusa de aliviar la peste de los cuerpos, ordenaron que se crearan juegos escénicos en su honor; y vuestro pontífice (Escipión), para salvar la peste de las almas, prohibió que se crearan los teatros. Si es que todavía tenéis alguna luz en vuestra mente y gracias a ella dáis más importancia al alma que al cuerpo, escoged a quién adoraríais. Y es que no por la institución de los juegos cesaron las pestes corporales...

August., *Civ.*, 2, 8:

Pero, se dirá, estas cosas no se nos enseñan en las fiestas solemnes de los dioses, sino en las fábulas de los poetas... Yo sólo digo, a los que lo niegan, que la historia demuestra convincentemente que aquellos mismos juegos, en los cuales campean las ficciones de los poetas, no fueron introducidos por los romanos para culto de sus dioses como un obsequio producto de su ignorancia, sino que fueron los propios dioses los que, con duras órdenes y con una especie de extorsión, consiguieron que se les instituyeran en su honor solemnemente y que fueran consagrados a ellos. De ello hablé ya fugazmente en el primer libro. Efectivamente, al arreciar la peste en Roma se crearon por primera vez los juegos escénicos en Roma bajo la autoridad de los pontífices.

August., *Civ.*, 4, 26:

Fueron los propios dioses quienes pidieron con encarecimiento estas exhibiciones en honor suyo, quienes nos las impusieron con atrocidad, quienes anunciaron calamidades si no se hacían, quienes vengaron con severidad la omisión de algún detalle en su representación. Entre sus hazañas y admirables acciones está esta que os contaré: a un tal Tito Latinio[8], labrador romano y cabeza de familia, se le dijo en sueños que anunciase al senado que empezaran de nuevo los

[8] La historia de éste está también en Livio 2, 36, y en Valerio Máximo 1, 7, 4.

juegos romanos porque a esos dioses, que querían que en los juegos reinase el regocijo, les había parecido muy mal que en el primer día de los juegos se ordenara tristemente que un criminal fuera conducido al suplicio ante la presencia del pueblo. Y como aquel que había recibido el aviso en sueños no se atrevió el día siguiente a hacer lo que se le había mandado, se le ordenó de nuevo lo mismo a la noche siguiente con mucha más severidad; por no haberlo hecho perdió un hijo. A la tercera noche se le dijo al mismo hombre que le amenazaba un castigo mayor si no lo hacía. Y como así y todo no se atrevió, cayó en una enfermedad aguda y terrible. Entonces, siguiendo el parecer de unos amigos, dio cuenta a los magistrados, fue llevado en una litera al senado y, tras revelar el sueño, recuperó inmediatamente la salud, marchando de allí sano por sus propios pies. El senado, estupefacto por tan gran milagro, decretó la reinstauración de los juegos, con una nómina de gastos cuadruplicada. ¿Quién que goce de salud mental no ve que los hombres dominados por malignos demonios, de cuya tiranía no les libra sino la gracia de Dios distribuida a través de Jesucristo nuestro Señor, se han visto obligados por la fuerza a ofrecer a tales dioses espectáculos que, en su recto juicio, podían considerar torpes?

B. Inmoralidad de los juegos

Tert., *De spect.*, 14:

Una vez que ya hemos dado a los espectáculos el nombre de idolatría, lo cual debe por sí solo ser suficiente motivo para abandonarlos, abundemos en otras razones, en honor sobre todo de aquellos que condescienden en que esta abstinencia no está expresamente prescrita. Como si no se dijera bastante sobre los espectáculos, cuando son condenadas las concupiscencias de este siglo. Efectivamente, de la misma forma que la del dinero, la de la honra, la de la gula, la de la pasión y la de la gloria son concupiscencias, así también lo es la del placer; y los espectáculos son una especie de placer.

Tert., *De spect.*, 17:

Igualmente se nos ordena alejarnos de todo tipo de impudor. Con este precepto se nos está ordenando que nos apartemos del teatro, porque él es el consistorio privado del impudor, donde no se aceptan nada más que hechos que no se aceptan en ningún otro sitio. Así, las mayores gracias del teatro están muy en conexión con obscenidades: tales son los gestos de los actores de atelanas[9]; tales las representaciones afeminadas de los mismos, en las cuales destrozan todo sentido del sexo y del pudor, de forma que aceptan con facilidad en el teatro cosas que les sonrojarían en casa; tales, en fin, son las suciedades que soporta desde la niñez en su cuerpo el pantomimo, con tal de poder ser un artista. Aparecen incluso en escena prostíbulos, puertas públicas del placer —puertas más tristes todavía por el hecho de abrirse en presencia de mujeres, que eran las únicas para las que estaban cerradas—, y son presentados ante los ojos de gentes de toda edad y de toda dignidad; se enseña, incluso a aquellos que no lo necesitan, los lugares, los precios y los nombres[10], y también —y me callo todo lo demás— todas aquellas cosas que conviene ocultar en las tinieblas y en las cuevas, para no contaminar la luz del día. Que se sonroje el senado; que se sonrojen todos los órdenes; que se sonrojen por sus propios gestos esas asesinas de su propio pudor, cuando salen asustadas a la luz y ante el pueblo una vez al año. Y si para nosotros debe ser condenable todo pudor, ¿por qué nos va a estar permitido oír lo que no está permitido decir, cuando sabemos que Dios ha condenado las bufonadas y toda palabra vana? ¿Por qué nos va a estar permitido ver las cosas cuya realización es un pecado...? Así pues, con la prohibición del impudor quedan también prohibidos los espectáculos teatrales.

Tert., *Apol.*, 15.

Tenéis otros inventos lascivos que sirven a vuestros placeres a costa del deshonor de los dioses.

---

[9] Viejo género teatral de Italia, de origen osco.

[10] Plauto, por ejemplo, en *Curc.* 467 ss., señala todos los lugares de Roma donde se pueden encontrar distintos tipos sociales; entre ellos, las prostitutas.

Mirad las elegantes farsas de los Léntulos y de los Hostilios[11]; ¿son los mimos o vuestros propios dioses los que os hacen reír en las comedias y enredos?; en comedias como «Anubis adúltero», «La luna hombre», «Diana flagelada», «La apertura del testamento de Júpiter ya muerto», «Los tres Hércules hambrientos burlados».

Y también el texto de vuestras representaciones pone en evidencia la torpeza de vuestros dioses. El Sol llora a su hijo tirado del cielo[12]; y eso os divierte; Cibeles suspira por un pastor que la desdeña[13]; y eso no os hace enrojecer. Se cantan las aventuras de Júpiter; y eso lo aguantáis. Juno, Venus y Minerva tienen como juez a un pastor[14]; y también lo aguantáis. Y cuando la imagen de vuestro dios viste una cabeza ignominiosa e infame; cuando un cuerpo impuro y adaptado afeminadamente a estas representaciones representa a una Minerva o a un Hércules, ¿acaso no es violada la majestad divina y atropellada la divinidad con vuestro propio aplauso?

Min., Fel., 37, 12:

En las representaciones teatrales la locura es mayor y la suciedad más abundante: unas veces, el mimo narra o representa adulterios; otras veces, un pantomimo afeminado estimula a hacer el amor, al fingir que él lo está haciendo; el mismo actor deshonra a vuestros dioses, presentándonoslos suspirando, cometiendo estupros u odiando; ese mismo, simulando dolor, provoca vuestras lágrimas con vanos gestos y movimientos. De esta forma, la muerte es objeto de vuestras plegarias en la realidad y de vuestro llanto en la ficción.

---

11 Léntulo y Hostilio son dos mimógrafos. Léntulo parece haber vivido en tiempos de comiciano; Hostilio, a finales de la república o a comienzos del imperio (cf. Iuven, 8, 187). Ambos cultivan el mimo.

12 Faetonte. Su padre, Helio, le dejó conducir el carro del sol; en su carrera, se acercó demasiado a la tierra y por poco la incendia; volvió a subir, pero demasiado alto. Los astros se quejaron y Zeus le fulminó, precipitándole del cielo.

13 Ese pastor es Atis, del cual estaba enamorada Cibeles; pero él terminó por ceder a su pasión por la ninfa Sagaritis.

14 Paris.

Novaciano, *De Spect.*, 6:

Pero pasemos ya a las vergonzosas diversiones de las representaciones teatrales: da vergüenza acusar incluso lo que allí se hace, las tretas de los argumentos, las falacias de adulterios, las desvergüenzas de las mujeres, los chistes bufonescos, la bajeza de los parásitos, y a los propios padres de familia, con toga, representados unas veces como estúpidos, otras como obscenos, pero siempre como tontos, designados con nombres concretos y vergonzosos. Y, a pesar de que ningún hombre, ninguna familia, ni ninguna profesión queda libre de ataques en el texto de estas representaciones, todos sin embargo se reúnen para ir al espectáculo. Será que les agrada la común deshonra o bien el reconocer sus vicios o aprender los de otros. Se reúnen en ese lupanar del pudor público, en esa escuela de obscenidad, para no dejar de hacer en secreto lo que se aprende en público. Y al amparo de la propia ley, se aprende allí lo que está prohibido por las leyes. ¿Qué hace en estas representaciones un fiel cristiano, al cual no le está permitido ni siquiera tener malos pensamientos? ¿Para qué busca diversión en estos simulacros de placer? ¿Acaso para, una vez perdida la vergüenza en ellos, poder atreverse a cometer pecado? Y es que, al acostumbrarse a ver las cosas, se aprende a hacerlas.

Aug. *Civ.*, 1, 32:

La astucia de los malos espíritus, al prever que aquella peste *(la que sirvió de excusa para instituir los juegos escénicos)* habría de terminar un día, se ocupó, aprovechando la ocasión, de introducir, no en los cuerpos, sino en las costumbres, una peste mucho mayor, con la que se sienten mucho más satisfechos esos espíritus; esa nueva peste, con sus extensas tinieblas, cegó los ánimos de los miserables y los afeó con tal deformidad que incluso todavía ahora —cosa que quizá no crean nuestros descendientes cuando llegue a sus oídos—, después de destruida la ciudad de Roma, aquellos que, poseídos por este pestífero vicio, han podido llegar hasta Cartago en su huida, siguen enloqueciendo todos los días y a porfía en los teatros ante las representaciones de los actores.

Aug., *Civ.*, 2,8:

Si la representación que los poetas hacen de Júpiter adúltero fuera falsa y si los dioses fueran realmente castos, éstos tendrían que haberse enojado y haber castigado, no el olvido de los juegos, sino su celebración, porque esa mentira tan grande de Júpiter adúltero ha sido fabricada precisamente por los juegos escénicos montados por los hombres[15]. Las más tolerables de las representaciones escénicas son precisamente las comedias y las tragedias, es decir, las farsas de los poetas compuestas para ser representadas en los teatros con muchas situaciones escabrosas, pero al menos sin ninguna procacidad verbal, como sucede en muchas otras.

Aug., *Civ.*, 4, 26:

Es cierto que en esos juegos se representan con frecuencia, bajo la forma poética, las malas acciones de los dioses; juegos que, bajo la coacción de los dioses, fueron restablecidos por decreto del senado. En aquellos juegos rastreros actores representaban, con cantos, gestos y placer, a Júpiter rompiendo con todo pudor. Si todo aquello que se representaba era fingido, Júpiter habría tenido que irritarse; pero si él se lo pasaba bien con la ficción de aquellos delitos suyos, ¿de qué otra forma había que adorarle sino sirviendo al demonio? ¿Es posible que el fundador, dilatador y conservador del imperio romano fuese un dios como éste, más abyecto que cualquiera de los romanos a los que desagradaban tales representaciones? ¿Había de dar felicidad un dios como éste, que recibía culto tan desgraciado y que, si no se le daba ese culto, estallaba brutalmente en enojo?

C. Crueldad de los juegos

Tert., *De spect.*, 16:

(Locura del circo.)

Si nosotros tenemos prohibidas manifestaciones de locu-

---

[15] En la comedia *Amphitruo* de Plauto, por ejemplo, donde Júpiter comete adulterio con Alcmena, mujer de un mortal; de esas relaciones adúlteras nacerá Hércules.

ra, debemos apartarnos de cualquier tipo de espectáculo, y sobre todo del circo, donde reina la locura. Mira al pueblo cómo corre loco al espectáculo, en tumulto, ciego, atraído por las apuestas. Les parece que el pretor es muy lento; tienen los ojos constantemente vueltos hacia la urna en que éste guarda las señales; están ansiosos de que dé la señal; todos lanzan al unísono la voz de una sola locura. Date cuenta hasta dónde llega la locura producto de la vanidad: «lo lanzó», dicen y anuncian todos con gritos al unísono lo que todos están viendo. Yo conozco el testimonio de su ceguera: no ven lo que ha sido lanzado; ellos piensan que ha sido un pañuelo, pero es la gula del diablo lanzado desde lo alto. A partir de ese momento viene la locura, el ardor, las rivalidades y todo lo que no está permitido a los que predican la paz.

Tert., *De spect.*, 18:

(Crueldad de los estadios.)

Si defiendes que los juegos atléticos del estadio no están citados en las Sagradas Escrituras, sin duda alguna tienes razón. Pero no negarás que las cosas que se hacen en los estadios no son dignas de que las veas: el boxeo, las patadas, los golpes, la total insolencia de las manos y cualquier tipo de lucha entre personas humanas, que son precisamente imagen de Dios. No aprobarás nunca las inútiles carreras, el lanzamiento de dardos, los saltos todavía más inútiles; no te debe agradar la injuriosa e inútil exhibición de fuerzas, ni el cuidado artificial del cuerpo que pretende superar la mano de Dios; despreciarás a los fornidos atletas, producto del ocio griego. La gimnasia es también un negocio del diablo: y es que el diablo engañó ya a los primeros hombres; sus gestos tienen la habilidad de una culebra: tenaz a la hora de agarrarse, tortuosa a la hora de liar, y resbaladiza a la hora de escaparse.

Tert., *De spect.*, 19

(Crueldad del anfiteatro.)

¿Buscaremos ahora el repudio expreso al anfiteatro en las Sagradas Escrituras? Si podemos pretender que nos está permitida la crueldad, la impiedad y la fiereza, vayamos al an-

fiteatro. Si somos tales como se dice que somos, deleitémonos con la sangre humana. Es justo que los culpables sean castigados; ¿quién negará esto sino el propio culpable? Y sin embargo, el inocente no puede alegrarse con el sufrimiento de otro, cuando lo que le debe producir dolor al inocente es el hecho de que un hombre, semejante suyo, haya llegado a tal grado de culpabilidad que tenga que ser tan cruelmente castigado. Pero ¿quién me puede a mí asegurar que los enviados a las bestias o a cualquier otro suplicio son realmente culpables, de forma que no se atropella también a inocentes ya por venganza del juez, ya por debilidad de la defensa, ya por la premura del juicio?... Por otro lado, la verdad es que al anfiteatro llegan gladiadores que son inocentes para servir simplemente de pasto al placer del público. Incluso, ¿de qué sirve que aquellos que son condenados a luchar por haber cometido un delito se conviertan, enmendando para peor, de pequeños delincuentes en auténticos homicidas? Pero estas cosas deben ser respondidas por los paganos. Por lo que a nosotros respecta, que desaparezca el hecho de que los cristianos sigan aprendiendo en esos espectáculos depravados. Aunque el que mejor puede contar las cosas que allí suceden es el que asiste a esos espectáculos. Yo, de todas formas, prefiero hacer una narración incompleta antes que recordarlo.

Tert., *Apol.,* 15, 4:

Vosotros sois sin duda más religiosos en el anfiteatro, donde se ve a vuestros dioses danzar sobre sangre humana y sobre los restos inmundos del castigo: y es que esos dioses son los que suministran a los criminales argumentos y leyendas, salvo que esos criminales estén realmente desempeñando el papel de vuestros propios dioses. Nosotros hemos visto hace poco en escena a Atis castrado[16], ese vuestro dios procedente del Pesinonte, y hemos visto a uno que tenía la figura de Hércules ardiendo vivo[17]; y nos hemos reí-

---

[16] Amado por Cibeles (cf. nota 13). El la desdeñó en favor de la ninfa Sagaritis. Cibeles, enojada, derribó el árbol con cuya vida estaba ligada la de la ninfa y volvió loco a Atis. Este, en una crisis violenta, se castró. Tertuliano alude a una representación de este mito.

[17] Hércules murió en una pira en el monte Eta.

do, en los intermedios sainetescos del mediodía, al ver a Mercurio examinando a los muertos con el cauterio; y hemos visto también al hermano de Júpiter sacar los cadáveres de los gladiadores a martillazos[18]. Todos estos espectáculos y todos aquellos que todavía se pueden encontrar, al comprometer el honor de los dioses y al rebajar la majestad divina, deben ser incluidos en el grupo de cosas que tienen su punto de partida en el desprecio a aquellos que los protagonizan y en el desprecio a aquellos en favor de los cuales se realizan.

Min. Fel., 37, 11:

Nosotros, pues, que medimos nuestra virtud en función de las costumbres y del pudor, con razón nos abstenemos de los malos placeres y de las pompas y espectáculos, porque conocemos su origen en ritos profanos y porque condenamos su pernicioso carácter seductor. Efectivamente, ¿quién no se horroriza al contemplar la locura del pueblo, discutiendo entre sí, en las carreras de carros? Y ¿quién no se horroriza al contemplar los combates de gladiadores, auténtica escuela de muerte?

Novaciano, *De spect.*, 5:

¿Qué falta hace contar más cosas o describir los montruosos tipos de sacrificios que tienen lugar en los juegos? Entre ellos, algunas veces la propia persona humana se convierte en ofrenda sacerdotal, ya que su sangre tomada del cuello todavía caliente y espumante es recogida en una patera y, cuando todavía está tibia, brindada cruelmente al ídolo que está por así decir sediento: es efectivamente arrojada al rostro de éste. Entre los placeres de los espectadores está el que se les pregunte por la muerte de algunos gladiadores, de forma que así, en cruentos espectáculos, aprenden a ser crueles, como si la locura particular que ya tiene el hombre no les pareciera suficiente hasta que no la ha disciplinado en público. La rabiosa fiereza a la hora de ejecutar a las personas se alimenta del placer de los espectadores, de forma que se

[18] En los descansos los propios actores, con el disfraz de Mercurio o de cualquier otro dios, limpiarían el coso de cadáveres. El cauterio es un instrumento de cauterización.

hace mucho más cruel al estar ante los ojos de los espectadores. Se enseña incluso a ser más crueles a las fieras ejecutoras, las cuales serían quizá mucho más clementes, si no hubiesen sido enseñadas por su cruel maestro a ser más sanguinarias. Y por callar ya todo aquello que aprueban los idólatras, recordaré sólo la vanidad de los combates, de las disputas sobre colores, de las carreras en carros, de los aplausos en la entrega de premio, de las alegrías cuando el caballo es rápido, de las penas cuando es lento, de los cálculos de los años del ganado, del reconocimiento de los cónsules, de los cuales aprenden su edad, recorren su prosapia y recuerdan incluso sus abuelos y bisabuelos. ¡Cuán inútil es todo este asunto!; es más, ¡cuán suciamente ignominioso!

August., *Conf.*, 6, 8, 13:

No deseando abandonar la carrera mundana de cuyas ventajas le habían hablado sus padres, vino a Roma *(Alipio)* antes que yo, para aprender derecho; allí se dejó arrastrar de una manera increíble y con un ansia increíble por los espectáculos de gladiadores.

Efectivamente, dado que en un primer momento sentía aversión y horror por tales espectáculos, unos amigos y condiscípulos suyos, que le encontraron en la calle cuando volvían de una comida, a pesar de que se negaba con vehemencia y se resistía, le introdujeron con amigable violencia en el anfiteatro, donde se celebraban aquellos días crueles y funestos juegos. El les dijo: «Si bien es cierto que podéis arrastrar y colocar mi cuerpo en esas gradas, ¿podéis sin embargo conseguir que mi ánimo y mis ojos atiendan esos espectáculos? Estaré, pues, aquí, pero ausente; y así triunfaré sobre vosotros y sobre ellos». A pesar de estas palabras, sus amigos no dejaron de llevarle, con el deseo de estar atentos a él, por ver si cumplía lo que había hecho.

Cuando llegaron al anfiteatro y se colocaron en los sitios que pudieron, todo el recinto estallaba lleno de cruel placer. El, cerradas las puertas de sus ojos, impidió a su ánimo que tomara parte en tan gran villanía. Pero, ¡ojalá que hubiera cerrado también sus oídos! Y es que, en un momento de la lucha, en el cual el clamor ingente del público le sacudió violentamente, vencido por la curiosidad y creyendo que esta-

ba suficientemente preparado para despreciar y triunfar, aun viéndolo, sobre aquello que allí sucedía, abrió los ojos; y fue golpeado en su alma por una herida mayor que la que tenía aquel al que él había deseado mirar; y su caída fue mucho más triste que la de aquel ante cuya caída se había producido el clamor: ese clamor entró por sus oídos y abrió las puertas de sus ojos, puerta por las que entraría el golpe que hirió su alma, más osada que fuerte y tanto más débil, cuanto que, quien debía haber puesto su confianza en ti, la puso en él mismo. Desde el momento en que vio la sangre, bebió la crueldad; y ya no apartó su rostro, sino que lo fijó aún más, tragándose aquellas luchas criminales, sin saberlo, disfrutando con las cruentas luchas y embriagándose de sanguinario placer. Y ya no era aquel que había entrado, sino uno más de la turba, con la que se había mezclado, y un auténtico aliado de aquellos por los que había sido llevado. ¿Qué más? Miró, gritó, ardió, salió de allí con una locura dentro, por la cual se sentía aguijoneado para volver no sólo con aquellos por los cuales había sido antes llevado, sino incluso delante de ellos y llevando además a otros.

Prudencio, *Contra Symm.*, 2, 1086 ss.:

> (Prudencio se duele de la asistencia de las vestales a los espectáculos del circo.)

Hasta entonces, mientras la venda enrollada vuelve sus cabellos flotantes y enciende, sacerdotisa célibe, los carbones fatídicos, es llevada por medio de las plazas, como si se tratara de una procesión pública, en un cómodo carro; y esta virgen se muestra con el rostro descubierto a la mirada de los atónitos ciudadanos. Después, este venerable pudor y esta piedad desconocedora de los ardores de la sangre va a las gradas del circo para ver sangrientos combates y muertes de hombres y para contemplar con sus ojos sagrados las heridas con las que los luchadores compran su alimento. Se sienta llamando la atención por los venerables colgantes de sus vendas y disfruta viendo a los entrenadores de los gladiadores. ¡Oh alma tierna y dulce! Se levanta ante los golpes y, cada vez que el vencedor clava la espada en el cuello del vencido, dice que disfruta como si lo estuviera haciendo ella; y esta virgen modesta, inclinando el pulgar hacia abajo,

ordena destrozar al derrotado, para que no quede en las profundidades vitales del cuerpo ni un solo ápice de vida, mientras que el cuerpo del herido palpita con la espada profundamente introducida. Así pues, ¿consiste el mérito de las vestales en que mantienen, según se dice, continua vigilancia en defensa de la majestad del Palatino romano, en que sacuden con elegancia sus cuellos con sus cabellos, en que ciñen elegantemente sus sienes con cintas estrechas, en que adornan sus cabellos con hilos, y en que inmolan bajo la tierra, en presencia de las sombras, víctimas lustrales dejando caer su sangre sobre la llama y murmurando plegarias? O ¿acaso consiste en que, sentadas en la mejor parte de la tribuna del anfiteatro, contemplan cuántas veces es lanzado al hastil de tridente y golpea en el rostro cubierto de máscara de bronces, o qué parte de la arena ha sido manchada por la sangre que sale de las heridas abiertas, o qué cantidad de sangre va manchando los pasos del herido en su huida?

2. Acusaciones de infanticidio, banquetes de sangre y reuniones clandestinas

Min. Fel., 9, 5 ss.:

En lo que se refiere a la iniciación de vuestros nuevos prosélitos corre por ahí una historia tan detestable como conocida. Un niño cubierto de harina, para engañar así a los incautos, es puesto delante de aquel que debe ser iniciado en el culto. El neófito, incitado a lanzar golpes, que él cree inofensivos, contra la superficie de la harina, mata con golpes ciegos y oculta al niño. Y, ¡oh impiedad!, beben con ansia la sangre del niño y se disputan acaloradamente los miembros del mismo: con esta ofrenda firman su alianza, con esta complicidad en el crimen se comprometen a un silencio mutuo. Estos sacrificios son mucho más tétricos que todos los demás sacrificios.

Lo que atañe a vuestros banquetes es bien conocido. Todo el mundo habla por todas partes de ellos. El discurso de

nuestro conciudadano de Cirta[19], entre otros, es buen testimonio de ello.

Min. Fel., 30:

(Respuesta a la acusación anterior.)

Yo quisiera encontrarme ahora con aquel que dice y cree que nosotros nos iniciamos con la muerte y la sangre de un niño. ¿Piensas tú que sea posible que un cuerpo tan tierno, tan pequeño, pueda recibir mortales golpes? ¿Piensas que puede haber alguien que saque, derrame y beba la sangre nueva de un ser joven y que apenas ha llegado a ser hombre? No hay nadie que pueda creer esto sino aquel que pueda atreverse a hacerlo. Sois vosotros, según he podido comprobar, los que entregáis a las fieras y a las aves a los hijos que habéis engendrado, o los que los elimináis, estrangulándolos, con un tipo miserable de muerte. Hay mujeres vuestras que, con medicamentos y bebidas, apagan, cuando todavía está en sus entrañas, la semilla de un futuro hombre, cometiendo de esta forma un parricidio antes de que haya nacido su hijo. Y todas estas prácticas tienen ciertamente su origen en lo que os han enseñado vuestros propios dioses: efectivamente, Saturno no es que abandonara a sus hijos, sino que los devoró; con razón en algunas partes de Africa los padres sacrifican a este dios sus propios hijos, procurando, con caricias y besos, que no lloren, para que no se trate de una víctima llorosa. Por otro lado, entre los tauros del Ponto y en el Egipto de Busiris era un rito inmolar extranjeros[20]; entre los galos lo era inmolar a Mercurio víctimas humanas o, mejor, inhumanas[21]; entre los romanos, enterrar vivos a un griego y a una griega, a un galo y a una gala [22];

---

19 Frontón.

20 Los crímenes de Artemis de la Táuride y de Busiris de Egipto son un lugar común entre los historiadores de la antigüedad.

21 Minucio, quien en esto sigue a Tertuliano, se refiere aquí a un Mercurio galo, al que se le harían sacrificios humanos. Lucano (1, 444-6) habla de Teutates como Dios galo al que se hacían sacrificios humanos. Tertuliano identifica, pues, o confunde a Mercurio con el Teutates galo.

22 En el año 222, en vísperas de la guerra contra los galos ínsubres de la Cisalpina (Plut., *Marcell.*, 3), o bien en el 216, tras la batalla de Cannas (Livio 22, 57), fueron enterrados vivos en el foro Boario un galo y una gala, un griego y una griega.

en nuestros propios días, entre los mismos romanos, Júpiter Latiar es honrado con el sacrificio de un hombre y, lo que es muy propio del hijo de Saturno, es saciado con la sangre de un hombre malvado y criminal[23]. Yo creo que fue el propio Júpiter el que enseñó a Catilina a sellar con sangre el juramento de los conjurados, y que fue Belona la que le enseñó a empapar su rito con tragos de sangre humana y a sanar la locura con sangre de hombre, es decir, con una enfermedad mucho peor. No muy lejanos a estos ritos se encuentran aquellos que contemplan con avidez a las fieras sobre la arena, manchadas e impregnadas de sangre y cargadas con miembros y vísceras humanas.

A nosotros, sin embargo, no nos está permitido ni asistir ni oír hablar de homicidios y nos guardamos tanto de derramar sangre humana, que ni siquiera admitimos en nuestras comidas sangre comestible de animales.

Min. Fel., 8, 4:

(Acusación de facción clandestina.)

Los cristianos, reclutando desde los lugares más bajos hombres ignorantes y mujeres crédulas que se dejan llevar por la debilidad de su sexo, han constituido un conjunto de conjurados impíos, que, en medio de reuniones nocturnas, ayunos periódicos y alimentos indignos del hombre, han sellado su alianza, no con una ceremonia sagrada, sino con un sacrilegio: es una razón oscura y enemiga de la luz, muda cuando está en público, pero muy charlatana cuando está en rincones apartados. Desprecian los templos como si se tratase de tumbas, escupen a los dioses, se burlan de nuestros ritos sagrados, se compadecen, ellos dignos de compasión —si es que se les puede llamar de esta forma— de nuestros sacerdotes, desprecian los honores y la púrpura, apareciendo semidesnudos.

---

[23] En las Fiestas Latinas, aparte de un toro en honor de Júpiter Latino, era sacrificado también un gladiador o un criminal ante la propia estatua de Júpiter sobre la cual se arrojaba la sangre del sacrificado. Los cristianos no dejan de arremeter contra este sacrificio humano que duró, al parecer, hasta el siglo IV. De todos los dioses de Italia, fue precisamente Júpiter del Lacio el que durante más tiempo recibió víctimas humanas.

Min. Fel., 10, 1-2:

(Continúan las acusaciones de clandestinidad.)

A sabiendas paso por alto muchas cosas, pues ya es demasiado todo lo que he dicho, de cuya veracidad, si no de todo lo que he dicho, al menos sí de la mayoría de ello, es buena prueba el carácter oculto de vuestra depravada religión. Efectivamente, ¿por qué los cristianos se esfuerzan por ocultar y esconder aquello que es el objeto de su culto, cuando las buenas acciones gustan siempre de la publicidad, mientras que son los crímenes los que buscan quedar en secreto? ¿Por qué no tienen altares, ni templos, ni efigies divinas conocidas? ¿Por qué no hablan nunca en público, y por qué no se reúnen con libertad, si el objeto de su culto y de sus reuniones secretas no merece castigo ni produce vergüenza? ¿De dónde ha salido, o quién es, o dónde está ese dios único, solitario, abandonado, a quien nunca han conocido ni los pueblos libres, ni los reinos, ni siquiera la religión romana? La aislada y miserable comunidad de los judíos adora a un solo dios y ellos le consideran como dios, pero al menos lo hacen en público, y le adoraron en templos, altares, con sacrificios y ritos, aunque su poder y su fuerza eran tan nimios que ha sido hecho prisionero por los romanos con todo su pueblo.

Min. Fel., 31, 6:

(Respuesta a algunas de las acusaciones anteriores.)

No nos paramos a pensar si nuestros fieles proceden de las clases más bajas, ya que despreciamos vuestros honores y púrpuras; ni somos unos facciosos, porque tengamos todos el mismo ideal y porque descansemos en la misma paz; ni somos unos charlatanes en los rincones, ya que lo que sucede es que vosotros tenéis vergüenza y miedo de escucharnos en público.

Min. Fel., 32, 1-3:

(Siguen las respuestas a las acusaciones anteriores.)

Pensáis, por otro lado, que nosotros ocultamos el objeto de nuestro culto por el hecho de que no tenemos ni templos ni altares. ¿Para qué vamos a construir imágenes de Dios si,

pensándolo bien, el propio hombre es imagen de Dios? ¿Para qué voy a construirle un templo si todo este mundo, construido por él mismo, no sería suficiente para contenerle? Y si el hombre necesita para vivir algo más grande que un templo, ¿vamos a meter todo el poderío de su majestad en el recinto de una pequeña capilla? ¿No es mucho mejor que le dediquemos como templo nuestra mente y que consagremos su presencia en nuestro corazón? ¿Es que vamos a ofrecer a Dios unas ofrendas y unas víctimas que él creó para uso del hombre, devolviéndole así su propio don? Eso sería una ingratitud, mientras que la auténtica ofrenda agradable para Dios sería un corazón bueno, una mente pura y unos pensamientos sinceros. En definitiva, el que practica la inocencia, está dirigiendo súplicas a Dios; el que practica la justicia, está haciendo sacrificios a Dios; el que se abstiene de malas acciones, está agradando a Dios; el que aleja a una persona del peligro, está ofreciendo la mejor víctima a Dios. Estos son nuestros sacrificios; este es el culto que nosotros rendimos a Dios. De esta forma, entre nosotros el más religioso es aquel que es más justo.

Tert., *De spect.*, 13, 4:

(Por qué los cristianos no tienen altares ni hacen sacrificios.)

Nosotros despreciamos los templos, de la misma forma que los monumentos; no tenemos ningún altar; no adoramos ninguna estatua; no hacemos sacrificios; no inmolamos víctimas. Pero es que nosotros no comemos de las víctimas de nuestros sacrificios y de nuestras inmolaciones, porque no podemos al mismo tiempo comer la comida de Dios y la de los demonios.

Tert., *Apol.*, 7, 1 ss.:

(Acusación de infanticidio en los ritos de iniciación.)

Nosotros somos, se dice, los más grandes criminales a causa del rito de infanticidio, de la comida que de él sacamos y del incesto que cometemos tras el banquete... El origen de

nuestra doctrina se remonta, como ya hemos dicho, al reinado de Tiberio. Su verdad fue odiada desde el momento mismo de su nacimiento; ha sido tratada como enemiga desde que apareció a la luz; tiene tantos enemigos como extraños hay en ella; y son especialmente sus enemigos los judíos por envidia, los soldados por necesidad de dinero y nuestros propios servidores por naturaleza. A todas horas somos asediados, a todas horas somos traicionados y con frecuencia en nuestras propias reuniones y asambleas somos perseguidos. Pues bien, ¿quién ha podido oír en tales circunstancias el vagido de un niño por sorpresa? ¿Quién ha podido conservar, para enseñárselos al juez, los labios ensangrentados de estos cíclopes y sirenas? ¿Quien ha encontrado en las esposas cristianas algún vestigio de impureza? ¿Quién, tras descubrir tales acciones, las ha mantenido en secreto o ha vendido su silencio, llevando a los autores ante los tribunales? Si siempre estamos ocultos, ¿cuándo han sido descubiertos todos esos crímenes que nosotros cometemos?

Es más, ¿quién ha descubierto esos crímenes? Es evidente que no lo han hecho los propios culpables, ya que la regla formal de todos los misterios consiste en guardar un silencio fidelísimo. Si se mantienen en secreto los misterios de Samotracia y de Eleusis[24], ¿cuánto se mantendrán aquellos que, si se descubren, provocan la venganza de los hombres que intentan evitar de esta forma la de los dioses? Pues bien, si sus propios practicantes no han sido los que han descubierto esos crímenes, es evidente que lo han hecho gentes extrañas. Pero ¿de dónde les han llegado a estas personas extrañas las noticias, si todos los ritos de iniciación rechazan a los profanos y no aceptan testigos, salvo que se trate de testigos impíos que no temen a nada?

La fama, decís, de lo que hacéis es conocida por todo el mundo. Vuestra es la siguiente frase:

La fama es un mal, y el mal más rápido de todos[25]. ¿Por

[24] Al lado de las ceremonias y fiestas públicas existían ceremonias y fiestas secretas, los *mysteria*, que exigían una preparación especial y una iniciación, y que llevaban consigo revelaciones particulares con la obligación del secreto. Entre los más famosos están los de Demeter en Eleusis y los de Samotracia.

[25] Virgilio, *Eneida* 4, 174.

qué es la fama un mal? ¿Porque es rápida, porque es delatora o porque miente mucho? Ella, ni siquiera cuando transmite una verdad, está libre totalmente de mentira, ya que siempre arranca, añade o cambia algo a la verdad. Y ¿qué decir del hecho de que nunca se mantiene, salvo cuando transmite mentiras, y de que sólo vive mientras no puede probar lo que dice? Efectivamente, en cuanto se ha probado lo que dice, deja de ser fama, ya que pasa a desempeñar el papel de un mensajero que transmite un hecho: a partir de ese momento, lo que se tiene ya es un hecho y lo que se transmite es un hecho. Por ejemplo, nadie dice: «Dicen que esto ha sucedido en Roma» o «es fama que le ha tocado en suerte tal provincia», sino «le ha tocado en suerte tal provincia» y «esto ha sucedido en Roma».

La fama, vehículo de lo incierto, no puede existir cuando un hecho es ya cierto. ¿Quién puede creer en la fama sino los insensatos, ya que los sensatos no creen en incertidumbres? Todo el mundo puede darse cuenta de que, sea el que sea el ámbito en que se difunde, sea el que sea el grado de seguridad con que está construida, siempre ha salido necesariamente de un solo autor. Después, se desliza de boca en boca y de oído en oído y así el defecto de aquella semilla originaria oscurece de tal forma todos los rumores subsiguientes que nadie se pone a pensar en que el primero que lanzó el rumor pudo lanzar una mentira, cosa que sucede con frecuencia ya por envidia, ya por sospecha temeraria, ya por el simple placer que sienten algunos por mentir, placer por lo demás que no es nuevo, sino congénito en la raza humana. Felizmente el tiempo lo descubre todo, según demuestran incluso vuestros proverbios y sentencias; y ello gracias a una disposición de la naturaleza divina que ordenó que nada permaneciera oculto, ni siquiera aquello que la fama no ha divulgado.

Así pues, es natural que, después de tanto tiempo, sólo la fama sea testigo de los crímenes de los cristianos. Este es el único indicio que tenéis contra nosotros, indicio por lo demás que no ha podido demostrar hasta ahora lo que lanzó en un momento y ha convertido, después de tanto tiempo, en opinión generalizada.

Para apelar al testimonio de la naturaleza en contra de

aquellos que piensan que se deben creer tale rumores, voy a recordarles el premio que nos espera por tales crímenes: ¡es la vida eterna lo que nos tienen prometido! Creedlo por un instante y, desde esa creencia, yo os pregunto: ¿piensas tú que merece la pena llegar a esa vida eterna con tal conciencia de crimen? Ven, clava la espada en el cuerpo de este niño, que no es enemigo de nadie, que no es reo de nada, que es hijo de todos; o, si esa función ya la ha hecho otro, ven y asiste a la muerte de este hombre que muere antes de haber vivido, contempla su vida nueva que se le escapa, recoge su joven sangre, hunta tu pan con ella y cómelo con placer. Entretanto, mientras estás sentado a la mesa, fíjate bien en los asientos, en el de la madre, en el de la hermana; apúntalos con cuidado en tu mente para que, cuando lleguen las tinieblas producidas por los perros[26], no te equivoques. Cometerás un sacrilegio, si no cometes incesto.

Iniciado y sellado con estos ritos vivirás eternamente. Respóndeme, por favor, si merece la pena una eternidad así. Si no merece la pena, no se deben creer tales cosas; y aunque las creas, aseguro que no querrás hacerlas; y aunque quieras hacerlas, aseguro que no podrás. ¿Por qué van a poder hacerlo otros, si no podéis vosotros? ¿Por qué no váis a poder vosotros, si lo pueden hacer otros? Quizá es que nosotros tenemos otra naturaleza; somos unos cinopenas o esquiápodas[27]; tenemos otros dientes y otros nervios preparados para el placer incestuoso. Tú sí que puedes hacerlo, cuando crees tales cosas de una persona. Tú eres un hombre, como lo es un cristiano: y si no puedes hacerlo, no debes creerlo de otro. Y es que los cristianos son hombres como tú.

«Pero», diréis, «es a ignorantes a los que sugerís e imponéis estos crímenes». Efectivamente, esos pobrecitos no sabían que se decían tales cosas de los cristianos, que debían tener cuidado y prestar toda atención por lo que les pudiera

[26] Alusión a la acusación de relaciones incestuosas: un perro, al tirar del candelabro de las reuniones de los cristianos, apagaba la luz; en ese momento se producirían las relaciones incestuosas.

[27] Estos pueblos son citados por Plinio (7, 2, 23) como pueblos extraños y raros. Los cinopenas son hombres con cabeza de perro; los esquiápodas son llamados también monocolos: tienen un solo pie y durante la época de calor se tumban de espaldas y se protegen con la sombra de su único pie.

pasar. Pero habrá otros sin duda que vayan por propia voluntad a iniciarse y pienso que éstos tienen por costumbre acercarse antes al sacerdote de los misterios para fijar todos los preparativos; entonces ésa sacerdote le dirá: «Necesitas un niño, todavía tierno, que no sepa lo que es la muerte, y que sonría al ver tu cuchillo; necesitas también un pan, para recoger el caldo de sangre; y además necesitas candelabros, velas, algunos perros y unos pedazos de carne que hagan que los perros tiren las velas. Sobre todo, has de venir con tu madre y con tu hermana»[28]. ¿Qué pasa si la madre y la hermana no quieren venir o nos las tiene? ¿Cuántos cristianos viven solos, sin familia? Quizá es que no serás buen cristiano si no eres hermano o hijo. Y ¿qué sucedería si todos esos preparativos se hicieran sin saberlo los futuros iniciados? Sin duda después se enteran, pero lo aguantan y cierran los ojos. ¿Temen ser castigados si lo proclaman, precisamente ellos que merecen ser defendidos por vosotros, ya que prefieren morir antes que vivir con tal conciencia? Pero aceptemos que tienen miedo: ¿por qué perseveran entonces? Lo natural sería no querer seguir siendo lo que no hubieses sido si lo hubieras sabido antes.

Para refutar mejor todas estas calumnias, demostraré que sois vosotros los que cometéis esos crímenes, unas veces en secreto, otras en público; quizá por eso es por lo que creéis que los cometemos también nosotros.

En Africa eran inmolados a Saturno niños hasta el proconsulado de Tiberio, el cual hizo colgar vivos en cruces expiatorias a estos sacerdotes en los propios árboles que había a la puerta del templo, árboles que con su sombra tapaban sus crímenes: de ello son testigos los soldados de mi padre, que ejecutaron esta orden del procónsul. Pero todavía hoy se sigue cometiendo este crimen en secreto. No son los cristianos los únicos que os desprecian: no hay ningún crimen que se pueda erradicar para siempre, ni dios que cambie sus costumbres. Saturno, que no perdonó ni a sus propios hijos, hubiese continuado ciertamente con los hijos de otros; pero eran los propios padres los que le ofrecían sus hijos,

[28] El niño, para que pueda haber infanticidio; el perro, para que pueda tirar el candelabro; y la madre y la hermana, para que pueda haber incesto.

los que accedían de buen grado a sus deseos y los que hacían caricias a los niños, para que no fueran inmolados mientras lloraban. Y, sin embargo, mucha es la diferencia entre el parricidio y el homicidio,

Entre los galos eran los ancianos los sacrificados a Mercurio. Dejo para sus teatros las tragedias de la Táuride[29]. Pero es que, incluso, en esa religiosísima ciudad de los descendientes de Eneas hay un cierto Júpiter, al que lavan en sus juegos con sangre humana[30]. «Pero es sangre de cuidadores de animales», decís. Será, pienso yo, que esa sangre es de menor calidad que la de un hombre. ¿Pero no es acaso mucho peor que sea precisamente la sangre de un hombre malvado? Sea lo que sea, lo cierto es que se trata de un homicidio. ¡Oh Júpiter cristiano e hijo único de su padre por su crueldad!

Tert., *Nat.*, 1, 23 ss.:

Sin duda, los que se quieren iniciar tienen la costumbre de acercarse antes al maestro o sacerdote del rito y éste le dirá entonces: «Necesitas un niño que todavía lance vagidos, para ser inmolado; y un trozo de pan, para que sea mojado en la sangre; y además, unos candelabros, para que sean tirados al suelo por los perros atados a ellos; y unos trozos de carne, que atraigan a los perros; y además necesitas a tu madre y a tu hermana». Y ¿qué pasa si no tienen madre ni hermana? Pienso que en ese caso no podrás ser un cristiano con todas las de la ley.

Tert., *Nat.*, 15:

Nosotros sacrificamos o nos iniciamos con un infanticidio... También vosotros sois infanticidas, ya que tenéis leyes que os prohíben matar a los niños recién nacidos, pero no hay leyes que sean burladas tan segura y tan impunemente con el consentimiento de todo el mundo. Y no hay ninguna diferencia por el hecho de que vosotros no los matéis en ritos sagrados ni con espadas; es mucho peor que lo

[29] Cf. nota 20.
[30] Cf. nota 23.

hagáis exponiéndolos al frío, al hambre o a las bestias o con una larga muerte en el agua si los ahogáis...

Pero nosotros, decís, nos alimentamos con los restos de estos sacrificios. Dado que esto es una cosa que también está reconocida en vosotros, no nos diferenciamos mucho en voracidad.

3. Los cristianos son seres extraños: impasibilidad ante la muerte.

Min., Fel., 8, 5:

¡Oh extraña estultucia e increíble audacia! Desprecian los tormentos presentes y temen el futuro incierto y, mientras por una parte tienen miedo de morir tras la muerte, por otra no tienen miedo de morir: la falsa esperanza de una vida renovada aminora en ellos el pavor a la muerte presente.

Min. Fel., 12, 2 ss.:

He aquí que una parte de vosotros, la más grande y mejor, según decís, pasáis necesidad y soportáis el frío y el hambre, y vuestro dios lo aguanta, mantiene los ojos cerrados y no quiere, o no puede, venir en vuestra ayuda: ¡tan impotente o injusto es! Tú, que sueñas en la inmortalidad tras la muerte, dime, cuando estás sometido a pruebas, cuando ardes por la fiebre, cuando eres lacerado por los dolores, ¿no sientes entonces tu condición humana? ¿No reconoces tu fragilidad? En contra de tu voluntad, desgraciado, se está poniendo a prueba tu debilidad y, sin embargo, no lo reconoces. Pero voy a dejar a un lado los sufrimientos que son comunes a todos los hombres. Vosotros sufrís amenazas, suplicios, tormentos, cruces, que deben ser no ya adoradas, sino soportadas, y fuegos, que vosotros predicáis y teméis: ¿dónde está en esos momentos ese Dios, que puede ayudar a los resucitados, pero que no puede ayudar a los vivos?

Min. Fel., 36, 8 ss.:

(Respuesta a todo lo anterior.)

Y en lo que se refiere al hecho de que sufrimos y soportamos los dolores físicos, eso no es un castigo, sino una mi-

licia. Y es que la fortaleza se robustece con las debilidades y las desgracias son muchas veces una escuela de virtud; y, en definitiva, las fuerzas de la mente y del cuerpo se debilitan si no son ejercitadas. De hecho, todos vuestros héroes, que vosotros citáis a modo de ejemplo, han brillado por la fama de sus pruebas. Pues bien, nuestro Dios puede ayudarnos y no rechaza el hacerlo, ya que él es el rector de todas las cosas y amante de los suyos; lo que pasa es que nos prueba y examina a cada uno de nosotros en las adversidades, mide la forma de ser cada uno de nosotros en los peligros, y trata de conocer la voluntad de los hombres hasta el instante mismo de la muerte: y todo, estando seguro de que nada se puede perder para él. En definitiva, de la misma forma que el oro es probado en el fuego, así también nosotros lo somos en las pruebas.

¡Qué hermoso espectáculo para Dios, cuando un cristiano se hermana con el dolor, cuando no pierde la compostura frente a las amenazas, los suplicios y los tormentos, cuando desprecia, intrépido, el ruido de la muerte y el horror del verdugo, cuando enarbola la bandera de su libertad en contra de reyes y príncipes y cede sólo ante el dios que es su dueño, y cuando salta como triunfador y vencedor contra aquel que ha pronunciado la sentencia condenatoria! ¿Qué soldado no desafía con más audacia el peligro estando delante su general? Y es que nadie recibe un premio si antes no ha pasado pruebas; y, sin embargo, un general no puede dar aquello que no tiene: no puede prolongar la vida, aunque sí puede honrar militarmente a sus soldados. Pero el soldado de Dios ni es abandonado en el dolor ni acaba con la muerte; de esta forma, un cristiano puede parecer desgraciado, pero no se puede demostrar que lo sea. Vosotros mismos lleváis hasta los cielos a hombres que han sufrido calamidades: así, a Mucio Escévola, quien, al caer en manos del jefe enemigo, habría perecido entre los enemigos si no hubiese perdido su mano derecha[31]. Y ¡cuántos de los nuestros han soportado, sin lanzar un solo grito de dolor, que se haya quemado y reducido a cenizas no sólo su mano de-

[31] Se trata de C. Mucio Cordo Escévola: la acción que recuerda Minucio la realizó ante Porsena en el asedio a que éste tenía sometida a Roma.

recha, sino todo su cuerpo, mientras tenían en sus manos la posibilidad de escapar de esos tormentos! Y estos que yo comparo con Mucio o con Aquilio[32] o con Régulo[33] eran hombres. Pero es que hasta nuestros niños y mujeres, gracias a la paciencia que les ha sido inspirada para soportar el dolor, se han mostrado impasibles ante las cruces, los tormentos, las fieras y todos los terrores de los suplicios.

Y vosotros no acabáis de daros cuenta, desgraciados, de que no hay nadie que quiera sufrir un castigo sin razón o que pueda soportar un tormento sin dios. A no ser que vosotros os dejéis engañar por el hecho de que los que no creen en Dios nadan en riquezas, florecen en honores y son fuertes por sus poderes. Pero es que estos desgraciados son elevados más alto para que caigan también desde más alto. Efectivamente, éstos son engordados cual víctimas para el suplicio y coronados cual ofrendas para el castigo.

Tert., *Apol.*, 39, 4 ss.:

Es una crueldad inicua que hace saltar y brincar no sólo al vulgo ciego, sino también a algunos de vosotros, que os buscáis el favor del vulgo con estas iniquidades; como si todo el poder que tenéis sobre nosotros no dependiera de nosotros mismos: efectivamente, yo soy cristiano porque yo lo quiero ser; consiguientemente, tú me condenas porque yo quiero que me condenes. Así pues, dado que lo que puedes contra mí no lo podrías si yo no quisiera, depende de mi voluntad, y no de tu facultad, tu poder. E igualmente, el vulgo en vano goza con nuestro sufrimiento, ya que el gozo que reivindica para sí es gozo nuestro, por cuanto nosotros preferimos ser condenados antes que apartarnos de Dios. Por el contrario, aquellos que nos odian, deberían dolerse, más

---

[32] Debe ser C. Aquilio Galo, pretor con Cicerón, muy alabado por éste (*Brut.*, 42, 154; *Caecin.*, 27, 78) y por Valerio Máximo (8, 8, 2).

[33] Cuando los cartagineses deciden en la segunda guerra púnica pedir la paz a Roma incluyen en la delegación a Régulo, a quien tenían prisionero; antes de salir de Cartago, se le arrancó la promesa de que volvería. Según la tradición, Régulo, al pedirle los romanos su opinión sobre la paz, se mostró intransigente y aconsejó al senado que no aceptara ninguna propuesta. Fiel a su promesa, volvió a Cartago, donde sabía que le esperaba la muerte.

que alegrarse, por cuanto nosotros conseguimos lo que hemos elegido.

«Luego», diréis, «¿por qué os quejáis cuando os perseguimos, si es vuestra voluntad sufrir martirio? Más bien deberíais amar a aquellos gracias a los cuales tenéis los sufrimientos que queréis». Ciertamente nosotros queremos esos sufrimientos, pero de la misma forma que se quiere la guerra: nadie, en efecto, soporta los sufrimientos de la guerra por gusto a causa del miedo y los peligros que necesariamente hay que pasar en ella; y, sin embargo, se lucha con todas las fuerzas y, una vez que ha vencido en el combate, aquel que antes se quejaba del mismo ahora se alegra porque ha conseguido gloria y botín. Nuestro combate consiste en ser llevados a los tribunales, para allí defender la verdad con peligro de nuestras vidas; y nuestra victoria consiste en conseguir aquello que hemos defendido. Esta victoria conlleva la gloria de haber agradado a Dios y el botín de vivir eternamente.

Pero morimos. Pero después de haber conseguido lo que pretendíamos. Y es que vencemos cuando somos matados y nos libramos cuando morimos. Llamadnos, si queréis, «los de los sarmientos» y «los colocados en medio de una rueda» por el hecho que seamos quemados mediante la quema de sarmientos y atados al eje de una rueda: esta es nuestra forma de victoria; este es nuestro vestido triunfal; en ese carro celebramos el triunfo.

Con razón, pues, no gustamos a los vencidos; con razón somos considerados como «desesperados y perdidos». Pero estas «desesperación y perdición», cuando se trata de una causa en que se juega la gloria y la fama, significan valor en vuestra propia opinión incluso. Mucio dejó por propia voluntad su mano derecha en sacrificio[34]: ¡Oh alma sublime! Empédocles se entregó totalmente a los fuegos del Etna[35]: ¡Oh fortaleza de alma! Una cierta fundadora de Cartago es-

---

[34] Cf. nota 31.

[35] Según una tradición, Empédocles murió de repente desapareciendo de los ojos de los que estaban a su lado; según otra, fue arrebatado por un torbellino que le hizo desaparecer; y según otra, se arrojó al Etna, de donde salieron sus sandalias llevadas por el ímpetu del fuego.

capó a un segundo matrimonio en la pira[36]: ¡Oh pregonera de castidad y pudor! Régulo[37], no queriendo salvar él solo la vida ante una multitud de enemigos, soporta en todo su cuerpo el sacrificio de la cruz: ¡Oh, héroe, vencedor incluso en la cautividad! Anaxarco, mientras era golpeado a modo de cebada por un mortero, decía: «Golpea, golpea la piel de Anaxarco, ya que a Anaxarco no le golpeas»[38]: ¡Oh grandeza de filósofo, que se burlaba incluso de una muerte suya como ésta! Paso por alto a aquellos que trataron de conseguir mayor gloria con su propia espada o con un tipo de muerte más suave: y es que vosotros incluso dáis premio a la rivalidad a la hora de darse muerte. Una cierta meretriz ática, cuando ya el verdugo estaba cansado de martirizarla, se cortó la lengua con sus propios dientes y la arrojó al rostro del cruel tirano, para así perder la voz y no tener que delatar a los conjurados en el caso de que, vencida por el dolor, hubiese querido hacerlo. Zenón de Elea, cuando Dionisio le preguntó qué proporcionaba la filosofía, dijo: «la impasibilidad»; y él mismo, sometido a los tormentos del tirano, selló sus propias palabras hasta la muerte. Es sabido que los azotes de los lacedemonios, estimulados incluso por la presencia de espectadores que daban ánimos, proporcionaban a la casa tanta más fama de paciencia, cuanta más cantidad de sangre se había derramado.

¡Oh gloria lícita, puesto que es humana! Y a ella no se le imputa, a pesar de que con ella se hace el desprecio más absoluto a la muerte y a la crueldad, ni una presunción loca ni una creencia desesperada; sólo a ella le está permitido buscar la muerte en defensa de la patria, del territorio, del imperio y de la amistad. ¡Y eso, sin embargo, no está permitido hacerlo por Dios! Vosotros, en honor de todos esos, hacéis estatuas, dedicáis imágenes y grabáis inscripciones para la eternidad. Y en la medida que podéis hacerlo en los monumentos, concedéis a estos muertos una especie de resurrección. ¡Y al que espera la verdadera resurrección de par-

---

36 Dido.

37 Cf. nota 32.

38 Anaxarco fue martirizado por Nicrocreonte, rey de Chipre, para el cual pronunció estas palabras que recoge aquí Tertuliano; ante ello, el tirano mandó cortarle la lengua (Vale. Max., 3, 3; Cic., *Tusculanas* 2, 22, 52).

te de Dios, al haber sufrido por Dios, le consideráis un loco!

Passio Carpi, Pamfili et Agathonice, 3, 5; (ed. Musurillo, p. 32).

Cuando ya estaba suspendido, el procónsul ordenó que fuera fijado con clavos; y dado que se habían turnado ya tres pares de verdugos y no había dado ni un solo grito de dolor, sino que cual un fuerte atleta contemplaba la locura de su enemigo con profundo silencio, dijo el procónsul: «¿Qué dice? Mira por ti mismo. Yo mismo estoy sufriendo al ver lo mucho que estás siendo atormentado». Pánfilo respondió: «Estos tormentos no son nada. Yo no siento ningún dolor porque hay quien me conforta; uno, al que tú no ves, está sufriendo en mí. Ya te dije hace poco que yo no podía ofrecer sacrificios a los demonios».

Id., 4, 3:

Cuando fue levantado en la cruz, su rostro apareció alegre y sonriente. Los que estaban allí al lado le dijeron: «¿Por qué te ríes?». Y él respondió: «He visto la gloria de mi Dios y estoy alegre porque he sido liberado por vosotros. En adelante ya no seré partícipe de vuestras desgracias».

Id., 6, 2:

El pueblo daba voces y decía a Agatónice: «Mira por ti y por tus hijos»; el procónsul dijo: «Mira por ti y compadécete de ti y de tus hijos, tal como grita el pueblo». Agatónice respondió: «Mis hijos tienen un Dios que se encargará de cuidarlos. Yo, por mi parte, no obedezco tus mandatos ni hago sacrificios a los demonios».

Passio Mariani et Iacobi, 6 (ed. Musurillo, p. 200):

Y bien, paganos, ¿creéis vosotros que los cristianos van a sufrir con el castigo de la cárcel y van a temblar ante las tinieblas de este mundo cuando tienen puesto su gozo en la luz eterna? Su espíritu, que con la esperanza de una gracia que está ya a punto de llegar abraza en su mente la posesión del cielo, no se preocupa ya de sus propios sufrimientos. Buscad, si queréis el procedimiento más recóndito y escondido de suplicio, los lamentables horrores de un antro ne-

buloso y la casa de las tinieblas: para los que creen en Dios no hay ningún lugar triste ni sienten tampoco en ningún momento la tristeza. Cristo favorece, durante el día y la noche, a esos sus hermanos entregados al Dios padre.

Passio Montani et Lucii, 19 (ed. Musurillo, p. 232).

Allí estaban sus condiscípulos tratando de convencerle con lágrimas de que depusiera su presunción y sacrificara, momentáneamente, a los dioses; que después podría hacer lo que quisiera; y que no temiera a esa segunda muerte incierta más que a la muerte presente. Estas son palabras de los paganos, que decían que era de una locura extrema temer más a los males de la muerte que a la vida. Pero él, dándoles las gracias por el hecho de que se habían dignado, en la medida que ellos daban de sí, darle un consejo en aras de la amistad, pronunció sin embargo algunas palabras sobre la fe y la divinidad, diciendo que en lo que se refiere a la libertad de la propia integridad, es mucho mejor, con abismal diferencia, morir que adorar a las piedras; que existe un sumo Dios que ha puesto todas las cosas bajo su poder y que, consiguientemente, sólo él debe ser adorado; y añadió aquello en lo que los gentiles, a pesar de que estén de acuerdo en la existencia de un dios, no creen: que nosotros seguimos viviendo después de muertos.

4. Los cristianos son seres extraños: prácticas ascéticas

Min. Fel., 12, 6:

(Acusación.)

No cubrís vuestras cabezas con flores, no honráis vuestro cuerpo con perfumes; reserváis los ungüentos para los funerales y no ponéis coronas ni siquiera a vuestros muertos; estáis pálidos, temblorosos y sois dignos de misericordia, pero de la misericordia de nuestros dioses. Con vuestro comportamiento, lo estáis pasando mal mientras vivís y, por otro lado, desgraciados, no resucitáis nunca.

Min. Fel., 38, 2:

(Respuesta.)

¿Quién puede dudar de que nosotros nos enternecemos

con las flores de la primavera, cuando cogemos una rosa primaveral o un lirio o cualquier otra flor de blando color u olor? Efectivamente, nosotros utilizamos las flores, pero esparcidas, tiernas y sueltas, y rodeamos nuestros cuellos de guirnaldas. Y si no nos coronamos la cabeza con ellas, no debéis por ello juzgarnos con excesivo rigor: nosotros solemos recibir el buen olor de las flores por la nariz, y no por la nuca o por los cabellos. Tampoco coronamos a los muertos. En este tema lo que me admira a mí es vuestra forma de actuar: dáis una antorcha al exánime y que ya no siente y una corona al que no siente, cuando, si goza de una vida bienaventurada, no necesita flores y, si no goza, no puede alegrarse con ellas. Nosotros, por nuestra parte, celebramos nuestros funerales con la misma tranquilidad con que vivimos.

Tert., *Apolo.*, 42:

> (La forma de vida de los cristianos no es inútil ni infructuosa.)

Somos acusados por otro tipo de injurias, ya que somos acusados de no ser útiles para los asuntos humanos. Pero ¿cómo vamos a ser, cuando vivimos con vosotros, tenemos el mismo alimento, vestido y tipo de vida, y estamos sometidos a las mismas necesidades vivenciales? No somos bramanes, ni gimnosofistas de la India[39], ni habitantes de la selva o exiliados de la vida. Nosotros sabemos que debemos dar gracias a Dios como señor y creador de todas las cosas: no rechazamos ningún fruto que sea obra suya; solamente procuramos no hacer uso de ellos con exceso o maldad. Así pues, nosotros cohabitamos con vosotros en este mundo sin dejar de ir a vuestro foro, a vuestros mercados, a vuestros baños, a vuestras tiendas, a vuestros comercios, a vuestras posadas, a vuestras ferias y a todos los demás lugares vuestros de intercambio. Navegamos con vosotros y con vosotros hacemos la milicia, cultivamos el campo y practicamos el comercio; por ello, intercambiamos con vosotros los productos de nuestras artes y hacemos públicos nuestros traba-

[39] Sacerdotes y filósofos de la India de vida exageradamente ascética.

jos para uso vuestro. No entiendo cómo se puede decir que nosotros somos unos inútiles para vuestros asuntos, cuando vivimos en ellos y de ellos.

Y si bien no frecuento vuestras ceremonias, ello no quiere decir que en ese momento deje de ser hombre. Y si bien no me lavo durante la noche en vuestras Saturnales para no perder la noche y el día, ello no quiere decir que no me lave a la hora debida y conveniente para la salud, con el fin de conservar el calor y el color: ¡ya tendré tiempo de estar helado y pálido cuando me den el último lavado tras haber muerto!... Yo no compro coronas de flores para mi cabeza, pero ¿qué te importa a ti el uso que yo dé a las flores, con tal de que las compre? Pienso que es mucho más agradable dejarlas libres, sueltas y flotando por todas partes; y cuando nosotros nos servimos de flores trenzadas en corona, nosotros disfrutamos de ella por el perfume que entra por nuestra nariz: ¡allá aquellos que huelen por los cabellos! No vamos a los espectáculos: la verdad es que, si en algún momento me entran ganas de eso que se ofrece en esas reuniones, puedo cogerlo con toda libertad en los lugares especializados. No compramos inciensos: si se quejan por ello los de Arabia[40], que sepan los de Saba que los cristianos gastamos más y más caras mercancías en sepultar a nuestros muertos que en fumigar a los dioses.

Cipr., *Epist.*. 2:

(Cipriano denuncia los disfraces carnavalescos y afeminados.)

Cipriano saluda al hermano Evacrio.

Los sentimientos de amistad y de respeto mutuo que nos unen te han hecho pensar, hermano querido, que debías consultarme a mí mi parecer acerca de un histrión que se encuentra en tu ciudad y que no sólo continúa practicando su vergonzosa profesión, sino que, convertido en maestro y profesor de los jóvenes, y no para enseñarles sino para perderles, les instruye en el mal que él mismo aprendió. Me preguntas concretamente si debe ser aceptado en la comunidad

[40] Exportadora de perfumes.

cristiana. A este respecto yo pienso que afear el pudor y la honra de la Iglesia con tan sucio e infame contagio no va con la majestad divina ni con la disciplina evangélica. Efectivamente, si en la ley se prohíbe que los hombres se vistan de mujeres y son considerados como malvados los que hacen tal cosa, ¡cuánto más pecaminoso será el hecho no sólo de vestirse de mujer, sino el convertirse en maestro de un arte impúdico reproduciendo gestos bajos, blandengues y afeminados!

Y no le vale de excusa el hecho de que él ya no actúa en público en el teatro, ya que está enseñando su arte a los demás. No se puede considerar en efecto que ha abandonado su profesión cuando está enseñando a otros para que ocupen su lugar y cuando, en lugar de él, que era uno solo, está colocando muchos sustitutos, a los que enseña, en contra de lo establecido por Dios, a convertirse de hombre en mujer, a cambiar de sexo artificialmente y a agradar, con el cuerpo corrupto y afeminado, al propio demonio, que tiene envidia de toda obra divina. Y si ese individuo pone como excusa el hecho de que está pasando una situación de penuria y de necesidad, dígasele que puede aliviar su necesidad viviendo entre aquellos que viven de los alimentos que le proporciona la Iglesia: ello con tal de que se contente con alimentos frugales y simples y no piense que se le debe pagar una pensión por no pecar, por cuanto el hecho de no pecar no es a nosotros a quien beneficia, sino a él.

Hier., *Epist.*, 38, 5:

(La conducta de los cristianos produce escándalos en muchos.)

Y yo pregunto: ¿Acaso hemos hecho algo como lo que hicieron los apóstoles y por lo cual debamos ser con razón objeto de escándalo? Ellos abandonaron a su padre ya anciano dejándole con las barcas y las redes; otro, que era publicano, se levantó de la mesa y siguió al Salvador; otro, que quiso volver a su casa y despedirse de los suyos, no lo hizo porque el maestro se lo impidió; ni siquiera le dejaron para dar sepultura a su padre, y es que es un tipo de piedad ser impío a causa del Señor. Y nosotros, porque llevamos vestidos

de seda, somos llamados «los solitarios»; porque no nos emborrachamos ni nos reímos a carcajadas, somos llamados continentes y tristes; si por la calle ven a uno cuya túnica no brille, en seguida se oye desde todas las esquinas: «Es un impostor y un griego»[41]. Pero dejémosles que cavilen todos los sarcasmos que quieran; dejémosles que anden diciendo por ahí que nosotros somos gentes de estómago lleno y hartos: nuestra Blesila se reirá de ellos y no se dignará escuchar las voces de estas ranas charlatanas, ya que su señor se llama Belzebud[42].

Hier., *Epist.*, 54, 2 ss.:

(Al cristiano no le debe importar la postura crítica de los paganos que ridiculizan su forma de vida.)

No voy a hablar de Paula ni de Eustoquio, que pertenecen a tu familia[43], para que no parezca que, tomando como excusa la oportunidad que se me da de darte consejos, pretendo en realidad hacer un elogio de ellas; paso también por alto el caso de Blesila, la cual murió poco después que su marido, que era hermano tuyo, pero que en ese poco tiempo acumuló las virtudes de una larga existencia. ¡Ojalá que los hombres imitaran las altas acciones de estas mujeres y que los rugosos viejos ofrecieran los mismos dones que ofrecen espontáneamente los adolescentes! Pero yo sé y veo que estoy metiendo la mano en el fuego: estoy viendo cómo a algunos se les arrugan las cejas y levantan los brazos diciendo: «He aquí que Cremes airado se enfurece con palabras severas»[44]. Veo que se levantarán las personas importantes y que, en contra de esta carta mía, me llamarán mago, diciendo a voces que soy un seductor y que debo ser deportado al último rincón de la tierra. Añadan también, si quieren, que soy un samaritano, para recibir así el mismo título que se le dio a mi Señor[45].

Pero lo cierto es que yo no pretendo separar a las hijas

---

[41] Esta misma frase, aunque escrita en este caso en griego, la encontramos también en *Epist.* 54, 5.
[42] Cf. *Mateo* 23, 37-39.
[43] La de Furia, destinataria de esta carta.
[44] El texto original de Horacio pone «pleitea» en lugar de «se enfurece». El sentido es más o menos el mismo.
[45] *Juan* 8, 48.

de su padre, ni digo aquello del evangelio: «Deja a los muertos que entierren a los muertos»[46]. Y es que vive aquel que cree en Cristo y el que cree en Cristo debe seguir los mismos pasos que siguió Cristo.

No hagamos caso a las envidiosas imputaciones que continuamente han lanzado contra el nombre cristiano los dientes de los maledicentes, imputaciones que han lanzado para que nosotros, por miedo a los insultos, no exhortemos a la práctica de las virtudes.

Hier., *Epist.*, 54, 5:

Dondequiera que ven un cristiano, inmediatamente lanzan desde todas las esquinas esas conocidas palabras: «el griego, ¡el impostor!». Estos siembran los rumores más infames y, lo que salió de ellos mismos, simulan que lo han oído de otros: de esta forma, los inventores y los amplificadores de los rumores son los mismos. De ahí proviene nuestra fama de mendigos, fama que, tras haber llegado a los oídos de las mujeres y haber sido aireadas por las bocas de éstas, ha penetrado incluso en las provincias. Se puede ver cómo muchas de ellas se ensañan con boca rabiosa, y, con sus rostros pintados, sus ojos de víbora y sus dientes afilados, desprecian a los cristianos.

He aquí que una «que lleva sobre sus hombros una capa de jacinto, hablando desde su gangosa nariz, lanza no sé qué soniquete y pronuncia palabras tiernamente empalagosas»[47]. Todo su coro vibra al unísono y ladran todos los taburetes. A este coro se unen algunos de nuestro propio orden[48]; éstos son mordidos y muerden: son locuaces cuando se trata de criticarnos, pero mudos en su interior. Como si ellos fueran algo distinto de los ascetas y como si lo que se dice contra los ascetas no redundara también en contra de los clérigos, que son en realidad los padres de los ascetas[49]. El perjuicio del ganado es vergüenza para el pastor.

---

[46] *Juan* 11, 25.
[47] Persio, 1, 32-33 y 35.
[48] Las propias jerarquías eclesiásticas. Posiblemente alude aquí a las calumnias de Vigiliano.
[49] Aluden claramente estas palabras a las reticencias y prevenciones con

Ambros., *De Abraham*, 1, 89:

(Los preceptos del ascetismo cristiano son excesivos y, a veces, ni siquiera están de acuerdo con el Antiguo Testamento. Tal sucede con la prohibición de que las vírgenes lleven pendientes y brazaletes.)

Por eso Rebeca recibió, de parte de Abrahán y como premio a su buena acción, pendientes y brazaletes de oro[50].

Quizá vosotras, hijas, al escuchar esto, vosotras que camináis hacia la gracia de Dios y que os véis impulsadas a tener pendientes y brazaletes, digáis: «¿Por qué, obispo, nos prohíbes a nosotras tener lo que Rebeca recibió como regalo y, por otro lado, nos exhortas a que seamos iguales a Rebeca?». Pero es que Rebeca no tuvo esos pendientes y brazaletes que suelen producir discordias en la Iglesia y que con frecuencia terminan por estropearse; ella tenía otros pendientes, que ojalá tuvierais vosotras, y otros brazaletes. Los pendientes de Rebeca son el símbolo de su piadoso oído y los brazaletes de Rebeca son el adorno de sus acciones. Ella tenía unos pendientes que no gravaban sus orejas, sino que las aliviaban, y unos brazaletes que no cargan sus brazos con oro material, sino que los elevaban con acciones espirituales. Y, por ello, fue agradable con este adorno a su hermano y a sus padres.

Ambros., *De Helia et ieiunio*, 4, 6:

(La práctica ascética del ayuno no es algo nuevo ni extravagante de los cristianos.)

Así pues, que nadie piense que el ayuno es algo terrenal y nuevo: el origen del mundo empezó con ayuno, cuando resplandeció la luz clara. El segundo día de la creación, cuando se hizo el firmamento del cielo, se hizo con ayuno. Al tercer día la tierra produjo pastos y la naturaleza nos dio dones: sin embargo, la disciplina celestial seguía manteniendo el ayuno. En el cuarto día fueron creados el sol y la luna: y

que recibieron algunas jerarquías eclesiásticas las prácticas ascéticas en los primeros momentos.

[50] *Génesis* 24, 16.

todavía seguía habiendo ayuno. En el quinto día las aguas produjeron reptiles vivos y aves que volaban sobre la tierra bajo el firmamento de los cielos. Y vio Dios que eran buenos; y los bendijo diciendo: «Creced y multiplicaos y llenad las aguas que hay en el mar, y que se multipliquen sobre la tierra las aves»[51]; y todavía seguía habiendo ayuno: y es que, lo que está escrito es «los bendijo y dijo: creced», y no dijo: «alimentaos y comed». Y al sexto día, por fin, fueron creadas las bestias y, con las bestias, nació la facultad de comer y el uso de los alimentos... Y creó el Señor un paraíso para felicidad de los bienaventurados, puso al frente del mismo, para que lo trabajara y custodiara, al hombre y, para que sepamos que el ayuno no es algo nuevo, en aquel momento impuso ya la primera ley sobre el ayuno: y es que sabía que por la comida habría de entrar el pecado.

Ambros., *De Helia et ieiunio*, 17, 62:

(Dura crítica de Ambrosio al uso de la bebida por parte de los paganos en la realización de votos.)

Y ¿qué decir de los deseos manifestados mediante brindis? ¿Para qué recordar los juramentos, cuya violación consideran como un delito? Dicen: «Bebamos; pido por la salud de los emperadores, de forma que quien no bebe, peca de irreverencia; parece en efecto que no quiere al emperador quien no bebe por su salud». ¡Oh piadoso obsequio de devoción! «Bebamos por la salud del ejército, por el valor de los compañeros, por el buen estado de nuestros hijos.» Y piensan que estos votos van a llegar a Dios, de la misma forma que esos cristianos que se llevan las copas a los sepulcros de los mártires y allí beben hasta el atardecer; piensan que de otra forma no van a ser oídos por Dios. ¡Oh estulticia humana, que considera a la borrachera como un sacrificio y que piensa que la borrachera va a agradar a aquellos que aprendieron a soportar su pasión precisamente con el ayuno! ¡De cuántos sabemos que, tras inmoderados banque-

---

[51] *Génesis* 1, 20.

tes, han pasado a ser torturados! Y es que, durante la embriaguez, disputan sobre su imperio, se prometen a sí mismos el trono y prometen honores a otros; y después, como no sabían lo que decían, son conducidos, desgraciados, al castigo. De ahí que muchas veces los buenos jueces no tengan en consideración lo que se ha dicho en esta do de embriaguez. Muchos incluso recurren al vino, como si de un instrumento de tortura se tratara: a aquellos a los que no pueden sacar ni una palabra de traición, los tientan con la bebida, para sacarles así confesiones traidoras sobre el estado de la patria, la situación de los ciudadanos o los programas de defensa; y es que el valor muchas veces vence al dolor, pero la bebida rompe con toda fidelidad. Yo sé de algunos que, a pesar de estar lacerados por azotes, negaban su propio nombre; pero ¿quién ha sido capaz de callar entre copas aquello que deseaba callar?...

Pero ¿por qué hablar de los hombres, cuando incluso las mujeres, que debían guardar con más sobriedad su castidad, beben también hasta embriagarse? Y después, levantándose, ellas cuya obligación era estar dentro de casa y no ser vistas ni oídas por extraños, se presentan en público no con la cabeza cubierta, sino con provocador rostro. El Apóstol ordena a las mujeres estar calladas en la iglesia y que pregunten las dudas a sus maridos en casa. Pero éstas protagonizan en las plazas, ante la presencia de jóvenes incontinentes, vergonzosos bailes con varones, arrojando al aire su cabellera, arrastrando las túnicas, con el vestido rajado, con los brazos desnudos, aplaudiendo con las manos, saltando con los pies, lanzando gritos, provocando hacia ellas, con sus histriónicos movimientos, la libido de los jóvenes, entornando los ojos, con indecorosas burlas... ¿Cómo voy a mantener mi paciencia al hablar de esto? ¿Cómo, en mi piedad, voy a pasarlo por alto? ¿Cómo no me voy a salir de la norma al llorar por todo esto? Y es que el vino nos ha condenado gran cantidad de almas. Efectivamente, si el vino y las mujeres nos empujan a separarnos de Dios —la embriaguez y la libido nos atraen hacia el pecado—, si hacen eso, cada uno de ellos y por separado, ¿qué harán si se juntan?

5. Los cristianos tienen creencias ridículas: la resurrección de los muertos.

Min. Fel., 11:

Y ¿qué decir de su creencia en que todo el orbe y el propio firmamento con todos sus astros están amenazados de incendio y de ruina, como si el orden eterno establecido por las leyes divinas de la naturaleza estuviera destinado a sufrir un cataclismo, o como si, por rotura de los lazos que unen a todos los elementos y por dislocación de la arquitectura celeste, toda esta mole que mantiene y abarca al universo estuviera destinada a ser destruida? Y no se contentan con esta loca creencia, sino que además inventan y urden historias de viejas: dicen que ellos, convertidos en ceniza y polvo después de la muerte, volverán a nacer y en virtud de no sé qué confianza se creen mutuamente sus respectivas mentiras. ¡Se diría que ya han resucitado! ¡Oh locura redoblada y dos veces falsa! Efectivamente, por un lado, anuncian la muerte para el cielo y los astros, a los cuales, cuando morimos, los dejamos como los encontramos; y, por otro, se prometen a sí mismos la eternidad una vez muertos y desaparecidos, cuando los hombres, de la misma forma que nacemos, así morimos. De ahí que maldigan a las piras y condenen la incineración, como si no fuera verdad que todos los cuerpos, incluso los que no son incinerados, son convertidos en polvo por el tiempo y los años; como si no diera lo mismo que los cuerpos sean devorados por las fieras, engullidos por mares, tapados por tierra, o consumidos por fuego, cuando para los cadáveres, si tienen sensibilidad, cualquier sepultura es ya un castigo, y, si no la tienen, el mejor remedio es la rapidez en la descomposición. Engañados por esta errónea opinión, prometen para ellos mismos, como buenos que son, una vida de ultratumba eternamente feliz, y para los demás, como malvados que son, un castigo eterno.

Yo podría añadir muchas más cosas, si no tuviera prisas en mi exposición. Ya no me esfuerzo en demostrar, puesto que ya lo hice, que son injustos en esta creencia; por lo demás, aunque yo los considerara justos, ello daría igual, porque, como todos sabéis, el juicio sobre la culpabilidad o inocencia de las personas está en manos del destino; y esto lo re-

conocéis vosotros mismos, ya que, cualquier cosa que hacemos —cosas que otros ponen en relación con los hados—, vosotros la ponéis en relación con Dios: decís, en efecto, que se entra en vuestra secta no espontáneamente, sino tras haber sido elegidos por Dios. Vuestro juez es, pues, injusto, porque castiga en los hombres su suerte y no su voluntad.

De todas formas, yo quisiera plantear una cuestión: cuando se resucita, ¿se resucita con cuerpos? ¿Con qué cuerpos: con los mismos o con unos nuevos? ¿O se resucita sin cuerpo? Esto último, en lo que yo alcanzo a entender, no es ni espíritu, ni alma, ni vida. ¿Se resucita con el mismo cuerpo? ¡Pero si ya ha sido antes descompuesto! ¿Se resucita con otro cuerpo? Pues entonces se trata de un nuevo hombre y no del viejo resucitado. Y además, ¡ha pasado ya tanto tiempo! ¡Se han sucedido ya tantos siglos! ¿Hay acaso un solo individuo que haya vuelto del infierno, aunque sea en las condiciones de Protesilao[52], para pasar en este mundo sólo unas pocas horas o para ganarse nuestro crédito con su ejemplo?

Todas estas ficciones de mentes poco sanas, todos estos consuelos inventados por poetas falaces en el juego de sus poemas, vosotros, llevados por vuestra credulidad, los habéis adaptado a vuestro Dios.

Min. Fel., 34:

(Respuesta a las acusaciones anteriores.)

En cuanto al incendio del mundo, rechazar la creencia de que caerá fuego o de que se secarán las humedades es caer en un vulgar error. Efectivamente, ¿qué sabio duda o ignora que todo lo que nace muere y que todo lo que ha sido hecho fenece? La opinión incluso de que el cielo, con todas las cosas que en él se contienen, de la misma forma que tuvo comienzo, tendrá también fin, cuando el agua dulce de las fuentes o la de los mares deje de nutrirle, es una opinión constante entre los estoicos, que piensan que, cuando se consuman todas las humedades, todo este mundo arderá[53]. Y la

---

[52] Protesilao volvió a la tierra para pasar tres horas con su mujer Laodamía. Después, volvió definitivamente a los infiernos a donde le siguió su mujer.

[53] Cf. Cic., *Sobre la naturaleza de los dioses* 2, 46, 118; 3, 14, 47.

misma idea tienen los epicúreos en torno a la conflagración de los elementos y a la destrucción del mundo[54]. Platón[55] dice que las partes del mundo están unas veces anegadas en agua y otras abrasadas en fuego, y, a pesar de reconocer que el propio mundo ha sido hecho eterno e indisoluble, añade sin embargo que sólo la divinidad que lo ha hecho tiene la facultad de disolverle y hacerle desaparecer. Así pues, no tiene nada de extraño si esta mole es un día destruida por el mismo que la construyó. Puedes comprobar, pues, que los filósofos mantienen las mismas ideas que nosotros, y no porque nosotros hayamos seguido sus pasos, sino porque estos sabios, siguiendo las divinas predicciones de los profetas, han reproducido una sombra de la verdad, aunque alterada.

Igualmente, en lo que se refiere a las condiciones de la resurrección de los muertos, también los sabios más importantes, Pitágoras el primero y Platón sobre todo, han transmitido, aunque a medias y con alteraciones, las mismas ideas que nosotros[56]; ellos defienden, en efecto, que, una vez muertos los cuerpos, las almas siguen viviendo eternamente y que frecuentemente se unen a otros cuerpos. A esta idea añaden también, para deformar aún más la verdad, esta otra: que las almas de los hombres vuelven a cuerpos de animales, de aves y de bestias. Esta idea es propia no de la reflexión de un filósofo, sino de las invectivas de un mimo[57]. Pero, para lo que yo pretendo demostrar, es suficiente que vuestros sabios coincidan de alguna forma con nosotros en esto.

Pero además de eso, ¿quién hay tan estólido y bruto que se atreva a negar que el hombre, de la misma forma que fue creado en un primer momento por Dios, puede también ser recompuesto por El? ¿Que el hombre no era nada antes de nacer y que no será nada después de morir? ¿Que, si bien pudo nacer de la nada, no podrá ser resucitado de la nada? La verdad es que es mucho más difícil que algo empiece a existir desde la nada que el que sea restaurado algo que ya

[54] Cf. Lucrecio, 5, 407 ss.
[55] Recoge aquí Minucio algunas ideas del *Timeo* de Platón.
[56] En la doctrina de la transmigración de las almas.
[57] Según Tertuliano, *Apol.* 48, 1, donde alude a esto mismo, se trata del mimógrafo Décimo Laberio, contemporáneo de César. Este mimógrafo se burlaría en sus obras de la doctrina de la transmigración de las almas.

ha existido. ¿Crees tú que, si algo desaparece de la presencia de nuestros oscurecidos ojos, desaparece también para Dios? Todo cuerpo humano que se convierta en polvo, o que se disuelva en líquido, o que se reduzca a cenizas, desaparece de nuestra vista, pero se conserva para Dios, que sabe dónde están cada uno de sus elementos. En contra de vuestra opinión, nosotros no tenemos miedo a la incineración, sino que practicamos la vieja y preferible costumbre de la inhumación[58].

Comprueba además cómo toda la naturaleza, para solaz nuestro, está preparando la futura resurrección: el sol desaparece y vuelve a nacer; los astros declinan y vuelven a aparecer; las flores mueren y vuelven a tomar vida; los árboles, tras envejecer, se vuelven a cubrir de hojas; las semillas no brotan sino tras haberse descompuesto. Nuestros cuerpos, durante su existencia en este mundo, son como los árboles en invierno: disimulan su vigor bajo la apariencia de aridez. ¿A qué viene esa impaciencia por querer ver la resurrección y vuelta de los cuerpos cuando todavía sigue el crudo invierno? Nosotros debemos esperar también la primavera de los cuerpos. Y yo, por otra parte, estoy seguro de que muchos, puesto que son conscientes de sus méritos, desean, más que creen, no ser nada después de la muerte: y es que prefieren ser totalmente aniquilados antes que ser regenerados por medio de suplicios. Y su error aumenta aún más por la libertad que Dios les ha dado en este mundo y por su enorme paciencia. Pero el juicio de Dios, cuanto más tardío es, tanto más seguro es también.

Tert., *Apol.*, 48:

Sigamos; si hay un filósofo que afirma, como dice Laberio siguiendo a Pitágoras[59], que después de la muerte un mulo se convierte en hombre y una mujer en culebra, y si distorsiona, recurriendo a la fuerza de su elocuencia, todos sus argumentos en función de esta idea, ¿no os mueve a vosotros y os convence de absteneros de comer carne de animales, no sea que, por casualidad, al comer carne de terne-

[58] En la tradición bíblica se practica efectivamente la inhumación.
[59] Cf. nota 57.

ra, estéis comiendo la carne de un antepasado? Sin embargo, cuando un cristiano dice que el hombre resucitará como hombre y que Gayo volverá como Gayo, inmediatamente se busca una vejiga[60] e inmediatamente es perseguido no ya con gritos de las gentes, sino incluso con piedras.

Como si la razón, cualquiera que ella sea, que justifica la migración de las almas de cuerpo en cuerpo, no justificara también la reincorporación en los mismos cuerpos de antes; y es que «resucitar» no es nada más volver a ser lo mismo que antes habían sido. Porque, si no vuelven a ser lo que antes habían sido, es decir, si no se vuelven a revestir de un cuerpo humano y del mismo cuerpo, ya no serán las mismas almas que habían sido antes. Y, en consecuencia, si ya no son las mismas almas, ¿cómo se dice que «vuelven»? O bien se han convertido en otras, y entonces ya no son las mismas; o bien siguen siendo las mismas, y entonces no pueden venir de otros cuerpos.

Tendríamos que investigar, contando con tiempo de sobra, en pasajes de muchos autores, si quisiéramos a este respecto divertirnos buscando en qué tipo de bestia se ha podido transformar cada uno de los hombres. Pero nos ocuparemos mejor de defender nuestra tesis: que es mucho más razonable creer que los hombres resucitan como hombres, y hombre por hombre, y no en otra cosa sino en hombre, de forma que las almas vuelven a tomar su misma condición, aunque no su misma apariencia. Pero, dado que la razón profunda de nuestra resurrección es el juicio fijado por Dios, será necesario que el que resucita sea el mismo que existió antes, para así recibir de Dios la recompensa por sus buenas acciones o el castigo por su maldad. Y por ello también los cuerpos serán resucitados: porque el alma, ella sola, sin materia estable es decir sin carne no puede sufrir nada, y porque aquello que las almas tienen que recibir de acuerdo con el juicio divino no lo han merecido ellas solas, sino que lo han merecido en compañía del cuerpo, dentro del cual lo hicieron.

Pero, ¿de qué manera, se dirá, la materia, una vez disuelta, puede ser reproducida? Vuelve, hombre, los ojos sobre

[60] Una vejiga llena de aire.

ti mismo y encontrarás una razón para creer. Piensa lo que fuiste antes de nacer. Absolutamente nada: si hubieras sido algo, te acordarías ahora de ello. Pues bien, tú que no fuiste nada antes de nacer y que no serás nada después de morir, ¿por qué no vas a poder ser creado de nuevo de la nada por el mismo Hacedor que quiso antes hacerte de la nada? ¿Te ocurriría con ello algo nuevo? Tú, que no existías antes, has sido creado; de la misma forma y de nuevo, cuando seas nada, volverás a ser creado. Busca, si puedes, la razón por la cual fuistes creado, y entonces podrás buscar también la razón por la cual volverás a ser creado. Y, sin embargo, dado que ya has existido antes, es mucho más fácil volver a ser creado, ya que, cuando no habías existido nunca, fuiste creado con muchas más dificultades.

Ambros., *In Lucam*, 6, 105:

El que está exponiendo algo debe tener en cuenta las características de sus oyentes, para no ser objeto de burla antes de ser oído. En efecto, ¿cómo se van a creer los atenienses que «el verbo se hizo carne» y que la virgen concibió de un espíritu, cuando se burlaban al oír hablar de la resurrección de los muertos?

Ambros., *In Lucam*, 7, 129:

Así pues, si los lirios son vestidos como los ángeles superando la hermosura de los hombres, no debemos perder la esperanza de que Dios sea también misericordioso para con nosotros, ya que nos ha prometido que por medio de la resurrección nos hará semejantes a los ángeles.

A este respecto, parece oportuno resolver aquella famosa cuestión, que el propio apóstol no pasó por alto; y es la pregunta que se hacen los gentiles: ¿cómo resucitarán los muertos y con qué cuerpo volverán otra vez? Efectivamente, cuando dice «buscad el reino de Dios y todo lo demás se os dará por añadidura», está demostrando a los fieles que no les faltará la ayuda divina ni en el momento presente ni el futuro, con tal de que, quienes desean esa gracia divina, no busquen la terrena.

Ambros., *De excessu fratris*, 2, 70:

Si los antiguos sabios creyeron que los ejércitos de hom-

bres se erizaban cual mies en los campos tebanos a partir de dientes de dragón, cuando es sabido que las semillas de una naturaleza determinada no pueden convertirse en cuerpo vital de una naturaleza distinta y que no hay creaturas nacidas en disonancia con lo que era su semilla —como, por ejemplo, que nazcan hombres de serpiente o carne de dientes— ¿con cuánta mayor razón se debe creer que las semillas, sean de la naturaleza que sean, resurgen como cuerpos de la misma naturaleza... y que lo que resucita es carne de carne, hueso de hueso, sangre de sangre, humores de humores? ¿Podéis, pues, gentiles negar una resurrección que es natural, cuando podéis afirmar que existen incluso mutaciones? ¿Podéis, vosotros que creéis en vanas historias, no creer en los oráculos, ni en el evangelio, ni en los profetas?

Ambros., *De excessu fratris,* 2, 65:

Lo realmente extraño es que, si bien no creen en la resurrección, sin embargo, para salvar la continuidad del género humano, dicen, dejándose llevar por una clemente benevolencia, que las almas se transforman y emigran a otros cuerpos, para que así el mundo no desaparezca. Pero, que lo digan ellos mismos: ¿Qué es más difícil? ¿Que las almas se transformen o que vuelvan tal como eran? ¿Qué vuelvan a recuperar su propia naturaleza o que consigan otra nueva?

Ambros., *De bono mortis,* 10, 45:

El testimonio de las Sagradas Escrituras demuestra con suficiencia que los habitáculos de las almas son superiores: así, en los libros de Esdras leemos que, cuando llegue el día del juicio, «la tierra devolverá los cuerpos de los difuntos y el polvo devolverá aquello que descansa en las sepulturas: las reliquias de los muertos. Y los habitáculos», dice, «devolverán las almas que les fueron encomendadas y El se manifestará altísimo sobre la sede del juicio»[61]. Estos habitáculos son aquellas mansiones de las que dice el Señor que hay muchas junto a su Padre[62], mansiones que El, al marchar hacia el Padre, prepararía para sus discípulos.

---

[61] *Hesdras* 4, 7, 32 ss.
[62] *Juan* 14, 2.

Pero yo he recurrido a estas palabras de Esdras para que los gentiles sepan que aquellas cosas que ellos admiran en los libros de filosofía las han sacado de nuestros libros. Y ojalá no mezclaran con ellas otras superfluas e inútiles, como, por ejemplo, que almas de los hombres y de las bestias son semejantes y que el mayor premio de las almas es emigrar a cuerpos de abejas o de ruiseñores después de haber sido almas de grandes filósofos: así, dicen, quienes antes se habían asustado con las palabras del hombre, ahora disfrutarán con la dulzura de su miel o con la suavidad de su canto.

Indice de autores y textos